

Prismas

Revista de historia intelectual

29₂₀₂₅ Artículos y reseñas. Argumentos: El impulso igualitario en la trayectoria de la sociedad argentina, por Juan Carlos Torre. Dossier: Rosas y el rosismo en la historia argentina. A 30 años de *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, de Jorge Myers. Lecturas: Hugo Vezzetti: itinerarios críticos / Veinticinco años de un libro augural: sobre *Regueros de tinta*, de Sylvia Saíta.

Universidad Nacional de Quilmes

Prismas

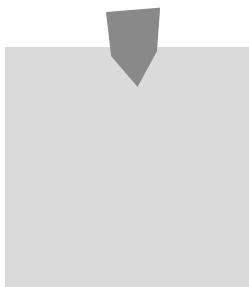
Revista de historia intelectual

29

2025



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

Universidad Nacional de Quilmes
Rector: Mg. Alfredo Alfonso
Vicerrectora: Dra. María Alejandra Zinni

Departamento de Ciencias Sociales
Director: Mg. Néstor Daniel González
Vicedirectora: Lic. Cecilia Elizondo

Centro de Historia Intelectual
Director: Jorge Myers

Prismas
Revista de historia intelectual
Buenos Aires, año 29, número 29, 2025

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes
Anahi Ballent, Universidad Nacional de Quilmes
Martín Bergel, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Alejandro Blanco, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Laura Ehrlich, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Gabriel Entin, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Ximena Espeche, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Flavia Fiorucci, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Martina Garategaray, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Adrián Gorelik, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Ricardo Martínez Mazzola, Universidad Nacional de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Jorge Myers, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Elías Palti, Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / CONICET

In memoriam
Oscar Terán (1938-2008)

Editor: Alejandro Blanco

Secretaría de redacción: Anahi Ballent, Laura Ehrlich y Flavia Fiorucci

Editores de Reseñas y Fichas: Ximena Espeche, Andrés G. Freijomil, Martina Garategaray y Ezequiel Grisendi

Corresponsalías de Reseñas: Pablo Blitstein

Comité Asesor

Peter Burke, University of Cambridge
José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín
Lila Caimari, Universidad de San Andrés / CONICET
Roger Chartier, Collège de France
Stefan Collini, University of Cambridge
Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín
Iván Jaksic, Stanford University
Martin Jay, University of California at Berkeley
Claudio Lomnitz, University of Columbia
Sergio Miceli, Universidade de São Paulo
Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro

Pierre Rosanvallon, Collège de France
Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo / Princeton University

In memoriam
François-Xavier Guerra (1942-2002)
Charles Hale (1930-2008)
Tulio Halperin Donghi (1926-2014)
Jose Murilo de Carvalho (1939-2023)
Adolfo Prieto (1928-2016)
José Sazbón (1937-2008)
Gregorio Weinberg (1919-2006)

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>. Forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas y se encuentra incluida en Scopus, Erih Plus, Scielo, Latindex, Redalyc, Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ), Hispanic American Periodical Index (HAPI), Dialnet y Matriz de Información para el Análisis de Revistas (MIAR). En 2004 *Prismas* obtuvo una Mención en el Concurso “Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Nochteff

Administración de OJS: Ana M. Viñas

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en: <<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>>.

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: <prismas@unq.edu.ar> / página web del Centro de Historia Intelectual: <www.historiaintelectual.com.ar>.

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las “Instrucciones para autores/as” en la página editorial de *Prismas* en el portal web.

Índice

Artículos

- 11 *Reconsiderando “Brasil y ‘América Latina’”. La cuestión al revés*, Ori Preuss y João Paulo Coelho de Souza Rodrigues
- 37 *Sociología de un libro cambiante: Irving Horowitz y el proyecto Revolution in Brazil*, João Marcelo E. Maia y Diana R. Rodriguez
- 57 *Populismo y Latinoamérica. Intelectuales en busca de una teoría que explique su relación (1961-1981)*, Sebastián Carassai
- 79 *El diario de una “compañera de viaje”. Laurette Séjourné y la Revolución cubana en 1970*, Beatriz Urías Horcasitas
- 99 *¿Apóstoles de la paz? Lecturas de Romain Rolland y Henri Barbusse en la prensa de Buenos Aires (1914-1919)*, Magalí Andrea Devés y Emiliano Gastón Sánchez
- 119 *Saber sobre Asia en la posguerra. Difusiones culturales sobre la China de Mao en la Argentina durante la década del cincuenta*, Mónica Ni

Argumentos

- 143 *Naides es más que naides. El impulso igualitario en la trayectoria de la sociedad argentina*, Juan Carlos Torre

Dossier

Rosas y el rosismo en la historia argentina. A 30 años de Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista, de Jorge Myers

- 167 *Presentación del dossier*, Gabriel Entin y Marcela Ternavasio
- 177 *Discurso y poder en el desierto argentino. Reflexiones sobre mi reconstrucción del discurso republicano en el régimen rosista*, Jorge Myers
- 187 *Los dos rosismos y la causa federal*, Gabriel Di Meglio
- 197 *El Restaurador de las Leyes como problema republicano*, Gabriel Entin
- 207 *¿Qué (no) leía Rosas? Un análisis político sobre la biblioteca personal del Restaurador*, Ignacio Zubizarreta
- 215 *Republicanismo y esclavitud en “el tiempo de Rosas”. Hobeando un ejemplar de la Gaceta Mercantil*, Magdalena Candioti

- 223 *Comunicar el orden político y moral. Los santos y señas, y proclamas a soldados durante el rosismo*, Ricardo D. Salvatore
- 237 *Juan Manuel de Rosas, el Ejército Unido y la geopolítica rioplatense: algunas hipótesis y lecturas historiográficas (1840-1851)*, Mario Etchechury-Barrera
- 245 *Espadas con cabeza: la tropa fiel a Rosas en las vísperas de Caseros*, Alejandro M. Rabinovich
- 255 *El rosismo después de Rosas. Su persistencia como problema historiográfico desde mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XXI*, Alejandro Eujanian
- 263 *Rosas y la literatura nacional*, Patricio Fontana
- 271 *Ya nadie va a escuchar tu remera. Un ensayo sobre la figura de Rosas en la vida política democrática argentina (1983-2015)*, Fabio Wasserman

Lecturas

- Hugo Vezzetti: *itinerarios críticos*
- 281 Presentación, Adrián Gorelik
- 283 *La máquina bifronte*, Mauro Vallejo
- 289 *Intelectuales y cultura de izquierda: el Lefort de Vezzetti*, Claudia Hilb
- 294 *Una sintomatología de lo social*, Sebastián Carassai
- Veinticinco años de un libro augural: sobre Regueros de tinta, de Sylvia Saíta
- 303 Presentación, Emiliano Gastón Sánchez
- 304 *La mezcla perfecta: las noticias policiales como problema histórico*, Martín Albornoz
- 307 *Los “años Crítica”: sociedad y política en la Buenos Aires de entreguerras desde el prisma de la prensa popular*, Juan Buonome
- 311 *Derivas, continuidades y proyecciones de Regueros de tinta en la investigación literaria argentina*, Pilar Cimadevilla
- 314 ¿*La historia del periodismo argentino no tiene quién la escriba? Algunas hipótesis*, Sylvia Saíta

Reseñas

- 321 Javier Fernández Sebastián, *Key Metaphors for History: Mirrors of Time*, por Fabio Wasserman
- 324 José E. Burucúa, *Civilización. Historia de un concepto*, por Nicolás Kwiatkowski
- 326 Ricardo Laleff Ilieff, *El secreto de Edipo. Política y ontología lacaniana II*, por Elías Palti
- 330 Gisèle Sapiro, *Qu'est-ce qu'un auteur mondial? Le champ littéraire transnational*, por Gustavo Sorá
- 333 Michel Foucault, *El discurso filosófico*, por Mariana Canavese
- 336 Christophe de Voogd, *Dans le miroir de Johan Huizinga. Écrire et penser l'histoire au prisme de la France*, por Andrés G. Freijomil
- 340 Victor Collard, *Pierre Bourdieu. Genèse d'un sociologue*, por Ezequiel Grisendi

- 343 Alexandre de Vitry, *Le droit de choisir ses frères? Une histoire de la fraternité*, por Andrés G. Freijomil
- 346 Dinah Ribard, *Le Menuisier de Nevers. Poésie ouvrière, fait littéraire et classes sociales (XVII^e-XIX^e siècle)*, por Andrés G. Freijomil
- 350 Andrés Gattinoni, *El mal moderno. La melancolía en Gran Bretaña. 1660-1750*, por José Emilio Burucúa
- 353 Natalie Zemon Davis, *Ficción en los archivos. Relatos de perdón y sus narradores en la Francia del siglo XVI*, por María Juliana Gandini
- 356 Gabriel Entin y Jorge Myers (editores), *Itinerarios de un metaconcepto. La comunidad en el siglo XIX latinoamericano*, por Mariana Rosetti
- 359 Mariana Rosetti, *Letrados de la independencia. Polémicas y discursos formadores*, por Alejandra Pasino
- 362 Gabriel Entin, *En quête de république. Une histoire de la communauté politique en Amérique hispanique*, por Andrés G. Freijomil
- 367 Patricio Fontana, *Vidas americanas. Los usos de la biografía en Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez*, por Nicolás Suárez
- 370 Inés de Torres, *El Estado y las musas. Políticas culturales en el Uruguay del centenario*, por Ana Lía Rey
- 373 Lucio Piccoli, *Empatía y visión. Entre espacios de urbanismo, fotografía y diseño en Argentina y Alemania (ca. 1900-1950)*, por Sebastián Malecki
- 376 Samuel Moyn, *Liberalism against itself. Cold War intellectuals and the making of our times*, por Leandro Losada
- 379 Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, *Las cartas del Boom* (editado por Carlos Aguirre, Gerald Martin, Javier Mungía y Augusto Wong Campos), por Martín Ribadero
- 382 Eline Van Ommen, *Nicaragua must survive. Sandinista revolutionary diplomacy in the Global Cold War*, por Gastón Mazzaferro
- 385 Ezequiel Adamovsky, *La fiesta de los negros. Una historia del antiguo carnaval de Buenos Aires y su legado en la cultura popular*, por Milita Alfaro
- 388 Alejandra Mailhe, *En busca de la alteridad perdida. Indigenismos y mestizajes en Argentina y América Latina entre fines del siglo XIX y la década de 1960*, por Valeria Añón
- 391 Carlos Altamirano (coordinador), *Aventuras de la cultura argentina en el siglo XX*, por José Rilla
- 394 Ernesto Bohoslavsky y Marina Franco, *Fantasmas rojos. El anticomunismo en la Argentina del siglo XX*, por Laura Prado Acosta
- 397 López Cantera, Mercedes, *Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en Argentina (1917-1943)*, por Valeria Galván
- 400 Laura Prado Acosta, *Obreros de la cultura. Artistas, intelectuales y partidos comunistas del cono sur, en las décadas de 1930 y 1940*, por María Fernanda Alle
- 404 Alejandra Laera, *¿Para qué sirve leer novelas? Narrativas del presente y capitalismo*, por Lucas Margarit

Otras voces, otros ámbitos

- 407 Presentación
- 409 Yu Yingshi, *Song Ming lixue yu zhengzhi wenhua [El neoconfucianismo y la cultura política de las dinastías Song y Ming]*, por Wang Fansen
- 412 Mona Salem Said Ja'bub, *Qiyadat al-mujtama' nahw al-taghayir: al-tajriba al-tarbawiyya li-thawrat Dhufar (1969-1992) [Conducir la sociedad hacia el cambio: la experiencia educativa de la revolución de Dhofar (1969-1992)]*, por Benjamin Geer

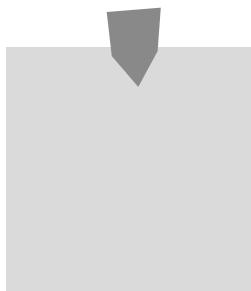
Fichas

- 417 Libros fichados: Cecilia Lesgart (ed.), *Dictadura. Significados y usos de un concepto político fundamental* / Elías J. Palti, *Intellectual History and Conceptual Change: Skinner, Pocock, Koselleck, Blumenberg, Foucault, and Rosanyallón* / François Hartog, *Départager l'humanité. Humains, humanismes, inhumains* / Elías J. Palti, *Misplaced Ideas? Political-Intellectual History in Latin America* / Martín Pedro González y Juan Manuel Romero (eds.), *La historia intelectual frente al desafío del “giro global”. Nuevos debates y propuestas* / Michel Foucault, *Entretiens radiophoniques, 1961-1983* / Gabriel Nardacchione y Matías Paschkes Ronis (comp.), *El Lado B de la Sociología. Un recorrido del pragmatismo en la teoría* / AA.VV., *Servitudes et grandeurs des disciplines* / Chris Wickham, *El asno y la nave. La economía mediterránea de 950 a 1180* / Agustín Cosovschi y José Luis López-Barajas, *Nueva Historia del comunismo en Europa del Este* / Juan David Murillo Sandoval, *Conexiones libreras. Una historia transnacional del libro en América Latina 1870-1920* / Paula Bruno y Sven Schuster (directores), *Mapamundis culturales. América Latina y las Exposiciones Universales, 1867-1939* / Gabriela Cano y Saúl Espino Armendáriz (coordinadores), *Diccionario biográfico de mujeres de El Colegio de México. Las generaciones constructoras* / Alexandra Pita González, *Renovación. Boletín de ideas, libros y revistas de la América Latina. 1923-1930* / Nicolás Dip (coord), *La nueva izquierda en debate. Miradas desde la historia reciente de América Latina* / Pilar González Bernaldo de Quirós, *Argentina hasta la muerte. Políticas de nacionalidad y prácticas de naturalización, siglos XIX y XX* / María Paula Bontempo, *Mujeres en colores. Cosméticos, belleza y consumos femeninos en la primera mitad del siglo XX argentino* / José Zanca, *Catolicismo y cultura de izquierda en la Argentina del siglo XX* / Sebastián Pereyra, Catalina Smulovitz y Martín Armelino (eds.), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*

Obituarios

- 433 Arno Joseph Mayer (1926-2023), por Andrés G. Freijomil
- 439 Beatriz Sarlo (1942-2024), por Sylvia Saíta
- 447 Valentin-Yves Mudimbe (1941-2025), por Laura Efron

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

Reconsiderando “Brasil y ‘América Latina’”. La cuestión al revés

Ori Preuss* y João Paulo Coelho de Souza Rodrigues**

Universidad de Tel Aviv

Universidade Federal do Rio de Janeiro

En 2012, esta revista publicó un provocativo artículo de Leslie Bethell sobre un tema frecuentemente mencionado, pero hasta entonces raramente explorado: la cuestión de “Brasil y ‘América Latina’” en los siglos XIX y XX. Descrito por Bethell como en parte historia de las ideas y en parte historia de las relaciones internacionales, el artículo sosténía que, durante más de cien años después de la independencia, ni los intelectuales ni los gobiernos hispanoamericanos consideraron a Brasil como parte de América Latina. Los intelectuales y gobiernos brasileños solo tenían ojos para Europa y los Estados Unidos, salvo por la relación con la región del Río de la Plata.¹ Esta interpretación categórica se ha convertido en sabiduría convencional sobre el tema. Han sido pocas las narrativas contrarias, o al menos complementarias, bien investigadas. Algunos estudios han destacado la complejidad de las actitudes de los brasileños hacia los hispanoamericanos y viceversa. Sin embargo, todos suponen, y por lo tanto reproducen, al menos parcialmente, la noción de Brasil como un caso aparte en América Latina.²

* opreuss@tauex.tau.ac.il. ORCID:<<https://orcid.org/0000-0002-5470-3479>>

** jpcdsr@gmail.com. ORCID: <<https://orcid.org/0009-0001-0968-9065>>

¹ Leslie Bethell, “Brasil y ‘América Latina’”, *Prismas*, vol. 16, nº 1, 2012, pp. 53-78, versión española de “Brazil and ‘Latin America’”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 42, nº 3, agosto de 2010, pp. 457-485. Existe una versión anterior en portugués: “O Brasil e a ‘América Latina’ em perspectiva histórica”, en *Estudos Históricos*, vol. 44, diciembre de 2009, pp. 289-332. Una versión revisada se incluyó en *Brazil: Essays on History and Politics*, Londres, Institute of Latin American Studies, 2018, pp. 19-52, reiterando el argumento principal, que está en consonancia con la escasa literatura anterior sobre el tema. Por ejemplo, Gerab Baggio, “A outra América: A América Latina na visão dos intelectuais brasileiros das primeiras décadas republicanas”, Tesis doctoral, Universidade de São Paulo, 1998; Maria Ligia Coelho Prado, “O Brasil e a distante América do Sul”, *Revista de História*, vol. 145, 2001, pp. 127-149; Luís Cláudio Villafañe G. Santos, *O Brasil entre a América e a Europa*, San Pablo, UNESP, 2004. Las historias principales de la idea de Latinoamérica, desde Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980, hasta Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, tratan el tema solo brevemente, o, como en Mauricio Tenorio-Trillo, *Latin America: The Allure and Power of an Idea*, Chicago, University of Chicago Press, 2017, capítulo 3, sobre una base empírica parecida a la de Bethell. En cualquier caso, todos coinciden en gran medida con Bethell. Una excepción es Michel Gobat, “The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race”, *American Historical Review*, vol. 118, nº 5, 2013, pp. 1345-1375, como discutiremos más adelante. Además, numerosas historias generales de América Latina, como el clásico de Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1967, incluyen a Brasil sin una justificación explícita.

² Ori Preuss, *Bridging the Island: Brazilians’ Views of Spanish America and Themselves, 1865-1912*, Madrid, Iberoamericana, 2011; R. P. Newcomb, *Nossa and Nuestra América, Inter-American Dialogues*, West Lafayette, Purdue

Nuestro punto de partida es el contrario. Sostenemos que aplicar la misma pregunta a países hispanoamericanos como la Argentina, México o Cuba podría revelar grados similares, si no mayores, de desapego de “América Latina”. Sin embargo, para corregir la visión dominante acerca del caso de Brasil, este artículo vuelve a abordar el tema, proporcionando una reconstrucción más completa, que permite una comprensión más matizada de las interrelaciones entre Brasil/ños e Hispanoamérica/nos. Se pueden rastrear tres niveles implícitos de análisis en la discusión de Bethell, quien describe dos entidades fijas y separadas entre sí, cuyas relaciones se caracterizan por un escaso interés en el ámbito epistemológico, juicios de valor negativos en el ámbito moral y políticas poco amigables en el ámbito praxeológico, basándose sobre todo en escritos públicos de intelectuales y políticos.³ Nosotros no solo demostramos una imagen diferente en las tres dimensiones mencionadas: implementamos una metodología más integral, informada por el transnacionalismo, las historias conectadas y el giro espacial en las ciencias humanas. Estos enfoques ven el espacio como una construcción social transitoria creada a través de la interacción humana, en lugar de como un contenedor rígido. De ahí la necesidad de problematizar las unidades geopolíticas o geoculturales convencionales (sobre todo el Estado-nación), explorando su creación, significados y usos, con especial atención a los intercambios materiales y culturales entre ellas, bajo la premisa de que estos pueden modificar las entidades involucradas e incluso producir nuevas. Por ende, nuestro método difiere del de Bethell en varios aspectos. En primer lugar, examinamos no solo variables políticas e ideacionales, sino también materiales, destacando los vínculos entre procesos subjetivos y objetivos. Segundo, hacemos hincapié en la naturaleza recíproca y no unidireccional de las relaciones luso-hispanoamericanas. Tercero, no nos limitamos a las categorías fijas de Brasil e Hispanoamérica, sino que repensamos América Latina como una variedad de espacios prácticos e imaginativos en constante cambio.

Siguiendo estos principios, exploramos una variedad de prácticas y entramados transfronterizos: conflictos militares, diplomacia cultural, encuentros públicos, lazos institucionales, conferencias, sociabilidad, relaciones personales, intertextualidad, traducción y, sobre todo, viajes y prensa periódica. El relato se estructura cronológicamente alrededor de ciertos puntos de inflexión, adentrándose en períodos diferenciados por la intensidad y calidad de los lazos mutuos en diversas esferas: las infraestructuras comunicacionales y de transporte, las relaciones internacionales, la vida intelectual, las ideas y los discursos identitarios. El argumento resultante es radical: desde su independencia, Brasil ha desempeñado un papel crucial, a menudo más importante que la mayoría de sus vecinos hispanoamericanos “más cercanos entre sí”, en la formación de América Latina, entendida aquí como un espacio concreto de interacción, idea e identidad. El legado colonial portugués, un camino independentista menos violento, el régimen monárquico, y la magnitud y persistencia de la esclavitud diferenciaron a Brasil de Hispanoamérica durante la mayor parte del siglo XIX. Sin embargo, estas singularidades objetivas no impidieron conexiones múltiples e interpretaciones diversas por parte de los

University Press, 2012. A pesar de sus divergencias con Bethell, la metáfora de la isla en el primer título y la división Nossa/Nuestra en el segundo reproducen el paradigma de la excepcionalidad brasileña. José Briceño-Ruiz y Andrés Rivarola Puntigliano, *Brazil and Latin America: Between the Separation and Integration Paths*, Lanham, Lexington Books, 2017, son más críticos de Bethell, pero se centran en la historia de las relaciones internacionales. Además, estudios recientes han revelado diversos tipos de intercambios materiales y culturales entre Brasil e Hispanoamérica, sin abordar directamente nuestro tópico. Por motivos de espacio, solo se citarán los más relevantes.

³ Nuestro análisis se basa en los tres ejes de alteridad esbozados en Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.

brasileños e hispanoamericanos, generando no solo prejuicios mutuos y hostilidades, como ya se ha enfatizado, sino también una sensación de identificación y cooperación recíprocas, aspectos que destacamos aquí como contrapeso.⁴ En contraste con la descripción de Bethell de un siglo de distanciamiento mutuo, la posición geográfica de Brasil, su poder estratégico y su identidad ibérica lo convirtieron en un actor esencial en la integración material, intelectual y política de Latinoamérica, con Brasil e individuos brasileños volviéndose, hacia fines del período, líderes conscientes y ampliamente reconocidos del latinoamericanismo.⁵

Geográficamente, el proceso gradual que condujo a este resultado ocurrió en una serie de espacios concéntricos interconectados. En el núcleo se encontraban las relaciones internacionales entre Brasil y la Argentina, y los intercambios socioculturales transnacionales entre sus capitales, que constituían los espacios de interacción más intensos y significativos, seguidos por la región del Río de la Plata, el Cono Sur, Sudamérica y, finalmente, el espacio que comenzó a formarse bajo los nombres de “América”, “América del Sur” o “Nuestra América”, y rebautizado como “América Latina” en la década de 1850. Este último, aunque mucho menos integrado que los espacios anteriores, poseía una fuerza conceptual. Se alimentó de, y a su vez nutrió, diálogos entre latinoamericanos de diferentes nacionalidades. Al sumergirnos en esta esfera, desplazamos la atención del rol del imperialismo europeo y estadounidense en la formación de América Latina a las relaciones Brasil-Argentina. Nuestra narrativa termina justo antes de la década de 1920, momento en el que, según Bethell, Brasil “finalmente se convierte en parte de ‘América Latina’”, y nuestras interpretaciones comienzan a converger.⁶

La era de los caudillos: Brasil como el redentor de Sudamérica

La prensa periódica y los viajes, los dos protagonistas de la famosa tesis de Benedict Anderson sobre la formación de las naciones latinoamericanas, fueron mucho más transnacionales de lo comúnmente descrito.⁷ El proceso independentista iniciado en 1810 provocó una explosión de la prensa periódica y un gran aumento de circulación de personas y bienes, interconectando ciudades en toda la región y a través del Atlántico, formando así ideas e identidades.⁸ Las ciudades brasileñas en general, y la capital portuaria de Río de Janeiro en particular, no estaban fuera de estos circuitos. Como ha mostrado João Paulo Pimenta, la independencia de las colonias españolas y portuguesas no fueron procesos separados sino entrelazados, con las noticias sobre los acontecimientos fluyendo entre las esferas públicas, empujando temas y casos ejemplares a las discusiones políticas.⁹

⁴ Las actitudes aislacionistas y hostiles están bien descritas en las obras citadas de Bethell y Tenorio.

⁵ En aras del tema principal, tocaremos solo de pasada dos rasgos ampliamente estudiados del latinoamericanismo: su elitismo, muchas veces racista, y su antiimperialismo. Para una discusión historiográfica, véase Gobat, “The Invention”, especialmente p. 1347.

⁶ Bethell, “Brasil e América Latina”, p. 67.

⁷ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2^a edición, Londres, Verso, 1991, capítulo 4.

⁸ François-Xavier Guerra, “‘Voces del pueblo’: Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”, *Revista de Indias*, vol. 62, nº 225, 2002, pp. 357-384.

⁹ João Paulo Pimenta, *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana (1808-1822)*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2017, pp. 44-53, 112, 245, 267; Ricardo Piccirilli, *Argentinos en Río de Janeiro. Diplomacia, monarquía, independencia*, Buenos Aires, Pleamar, 1969, p. 16.

El caso más notable son los escritores de la Generación argentina de 1837. Bethell retrata a este grupo como indiferente o antagónico a la solidaridad latinoamericana, ignorando por completo el hecho de que muchos de sus miembros encontraron en Brasil refugio de las persecuciones del régimen rosista, y discutían sobre el imperio en sus escritos.¹⁰ Lo que resalta en sus ensayos, notas de viaje, memorias y correspondencia es su integración en el tejido social e intelectual de Río a pesar de las diferencias lingüísticas, la curiosidad por las condiciones locales, los juicios morales mixtos, y las actitudes diversas hacia el lugar de Brasil en América, viéndolo como un aliado en la lucha contra la “barbarie” caudillista y en pos del progreso sudamericano, a pesar de su régimen monárquico.¹¹

Juana Manso, que llegó a Río en 1842, fundó allí un periódico pionero sobre los derechos de la mujer. En el editorial introductorio preveía que “la sociedad de Río de Janeiro, corte y capital del imperio, metrópoli del sur de América, acoja [...] *O Jornal das Senhoras*, editado por una americana”.¹² Fue en esta revista donde Manso publicó su primera novela, *Los misterios del Plata* (1852), sobre la política argentina, y fue en Buenos Aires, a su regreso, donde publicó *La familia del comendador* (1854), una novela antiesclavista ambientada en Brasil. La relación inversa entre los espacios narrativos y reales atestigua no solo los múltiples intereses nacionales y regionales de la autora, sino también los de los lectores brasileños y rioplatenses.

Durante su estadía en Río, Manso recibió una carta del escritor argentino José Mármol, exiliado en Montevideo. En respuesta a las impresiones iniciales negativas de Manso, Mármol describió el Imperio como aún mal formado: “sin ser un pueblo americano ni europeo, joven ni viejo, aristócrata ni demócrata, adelantado ni ignorante”. Sin embargo, tras abolir la monarquía y adaptar principios republicanos, Brasil podría americanizarse y alcanzar un carácter más sólido y profundo.¹³ Poco tiempo después, Mármol viajó a Río, donde escribió su obra más célebre, *Cantos del peregrino*, repleta de elogios a la política, la sociedad, las artes y el nivel general de civilización brasileños, con el propósito de “arrebatar algunas ideas falsas y desfavorables que existen en general sobre la sociedad brasilera”. Río exhibía todos los signos externos del progreso y Brasil tenía “una monarquía representativa, la más democrática del mundo”. Era una de las naciones líderes de América y sería el principal emporio de riqueza y comercio de América del Sur.¹⁴ También en esa época, Mármol publicó en Río y Montevideo un ensayo en el que llamaba a la “juventud progresista de Río de Janeiro” a fraternizar con “la revolución americana, [que] en su objeto moral y socialista, es una e indivisible para toda la América; y las formas políticas de gobierno para cada estado, monarquía o república, no son sino medios elegibles para conseguir aquel objeto [...] hay una cosa común entre las Repúblicas y el Imperio de América”.¹⁵

¹⁰ Bethell, “Brasil e América Latina”, p. 55.

¹¹ Algunas de estas cuestiones se discuten en Adriana Amante, *Poéticas y políticas del destierro. Argentinos en Brasil en la época de Rosas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

¹² Juana Paula Manso de Noronha, “As nossas assignantes”, *O Jornal das Senhoras*, 1 de enero de 1852. Las traducciones del portugués, salvo aclaraciones puntuales, son nuestras.

¹³ 26 de mayo de 1842, en María Velasco y Arias, *Juana Manso. Vida y acción*, Buenos Aires, Porter Hnos., 1937, p. 210.

¹⁴ José Mármol, *Cantos del peregrino*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917, pp. 255-258.

¹⁵ José Mármol, ‘Juventude progressista do Rio de Janeiro,’ *Ostensor Brasileiro: Jornal Literario e Pictorial*, nº 44 y 48, 1846, pp. 351-352, 382-385; Citamos de la versión española: *Examen crítico de la juventud progresista del Rio Janeiro*, Montevideo, Imprenta de la Caridad, 1847.

Otro miembro de la Generación del 37, Juan Bautista Alberdi, pasó un mes en Río en 1844 en su camino de Europa a Chile. “Acercándome al Brasil”, escribió en su diario, “creo aproximarme a algo que me pertenece: a una rama de la familia hispanoamericana [...]. Deseo la primera aparición de la tierra americana, con un placer vivo: veré el Brasil, como vería mi propio país”.¹⁶ A pesar de esta entusiasta sensación de identificación, al llegar, el diario de Alberdi se llenó de descripciones etnológicas y sociológicas degradantes e impregnadas de determinismo climático y racial, a propósito de la población de la ciudad, la dependencia económica de la esclavitud, y la corte imperial. Aun así, en una serie de artículos periodísticos que publicó ese mismo año en Chile, Alberdi rechazó por completo una política hostil hacia Brasil por ser una monarquía. Aunque no formaba parte de la “familia” hispanoamericana en términos de lengua y tradiciones, Brasil había pasado por la misma “revolución” de independencia política, alcanzando mayores niveles de civilización y estabilidad política. El americanismo no se trataba de una cierta forma de gobierno, sino del valor de la libertad y de los lazos mutuos, influencias e intereses entre los países de la parte sur del continente, desde las Antillas hasta la Patagonia, que formaban juntos “un gran cuerpo o sistema político”.¹⁷ En otra serie de artículos, Alberdi escribió que Brasil, “reconocido y proclamado por las repúblicas españolas más libres, [es] el pueblo de América llamado a tomar la iniciativa en los negocios continentales”.¹⁸

Otro intelectual rioplatense que vio a Brasil como un potencial aliado en la lucha contra Rosas y la “barbarie” fue Andrés Lamas, un diplomático uruguayo que llegó a Río en 1847, enviado por el gobierno colorado durante el sitio de Montevideo por el Partido Blanco, apoyado por Rosas. Antes de su estancia en Brasil como diplomático, que duró hasta 1862, Lamas colaboró con exiliados argentinos en la publicación de propaganda anti-Rosista en la prensa uruguaya. En Río, incursionó en los círculos políticos e intelectuales locales, se hizo amigo del emperador Pedro II, participó en las actividades del Instituto Histórico Geográfico Brasileiro (IHGB), del que se convirtió en miembro correspondiente, y continuó su campaña de propaganda en la prensa local.¹⁹

Las ideas de Lamas tuvieron eco en los escritos periodísticos de José María da Silva Paranhos, quien se volvería figura clave en las relaciones de Brasil con el Río de la Plata como diplomático y estadista. Paranhos llamó la atención sobre el mapeo racial-estratégico del continente americano proporcionado por Lamas en un libro publicado en París en 1851. La anexión de territorios mexicanos por parte de los Estados Unidos y el establecimiento de bases británicas a lo largo de las costas del Atlántico y el Pacífico merecen la atención de “las dos ramas de la raza latina, la ibérica y la lusitana, para que [...] defiendan sus nacionalidades y no desaparezcan ante la incesante actividad de la raza más avanzada, la anglosajona”. Según la interpretación de Lamas, respaldada por Paranhos, la política internacional sudamericana

¹⁶ Juan Bautista Alberdi, *Obras Selectas*, vol. 3, Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán, 1920, pp. 264-284.

¹⁷ “El Imperio del Brasil y las Repúblicas hispanoamericanas”, *El Mercurio de Valparaíso*, 2, 23 y 24 de abril de 1844. Los argumentos se repiten en su obra más importante, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Valparaíso, Mercurio, 1852, pp. 212-213. Otro ensayo relevante suyo, *Memoria sobre la conveniencia i objetos de un congreso jeneral americano*, Santiago, Imprenta del Siglo, 1844, apareció traducido al portugués en la revista carioca *Ostensor Brasileiro*, nº 37-41, 1845.

¹⁸ Juan Bautista Alberdi, *Política continental: altas conexiones de las cuestiones del Plata con los estados de la América del sud (artículos publicados en El Siglo del mes de octubre)*, Santiago, Imprenta del Siglo, 1845.

¹⁹ Pedro S. Lamas, *Etapas de una gran política; el sitio, la alianza, Caseros, el Paraguay, Sceaux*, Imprenta Charaire, 1908, pp. 38-39.

formó parte de un choque continental de civilizaciones, en el cual Brasil tenía el papel crucial de ser “la verdadera base, el punto de partida necesario de todo lo que hoy se puede hacer de manera sólida y regular por la paz y la prosperidad de los países que la rodean”.²⁰

Monte Caseros: un punto de giro olvidado

Las aspiraciones supranacionales de Lamas y Paranhos se materializaron parcialmente en 1852, cuando el Imperio brasileño se unió a una coalición militar de unitarios de Buenos Aires, caudillos federales rurales, y colorados de Montevideo, que puso fin al gobierno de Rosas en la batalla de Monte Caseros. La importancia política y cultural de esta alianza sin precedentes a los ojos de los contemporáneos ha pasado desapercibida para la historiografía. Justo José de Urquiza, el gobernador federal de Entre Ríos y comandante del ejército aliado, la describió en un manifiesto como “la grande alianza Argentina Americana contra los tiranos del Plata”,²¹ y la retórica oficial argentina y brasileña lo denominó “grande ejército aliado de Sud-América”.²² “Coalición libertadora americana”, rezaba la inscripción en el arco del triunfo erigido en Buenos Aires tras la batalla.²³ La enmarcación supranacional del conflicto es significativa, especialmente cuando se la considera junto con el discurso ideológico generalizado de libertad, civilización y progreso de los vencedores.²⁴

Como en la época de la independencia, la prensa periódica unió a las capitales de la región, creando una discusión pública transnacional sobre la caída de Rosas. Basándose en periódicos argentinos y uruguayos que llegaban en barcos con una demora de una a tres semanas, la prensa de Río reprodujo declaraciones formales de los líderes de la alianza, así como descripciones detalladas de las celebraciones en Buenos Aires y Montevideo, y homenajes públicos a la fuerza expedicionaria brasileña.²⁵ Una serie de artículos extensos en el diario más importante de Río, *Jornal do Comércio*, conocido por su sobriedad, ilustra el movimiento tectónico que estaba teniendo lugar en la geopolítica regional. “Estos últimos resultados son inmensos”, diagnosticó el autor anónimo. “Superada la temible barrera moral, coronada por tan espléndido triunfo de la primera coalición entre el imperio americano y las repúblicas vecinas, nos encontramos en el verdadero camino de la amistad sólida”. Además, la victoria de la alianza demostró la astucia y la fuerza de una “nueva diplomacia americana” frente a las amenazas europeas.²⁶

Casi al mismo tiempo, otro miembro clave de la Generación del 37, Domingo Faustino Sarmiento, que había participado en la campaña de 1851-1852, mantenía largos diálogos con

²⁰ “Ao amigo ausente”, *Jornal do Comercio*, 19 de abril de 1851, en José Maria da Silva Paranhos, *Cartas ao amigo ausente*, Río de Janeiro, ABL, 2008, pp. 150-153. Paranhos cita de Lamas, *Notice sur la République Orientale de l'Uruguay*, París, Guillaumie et Cie., 1851.

²¹ Justo José de Urquiza, “Proclamação”, 18 de julio de 1851, en L. dos Santos Titára, *Memorias do grande exercito aliado libertador do Sul da America*, Río Grande do Sul, Typographia de B. Berlink, 1852, p. 246.

²² Brasil, Ministerio das Relações Exteriores, *Relatorio do anno de 1852*, Río de Janeiro, 1853, p. 7.

²³ *Diario de Pernambuco*, 26 de marzo de 1852, p. 1.

²⁴ Brasil, Ministerio das Relações Exteriores, “Nota do Ministro das relações exteriores da Confederação Argentina á legação imperial em Buenos Aires”, *Relatorio do Anno de 1852*, Anexo nº 1, 30 de junio de 1852.

²⁵ Véase, por ejemplo, *Diario do Rio de Janeiro*, “O Diario”, 23 de marzo de 1852.

²⁶ “Communicado. Rosas”, *Jornal do Comercio*, 26 de febrero y 7 de marzo de 1852.

el emperador Pedro II sobre temas que iban desde la industria de la seda, la educación y la inmigración, hasta la literatura argentina y las mutuas percepciones argentino-brasileñas.²⁷ La anterior visita del intelectual argentino a Río, en 1846, generó críticas a la esclavitud y burlas al emperador.²⁸ Sin embargo, sus relatos públicos y privados de la visita de 1852 se concentraron en conversaciones con estadistas brasileños, a quienes elogió. Al igual que el análisis geoestratégico del *Jornal do Comércio*, Sarmiento simultáneamente encarnaba y retrataba un punto de inflexión en la historia de la región. Los acontecimientos recientes, observó, estaban impulsando la política exterior “muy ilustrada” de Brasil hacia una mayor dependencia del “Partido civilizado” en el Río de la Plata como única garantía de paz regional.²⁹ Al vincular este cambio en el dominio político con un cambio en el dominio moral, también observó que “al temor que antes inspiraba al Brasil nuestro espíritu guerrero, y la desconfianza suscitada por el genio de la intriga [...] de que Rosas le había dado tantos ejemplos, se ha sucedido el respeto por el carácter moral [...] y las luces e inteligencia de nuestros escritores y hombres de estado”.³⁰

Ideas y diplomacia más allá del Río de la Plata

Como bien ha señalado Bethell, las relaciones de Brasil con otras partes de América Latina eran limitadas en comparación con las mantenidas con el Plata. Sin embargo, no eran tan monolíticas e insignificantes como él las presenta.³¹ Es cierto que Brasil no participó en ninguno de los congresos internacionales durante el siglo XIX, comenzando con el de Panamá de 1826, destinados a crear una alianza entre países latinoamericanos.³² Sin embargo, se ha exagerado la importancia de esta abstención. En primer lugar, el comportamiento de Brasil no fue excepcional. Pocos países hispanoamericanos participaron en cada una de estas reuniones. Segundo, una lectura minuciosa de la correspondencia diplomática y escritos públicos revela vínculos profundos entre brasileños e hispanoamericanos de todas partes del subcontinente, un creciente interés mutuo, e ideas y acciones complejas respecto del rol de Brasil en América.

Una iniciativa mexicana de cooperación latinoamericana, lanzada en 1831 por el canciller Lucas Alemán, incluía a Brasil como pilar principal. Alemán percibía el Imperio y a México como dos centros de poder que debían cooperar para “sostener el honor del hemisferio, dejando a cada uno la forma de Gobierno que más le cuadre”.³³ Aunque el proyecto no se concretó, México renovó sus esfuerzos más tarde. A principios de 1839, el ministro brasileño en Perú, Duarte da Ponte Ribeiro, informó a su superior en Río sobre repetidas conversaciones

²⁷ Domingo Faustino Sarmiento, *Campaña en el ejército grande aliado de Sud América del teniente coronel Domingo F. Sarmiento*, Río de Janeiro, J. Villeneuve, 1852, pp. x-xi.

²⁸ Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes, I. De Valparaíso a París*, Santiago, Julio Belin, 1849, pp. 95-130.

²⁹ Sarmiento a Antonino Aberastain, Petrópolis, 5 de abril de 1852, Domingo Faustino Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento: años 1838-1854*, vol. 1, Córdoba, Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, 1988, pp. 192-193.

³⁰ Sarmiento, *Campaña*, p. ix.

³¹ Bethell, “Brasil e América Latina”, p. 58.

³² Lima (1847-1748); Santiago de Chile (1856); Washington D. C. (1856); Lima (1864-1865); Caracas (1883).

³³ Jesús Hernández Jaimes, “La metrópoli de toda la América. Argumentos y motivos del fallido hispanoamericанизmo mexicano, 1821-1843”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, nº 51, 2016, pp. 28, 34.

que mantuvo en Lima con el exministro de Relaciones Exteriores mexicano, Juan de Dios Cañedo. Ponte Ribeiro observó que “la desconfianza con la que todas estas repúblicas veían a Brasil debido al sistema monárquico que nos gobierna, casi no existe hoy; y muchos envidian nuestra suerte y anhelan establecerla”.³⁴

Casi al mismo tiempo, el ministro brasileño en Santiago, Miguel María Lisboa, informó sobre sus conversaciones con el presidente de Chile, Joaquín Prieto, y miembros de su poderosa familia, el ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, Joaquín Tocornal, y el ministro de Justicia, Manuel Egaña. Según Lisboa, todos habían hablado de los beneficios de una liga hispanoamericana, o de una reunión de las repúblicas sudamericanas, mostrando cierta desconfianza hacia Brasil en este aspecto, aunque en general favorable al mismo. Trató de disipar sus recelos explicando que “en Brasil, el espíritu del americanismo creció junto con la dedicación a la Monarquía”, restándole así importancia a su diferente sistema político. Al mismo tiempo, recomendó relaciones más estrechas con los países del Pacífico de Sud y Centro América.³⁵ En los años siguientes, Lisboa, que sirvió como el primer representante diplomático de Brasil en Venezuela (1842-1847), y como enviado especial a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador (1852-1855), promovió el acercamiento con Hispanoamérica a través de negociaciones con el ministerio en Río y los destacados estadistas chilenos Andrés Bello, Manuel Montt y Ramón Luis Irarrázaval, así como los argentinos Manuel de Sarratea, Tomás Guido y el prócer José de San Martín.³⁶

En 1853, Lisboa completó la redacción de un libro de viajes basado en su servicio en el norte de América del Sur, probablemente el primero en este género escrito por un brasileño sobre países hispanoamericanos. Si bien el libro no incluía el término *América Latina*, el autor se identificó como “un brasileño, americano da la raza latina”. Pretendía explícitamente contrarrestar las descripciones condescendientes de los extranjeros hacia todo el subcontinente, así como satisfacer el creciente interés de los brasileños en las repúblicas de la cuenca del Amazonas. Además, expuso la noción de una lucha entre las “razas” sajones y latinas, que afirmó haber presenciado más claramente en Panamá.³⁷ Esto concuerda con el argumento original de Michel Gobat de que, a principios de la década de 1850, estadistas y publicistas hispanoamericanos, que se esforzaban por forjar una alianza internacional en reacción a la agresión estadounidense en Centroamérica, apelaron a la solidaridad *latinoamericana*, en lugar de *hispanoamericana*, para incluir al poderoso Brasil. Un llamamiento que resonó con sus contrapartes brasileñas, que estaban igualmente preocupadas por el expansionismo norteamericano en la cuenca del Amazonas, y que habían comenzado a emplear la noción de *raza latina*.³⁸

Sin embargo, el ascenso del imperialismo estadounidense y la importancia estratégica de Brasil no fueron las únicas fuerzas impulsoras de la creación de “América Latina”. El avance de esta metageografía en el ámbito de las relaciones internacionales fue acompañado por in-

³⁴ *Ibid.*, 28; Duarte da Ponte Ribeiro a Antonio Peregrino Maciel Monteiro, 18 de enero de 1839, *Cadernos do CHDD*, vol. 1, nº 2, 2003, pp. 77-79.

³⁵ Miguel M. Lisboa a Antonio Peregrino Maciel Monteiro, Santiago de Chile, 16 de octubre de 1838, 18 de noviembre de 1838, 10 de julio de 1839, *Caderons do CHDD*, vol. 1, nº 2, 2003, pp. 71-74, 92.

³⁶ Miguel M. Lisboa a Paulino José Soares de Souza, Caracas, 15 de enero de 1844, *Caderons do CHDD*, vol. 7, nº 13, 2008, pp. 66-68; Miguel Maria Lisboa a Ernesto Ferreira França, Caracas, 12 de julio de 1844, *ibid.*, pp. 134-152.

³⁷ Miguel M. Lisboa, *Relação de uma viagem a Venezuela, Nova Granada e Equador, pelo conselheiro Lisboa*, Bruselas, A. Lacroix, Verboekhoven e Cia, 1866, pp. 306, 385.

³⁸ Gobat, “The Invention of Latin America”, pp. 1354, 1363.

clusiones explícitas de Brasil en ciertos campos del conocimiento especializado. Un buen ejemplo son las dos obras del internacionalista argentino Carlos Calvo: *Colección completa de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios y otros actos diplomáticos de todos los Estados de la América Latina* (11 vols., París, 1862-1867) y *Anales históricos de la revolución de la América Latina, acompañados de los documentos en su apoyo* (5 vols., París, 1864-1867). Ambos estuvieron entre los primeros libros en cuyos títulos figuraba el término “América Latina”, y ambos incluyeron explícitamente a Brasil. Brasil, argumentó Calvo, era el país líder de América Latina gracias a su civilización, gran población, prosperidad, instituciones liberales y gobierno estable, y podía rivalizar con muchas de las naciones del Viejo Mundo.³⁹ El trabajo de Calvo llegó a las bibliotecas del Senado brasileño y del IHGB y se ganó elogios de la prensa y del Parlamento.⁴⁰ Asimismo, el jurista panameño-colombiano Justo Arosemena, pionero clave del latinoamericanismo, describió la monarquía brasileña en su *Estudio sobre la idea de una liga americana* (Lima, 1864) como “una monarquía templada, cuyas formas no se diferencian de las de algunas de nuestras repúblicas”,⁴¹ e incluyó a Brasil en su *Constituciones políticas de la América meridional* (Havre, 1870), republicadas como *Estudios constitucionales sobre los gobiernos de la América Latina* (París, 1878).

Otro caso ilustrativo es el del historiador chileno Diego Barros Arana, quien publicó el *Compendio de historia de América* (Santiago, 1865), una obra pionera por su enfoque hemisférico, que dedicó amplio espacio a Brasil y a los Estados Unidos. No menos importante fue el uso y elogio que hizo Barros Arana de la historiografía brasileña contemporánea.⁴² Ensalzó especialmente la *Historia geral do Brasil* (1853, 1857) de Franciso Adolfo Varnhagen, el principal historiador brasileño de la época, que dividió su tiempo como ministro en Chile, Ecuador y Perú (1863-1867) entre Lima y Santiago. En Santiago intercambió bibliografía con Barros Arana, donó publicaciones brasileñas a la Biblioteca Nacional, se convirtió en miembro correspondiente de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile y publicó un estudio sobre Colón en *Anales de la Biblioteca Nacional*.⁴³ Durante el Congreso Americano en Lima (1864-1865), Varnhagen se reunió con Arosemena y envió al ministerio en Río cuatro copias de su mencionado “Estudio” debido a su “importancia”.⁴⁴

La combinación de sociabilidad de élite, actividades académicas y diplomacia entre letreados e instituciones, evidente en los casos de Barros Arana, Lamas, Lisboa y Varnhagen, comenzó a crear una nueva geografía de producción y circulación del conocimiento en todo el subcontinente, y especialmente en el sur de Sudamérica, una tendencia que cobró impulso después de la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870).

³⁹ Calvo, *Colección*, vol. 1, París, A. Durand, 1862, p. iii.

⁴⁰ “Revista bibliographica. O novo livro do escritor argentino o sr. Carlos Calvo”, *A Reforma*, 14 de marzo de 1873, Brasil, *Annaes do Senado do Imperio do Brasil*, Río de Janeiro, Typographia do *Diário do Rio de Janeiro*, 1869, vol. 5, p. 156; Brasil, *Annaes do parlamento brazileiro: Camara dos Srs. Deputados*, Río de Janeiro, Villeneuve & C., 1867, vol. 5, p. 12.

⁴¹ Justo Arosemena, *Estudio sobre la idea de una liga americana*, Lima, Imprenta de la Huerta, 1864, p. 73.

⁴² Barros Arana, *Compendio*, vol. I-II, p. 382, vol. III-IV, p. 515.

⁴³ *Anales de la Universidad de Chile*, vol. 24, 1864, pp. 235, 308, 371; Diego Barros Arana, “La verdadera Guanhani de Colon, por don F. Adolfo de Varnhagen”, *ibid.*, pp. 321-325.

⁴⁴ Varnhagen a Carlos Carneiro de Campos, Lima, 3 de noviembre de 1864, *Cadernos do CHDD*, vol. 2, nº 3, 2003, p. 93.

La Triple Alianza: “Los sudamericanos deben vivir unidos”

El principio organizador de la guerra en la que el Brasil imperial unió fuerzas con Uruguay, y con su gran rival, Argentina (ahora bajo el gobierno liberal de Bartolomé Mitre [1862-1868]), para derrotar al Paraguay gobernado por el caudillo Francisco Solano López, fue en gran medida cultural e ideológico, enfrentando a las fuerzas eurocéntricas del “progreso” contra las fuerzas americanistas de la tradición. En este sentido, la guerra de la Triple Alianza se parecía a otros conflictos militares del siglo XIX en el Plata, que “se referían a un espacio común y rara vez a lealtades nacionales opuestas”.⁴⁵ Por lo tanto, la Triple Alianza reconfiguró no solo las relaciones internacionales sudamericanas, sino también las imágenes recíprocas y los conceptos geo-culturales de las partes involucradas.

La cooperación entre el Imperio y dos repúblicas hispanoamericanas contra una tercera fue un tema controvertido tanto en Brasil como en la Argentina, generando discusiones públicas que trascendieron las escalas nacionales tanto en la práctica como en el contenido. En 1869, estalló una polémica en la prensa porteña entre el expresidente Mitre, que justificó la alianza, y el periodista montevideano Juan Carlos Gómez, que la condenó.⁴⁶ Una tercera voz en el debate fue José Mármol, que no había abandonado sus visiones americanistas de la década de 1840. Pidió una “política de unión, de confederación, de reconstrucción”. Brasil, con sus intereses como país americano y fronterizo, podía convertirse en un socio para la realización de una gran idea, de una “inmensa revolución en la existencia y en el porvenir de esta región de América”, independientemente de su singularidad institucional. Además, no se debía confundir al pueblo brasileño con sus antiguos partidos gobernantes. Había allí una nueva generación, deseosa de dejar atrás la historia de guerras con el Plata.⁴⁷

Mármol, que regresó a Río en 1865 como ministro de la Argentina, integró su conocimiento del Imperio a la polémica. Se unió a otros escritores y estadistas argentinos, uruguayos y brasileños que, a través de sus movimientos entre las capitales portuarias de los tres países, sus encuentros, correspondencias y escritos públicos, crearon una discusión transnacional sudamericana sobre la guerra y sus consecuencias regionales. Otra figura fue Francisco Otaviano, el diplomático que firmó el tratado de alianza con la Argentina y Uruguay en 1865. Poco después de su llegada al Plata, Otaviano defendió el acuerdo en términos geopolíticos y etnográficos. En una carta privada, describió a los argentinos como los “los Yankees del sur”, un pueblo emprendedor con un gran futuro.⁴⁸ También poeta, entrelazaba esta nueva imagen nacional con una visión regional de unidad y grandeza: “El majestuoso Plata claramente nos enseña, en esta feliz confluencia de ríos tan lejanos, que los sudamericanos, por ley divina, deben vivir unidos si quieren ser gigantes”.⁴⁹ Otaviano desarrolló estas ideas a su regreso a Brasil, convirtiéndose en uno de los fundadores de un nuevo partido liberal. En diciembre de 1869, el periódico

⁴⁵ Michael Goebel, *Overlapping Geographies of Belonging: Migrations, Regions, and Nations in the Western South Atlantic*, Washington D. C., American Historical Association, 2013, p. 12.

⁴⁶ Páginas históricas. *Polémica de la Triple Alianza. Correspondencia cambiada entre el Gral. Mitre y el Dr. Juan Carlos Gómez*, La Plata, Imprenta La Mañana, 1897.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 23-24.

⁴⁸ Francisco Otaviano a Barão de Cotelipe, Montevideo, 8 de junio de 1865, en W. Pinho, *Cartas de Francisco Otaviano*, Río de Janeiro, 1977, p. 136.

⁴⁹ Phocion Serpa, *Francisco Otaviano: ensaio biográfico*, Río de Janeiro, Publicações de Academia Brasileira, 1952, p. 89.

dico del partido, *A Reforma*, comenzó a publicar partes de la polémica Mitre-Gómez, incluyendo un prólogo de Otaviano, que se refirió al surgimiento de una nueva Argentina bajo el liderazgo de Mitre. Y esta Argentina ilustrada reconocía, según él, la necesidad de llegar a un entendimiento mutuo con Brasil para que “las dos naciones limítrofes y civilizadas traigan la paz y el desarrollo político del sur de América”.⁵⁰

Los reformistas brasileños comenzaron a transformar la imagen negativa de una Hispanoamérica anárquica y despótica, construyendo en sus narrativas a la Argentina como una república modelo, en una nueva era de estabilidad política y crecimiento económico. Otro caso ejemplar fue la conferencia pública sobre “Las instituciones y los pueblos del Río de la Plata”, pronunciada en Río en julio de 1870 por el periodista y líder republicano Quintino Bocaiúva, una descripción y análisis sociológico sin precedentes de la Argentina y Uruguay, realizada por un brasileño. Se basó en la estancia de Bocaiúva en Montevideo y Buenos Aires durante la guerra, donde estableció contactos con Bartolomé Mitre y otros líderes probrasileños, uniéndose a ellos en su justificación de la Triple Alianza en la prensa local.⁵¹ Su contacto más cercano fue con Héctor Varela, un popular orador público y editor del periódico más vendido de Buenos Aires, *La Tribuna*, quien ensalzó a Bocaiúva antes de su regreso a Brasil, nombrándolo mensajero de amistad entre su pueblo y los pueblos del Plata.⁵² Y efectivamente actuaría como tal a lo largo de su posterior carrera periodística y política. La mencionada conferencia de 1870 presentó una narrativa de ruptura con el pasado. Bocaiúva sostuvo que el período en el que la política argentina y uruguaya habían sido dominadas por la espada se había terminado, dando paso a la civilización y el progreso.⁵³ Ignorado por la historiografía, la conferencia pionera fue descrita por Bocaiúva como el trampolín del movimiento republicano de Brasil, cuyo manifiesto de 1870 declaraba: “Somos de América y queremos ser americanos”.⁵⁴

Mientras tanto, en Nueva York, el editor brasileño José Carlos Rodrigues lanzó junto con el periodista cubano Juan Ignacio de Armas *La América Ilustrada* (1872-1876), una revista en español ampliamente distribuida en toda América Latina. El primer número presentaba en su portada un gran retrato de Bartolomé Mitre basado, según informaba el texto acompañante, en una fotografía del brasileño Christiano Junior, reforzando así el vínculo brasileño-hispanoamericano entre los editores.⁵⁵ Escrita por y para hispanoamericanos, la revista prestó amplia atención a Brasil, incluyendo en su portada perfiles elogiosos de Pedro II y Varnhagen. Al primero se lo presentaba como el gobernante liberal de un país estable y en progreso, defensor de la abolición de la esclavitud. El segundo fue aclamado como historiador de su patria y de América, y como el diplomático que había apoyado a Chile y Perú contra la agresión española.⁵⁶ En general, la revista minimizaba las diferencias y resaltaba la cercanía entre Brasil y sus vecinos, tendencia también presente en otra revista ilustrada, publicada en Nueva York por Rodrigues,

⁵⁰ Francisco Otaviano, “O tractado da Aliança (Prefacio)”, *A Reforma*, 11 de enero de 1870.

⁵¹ Páginas históricas, pp. 58, 67.

⁵² ‘Bocayuva’, reproducido en *A Reforma*, 7 de abril de 1870.

⁵³ Quintino Bocayuva, *As instituições e os povos do Rio da Prata: conferencia pública feita no Teatro de S. Luís a 17 de julho de 1870*, Río de Janeiro, Typographia do Imperial Instituto Artístico, 1870, p. 2.

⁵⁴ “Como se fez a república, um ‘interview’ com o general Quintino Bocaiúva”, *A Ilustração Brasileira*, 15 de noviembre de 1909; “Manifesto”, *A República*, 3 de diciembre de 1870.

⁵⁵ “Bartolomé Mitre”, *La América Ilustrada*, 15 de enero de 1872, p. 2.

⁵⁶ “El emperador del Brasil”, *La América Ilustrada*, 30 de junio de 1872, p. 1; “Francisco Adolfo de Varnhagen”, *Ibid.*, 10 de mayo de 1873, p. 1.

O Novo Mundo (1870-1879), escrita en portugués y vendida en varios miles de ejemplares en todo Brasil.⁵⁷ El 20 de junio de 1874, *La América Ilustrada* publicó “La América Latina”, un ensayo fundamental del latinoamericanismo –incluyendo Brasil– escrito por el intelectual puertorriqueño Eugenio María de Hostos, que acababa de regresar de un viaje por Sudamérica (1870-1874) para promover la independencia de las Antillas. Sus últimos destinos fueron Santos, San Pablo y Río, desde donde envió extensas impresiones de viajes a *La Tribuna* de Buenos Aires, en las cuales describió a Brasil como una nación liberal y avanzada en un proceso de democratización, a pesar de la esclavitud.⁵⁸ La geografía de los proyectos de Hostos y de Rodrigues demuestra la expansión y profundización de la integración material e intelectual hispanoamericana-brasileña mucho más allá del Plata, aunque aquella zona seguiría siendo su escenario principal.

Hacia “la mayor evolución de la historia sudamericana”

Doce años después de la inédita estancia de Bocaiúva en el Plata, miembros de la Asociación Industrial de Brasil viajaron a Buenos Aires para participar de la Exposición Continental Sudamericana de 1882 junto con representantes de México, Venezuela, Ecuador, Chile, Paraguay, Uruguay, Gran Bretaña, Alemania, Suiza, Francia y los Estados Unidos.⁵⁹ También estuvo presente en la exposición un corresponsal de la *Gazeta de Notícias* de Río, cuyo relato desde el terreno repitió las observaciones de Otaviano y Bocaiúva sobre el ingreso de la Argentina a una nueva etapa histórica.⁶⁰ Esta narrativa de un nuevo comienzo se hacía eco de los discursos inaugurales del expresidente Nicolás Avellaneda y del presidente Julio Roca en la exposición, publicados íntegramente por el diario carioca, con traducción al portugués. Ambos líderes situaron el gran salto de la Argentina en el contexto latinoamericano. En el discurso de Avellaneda, Sudamérica era claramente una entidad etnohistórica que incluía a Brasil. “Están aquí representadas”, proclamó, “las naciones todas que participan con nosotros la habitación del continente sudamericano: el imperio poderoso [...] y todas esas repúblicas, incluyendo México mismo, por las que circula nuestra misma sangre, que fueron como nosotros Colonias de la España y que se encuentran con nosotros asociados a este fecundo y tumultuoso movimiento, por medio del que van por todas partes desenvolviendo la prosperidad interior [...] y los] gobiernos libres”.⁶¹ El discurso de Roca se centró en la noción de una “comunidad de naciones sudamericanas” que estaban destinadas a reemplazar a otros pueblos y razas en dirección hacia la libertad y la civilización. El presidente argentino atribuyó el fracaso de similares iniciativas anteriores al descuido de factores políticos y económicos. El origen, la raza, el idioma y las instituciones compartidas no eran suficientes. Se necesitaban intereses comunes y

⁵⁷ Véase, por ejemplo, “Repúblicas Latino-Americanas”, *O Novo Mundo*, 23 de noviembre de 1875, p. 30; George C. A. Boehrer, “José Carlos Rodrigues and *O Novo Mundo*, 1870-1879”, *Journal of Inter-American Studies*, vol. 9, nº 1, 1967, p. 131.

⁵⁸ Eugenio María de Hostos, *Mi viaje al sur. Obras completas*, La Habana, Cultural, S. A., vol. 6, 1939, pp. 392-396.

⁵⁹ “Exposição continental de Buenos Aires”, *O Auxiliador da Indústria Nacional: Periódico da Sociedade Auxiliadora da Indústria Nacional*, 6 de junio de 1882.

⁶⁰ “Exposição continental”, *Gazeta de Notícias*, 26 de marzo de 1882.

⁶¹ Nicolás Avellaneda, *Escritos y discursos*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, vol. 4, 1910, p. 306.

relaciones comerciales que acercaran a los pueblos de la región, una empresa que ya comenzaba a materializarse “a orillas del Plata, punto de partida de la mayor evolución de la historia sudamericana”.⁶²

La Exposición Continental y la retórica de los líderes nacionales reflejaron la incipiente búsqueda de la Argentina de un liderazgo regional a través de la integración latinoamericana, basada en una mezcla de factores etnoculturales y geopolíticos. Conscientemente o no, los brasileños participaron en este proceso. El mes siguiente, el destacado educador Abilio César Borges representó a Brasil en el Congreso Pedagógico Internacional celebrado en Buenos Aires, con participantes de Uruguay, Chile, Paraguay, Bolivia, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua, los Estados Unidos e Italia.⁶³ Es revelador que las afiliaciones institucionales de Borges enumeradas en la publicación impresa de su conferencia incluyeran el Instituto Geográfico Argentino y la Sociedad de Amigos de la Instrucción Popular de Montevideo.⁶⁴ Más tarde, el director del Museu Nacional de Brasil, Ladislau Netto, llegó a la capital argentina, posiblemente para preparar una “exposición antropológica continental americana” en Río.⁶⁵ Exploró museos locales y colecciones privadas y dio conferencias en la Sociedad Científica Argentina, de la que fue miembro correspondiente desde 1876.⁶⁶ Curiosamente, en el mismo barco que llevó a Netto al sur también viajaba el expresidente Avellaneda, que regresaba a casa después de una visita a Brasil, durante la cual se reunió con el emperador, y habló en banquetes de alto perfil organizados por la Associação Industrial, así como con destacados periódicos y empresarios cariocas. Al considerar la participación de Brasil en la Exposición Continental como continuación de Monte Caseros y la Triple Alianza, instó a esos sectores a continuar sus esfuerzos por un mayor acercamiento entre ambos países “para que América deje de ser solo una expresión geográfica y pase a significar un grupo de naciones unidas por lazos de amistad, comercio, arte y un sentimiento de destino compartido en la realización del progreso humano”.⁶⁷

Pronto, los encuentros argentino-brasileños se extendieron al campo cultural, ahora con el nombre “América Latina” utilizado por ambas partes. En agosto de 1883 tuvo lugar en Río una fiesta literaria por ocasión de la fundación de la Associação dos Homens de Letras do Brasil. Estuvieron presentes el emperador, decenas de escritores, periodistas, políticos, militares y dos argentinos: Vicente G. Quesada, enviado diplomático en Brasil, y su hijo Ernesto Quesada, editores de la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885). Una invitación del comité organizador a Vicente Quesada, que circuló en la prensa de Río, decía: “Son conocidos en esta capital los servicios prestados por V. y su digno padre el señor doctor Vicente G. Quesada, como escritores, a fin de combatir, por lo que toca a las bellas letras, el aislamiento en la América

⁶² “Exposição continental. Discurso do Presidente da Republica Julio A. Roca”, *Gazeta de Notícias*, 29 de marzo de 1882.

⁶³ Luis Delio Machado, “El Congreso Pedagógico de Buenos Aires de 1882”, *Anales del Instituto de Profesores Argentinas*, vol. 3, 2009, pp. 259-261.

⁶⁴ Abilio Cezar Borges, *Dissertação lida no Congresso Pedagógico Internacional de Buenos Ayres em 2 de maio de 1882*, Bruselas, Guyot, 1884.

⁶⁵ Maria Margaret Lopes e Irina Podgorny, “The Shaping of Latin American Museums of Natural History, 1850-1990”, *Osiris*, vol. 15, 2000, pp. 108-118.

⁶⁶ Al ser nombrado miembro correspondiente, Netto inició un canje de publicaciones entre el Museu Nacional y la Sociedad Científica y otras instituciones argentinas. Véase su correspondencia de 1876-1877 con el presidente de la Sociedad, Pedro Pico, y su secretario, Estanislao Zeballos, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. 3, 1877, pp. 179-181.

⁶⁷ Avellaneda, *Escritos y discursos*, p. 303.

Latina”.⁶⁸ Aparentemente, el evento fue a la vez nacional e internacional, celebrando la institucionalización del campo literario de Brasil junto con el fortalecimiento de los vínculos políticos-culturales argentino-brasileños, como parte de un proceso más amplio de integración latinoamericana. El discurso de Ernesto Quesada en el evento describió este objetivo: “Las naciones de la América Latina, tanto las de origen español como lusitano, pertenecen a la misma raza, y tienen, con ligerísimas diferencias, la misma lengua, religión y costumbres; son, además, limítrofes, y tienen idénticos problemas que resolver, disponen de medios similares y su porvenir es análogo. Con todo, viven en un aislamiento intelectual y material que causa asombro [...]. Los hombres de corazón de todas las secciones latinoamericanas deben aunar sus esfuerzos, y tratar [...] de modificar semejante situación”.⁶⁹ De hecho, a partir de ese momento, las escasas interconexiones translatinoamericanas descritas por Quesada comenzarían a aumentar drásticamente.

Nuevas comunicaciones e instituciones obsoletas

Los cambios geopolíticos regionales no fueron el único factor que estimuló la conectividad transnacional después de la guerra del Paraguay. Investigadores modernos han argumentado que los avances en transporte y comunicaciones, junto con los esfuerzos sistemáticos de escritores, contribuyeron al aumento y estrechamiento de los vínculos literarios entre las ciudades hispanoamericanas a partir de la década de 1870.⁷⁰ Sin embargo, las ciudades brasileñas también formaron parte de esta tendencia, que fue especialmente fuerte entre las capitales portuarias de Río, Montevideo y Buenos Aires, con sus intensas actividades económicas, aparatos gubernamentales, grandes sectores administrativos y esferas públicas. Quinientos barcos al año salían de Buenos Aires hacia puertos de ultramar a mediados de la década de 1850, un número que creció a más de cuatro mil en 1880.⁷¹ Estos barcos, que pasaban por el puerto de Río, también transportaban las últimas ediciones de periódicos y revistas. Particularmente profundo fue el impacto del telégrafo. Como ha demostrado recientemente Lila Caimari, la inauguración del sistema de cables del Atlántico Sur en 1874 y la consolidación del sistema del Pacífico en 1891 fueron momentos cruciales en la constitución de “un barrio informativo”, integrado por la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Los cuatro países, o más bien sus principales ciudades, quedaron interconectados gracias a acuerdos telegráficos bilaterales, la agencia de noticias Havas y la comunicación por cable.⁷²

El desarrollo de las comunicaciones contribuyó enormemente al papel poco estudiado de la prensa en la formación de una conciencia interurbana transnacional en el sur de Sudamérica.

⁶⁸ *Gazeta de Noticias*, 21 de agosto de 1883. La revista de los Quesadas publicó extensamente sobre temas brasileños desde su lanzamiento, incluyendo traducciones al español de notables escritores brasileños, como Alfredo d’Escragnolle Taunay y Sílvio Romero.

⁶⁹ “Fiesta literaria celebrada en Río de Janeiro, el 30 de agosto de 1883”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, vol. 8, 1883, p. 473.

⁷⁰ Susana Zanetti, “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”, en A. Pizarro (comp.), *América Latina, palabra, literatura e cultura*, Campinas, Editora da Unicamp, vol. 2, 1994, pp. 489-534; Ángel Rama, “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”, en A. Pizarro (comp.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL, 1985, pp. 85-97.

⁷¹ James Scobie, *Argentina: A City and a Nation*, Nueva York, Oxford University Press, 1974, p. 108.

⁷² Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo xix”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, vol. 49, 2018, pp. 81-116.

Las dos últimas décadas del siglo presenciaron un fuerte aumento en el número de periódicos en toda América Latina, junto con un cambio notable en su carácter, sobre todo en el Atlántico sur. Una nueva prensa comercial y no partidista, con secciones de telegramas, informes de correspondentes, fotografías y caricaturas, ahora atendía a un público masivo, proporcionando un flujo constante de noticias y opiniones provenientes del Cono Sur y más allá. Facilitados por la proximidad gramatical y léxica entre el español y el portugués, estos flujos generaron gradualmente una conciencia de circunstancias compartidas y un sentimiento de similitud en ambos lados de la frontera lingüística.⁷³

Dos eventos que se cruzaron con los acontecimientos mencionados propiciaron una mayor sensación de identificación: la abolición de la esclavitud en 1888 y el fin de la monarquía en 1889, las instituciones centrales que habían distinguido al Imperio esclavista de sus vecinos republicanos durante décadas. La navegación a vapor, las comunicaciones telegráficas y los periódicos de circulación masiva convirtieron aquellos dos eventos (especialmente la abolición de la esclavitud) en acontecimientos transnacionales. Brasileños e hispanoamericanos interpretaron la abolición de la esclavitud del 13 de mayo como el fin de un mal antiamericano que inhibía el progreso moral y material. En muchas capitales sudamericanas hubo conmemoraciones públicas, con un discurso de redención, civilización e integración continental. Los periódicos y revistas informaron sobre la abolición en un tono festivo, algunos de ellos con los retratos de Pedro II y la princesa Isabel. La más receptiva fue la prensa de Buenos Aires, que informó favorablemente sobre una futura marcha celebratoria en la ciudad. El gobierno argentino declaró el 17 de mayo feriado nacional, lo que probablemente contribuyó a la magnitud de la multitud que salió a las calles, estimada entre 15.000 y 50.000, y encabezada por figuras públicas destacadas, entre ellas el expresidente Mitre.⁷⁴

Muchos grupos y líderes reformistas en Río respondieron con entusiasmo a la noticia que llegó a través del cable desde Buenos Aires. Quintino Bocaiúva, con su periódico abolicionista y republicano *O País*, llevó el eufórico diálogo entre las dos capitales a su clímax el 9 de julio, día de la independencia de la Argentina, con una edición especial honorífica de 75.000 ejemplares, el triple del número usual, para ser distribuida en Buenos Aires por el periódico local *El Diario*.⁷⁵ Otros periódicos de Río transnacionalizaron el evento enviando correspondencias especiales, que fueron recibidos con gran honor y ceremonia por la prensa argentina, asociaciones culturales y funcionarios estatales. Este fue el comienzo de una rutina de visitas recíprocas, formales e informales, de periodistas, intelectuales y políticos sudamericanos, percibidos y tratados como “embajadores” del acercamiento, la estabilidad y el progreso sudamericanos o latinoamericanos.⁷⁶

La caída de la monarquía, seguida de una década de gobiernos militares, agitación política, represión y violencia fratricida, creó entre los brasileños un tipo opuesto de identificación

⁷³ Ori Preuss, *Transnational South America: Experiences, Ideas, and Identities, 1860s-1900s*, Nueva York, Routledge, 2016, capítulos 1 y 3. Según Antonio Checa Godoy, “se expande el número de diarios, entre 1880 y 1900 casi todas las capitales estatales doblan su número de diarios”, *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1993, p. 12.

⁷⁴ João Paulo Rodrigues y Ori Preuss, “Espectaculares y especulares: las celebraciones del fin de la esclavitud brasileña en la capital argentina”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, vol. 25, 2021, pp. 171-178.

⁷⁵ “Regalo de *O País* a los argentinos: opinión de *El Diario*”, *El Diario*, 9 de julio de 1888.

⁷⁶ Para una discusión detallada, véase João Paulo Rodrigues, “Embaixadas originais: diplomacia, jornalismo e as relações Argentina-Brasil (1888-1935)”, *Topoi*, vol. 18, nº 36, 2017, pp. 537-562; Preuss, *Transnational South America*, cap. 3.

con Hispanoamérica. Estas nuevas circunstancias, desconocidas en Brasil durante décadas, fueron interpretadas como signos de hispanoamericanización. La prensa periódica y los viajes convirtieron nuevamente un evento local en un asunto transnacional. En 1893, el principal jurista brasileño y autor de la primera constitución republicana, Rui Barbosa, huyó a Buenos Aires. Durante sus seis meses de exilio, atacó el régimen militar brasileño mediante artículos en los periódicos más prestigiosos de la ciudad, *La Prensa* y *La Nación*, insertándose en una tradición latinoamericana. Utilizar la libertad de expresión en la Argentina, explicó, era utilizar “un derecho cuya antigüedad se mide por la de las tiranías militares en América, un derecho sostenido, en todo momento, por los naufragos de las tormentas del caudillismo en este continente”. Barbosa se identificó además con los liberales argentinos que militaban contra la tiranía de Rosas en el exilio, destacando los escritos de Alberdi, “estimados por todos los amigos de las instituciones libres en América Latina”.⁷⁷

La noción de hispanoamericanización se manifestaría plenamente en el ensayo de Barbosa “Duas glórias da humanidade” y en un libro del líder abolicionista y monarquista, Joaquim Nabuco, titulado *Balmaceda*. Ambos textos criticaron el autoritarismo brasileño a través de una discusión sobre ciertos jefes de Estado hispanoamericanos: José Gaspar Francia (1814-1840) de Paraguay y Rosas de la Argentina en el primero, y José Manuel Balmaceda (1886-1891) de Chile en el segundo. Las dictaduras de los dos primeros y la guerra civil chilena de 1891 sirvieron para diagnosticar a “América Latina” como un espacio de tiranía y desorden crónicos. Además, ambos textos tenían sus raíces en intercambios y encuentros transandinos. La discusión de Barbosa sobre Rosas se basó en *La dictadura de Rosas* (1894) del historiador argentino Mariano Pelliza y otros escritos de Alberdi, Sarmiento y Adolfo Saldías. Asimismo, la discusión de Nabuco sobre Balmaceda fue una interpretación de *Balmaceda: su governo y la revolución de 1891* (1894) del chileno Julio Bañados Espinosa. Además, ambos autores apelaron a sus visitas a la Argentina como fuente de conocimiento: el exilio de 1893 en el caso de Barbosa, y un viaje voluntario en 1891, documentado en una serie de artículos del *Jornal do Brasil* de Río titulado “De Buenos Aires”, en el caso de Nabuco.⁷⁸

Una intertextualidad hispanoamericana también se encontró en *A ilusão americana*, un tratado polémico del destacado intelectual monarquista Eduardo Prado, que atacaba la orientación norteamericana de la república, discutiéndola en un contexto continental. El libro de Prado precedió al discurso *antiyanqui* pos 1898 de los intelectuales hispanoamericanos, que esencializaba a Estados Unidos y lo contraponía a una América Latina moralmente superior. Según Prado, Brasil era una isla singular, cultural e históricamente desconectada tanto de “la república anglosajona” como de “los países ibéricos americanos”. Sin embargo, puso a Brasil en el mismo grupo de estos últimos, bajo el concepto de “América Latina”.⁷⁹ La publicación en 1918 de una traducción al español titulada *La ilusión yanqui* por la Editorial América de Ma-

⁷⁷ “Quarta carta a *La Nación*”, 13 de noviembre de 1893, *Obras completas de Rui Barbosa*, Río de Janeiro, Ministério da Educação e Cultura, vol. xx, t. 1, 1942, pp. 354-359.

⁷⁸ Rui Barbosa, *Cartas de Inglaterra*, Río de Janeiro, Leuzinger, 1896, p. 333; Joaquim Nabuco, *Balmaceda*, Río de Janeiro, Leuzinger, 1895; João Paulo Rodrigues, “‘Efeito Orloff’: a Argentina e a geração de 1870 no início do período republicano”, en A. Mansur Barata, L. César de Sá, S. Mota Barbosa (comps.), *Cruzando fronteiras: histórias no longo século XIX*, Río de Janeiro, Gramma, 2021, pp. 193-219.

⁷⁹ Eduardo Prado, *A ilusão americana*, 2^a edición, París, Armand Colin, 1895, pp. 10-11, 207, 214. Prado hizo referencia a publicaciones del colombiano José María Samper y los argentinos Pedro de Ángelis y Carlos Calvo, entre otros. Cabe mencionar que en 1882 había visitado Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso y Santiago, y envió impre-

drid, con la contribución de dos férreos opositores del imperialismo estadounidense, el venezolano Rufino Blanco Fombona –quien fundó la editorial para promover la integración cultural de América Latina– y el mexicano Carlos Pereyra, quien tradujo y prologó la obra, confirma aún más la naturaleza latinoamericanista pionera de este libro brasileño.⁸⁰

La desaparición de la esclavitud y la monarquía puso a Brasil en el medio, o incluso al frente, de los discursos latinoamericanos centrales de la época: el discurso crítico del autoritarismo nacido durante la época de los caudillos en el Plata, aquel que contrastaba a América Latina con la América anglosajona, y el discurso autocoplaciente, interrelacionado, pero menos estudiado, sobre el orden y progreso latinoamericanos al que ahora nos referiremos.

Latinoamericanismo oligárquico

Brasil aseguró un arreglo político oligárquico estable, impregnado de pensamiento positivista y darwinismo social, que priorizaba la estabilidad nacional e internacional, el crecimiento económico orientado a la exportación y el blanqueamiento racial. A nivel regional, tomó forma un equilibrio de poder institucionalizado entre Argentina, Brasil y Chile, en una dinámica triangular marcada tanto por la rivalidad como por la cooperación.⁸¹ Al mismo tiempo, el nuevo expansionismo económico y militar de los Estados Unidos creó una amenaza común y un problema colectivo en la esfera pública latinoamericana, reforzando la noción de latinos versus anglosajones. Esta fusión de visiones del mundo e intereses de las élites, junto con la modernización material, fortalecieron el pacto entre viajes, sociabilidad, prensa periódica y diplomacia, que culminó con el intercambio de visitas presidenciales entre Brasil y la Argentina: eventos especiales, celebrados entre grandes multitudes en espacios públicos urbanos. El discurso público que los acompañó vinculó aquel acercamiento bilateral sin precedentes con una visión a escala latinoamericana, entrelazando los poderes nacionales y la latinidad. Cuando el presidente Roca llegó a Río en 1899, el senador y editor de prensa, Rui Barbosa, publicó un artículo titulado “Un día histórico”, en el que describía una creciente cooperación entre “las tres grandes naciones de la América meridional”, Brasil, Chile y la Argentina, gracias a una mayor conciencia del interés común: “la preservación vivaz del contingente latino en la evolución americana”.⁸² Al año siguiente, el presidente Campos Sales viajó a Buenos Aires con un nutrido séquito de periodistas que participaron de numerosos banquetes y actos públicos. La publicación de libros dedicados a cada país como parte semioficial de la visita señaló un nuevo grado de interés mutuo, relacionado con un objetivo más amplio. El corresponsal brasileño Arthur Dias elogió la aproximación entre “las repúblicas de América” y “la nueva situación sudamericana” en su libro de viajes sobre la Argentina. El diplomático García Mérou, quien había servido como ministro de la Argentina en Brasil (1894-1896), previó la cooperación entre las dos

siones del viaje a la *Gazeta de Notícias* de Río, luego reunidas en su libro *Viagens: América, Oceania e Ásia*, San Pablo, Salesiana, 1902.

⁸⁰ Sobre Blanco Fombona y Editorial América: Fernando Degiovanni, *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2018, pp. 30-41.

⁸¹ Arie M. Kacowicz, *Zones of Peace in the Third World: South America and West Africa in Comparative Perspective*, Albany, SUNY Press, 1998, pp. 72-74.

⁸² “Um dia histórico”, *A Imprensa*, 8 de agosto de 1899, *Obras Completas de Rui Barbosa*, vol. 26, t. 6, 1877, pp. 197-200.

naciones para el “progreso y la civilización de la América Latina” en su libro dedicado a la vida intelectual brasileña.⁸³ Asimismo, según el álbum oficial de las celebraciones publicado por el Ayuntamiento de Buenos Aires, repleto de discursos y reportajes reproducidos de la prensa argentina y brasileña tanto en español como en portugués, “el abrazo sincero y fraternal de las dos más poderosas Repúblicas del Continente del Sud fue saludado como una garantía de solidaridad internacional por todos los demás pueblos de la América Latina”.⁸⁴

Más tarde, esta naciente dimensión latinoamericanista de las relaciones exteriores brasileñas alcanzó su máxima expresión. Un ejemplo es la serie de congresos científicos latinoamericanos, inaugurados en Buenos Aires en 1898 y seguidos por tres reuniones más en Montevideo (1901), Río (1905) y Santiago (1909), que Bethell ni siquiera menciona y que formaron parte de una avalancha de encuentros internacionales con participación brasileña en el Cono Sur.⁸⁵ El congreso de Río de 1905, convocado bajo los auspicios del Ministerio de Asuntos Exteriores brasileño, demuestra que Brasil no era un partícipe ambiguo del latinoamericanismo realista y assertivo que emergió del sur de Sudamérica. Brasil buscaba liderar, como quedó evidente en el discurso inaugural del ministro de Relaciones Exteriores, Barón de Rio Branco (hijo del Vizconde de Rio Branco), quien se convirtió en un héroe nacional durante su mandato (1902-1912) gracias a las enormes conquistas territoriales logradas en una serie de acuerdos de fronteras con países hispanoamericanos. Brasil, proclamó, “quiere hacerse fuerte entre vecinos grandes y fuertes, por el honor de todos nosotros y por la seguridad de nuestro continente, que tal vez otros consideren menos ocupado. Es fundamental que, antes de medio siglo, al menos cuatro o cinco de las naciones más grandes de América Latina [...] lleguen a competir en recursos con los estados más poderosos del mundo”.⁸⁶

El lenguaje de Rio Branco era inequívocamente latinoamericanista, de acuerdo con su visión de las relaciones internacionales hemisféricas y globales, y su política de equilibrio entre Hispanoamérica y los Estados Unidos, claramente expresada en la Conferencia Internacional de Paz de La Haya de 1907. Un año después, el embajador de Brasil en la conferencia, Rui Barbosa, pronunció un largo discurso ante el Senado, publicado en la prensa y en un folleto, titulado *Brasil y las naciones latinoamericanas en La Haya*. Barbosa no solo posicionó a su país como parte integral de América Latina, sino también como adalid de la causa en la comunidad internacional. Uno de los principales desafíos que Brasil había enfrentado en la conferencia, afirmó, había sido la discriminación contra América Latina: “¿Cómo reivindicar los derechos de Brasil, olvidando de las demás repúblicas latinoamericanas? Las dos causas eran inseparables”.⁸⁷

⁸³ Arthur Dias, *Do Rio a Buenos Aires: episódios e impressões d'uma viagem*, Río de Janeiro, Imprensa Nacional, 1901, p. xiii; Martín García Mérout, *El Brasil intelectual. Impresiones y notas literarias*, Buenos Aires, Lajouane, 1900, p. 18.

⁸⁴ Luis Vicente Varela, *El Brasil y la Argentina. Confraternidad sud-americana*, Buenos Aires, J. Peuser, 1901, pp. 359-360.

⁸⁵ Sobre la participación brasileña en otros congresos: Marta de Almeida, “Círculo abierto: idéias e intercâmbios médico-científicos na América Latina nos primórdios do século xx”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 13, nº 3, 2006, pp. 733-757; Diego Galeano, “Las conferencias sudamericanas de policías y la problemática de los delincuentes viajeros, 1905-1920”, *La policía en perspectiva histórica. Argentina y Brasil*, Buenos Aires, CD-ROM, 2009; Susana V. García, “Embajadores intelectuales: el apoyo del Estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo xx”, *Estudios Sociales* vol. 19, nº 1, 2000, pp. 65-84.

⁸⁶ José Maria de Silva Paranhos Júnior (Barão do Rio Branco), *Obras do Barão do Rio Branco*, Brasilia, Fundação Alexandre de Gusmão, vol. 9, 2012, pp. 86-87; Preuss, *Bridging the Island*, cap. 5.

⁸⁷ Ruy Barbosa, *O Brasil e as nações latino-americanas em Haya*, Río de Janeiro, Imprensa Nacional, 1908, p. 46.

Otro instrumento de la diplomacia cultural brasileña fue la *Revista Americana*, lanzada por el Itamaraty en 1909. Su misión declarada era promover “la circulación de ideas y sentimientos entre los pueblos que habitan América”, con el fin de elevar su estatus entre las naciones más cultas del mundo, y promover “una comunión política y una solidaridad de aspiraciones e ideas” entre ellas.⁸⁸ La revista presentaba artículos de destacados autores brasileños e hispanoamericanos, tanto en portugués como español, que representaban puntos de vista heterogéneos sobre la política hemisférica. Bethell menosprecia la dimensión latinoamericanista de este proyecto, considerándolo como uno orientado al intercambio intelectual con los Estados Unidos y favorable a su política panamericana. Sin embargo, esta interpretación no cuadra con la ausencia de escritores estadounidenses y de lengua inglesa en la revista, ni con la presencia de hispanoamericanos con inclinaciones antiestadounidenses. Como ha observado Álvaro Fernández Bravo, la publicación de textos de los principales escritores y pensadores del momento, como el nicaragüense Rubén Darío, los peruanos José Santos Chocano, Francisco y Ventura García Calderón, los uruguayos Julio Herrera y Reissig, María Eugenia Vaz Ferreira y José Enrique Rodó, los argentinos Ernesto Quesada y José Ingenieros, el venezolano Rufino Blanco Fombona, y el chileno Benjamín Vicuña Subercaseaux, da testimonio de la recepción del modernismo hispanoamericano con sus fuertes componentes latinoamericanistas en Brasil, que “no parece escapar a la ola de unificación cultural que recorrió el continente”.⁸⁹

De hecho, la importancia de la *Revista Americana* fue aún más allá. El Ministerio de Relaciones Exteriores brasileño no quedó simplemente atrapado en la marea latinoamericana: intentó liderarla reclutando escritores y textos desde México al norte hasta Chile al sur, y publicando periódicamente secciones de “revistas”, “bibliografía” y “notas” con un alcance geográfico similar. Tal esfuerzo dependió de, y reforzó, los vínculos personales e institucionales entre Brasil e Hispanoamérica, resaltando la posición de Río como un nodo central de las redes intelectuales latinoamericanas. Por último, *Revista Americana* fue un proyecto de publicación único a nivel continental, al entrelazar el latinoamericanismo (Arielismo) literario y a menudo idealista de escritores modernistas independientes como Rodó y Darío, y el latinoamericanismo más estrictamente político y realista de agentes estatales o sus satélites, como Rio Branco, Rui Barbosa, Vicente Quesada y Roque Sáenz Peña.⁹⁰ Son ilustrativos a este respecto los encuentros entre Sáenz Peña y Rio Branco, cuando el argentino visitó Río como candidato presidencial (1909) y presidente electo (1910), y el elogio fúnebre de Rodó a Rio Branco tras su muerte en 1912.⁹¹

⁸⁸ Redacción, “A Revista Americana”, *Revista Americana*, vol. 1, 1909, pp. 5-8.

⁸⁹ Álvaro Fernández-Bravo, “Utopías americanistas: la posición de la *Revista Americana* en Brasil (1909-1919)”, en P. Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados Nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 321-338.

⁹⁰ Juan Pablo Scarfi, “La emergencia de un imaginario latinoamericanista y antiestadounidense del orden hemisférico: de la unión panamericana a la unión latinoamericana (1880-1913)”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 39, 2013, pp. 88-92. Darío visitó Río en 1906 como secretario de la delegación nicaragüense a la Tercera Conferencia Panamericana, y en 1912 en una gira de relaciones públicas para su *Revista Mundial*, recibido por la élite intelectual carioca. Véase Juan Manuel Fernández, ‘Rubén Darío: una obnubilación brasílica’, *Caracol*, vol. 3, 2012, pp. 103-133.

⁹¹ Roque Sáenz Peña, *Escritos y discursos*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, vol. 1, 1914, pp. 347-352, 374-376; José Enrique Rodó, “Rio Branco”, *Revista Americana*, vol. 4, nº 4, 1913, pp. 181-183, republicado en *El mirador de próspero*, Montevideo, José María Serrano, 1913, pp. 344-347.

En esta etapa, el latinoamericanismo se estaba extendiendo desde las instituciones estatales y las publicaciones eruditas hacia las esferas públicas más masivas. En 1913, el intelectual argentino Manuel Ugarte visitó Río en su gira de conferencias por capitales latinoamericanas, que representaba la espectacularización y popularización del latinoamericanismo.⁹² Ese año, la revista bonaerense de gran circulación *Caras y Caretas* publicó un “número dedicado a América Latina”, celebrando sus logros materiales y culturales. Brasil recibió la debida atención, e incluso un elogio fúnebre al recientemente fallecido Barón de Rio Branco por parte del diplomático brasileño Helio Lobo.⁹³ Y, al igual que en fases anteriores, los hispanoamericanos no solo integraron a Brasil al latinoamericanismo, sino que los propios brasileños lo modificaron activamente, como se desprende de las visitas de dos célebres brasileños a la Argentina en el contexto de la Primera Guerra Mundial, que quebrantaba la supuesta superioridad civilizatoria europea, fortaleciendo la autoestima latinoamericana.⁹⁴

Brasileños en la Argentina durante el cataclismo europeo: embajadores de América Latina

En julio de 1916, Rui Barbosa llegó nuevamente a Buenos Aires, esta vez como jefe de la delegación especial de Brasil para el centenario de la independencia argentina. Fue recibido como un héroe continental, presentado en una sesión especial del Senado celebrada en su honor como un “representante genuino, embajador permanente y virtual de toda América Latina”.⁹⁵ En su discurso, el jurista brasileño contrastó la América pacífica con la Europa beligerante, y elogió a la Argentina como una fuerza emergente, que refutaba el prejuicio sobre América Latina como un territorio incapaz de alcanzar la más alta forma de civilización cristiana.⁹⁶ En otra intervención en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, presentó una teoría completa sobre “Los conceptos modernos del derecho internacional”, promoviendo los mismos dos principios de la primacía del derecho sobre la fuerza y la igualdad jurídica de las naciones que había defendido en 1907 en La Haya.⁹⁷ La disertación marcó a Barbosa como uno de los varios juristas latinoamericanos que contribuyeron a un nuevo orden jurídico global mediante el desarrollo de enfoques regionales distintivos.⁹⁸ Esto, y el hecho de que fue presentada en Buenos Aires con el aplauso de los líderes locales y publicada por primera vez en español, atestiguan la posición a la vanguardia de Brasil en el movimiento latinoamericanista.

⁹² Degiovanni, *Vernacular Latin Americanisms*, pp. 20-28. Ya en *El porvenir de la América Latina*, Valencia, F. Sempere, 1911, p. 43, Ugarte afirmó que “Brasil forma parte integral del haz hispanoamericano y su destino como nación es inseparable del resto del continente”.

⁹³ Volumen no numerado, sin paginación.

⁹⁴ Sobre el impacto de la guerra, véase Olivier Compagnon, *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*, Buenos Aires, Crítica, 2014, parte 2.

⁹⁵ *Obras Completas de Rui Barbosa*, vol. 43, t. 1, 1916, p. 238.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 16.

⁹⁷ “Los conceptos modernos del derecho internacional”, *ibid.*, pp. 23-95. Sobre el impacto diplomático de la visita, véase Pablo Ortemberg, “Ruy Barbosa en el Centenario de 1916: apogeo de la confraternidad entre Brasil y Argentina”, *Revista de Historia de América*, vol. 154, 2018, pp. 105-134.

⁹⁸ Juan Pablo Scarfi, “Globalizing the Latin American Legal Field: Continental and Regional Approaches to the International Legal Order in Latin America”, *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 61, 2018, pp. 1-12.

En 1918, le tocó al destacado historiador y diplomático retirado Oliveira Lima dictar conferencias sobre relaciones internacionales en instituciones públicas clave de la capital argentina, incluyendo el recién creado Consejo Nacional de Mujeres y el Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa* (que también acogió a Barbosa), ambos destinados a la democratización del conocimiento. Estas conferencias se incluyeron en el libro de viajes de Lima, publicado tanto en portugués como en español, con el objetivo de promover “la solidaridad americana y muy particularmente el acercamiento intelectual, moral y político entre Brasil y la República Argentina, en aras de la paz universal o al menos continental”.⁹⁹

Al parecer, Lima y Barbosa tenían una misión similar, con la diferencia de que el primero realizaba un viaje privado, por invitación del exministro de Relaciones Exteriores, el académico y editor Estanislao Zeballos. Zeballos y Lima mantuvieron una extensa correspondencia entre 1912 y 1923. Al principio, el brasileño compartió su intención de “promover la causa de nuestras tierras” y emprender un viaje por Hispanoamérica. Más tarde, aquella relación trajo la integración de Lima a los ámbitos periodísticos e intelectuales de Argentina, volviéndose colaborador regular de *La Prensa* y la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Zeballos, como parte de la visión de elevar la posición global de América Latina mediante la producción conjunta de conocimiento.¹⁰⁰

Las raíces de este objetivo se remontan al servicio diplomático de Lima en Washington D. C. (1896-1901) y Caracas (1905-1906), experiencias que lo hicieron crítico de la política exterior estadounidense, y despertaron su interés y sentido de identificación con Hispanoamérica, como se manifestaba en su obra *Panamericanismo (Monroe-Bolívar-Roosevelt)* de 1907, otro texto brasileño de carácter latinoamericanista, aunque no reconocido como tal por la historiografía. Lo mismo se aplica a una serie de conferencias que Lima pronunció en la Universidad de Stanford en 1912, como parte de una gira por doce universidades norteamericanas, publicadas por primera vez en inglés con el título *The Evolution of Brazil Compared with that of Spanish and Anglo-Saxon America*. En 1913, *La Revista de América*, fundada en París por el historiador peruano Francisco García Calderón, publicó un capítulo del libro en portugués, con un prefacio que presentaba a Lima como “el Ilustre diplomático e historiador brasileño [que] triunfalmente ha recorrido los Estados Unidos de América [...] pronunciando admirables conferencias sobre el pasado y el porvenir de nuestra América. Ha sido un embajador intelectual ante el cual se inclinaron los políticos del imperialismo”.¹⁰¹ Al año siguiente, apareció el libro completo en español en la ya mencionada Editorial América, bajo un título que integró a Brasil e Hispanoamérica en el concepto de América Latina, reforzando así un argumento principal de Lima: “a la fusión moral [...] contribuye poderosamente, en toda América Latina, la fusión de las razas que la habitan. Representa una tradición y encierra una de las mejores garantías del futuro de esas tierras de civilización hispano-portuguesa”.¹⁰² Estas líneas pueden

⁹⁹ Oliveira Lima, *Na Argentina: Impressões*, San Pablo, Weiszflog, 1920, p. 189; *En la Argentina: (impressions de 1918-1919)*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1920.

¹⁰⁰ Lima a Zeballos, Río de Janeiro, 31 de diciembre de 1912, Archivo Estanislao Zeballos, Complejo Museográfico Provincial Enrique Udaondo, Luján. Consultamos toda la correspondencia en este archivo y en Oliveira Lima Library, Catholic University of America, Washington, D. C.

¹⁰¹ “America para a humanidade”, *La Revista de América*, vol. 1, nº 9 y 10, 1913, pp. 181-190, 257-275.

¹⁰² Oliveira Lima, *La evolución histórica de la América Latina: bosquejo comparativo*, Madrid, Editorial América, 1914, p. 238. En 1918 la editorial publicó una traducción de otro libro de Lima, *Formation historique de la nationalité brésilienne* (París, 1911), con introducción de Carlos Pereyra.

explicar por qué Zeballos elogió las conferencias de Stanford en una de las apariciones de Lima en Buenos Aires, considerándolas una vindicación continental de América Latina ante la ignorancia y falta de respeto de la América del Norte.¹⁰³

Observaciones finales

Las nociones brasileñas e hispanoamericanas de pertenencia a una entidad común durante el primer siglo posindependencia se basaban en varios pilares. Primero, la idea de América y las ideologías americanistas. Segundo, un pasado colonial ibérico compartido y experiencias históricas entrelazadas o simultáneas a partir de la independencia. Tercero, el peso estratégico de Brasil y su potencial contribución importante a cualquier tipo de cooperación regional, cívica o militar. Cuarto, las fronteras de Brasil con la mayoría de los países sudamericanos y la cercanía de sus centros de poder al Plata. Quinto, las intensas relaciones bilaterales entre Brasil y la Argentina. Sexto, la proximidad etnocultural y lingüística entre las élites y clases medias urbanas predominantemente blancas de habla portuguesa y española. Esta base facilitó, a su vez, el flujo transnacional de personas, información e ideas entre Río y las ciudades hispanoamericanas (sobre todo Buenos Aires), la cooperación intelectual con centros del Atlántico Norte como Madrid, París y Nueva York, la sociabilidad, y la reproducción de intereses, visiones del mundo e ideologías compartidas. Estas dinámicas, concentradas en el sur de Sudamérica con el doble nexo Brasil-Argentina/Río-Buenos Aires en su centro, se iniciaron en el período de la independencia, se desarrollaron lentamente durante la era de los caudillos, y tomaron impulso durante la modernización. Trajeron, después del fin de la esclavitud y la monarquía, un papel cada vez más crucial de Brasil y los brasileños en la creación de ideas, discursos y políticas latinoamericanistas, que culminaron en el contexto de la Primera Guerra Mundial.¹⁰⁴

Al ignorar o restar importancia a los flujos descritos en este artículo, conscientemente o no, la historiografía continúa reproduciendo el mito académico del Brasil como una isla. Curiosamente, los estudios que pretenden deconstruir el concepto de América Latina cosifican otras categorías metageográficas, enfrentando entre sí lo que un destacado historiador ha denominado “los dominios portugueses y españoles [...] en el continente”.¹⁰⁵ Dentro de este marco dicotómico, Brasil se prefigura como un caso singular cuyos vínculos con el otro bloque etnohistórico supuestamente homogéneo siempre son deficientes, aunque las diferencias y distancias entre los países hispanoamericanos no necesariamente han sido menores entre cada uno de ellos que con Brasil, y aunque los países hispanoamericanos tengan también sus propias narrativas de singularidad en la región.¹⁰⁶ Es cierto que al volver sobre “Brasil y América Latina” podemos, paradójicamente, contribuir a la reproducción de esta supuesta obviedad que pretendemos corregir. Aun así, tenemos la esperanza de que, al replantear la cuestión y focalizar en

¹⁰³ Lima, *Na Argentina*, p. 194.

¹⁰⁴ Sobre la posición de San Pablo en estas dinámicas, véase James P. Woodard, “The Argentine Allusion: On the Significance of the Southern Cone in Early Twentieth-Century São Paulo”, *The Americas*, vol 78, nº 1, 2021, pp. 61-87.

¹⁰⁵ Tenorio-Trillo, *Latin America*, p. 70.

¹⁰⁶ Sobre el excepcionalismo chileno, véase, por ejemplo, Edward Blumenthal, *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile, 1810-1862*, Cham, Springer, 2020, cap. 6. El mismo Bethell argumenta que la Argentina es “un caso aparte, distante de la idea de Latinoamérica”, 2012, p. 55.

una historia de comparaciones, conexiones y entramados entre latinoamericanos de diferentes nacionalidades, este artículo desmantele las rígidas divisiones *a priori*, e induzca la (re)integración académica de Brasil en el espacio concreto e imaginativo con el que siempre ha estado interconectado, a menudo a la vanguardia de su creación. □

Bibliografía

- Almeida, Marta de, “Círculo aberto: idéias e intercâmbios médico-científicos na América Latina nos primórdios do século xx”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 13, nº 3, 2006, pp. 733-757.
- Altamirano, Carlos, *La invención de Nuestra América*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.
- Amante, Adriana, *Poéticas y políticas del destierro. Argentinos en Brasil en la época de Rosas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2^a ed., Londres, Verso, 1991.
- Ardao, Arturo, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- Baggio, Kátia Gerab, “A outra América: A América Latina na visão dos intelectuais brasileiros das primeiras décadas republicanas”, Tesis doctoral, Universidade de São Paulo, 1998.
- Bethell, Leslie, “Brasil y ‘América Latina’”, *Prismas*, vol. 16, nº 1, 2012, pp. 53-78.
- Blumenthal, Edward, *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile, 1810-1862*, Cham, Springer, 2020.
- Boehrer, George C. A., “José Carlos Rodrigues and *O Novo Mundo*, 1870-1879”, *Journal of Inter-American Studies*, vol. 9, nº 1, 1967, pp. 127-144.
- Briceño-Ruiz, José y Andrés Rivarola Puntigliano, *Brazil and Latin America: Between the Separation and Integration Paths*, Lanham, Lexington Books, 2017.
- Caimari, Lila, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, vol. 49, 2018, pp. 81-116.
- Checa Godoy, Antonio, *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1993.
- Coelho Prado, Maria Ligia, “O Brasil e a distante América do Sul”, *Revista de História*, vol. 145, 2001, pp. 127-149.
- Compagnon, Olivier, *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*, Buenos Aires, Crítica, 2014.
- Degiovanni, Fernando, *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2018.
- Fernández, Juan Manuel, “Rubén Darío: una obnubilación brasílica”, *Caracol*, vol. 3, 2012, pp. 103-133.
- Fernández-Bravo, Álvaro, “Utopías americanistas: la posición de la *Revista Americana* en Brasil (1909-1919)”, en P. Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados Nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 321-338.
- Galeano, Diego, “Las conferencias sudamericanas de policías y la problemática de los delincuentes viajeros, 1905-1920”, *La policía en perspectiva histórica. Argentina y Brasil*, Buenos Aires, CD-ROM, 2009.
- García, Susana V., “Embajadores intelectuales: el apoyo del Estado a los congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX”, *Estudios Sociales*, vol. 19, nº 1, 2000, pp. 65-84.
- Gobat, Michel, “The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy and Race”, *American Historical Review*, vol. 118, nº 5, 2013, pp. 1345-1375.
- Goebel, Michael, *Overlapping Geographies of Belonging: Migrations, Regions, and Nations in the Western South Atlantic*, Washington D. C., American Historical Association, 2013.

- Guerra, François-Xavier, “‘Voces del pueblo’: Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”, *Revista de Índias*, vol. 62, nº 225, 2002, pp. 357-384.
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América latina*, Madrid, Alianza, 1967.
- Hernández Jaimes, Jesús, “La metrópoli de toda la América. Argumentos y motivos del fallido hispanoamericanismo mexicano, 1821-1843”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, nº 51, 2016, pp. 19-36.
- Kacowicz, Arie M. *Zones of Peace in the Third World: South America and West Africa in Comparative Perspective*, Albany, SUNY Press, 1998.
- Lopes, Maria Margaret e Irina Podgorny, “The Shaping of Latin American Museums of Natural History, 1850-1990”, *Osiris*, vol. 15, 2000, pp. 108-118.
- Machado, Luis Delio, “El Congreso Pedagógico de Buenos Aires de 1882”, *Anales del Instituto de Profesores Artigas*, vol. 3, 2009, pp. 259-304.
- Newcomb, Robert Patrick, *Nossa and Nuestra América, Inter-American Dialogues*, West Lafayette, Purdue University Press, 2012.
- Ortemberg, Pablo, “Ruy Barbosa en el Centenario de 1916: apogeo de la confraternidad entre Brasil y Argentina”, *Revista de Historia de América*, vol. 154, 2018, pp. 105-134.
- Piccirilli, Ricardo, *Argentinos en Río de Janeiro. Diplomacia, monarquía, independencia*, Buenos Aires, Pleamar, 1969.
- Pimenta, João Paulo, *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana (1808-1822)*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2017.
- Phocion, Serpa, *Francisco Otaviano: ensaio biográfico*, Río de Janeiro, Publicações de Academia Brasileira, 1952.
- Preuss, Ori, *Bridging the Island: Brazilians’ Views of Spanish America and Themselves, 1865-1912*, Madrid, Iberoamericana, 2011.
- , *Transnational South America: Experiences, Ideas, and Identities, 1860s-1900s*, Nueva York, Routledge, 2016.
- Rama, Ángel, “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”, en A. Pizarro (comp.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL, 1985, pp. 85-97.
- Rodrigues, João Paulo, “Embaixadas originais: diplomacia, jornalismo e as relações Argentina-Brasil (1888-1935)”, *Topoi*, vol. 18, nº 36, 2017.
- , “‘Efeito Orloff’: a Argentina e a geração de 1870 no início do período republicano”, en A. Mansur Barata, L. César de Sá y Silvana Mota Barbosa (comps.), *Cruzando fronteiras: histórias no longo século XIX*, Río de Janeiro, Gramma, 2021.
- Rodrigues, João Paulo y Ori Preuss, “Espectaculares y especulares: las celebraciones del fin de la esclavitud brasileña en la capital argentina”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 25, 2021.
- Scarfí, Juan Pablo, “Globalizing the Latin American Legal Field: Continental and Regional Approaches to the International Legal Order in Latin America”, *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 61, 2018, pp. 1-12.
- , “La emergencia de un imaginario latinoamericano y antiestadounidense del orden hemisférico: de la unión panamericana a la unión latinoamericana (1880-1913)”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 39, 2013, pp. 81-104.
- Scobie, James, *Argentina: A City and a Nation*, Nueva York, Oxford University Press, 1974.
- Tenorio-Trillo, Mauricio, *Latin America: The Allure and Power of an Idea*, Chicago, University of Chicago Press, 2017.
- Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.
- Velasco y Arias, María, *Juana Manso. Vida y acción*, Buenos Aires, Porter Hnos., 1937.
- Woodard, James, “The Argentine Allusion: On the Significance of the Southern Cone in Early Twentieth-Century São Paulo”, *The Americas*, vol. 78, nº 1, pp. 61-87.
- Zanetti, Susana, “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”, en A. Pizarro (comp.), *América Latina, palabra, literatura e cultura*, Campinas, Editora da Unicamp, 1994, pp. 489-534.

Resumen / Abstract

Reconsiderando “Brasil y ‘América Latina’”.

La cuestión al revés

Este artículo revisa la influyente interpretación de Leslie Bethell sobre la no pertenencia de Brasil a América Latina durante el primer siglo posterior a la independencia. Al implementar una metodología informada por las historias conectadas y el giro espacial, destaca la importancia de las prácticas transnacionales dentro de la región, sobre todo la prensa escrita y los viajes. El argumento resultante es radical: Brasil no era menos parte de América Latina –entendida aquí como un espacio concreto de interacción y una identidad– que cualquier otro país hispanoamericano. Además, Brasil desempeñó un papel fundamental en su creación como región.

Palabras clave: Brasil - América Latina - Latinoamericanismo - Historias conectadas - Transnacionalismo - Prensa periódica - Viajes

Fecha de recepción del original: 21/7/2023

Fecha de aceptación del original: 1/2/2024

“Brazil and ‘Latin America’” Revisited: Turning the Question on its Head

This article revisits the influential narrative of Leslie Bethell concerning Brazil’s non-belonging in Latin America during the first century after independence. Deploying a methodology informed by connected histories and the spatial turn, it highlights the importance of transnational practices within the region, above all the print press and travel. The resulting argument is radical: Brazil was no less a part of Latin America—understood here as a concrete space of interaction and identity—than any Spanish American country. Furthermore, Brazil played a pivotal role in its making as a region.

Keywords: Brazil - Latin America - Latinamericanism - Connected Histories - Transnationalism - Periodical press - Travel

Sociología de un libro cambiante: Irving Horowitz y el proyecto *Revolution in Brazil**

João Marcelo E. Maia** y Diana R. Rodriguez***

Fundação Getulio Vargas

Introducción

En 1964, el sociólogo estadounidense Irving Horowitz (1929-2012) publicó *Revolution in Brazil* (RIB) por E. P. Dutton & Co., una conocida editorial independiente de los Estados Unidos, con el objetivo de presentar y analizar para un público angloparlante el proceso de desarrollo democrático en el país más grande de América Latina.¹ Dos años más tarde, una versión sustancialmente modificada de la misma obra fue publicada por la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica, bajo el título *Revolución en el Brasil* (REB), con la supervisión del legendario editor Arnaldo Orfila Reynal (1897-1998).² Este artículo investiga la naturaleza híbrida del libro, que mezclaba textos de Horowitz y reproducciones de fuentes producidas por intelectuales y políticos brasileños; su contexto de elaboración intelectual, que requirió una intensa interacción entre el estadounidense y sus colegas latinoamericanos; y el trabajo editorial implicado, que dio lugar a una traducción que alteró significativamente el texto original.

Aunque hoy es una figura poco conocida en la historia de las ciencias sociales, Irving Horowitz fue un importante mediador entre diferentes campos intelectuales a lo largo de la década de 1960, actuando como un *broker* que daba acceso al poderoso mercado editorial anglosajón. Además, una parte significativa de su producción versó sobre temas latinoamericanos y se construyó a partir de intercambios intelectuales con renombrados científicos sociales de la región, como el argentino Gino Germani, el brasileño Luiz de Aguiar Costa Pinto y el mexicano Pablo González Casanova.³ Estas dos dimensiones hacen que un estudio de caso centrado en una etapa de su producción intelectual sea particularmente relevante para discutir dos cuestiones teóricas de interés general, que se encuentran en la intersección entre la socio-

* Los autores agradecen a Regiane Mattos y Karina Moruno la revisión de los textos en español.

** joao.maia@fgv.br. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3330-871X>.

*** dianarebelorodriguez@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-5750-1847>.

¹ Irving Louis Horowitz, *Revolution in Brazil: Politics and Society in a Developing Nation*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1964.

² Irving Louis Horowitz, *Revolución en el Brasil. Política y sociedad de Vergas a Goulart (1930-1964)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

³ João Marcelo E. Maia y Diana R. Rodriguez, “A Yankee Savage in Radical Clothing: the contribution of Latin American intellectuals to Irving Horowitz’s critical sociology”, *American Sociologist*, vol. 54, 2023.

logía del mundo editorial y los estudios sobre la circulación transnacional del conocimiento científico: a) el análisis de los libros de sociología como expresiones de “diálogos transnacionales asimétricos”, y b) el examen de la traducción y circulación de obras científicas en mercados periféricos. Por “diálogos transnacionales asimétricos” entendemos las asociaciones y redes establecidas entre científicos con recursos materiales y simbólicos desiguales que, sin embargo, consiguen organizar formas de cooperación intelectual que van más allá de la simple transmisión unilateral de conocimientos de los centros a las periferias. En cuanto a la traducción y circulación de obras científicas, nos referimos al hecho de que, analizando las diferentes formas que adopta el libro en sus versiones en español (REB) y en inglés (RIB), mostramos cómo un texto aparentemente estable se transforma en dos a la luz de las diferentes expectativas de los mercados lectores, las estrategias de autores y editores y los efectos producidos por los intercambios intelectuales que tienen lugar en un contexto de asimetría estructural de recursos materiales y simbólicos.

Nos inspiramos en aportes de campos tan diversos como las aproximaciones historiográficas materialistas al objeto “libro”, la sociología de los textos y la sociología del mercado editorial inspiradas en el enfoque relacional de Pierre Bourdieu.⁴ Las diferencias en las ediciones, las reconstrucciones que realizan las traducciones, el papel de los mediadores e interlocutores en la factura final de los textos son variables que se recuerdan constantemente en estos estudios para desestabilizar la creencia en la identidad entre un autor singular y un objeto material supuestamente autónomo que conocemos como “libro”.

En el caso de América Latina, esta cuestión teórica general tiene un claro componente geopolítico, ya que la circulación internacional de ideas y la traducción de obras extranjeras tuvo lugar en espacios académicos de una región que ocupaba la semiperiferia en la división internacional del trabajo científico.⁵ La institucionalización de la sociología en países como la Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y México tuvo lugar en contextos en los que poderosos actores transnacionales, como la UNESCO y las Fundaciones Ford y Rockefeller, proporcionaron recursos financieros y oportunidades de intercambio que resultaron cruciales para la consolidación de estándares modernos de trabajo científico.⁶ Esta relación de dependencia centro-periferia ha sido explorada en análisis sobre el vínculo entre actores transnacionales y contextos locales, la labor de *agenda setting* intelectual e ideológica llevada a cabo por fundaciones estadounidenses y la historia intelectual de las controversias motivadas por las crí-

⁴ Roger Chartier, *Forms and Meanings: Texts, Performances, and Audiences from Codex to Computer*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1995; Donald Francis McKenzie, *Bibliography and the Sociology of Texts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; Gustavo Sorá, “Frankfurt y otras aduanas culturales entre Argentina y Brasil: una aproximación etnográfica al mundo editorial”, *Cuadernos de antropología social*, vol. 15, 2002; Gisèle Sapiro, “What factors determine the international circulation of scholarly books? The example of translations between English and French in the era of globalization”, en J. Heilbron, G. Sorá y T. Boncourt (comps.), *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018; Pierre Bourdieu, “The social conditions of the international circulation of ideas”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 145, nº 5, 2002.

⁵ Johan Heilbron, “The social sciences as an emerging global field”, *Current Sociology*, vol. 62, nº 5, 2014.

⁶ Diego Pereyra, “International networks and the institutionalization of sociology in Argentina (1940-1963)”, Tesis doctoral, University of Sussex, 2005; Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; Fernanda Beigel, *The politics of Academic Autonomy in Latin America*, Londres, Routledge, 2016; Álvaro Morcillo Laiz, “The Cold War Origins of Global IR. The Rockefeller Foundation and Realism in Latin America”, *International Studies Review*, vol. 24, nº 1, 2022; Juan Pedro Blois, “Controversias alrededor de la filantropía científica estadounidense entre los sociólogos argentinos (1950-1970)”, *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, vol. 41, nº especial, 2023.

ticas de intelectuales latinoamericanos a lo que se percibía como imperialismo científico estadounidense.⁷

En el caso de la circulación de libros y objetos textuales en contextos periféricos, algunos estudios han explorado las relaciones de dominación que subordinan lenguas y mercados editoriales como el latinoamericano, mostrando cómo las prácticas de mediación forman parte de un contexto geopolítico más amplio, que condiciona las elecciones de títulos traducidos y la organización de los intercambios culturales entre esta región y los países centrales.⁸ A pesar de esta geopolítica centro-periferia que condiciona a los intelectuales latinoamericanos y sus producciones, la bibliografía reciente sobre la circulación del conocimiento ha llamado la atención sobre las dinámicas de creación intelectual que se observan en los espacios periféricos.

Wiebke Keim identifica diversas formas de circulación científica, que pueden ir desde la simple repetición acrítica de ideas originadas en centros hegemónicos hasta procesos de re-creación intelectual activa, llevados a cabo por mediadores y/o traductores en espacios periféricos.⁹ El trabajo de Leandro Medina sobre la ciencia política argentina reveló cómo los objetos de conocimiento adquirieron nuevos significados al movilizarse en redes transnacionales, sufriendo el efecto de diferentes agencias en campos periféricos, mientras que el reciente estudio de Ian Merkel, sobre el trabajo intelectual realizado por científicos sociales franceses durante sus años de formación en la Universidad de São Paulo, mostró cómo los diálogos establecidos entre franceses y brasileños contribuyeron a la construcción de nuevas tendencias en la sociología francesa posterior a la Segunda Guerra Mundial.¹⁰ Además, los textos de Clara Ruvituso sobre la circulación de autores latinoamericanos en Europa revelaron la apropiación creativa de teorías y conceptos forjados en ámbitos periféricos por parte de editores e intelectuales en Alemania.¹¹

Los trabajos basados en perspectivas etnográficas e historiográficas también ayudan a situar los procesos de “hechura” de libros, al investigar la agencia establecida entre actores específicos en contextos localmente situados, destacando el papel de los editores en la constitución de prácticas intelectuales del mercado literario o de las propias obras.¹² Al fin y al cabo, la per-

⁷ Morcillo Laiz, “The Cold War Origins”; Blois, “Controversias alrededor de la filantropía”; Elizabeth Cancelli, Gustavo Mesquita y Wanderson Chaves, *Foundations, US Foreign Policy and Anti-Racism in Brazil: Pushing Racial Democracy*, Oxford, Taylor & Francis, 2023; Mariano Ben Plotkin, “US Foundations, Cultural Imperialism and Transnational Misunderstandings: The Case of the Marginality Project”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 47, nº 1, 2015; Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020.

⁸ Johan Heilbron y Gisèle Sapiro, “Outline for a sociology of translation”, en M. Wolf y A. Fukari (comps.), *Constructing a Sociology of Translation*, Ámsterdam, John Benjamin Publishing, 2007; Gustavo Sorá y Alejandro Dujovne, “Translating Western social and human sciences in Argentina: A comparative study of translations from French, English, German, Italian and Portuguese”, en Heilbron, Sorá y Boncourt (comps.), *The Social and Human Sciences*.
⁹ Wiebke Keim, “Conceptualizing circulation of knowledge in the social sciences”, en W. Keim, E. Çelik y V. Wöhre (comps.), *Global Knowledge Production in the Social Sciences*, Londres, Routledge, 2016.

¹⁰ Leandro Rodriguez Medina, *Centers and Peripheries in Knowledge Production*, Londres, Routledge, 2013; Ian Merkel, *Terms of Exchange: Brazilian Intellectuals and the French Social Sciences*, Chicago, University of Chicago Press, 2022.

¹¹ Clara Ruvituso, “Brazilian social theory in circulation: analyzing the German translation of Darcy Ribeiro by Surhkamp”, *Serendipities. Journal for the Sociology and History of the Social Sciences*, vol. 6, nº 1, 2021.

¹² Gustavo Sorá, “La vuelta al libro en ochenta cartas: Cortázar, Orfila Reynal y los meandros editoriales de la composición literaria”, *Ipotesi–Revista de Estudios Literarios*, vol. 17, nº 2, 2013; Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

cepción de los patrones y asimetrías que regulan el espacio transnacional de circulación poco nos dicen sobre las prácticas concretas que dan vida a los textos en sus diferentes encarnaciones.

Este artículo se estructura en dos secciones principales. En la primera, presentamos a Horowitz y contextualizamos su proyecto intelectual y editorial a la luz de la génesis del interés de la sociología estadounidense por América Latina. Para ello, movilizamos bibliografía secundaria sobre Horowitz y la historia de la disciplina en los Estados Unidos. En la segunda sección, nos centramos en un estudio de caso específico, utilizando las cartas entre Horowitz y sus interlocutores latinoamericanos, en particular el sociólogo brasileño Luiz de Aguiar Costa Pinto (1920-2002) y el editor del Fondo de Cultura Económica Arnaldo Orfila Reynal (1897-1998). El objetivo de esta sección es demostrar el papel condicionante desempeñado por estas redes en la traducción de la obra y la atribución de nuevos significados a esta. Por último, retomamos nuestros principales argumentos en la conclusión, en la que también señalamos futuras vías de investigación.

Se pudo acceder a la correspondencia gracias a los archivos de Horowitz Transaction Publishers, donados por Horowitz en 2006 a la Pennsylvania State University. Forman parte de una colección más amplia que también contiene material de Wright Mills y los documentos académicos de Horowitz, sus archivos de investigación y sus publicaciones. Solo una parte de los archivos está digitalizada y el material en línea consiste principalmente en correspondencia.

Horowitz, sociología norteamericana y latinoamericanismo

Irving Horowitz fue un sociólogo y editor estadounidense, que dirigió durante mucho tiempo la empresa Transaction Publishers, responsable de la publicación de libros sobre sociología y de la conocida serie *Studies in Comparative International Development*. La relación de Horowitz con América Latina comenzó a finales de la década de 1950, cuando aceptó una invitación para trabajar como profesor invitado en la Universidad de Buenos Aires (UBA), institución en la que se había creado en 1957 una carrera de Sociología, bajo la dirección del refugiado italiano Gino Germani. En 1958, Horowitz trabajó en la UBA, dando conferencias y clases, publicando sus propios textos y presentaciones para colecciones, contribuyendo a la edición y traducción de títulos recientes de sociólogos norteamericanos y, fundamentalmente, actuando como una especie de mediador entre las tendencias modernas de la disciplina en su país de origen y las demandas de un público joven interesado en la sociología científica.

Durante su breve permanencia en América Latina, Horowitz fue visto por Germani como un importante *asset* para la consolidación de la sociología científica en la Argentina, formando parte de un grupo de expertos extranjeros que visitaron la UBA para fortalecer la joven carrera con sus credenciales y capacidad de trabajo. Al mismo tiempo, la progresiva radicalización política de los estudiantes en la Argentina a partir de 1962, que afectaría seriamente el proyecto institucional liderado por Germani, llevaría a una parte importante de los estudiantes a ver en Horowitz un aliado, por su cercanía al proyecto de Charles Wright Mills y su asociación con lo que se entendía como la agenda de la “sociología crítica” norteamericana.¹³

¹³ Ezequiel Grisendi, “Intelectuales, política y la recepción de la ‘sociología crítica norteamericana’ en Argentina (1955-75)”, en *X Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*, Ensenada, 2018. Diego Pereyra y

De regreso a los Estados Unidos a principios de los años 1960, Horowitz obtuvo un puesto en el Departamento de Sociología del Hobart and William Smith College, para pasar después a un puesto de *associate professor* en la Washington University, en aquel momento cuna de la llamada *radical sociology* estadounidense, bajo el liderazgo del sociólogo Alvin Gouldner.¹⁴ Atrincherado en una posición estable y con acceso a recursos para un proyecto editorial, Horowitz logró consolidarse como una especie de autoproclamado “heredero” de Wright Mills, dedicándose a editar textos inéditos de este autor y relacionando su propia agenda con lo que entendía era el enfoque del sociólogo recientemente fallecido.¹⁵ Así, su producción en este contexto estuvo marcada tanto por la crítica a lo que él consideraba la corriente principal de la sociología norteamericana, supuestamente dominada por el estructural-funcionalismo parsonian, como por la defensa de un enfoque que combinaba sociología e historia desde una perspectiva creativa.¹⁶ En esta etapa de su producción, la inversión realizada en América Latina resultó fundamental, ya que proporcionó a Horowitz contactos regulares con sociólogos y editores de la región que favorecían la circulación de la agenda de la sociología crítica norteamericana, a la vez que le daban acceso a textos e ideas que resultarían cruciales para las nuevas teorizaciones sobre el desarrollo.

El giro latinoamericano de Horowitz no fue un movimiento aislado, y es importante situarlo en el contexto más general del surgimiento y consolidación de los *area studies* en los Estados Unidos. A lo largo de la década de 1950, los estudios académicos centrados en América Latina seguían estando fuertemente marcados por investigaciones procedentes de los campos de la literatura y la historia, con escaso interés por parte de los sociólogos.¹⁷ La situación comenzó a cambiar tras la Revolución cubana en 1959 y el consecuente resurgimiento de la Guerra Fría regional, factor que impulsó la financiación de investigaciones sobre la región y la formación de redes entre las agencias estatales estadounidenses y el mundo académico. Este arreglo institucional fue posible gracias al advenimiento de una sociología de la modernización capaz de explicar sintéticamente los problemas del desarrollo de manera comparada, adoptando técnicas y modelos de las ciencias del comportamiento.¹⁸ Fundaciones como la Ford pronto se convirtieron en actores importantes en la institucionalización de las Ciencias Sociales en la región, otorgando un número significativo de becas para la formación y la capacitación de recursos humanos latinoamericanos.¹⁹ Estas becas fueron parte de un esfuerzo de di-

Lautaro Lazarte, “Rebelión en la granja sociológica: controversias e impacto de la huelga de estudiantes de sociología: Buenos Aires, 1963”, Documentos de Trabajo, 87, Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2022.

¹⁴ Henry Etzkowitz, “The contradictions of radical sociology”, *Critical Sociology*, vol. 15, nº 2, 1988.

¹⁵ John H. Summers, “The Epigone’s Embrace: Irving Louis Horowitz on C. Wright Mills”, *The Minnesota Review*, vol. 68, 2007.

¹⁶ Craig Calhoun y Jonathan VanAntwerpen, “Orthodoxy, heterodoxy, and hierarchy: ‘mainstream’ sociology and its challengers”, en C. Calhoun (comp.), *Sociology in America: A history*, Chicago, University of Chicago Press, 2007; Irving Louis Horowitz, “An introduction to the New Sociology”, en Horowitz (comp.), *The New Sociology*.

¹⁷ Paul W. Drake y Lisa Hilbink, “Latin American studies: theory and practice”, en D. Szanton (ed.), *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*, Berkeley, University of California Press, 2004.

¹⁸ Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015; Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; João Feres Júnior, “Spanish America como o outro da América”, *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, vol. 62, 2004; Mark Solovey, *Shaky Foundations: The Politics-Patronage-Social Science Nexus in Cold War America*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 2013.

¹⁹ Benedetta Calandra, “De la selva brasileña a la capital de las ciencias sociales: proyectos modernizadores de la Fundación Ford en América Latina, 1927-1965”, *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, vol. 34, 2015.

plomacia académica y tuvieron el efecto de estimular la formación de redes y alianzas entre académicos de las dos Américas, permitiendo la formación de diálogos teóricos de gran impacto en la agenda de la sociología y la ciencia política a lo largo de la década de 1970.²⁰

Por lo tanto, cuando Horowitz regresó a los Estados Unidos y consiguió un puesto directivo en la editorial Transactions, se encontraba en una posición enviable para entrar en el campo. En la primera mitad de la década de 1960, todavía no había en el continente un número significativo de especialistas ya formados, y la sociología seguía teniendo un peso relativamente menor en la formación de los *Latin American Studies*. Su paso por la UBA le había proporcionado una serie de contactos con científicos sociales locales, y la correspondencia disponible en su archivo en línea muestra la intensidad de su diálogo con nombres clave de las ciencias sociales latinoamericanas, como Gino Germani, Rodolfo Stavenhagen, Costa Pinto y Orfila Reynal.

El interés de Horowitz por América Latina también puede apreciarse en una de las principales iniciativas editoriales de Transactions, la colección *Studies in Comparative International Development*. Concebida por Horowitz a principios de la década de 1960 y publicada ininterrumpidamente hasta la actualidad, su primer volumen apareció en 1965, con un total de catorce números, cada uno de ellos con un solo artículo o texto largo, formato que cambiaría significativamente a partir de principios de la década de 1970. En aquel primer año figuraban entre los autores nombres de destacados científicos sociales latinoamericanos como Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, Fernando Henrique Cardoso y Celso Furtado. Además, de los catorce textos publicados no menos de la mitad tuvieron como tema América Latina, tanto con estudios de casos concretos como con aportes teóricos sobre el desarrollo, el nacionalismo y la demografía en la región.

La agenda latinoamericana de Horowitz se explica también por las controversias en los Estados Unidos y América Latina alrededor de la relación entre la Guerra Fría y las ciencias sociales. En la segunda mitad de la década de 1960 se produjo un proceso de radicalización política que pronto convertiría a los *area studies* y a sus operadores en blanco de denuncias y críticas por su papel imperialista en la región. El escándalo en torno al Proyecto Camelot, un vasto proyecto de investigación concebido en 1964 por funcionarios del Departamento de Estado estadounidense en conjunto con la American University, con el objetivo de investigar las causas de la subversión en la región, produjo un importante debate en el Cono Sur sobre el imperialismo científico y sus efectos en las ciencias sociales locales.²¹ El tema se reavivó durante las discusiones alrededor del Proyecto Marginalidad, lanzado por la Ford en 1966 para investigar el fenómeno de la marginalidad y la informalidad en la región, que terminó siendo un choque de trenes, a pesar de las impecables credenciales izquierdistas de varios de los participantes, como Miguel Murmis, Fernando Henrique Cardoso y José Nun.²²

En este nuevo escenario, la posición de los especialistas norteamericanos se vio sacudida; sin embargo Horowitz estaba en una buena posición para negociar su inserción en la región: su inversión en el legado de Wright Mills y la publicación de su libro sobre Camelot, combinadas con el cultivo de lazos con líderes científicos de la región, le permitieron posicionarse como

²⁰ Juan Jesús Morales, “Científicos sociales latinoamericanos en Estados Unidos: cooperación académica, movilidad internacional y trayectorias interamericanas alrededor de la Fundación Ford”, *Dados*, vol. 60, 2017.

²¹ Juan José Navarro, “Cold War in Latin America: The Camelot Project (1964-1965) and the Political and Academic Reactions of the Chilean Left”, *Comparative Sociology*, vol. 10, nº 5, 2011; Markarian, *Universidad, revolución y dólares*.

²² Mariano Ben Plotkin, “US Foundations, Cultural Imperialism and Transnational Misunderstandings”.

una especie de sociólogo progresista norteamericano, diferenciándose de los tradicionales “latinoamericanistas”.²³ El proyecto *Revolution in Brazil / Revolución en Brasil* (RIB/REB) fue una herramienta fundamental en esta estrategia.

Del RIB al REB: la historia social de un libro mutante

Revolution in Brazil no era una obra escrita por un “brasileñista”. Horowitz estaba mucho más familiarizado con la Argentina y no había construido una carrera en los Estados Unidos a partir de una producción identificada con temas brasileños.²⁴ No obstante, para entender el lugar del proyecto RIB/REB en el proceso de circulación de conocimiento entre la academia norteamericana y latinoamericana, es esencial situar este libro en el contexto de otros estudios que tomaron a Brasil como “caso” para ser presentado a un público extranjero, ya que su autor intentará controlar la recepción de la obra diferenciándola de otros productos supuestamente similares.

En 1964, el llamado campo “brasileñista” aún no se había desarrollado plenamente. Los nombres de las ciencias sociales más identificados con el estudio de la sociedad brasileña eran los de Charles Wagley, Donald Pierson, Anthony Leeds, Richard Morse y otros implicados en diferentes proyectos de investigación transnacionales, que tomaron el país como laboratorio para el estudio de las relaciones étnico-raciales. El Proyecto UNESCO, realizado en la primera mitad de la década de 1950 en diferentes regiones de Brasil, permitió a los estudiosos producir conocidos análisis del país, que fueron cruciales para el proceso de institucionalización de las ciencias sociales brasileñas.²⁵ En un estudio de historia oral de diferentes generaciones de “brasileñistas”, clasificó al primer grupo como “pioneros”, diferenciándolos de los “Hijos de Castro”, que surgieron de la formación geopolítica de los *area studies* en el mundo académico norteamericano y se beneficiaron de la creciente inversión estatal y privada en la producción de expertos en lenguas y culturas locales.²⁶

Horowitz se enfrentó a una doble tarea al tener que diferenciarse tanto de los estudiosos interesados en desentrañar los secretos de la “identidad brasileña”, generalmente animados por perspectivas antropológicas y/o culturalistas, como de la generación emergente cuyo trabajo se identificaría con los intereses geopolíticos estadounidenses y las teorías de la modernización que les daban apoyo intelectual.²⁷ Su conexión con la obra de Mills lo ayudó en esta tarea, ya

²³ Irving Louis Horowitz, *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationships Between Social Sciences and Practical Politics*, Cambridge, MIT Press, 1967.

²⁴ A propósito, es importante señalar que el libro nunca fue traducido en Brasil y las evidencias nos llevan a creer que esto se debió a que el principal contacto editorial de Horowitz en el país era el editor Jorge Zahar, con quien tuvo importantes desacuerdos entre 1964 y 1965 sobre la traducción de *Power, People and Politics*. En la edición brasileña de esta colección de Mills, Zahar cambió el título, eliminó una introducción escrita para la versión original y omitió varias partes. El sociólogo escribió una serie de cartas a Zahar que quedaron sin respuesta. Finalmente, el editor brasileño escribió a Oxford, pidiendo cambios de acuerdo con el autor, reservándose el derecho a cambiar el título, como estipulaba el contrato, y se publicó como *Poder e política* (Wright Mills, 1965). El intercambio revela cómo Horowitz defendió furiosamente su posición como heredero de Mills ante cualquier cambio que amenazara su posición.

²⁵ Marcos Chor Maio, “O Projeto Unesco e a agenda das ciências sociais no Brasil dos anos 40 e 50”, *Revista brasileira de ciências sociais*, vol. 14, 1999; Marcos Chor Maio y Thiago da Costa Lopes, “Modernization, Race, and the Rural Past in Brazil: A Transnational Analysis of Donald Pierson’s Sociology (1930–1950)”, *Latin American Research Review*, vol. 57, nº 2, 2022.

²⁶ José Carlos Sebe Bom Meihy, *Colônia brasiliense: história oral da vida acadêmica*, San Pablo, Nova Stella, 1991.

²⁷ Gilman, *Entre la pluma y el fusil*.

que le otorgó legitimidad en el emergente círculo de sociólogos latinoamericanos, que comenzaban a cuestionar los presupuestos de las teorías hegemónicas de desarrollo, abriéndole las puertas para proyectar su trabajo en un espacio diferente al ocupado por los “brasileñistas”.²⁸ Por lo tanto, RIB debe ser vista como una obra que permitió al autor presentarse como intérprete y mediador de las reivindicaciones revolucionarias latinoamericanas, un importante recurso simbólico para su proyecto de *critical sociology*, entonces en pleno desarrollo. Por otro lado, el libro era producto de una inversión latinoamericanista, pero que no quería ser catalogada como tal ni asociada a la geopolítica de la Guerra Fría.

El tema principal de RIB es el proceso de desarrollo brasileño y las aspiraciones nacionistas, socialistas y reformistas de gran parte de su élite política, así como los movimientos sociales rurales que tanto interesaron al autor. Horowitz llama a esto la “revolución” que está teniendo lugar en el país, lo que requeriría una comprensión más matizada y menos contaminada ideológicamente por las tensiones de la Guerra Fría por parte del público norteamericano. Cabe señalar que el subtítulo –*Politics and Society in a Developing Nation*– cumple exactamente el propósito de enmarcar el texto no como un estudio de la “cultura brasileña”, sino como una investigación de los problemas del desarrollo del tercer mundo desde la perspectiva de uno de los dos países más importantes de la región.

La versión original tenía doce capítulos y más de cuatrocientas páginas, con capítulos escritos por Horowitz mezclados con secciones formadas por traducciones de panfletos, informes, discursos o extractos de análisis sociológicos, todos ellos producidos originalmente por brasileños. La estructura del libro es la siguiente: I. “An Introduction to the Brazilian Revolution” (texto de Horowitz); II. “The Ideology of Peasant Revolution” (texto de Horowitz); III. “The Practice and Preaching of Revolution” (compuesto por traducciones de las cartas del líder campesino Francisco Julião); IV. “Charisma Constitutions, and Brazil’s Men of Power” (texto de Horowitz); V. “Brazil and ‘Third-Force’ International Politics” (traducción de textos del expresidente Jânio Quadros, del diplomático Horacio Lafer y del historiador José Honório Rodrigues); VI. “Revolution from Above” (traducción de la carta testamentaria del expresidente Getúlio Vargas, de un texto del dirigente del PTB Fernando Ferrari y de artículos de los científicos sociales Helio Jaguaribe y Glauco Soares); VII. “Fact and Folklore in Economic Underdevelopment” (texto de Horowitz); VIII. “Social Structure and Economic Change” (traducción de textos de los científicos sociales Luiz de A. Costa Pinto, Waldemiro Bazzanella, Bresser Pereira, Neuma Aguiar Walker, Luis Suarez y Josué de Castro); IX. “Bossa Nova in Brazilian Society” (texto de Horowitz); X. “Brazil Confronts the Clash of World Systems” (traducción de textos de Gilberto Freyre, el historiador Jacob Gorender, el dirigente comunista Luís Carlos Prestes, el economista liberal Roberto Campos y el expresidente João Goulart); XI. “Brazil and the Sino-Soviet Dispute” (texto de Horowitz); XII. “American Capitalism, Soviet Communism and the Brazilian Mix” (texto de Horowitz).

En el primer capítulo, Horowitz intenta proyectarse como un latinoamericanista de “nuevo tipo”, alejado de las visiones prejuiciosas del pasado y consciente de la necesidad de mediar entre las aspiraciones del pueblo brasileño en su lucha por el desarrollo y los temores del público norteamericano, ya influido por los efectos de la Revolución cubana en el hemisferio. En

²⁸ Alejandro Blanco, “Ciências sociais no Cone Sul e a gênese de uma élite intelectual (1940-1965)”, *Tempo social*, vol. 19, nº 1, 2007.

el siguiente pasaje, el autor se desmarca de las visiones antropológicas que habrían estigmatizado a los brasileños como culturalmente primitivos y presenta lo que entiende que son los verdaderos deseos de este pueblo:

Lo que preocupa a los brasileños, de lo que hablan, es de cómo lograr la independencia económica tanto de las potencias capitalistas como de las comunistas; de cómo navegar por un rumbo político entre el Águila y el Oso; de cómo poner en marcha una reforma agraria que acabe con los latifundistas; de cómo conseguir una economía pública adaptada de forma única a las necesidades de los brasileños.²⁹

La creencia de Horowitz en su papel mediador es tan fuerte que le permite decir cosas como “Este es un libro sobre Brasil, pero también es un libro escrito por brasileños”.³⁰ Esta afirmación se tradujo en el montaje de una obra en la que varios capítulos son, de hecho, producciones de intelectuales y políticos brasileños, sacadas de sus contextos originales y trabajadas como evidencia de los problemas y cuestiones generales que organizan cada capítulo. Horowitz justifica este procedimiento como una forma de reducir el sesgo ideológico que sería típico de la producción “brasileñista”, destacando cómo el debate político-intelectual brasileño sobre la revolución se daría en sus propios términos.

Al mismo tiempo, Horowitz trata de distanciarse de los estudios realizados bajo la égida de los *area studies*, situando su trabajo como un estudio de caso de problemas más generales del tercer mundo, que trasciende las fronteras nacionales: “Se dice que Brasil representa un ‘campo’, un ‘estudio de área’. Todavía no se ha hecho ningún intento significativo de conectar las mareas revolucionarias que barren Brasil con el movimiento general o los acontecimientos en otras partes de América Latina, Asia y África”.³¹ Y, de hecho, los tres últimos capítulos del libro están dedicados precisamente a construir comparaciones o marcos que permitan a Horowitz discutir Brasil a la luz de la experiencia china o de los conflictos entre los países subdesarrollados y los Estados Unidos.

La selección de textos de brasileños señala el intento de Horowitz de equilibrar la presentación de las reivindicaciones revolucionarias de los brasileños con las expectativas del público norteamericano, atemorizado por las perspectivas abiertas por la Revolución cubana. Así, la presencia de textos de figuras más conservadoras, como Roberto Campos y Gilberto Freyre, es la forma en que Horowitz busca mostrar los matices del discurso brasileño y subrayar que el proyecto de desarrollo autónomo analizado no significaba necesariamente una vía “comunista” o “castrista”. No en vano, el último capítulo del libro presenta el proyecto de desarrollo de los años 1960 como una mezcla basada en una especie de socialismo pragmático y flexible, no necesariamente similar a las experiencias soviéticas. Horowitz considera que las tendencias políticas del período apuntan en la dirección de una revolución de izquierda, pero cuyo resul-

²⁹ Horowitz, *Revolution in Brazil*, p. 6. Traducción propia del original: “What Brazilians are worried about, what they talk about, is how to achieve economic independence from both capitalist and communist powers; how to navigate a political course between the Eagle and the Bear; how to get an agrarian reform under way which would wipe out the latifundists; how to get a public economy uniquely suited to the needs of Brazilians”.

³⁰ *Ibid*, p. 7. Traducción propia del original: “This is a book on Brazil; but it is also a book by Brazilians”.

³¹ *Ibid*, p. 5. Traducción propia del original: “Brazil is said to represent a ‘field’, an ‘area study’. No significant attempt has yet been made to connect the revolutionary tides sweeping Brazil with the general movement or events in other parts of Latin America, Asia, and Africa”.

tado bien podría representar la pacificación del problema comunista y un apaciguamiento de la tensión entre subdesarrollados y desarrollados. Este último capítulo concluye con un conjunto de prescripciones hechas por Horowitz a los norteamericanos, que incluían un mayor apoyo a las iniciativas reformistas en curso durante el gobierno de Goulart y un mayor distanciamiento del gobierno de los Estados Unidos de los intereses corporativos de las empresas de aquel país.

Aunque el libro se presenta como una obra “de brasileños”, que daría voz a sus aspiraciones y reivindicaciones, es innegable que el proyecto está marcado por la proyección de Horowitz como mediador, que une diferentes piezas y les da sentido. La diversidad de temas y problemas que marcaron a la sociedad brasileña de la época se discute a la luz de la necesidad de reeducar a las élites y a los *policy-makers* estadounidenses. Al mismo tiempo, el encuadre terceromundista del material de Horowitz se adaptaba perfectamente a su proyecto de conducir la sociología crítica de Mills hacia una teorización sobre los procesos de desarrollo en las regiones periféricas.

Ese mismo año, 1964, Horowitz editó la compilación *The New Sociology: Essays in Honour of C. W. Mills*, y firmó una sustanciosa introducción al volumen, en la que trataba de sistematizar lo que entendía que era esta nueva sociología.³² Según él, los principales problemas abordados por la nueva generación serían, entre otros, las nuevas formas de capitalismo y socialismo, el policentrismo, las tensiones raciales y los costes del desarrollo.³³

En las secciones finales de esta introducción, Horowitz reclamaba un proyecto de sociología comparada que reconociera los temas y problemas del tercer mundo, y cuestionara el “imperialismo sociológico” —que marcaba la sociología norteamericana de la época—, un adversario construido de la nueva sociología imaginada por el autor de *Revolution in Brazil*.

En otras palabras, RIB era parte integrante de un proyecto más amplio del autor, cuya razón de ser no estaba en América Latina, sino en los Estados Unidos. Aun así, los diálogos latinoamericanos establecidos resultaron ser fundamentales para este proyecto, como muestra el “Prefacio”, en el que Horowitz agradece a algunos “generosos” académicos brasileños que le hayan permitido utilizar sus materiales de investigación. Aunque aparezcan en el libro como “fuentes”, estos intelectuales estaban en el corazón de un proceso de fermento intelectual que produjo nuevas reflexiones sobre el desarrollo y la modernización, las cuales resultaron fundamentales para dar sustancia teórica al proyecto de Horowitz de una sociología global menos eurocétrica, proyecto anunciado ese mismo año en su texto introductorio al libro de ensayos en honor a Mills.³⁴ El brasileño Costa Pinto, por ejemplo, había cuestionado la linealidad de las teorías norteamericanas de la modernización, señalando cómo la modernización periférica podía incluir ritmos diferentes y la no integración funcional entre sectores de la vida social. El economista Celso Furtado, por su parte, había sido una figura clave en la producción de una narrativa historiográfica sobre las relaciones entre centro y periferia en el capitalismo global, especialmente por su trabajo en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Ambos fueron citados en los capítulos finales del libro de Horowitz sobre el tercer mundo, editado solamente dos años después.³⁵

³² Irving Louis Horowitz (comp.), *The New Sociology: Essays in Social Science and Theory in Honor of C. Wright Mills*, Oxford, Oxford University Press, 1965 [1964].

³³ Horowitz, “An introduction to *The New Sociology*”, en Horowitz (comp.), *ibid.*, p. 21.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Irving Louis Horowitz, *Three Worlds of Development: The Theory and Practice of International Stratification*, Oxford, Oxford University Press, 1966.

Sin embargo, el aporte latinoamericano no fue solo en el campo de las influencias intelectuales, ya que muchos sociólogos de la región jugaron un papel importante como comentaristas y mediadores del proyecto intelectual de Horowitz. Esto puede verse no solo en la escritura de la obra, sino también en el proceso de su circulación, que pronto planteó problemas que obligarían a Horowitz a trabajar para controlar la recepción, lo que podemos entender como una etapa más en el proceso de elaboración continua de una obra sociológica.

Como se ha indicado, la “revolución” mencionada en el título era una referencia al proceso de desarrollo y democratización que había tenido lugar en Brasil en la primera mitad del siglo XX y que se había visto interrumpido por el golpe militar de 1964, año en el que el libro iba a salir a la venta. Sin embargo, la circulación comenzó precisamente en la semana del golpe, que tuvo lugar el 31 de marzo. Hay que recordar que los golpistas se autodenominaban “revolucionarios” y pretendían utilizar la expresión “Revolución de 1964” para designar la ruptura democrática.

Ante esto, por miedo a ser malinterpretado, Horowitz escribió rápidamente un artículo sobre este acontecimiento, al que calificó de “contrarrevolución”. El texto fue publicado en *New Politics*, una revista socialista independiente de los Estados Unidos próxima a las posiciones terciermundistas.³⁶ El artículo “Revolution in Brazil: The Counter-Revolutionary Phase” apareció en el segundo semestre de 1964 tanto para complementar el libro publicado en marzo como para analizar los acontecimientos en Brasil.

Esto ya nos lleva a una interesante discusión sobre los límites materiales de lo que entendemos por libro. ¿Debe entenderse este artículo, cuyo título expresa un intento de reescritura suplementaria, como parte del proyecto textual de RIB? ¿Puede entenderse como una especie de guía de lectura, cuya existencia es totalmente parasitaria del original? Estas preguntas muestran cómo la naturaleza cambiante e inestable de RIB se hace patente ya desde el comienzo mismo del proyecto.

Sin embargo, esto no impidió el esfuerzo de Horowitz por controlar la recepción de su obra en diálogos con otros intelectuales latinoamericanos, como puede verse en su correspondencia con el brasileño Costa Pinto, con quien mantuvo contacto desde 1962. Costa Pinto era un destacado sociólogo, que había publicado numerosos artículos y libros sobre sociología del desarrollo y estratificación social, a pesar de una accidentada carrera profesional condicionada por el golpe de 1964. El brasileño gozaba también de gran prestigio internacional, habiendo sido el primer director electo del Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS) en 1957, y vicepresidente de la International Sociological Association (ISA).

En una carta fechada el 6 de abril de 1964, Horowitz menciona el libro, que considera admirable, a pesar de los recientes acontecimientos –o gracias a ellos–. El estadounidense también se declara consternado por el golpe, afirmando que “Goulart era muy hijo de Vargas y poco discípulo de Marx”, subrayando que las acusaciones de que el presidente era comunista carecían de fundamento, pero que le gustaría escuchar las opiniones del brasileño al respecto.³⁷ Para Costa Pinto, el golpe de Estado había tenido éxito y preveía muchos problemas, aunque

³⁶ Irving Louis Horowitz, “Revolution in Brazil. The Counter Revolutionary Phase”, *New Politics*, vol. 3, nº 2, 1964.

³⁷ Carta de Irving Louis Horowitz al Dr. Luiz de Aguiar Costa Pinto, 6 de abril de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/374484/rec/6>. Carta de Irving Louis Horowitz al Professor L. A. Costa Pinto, 10 de abril de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/374511/rec/9>.

no tuviera muy clara la situación, pues los conservadores moderados ya estaban compartiendo el gobierno con la derecha extremista, algo aterrador.³⁸

En cuanto al libro, Costa Pinto lo recibió a finales de abril. Poco después, el 7 de mayo, escribió a Horowitz diciendo que comprendía la presión que debía sentir para publicar un libro sobre Brasil en un momento tan agitado. Confirmó que había recibido un borrador del artículo “Revolution in Brazil: the counter-revolutionary phase” y creía que la “coincidencia” del golpe con la publicación sería favorable en términos de mercado. Además, para el brasileño, los lectores norteamericanos tenían la suerte de contar con el libro como guía para comprender lo ocurrido. En cuanto al contenido del nuevo artículo, coincide con las interpretaciones de Horowitz sobre el golpe y la constatación de que, para entender el presente, es necesario comprender lo que hubo antes. La fuerte crítica a Goulart, “cuyo débil liderazgo fue el principal responsable de estos acontecimientos”, fue uno de los grandes motivadores de los sucesos del 31 de marzo, y el análisis de Horowitz sobre este punto fue, según Costa Pinto, correcto.³⁹

Por otro lado, el brasileño discrepó con algunos puntos, como la presentación exagerada de Goulart como el “Nasser brasileño” y los pronósticos sobre escenarios futuros, porque la idea de que Brasil seguiría un “patrón canadiense” de desarrollo le parecía una broma, y era “difícil saber dónde acaba la estupidez y empieza el cinismo”. Las autoridades estadounidenses prometieron mucha ayuda al país, pero el brasileño reiteró que no creía que la implicación de los Estados Unidos fuera tan mínima como afirmaba Horowitz.

La incessante elaboración de RIB no se limita a la forma en que Horowitz trató de incorporar comentarios y críticas, o incluso de complementar el libro original a la luz de la evolución política. La circulación del libro en diferentes mercados exigió un considerable esfuerzo de traducción y adaptación, como se verá en el caso de la edición mexicana.

Preocupado por la difusión de su trabajo, Horowitz envió el artículo a Pablo Casanova, quien estaba a punto de publicar su clásico libro sobre la democracia en México y se consolidaba como líder del proceso de institucionalización científica en su país.⁴⁰ El 24 de junio, el estadounidense escribió a Casanova con una copia del artículo de *New Politics*, informándole que la revista había autorizado su traducción, lo que demostraba una vez más su interés por consolidarse ante el público hispanohablante de América Latina.⁴¹ Su colega mexicano no tardó en confirmarle que iban a publicar el artículo completo en español y, de hecho, la traducción apareció ese mismo año en la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).⁴²

Al mismo tiempo, Horowitz trabajaba en la traducción del propio libro. El responsable de la edición latinoamericana sería Orfila Reynal, el prestigioso editor que dirigió en los años 1960 una de las editoriales más potentes del mercado latinoamericano de las ciencias sociales

³⁸ Carta de L. A. Costa Pinto, 7 de abril de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/368774/rec/70>.

³⁹ Carta de L. A. Costa Pinto, 7 de mayo de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/374675/rec/39>.

⁴⁰ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Ediciones Era, 1965.

⁴¹ Carta de Irving Louis Horowitz al Professor Pablo Gonzalez Casanova, 24 de junio de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/374370/rec/116>.

⁴² Carta de Pablo Gonzalez Casanova, 3 de julio de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/374428/rec/19>; Irving Louis Horowitz, “Revolución en Brasil: la fase contrarrevolucionaria”, *Revista Mexicana De Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 10, nº 37, 1964.

y las humanidades, el Fondo de Cultura Económica (FCE), y que más tarde sería responsable de Siglo XXI, en la Argentina. Orfila Reynal fue una figura clave en la consolidación de una cultura intelectual progresista en el continente, traduciendo obras fundamentales para el emergente mercado latinoamericano de las ciencias sociales y dando a conocer autores locales en sintonía con la sociología crítica del desarrollo.⁴³

La relación entre Orfila Reynal y Horowitz no era nueva, pues este último ya había identificado al editor argentino como una figura clave en su objetivo de vincular el conocimiento sociológico emergente producido en América Latina con el proyecto de una “nueva sociología” basada en el legado crítico de Mills. Este, por cierto, había sido un autor fundamental en la construcción de los lazos de confianza entre estos dos intelectuales, especialmente a raíz de la traducción de la colección *Power, Politics and People*, emprendida conjuntamente por Horowitz y Orfila en 1964. La traducción de RIB, el primer libro de Horowitz editado por Orfila, se acordó durante un encuentro personal en la Ciudad de México. A partir de entonces se estableció una correspondencia triangular entre el autor, el editor y el agente Carl Brandt, que nos permite comprender el efecto de este complejo proceso.

Un punto interesante de esta correspondencia, que refuerza la percepción de que Horowitz pretendía controlar su circulación, es que Brandt reitera que el autor estaría dispuesto a recortar partes del libro para hacerlo más adecuado al mercado local, pero también le gustaría añadir un capítulo para actualizarlo con los acontecimientos recientes.⁴⁴ Así lo confirma una carta de Horowitz a Orfila Reynal del 21 de septiembre, en la que expresa sus expectativas positivas sobre la publicación del libro en el “formato popular que discutieron”. De hecho, la política editorial del FCE condicionaría decisivamente el objeto de RIB.⁴⁵ Al fin y al cabo, como muestra Gustavo Sorá (2014), el lanzamiento de colecciones populares era fundamental en la estrategia de divulgación humanista y científica emprendida por el FCE, con el apoyo financiero del Estado mexicano. Esta estrategia limitó el tamaño de los textos e incluso sus modelos.

Las dificultades de las partes implicadas para formalizar un contrato, el retraso en el proceso editorial y la rapidez de los cambios que afectaban a Brasil amenazaban con dejar el libro rápidamente obsoleto. Así, en sus cartas, Horowitz insistía en que la traducción estuviera lista lo antes posible, debido a la relevancia de la situación política en Brasil, a ser posible en 1965, o al menos “antes de otro golpe”.⁴⁶ Sin embargo, la traducción se enfrentó a varios contratiempos.

Entre octubre de 1964 y enero de 1965, no se había firmado ningún contrato, retrasándose aún más el proyecto. Orfila Reynal respondió tanto al agente como al autor el 15 de marzo. Al agente le envió el contrato con los derechos de traducción y un cheque.⁴⁷ Al autor, Orfila le confirmó que haría todo lo posible por acelerar el proceso de traducción, pero subrayó que

⁴³ Sorá, *Editar desde la izquierda*; Víctor Erwin Nova Ramírez, “Arnaldo Orfila Reynal: el editor que marcó los cánones de la edición latino-americana”, Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

⁴⁴ Carta de Carl D. Brandt a Arnaldo Orfila Reynal, 27 de agosto de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/370478>.

⁴⁵ Carta de Irving Louis Horowitz a Arnaldo Orfila Reynal, 21 de septiembre de 1964. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/370510>.

⁴⁶ Carta de Irving Louis Horowitz a Arnaldo Orfila Reynal, 28 de febrero de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/369617>.

⁴⁷ Carta de Arnaldo Orfila Reynal a Brandt & Brandt, 15 de marzo de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/369990>.

estaba esperando el envío del material complementario que había mencionado.⁴⁸ La respuesta a esta última correspondencia llegó el 19 de marzo, con la primera versión de la nueva introducción adjunta, ya “bien traducida”. Además, Horowitz comenta que el trabajo sobre la contrarrevolución, el “tema más relevante de los últimos meses”, sería el último capítulo.⁴⁹ Aquí vemos cómo Horowitz busca transformar el libro a la luz de los acontecimientos, incorporando el artículo explicativo publicado en 1964 como un nuevo capítulo, más orgánicamente vinculado a la nueva obra.

Unos dos meses más tarde, Horowitz volvió a escribir a Orfila Reynal sobre la traducción, enviándole una nueva versión de la introducción que había sido “mejorada” a partir de los comentarios de varios amigos y colaboradores.⁵⁰ La traducción iba bien, pero en agosto el editor escribió para tratar un “grave problema”: el texto traducido era considerablemente más grande que la Colección Popular del FCE. Le gustaría publicar el libro en este formato porque “tendría mayor y mejor alcance” y pide a Horowitz que le sugiera cómo podrían “reducir el texto sin eliminar lo esencial”, dándose cuenta de que habría que quitar unas ciento treinta páginas. De no realizarse estos cambios, el libro se publicaría dentro de la serie Obras Políticas, con una difusión más lenta.⁵¹

Una carta de Horowitz del 19 de agosto indica que ambos hablaron por teléfono para tratar el “grave problema”. El primer punto acordado fue que la traducción debía aparecer en la Colección Popular, a la que “sin duda pertenece”. Otro punto fue sobre el subtítulo, que Horowitz quería cambiar de “Política y sociedad en una nación en desarrollo” a uno más actual, “Política y sociedad desde Vargas hasta Goulart”. Se pidió la opinión de Orfila Reynal porque, para el autor, esta edición era aún más significativa que la estadounidense.⁵²

Como puede verse, no se trata de una simple traducción, sino de la construcción de un libro nuevo, orientado hacia un tipo de público diferente y con un formato editorial pensado para la divulgación científica en una sociedad periférica. Algo que lo demuestra es la cantidad de cambios que Horowitz introdujo a lo largo de la traducción. En octubre, envió una versión “ligeramente revisada” de la introducción, añadiendo pequeños detalles.⁵³ A pesar de un final de año problemático en 1965, que culminó con la salida de Orfila del FCE, la editorial continuó la publicación de *Revolución en el Brasil*, lanzando la versión en español en marzo de 1966. Formaba parte de la Colección Popular, en la subcolección Tiempo Presente, cuyo primer libro fue *Escucha, yanqui*, el polémico ensayo de Mills que se convirtió en un *best-seller* en la región.⁵⁴

⁴⁸ Carta de Arnaldo Orfila Reynal, 15 de marzo de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/367347>.

⁴⁹ Carta de Irving Louis Horowitz a Arnaldo Orfila Reynal, 19 de marzo de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/367392>.

⁵⁰ Carta de Irving Louis Horowitz aa Orfila Reynal, 24 de mayo de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/367602/rec/21>.

⁵¹ Carta de Arnaldo Orfila Reynal, 14 de agosto de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/375725>.

⁵² Carta de Irving Louis Horowitz a Arnaldo Orfila Reynal, 19 de agosto de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/375727>.

⁵³ Carta de Irving Louis Horowitz a Arnaldo Orfila Reynal, 4 de octubre de 1965. Recuperado el 27 septiembre de 2023 de <https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/330637>.

⁵⁴ 1964 fue un año crucial, ya que el FCE publicó *Hijos de Sánchez*, la polémica etnografía de Oscar Lewis sobre la cultura de la pobreza en México. Muchos miembros de la élite política mexicana consideraron que el libro atentaba contra la imagen pública del país y presionaron para que Orfila fuera destituido como director. Varios intelectuales de todo el mundo expresaron su preocupación por la decisión del FCE, entre ellos Horowitz. Orfila aprovechó esta ola

La inclusión de este libro en una colección encabezada por Mills era coherente tanto con el proyecto intelectual del propio Horowitz, que buscaba acreditarse como legítimo heredero de Mills, como con la percepción latinoamericana de una “sociología crítica norteamericana”.⁵⁵ Así, si el tema del libro parecía excesivamente regionalizado, su posicionamiento en una secuencia con otros títulos otorgaba a Horowitz un lugar como analista “radical” de América Latina, con el sello de prestigio conferido por un poderoso mediador intelectual en la región.

Se introdujeron varios cambios significativos en el libro debido a las necesidades de edición, ya que el FCE exigía un libro más compacto, y también para actualizar la obra a la luz de los acontecimientos que tuvieron lugar poco después de la publicación de la versión original. Empezando por el título, el nuevo fue *Revolución en el Brasil. Política y sociedad de Vargas a Goulart (1930-1964)*. Además, la traducción solo tenía ocho capítulos y unas doscientas cincuenta páginas. Se suprimieron los siguientes capítulos: “The Practice and Preaching of Revolution”, “Brazil and ‘Third-Force’ International Politics”, “Revolution from Above”, “Social Structure and Economic Change”, y “Brazil Confronts the Clash of World Systems”; y se añadió uno nuevo, “La fase contrarrevolucionaria”, que era una versión revisada del artículo publicado poco después del lanzamiento de la edición original. Se añadió una nueva sección antes del primer capítulo, que sirve de introducción al propio libro, titulada ““La historia natural de Revolución en el Brasil’: Biografía de un libro”. Además, en el prefacio de la traducción, Horowitz no mencionó a los intelectuales brasileños que había calificado de “generosos” en la edición original.

Esta “historia natural” es una prueba contundente del intento de Horowitz de controlar la recepción del libro y disciplinar la naturaleza híbrida del material, que ya había sufrido tantos cambios. Así, deja claro que eligió Brasil no por un interés culturalista o exotizante, sino porque representaba un caso que le permitía discutir el tercer mundo en general, hecho que ya estaba presente en la versión original, pero que requería refuerzo en este momento. Una vez más, trata de diferenciar su trabajo de las obras de otros expertos norteamericanos, a los que llama jocosamente “los feos norteamericanos”, argumentando que trataba de criticar la sociología dominante de la época.⁵⁶ En cierta manera, Horowitz radicalizó en este texto su distanciamiento del campo latinoamericano en los Estados Unidos como una forma de construir un acercamiento a un público latinoamericano cada vez más politizado y crítico con la política exterior del país hacia la región.

Horowitz también aclara que incluyó una bibliografía sugerida al final, además de mencionar obras posteriores escritas por latinoamericanos que merecía la pena consultar. Por último, argumenta que el trabajo implicaba comprometerse con el público, lo que justificaba los recortes realizados y los añadidos efectuados. El hecho de incluir una bibliografía señala la intención de Horowitz de situar su obra no como un texto de un especialista distante, sino de un sociólogo crítico “aliado” con los latinoamericanos, lo que situaba a REB en línea con otras obras importantes producidas en el continente.

mundial de simpatía para crear rápidamente la editorial Siglo XXI en la Argentina (Sorá, 2019). Horowitz fue uno de los primeros accionistas y ayudó a Orfila a vender acciones, encontrar otras fuentes de financiación y obtener diversos materiales para que la nueva editorial publicara.

⁵⁵ Grisendi, “Intelectuales, política y la recepción”.

⁵⁶ Horowitz, *Revolución en el Brasil*, p. 17.

Como puede verse, la diferencia entre las dos obras es tan grande que el propio Horowitz tuvo que escribir un prefacio explicando la naturaleza de su proyecto intelectual. Al mismo tiempo, este texto sirve como buena prueba de la naturaleza ambivalente del proyecto RIB/REB. Si la versión original se orientaba como un trabajo de mediación emprendido por un experto autorizado a traducir voces del tercer mundo para un público atemorizado, la traducción/recreación se posicionaba como un libro “comprometido” escrito por un amigo de los latinoamericanos, situado en la misma galería que Mills.

Esta nueva edición llega también en un nuevo momento de la trayectoria intelectual del autor. En ese mismo año, 1966, Horowitz publicó su gran obra sobre el tercer mundo, en la que sistematizó sus lecturas sobre el tema, posicionándose una vez más como mediador entre las voces “radicales” y diversas de los intelectuales del tercer mundo y un público norteamericano culto.⁵⁷ En esta obra, conceptos y teorías de autores latinoamericanos le resultaron fundamentales a Horowitz para explicar los problemas del desarrollo periférico, consolidando el tipo de diálogo transnacional asimétrico. Si, por un lado, Horowitz gozaba de condiciones materiales y simbólicas inalcanzables para sus colegas latinoamericanos, al tener la posibilidad de escribir libros y artículos sobre el tercer mundo que circulaban en editoriales internacionales, por el otro, dependía de las teorizaciones de esos mismos colegas, con quienes estableció un canal efectivo de intercambio intelectual. Estos intercambios se tradujeron, por ejemplo, en la redacción de reseñas de autores latinoamericanos en prestigiosas revistas norteamericanas y en la labor de emprendimiento editorial que Horowitz llevó a cabo por encargo de figuras como Gino Germani.⁵⁸

Así, la pareja RIB/REB resultó ser una iniciativa editorial extremadamente inestable y maleable, situada en la intersección entre el proyecto profesional e intelectual de Horowitz, las limitaciones producidas por editores y audiencias y los diálogos asimétricos establecidos con sus interlocutores en la región.

Consideraciones finales

El caso de RIB no solo es relevante para entender la trayectoria de Horowitz, sino que también nos permite comprender distintas dimensiones del proceso de producción y circulación del conocimiento sociológico en forma de libro. Los cambios radicales introducidos en la traducción al español del FCE demuestran que los procesos de traducción distan mucho de ser simples transposiciones lingüísticas, ya que el papel de los mediadores (en este caso, el editor) y las restricciones ejercidas por la estructura de públicos y mercados inciden en el objeto, dándole nuevas formas. Además, las circunstancias históricas pueden producir cambios textuales y alterar los significados de la recepción, como queda claro por el efecto que el golpe de 1964 tuvo en el significado de “Revolución” en el título de la obra. Por último, el caso explorado en este artículo revela la agencia ejercida por las comunidades intelectuales periféricas, que no se limitan a consumir material producido en contextos hegemónicos. La naturaleza cambiante de RIB/REB muestra cómo los proyectos editoriales centrales pueden modificarse significativa-

⁵⁷ Horowitz, *Three Worlds of Development*.

⁵⁸ Irving Louis Horowitz, “Book Review of *La Democracia en Mexico*”, *American Sociological Review*, vol. 31, nº 1, 1965; João Marcelo E. Maia y Diana R. Rodriguez, “A Yankee Savage in Radical Clothing: the contribution of Latin American intellectuals to Irving Horowitz’s critical sociology”, *American Sociologist*, vol. 54, 2023.

mente durante el proceso de traducción y circulación, adquiriendo nuevos e inesperados significados, un punto que ha sido trabajado en los estudios de circulación.⁵⁹ Además, el proceso de producción de RIB muestra cómo un libro de sociología expresa no solo la voz subjetiva de un autor, sino una compleja factura producida por diferentes diálogos y agencias. En este caso, estos diálogos tuvieron lugar a través de redes transnacionales que fueron fundamentales para el proyecto intelectual de Horowitz, ya que le permitieron acceder al conocimiento y la experiencia de sociólogos latinoamericanos. Si bien estas redes eran asimétricas, ya que estaban conformadas por profundas desigualdades en términos de recursos materiales, institucionales y simbólicos, no impidieron que estos intelectuales latinoamericanos resultasen fundamentales para la concepción del trabajo de su colega estadounidense. Esta relevancia se dio tanto en la materialidad del texto, que resultó en un verdadero collage de producciones político-intelectuales firmadas por latinoamericanos, como en la propia recolección de datos y elaboración de *insights*, para lo cual Horowitz se valió de las redes que había acumulado desde fines de la década de 1950. América Latina se convirtió en un capital importante para el proyecto editorial de Horowitz, pero que exigía el reconocimiento de colegas periféricos. En otras palabras, incluso un intelectual “hegemónico” tenía que trabajar continuamente para mantener una compleja red transnacional, que albergaba intereses diversos que había que tener en cuenta en cierta medida. El concepto de “diálogos asimétricos” parece provechoso para entender cómo actores localizados en espacios periféricos logran influir en objetos producidos en espacios centrales o por intelectuales hegemónicos, tema que ha sido discutido en la literatura.⁶⁰

Por último, creemos que este caso plantea futuras cuestiones de investigación para los estudiosos de la sociología del mercado editorial y de la historia de la sociología. ¿Qué otras redes informales establecidas entre sociólogos de las dos Américas desempeñaron un papel importante en la circulación del conocimiento científico durante el mismo período? ¿A través de qué mecanismos se crearon y mantuvieron estas redes en contextos de profunda desigualdad e intensa controversia política? ¿En qué medida el conocimiento de estas redes nos permite revisar la historia de la sociología tanto en los Estados Unidos como en América Latina? □

Bibliografía

- Beigel, Fernanda, *The politics of academic autonomy in Latin America*, Londres, Routledge, 2016.
- Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Blanco, Alejandro, “Ciências sociais no Cone Sul e a gênese de uma élite intelectual (1940-1965)”, *Tempo social*, vol.19, nº1, 2007, pp.89-114.
- Blois, Juan Pedro, “Controversias alrededor de la filantropía científica estadounidense entre los sociólogos argentinos (1950-1970)”, *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, vol. 41, nº especial, 2023, pp.195-224.
- Bourdieu, Pierre, “The social conditions of the international circulation of ideas”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 145, nº5, 2002, pp. 3-8.
- Calandra, Benedetta, “De la selva brasileña a la capital de las ciencias sociales: proyectos modernizadores de la Fundación Ford en América Latina, 1927-1965”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, vol. 34, 2015, pp. 53-80.

⁵⁹ Medina, *Centers and peripheries*; Keim, “Conceptualizing circulation of knowledge”.

⁶⁰ Ruvituso, “Brazilian social theory in circulation”; Merkel, *Terms of Exchange*.

Calhoun, Craig y Jonathan VanAntwerpen, “Orthodoxy, heterodoxy, and hierarchy: “mainstream” sociology and its challengers”, en C. Calhoun (comp.), *Sociology in America: A History*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, pp. 367-410.

Cancelli, Elizabeth, Gustavo Mesquita y Wanderson Chaves, *Foundations, US Foreign Policy and Anti-Racism in Brazil: Pushing Racial Democracy*, Oxford, Taylor & Francis, 2023.

Casanova, Pablo González, *La democracia en México*, México, Ediciones Era, 1965.

Chartier, Roger, *Forms and Meanings: Texts, Performances, and Audiences from Codex to Computer*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1995.

Drake, Paul W y Lisa Hilbink, “Latin American studies: theory and practice”, en D. Szanton (comp.), *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*, Berkeley, University of California Press, 2004, pp. 34-73.

Etzkowitz, Henry, “The contradictions of radical sociology”, *Critical Sociology*, vol. 15, n°2, 1988, pp. 95-113.

Feres Júnior, João, “Spanish America como o outro da América”, *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, vol. 62, 2004, pp. 69-91.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Gil-Riaño, Sebastián, “Becoming an area expert during the Cold War: Americanism and Lusotropicalism in the transnational career of Anthropologist Charles Wagley, 1939-1971”, en M. Solovey y C. Dayé (comps.), *Cold War Social Sciences: Transnational Entanglements*, Londres, Springer, 2021, pp. 127-160.

Grisendi, Ezequiel, “Intelectuales, política y la recepción de la “sociología crítica norteamericana” en Argentina (1955-75)”, en *X Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*, Ensenada, 2018.

Heilbron, Johan, “The social sciences as an emerging global field”, *Current Sociology*, vol. 62, n°5, 2014, pp. 685-703.

Heilbron, Johan y Gisèle Sapiro, “Outline for a sociology of translation”, en M. Wolf y A. Fukari (comps.), *Constructing a Sociology of Translation*, Ámsterdam, John Benjamin Publishing, 2007, pp. 93-107.

Horowitz, Irving Louis, *Revolution in Brazil, politics and society in a developing nation*, Nueva York, E. P. Dutton & Co, 1964.

Horowitz, Irving Louis, *The New Sociology: Essays in Social Science and Theory in Honor of C. Wright Mills*, Oxford, Oxford University Press, 1964.

—, “An introduction to *The New Sociology*”, en I. L. Horowitz (comp.), *The New Sociology*, 1965 [1964], pp. 3-48.

—, “Revolution in Brazil. The Counter Revolutionary Phase”, *New Politics*, vol. 3, n° 2, 1964, pp. 71-80.

—, “Revolución en Brasil: la fase contrarrevolucionaria”, *Revista Mexicana De Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 10, n° 37, 1964, pp. 409-424.

—, “Book Review of *La Democracia en Mexico*”, *American Sociological Review*, vol. 31, n° 1, 1965, pp. 143-144.

—, *Revolución en el Brasil: política y sociedad de Vergas a Goulart (1930-1964)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

—, *Three Worlds of Development: The Theory and Practice of International Stratification*, Oxford, Oxford University Press, 1966.

— (comp.), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationships between Social Sciences and Practical Politics*, Cambridge, MIT Press, 1967.

—, “Foreword”, en P. G. Casanova, *Democracy in Mexico*, Oxford, Oxford University Press, 1970, pp. viii-xii.

—, “Gino Germani (1911-1979). Sociologist from Other America”, en I. L. Horowitz, *Tributes*, Londres, Routledge, 2005, pp. 83-94.

Iber, Patrick, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015

Keim, Wiebke, “Conceptualizing circulation of knowledge in the social sciences”, en W. Keim, E. Çelik y V. Wöhre (comps.), *Global Knowledge Production in the Social Sciences*, Londres, Routledge, 2016, pp. 107-134.

- Maia, João Marcelo E. y Diana R. Rodriguez, "A Yankee savage in radical clothing: the contribution of Latin American intellectuals to Irving Horowitz's critical sociology", *American Sociologist*, vol. 54, 2023, pp. 270-297.
- Maio, Marcos Chor, "O Projeto Unesco e a agenda das ciências sociais no Brasil dos anos 40 e 50", *Revista brasileira de ciências sociais*, vol. 14, 1999, pp. 141-158.
- Maio, Marcos Chor y Thiago da Costa Lopes, "Modernization, Race, and the Rural Past in Brazil: A Transnational Analysis of Donald Pierson's Sociology (1930–1950)", *Latin American Research Review*, vol. 57, n° 2, 2022, pp. 298-315.
- McKenzie, Donald Francis, *Bibliography and the Sociology of Texts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- Markarian, Vania, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020.
- Medina, Leandro Rodriguez, *Centers and Peripheries in Knowledge Production*, Londres, Routledge, 2013
- Meihy, José Carlos Sebe Bom, *Colônia brasiliense: história oral da vida acadêmica*, San Pablo, Nova Stella, 1991
- Merkel, Ian, *Terms of Exchange: Brazilian Intellectuals and the French Social Sciences*, Chicago, University of Chicago Press, 2022.
- Morales, Juan Jesús, "Científicos sociales latinoamericanos en Estados Unidos: cooperación académica, movilidad internacional y trayectorias interamericanas alrededor de la Fundación Ford", *Dados*, vol. 60, 2017, pp. 473-504.
- Morcillo Laiz, Álvaro, "The Cold War Origins of Global IR. The Rockefeller Foundation and Realism in Latin America", *International Studies Review*, vol. 24, n°1, 2022, pp.1-26.
- Morcillo Laíz, Álvaro, "La Gran Dama: Science patronage, the Rockefeller Foundation and the Mexican Social Sciences in the 1940s", *Journal of Latin American Studies*, vol. 51, 2019, pp. 829-854.
- Navarro, Juan José, "Cold War in Latin America: The Camelot Project (1964-1965) and the Political and Academic Reactions of the Chilean Left", *Comparative Sociology*, vol. 10, n° 5, 2011, pp. 807-825.
- Nova Ramírez, Víctor Erwin, *Arnaldo Orfila Reynal: El editor que marcó los cánones de la edición latino-americana*, Tesis doctoral, México, UNAM, 2013.
- Pereyra, Diego, *International networks and the institutionalization of sociology in Argentina (1940-1963)*, Tesis doctoral, Brighton, University of Sussex, 2005.
- Pereyra, Diego y Lautaro Lazarte, "Rebelión en la granja sociológica: controversias e impacto de la huelga de estudiantes de sociología: Buenos Aires, 1963", *Documentos de Trabajo*, vol. 87, Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2022.
- Plotkin, Mariano Ben, "US Foundations, Cultural Imperialism and Transnational Misunderstandings: The Case of the Marginality Project", *Journal of Latin American Studies*, vol. 47, n° 1, 2015, pp. 65–92.
- Ruvituso, Clara, "Brazilian social theory in circulation: analyzing the German translation of Darcy Ribeiro by Sur-hkamp", *Serendipities. Journal for the Sociology and History of the Social Sciences*, vol. 6, n° 1, 2021, pp. 21-38.
- Sapiro, Gisèle, "What factors determine the international circulation of scholarly books? The example of translations between English and French in the era of globalization", en J. Heilbron, G. Sorá y T. Boncourt (comps.), *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 59-93.
- Solovey, Mark, *Shaky foundations: The Politics-Patronage-Social Science Nexus in Cold War America*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 2013
- Sorá, Gustavo, "Frankfurt y otras aduanas culturales entre Argentina y Brasil: una aproximación etnográfica al mundo editorial", *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 15, 2002, pp. 125-143.
- , "La vuelta al libro en ochenta cartas: Cortázar, Orfila Reynal y los meandros editoriales de la composición literaria", *Ipotesi-Revista de Estudos Literários*, vol. 17, n° 2, 2013, pp. 45-62.
- , *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.
- Sorá, Gustavo y Alejandro Dujovne, "Translating Western social and human sciences in Argentina: A comparative study of translations from French, English, German, Italian and Portuguese", en J. Heilbron, G. Sorá y T. Boncourt

(comps.), *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 267-293.

Summers, John H., "The Epigone's Embrace: Irving Louis Horowitz on C. Wright Mills", *The Minnesota Review*, vol. 68, 2007, pp. 107-124.

Wright Mills, Charles, *Poder e política*, Río de Janeiro, Zahar Editores, 1965.

Resumen / Abstract

Sociología de un libro cambiante: Irving Horowitz y el proyecto *Revolution in Brazil*

Los libros juegan un papel central en la historia de la sociología, pero ¿cómo entenderlos en cuanto objetos científicos dotados de materialidad? Este artículo toma como estudio de caso el proyecto del libro *Revolution in Brazil* (1964) de Irving Horowitz, publicado originalmente por E. P. Dutton & Co., y traducido por el Fondo de Cultura Económica en 1966. Se examina el proceso de producción de la obra, marcado por los diálogos establecidos entre Horowitz y sus interlocutores latinoamericanos, y su traducción y circulación, para argumentar que un texto aparentemente estable se transforma en dos a la luz de las diferentes expectativas de los mercados lectores, de las estrategias de autores y editores y de los efectos producidos por los intercambios intelectuales, que tienen lugar en un contexto de asimetría estructural de recursos materiales y simbólicos.

Palabras clave: Historia de la sociología - Circulación científica - Traducción - Irving Horowitz

Sociology of a changing book: Irving Horowitz and the project *Revolution in Brazil*

Books play a central role in the history of sociology, but: how may they be understood as material scientific objects? This article takes a case study centered on the book project *Revolution in Brazil* (1964) by Irving Horowitz, originally published by E.P. Dutton & Co. and translated by *Fondo de Cultura Económica* in 1966. It examines the productive process of this work, shaped by the dialogues established between Horowitz and his Latin American peers, and by the translation and circulation of the book. It argues that an apparently single text is in fact two different works, due to the differing expectations of the audiences, the strategies of authors and editors, and the effects produced by intellectual exchanges, which took place in a context of structural asymmetry of material and symbolic resources.

Keywords: History of sociology - Scientific circulation - Translation - Irving Horowitz

Fecha de recepción del original: 18 / 12 / 2023

Fecha de aceptación del original: 5 / 3 / 2024

Populismo y Latinoamérica

*Intelectuales en busca de una teoría que explique
su relación (1961-1981)*

*Sebastián Carassai**

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

A comienzos de la década del setenta, el sociólogo brasileño Octavio Ianni caracterizó el populismo como “uno de los hechos al mismo tiempo políticos, económicos y sociales más importantes de la historia de América Latina”.¹ Dicha caracterización aludía a los movimientos políticos que despertaron en el subcontinente luego de la crisis de 1930, como el varguismo en Brasil y el peronismo en la Argentina, y continuaron apareciendo en otros países de la región. El contexto más general de la afirmación de Ianni era la discusión, que llevaba ya varios años, acerca del “cambio” en las sociedades latinoamericanas: ¿era América Latina un subcontinente del que pudiera esperarse transformaciones análogas a las que siguió la Europa de la temprana industrialización?; ¿era dable esperar que ese cambio proviniera de una revolución, como sucedería en Cuba, o más bien de un proceso reformista, que no cuestionara de raíz el sistema capitalista? En cualquier caso, ¿qué forma política podía asumir?, ¿podría ser su motor una clase social, o más bien una alianza de clases? El análisis del populismo pareció a muchos central para resolver esos interrogantes, a los que pronto se sumaron otros: ¿vehículo de qué tipo de cambio era el populismo?, ¿podría eventualmente constituir un atajo latinoamericano al socialismo o más bien encarnaba su clausura? Este artículo recorre las respuestas a mi juicio más significativas que diversos intelectuales argentinos y brasileros otorgaron a estas preguntas desde que comenzaron a plantearse y hasta comienzos de los años ochenta, época que, en conjunto, podría considerarse como la de la teorización sobre el “populismo clásico”. A partir de entonces, la reflexión sobre el populismo comenzó a multiplicarse y diversificarse en direcciones heterogéneas, aun contradictorias, a medida que una serie cada vez más amplia de experiencias políticas no solo en América Latina sino en el globo comenzó a ser percibida bajo ese signo (regresaré sobre este punto en las “Palabras finales”).

* scarassai@conicet.gov.ar. ORCID: 0000-0003-0078-264X.

¹ Octavio Ianni, “Presentación”, en G. Germani, T. Di Tella y O. Ianni (comps.), *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, Buenos Aires, Serie Popular Era, 1973.

Antes de ser teoría: el populismo como impugnación

La historia del término populismo se remonta al último tercio del siglo XIX. Durante mucho tiempo, su uso remitió casi exclusivamente a dos movimientos políticos de origen predominantemente agrario en regiones distantes de América Latina: los Estados Unidos y Rusia. Uno de los primeros usos de los términos populismo o populista en Latinoamérica fue resultado de trasplantar a la América hispana las críticas que uno de esos dos movimientos, el de los “amigos del pueblo” o narodniki de la Rusia de los zares, había despertado en intelectuales y dirigentes marxistas como Plejánov y Lenin.²

A comienzos de los años cuarenta, por ejemplo, el profesor de la Universidad Estatal de Moscú Vladimir Miroshovsky, historiador de origen soviético pionero en temas latinoamericanos, dedicó un trabajo a batallar contra los errores populistas de la lectura que José Carlos Mariátegui había hecho de la realidad peruana.³ El trabajo fue publicado en La Habana, en 1942 y, de acuerdo con su editor, los errores que señalaba Miroshovsky en Mariátegui estaban presentes “en la obra de muchos intelectuales revolucionarios de Latinoamérica”, desde las “vulgarizaciones apristas” al “‘indigenismo’ mexicano”.⁴

Siguiendo los argumentos de Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* [1899] y en el ensayo “¿Quiénes son los amigos del pueblo?” [1914], Miroshovsky cuestionaba a Mariátegui la atribución al campesinado de instintos comunistas, su incomprendimiento del papel histórico del proletariado industrial, y la consecuente subestimación de la necesidad de una organización política obrera independiente. La de Mariátegui era una visión populista porque atribuía a la sociedad inca un comunismo primitivo y natural que abonaba la “ilusión” de restauración de un régimen preconquista, visión que sumaba confusión al movimiento revolucionario.⁵ Desde la perspectiva de una revolución socialista mundial tan inminente como necesaria, como la de Miroshovsky, la crisis general del capitalismo inexorablemente conducía a un comunismo a la soviética. “Cerrar los ojos ante esto”, concluía el profesor ruso, “es abandonar la fuerte postura de los hechos para volar por las nieblas de la fantasía ‘populista’”.⁶ A sus ojos, todo esfuerzo teórico que entorpeciera el curso de la historia, especialmente en los países coloniales

² Sobre el surgimiento de los narodniki en Rusia, véanse Franco Venturi, *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia*, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1960, y Aleksandrovna Tvardovskaya, *El populismo ruso*, México, Siglo XXI, 1978. Michel Winock (“Populismes français”, en *Vingtième Siècle, revue d’histoire*, “Les populismes”, nº 56, octubre-diciembre, 1997) considera que el movimiento liderado por el general Georges Boulanger en Francia, conocido como *boulangisme*, también debería ser incluido dentro de los populismos del siglo XIX.

³ En 1946 Miroshovsky publicó en ruso una obra, nunca traducida al español, que abarca más de tres siglos de historia, desde la conquista hasta los inicios de las guerras por la independencia, en la que busca explicar los procesos que desembocaron en los movimientos independentistas de las colonias españolas en América. El libro fue publicado en Moscú y Leningrado por la Editorial de la Academia de Ciencias de la URSS.

⁴ Prólogo del editor, Vladimir Miroshovsky, *El “populismo” en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social Latino-American*, La Habana, s/e, 1942 (publicado en la revista *Dialéctica*, nº 1, mayo-junio de 1942, La Habana, traducido del ruso por Rubén Caldeiro), p. 3.

⁵ Resuena en esta crítica la caracterización de “romanticismo económico” que Lenin atribuía a los populistas rusos. Véase Andrzej Walicki, “Rusia”, en G. Ionescu y E. Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970 [edición original en inglés: 1969].

⁶ Miroshovsky, *El “populismo” en el Perú*, p. 22. Miroshovsky anota que, luego de 1926 y hasta su muerte en 1930, Mariátegui revisó sus puntos de vista “populistas” y aconsejó a los revolucionarios peruanos el estudio del leninismo.

y semicoloniales como los de América Latina, debía ser rechazado por distractivo, aun si fuera alentado por las mejores intenciones, como las que reconocía en Mariátegui.

El uso con connotaciones negativas del término populismo también puede encontrarse en los debates al interior de las izquierdas latinoamericanas. Hacia fines de los años cincuenta en Uruguay, por ejemplo, el líder del Partido Comunista Uruguayo, Alción Cheroni, acusó de populista al grupo de intelectuales nucleado en torno a la Agrupación Nuevas Bases (ANB) por haber impedido a su partido integrar la recientemente creada Unión Popular, en la que confluían diversos sectores de la izquierda. Esos intelectuales, argumentaba Cheroni en sintonía con la ortodoxia soviética, confundían la “cuestión nacional” con el nacionalismo (al que los marxistas uruguayos consideraban un producto histórico de la burguesía); distinguían infundadamente el “nacionalismo malo” de los orígenes de los Estados-nación capitalistas del “nacionalismo bueno” de los países semicoloniales de América Latina (al que así convertían en “agente de liberación”); ignoraban que la génesis histórica del proletariado “no contiene un solo germen de nacionalismo”; y permanecían “atados a palabras altisonantes como pueblo, popular, masas populares, nación”. Lejos de la lucha de clases, “el confusionismo y las contradicciones [...] de la ANB”, concluía Cheroni, “no es más que la ejemplarización del confusionalismo y del carácter contradictorio de la pequeña burguesía”.⁷

A los fines de este trabajo, no resulta relevante justipreciar las críticas de Cheroni a la ANB ni las de Miroshovsky a Mariátegui. Sí notar que, en ambos casos, populismo es un término explícita o implícitamente referenciado en el uso negativo que le había dado Lenin décadas atrás, con el que no se buscaba hacer referencia a un rasgo típico de las sociedades latinoamericanas o a un movimiento político específico de alguna de sus naciones sino impugnar un tipo de lectura (equivocada) de la realidad. Tanto para Cheroni como para Miroshovsky, las visiones populistas sumaban desconcierto, demoraban la historia, distraían a las masas del cauce revolucionario.

En las Américas, a mitad del siglo xx, populismo o populista eran términos utilizados más en universidades estadounidenses que latinoamericanas. Allí, aunque su uso estricto remitiera a la lucha de los granjeros del sur y el *mid-west* de los Estados Unidos a finales del siglo XIX y comienzos del XX, para entonces llevaban décadas empleándose como sinónimos de distintas políticas juzgadas abusivas (“*mobism*”, “*direct democracy*” o “*plebiscitarianism*”). A finales de los cincuenta, por ejemplo, Edward A. Shils atribuyó rasgos populistas al nazismo, al bolcheviquismo y al estalinismo.⁸ En la época del macartismo, Victor C. Ferkiss sugirió que el fascismo estadounidense hundía sus raíces en el populismo del siglo XIX.⁹

Connotaciones peyorativas como esas motivaron al historiador Comer Vann Woodward a escribir en 1960 un artículo llamando a sus colegas a una reflexión más balanceada. Los académicos estadounidenses, decía, debemos rechazar el impulso a identificar todas las fuerzas

⁷ Alción Cheroni, *Nacionalismo y populismo en la Ideología de A. N. B.*, Montevideo, Ediciones Nuestro Tiempo, 1962, pp. 9-10. Cheroni consideraba que la teoría de ese nacionalismo, aquí peyorativamente calificado de populista, había sido expuesta por Roberto Ares Pons, presidente de la ANB, en el libro *Uruguay, ¿provincia o nación?* (Montevideo, Editorial Cuyoacán, 1959). En ese libro Ares Pons sostiene que el único modo de superar la dominación de las potencias extranjeras es la unión de América Latina; en otras palabras, que la revolución socialista no es posible en un solo país, como sí creían los comunistas —abusando, a juicio de Ares Pons, del “atípico caso de Cuba”—.

⁸ Edward A. Shils, “The Intellectuals and the Powers: Some Perspectives for Comparative Analysis”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 1, nº 1, octubre de 1958.

⁹ Victor C. Ferkiss, “Ezra Pound and American Fascism”, *Journal of Politics*, vol. xvii, nº 2, mayo de 1955.

del mal con el populismo. Reconocía en ese movimiento aspectos iliberales e irracionales, que no reivindicaba, pero llamaba a comprender mejor sus causas y características.¹⁰

El “movimiento nacional-popular”: la tesis de la asincronía

Para la misma época que Vann Woodward realizaba ese llamado a sus colegas norteamericanos, una búsqueda similar a la por él alentada congregó a algunos intelectuales al sur de América, motorizada por el deseo de comprender cuáles eran las reales alternativas de las naciones latinoamericanas para avanzar en su truncado camino hacia el desarrollo. El marco teórico más general de esa búsqueda lo proveía la teoría de la modernización (en donde “modernización” significaba progreso técnico, industrialización, urbanización, educación, secularización, instituciones sólidas, democracia sin exclusiones, y consolidación de una pujante clase media), de acuerdo con la cual las sociedades transitaban de la era tradicional a la moderna atravesando una serie de etapas.¹¹

En 1962, el sociólogo italiano Gino Germani, radicado en la Argentina desde 1934 a causa del ascenso del fascismo en su país, publicó el libro que pronto constituiría la principal referencia de esta explicación aplicada a Iberoamérica, *Política y sociedad en una época de transición*.¹² Fundador de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, pionero en los estudios sobre los orígenes del peronismo, Germani era una figura destacada dentro de una generación de profesionales de las ciencias sociales en la Argentina integrada, entre otros, por los hermanos Torcuato y Guido Di Tella, Jorge Graciarena, Oscar Cornblit, Ezequiel Gallo, Alfredo O’Connel, Susana Torrado, Roberto Cortés Conde y Manuel Zymelman. Muchos de estos investigadores se nucleaban en torno al Instituto de Desarrollo Económico y Social y el Instituto Di Tella, otros radicaron su trabajo en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral, el Departamento de Historia de la Universidad de La Plata, o en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Aunque no constituyeran un grupo, a comienzos de los años sesenta todos compartían la convicción de que el estudio del proceso de modernización debía atender a la experiencia histórica concreta, que en el caso de América Latina resultaba diferente del de las sociedades ya desarrolladas (una categoría que incluía, principalmente, las de Europa occidental, los Estados Unidos, Canadá y Japón). Una línea casi imperceptible conectaba a los intelectuales que en los años cuarenta y cincuenta eran acusados de defender posiciones “populistas” con estos acadé-

¹⁰ Comer Vann Woodward, “The Populist Heritage and the Intellectual”, *The American Scholar*, vol. 29, n° 1, invierno de 1959-60.

¹¹ Véase Walt W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960, publicado en español por Fondo de Cultura Económica en 1961 como *Las etapas del crecimiento económico*. Véase también Johan Akerman, *Structures et cycles économiques*, París, Presses Universitaires de France, 1955-1957, publicado en español por Aguilar en 1960 como *Estructuras y ciclos económicos*. La visión etapista del desarrollo tuvo también exponentes en América Latina. Véanse las contribuciones de los influyentes Celso Furtado, *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*, Río de Janeiro, Fondo de Cultura, 1961; y Aldo Ferrer, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963.

¹² Véase también, Gino Germani y Jorge Graciarena, *Antología de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Departamento de Sociología, Universidad de Buenos Aires, 1958. Cabe notar que desde la aparición de *Estructura social de la Argentina: análisis estadístico*, en 1955, Germani fue una de las figuras más sobresalientes de las ciencias sociales en la Argentina.

micos de las ciencias sociales en los tempranos años sesenta. Para unos y otros, las instituciones y clases sociales de las naciones que los primeros llamaban neocoloniales y los segundos subdesarrolladas o en vías de desarrollo diferían sustancialmente de las de los países centrales; para unos y otros, no había leyes sociales que aplicaran por igual a Inglaterra y Brasil, a Francia y la Argentina.

Un año antes de la publicación de *Política y sociedad en una época de transición*, en las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología, realizadas en el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Asociación Sociológica Argentina, sociólogos, historiadores y economistas, en su mayoría argentinos, discutieron sus trabajos de investigación bajo el común espíritu de “tomar conciencia de nuestros propios problemas”, como afirmarían Di Tella, Germani y Graciarena en el prólogo al libro que resultó de esas jornadas.¹³ *Argentina, sociedad de masas*, como se tituló el libro, trataba en la mayoría de sus capítulos de un caso nacional. Sin embargo, escribió Germani, el esquema a partir del cual se analizaba el caso argentino resultaba aplicable a los demás países latinoamericanos, en tanto todos ellos transitaban desde algún tipo de estructura tradicional hacia algún modelo de sociedad industrial o moderna.¹⁴ De este modo, lo que poco después se llamaría “populismo” ingresaba en la agenda de las ciencias sociales argentinas como un rasgo típico, aunque no exclusivo, de la experiencia de modernización de las sociedades del subcontinente.

¿En qué difería, a juicio de varios de estos académicos, la historia de esa experiencia en los países latinoamericanos de la correspondiente, por ejemplo, a Europa? La principal diferencia radicaba en la asincronía en sus procesos de transición: mientras que en la Europa de la industrialización temprana, el paso de la sociedad tradicional a la moderna había consistido en un proceso gradual y sostenido en el tiempo, lo que había posibilitado a su sistema institucional crear canales de participación adecuados a cada etapa del desarrollo, en América Latina el proceso de modernización había sido incompleto, tardío y abrupto.¹⁵

Incompleto, porque naciones enteras todavía convivían con demasiados elementos de la sociedad tradicional. Y aun países relativamente más desarrollados albergaban regiones en donde la modernización apenas había asomado (el caso paradigmático a menudo citado era Brasil, que a este respecto era “dos países en uno”). Tardío, porque la larga vida que tuvo el modelo agroexportador en el subcontinente, que recién se desarticuló a raíz de la crisis de 1930, demoró el despegue de un sector industrial vigoroso y competitivo, lo que en términos políticos se tradujo en que las élites sirvieron durante mucho más tiempo que en Europa a los intereses agrarios (los de las oligarquías vinculadas al sector primario de la producción y los capitales asociados al negocio exportador) e impidieron la formación a tiempo de una verdadera clase industrial nacional,

¹³ Torcuato Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965. El libro se agotó rápidamente y, a los tres meses de su primera edición, la editorial lanzó la segunda. Varias reseñas académicas celebraron la salida del volumen. Mora y Araujo lo consideró una “muestra representativa del estado de los estudios de la realidad argentina a comienzos de los 60”. Manuel Mora y Araujo, *Desarrollo Económico*, vol. 4, n° 16, abril-junio de 1965. Díaz Araujo lo juzgó “un hito de significativa importancia en la historiografía argentina, que ha producido un notable impacto tanto en el público común como en los especialistas”. Enrique Díaz Araujo, *Revista de Historia de América*, n° 60, 1965.

¹⁴ Gino Germani, “Hacia una democracia de masas”, en Di Tella, Germani, Graciarena y cols., *Argentina, sociedad de masas*. Con un agregado, este artículo reproduce el capítulo 8 de *Política y sociedad en una época en transición*.

¹⁵ Sobre este punto véase Gino Germani, “Democracia representativa y clases populares”, en G. Germani y A. Tocqueville, *América del Sur: un proletariado nuevo*, Barcelona, Nova Terra, 1965.

con capacidad de desplazar a las élites conservadoras y liderar el desarrollo.¹⁶ Y abrupto, porque, cuando esto último sucedió, todo aconteció de un modo más caótico que en la experiencia europea: la necesidad de sustituir importaciones, incentivada por el estallido de la segunda guerra mundial, generó una industrialización acelerada y protegida que, combinada con una urbanización prematura, desordenada y masiva, se tradujo en la emergencia de un nuevo actor político, la clase obrera industrial, inasimilable por el sistema institucional vigente.

El carácter inasimilable de esa nueva realidad obrera, en la que los migrantes recién llegados de zonas que esta sociología asociaba más a la sociedad tradicional que a la moderna jugaban el rol determinante, estuvo en el centro de los debates de las ciencias sociales a lo largo de toda la década del sesenta, y aún después. Nuevamente fue Germani, cuya figura trascendía el ámbito argentino, quien primero se destacó en el esfuerzo por proveer una conceptualización que ofreciera una explicación a esa realidad, analizando el caso argentino.¹⁷

El nombre político de aquella nueva realidad en la Argentina era el movimiento peronista. Tomando distancia de sus primeras tesis sobre ese movimiento (en las que, aunque distinto del nazismo alemán y del fascismo italiano, lo consideraba una expresión del totalitarismo), hacia comienzos de los años sesenta Germani propuso una categoría específica para referirse a él: la de “movimiento nacional-popular” o “nacionalismo popular”.¹⁸ Samuel Amaral ha sostenido categóricamente que Germani no tomó ese concepto del pensamiento de Antonio Gramsci, cuya influencia en la Argentina de entonces considera circunscripta al círculo de Héctor P. Agosti y sus discípulos, sino del lenguaje político argentino de la época, en el que se empleaba con contornos imprecisos.¹⁹ Pasquale Serra, a propósito de una exploración de otras vías de acceso a Gramsci en aquella Argentina, como la que constituía el filósofo Rodolfo Mondolfo (que arribó al país cinco años después que Germani), ha propuesto, en cambio, que la definición germaniana de lo “nacional-popular” tiene “fuertes resonancias” gramscianas.²⁰

¹⁶ La relevancia que muchos de estos académicos asignaban al carácter tardío del proceso de modernización puede captarse con mayor nitidez en el trabajo de Guido Di Tella y Manuel Zymelman, “Etapas del desarrollo económico argentino”, incluido en *Argentina, sociedad de masas*. Aplicando al caso argentino el modelo etapista de Rostow, Di Tella y Zymelman introducen una etapa ausente en la formulación original, pero clave, a su juicio, para comprender el caso argentino. “La gran demora”, que abarcaba desde 1914 hasta 1935, marcaba para ellos el punto de inflexión de la historia económica argentina, el momento en el que la ausencia de un programa industrializador (para el que el país ya habría estado preparado entonces), sumada a la falta de iniciativa para realizar las transformaciones sociales y políticas necesarias, comprometió el desarrollo futuro. Tulio Halperin Donghi, autor de la introducción a la primera parte del libro, juzgó “sustancialmente exacta” esta imagen de Di Tella y Zymelman. Tulio Halperin Donghi, “Introducción”, en Di Tella, Germani, Graciarena y cols., *Argentina, sociedad de masas*, p. 17.

¹⁷ En Brasil, por ejemplo, Germani y sus colaboradores constituyan la referencia teórica principal en lo que respecta a la teoría de la modernización aplicada a América Latina. Véase Jorge Ferreira, “O nome e a coisa: o populismo na política brasiliense”, en J. Ferreira (org.), *O populismo e sua história. Debate e crítica*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001.

¹⁸ Sobre el peronismo como totalitarismo, véase Gino Germani, “La integración de las masas a la vida pública y el totalitarismo”, *Redacción*, suplemento especial, noviembre de 1979 [1956]. Este artículo fue también incluido en *Política y sociedad en una época de transición. Sobre la distinción entre el peronismo y los totalitarismos europeos*, véase Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 154-160. Sobre las condiciones objetivas y subjetivas que a juicio de Germani explicaban el surgimiento de los totalitarismos, véanse, además del trabajo ya citado, “Anomia y desintegración social”, *Boletín del Instituto de Sociología*, n° 4, 1945, y su “Prefacio” a la obra de Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós, 1947. Sobre la categoría de “movimiento nacional-popular”, véase Gino Germani, “Clases populares y democracia representativa en América Latina”, *Desarrollo Económico*, vol. II, n° 2, julio-septiembre de 1962.

¹⁹ Samuel Amaral, *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*, Buenos Aires, UNTREF, 2018, p. 97.

²⁰ Pasquale Serra, *El populismo argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2019, cap. II, especialmente pp. 62-77.

Como sea, ¿qué características singularizaban, para Germani, un movimiento nacional-popular? La respuesta era novedosa, en tanto resultaba de una combinación de, por un lado, aspectos comunes a otros régimes autoritarios, como la identificación de las masas con el líder y la manipulación de las primeras por el segundo, y, por el otro, la participación política efectiva de obreros y sectores populares. Ni autónoma ni capaz de transformar las estructuras básicas de la sociedad (de allí que Germani hable de un “*Ersatz* de participación”), esa participación era lo suficientemente material y vívida como para representar un parteaguas con la era previa. Cuando Germani describe las etapas políticas de la transición hacia la modernidad, desde la sociedad tradicional sin participación política de la primera mitad del siglo XIX hacia regímenes en los que la participación de la población crece (primero de modo limitado, luego ampliado), hasta llegar a las sociedades de “participación total”, distingue dos tipos entre estas últimas: las democracias representativas, propias de los países desarrollados, y los regímenes “nacional-populares”, típicos de las naciones de Latinoamérica.²¹

El origen de este tipo de regímenes estaba directamente relacionado con la asincronía en el proceso de transición. La tesis que subyace al planteo de Germani es que si el mayor peso de un nuevo actor social en la esfera económica (en los años treinta, los migrantes internos en las fábricas de las grandes urbes; en las décadas anteriores, los inmigrantes extranjeros tanto en el litoral y la pampa como en Buenos Aires) no es acompañado por un incremento proporcional de su participación política, el desfasaje no puede sino derivar en graves tensiones sociales. Los movimientos nacional-populares, para Germani, eran el resultado de la acumulación de esas tensiones.

Si su origen se explicaba por lo asincrónico del proceso, su éxito lo hacía por el rol que los diferentes actores habían desempeñado en cada historia nacional. Uno de esos actores, al que a menudo se aludía bajo el término de “masas disponibles” (que Raymond Aron había aplicado a la base social del nacionalsocialismo en Europa), había desempeñado un rol central, pero su principal característica, su estado de “disponibilidad”, no se explicaba por elementos intrínsecos sino exógenos. Al analizar el caso argentino, Germani atribuyó la “disponibilidad” de las masas que se integrarían al peronismo a la combinación de cinco factores: la política represiva de los gobiernos desde fines del siglo XIX hasta comienzos del XX (1880-1916), la ambivalencia y relativo fracaso de los gobiernos de la Unión Cívica Radical (1916-1930), las severas limitaciones al funcionamiento de la democracia a partir del golpe militar del general Félix Uriburu (1930-1943), el extendido descreimiento y escepticismo que esas experiencias crearon en la población, y la ausencia de partidos políticos capaces de proporcionar una expresión adecuada a los sentimientos y necesidades de quienes, solo entonces, quedaron a merced de cualquier “aventura” que les ofreciera alguna clase de participación política.²² El surgimiento del régimen nacional-popular en Germani, así, se explicaba más por las carencias de las élites que por las de las masas.²³

²¹ Gino Germani y Kalman Silvert, “Estructura social e intervención militar en América Latina”, en Di Tella, Germani, Graciarena y cols., *Argentina, sociedad de masas*. El texto original fue publicado en inglés en 1961 como “Politics, Social Structure and Military Intervention in Latin America”, *Archives Européennes de Sociologie*, n° 1.

²² Gino Germani, “Hacia una democracia de masas”, en Di Tella, Germani, Graciarena y cols., *Argentina, sociedad de masas*, pp. 225-226.

²³ Lo mismo sucede cuando analiza la evolución del movimiento nacional-popular en la Argentina. De acuerdo con Germani, era a las élites peronistas, y no a las masas, a quienes correspondía (“debía”, escribe) “transformar esa participación [política de las masas] ilusoria en una intervención real”; a ellas correspondía “cambiar [la] naturaleza”

Populismo y reforma en América Latina: la tesis de la imprescindibilidad

Germani demoró más de una década en identificar al “movimiento nacional-popular” con el “populismo”, el “movimiento populista” o el “populismo-nacional”.²⁴ Quien primero realizó esa identificación, en un comienzo parcialmente (el populismo como un subtipo del régimen nacional-popular), luego totalmente (uno como sinónimo del otro), fue Torcuato Di Tella, uno de sus colaboradores más cercanos. Germani y Di Tella fueron determinantes en la definición de un populismo propiamente latinoamericano, en cuanto ya no remitía a movimientos agraristas (como los de Rusia y los Estados Unidos) sino de tipo urbano, y su fuerza no radicaba en su vínculo con la tierra sino con la industria.²⁵

Tanto en las jornadas ya mencionadas, en 1961, como en el V Congreso Internacional de Sociología, realizado al año siguiente en Washington, Di Tella presentó un trabajo en el que atribuía a los movimientos nacional-populares “ideologías monolíticas” y analizaba los conflictos que esas ideologías generaban en “sistemas políticos pluripartidistas”. En la reformulación que hizo de ese texto para el volumen *Argentina, sociedad de masas*, además de agregar el subtítulo “el caso latinoamericano”, Di Tella ensayó por primera vez una tipología de “nacionalismos-populares”, a los que diferenció en función de los apoyos que concitaban y de las ideologías en las que abrevaban. El populismo, allí, era uno de los cuatro subtipos posibles de movimientos nacional-populares.²⁶

Di Tella enfatiza en este texto tres elementos que juzga imprescindibles en la formación de un movimiento nacional-popular: élites, masas e ideología. En espejo con la idea de “masas disponibles”, un movimiento nacional-popular solo podía prosperar si existían al mismo tiempo “élites disponibles”, cuya presencia garantizara que la movilización social no se radicalizaría. ¿Qué explicaba su existencia? En los períodos iniciales de un proceso de industrialización, razonaba Di Tella, había grupos en los estratos medios y superiores de la sociedad que adolecían de lo que se daba en llamar “incongruencia de estatus”. Esto es, grupos que se percibían a sí mismos, económica, étnica o culturalmente, por encima del estatus que se les reconocía. Estas élites, además, recibían el influjo de las metrópolis culturales del mundo, que ejercían en ellas lo que Di Tella llamaba “efecto deslumbramiento”, es decir, la adopción de teorías pensadas para otras realidades que poco ayudaban a comprender la propia. Así, incon-

del movimiento y volverlo “realmente una expresión de las clases populares”. Germani, “Hacia una democracia de masas”, pp. 226-227.

²⁴ Gino Germani, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos”, *Desarrollo Económico*, vol. 13, n° 51, octubre 1973. Germani daba más relevancia al contenido de sus conceptualizaciones que a los nombres a los que recurría para referirse a ellas. Ello explica que, en los setenta, cuando el término populismo ya se había popularizado al interior de la academia, lo emplee para referirse a lo que antes designaba como “movimiento nacional-popular”.

²⁵ El volumen compilado por Ionescu y Gellner, a fines de los años sesenta, es un claro ejemplo de cómo el mundo académico internacional comenzó a tomar nota de esta especificidad latinoamericana, que veía en sus populismos “la mosca blanca” de los movimientos hasta entonces designados con ese nombre. Véase, especialmente, los trabajos de Richard Hofstadter, Alistar Hennessy, Peter Wiles y Angus Stewart, en Ionescu y Gellner (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*. La referencia principal de los artículos que mencionan el caso latinoamericano es Torcuato Di Tella.

²⁶ Torcuato Di Tella, “Ideologías monolíticas en sistemas políticos pluripartidistas: el caso latinoamericano”, en Di Tella, Germani, Graciarena y cols., *Argentina, sociedad de masas*, pp. 280-281. Los otros tres sub-tipos eran el aprista, el castrista y el peronista.

gruencia de estatus y efecto deslumbramiento eran, combinados, la causa de la existencia de estas élites disponibles.

El segundo elemento, las masas movilizadas; en cuanto masas eran resultado del proceso de industrialización, pero su disposición a movilizarse obedecía a la “revolución de las aspiraciones” (concepto presente también en Germani): anhelos de bienes y servicios motivados por el consumo en países que estaban en la frontera del bienestar. La constatación, vía medios de comunicación, de que un mundo mejor ya era una realidad en otras latitudes generaba en los países periféricos un “efecto demostración”, sentimientos de frustración en quienes se miraban en un espejo que contrastaba con su presente y con las exigüas promesas que las viejas instituciones ofrecían de cara al futuro. La “revolución de las aspiraciones” y el “efecto demostración”, combinados, explicaban así la movilización de las masas.

El tercer elemento es la formación de una “ideología o psicología dominante” que sirviera de lazo entre élites y masas. Di Tella subraya que los grupos que sufren inconsistencia de estatus son proclives a crear ideologías de la industrialización capaces de despertar el entusiasmo de las masas. Los migrantes que llegaban a la ciudad, así, encontraban en esas ideologías lo que no proveían ni los dirigentes obreros tradicionales (socialistas, comunistas o anarquistas) ni sus austeras organizaciones asociacionistas: un vehículo eficaz para canalizar sus demandas. Valiéndose de un esquema provisto por Stein Rokkan, que clasificaba la participación social en tradicional, organizacional y electoral, Di Tella concluye que, en las sociedades latinoamericanas, la primera había perdido relevancia luego del proceso de urbanización, la segunda era débil, inmadura o inclusive inexistente en las naciones más atrasadas, y la tercera —canal privilegiado por los populismos— se prestaba a la manipulación.

En contraste con quienes rechazaban estos movimientos por considerarlos disfuncionales al sistema institucional, Di Tella postula que, en el caso latinoamericano, el “nacionalismo-popular” había sido un vehículo eficaz para contrarrestar la debilidad organizacional de las masas, robustecer las magras instituciones y suplir la ausencia de un auténtico liderazgo plebeyo o sindical. Quedaba así expuesta una paradoja: a diferencia de lo que había sucedido en Europa (en donde habrían confluído organizaciones obreras fuertes, instituciones sólidas capaces de absorber nuevas demandas y genuinos líderes populares), en América Latina era a través de movimientos de tintes autoritarios y manipuladores (“ideologías monolíticas”) que clase obrera y élites de sectores medios (en el peronismo: élites militares y católicas; en el aprismo: élites liberales, marxistas e incluso anarquistas) podían construir una oposición concreta al orden establecido y, de alcanzar el poder, evitar el regreso del viejo orden conservador.

También en 1965 Di Tella dio a conocer, en español en la revista *Desarrollo Económico* y en inglés en el libro *Obstacles to Change in Latin America* (compilado por Claudio Veliz y publicado por Oxford University Press), el trabajo en el que con más prolíjidad explica su teoría, ahora del “populismo” sin más.²⁷ En sintonía con su ensayo anterior, la tesis principal de su nuevo trabajo, “Populismo y reforma en América Latina”, avanza un paso más y propone que en América Latina el “cambio” (de una sociedad tradicional a una moderna) solo podía darse de la mano de movimientos populistas.

²⁷ Torcuato Di Tella, “Populismo y reforma en América Latina”, *Desarrollo Económico*, vol. 4, nº 16, abril-junio, 1965. El libro compilado por Veliz reúne las contribuciones de los participantes de la conferencia “Obstáculos al cambio”, realizada a comienzos de año en Londres bajo el auspicio del Royal Institute of International Affairs.

Di Tella desarrolla extensamente aquí los argumentos mencionados en cuanto a las características específicas que en América Latina condicionaban a las élites (la incongruencia de estatus y el efecto deslumbramiento) y a las masas (la revolución de las aspiraciones y el efecto demostración), ausentes en la experiencia europea. Ambas en “disponibilidad”, en el subcontinente latinoamericano élites y masas estaban “hechas unas para otras”. ¿Por qué? Porque compartían tanto los sentimientos de resentimiento y antipatía al *statu quo*, al que responsabilizaban de su propia situación, como la forma “visceral, apasionada” de encarnarlos.

A diferencia de lo que había sucedido en Europa, en América Latina el liberalismo no había sido una ideología anti *statu quo* sino que se había confundido con la de las clases dominantes, políticamente conservadoras; la experiencia acotada de los primeros sindicatos (socialistas, comunistas o anarquistas) había promovido la formación de una aristocracia obrera incapaz de incorporar e interpelar a los migrantes recién llegados al mundo industrial; esos migrantes no se habían sindicalizado en función de una experiencia autónoma propia sino en virtud del impulso estatal; y, en cuanto a la posibilidad de una salida revolucionaria, el “efecto deslumbramiento” había producido una intelectualidad proclive a adoptar, especialmente en su sector juvenil, “un credo *quia absurdum*” que mezclaba ideas incompatibles. A los ojos de Di Tella, la escena del cambio en América Latina, ya sea en clave de reforma, ya de revolución, la ocupaba el populismo. Su definición podría sintetizarse así: el populismo es un movimiento político basado en una alianza de clases que combina fuerte apoyo popular y élites compuestas por personas provenientes de sectores no obreros, sustentado en una ideología anti *statu quo* capaz de mantener vivo el entusiasmo colectivo.

Di Tella ofrece en este trabajo una tipología de los populismos en América Latina construida en función de dos variables, ambas relativas a los sectores no obreros (burguesía, ejército, clero, clases medias, intelectuales) que integran las coaliciones populistas: su densidad intrínseca y su grado de legitimación extrínseca. De ello deriva una ley de probabilidad doble que establece que una coalición populista será tanto más radical (revolucionaria) cuanto menos densos sean los sectores no obreros que la integran (debido a que supone que hay menos lugar allí para compromisos con las clases dominantes) y cuanto menos legitimados esos mismos sectores estén dentro de sus propios grupos de origen (en tanto asume que hay más lugar allí para que germe un resentimiento robusto). En trabajos posteriores, Di Tella regresó sobre el tema del populismo inscribiéndolo en una historia más larga de transformaciones progresistas tanto en América Latina como en el caso particular de la Argentina.²⁸

En síntesis: con Germani el populismo pasó de designar una posición política equivocada, como sucedía en los años cuarenta, a ser el nombre de una realidad política subóptima y al mismo tiempo insoslayable en geografías como la latinoamericana.²⁹ Di Tella proveyó nuevos argumentos que profundizaron esa tesis. Si en su primer trabajo consideraba el populismo como la vía más adecuada para oponerse a una coalición conservadora, en su formulación más acabada terminó considerándolo “el único vehículo disponible para quienes se interesan en la

²⁸ Véanse, por ejemplo, Torcuato Di Tella, *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993, y Torcuato Di Tella, *Historia del progresismo en la Argentina. Raíces y futuro*, Buenos Aires, Troquel, 2001.

²⁹ Gino Germani, “Democracia representativa y clases populares”, en G. Germani y A. Touraine, *América del Sur: un proletariado nuevo*, Barcelona, Nova Terra, 1965.

reforma (o en la revolución) en América Latina”.³⁰ Aunque no por ese motivo hubiera que “aceptarlo acríticamente”, escribió Di Tella en una frase disruptiva para el medio académico de los años sesenta, sería “inútil [...] rechazarlo en función de valores universalistas”.³¹ Vann Woodward no habría podido estar más de acuerdo.

Populismo y desarrollo: de la teoría de la modernización a la de la dependencia

En paralelo a, incluso antes que Germani y Di Tella, analistas brasileros hicieron del populismo objeto de su reflexión. Una temprana alusión a él aparece en una publicación del Instituto Brasiliense de Economía, Sociología y Política, creado por los intelectuales nucleados en torno al Grupo de Itatiaia, cuya figura más destacada sería Helio Jaguaribe.³² Poco antes del suicidio de Getulio Vargas, en 1954, el instituto dio a conocer un trabajo sobre los seguidores del político paulista Adhemar de Barros, candidato a la sucesión presidencial, en el que afirmaba que el *ademarismo* era un populismo.³³ Aunque no había allí una teoría, Angela de Castro Gomes ha señalado que en ese ensayo se definieron tres elementos destinados a perdurar en las siguientes caracterizaciones del populismo en Brasil.³⁴ Primero, que se trataba de una política de masas suscitada por la proletarización sin conciencia ni sentimiento de clase, provocada por el advenimiento de la sociedad moderna. Segundo, que su surgimiento estaba asociado a una crisis de representatividad y de ejemplaridad de las élites dirigentes, que obligaba a la clase dominante a darse una estrategia para conquistar el apoyo de las masas emergentes. Por último, que, para ser eficaz, requería de un líder carismático capaz de organizar a las masas y tomar el poder.

A partir de los años sesenta, la temática del populismo atrajo a un número creciente de intelectuales brasileños. El científico político Francisco Weffort se destacó entre ellos por la influencia que acabó teniendo su reflexión, especial aunque no exclusivamente en Brasil. Su primer trabajo al respecto apareció en un volumen coordinado por Gabriel Cohn, Octavio Ianni y Paul Singer en 1965, el mismo año en que Di Tella publicó su artículo sobre populismo y reforma en América Latina, aunque su escritura data de dos años antes.³⁵ Distanciándose parcialmente de la caracterización marcadamente negativa que había aparecido en los cincuenta en el Grupo de Itatiaia, Weffort reconoce el costado popular del populismo y lo define como un movimiento que “exalta el poder del Estado” desde su vértice, ocupado por un líder que establece “un contacto directo con los individuos reunidos en masa”.³⁶

Hasta allí, nada que no pudieran suscribir Germani y Di Tella, con quienes Weffort y otros intelectuales brasileros compartían un espíritu común. En la introducción a un volumen

³⁰ Di Tella, “Populismo y reforma en América Latina”, p. 425.

³¹ *Idem*.

³² Integraban este grupo Alberto Guerreiro Ramos, Cândido Mendes de Almeida, Hermes Lima, Ignácio Rangel y João Paulo Almeida Magalhães.

³³ “Que é o ademarismo”, en S. Schwartzman, *O pensamento nacionalista e os “Cadernos de nosso tempo”*, Brasilia, UnB, 1981.

³⁴ Angela de Castro Gomes, “O populismo e as ciencias sociais no Brasil: notas sobre a trayectoria de un conceito”, en Ferreira (org.), *O populismo e sua história*.

³⁵ Daniela Mussi y André Kaysel Velasco e Cruz, “Os populismos de Francisco Weffort”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 35, n° 104, 2020.

³⁶ Francisco Weffort, “Política y masas”, en G. Cohn, O. Ianni y P. Singer, *Política e revolução social no Brasil*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1965, p. 176.

en el que confluyeron investigadores de Brasil y de la Argentina (Germani y Di Tella entre ellos), Weffort escribió, junto con Fernando Henrique Cardoso, que luego de una larga noche de “alienación cultural”, las ciencias sociales en América Latina habían comenzado a producir lecturas autónomas que ya no recalaban en visiones generadas en las metrópolis culturales.³⁷ En *Argentina, sociedad de masas* pueden encontrarse formulaciones de similar tenor. En este elemento común, que he llamado “espíritu” para dar cuenta de una misma intención y actitud hacia las ciencias sociales en el subcontinente, reside la característica más sobresaliente de la coyuntura política que alentó una serie de visiones “desde” América Latina en este período. Se trató de un momento latinoamericano percibido por varios de sus protagonistas intelectuales como de “autoconciencia”, aun cuando no lo llamaran así, en cuanto sus búsquedas implicaban como mínimo el gesto de emanciparse de los andamiajes teóricos inspirados por realidades ahora juzgadas estructural e históricamente disímiles de las que debían explicar. Sin embargo, ese espíritu común de autoconciencia o “introspección latinoamericana”, como lo llamaron Weffort y Cardoso, no se traducía en una teoría compartida.

En la segunda mitad de la década del sesenta, la teoría de la modernización, base de las elaboraciones de Germani y Di Tella sobre el populismo, comenzó a ser complementada, cuando no refutada, por la teoría de la dependencia, que resituaba el problema del desarrollo en coordenadas diferentes. Para los dependentistas, los intereses dominantes dentro de sociedades dependientes, como las de América Latina, se correspondían con los intereses del sistema total de relaciones de producción y de mercado en su conjunto.³⁸ A la luz de esta teoría, la reflexión de Weffort sobre el populismo adquirió la forma de una explicación alternativa a las anteriores. Compartía con ellas el diagnóstico de que el populismo en Latinoamérica había surgido hacia los años treinta a caballo de la urbanización e industrialización (sociedad de masas) de países tradicionalmente agrarios, en el contexto de una crisis combinada: la de la economía de exportación y la de la dominación oligárquica.³⁹ Pero si la presión de las clases populares en ascenso había desembocado en la formación de movimientos populistas, y no en otro tipo de movilización social, ello no obedecía a una asincronía, a un desvío de un patrón de desarrollo típico, ni a la falta de experiencia política de los nuevos trabajadores, sino a que “los países latinoamericanos nacieron y se desenvolvieron en un marco de relación de subordinación exigida por la expansión mundial del sistema capitalista”.⁴⁰ En otras palabras, nacieron y se desenvolvieron en permanente situación de dependencia: primero, de los reinos de España y Portugal y, luego, de los consecutivos imperialismos del Reino Unido y los Estados Unidos. No solo la relación con el exterior sino también la organización interna de las estructuras so-

³⁷ Fernando H. Cardoso y Francisco Weffort, “Introducción”, en F. H. Cardoso y F. Weffort (eds.), *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, Colección Tiempo Latinoamericano, 1970.

³⁸ Entre los referentes de esta teoría se destacan el ya mencionado Fernando Henrique Cardoso, y Enzo Faletto, André Gunder Frank, Wanderley Guilherme dos Santos y Aníbal Quijano.

³⁹ En 1961, Alberto Guerreiro Ramos, uno de los sociólogos del Grupo de Itatiaia, había sostenido que el populismo en Brasil comenzó con el fin de la dictadura de Getúlio Vargas, en 1945. Una década después, una mayoría de los estudiosos brasileros confluirían en que el período del populismo en Brasil abarcaba desde el ascenso de Vargas, en 1930, hasta el golpe militar contra João Goulart, en 1964.

⁴⁰ Francisco Weffort, “Clases populares y desarrollo social (contribución al estudio del Populismo)”, en F. Weffort y A. Quijano, *Populismo, marginalización y dependencia. Ensayos de interpretación sociológica*, Centroamérica, EDUCA, 1976 [primera edición 1973]. Véase también Francisco Weffort, “O populismo na política brasileira”, en C. Furtado (ed.), *Brasil: tempos modernos*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1968.

ciales, económicas y políticas de las naciones latinoamericanas estaban signadas por este carácter constitutivamente dependiente. “Ahí se encuentra la radical originalidad de América Latina”, escribió Weffort.⁴¹

Esta matriz dependiente explicaba tanto la incapacidad de los diferentes grupos sociales de asumirse como “élite de reemplazo”, una vez quebrada la hegemonía oligárquica, como el surgimiento de un inestable “Estado de compromiso” (nombre institucional del populismo), movido por intereses diferentes, incluso contradictorios. En dicho Estado, militares, industriales, trabajadores, intelectuales y, en algunos casos, grupos oligárquicos en decadencia tácitamente convergían en preservar el nuevo *statu quo*, basado en la “armonía de clases” y la ampliación de la industria y el consumo, al tiempo que renunciaban a un proyecto propio y se subordinaban a líderes a menudo autoritarios, garantes del compromiso. En palabras de Octavio Ianni, otro de los referentes de las ciencias sociales en Brasil, en el populismo el líder del Estado “es presentado a la sociedad como si fuera su mejor intérprete”.⁴² Así, los intereses de clase perdían su identidad detrás de abstracciones que los negaban, como el “nacionalismo” o el “antiimperialismo”, cuyos ímpetus de transformación chocaban una y otra vez con el comportamiento dependiente de las economías nacionales (cada vez más necesitadas de capital foráneo) y con las pautas políticas, también dependientes de los actores sociales. En el esquema de Weffort, al igual que en el de Ianni, el movimiento populista entraba en crisis cada vez que las aspiraciones de los sectores populares amenazaban el equilibrio del Estado de compromiso. Eso habría sucedido, por ejemplo, con la caída de Perón, en 1955, o con la de Goulart, en 1964.⁴³

El ingreso de la teoría de la dependencia al terreno de las explicaciones del populismo modificaba no solamente el diagnóstico sino también el eventual curso de acción a seguir. Tanto el nuevo contexto latinoamericano que sucedió a los auspicios de una Revolución cubana que se consolidaba en el continente, como el contexto global de descolonización y crítica a los imperialismos que parecía dejar atrás el mundo conocido hasta entonces, constituyeron un marco fructífero para que esa teoría ganase adeptos en distintos países de la región. La cuestión central dejaba de ser, como con Germani y Di Tella, cómo contribuir a la transición hacia una sociedad moderna, y pasaba a ser cómo quebrar las relaciones de dominación que tipificaban la situación de dependencia. De allí que Weffort y Cardoso, en la introducción antes citada, afirmen que la teoría de la dependencia representaba “un nuevo momento de la conciencia social latinoamericana: revolución más que reforma, autonomía nacional más que desarrollo [pasaban ahora a] expresar los valores que orienta[ban] las ideologías y las consignas de los movimientos sociales contra el orden social de América Latina”. Más tarde Weffort se apartaría de las premisas dependentistas (también Cardoso lo haría) y abogaría por romper las relaciones de dominación de clase al interior de la propia nación mediante la consolidación de una clase obrera y un sindicalismo autónomos.⁴⁴ En la agitada coyuntura de comienzos de la dé-

⁴¹ *Ibid.*, p. 39.

⁴² Octavio Ianni, *A formação do estado populista na América Latina*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1975, p. 16. En este estudio puede encontrarse un análisis de los diferentes casos nacionales desde una perspectiva similar a la que estamos siguiendo.

⁴³ Ianni dedicó su estudio *El colapso del populismo en Brasil* (Méjico, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974 [1968]) a sostener esta tesis para el caso brasileño. Véase también Octavio Ianni, “Populismo y relaciones de clase”, *Revista Mexicana de Ciencia Política*, nº 67, Méjico, enero-marzo, 1972.

⁴⁴ Para un análisis de los cambios en la evaluación de Weffort sobre el populismo, véase Mussi y Velasco e Cruz, “Os populismos de Francisco Weffort”.

cada del setenta, con dictaduras en varios países de América Latina (Brasil y Argentina entre ellos), lo que se seguía de su teoría, en cambio, era “la necesidad de la destrucción del Estado a partir de la capacidad de acción política de los grupos revolucionarios”.⁴⁵

Populismo e ideología: la tesis de la articulación popular-democrática

En 1977, el argentino Ernesto Laclau, radicado en Gran Bretaña, sumó una nueva interpretación sobre el populismo, cuya deriva ha llegado hasta nuestros días. Casi treinta años después, en 2005, Laclau publicaría un conocido libro, *La razón populista*, en el que ofrece su reflexión más acabada sobre el tema. Como se sabe, para ese último Laclau, la lógica de construcción del populismo terminó siendo indistinguible de la que explicaría la de la política *tout court*. A los fines de este artículo, dedicado a reconstruir las primeras discusiones en torno al populismo en el contexto latinoamericano, el análisis se circunscribe a su contribución de 1977, conectada, pero a su vez distante, de las reformulaciones que le seguirían.⁴⁶

Al evaluar las explicaciones en boga sobre el populismo, Laclau concede a Germani y Di Tella haber provisto las más coherentes y elaboradas hasta entonces. Pero, al mismo tiempo, critica por teleológica su concepción de sociedades que transicionan en una sola dirección, cuestiona la relación “a mayor desarrollo, menos populismo” implícita en esas explicaciones, y discute que la ideología de los migrantes que formaron la base social de muchos movimientos populistas deba medirse en función del paradigma europeo. Laclau edifica una teoría que desafía la pertinencia de estos supuestos, especialmente del último. Parte de una concepción novedosa en el contexto de la crítica al marxismo del que forma parte: los elementos propiamente ideológicos de un discurso político (como el populismo o el fascismo) no connotan necesariamente una posición de clase.⁴⁷ Tal connotación será resultado de la articulación de aquellos elementos en un discurso ideológico concreto. Las consecuencias de este nuevo punto de partida subvertirán las conclusiones de las tesis de Germani y Di Tella. Desde esta perspectiva teórica, los elementos rurales (“tradicionales”, en términos de Germani) presentes en la ideología populista eran la materia prima de una práctica ideológica que, si lograba expresar nuevos antagonismos de un modo radical, podía traducirse en una actitud todavía más avanzada (o “moderna”) que la verificada en la Europa desarrollada.

En clave marxista, versión althusseriana, Laclau distingue dos niveles: por un lado, el de la determinación de clase de la superestructura (ideología, política, etc.); por el otro, el de las formas de existencia de las clases sociales al nivel de esa superestructura. De acuerdo con su planteo, en el segundo nivel no se verificaría la determinación que opera en el primero. En el terreno de las ideologías, que es donde este Laclau situará al populismo, ello se traduce en que la articulación de los contenidos de una ideología tiene un carácter clasista (primer nivel), pero

⁴⁵ Cardoso y Weffort, “Introducción”, p. 31.

⁴⁶ Entre los varios textos que Laclau dedicó a reflexionar sobre estos temas, merece ser destacado, además de los mencionados, *Hegemony and Socialist Strategy. Towars a Radical Democratic Politics* [1985], escrito junto con su esposa, Chantal Mouffe.

⁴⁷ Sobre este punto véase, por ejemplo, la discusión de la explicación del fascismo provista por Nicos Poulantzas que Laclau desarrolla en “Fascismo e ideología”, en E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.

lo articulado por ella, “interpelaciones” y “contradicciones”, incluye contenidos no clasistas (segundo nivel). El primer nivel es el campo específico de la lucha de clases; el segundo lo es de la lucha que llamará “popular-democrática”. Los discursos de clase, en tanto pretendan conservar o desafiar una determinada hegemonía, necesariamente tienen que articular demandas no clasistas, esto es, necesariamente deben ser capaces de librarse en esa lucha en ese segundo nivel. Desde esta óptica, “el enigma del populismo [...] no resid[iría] en el movimiento como tal ni en el discurso ideológico característico del mismo —que, como tales, tendrán siempre una pertenencia de clase— sino en una contradicción no clasista específica articulada a dicho discurso”.⁴⁸

Esa contradicción no clasista, articulable a diferentes ideologías, se expresa en la polaridad “pueblo vs. bloque de poder”. En el terreno de la lucha popular-democrática, entonces, los sectores dominantes abogarán por neutralizar el potencial conflicto que anida en esa polaridad. El populismo, en contraste, comenzaría cuando ese conflicto se plantea como radical antagonismo. “Nuestra tesis es que el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas”, escribe Laclau, “como conjunto sintético antagonístico respecto a la ideología dominante”.⁴⁹ Las interpelaciones más dispares, tanto clasistas como no clasistas, pueden terminar integrando ideologías populistas en tanto se las logre articular con la que opone de manera radical, y no como simple diferencia, pueblo a bloque de poder. De acuerdo con Laclau, ningún movimiento histórico hasta entonces (1977) había tenido más éxito en ese sentido que el peronismo en la Argentina.

El peronismo fue populismo porque supo articular eficazmente interpelaciones clasistas y no clasistas (como democracia, industrialismo, nacionalismo, antiimperialismo) a la interpellación propia del populismo, que en su caso adquirió la forma del antagonismo entre pueblo y oligarquía, entre patria y antipatria. Sin embargo, especialmente durante los diez años de su régimen (1945-1955), circunscribió ese antagonismo a los límites impuestos por el proyecto de clase que lideraba, el cual, lejos de desafiar el orden capitalista, buscaba solidificar un capitalismo nacional.⁵⁰ Fue bonapartista, no socialista. La posibilidad de una hegemonía genuinamente obrera, en esta teoría, reside en la construcción de una comunión tan estrecha como sea posible entre la ideología popular-democrática y la ideología socialista. De allí que los movimientos socialistas victoriosos, de Mao a Tito, hubieran adoptado un carácter “inequívocamente populista”. “No hay socialismo sin populismo”, concluye Laclau, “pero las formas más altas de populismo solo pueden ser socialistas”.⁵¹ Décadas antes, el historiador Franco Venturi había sugerido que el populismo ruso podía ser considerado una página de la historia del socialismo europeo.⁵² Con Laclau, una tesis todavía más ambiciosa, reforzada por una sofisticada elaboración teórica, disipaba limitaciones nacionales y geográficas y establecía globalmente, con particular énfasis para naciones como las latinoamericanas, no solo la compatibilidad sino también la eventual continuidad entre populismo y socialismo.

⁴⁸ Laclau, “Hacia una teoría del populismo”, en Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, p. 191.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 201.

⁵⁰ Después de 1955, de acuerdo con Laclau, el antagonismo de la interpellación nacional-popular rebasó los límites impuestos por el régimen peronista. Reorganizado desde las bases, con Perón en el exilio, “el antagonismo potencial de las interpelaciones popular-democráticas pudo desarrollarse plenamente” y en los años setenta “pasó a fundirse con el socialismo”, algo evidenciado en la fórmula “socialismo nacional”. *Ibid.*, p. 224.

⁵¹ *Ibid.*, p. 231.

⁵² Franco Venturi, *Il populismo russo*, Turín, Einaudi, 1977 [1952].

Populismo y socialismo: la tesis de su incompatibilidad

La conclusión de Laclau no pasó desapercibida a quienes se reivindicaban socialistas y al mismo tiempo tomaban distancia de movimientos como el peronismo. Entre ellos se destacaron los intelectuales argentinos Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero que, cada uno por su lado y conjuntamente, elaboraron argumentaciones tendientes a desacoplar el socialismo del populismo y, en última instancia, mostrar su incompatibilidad.⁵³

En el texto escrito en común, De Ipola y Portantiero retoman el concepto de lo “nacional-popular” pero, a diferencia de Germani, lo hacen explícitamente desde la reflexión de Antonio Gramsci. En Germani, como se vio, “nacional-popular” era el nombre que en su sociología asumía lo que otros y él mismo más tarde llamarían populismo, movimiento siempre identificado con un líder que ocupaba el poder del Estado o aspiraba a ocuparlo. El clivaje gramsciano, en cambio, permitía definir lo nacional-popular como una realidad sociocultural producida por una dialéctica entre intelectuales y pueblo-nación que no se subsumía al, más bien se distinguía del, poder estatal. Esta perspectiva abría camino a un argumento que cuestionaba las conclusiones de Laclau. Si para este último la tarea política de las izquierdas consistía en hacer converger populismo y socialismo, para De Ipola y Portantiero esa tarea debía orientarse a la construcción de “lo socialista” al interior de lo nacional-popular, en abierta oposición al populismo (y, en consecuencia, al Estado).

Portantiero y De Ipola reconocían que en la experiencia histórica de América Latina había sido el populismo, no el socialismo, el que había reclamado exitosamente para sí lo nacional-popular. Al igual que Germani, Di Tella, Weffort o Ianni, coincidían en que una mayoría de esos populismos representó un avance (un “transformismo progresivo”, escriben ellos) en términos de inclusión y participación de las mayorías en comparación con los regímenes oligárquicos que habían sustituido. De modo que la intención que los animaba no era cuestionar su rol histórico. Lo que se resistían a aceptar, en cambio, era la relación de continuidad que Laclau postulaba deseable y posible entre populismo y socialismo.

¿Por qué disputar desde el socialismo “lo nacional-popular” al populismo? Porque, a juicio de De Ipola y Portantiero, el modo en que los populismos “reales” (es decir, los que históricamente habían tenido lugar) procesaban las demandas nacional-populares fetichizaba el sentido de la nación en el Estado, desplazaba los elementos antagónicos a la opresión en general y adoptaba la matriz doctrinaria de la élite que por lo general dirigía esos movimientos. Todo ello trasuntaba una concepción organicista de la hegemonía, a la que ellos oponen una pluralista, la del socialismo, que se elaboraría no solo por fuera sino también contra el Estado. La primera concepción encontraba su complemento lógico en un “jefe” que personifica a la comunidad. La segunda solo hacía lo mismo cuando se desvirtuaba (como había sucedido con los socialismos reales), cuando negaba el pluralismo constitutivo a toda comunidad.

⁵³ Véanse, por ejemplo, Emilio de Ipola, “Populismo e ideología (A propósito de Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*”), *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 41, n° 3, julio-septiembre, 1979; y Juan Carlos Portantiero, “Socialismos y política en América Latina (Notas para una revisión)” [1982], en J. C. Portantiero, *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988. Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, *Nueva Sociedad*, n° 54, mayo-junio, 1981. Este artículo fue presentado el mismo año en un coloquio en la ciudad de Oaxaca, en México, país donde ambos se encontraban exiliados.

Aunque populismos y socialismos reales hubieran terminado ambos reificando al Estado y atando su destino a un líder, De Ípola y Portantiero justificaban su intervención en la diferencia de naturaleza que a su juicio debía establecerse entre unos y otros. En el populismo, ese punto de llegada era un destino: no podía suceder de otro modo (era su resultado “lógico”). En el socialismo, en cambio, las cosas sí podían ser diferentes, en tanto las diferencias y los disensos se mantuvieran por encima de todo anhelo de semejanza y unanimidad. La organización democrática de la resolución de esas diferencias y disensos, estructuralmente vedada al populismo, pensaban De Ípola y Portantiero, era la promesa no utópica sino posible del socialismo.

El peronismo era el ejemplo paradigmático de la “ruptura ideológico-política entre populismo y socialismo” que querían probar. Ese movimiento había sido canal de lo nacional-popular en la Argentina de mitad de siglo, constituyendo al sujeto político “pueblo” como variable subordinada al sistema de dominación estatal encarnado en el líder. De hecho, argumentan De Ípola y Portantiero, Perón sofrenó cualquier resistencia nacida desde abajo, ejerciendo el poder de modo tal que “lo nacional-estatal” subordinara “lo nacional-popular”. En explícita discusión con Laclau, argumentan que definir al populismo como una ideología capaz de articular símbolos y valores popular-democráticos en términos antagónicos respecto del bloque de poder implica omitir la dimensión pro-estatal inscripta históricamente en toda expresión populista. La promoción y fetichización del Estado, característica no solo de los populismos latinoamericanos sino también de los fascismos europeos, sería combatida, desde esta óptica, por la ideología socialista. Que los socialismos reales hayan también asumido esas mismas características no condenaba a todo proyecto socialista a seguir esa deriva.

Anidaba ya en esta posición una sensibilidad liberal, un socialismo liberal, aunque todavía no lo llamaran así. Conscientes de que, en el caso argentino, una parte importante de la izquierda intelectual había hecho su experiencia política de espaldas a las masas y de que, a raíz de ello, algunos intelectuales habían exorcizado su mala conciencia adhiriendo al peronismo y reemplazando “la conciencia exterior vanguardista” por “la conciencia populista”, De Ípola y Portantiero proponían evitar la “estructura de sometimiento” que a su juicio estas actitudes implicaban, apostando a construir un proyecto democrático y socialista en el que escuchar no significara someterse, ni hablar silenciar a los demás.⁵⁴ Este elemento pluralista, “liberal”, del socialismo imaginado en este texto de comienzos de los ochenta, con los años no hará más que fortalecerse en detrimento de todo resabio práctico o teórico a partir del cual pudieran reintroducirse el organicismo, el paternalismo o la ausencia de libertad. El concepto de hegemonía, en los ochenta vehículo fecundo para criticar la apropiación populista de lo nacional-popular, será entonces también dejado atrás, al menos en el caso de De Ípola, no solo por todo lo que lo unía a la teoría marxista sino también por “su sesgo proclive a una visión unificadora y su dificultad para coexistir con una concepción renovada de la política como campo común de consensos y disensos, como ámbito de pluralismo conflictivo”.⁵⁵ Es otras palabras: el conflicto como motor no de una política o un proyecto nacional-estatal excluyente sino de un ágora plural e inclusivo; no como fuerza centrífuga sino centrípeta de lo social.

⁵⁴ De Ípola y Portantiero, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, p. 18.

⁵⁵ Emilio de Ípola, “La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau” [2008], en C. Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 201.

Palabras finales

En las más de cuatro décadas que transcurrieron entre el artículo de De Ípola y Portantiero, donde termina este recorrido, y el presente, el populismo ha regresado una y otra vez al debate público, primero en América Latina y luego a nivel global. Al populismo clásico, que motivó las reflexiones que hemos revisado aquí, se sumaron luego los así llamados “neopopulismos”, de Carlos Menem (1989-1999) en la Argentina a Alberto Fujimori (1990-2000) en Perú; los populismos del siglo XXI de la “marea rosa” [pink tide], de Hugo Chávez (1999-2013) en Venezuela a Evo Morales (2006-2019) en Bolivia, y finalmente, desde el ascenso de Donald Trump (2017-2021; 2025-) en los Estados Unidos hasta hoy, una profusa y cada vez menos definida caracterización de populismos de derecha e izquierda en todas las geografías del globo.⁵⁶ El hecho de que en la actualidad el populismo haya adquirido el estatus de diagnóstico político epocal plantea desafíos menos ligados a establecer qué cosa sea el populismo que a analizar qué papel juega su concepto en nuestro *lexicon* político.⁵⁷

Durante el período cubierto en este artículo, en cambio, el populismo pareció a muchos analistas una forma política precisa y propiamente latinoamericana, merecedora de una teorización específica. Los primeros ensayos al respecto introdujeron una premisa que se mantiene hasta el presente: América Latina no puede ser comprendida desde el prisma de la Europa desarrollada. La singularidad de la región (la asincronía en sus procesos de desarrollo, su carácter dependiente, etc.) obligaba a pensar los procesos de cambio realmente posibles atendiendo a sus características singulares. Los movimientos populistas aparecían, así, como la respuesta latinoamericana a las demandas de cambio en el subcontinente, ya sea que provenieran desde abajo, desde un sector inconforme de quienes estaban arriba, o de una combinación de ambos. Los intelectuales que se abocaron a su estudio coincidieron sin proponérselo en esperar más de ellos. Algunos habrían querido que fueran fuerzas menos autoritarias, más compatibles con la democracia de partidos, otros que radicalizaran su aspecto plebeyo, incluso que abrieran un nuevo cauce hacia una transformación socialista. En todos los casos, sin embargo, los consideraron un eslabón relativamente positivo en la historia concreta de las sociedades de América Latina. □

Bibliografía

- Akerman, Johan, *Structures et Cycles économiques*, París, Presses Universitaires de France, 1955-1957.
- Amaral, Samuel, *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*, Buenos Aires, UNTREF, 2018.
- Ares Pons, Roberto, *Uruguay, ¿provincia o nación?*, Montevideo, Editorial Coyoacán, 1959.
- Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Carassai, Sebastián, “El populismo como diagnóstico político epocal”, en J. L. Villacañas Berlanga y A. Garrido (eds.), *Republicanismo, nacionalismo y populismo como formas de la política contemporánea*, Madrid, Ediciones Dado, 2021, pp. 535-553.

⁵⁶ A este respecto véase, por ejemplo, Ángel Rivero, Javier Zarzalejos y Jorge del Palacio (coords.), *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*, Madrid, Tecnos, 2017.

⁵⁷ Sebastián Carassai, “El populismo como diagnóstico político epocal”, en J. L. Villacañas Berlanga y A. Garrido (eds.), *Republicanismo, nacionalismo y populismo como formas de la política contemporánea*, Madrid, Ediciones Dado, 2021.

Cardoso, Fernando H. y Francisco Weffort, "Introducción", en F. H. Cardoso y F. Weffort (comps.), *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, Colección Tiempo Latinoamericano, 1970.

Cheroni, Alción, *Nacionalismo y populismo en la Ideología de A. N. B.* [Agrupación Nuevas Bases], Montevideo, Ediciones Nuestro Tiempo, 1962.

De Castro Gomes, Angela, "O populismo e as ciencias sociais no Brasil: notas sobre a trayectoria de un conceito", en J. Ferreira (org.), *O populismo e sua história. Debate e crítica*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001, pp. 17-58.

De Ípola, Emilio, "Populismo e ideología (A propósito de Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*)", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 41, n° 3, julio-septiembre, 1979, pp. 925-960.

De Ípola, Emilio, "La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau" [2008], en C. Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, pp. 197-220.

De Ípola, Emilio y Juan Carlos Portantiero, "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes", *Nueva Sociedad*, n° 54, mayo-junio, 1981, pp. 7-18.

Di Tella, Torcuato, Gino Germani, Jorge Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Di Tella, Guido y Manuel Zymelman, "Etapas del desarrollo económico argentino", en T. Di Tella, G. Germani, J. Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 177-185.

Di Tella, Torcuato, "Ideologías monolíticas en sistemas políticos pluripartidistas: el caso latinoamericano", en T. Di Tella, G. Germani, J. Graciarena y colaboradores., *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 280-281.

Di Tella, Torcuato, "Populismo y reforma en América Latina", *Desarrollo Económico*, vol. 4, n° 16, abril-junio, 1965, pp. 391-425.

Di Tella, Torcuato, *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Di Tella, Torcuato, *Historia del progresismo en la Argentina. Raíces y futuro*, Buenos Aires, Troquel, 2001.

Díaz Araujo, Enrique, Reseña de *Argentina, sociedad de masas*, *Revista de Historia de América*, n° 60, 1965, pp. 236-239.

Ferkiss, Victor C., "Ezra Pound and American Fascism", *Journal of Politics*, vol. xvii, n° 2, mayo de 1955, pp. 173-197.

Ferreira, Jorge, "O nome e a coisa: o populismo na política brasileira", en J. Ferreira (org.), *O populismo e sua história. Debate e crítica*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001, pp. 59-124.

Ferrer, Aldo, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Furtado, Celso, *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura, 1961.

Germani, Gino, "Anomía y desintegración social", *Boletín del Instituto de Sociología*, n° 4, 1945, pp. 45-62.

Germani, Gino, "Prefacio", en E. Fromm, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós, 1947, pp. 9-22.

Germani, Gino, "La integración de las masas a la vida pública y el totalitarismo", *Redacción*, suplemento especial, noviembre de 1979 [1956].

Germani, Gino, "Clases populares y democracia representativa en América Latina", *Desarrollo Económico*, vol. II, n° 2, julio-septiembre, 1962, pp. 23-43.

Germani, Gino, "Hacia una democracia de masas", en T. Di Tella, G. Germani, J. Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 206-227.

Germani, Gino, "Democracia representativa y clases populares", en G. Germani y A. Touraine, *América del Sur: un proletariado nuevo*, Barcelona, Nova Terra, 1965.

Germani, Gino, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, vol. 13, n° 51, octubre de 1973, pp. 435-488.

Germani, Gino y Jorge Graciarena, *Antología de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Universidad de Buenos Aires, Departamento de Sociología, Buenos Aires, 1958.

Germani, Gino y Kalman Silvert, “Estructura social e intervención militar en América Latina”, en T. Di Tella, G. Germani, J. Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 235-237.

Halperin Dongui, Tulio, “Introducción”, en T. Di Tella, G. Germani, J. Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 11-17.

Ianni, Octavio, *El colapso del populismo en Brasil*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974 [1968].

Ianni, Octavio, “Populismo y relaciones de clase”, *Revista Mexicana de Ciencia Política*, n° 67, México, enero-marzo, 972.

Ianni, Octavio, “Presentación”, en G. Germani, T. Di Tella y O. Ianni (comps.), *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, Buenos Aires, Serie Popular Era, 1973, pp. 9-11.

Ianni, Octavio, *A formação do estado populista na América Latina*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1975.

Ionescu, Ghita y Ernest Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970 [edición original en inglés: 1969].

Laclau, Ernesto, “Fascismo e ideología”, en E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977, pp. 89-164.

Laclau, Ernesto, “Hacia una teoría del populismo”, en E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977, pp. 165-233.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1985.

Miroshesky, Vladimir, *El “populismo” en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social Latino-American*, La Habana, s/e, 1942.

Mora y Araujo, Manuel, “Reseña de *Argentina, sociedad de masas*”, *Desarrollo Económico*, vol. 4, n° 16, abril-junio, 1965, pp. 508-514.

Mussi, Daniela y André Kaysel Velasco e Cruz, “Os populismos de Francisco Weffort”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 35, n° 104, 2020, pp. 1-21.

Portantiero, Juan Carlos, “Socialismos y política en América Latina (Notas para una revisión)” [1982], en J. C. Portantiero, *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, pp. 121-135.

“Que é o ademarismo”, en S. Schwartzman (selección e introducción), *O pensamento nacionalista e os “Cadernos de nosso tempo”*, Brasilia, UnB, 1981, pp. 23-30.

Rivero, Ángel, Javier Zarzalejos y Jorge del Palacio (coords.), *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*, Madrid, Tecnos, 2017.

Rostow, Walt W., *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.

Serra, Pasquale, *El populismo argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2019.

Shils, Edward A., “The Intellectuals and the Powers: Some Perspectives for Comparative Analysis”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 1, n° 1, octubre de 1958, pp. 5-22.

Tvardovskaia, Aleksandrovna, *El populismo ruso*, México, Siglo XXI, 1978.

Vann Woodward, Comer, “The Populist Heritage and the Intellectual”, *The American Scholar*, vol. 29, n° 1, invierno de 1959-1960, pp. 55-72.

Venturi, Franco, *Il populismo russo*, Turín, Einaudi, 1977 [1952].

Venturi, Franco, *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia*, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1960.

Walicki, Andrzej, “Rusia”, en G. Ionescu y E. Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970 [edición original en inglés: 1969], pp. 81-120.

Weffort, Francisco, “Política e massas”, en G. Cohn, O. Ianni y P. Singer, *Política e revolução social no Brasil*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1965, pp. 49-76.

Weffort, Francisco, “O populismo na política brasileira”, en C. Furtado (ed.), *Brasil: tempos modernos*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1968.

Weffort, Francisco, “Clases populares y desarrollo social (contribución al estudio del Populismo)”, en F. Weffort y A. Quijano, *Populismo, marginalización y dependencia. Ensayos de interpretación sociológica*, Centroamérica, EDUCA, 1976 [primera edición 1973], pp. 17-169.

Winock, Michel, “Populismes français”, en *Vingtième Siècle, revue d'histoire*, “Les populismes”, n° 56, octubre-diciembre, 1997, pp. 77-91.

Resumen / Abstract

Populismo y Latinoamérica. Intelectuales en busca de una teoría que explique su relación (1961-1981)

En 1973, el sociólogo brasileño Octavio Ianni caracterizó el populismo como “uno de los hechos al mismo tiempo políticos, económicos y sociales más importantes de la historia de América Latina”. Su caracterización remitía a los movimientos políticos que, a partir de la crisis de 1930, emergieron en distintos países del subcontinente, como el varguismo en Brasil y el peronismo en la Argentina. La afirmación de Ianni se inscribía en un debate más amplio sobre el sentido y las vías del cambio en América Latina. ¿Era posible pensar en transformaciones comparables a las que experimentó Europa tras la industrialización? ¿Debía esperarse una revolución, como la ocurrida en Cuba, o bien una transición reformista que actuara dentro de los márgenes del capitalismo? ¿Qué forma política adoptaría dicho proceso y qué sujetos sociales estarían en condiciones de conducirlo? A esas preguntas pronto se sumaron otras: ¿Qué tipo de cambio podía vehiculizar el populismo? ¿Podía constituir un camino atípico hacia el socialismo o, por el contrario, el obstáculo definitivo para imaginarlo como horizonte? Este artículo reconstruye algunas de las respuestas que intelectuales argentinos y brasileños ensayaron entre 1961 y comienzos de los años ochenta, etapa decisiva en la teorización del “populismo clásico”.

Palabras clave: Populismo en América Latina - Debates intelectuales - Transformación política - Cambio social - Populismo y socialismo

Fecha de recepción del original: 11/8/2024

Fecha de aceptación del original: 20/4/2025

Populism and Latin America: Intellectuals in Search of a Theory to Explain Their Relationship (1961-1981)

In 1973, Brazilian sociologist Octavio Ianni described populism as “one of the most important political, economic, and social phenomena in the history of Latin America.” His characterization referred to the political movements that emerged across the region following the 1930 crisis, such as Vargasism in Brazil and Peronism in Argentina. Ianni’s statement was part of a broader debate about the meaning and paths of change in Latin America. Could transformations comparable to those experienced by Europe after industrialization be expected? Should change come through revolution, as in the case of Cuba, or through a reformist transition that remained within the boundaries of capitalism? What political form would such a process take, and which social actors would be capable of leading it? These questions were soon joined by others: What kind of change could populism make possible? Could it constitute an unconventional path toward socialism or, conversely, the ultimate obstacle to imagining it as a horizon? This article reconstructs some of the most significant answers proposed by Argentine and Brazilian intellectuals between 1961 and the early 1980s—a period that stands out as a decisive stage in the theorization of “classical populism.”

Keywords: Latin American Populism - Intellectual Debates - Political Transformation - Social Change - Populism and Socialism

El diario de una “compañera de viaje”

Laurette Séjourné y la Revolución cubana en 1970

Beatriz Urías Horcasitas*

Universidad Nacional Autónoma de México

Presentación

La intelectualidad progresista de los años sesenta –asociada con la categoría de nueva izquierda– se adhirió a los movimientos terceromundistas y contraculturales que se multiplicaron en aquel momento. La Revolución cubana fue uno de los referentes más importantes del reacomodo ideológico y político que cuestionó tanto al marxismo ortodoxo como al capitalismo avanzado y que apoyó las revoluciones socialistas que estaban apareciendo en países subdesarrollados. Innumerables científicos sociales, escritores, editores, activistas y periodistas de diferentes países que se identificaban con la corriente de nueva izquierda viajaron a Cuba para ser testigos del surgimiento de un movimiento antiimperialista en plena Guerra Fría. A esta generación pertenecieron Simone de Beauvoir, Susan Sontag, Charles Bettelheim, François Maspero, Paul Sweezy, Charles Wright Mills, Pablo Neruda, Nathalie Sarraute, Marguerite Duras, Carlos Fuentes, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, entre otros muchos. Durante esos viajes, algunos de ellos escribieron diarios o textos autobiográficos que fueron publicados en aquel momento y que después se tradujeron a varios idiomas; este fue, por ejemplo, el caso de Jean-Paul Sartre, Juan Goytisolo, Max Aub, Fernando Benítez, Ernesto Cardenal y Hans Magnus Enzensberger.¹ Los diarios de viaje de los intelectuales occidentales durante sus estancias en las sociedades terceromundistas en proceso de transformación han sido considerados como una fuente privilegiada para entender los orígenes de solidaridades políticas incondicionales.²

* urias@sociales.unam.mx. ORCID: <https://orcid.org//0000-0003-3116-7439>

¹ Fernando Benítez, *La batalla de Cuba*. Seguido de *Fisionomía de Cuba* por Enrique González Pedrero, México, Ediciones Era, Colección Ancho Mundo, 1960; Jean Paul Sartre, *Sartre visita a Cuba*, La Habana, Ediciones R, Literatura, 1961; Juan Goytisolo, “Pueblo en marcha”, en J. Goytisolo, *Obras completas*, edición del autor, vol. II, *Narrativa y relatos de viaje (1959-1965)* [1962], Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2006; Max Aub, *Enero en Cuba*, México, Joaquín Mortiz, 1969; Ernesto Cardenal, *Ernesto Cardenal en Cuba*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1972; Hans Magnus Enzensberger, “Viajeros revolucionarios”, en H. Magnus Enzensberger, *El interrogatorio de La Habana y otros ensayos políticos*, Barcelona, Anagrama, 1973; Hans Magnus Enzensberger, “Recuerdos de un tumulto”, en H. Magnus Enzensberger, *Tumulto [1967-1970]*, Barcelona, Malpaso, 2015.

² Paul Hollander, *Los peregrinos de la Habana*, Madrid, Editorial Playor, Biblioteca Cubana Contemporánea, 1981, p. 32. En este libro, Hollander plantea que el término de “peregrino político” corresponde al perfil de los visitantes que apoyaron las revoluciones china, vietnamita y cubana en los años sesenta y setenta, mientras que el de “compañero de viaje” se adapta al análisis de los viajeros occidentales que visitaron la URSS en los años treinta y cuarenta.

A principios de 1970 el entusiasmo inicial había disminuido. Una parte de la nueva izquierda internacional cuestionó el alineamiento del régimen cubano con la URSS y la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968. La polémica generada en marzo de 1971 por el encarcelamiento del escritor Heberto Padilla y el hecho de que fuera obligado a retractarse públicamente del contenido de los poemas que publicó en el libro *Fuera del juego* avivó la controversia acerca de la ausencia de libertad en el medio artístico e intelectual cubano. Sesenta intelectuales de todo el mundo que originalmente apoyaron la causa cubana –Vargas Llosa, Paz, Fuentes, Cortázar, Goytisolo, Duras, Sontag– publicaron dos cartas de protesta dirigidas a Fidel Castro, que este descalificó públicamente. También en 1971, el endurecimiento del régimen se manifestó en la orientación del Congreso de Cultura y Educación. Las filas de la disidencia aumentaron en los años siguientes con la persecución de los homosexuales y la violación de los derechos humanos de los opositores al régimen. Cuba aminoró los efectos del alejamiento de muchos de los simpatizantes iniciales, reforzando los puentes ideológicos tendidos hacia América Latina. De acuerdo con Rafael Rojas, la nueva estrategia político-cultural quedó a cargo no solo de las instancias diplomáticas, sino de organismos como la agencia Prensa Latina y Casa de las Américas.³

En su estudio acerca del vínculo entre la Revolución cubana y la corriente de nueva izquierda, Kepa Artaraz propuso que esta relación se extendió entre 1959 y 1970, y que el “endurecimiento ideológico” del régimen cubano corrió en paralelo a “un declive estrepitoso de la Nueva Izquierda” derivado del “fracaso simbólico de la Revolución como punto de referencia del llamado Tercer Mundo y la liberación nacional”.⁴ No obstante, el caso de Laurette Séjourné (Perugia, 1911-México, 2003) muestra que los nexos entre una parte de la nueva izquierda y el régimen cubano se intensificaron incluso después de 1970.

Este artículo es producto de la coincidencia entre un hallazgo documental—el diario que la arqueóloga francoitaliana redactó en Cuba entre abril y junio de 1970— y la reorganización de una serie de preguntas derivadas de una investigación anterior.⁵ Dichas preguntas están relacionadas con las razones que llevaron a intelectuales de diversos países a redoblar su apoyo a la Revolución cubana en un momento en que la nueva izquierda se fracturaba entre incondicionales y disidentes. Por ello, más que en el “declive estrepitoso” de la nueva izquierda al que se refiere Artaraz, puede pensarse en una escisión entre un número significativo de críticos y aquellos que se mantuvieron incondicionales después de 1970. Me interesa indagar los moti-

En este trabajo se adoptó el término de “compañero de viaje” debido a que abarca mejor una problemática que atravesó la historia del siglo xx.

³ Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución cubana*, México, El Colegio de México, 2015. Acerca de la relación entre Cuba y la nueva izquierda internacional, del mismo autor, véase también *Traductores de la utopía. La revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016 y *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018.

⁴ Kepa Artaraz, *Cuba y la Nueva Izquierda, una relación que marcó los años 60*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2011, p. 25.

⁵ Fondo Documental Laurette Séjourné, Archivo Histórico y de Investigación Documental, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, Ciudad de México, (FDLS-AHID-IIE-UNAM). Laurette Séjourné, “Diarios”, 1970, Exp.576/caja 21. Se trata de un texto inédito y escrito en francés. Las traducciones al español son de la autora.

Con respecto a la investigación anterior, véase Beatriz Urías, “¿Nueva Izquierda o nueva ortodoxia? Laurette Séjourné y la Revolución cubana en 1970”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 39, nº2, verano 2023. El artículo profundiza en el análisis del enfrentamiento entre Arnaldo Orfila Reynal y Séjourné con los intelectuales mexicanos a causa de la Revolución cubana.

vos que llevaron a estos últimos a radicalizarse al punto de negar cualquier posibilidad de crítica, condenar la deserción de antiguos simpatizantes y reiterar el argumento de que Cuba encarnaba el paradigma de las revoluciones terciermundistas hostigadas por el imperialismo.

La historiadora cubano-estadounidense Lillian Guerra planteó que entre 1959 y 1971 el régimen cubano desplegó una “narrativa de la redención” de acuerdo con la cual la meta de la revolución en el poder era erradicar de la sociedad los valores decadentes legados por la dictadura y sustituirlos por una nueva moralidad regeneradora sustentada en el autosacrificio de la ciudadanía. De acuerdo con Guerra, esta cruzada moral se desplegó no solo en el ámbito del discurso político oficial, sino también en un espacio visual (carteles, fotografías, cine, documentales) que escenificaba la lucha entre el bien y el mal. Tanto el discurso político como la propaganda visual enfatizaron el entusiasmo generalizado ante las iniciativas de Fidel Castro, su infalibilidad y el rechazo a cualquier forma de crítica.⁶ Esta narrativa fue instrumentada por los Comités de Defensa de la Revolución y la Federación de Mujeres Cubanas. En su libro acerca de la Revolución cubana, Vincent Bloch planteó que estos nuevos organismos configuraron la matriz de un nuevo orden social y funcionaron como un sistema de canales de ideologización y de control. Adherirse a estas organizaciones reportaba beneficios materiales concretos como, por ejemplo, tener acceso a una vivienda, a las cartillas de alimentación o a un empleo bien remunerado. Y a la inversa, no integrarse a ellas suponía quedarse al margen de los beneficios.⁷

En este trabajo propongo que la “narrativa de la redención” examinada por Guerra fue interiorizada y reproducida por los “compañeros de viaje” que en los años setenta se adhirieron a la campaña puesta en marcha por el régimen. En el caso específico de Séjourné, la aceptación del compromiso redentorista fomentado por los altos funcionarios con los cuales entretejió relaciones personales estrechas se puede explicar tanto en términos de un posicionamiento político como de un sesgo esotérico. Este último puede observarse en su interpretación sobre la figura de Quetzalcóatl en el terreno de la arqueología, y también en una concepción de la Revolución cubana como una fuerza semidivina que había transformado su vida.⁸ De hecho, la estrecha vinculación de Séjourné con Cuba estuvo determinada desde el inicio por el poder de

⁶ Lillian Guerra, *Visions of Power in Cuba. Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2012.

⁷ Vincent Bloch, *Cuba, une révolution*, París, Éditions Vendémiaire, 2016.

⁸ En un trabajo reciente, Mircea Lavaniegos propuso que la interpretación de Séjourné acerca del mito del Hombre-Dios mesoamericano “coincide en algunos aspectos con la filosofía de la naturaleza de Paracelso (ca. 1493-1541) y con la teosofía cristiana de Jacob Böhme (1575-1624). Mientras que, para el primero, “un principio de conocimiento, un órgano de nuestra alma, llamado ‘Luz de Naturaleza’, nos revela las *grandezas de Dios* o correlaciones entre el hombre, la Tierra, los astros, los metales y los elementos químicos”; para el segundo, “antes del Ser existe ontológicamente el *Ungrund*, es decir, un ‘abismo’, especie de deidad que precede ontológicamente a la divinidad”. Ambas nociones, la del intelecto del alma concebido como luz y la del abismo subyacente al universo, aparecen en la obra de Séjourné, para quien la “liberación de la energía iluminante”, encerrada en el corazón del ser humano, esos “poderes espirituales” que forman parte “de la interioridad de [su] organismo”, solo puede lograrse a través de la “inmersión en los abismos”, es decir, en la “toma de conciencia de la dualidad inherente al fenómeno humano”. Resulta significativo el hecho de que la propia arqueología sea concebida por Séjourné como una catábasis a las ruinas del pasado, haciendo coincidir su disciplina con la labor del artista iniciado, el poeta y el alquimista”. Mircea Lavaniegos, “‘El Sol de las profundidades’: una revisión de la lectura séjourneana de la figura de Quetzalcóatl desde el esoterismo occidental”, *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña plus*, vol. 16, n° 1, Costa Rica, enero/junio 2024, p. 130. Los entrecorbillados que remiten a la obra de Séjourné provienen de uno de sus libros. Laurette Séjourné, *El universo de Quetzalcóatl*, prólogo de Mircea Eliade, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

transformación personal que atribuyó al fenómeno revolucionario. Si bien no todos aquellos que mantuvieron su adhesión a la causa cubana a partir de los años setenta compartieron la veta esotérica, su itinerario invita a reflexionar acerca de la coincidencia entre el compromiso político y la idea de un proceso de transformación personal; coincidencia que estuvo presente en no pocas trayectorias de “viajeros revolucionarios” durante aquellos años.

En un momento de desencanto por la expansión del capitalismo norteamericano, escribió Christopher Lash en 1969, intelectuales y activistas del mundo occidental transitaron hacia posturas de izquierda alternativa y amalgamaron elementos de los movimientos de emancipación que estaban teniendo lugar en América Latina, Asia y África. Los “nuevos radicales” crearon formas inéditas de resistencia haciendo de lo político una causa personal y de lo personal una causa política. En los Estados Unidos, el rechazo de los jóvenes hacia las instituciones puso en el centro del debate el tema de la “autenticidad” individual, así como la reivindicación de “una intensa domesticidad” que estuvo en el origen de nuevas sociabilidades de tipo comunitario.⁹ De acuerdo con Lasch, el “ideal de heroísmo personal” aunado a la falta de objetividad acerca de las condiciones reales de los cambios que estaban teniendo lugar en la sociedad norteamericana precipitaron a la juventud de nueva izquierda en un callejón sin salida: los “nuevos radicales” oscilaron entre su propia “desesperación existencial y unas estimaciones absurdamente hinchadas de su propio potencial”.¹⁰

En el mismo sentido, Paul Hollander planteó que el entusiasmo acrítico que los “peregrinos” occidentales manifestaron hacia las revoluciones cubana, vietnamita o china fue proporcional al sentimiento de “vacío espiritual” y de falta de sentido en la vida generados por el desencanto tanto político como personal que resentían en sus países de origen. El rechazo de los intelectuales occidentales hacia las sociedades de las cuales provenían y su fascinación por las experiencias revolucionarias tercermundistas, explica este autor, fue “uno de los frutos tardíos de una secularización” ante la cual adoptaron una postura reactiva que entrañó una forma de “alienación” que favoreció la reproducción de “ideologías religioso-seculares”.¹¹ Paradójicamente, a pesar de que la idealización de la Revolución cubana funcionó como “el alivio esperado, la válvula de escape de las frustraciones acumuladas, la contrapartida de un período muy poco revolucionario en la historia de los Estados Unidos y Europa occidental”, nunca llegó a representar para ellos “una alternativa viable a su propio sistema social”.¹² Por otra parte, escribió el mismo autor, “aunque la vida personal puede ser mejorada hasta cierto punto por medio de la política, las utopías que persiguen la erradicación definitiva de la infelicidad, los conflictos y las frustraciones, resultan tremadamente sospechosas”.¹³

La organización de este trabajo es la siguiente. El apartado que sigue traza a grandes rasgos la trayectoria de Séjourné a partir de su llegada a México en 1942. A continuación, defino la categoría de “compañera de viaje” y la sitúo dentro de ella. Los apartados cuarto y quinto abordan dos cuestiones que ocupan un espacio significativo en su diario de viaje. En primer lugar, la dinámica en las brigadas de trabajo femenino durante la llamada Zafra de los Diez Millones en

⁹ Christopher Lasch, *La agonía de la izquierda norteamericana*, Barcelona/México, Ediciones Grijalbo, 1970, pp. 155-156.

¹⁰ Lasch, *La agonía de la izquierda norteamericana*, p. 157.

¹¹ *Ibid.*, pp. 240-241.

¹² *Ibid.*, p. 140.

¹³ *Ibid.*, p. 267.

1970. Por otra parte, el enfrentamiento con los intelectuales extranjeros que expresaban críticas en contra de la Revolución durante este mismo período. Se presenta después el caso del antropólogo Oscar Lewis, con quien Séjourné coincidió en La Habana durante ese viaje; se destacan sus diferencias en la manera de aquilarat los logros de la revolución en materia de pobreza, condición femenina y educación. Para terminar, presento algunas conclusiones.

La trayectoria política e intelectual de Laurette Séjourné

Laurette Séjourné –cuyo nombre original era Laura Valentini– emigró a México en 1942 para reunirse con su segundo marido, Victor Serge (Bruselas, 1890-México, 1947), escritor y opositor al estalinismo que había sido liberado de un campo de trabajo en la URSS en 1936. A diferencia de la mayor parte de los exiliados europeos que se refugiaron en México durante ese período, Séjourné no fue una perseguida política. En compañía de Serge, entró en contacto con los círculos de emigrados antiestalinistas, así como con el grupo de artistas surrealistas que se encontraba en México.¹⁴ Despues de la muerte de Serge en 1947, decidió continuar con sus estudios de arqueología y permanecer en ese país. Fue contratada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) para llevar a cabo excavaciones en Palenque, Oaxaca y Teotihuacán. En ese contexto, elaboró una interpretación acerca de los elementos de las culturas precolombinas que habían subsistido en las comunidades indígenas mexicanas. Por otra parte, propuso que la figura de Quetzalcóatl encarnaba un paradigma espiritual –a la vez divino y humano– que había dominado la cultura mesoamericana.¹⁵

Séjourné nunca reconoció abiertamente su interés por las doctrinas esotéricas y más bien, como lo ha señalado Lavaniegos, “se cuidó de ser etiquetada como una pensadora supersticiosa e imprecisa ocultando las posibles referencias de su obra con los esoterismos de su época. No obstante, la influencia de estas filosofías y doctrinas salta a la vista en un análisis más meticuloso de su obra y de su contexto”.¹⁶ En un escrito autobiográfico que data de 1951, Séjourné refiere estar leyendo el libro *Isis develada* (1877), escrito por la fundadora de la corriente teosófica Helena P. Blavatsky, que circulaba entre los miembros del grupo de exiliados españoles y franceses que frecuentaba en aquellos años y que mantenían prácticas espirituistas.¹⁷ Además, se relacionó con el círculo surrealista y, en particular, con Leonora Carrington de quien fue una amiga cercana.¹⁸ En paralelo a su trabajo como artista plástica, Carrington incursionó en el terreno de la literatura. En 1940 escribió la novela *The Hearing Trumpet* cuya

¹⁴ Beatriz Urías, “Victor Serge en México, 1941-1947”, *Historia Mexicana*, vol. 70, n° 4, México, El Colegio de México, abril-julio de 2021.

¹⁵ Séjourné, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957; *El universo de Quetzalcóatl; América Latina*, tomo I, *Historia Universal Siglo XXI*, vol. 21, *Antiguas culturas precolombinas*, México, Siglo XXI Editores, 1972.

¹⁶ Lavaniegos, “El Sol de las profundidades”, p. 131.

¹⁷ Séjourné, México 6 de abril de 1951, Sección: Correspondencia, Serie: personales. Exp.811, p. 4 (FDLS-AHID-IIE-UNAM).

¹⁸ La simbología esotérica es patente en la obra plástica de Carrington. Según la investigadora M. E. Warlick, los autores mediante los cuales Carrington se adentró en las doctrinas esotéricas fueron E. A. Grillot de Givry, Kurt Seligmann, Robert Graves, Gerald Gardner, P. D. Ouspensky, G. I. Gurdjieff, Carl Gustav Jung y Mircea Eliade. M. E. Warlick, “Leonora Carrington’s Esoteric Symbols and their Sources Carrington’s Esoteric”, *Studia Hermetica Journal*, vol. I, n° 1, 2017.

trama se desarrolla en una dimensión mágica, al margen de la realidad material, y que obedecía a un orden irracional al cual se accedía por medio de la intuición o de una capacidad adivinatoria.¹⁹ Esta percepción se reproduce en el diario de Séjourné en Cuba.

Sus críticos en el terreno de la arqueología han argumentado que la interpretación espiritualista acerca de la figura de Quetzalcóatl es una idealización del mundo prehispánico que carece de rigor científico.²⁰ El arqueólogo Michel Graulich señaló que a partir de los años setenta, Séjourné negó incluso la evidencia de los sacrificios humanos y de la antropofagia a fin de rescatar la cultura azteca de la “crueldad”. Le atribuye el “complejo de Las Casas”, que consistió en desechar la cultura occidental y validar elementos negativos del país de adopción a fin de contrarrestar una postura incómoda o de privilegio.²¹ Séjourné partía del supuesto de que el mundo occidental del cual ella provenía era decadente y agresivo, y representó el pasado precolombino como el lado inverso de la cultura occidental. Al mismo tiempo, el ambiente intelectual mexicano del cual ella formaba parte era una fuente permanente de conflicto en la medida en que también se lo representaba como decadente y agresivo.

En 1949 contraíó matrimonio en México con el editor argentino Arnaldo Orfila –director del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI Editores– en compañía del cual entró en contacto con la izquierda intelectual internacional, muchos de cuyos representantes publicaron sus obras o traducciones de ellas en alguna de estas dos casas editoriales.²² El entusiasmo de los Orfila-Séjourné por Cuba a partir de 1959 refleja las grandes expectativas que esta revolución suscitó en amplios sectores de la izquierda internacional que comenzaron a ser identificados como representantes de la corriente de nueva izquierda. Juntos viajaron a la isla para asistir al Congreso Cultural que reunió en La Habana a quinientos intelectuales de todo el mundo en 1968. Anteriormente, Séjourné había sido invitada a participar en los jurados de los premios Casa de las Américas, y en 1968 publicó una “Oración” dedicada a la muerte de Ernesto Guevara en la revista de esa institución.²³

La ruptura entre el régimen cubano y los escritores de diferentes países coincidió con la invitación que el gobierno dirigió a Séjourné en 1970 para realizar una visita individual de aproximadamente dos meses para que conociera más de cerca los logros de la revolución y participara en el jurado de los premios literarios de Casa de las Américas. La visita se dio en el contexto de la movilización social alentada por Castro en torno a la Zafra de los Diez Millones. Lillian Guerra consideró que dicha movilización fue un momento significativo en términos ideológicos ya que a través del llamado a superar los resultados de zafras de años anteriores, circuló la retórica “redentorista” que buscaba crear consenso a favor del proyecto oficial, refor-

¹⁹ Leonora Carrington, *La trompetilla acústica* [1940], México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tezontle, 2017. Esta novela fue escrita en inglés y permaneció inédita hasta 1974, cuando fue traducida y editada en francés; en 1977 aparecieron dos nuevas ediciones en inglés y en español; actualmente existe una edición de 2017 del Fondo de Cultura Económica.

²⁰ Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie de Cultura Náhuatl, Monografías: 15, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, pp. 38-39.

²¹ Michel Graulich, “Le ‘couple’ Kibaltchitch et la civilisation mexicaine”, en *Victor Serge, vie et oeuvre d'un révolutionnaire. Actes du Colloque organisé par l'Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles, Socialisme*, nº 226-227, Bruselas, 1991, p. 385.

²² Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2017.

²³ Laurette Séjourné, “Oración”, *Revista Casa de las Américas*, vol. VIII, nº46, La Habana, 1968, p. 106.

zar el culto a Fidel Castro –el *fidelismo*– y aminorar los brotes de inconformidad.²⁴ La campaña de propaganda a favor de la zafra habría sido un intento por reavivar el entusiasmo ciudadano y el sentimiento antiimperialista que caracterizaron dos fechas emblemáticas: 1959 y 1961. Esto, en un momento en que habían aparecido voces críticas y en que el apoyo internacional había disminuido.

Identificada en Cuba como “La mujer Siglo xxi” –en calidad de esposa de Arnaldo Orfila–, a partir de esta estancia Séjourné inició una colaboración duradera con el gobierno cubano en materia de cultura popular y de transformación de la condición femenina.²⁵ Su involucramiento con la alta burocracia política y cultural en un momento de intensa movilización a favor del régimen no favoreció en ella una postura imparcial en cuanto observadora externa. En su diario expone las razones que la llevaron a convertirse en una activa propagandista de la revolución; despliega una visión entusiasta de la transformación política, cultural y social que observaba y, en paralelo, presenta una evaluación negativa de los intelectuales que habían adoptado una postura crítica. Por otra parte, reflexiona acerca del mejoramiento de su estado de ánimo y el bienestar que experimentaba en Cuba, en contraste con la tensión que le provocaban el ambiente político e intelectual mexicano, que consideraba corrupto e hipócrita.²⁶ Es decir, convertirse en una defensora de la causa terciermundista había hecho desaparecer en ella el malestar emocional que la agobiaba desde hacía años y la había llenado de un nuevo entusiasmo:

Me siento bien, sin el más mínimo rastro de la tensión que padezco en México... La prisión interior y exterior que me ha oprimido siempre se ha desvanecido... me parece que todo se abre ante mí. Me puedo mover mejor, entrar en contacto con la gente, hablar, ya no siento vergüenza de lo que pienso o de mi apariencia física. El interés que todo me produce me ha permitido olvidarme de mí misma. Pero esta sensación tiene que ver también con el mundo exterior. Camino en la calle sin miedo a que se burlen de mí o me insulten, no temo cruzarme con grupos de jóvenes o con personas sentadas frente a sus casas... tengo la impresión –para mí extraña, insólita– de no estar acusada de algo... La actitud serena, amistosa, plácida, de todos los que me rodean me sorprende.²⁷

²⁴ “The Zafra de los Diez Millones entailed a disciplinary effort to recast all citizens in a more obedient mold. Citizens were meant to experience the Zafra as a unanimous search for redemption that would yield as much radical change as the events of 1959. As homosexuals, self-styled revolutionaries, and others were systematically excluded for ideological heresy in the same period, the government used its call to the *campo* as a way of asserting political inclusivity of loyalist and refurbishing belief in official forms of *fidelismo* as a cultural religion. While many found themselves alienated by the sacrifices and bureaucratic chaos that the Zafra entailed, others discovered a new consciousness and identity in the process”. Guerra, *Visions of Power in Cuba*, p. 304.

²⁵ La expresión “La mujer Siglo xxi” proviene de su diario. Séjourné, La Habana, 27 de abril de 1970, “Diarios”, p. 3.

Su colaboración con el gobierno cubano en la cultura popular y la condición femenina se encuentra registradas en las siguientes obras: Laurette Séjourné (comp.), *Teatro Escambray: una experiencia*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977; Laurette Séjourné (comp., con la colaboración de Tatiana Coll), *La mujer cubana en el quehacer de la historia*, México, Siglo XXI, Caminos de Liberación, 1980.

²⁶ Urias, “¿Nueva Izquierda o nueva ortodoxia?”, pp. 230-233.

²⁷ Séjourné, Campamento Tania la guerrillera, 29 de abril de 1970, “Diarios”, p. 6.

Los viajeros revolucionarios

La categoría de “viajeros revolucionarios” o “compañeros de viaje” ha sido utilizada para caracterizar a los intelectuales occidentales que se solidarizaron con las revoluciones socialistas del siglo xx –soviética, china, vietnamita y cubana²⁸. Se trata de escritores, artistas o científicos sociales de muy diversos perfiles que eran invitados a observar el desarrollo de estas revoluciones a fin de que, de regreso a sus países, realizaran un trabajo de difusión y propaganda política. El término “compañeros de viaje” ha sido utilizado no solo para entender a los intelectuales europeos y norteamericanos que respaldaron estos régimes en Europa y Asia, sino también a los intelectuales latinoamericanos o radicados en América Latina que buscaron validar la experiencia cubana desde un país cercano. Propongo que esta categoría permite entender el compromiso de Séjourné con Cuba en los años setenta, mismo que para ella tuvo un carácter moral en sintonía con la “narrativa de la redención” examinada por Lillian Guerra.

Acerca de las razones que llevaron a una parte de la izquierda europea a apoyar de manera incondicional a la URSS durante el período estalinista, Claude Lefort escribió que figuras prominentes de los medios intelectuales y culturales occidentales mantuvieron una visión idealizada del proceso soviético debido a que a través de ello obtenían beneficios simbólicos (celebridad) y materiales (viajes pagados, edición de sus obras). Se trata de escritores, editores, artistas, universitarios y periodistas de diversos países occidentales que por medio de las redes de apoyo a la URSS accedieron a

un medio que procuraba a cualquiera la sensación de un reconocimiento social, el de la participación en una élite del saber que se alimentaba con el desprecio de la izquierda no comunista y también con la esperanza de ganar puestos en la administración, en la universidad, en las editoriales, en los organismos culturales, para no hablar de los escritores cuyos libros difundidos en el mundo comunista alcanzaban a un público de una amplitud con la que de otro modo no habrían podido soñar.²⁹

En un libro acerca de los “compañeros de viaje” que promovieron las revoluciones comunistas del siglo xx desde sus países de origen, David Caute puso a discusión otros elementos. Al igual que Lasch y Hollander, Caute sostuvo que la mayor parte de los “compañeros de viaje” se sentían ajenos a las problemáticas políticas en sus propios países por lo que optaron por privilegiar un compromiso “a distancia” a favor de movimientos revolucionarios que estaban apreciando en sociedades lejanas o periféricas. Argumentaron a favor de los modelos insurreccionales en países subdesarrollados, a pesar de saber que esta opción era inviable en el mundo occidental.³⁰

Las sociedades periféricas fueron percibidas por los “compañeros de viaje” como realidades exóticas, primitivas y no contaminadas por la civilización, lo cual las convertía en tierra fértil para experimentar con nuevas formas de lucha y modelos de organización política. Una

²⁸ Hollander, *Los peregrinos de la Habana*, p. 39.

²⁹ Claude Lefort, “Crítica del liberalismo rampante”, en C. Lefort, *La complicación. Retorno sobre el comunismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, p. 20.

³⁰ David Caute, *The Fellow Travelers: Intellectual Friends of Communism*, New Haven, Yale University, 1973.

de las características de la Revolución cubana que más sedujo a la nueva izquierda norteamericana, escribió David Caute, fue su carácter exótico y espontáneo.³¹ Mantener una doble “distancia”, tanto frente a lo que acontecía en sus propios países –que consideraban degradados políticamente y en donde el ideal revolucionario no podría arraigar– como frente a las experiencias comunistas en el Tercer Mundo –en cuya vida cotidiana no consideraban posible insertarse de manera permanente–, habría precipitado a los “compañeros de viaje” en una suerte de esquizofrenia.³² Hollander plantea este mismo fenómeno en términos de “alienación” en el sentido de una desubicación en ambos espacios. Los intelectuales occidentales rechazaban todo lo relacionado con los países en donde radicaban y cancelaban sus facultades críticas ante los experimentos socialistas que visitaban ocasionalmente.³³

En un texto publicado a principios de los años setenta, Hans Magnus Enzensberger subrayó también la exterioridad del “viajero revolucionario” frente a la experiencia socialista que observaba:

ninguno de los visitantes que regresa de un viaje al socialismo es, en realidad, parte integrante de lo que intenta describir. Este hecho no lo puede ocultar ningún compromiso voluntario, ninguna actitud por muy solidaria que sea, ningún recorrido por plantaciones de azúcar y escuelas, por fábricas y minas, y mucho menos todavía la alocución pública o el apretón de manos al jefe de la Revolución.³⁴

De acuerdo con este autor, invitado a Cuba como observador simpatizante y que posteriormente adoptó una postura crítica, la figura del “delegado” es la clave para entender la misión confiada al “viajero revolucionario”. El “delegado” era invitado a visitar durante un período determinado países generalmente aislados o incluso cerrados al intercambio internacional a fin de que transmitiera información al exterior. Su viaje era siempre pagado, planeado y guiado por las instituciones locales. Asimismo, el delegado gozaba de comodidades en materia de alojamiento, transporte, acompañamiento permanente de un guía o traductor, así como alimentación abundante y de buena calidad incluso cuando la población local sufriera de racionamientos y privaciones.³⁵

El escritor español Juan Goytisolo hizo un primer viaje a Cuba entre 1961 y 1962 que lo llenó de entusiasmo. Durante ese viaje escribió un diario, editado posteriormente bajo el título de *Pueblo en marcha*, en el cual daba cuenta de sus impresiones. El texto transmite un ánimo esperanzador:

La revolución ha obrado en pocos meses una transformación moral tan importante como la que llama la atención del viajero en el orden de las realizaciones económicas. Los hombres dormidos durante siglos han despertado de pronto a su posibilidad de hombres auténticos y, en la

³¹ “The New Left embraced Cuba: its spontaneity, exuberance, panache, military courage, mobilization of the masses, its militia girls, its beards and magnificent rhetoric”, *ibid.*, p. 409.

³² “The fellow-travelers cultivated a convenient schizophrenia: they scorned democracy – at a distance; they invested their dreams of positivistic experimentation and moral regeneration – at a distance”, *ibid.*, p. 7.

³³ Hollander, *Los peregrinos de la Habana*, pp. 243-247.

³⁴ Hans Magnus Enzensberger, “Viajeros revolucionarios”, en H. M. Enzensberger, *El interrogatorio de La Habana y otros ensayos políticos*, Barcelona, Anagrama, 1973, pp. 99-100.

³⁵ *Ibid.*, pp. 106-108.

confrontación, los alfabetizadores han purgado, a su vez, gran número de prejuicios antiguos. Un sentimiento nuevo recorre la isla de parte a parte. En Manzanillo transflora y embellece el rostro de hombres y mujeres, viejos y niños. El corazón se calienta y pulsa de alegría al reconocerlo: se llama fraternidad.³⁶

La estancia que realizó entre 1963 y 1964 le produjo dudas acerca del rumbo que tomaba la revolución, pero el desencanto apareció durante su último viaje en 1967. No lo manifestó públicamente en aquel momento, sino hasta 1986 cuando publicó *En los reinos de taifa*, otro texto autobiográfico acerca de su tercer viaje a Cuba en el cual expuso consideraciones personales y políticas:

El entusiasmo por la epopeya cubana obedecía no sólo al hecho de ver en ella una suerte de ajuste de cuentas con el pasado execrable de mi propio linaje sino también a su valor profético y auroral respecto a una hipotética revolución social que rimbaudianamente transformara mi vida. La lucha vitoriosa de un puñado de hombres contra la supuesta inercia de los pueblos hispanos y su tradicional fatalismo constitúa a mis ojos la prueba irrefutable de que las cosas podían variar radicalmente en España a condición de conjurar imaginación y denuedo con voluntad y espíritu de sacrificio.³⁷

Cuando Goytisolo hace alusión al “pasado execrable” de su familia se refiere a que sus antepasados fueron propietarios de ingenios azucareros en Cuba que se enriquecieron a costa del trabajo de esclavos. Su militancia al inicio de los sesenta representó para él una manera de expiar esa culpa y, al mismo tiempo, de “transformar su vida”. Sin embargo, a partir de 1967 dejó de viajar a Cuba; en 1971 se sumó a la denuncia del grupo de sesenta escritores de todo el mundo que manifestaron ante Fidel Castro su preocupación por el encarcelamiento y el proceso público al cual había sido sometido el escritor Heberto Padilla.

La visita de Séjourné a Cuba en 1970 se ajusta desde todos los puntos de vista a la figura de la “viajera revolucionaria”. Su estancia fue organizada especialmente para ella. Se alojó en el mejor hotel de la Habana, con todos los desplazamientos y apoyos pagados, se organizaron cenas en su honor, tuvo acceso directo a los altos funcionarios y llegó a participar en las reuniones del gobierno en donde se discutía la política cultural. Aunque recién llegada a La Habana se sentía confusa y desanimada ante la tarea de dar cuenta de los logros de la revolución, muy rápidamente se contagió de la “atmósfera de vitalidad que reina” y se sintió “deslumbrada por la amabilidad de todos, de [Raúl] Roa en particular”, quien enviaba a su chofer cotidianamente al Hotel Nacional a recoger su correspondencia para enviarla a Orfila en México.³⁸ Paulatinamente, el objetivo de su visita a Cuba comenzó a aparecerle mucho más claro: “Presentar la revolución como lo que es, *un hecho despojado de crueldad*, una transformación en

³⁶ Juan Goytisolo, “Pueblo en marcha”, pp. 723-724.

³⁷ Juan Goytisolo, “En los reinos de taifa”, en J. Goytisolo, *Autobiografía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, p. 281, [1986].

³⁸ “Lo que yo puedo decir [acerca de la revolución] es algo todavía indefinido y vago... Me siento deprimida y más incapaz que nunca”. Séjourné, La Habana, 26 de abril de 1970, “Diarios”, p. 1. Las citas provienen de: Séjourné, La Habana, 27 abril 1970, “Diarios”, p. 2.

la cual el interés inmediato del hombre se respeta por encima de todo... transmitir este fenómeno único significaría contribuir a la causa de la revolución en general".³⁹

En su condición de "compañera de viaje", pudo observar diferentes ángulos del proceso político y cultural cubano que los funcionarios quisieron mostrarle. Su diario evidencia la manera en que hizo suya la versión oficial acerca de las amenazas que acechaban a la revolución, así como la convicción de que esta no podía ser cuestionada a la luz de datos científicos ni comparada con otras experiencias políticas. Reiteraba que aquellos que ponían en entredicho la meta fijada por Fidel durante la zafra de 1970 actuaban de "mala fe" o pertenecían a la CIA. En realidad, la decisión tomada por Castro resultó catastrófica en términos económicos, como lo mostraban los informes de algunos funcionarios cubanos que fueron destituidos, así como las recomendaciones de los agrónomos extranjeros que hasta ese momento habían apoyado la revolución.⁴⁰

El campamento "Tania la guerrillera"

Séjourné asoció los logros de la revolución a la alegría y el entusiasmo que palpaba en la vida cotidiana de la población cubana; para ella, "la plenitud vital, la felicidad y la energía" perceptibles en todo lugar eran una prueba fehaciente de que esa sociedad no estaba sometida a ninguna forma de opresión. A pesar de reconocer que aún quedaban metas por alcanzar, percibía que la revolución había producido un "milagro inicial" que había generado una dinámica social "exaltante, que commueve hasta a las piedras, que es capaz de transfigurar hasta el páramo más estéril". A lo cual añadía que esta dinámica solo podía ser captada por un observador libre de prejuicios burgueses, entre ellos el concepto de libertad que favorecía únicamente a una minoría privilegiada.⁴¹ La visita al campamento de trabajo agrícola organizado por la Federación de Mujeres Cubanas transformó radicalmente su estado de ánimo y selló su compromiso con la revolución.

El campamento Tania la guerrillera fue parte de un proyecto amplio orientado a sumar a toda la población –incluidas las mujeres del medio urbano– al trabajo de la zafra. ¿Cómo explicar la adhesión apasionada de Séjourné a partir de una corta estancia en ese campamento? A pesar de no haberse podido sumar al arduo trabajo agrícola como "machetera", consigna en su diario que la convivencia con el grupo de mujeres le había permitido descubrir una sociedad vital, naturalmente bondadosa y carente de conflictos. De acuerdo con Hollander, esta percepción es un lugar común en los relatos de diferentes generaciones de "viajeros revolucionarios", cautivados por "la sencillez, el sentido de comunidad y la autenticidad" que irradiaban los habitantes de las sociedades subdesarrolladas inmersas en un proceso revolucionario. Desde su punto de vista, se trata de una versión más del *buen salvaje*, "cuya imagen continúa ejerciendo una poderosa influencia sobre las fantasías y aspiraciones de la civilización occidental".⁴²

La vida cotidiana de las "compañeras" que realizaban un trabajo físico extenuante a fin de alcanzar la meta fijada por Fidel produjo en Séjourné un fuerte impacto. En su diario se preguntaba, por ejemplo, cómo sería vivir permanentemente en ese lugar, que equiparaba a un

³⁹ *Ibid.*, p. 4. Las cursivas son mías.

⁴⁰ René Dumont, *Cuba, est-il socialiste?*, París, Éditions du Seuil, 1970.

⁴¹ Séjourné, Carta a Françoise Bagot, La Habana, 21 de junio de 1970, Anotaciones cotidianas 7, Sección: Agendas y directorios, Serie: Personales. Exp.563/caja 19, p. 1 (FDLS-AHID-IIE-UNAM).

⁴² Hollander, *Los peregrinos de la Habana*, pp. 50-51.

“convento”, “desposeída de todo y formando parte de un organismo cuya existencia es compartida colectivamente de manera natural”.⁴³ Más que en ninguna otra parte, la posibilidad de participar en un proyecto de transformación compartido por toda la población era para ella evidente en Cuba:

La tarea revolucionaria de integrar a las mujeres al trabajo sin expectativas de remuneración demuestra que existe una conciencia. Cada mujer que trabaja es una prueba fehaciente de esta conciencia y la refutación de todo lo que pueden decir los intelectuales extranjeros, ya que sólo una conciencia aguda de la transformación puede lograr que una mujer aislada, que vive para cuidar a sus hijos y que no carece de nada, se involucre en una tarea colectiva.⁴⁴

Observaba que la disciplina militarizada de trabajo impuesta en el campamento era “aceptada de manera voluntaria y sin otra compensación que la de formar parte de esta brigada gloriosa”. Reitera que la única retribución que las mujeres recibían a cambio de trabajar en el campo eran paquetes de ropa y todo tipo de productos de belleza distribuidos gratuitamente por el gobierno. Describe en detalle la alegría que reinaba cuando ellas se embellecían para salir del campamento y la manera en que durante algunas horas este se convertía en un enorme salón de belleza. Llega incluso a considerar que el afán por parecer atractivas era “una consigna política”.⁴⁵ Al mismo tiempo sostenía que a partir de la revolución, la belleza femenina había dejado de tener un valor comercial: “a la mujer no se le juzga ya por su apariencia sino por su preparación, su inteligencia, su eficacia. La existencia de una ‘Miss Cuba’ es ahora impensable, al igual que es impensable un trabajador explotado o la violación de los derechos adquiridos”.⁴⁶

En un análisis de la cuestión de género durante los primeros años de la Revolución cubana, Isabella Rooney mostró la importancia que en el nuevo contexto político cobraron elementos como la valoración de la belleza y la sexualización de la imagen femenina. A través de una investigación de la revista *Bohemia*, Rooney sostenta que el acceso de las mujeres a la vida pública y al mercado de trabajo entrañó un trabajo ideológico significativo para tender puentes entre elementos tradicionales y renovadores. De manera que la revista *Bohemia* exaltó al mismo tiempo las figuras de la madre-ama de casa, de la militante comprometida con la revolución y de la mujer sexualizada, lo cual explica que en determinadas circunstancias el sexo fuera incluso utilizado para “vender la revolución”.⁴⁷ Esta hibridación de elementos en la imagen femenina posrevolucionaria fue la contraparte del estereotipo del Hombre Nuevo que dominó la narrativa oficial.

Durante su estancia en el campamento, Séjourné se sintió impresionada por el espíritu de solidaridad que reinaba. La armonía y la espontaneidad que observaba reafirmaron en ella la convicción –dentro de la cual incluyó a su marido que se encontraba en México– de que la revolución avanzaba en el sentido correcto:

⁴³ Séjourné, Campamento Tania la guerrillera, 2 de mayo de 1970, “Diarios”, p. 11.

⁴⁴ *Idem*.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 21

⁴⁶ Séjourné, La Habana, 10 mayo 1970, “Diarios”, p. 22.

⁴⁷ Isabella Rooney, “Gendering the revolution: *Bohemia*, power and culture in post-revolutionary Cuba, 1960-1985”, *Radical Americas*, vol. 7, n° 1, 2022, p. 10. Véanse también pp. 12-15.

Tanto para mí como para Arnaldo la convivencia con estas personas representa la confirmación misma de lo que pensamos de este país. No sólo creo que este viaje ha sido positivo, sino indispensable para comprender una realidad que podría haber puesto en duda si no hubiera salido de la Habana ya que las impresiones generales pueden confundir, mas no la vida en familia.⁴⁸

A partir de esta experiencia llegó a la conclusión de que la discriminación racial había desaparecido en Cuba: “el hecho de que las negras [sic] se tiñan el pelo de rubio o de rojo podría llevar a suponer que tratan de emular a la clase alta, como sucede en todas partes. No lo creo, [las negras] parecen seguras de sí mismas y las rubias no son más admiradas que el resto... El ambiente de camaradería que reina entre ellas es perfecto”. Reconoce la dificultad de hacer generalizaciones a partir de algunos casos aislados, pero asegura que la convivencia con las mujeres de la brigada le había permitido “observar bajo el microscopio las moléculas a partir de las cuales estaba integrada la realidad cubana... la voluntad de defender a la patria, de salir del subdesarrollo, tenían ahora un rostro, muchos rostros de mujeres que colaboraban con la eficaz simplicidad del órgano de un cuerpo que funciona adecuadamente”.⁴⁹

En el prólogo a su libro sobre la transformación de las mujeres después de la revolución, Séjourné sustentó la versión oficial de que debido a su “naturaleza procreadora” la mujer requería de un apoyo específico por parte del Estado.⁵⁰ Este libro fue celebrado por la Federación de Mujeres Cubanas, dirigida de manera vitalicia por Vilma Espín de Castro, quien en una entrevista con Margaret Randall planteó que el “objetivo estratégico” de la Federación era “incorporar a la mujer a la producción social” y que este objetivo estaba supeditado a los fines políticos de la revolución: “La fuerza sola de la Revolución con todo lo que crea, con las nuevas características de vida que hay, pues eso sólo es una fuerza creadora en cuanto a nuevos intereses de la mujer”.⁵¹ Es decir, la Federación no definía su propia agenda, sino que obedecía a las directrices del régimen. En este contexto, la estrategia gubernamental de integrar a las mujeres al mercado laboral incluyó los códigos culturales tradicionales acerca de la belleza femenina y la maternidad.⁵²

Críticas a los intelectuales extranjeros

Otra de las preocupaciones centrales de Séjourné durante este viaje fue denunciar las ideas de los intelectuales occidentales que habían pasado a la disidencia. En varios fragmentos del diario hace alusión al periodista de origen polaco y radicado en Francia Kewes S. Karol, autor de un libro crítico que tuvo mucha difusión en aquel momento.⁵³ Séjourné descalificó las críticas de Karol con el argumento de que él era incapaz de comprender un movimiento que no estaba

⁴⁸ Séjourné, Campamento Tania la guerrillera, 2 de mayo de 1970, “Diarios”, p. 10.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 12.

⁵⁰ Séjourné, *La mujer cubana*, p. x.

⁵¹ Margaret Randall, *Mujeres en la revolución. Margaret Randall conversa con mujeres cubanas*, México, Siglo XXI, 1972, pp. 288-290.

⁵² “the government actively endorsed a vision of women working in connection with conceptions of beauty and maternity, thus reinforcing existing cultural codes of femininity. In a culture that remained overwhelmingly patriarchal, this necessarily narrowed the scope of participation”. Rooney, “Gendering the revolution”, p. 19.

⁵³ Kewes S. Karol, *Les Guérilleros au pouvoir*, París, Robert Laffont, 1970.

sustentado en la razón sino en la fe. Más aún, intervino ante Orfila para que Siglo XXI Editores rechazara publicar la traducción del libro de Karol, que apareció en castellano bajo el sello de Seix Barral en 1972.⁵⁴

Contrastaba las “elucubraciones” de los intelectuales que provenían de países en donde el concepto de “hombre” era inexistente e imperaba una idea egoísta y ciega de la libertad, con la autenticidad y la pasión revolucionaria que había percibido en las mujeres que trabajaban en la zafra. Ellas le habían manifestado que preferían morir en vez de volver al pasado o vivir en una sociedad occidental “ultra-progresista”; tenían además plena certeza de “la grandeza de Fidel, de su fuerza *indestructible*”.⁵⁵ De acuerdo con Séjourné, estas convicciones arraigaban en facultades intuitivas y no pasaban por el razonamiento lógico, por lo cual resultaban incomprendibles para individuos “ciegos, sordos e insensibles ante cualquier fenómeno que escape a su determinismo”.⁵⁶ Desde su punto de vista, el racionalismo había generado un falso discurso acerca de la realidad que ocultaba la esencia de los fenómenos, lo cual había provocado una disociación entre las palabras y los hechos; esta disociación era inexistente en Cuba, en donde “el arraigo del lenguaje en el subsuelo profundo de las acciones explicaba la fe del pueblo en el futuro y en los organizadores de esta gloriosa aventura”.⁵⁷

El rechazo hacia los intelectuales extranjeros que coincidieron con ella en La Habana se acrecentó conforme avanzaba su estancia en Cuba. En su diario describe la indignación que resintió en una cena que el gobierno cubano ofreció en su honor durante la cual fueron expresados comentarios negativos acerca de Mao. Para Séjourné estas críticas no representaban opiniones políticas debatibles sino afrentas personales: “resentí los groseros insultos contra Mao como si hubieran sido proferidos en contra de Arnaldo”.⁵⁸ Temía que la obligación de asistir a este tipo de eventos sociales en La Habana empañara la emoción y el bienestar que la embargaban después de haber estado en el campamento de trabajo agrícola.

A fines de junio Séjourné participó en un jurado literario de Casa de las Américas y tuvo que enfrentar de nuevo el encuentro con algunos intelectuales latinoamericanos que habían sido invitados. En la carta a una amiga en México señalaba que estos intercambios le habían producido el efecto de una “lápida que la oprimía”. Más allá de que individualmente pudieran ser seres apreciables, en conjunto se le aparecían como “personas encerradas en sí mismas, preocupadas solo por su prestigio, desconfiadas de los demás, defendiendo su grandeza ante los otros. No me voltean a ver y apenas me saludan. En resumen, me siento perseguida”.⁵⁹ La contraparte a los encuentros con los intelectuales extranjeros fueron las invitaciones de Roberto Fernández Retamar, entonces director de la revista *Casa de las Américas*, a participar en las reuniones gubernamentales relacionadas con la política cultural. En su diario consigna en los siguientes términos su participación en estas reuniones: “¡He sido aceptada en los círculos oficiales después de un mes de estar en Cuba y sin haber hecho nada por este país!, mientras que mis veinte años de apasionado trabajo en México sólo me han hecho merecer la censura”.⁶⁰

⁵⁴ Urías, “Nueva Izquierda o nueva ortodoxia?”, p. 232.

⁵⁵ Séjourné, Campamento Tania la guerrillera, 9 de mayo de 1970, “Diarios”, p. 20. Subrayado en el texto.

⁵⁶ Séjourné, La Habana, 10 de mayo de 1970, “Diarios”, p. 22.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ Séjourné, La Habana, 13 de mayo de 1970, “Diarios”, p. 25.

⁵⁹ Séjourné, Carta a Irina, La Habana, 25 de junio de 1970, “Diarios”, p. 1.

⁶⁰ Séjourné, La Habana, 5 de junio de 1970, “Diarios” *ibid.*, p. 33.

El caso Oscar Lewis

El antropólogo estadounidense Oscar Lewis (1914-1970) viajó a Cuba para realizar un estudio acerca de la cultura de la pobreza antes y después de la revolución que fue financiado por la Fundación Ford. A pesar de haber sido invitado personalmente por Fidel Castro para realizar su investigación en total libertad, Lewis no era un incondicional de la causa cubana y en los círculos oficiales corrían rumores de que trabajaba para la CIA transfiriendo información sensible a los Estados Unidos bajo la cobertura de investigaciones científicas. Debido a su muerte prematura, la investigación quedó inconclusa, pero los materiales recopilados por él y su equipo entre 1969 y 1970 fueron publicados posteriormente.⁶¹

Séjourné y Lewis se conocían desde tiempo atrás porque la publicación de *Los hijos de Sánchez* había provocado la destitución de Orfila Reynal como director del Fondo de Cultura Económica en 1964.⁶² En mayo de 1970, se reunieron en La Habana y en el diario ella da cuenta de los pormenores de esta entrevista. Lewis habló de dos biografías que acababa de terminar: la de una prostituta en tiempos de Batista que había logrado terminar la universidad y la de un negro hijo de una empleada doméstica que era descendiente de esclavos. Durante esta plática se quejó de las deficiencias en la formación académica de los estudiantes cubanos que colaboraban en su proyecto; y para escándalo de Séjourné, atribuyó esas carencias a que ninguno de ellos había estado en contacto con el medio intelectual. Otro punto de desacuerdo entre ellos fue que mientras Séjourné consideraba que la revolución había terminado con la miseria, Lewis sostenía que en Cuba subsistía una cultura de la pobreza y que las libretas de racionamiento eran insuficientes para alimentar a las familias. Séjourné atribuyó la postura de Lewis al elitismo de los intelectuales occidentales y a su incapacidad para comprender las transformaciones de fondo que se estaban produciendo. Aunque dudaba de que el antropólogo trabajara para la CIA como le habían asegurado los funcionarios cubanos, estaba convencida de que actuaba de “mala fe”.⁶³

En su diario escribe que Lewis vivía en La Habana con los mismos lujos que un “banquero mexicano”: se hospedaba en un “palacio”, disponía de varios vehículos, tenía servicio doméstico, numerosos asistentes de investigación y poseía más máquinas de escribir y grabadoras para realizar entrevistas que todas las instituciones cubanas juntas. Séjourné especulaba que, si además del financiamiento de la Ford, Lewis seguía ganando su sueldo de profesor y viajaba constantemente a los Estados Unidos, tenía recursos de sobra para donar al gobierno cubano que los necesitaba con urgencia. Se preguntaba también, “¿por qué [Lewis] era incapaz de entusiasmarse, aunque fuera solo por un segundo, con la epopeya de un pueblo que había elevado definitivamente el nivel de lo que hasta entonces se había creído digno de la naturaleza humana?”. Maravillada ante la “grandeza de la revolución” que palpaba en todas partes, los encuentros con escépticos como Lewis no hacían más que fortalecer en ella la fe en un movimiento que la mantenía en un “estado de permanente vibración y entusiasmo”, lo cual le había

⁶¹ Oscar Lewis, Ruth M. Lewis y Susan M. Rigdon, *Four men: Living the Revolution: An Oral History of Contemporary Cuba*, Urbana Champaign, University of Illinois, 1977; *Four women: Living the Revolution: An Oral History of Contemporary Cuba*, Urbana Champaign, University of Illinois, 1977; *Neighbors: Living the Revolution: An Oral History of Contemporary Cuba*, Urbana Champaign, University of Illinois, 1978.

⁶² Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

⁶³ Séjourné, La Habana, 27 de mayo de 1970, “Diarios”, pp. 26-.

permitido captar una verdad profunda acerca de la revolución que resultaba inaccesible para otros extranjeros.⁶⁴

Esta suerte de iluminación personal explica que Séjourné entrara en conflicto con cualquier persona que manifestara reservas hacia la revolución. Invitada por Lewis a una reunión social en su casa, describe en el diario su incomodidad ante la conversación de los invitados en torno al libro de K. S. Karol y la discusión acerca de si la revolución había caído en el dogmatismo al no admitir críticas.⁶⁵ Para ella, era lícito hablar de los problemas que enfrentaba la revolución siempre y cuando esto se hiciera “desde dentro”; es decir, a partir de una adhesión incondicional al movimiento y sin buscar cuestionarlo. Le escandalizó también el hecho de que se hablara de la pobreza en Cuba en torno a una elegante mesa: “la cena se convirtió en un tribunal que juzgaba a la revolución”. Y añade, haciendo referencia a su situación personal en México: “todo fue muy aburrido, con el mismo fondo de agresividad, la misma necesidad de destruir para existir [...] que conozco bien y a causa de la cual he sufrido tanto”.⁶⁶

A pesar de las críticas de Séjourné hacia Lewis, en los dos libros que escribió sobre Cuba utilizó la metodología basada en la reconstrucción de trayectorias de vida por medio de entrevistas.⁶⁷ Los libros de Margaret Randall sobre las mujeres en la Revolución cubana también fueron elaborados a partir de entrevistas con una orientación biográfica y muy probablemente estuvieron inspirados en el trabajo de Lewis.⁶⁸ Sin darle el debido crédito como autor ni citar sus obras en el libro *La mujer cubana en el quehacer de la historia*, Séjourné entrevistó prostitutas, trabajadoras domésticas, militantes, maestras, etc., cuyas trayectorias de vida contextualizó a través de fragmentos de discursos y escritos de Fidel Castro. El resultado fue una interpretación apologética y esquemática del proceso de transformación de la condición femenina en los primeros años de la revolución cubana.⁶⁹

Conclusiones

Séjourné atribuyó las críticas de la disidencia occidental a una falsa percepción de la realidad. Argumentó que los intelectuales que se convirtieron en críticos eran incapaces de comprender un movimiento cuya esencia solo era accesible a aquellos que poseían una sensibilidad privilegiada y libre de prejuicios burgueses. La prueba de que ella era portadora de esta sensibilidad –de ese “sexto sentido”, de esa “fe” capaz mover montañas– era el bienestar emocional que la embargaba durante esa visita a Cuba. En su diario consigna que la palabra de Fidel representaba la piedra angular del sistema de creencia que la había guiado y que no requería de comprobación alguna, en la medida en que él encarnaba la verdad.

En el tercer volumen del libro *Los orígenes de totalitarismo*, Hannah Arendt reflexionó acerca de la manera en que una ideología que guardaba poca o nula relación con la experiencia inmediata era aceptada e interiorizada por una sociedad. En el contexto de los regímenes nazi

⁶⁴ *Ibid.*, p. 28.

⁶⁵ Karol, *Les Guérilleros au pouvoir*.

⁶⁶ Séjourné, La Habana, 5 de junio de 1970, “Diarios”, p. 34.

⁶⁷ Séjourné, *Teatro Escambray*.

⁶⁸ Randall, *Mujeres en la revolución; La mujer cubana ahora*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.

⁶⁹ Séjourné, *La mujer cubana en el quehacer de la historia*.

y soviético, la ideología, escribió Arendt, había permitido configurar y transmitir una “explicación total” de la Historia que daba cuenta de “todo el acontecer histórico, la explicación total del pasado, el conocimiento total del presente y la fiable predicción del futuro”.⁷⁰ La ideología no podía ser refutada o confrontada porque ninguna experiencia concreta podía modificar la “explicación total” que había sido establecida. De manera que,

el pensamiento ideológico se torna emancipado de la realidad que percibimos con nuestros cinco sentidos e insiste en una realidad “más verdadera”, oculta tras todas las cosas perceptibles, dominándolas desde este escondrijo y requiriendo un sexto sentido que nos permite ser conscientes de ella. Este sexto sentido es precisamente proporcionado por la ideología, ese especial adoctrinamiento ideológico que es enseñado por las instituciones docentes establecidas exclusivamente con esta finalidad, la de preparar “soldados políticos” en las *Ordensburgen* de los nazis o en las escuelas de la Komintern o la Kominform. La propaganda del movimiento totalitario también sirve para emancipar al pensamiento de la experiencia y de la realidad; siempre se esfuerza por inyectar un significado secreto en cada acontecimiento público y tangible y para sospechar la existencia de una intención secreta tras cada acto político público.⁷¹

El planteamiento de Arendt acerca de la función de la ideología en los régimes nazi y soviético permite entender que la radicalización de Séjourné en Cuba a partir de 1970 la lleva a adoptar posturas antiintelectuales, a desvalorizar lo racional y a exaltar valores subjetivos como la fe. Sin embargo, existe también una conexión con las posturas esotéricas que igualmente se reflejaron en sus interpretaciones acerca de Quetzalcóatl y las culturas mesoamericanas. El diario de viaje en Cuba está plagado de alusiones a los “significados ocultos” de los acontecimientos; a la verdad indiscutible que se desprendía de la palabra de Fidel Castro; a los “propósitos secretos o encubiertos” de los intelectuales críticos que elaboraban falsas interpretaciones sobre la base de su “mala fe”; al “sexto sentido” que la guiaba y le permitía acceder a una percepción reservada a unos cuantos iniciados o iluminados; y finalmente, a la idea de que la adhesión a la causa revolucionaria había abierto para ella una vía de redención personal.

En su libro acerca de los intelectuales occidentales que emprendieron peregrinaciones a Cuba en busca de una utopía, Paul Hollander propuso que esta búsqueda obedeció a un desencanto con el mundo occidental provocado por el avance del proceso de secularización y la expansión capitalista. De manera que “la política vino a proporcionar los nuevos objetos de culto y devoción, a medida que los dioses –para decirlo con palabras de Max Weber– se iban retirando de una participación activa en la vida de las sociedades occidentales”.⁷² La satisfacción y el bienestar emocional que los nuevos objetos de culto y devoción aportaron a una “compañera de viaje” como Séjourné determinaron su compromiso con un proyecto que no podía ser cuestionado desde ningún punto de vista. Lo anterior se entrelazó con la postura espiritualista de raíz esotérica que adoptó desde su llegada a México a través del contacto con el círculo surrealista. La conjunción de estos factores permite entender que se convirtiera en una “com-

⁷⁰ Hannah Arendt, *Los orígenes de totalitarismo*, vol. 3, *Totalitarismo*, Madrid, Alianza Universidad. Edición en español, 1987, p. 696, [1951]

⁷¹ Arendt, *Los orígenes de totalitarismo*, vol. 3, *Totalitarismo*, p. 696.

⁷² Hollander, *Los peregrinos de la Habana*, p. 264.

pañera de viaje” idónea para el régimen cubano en un momento en que la disidencia se acrecentó y era urgente reclutar nuevos propagandistas.

En años recientes ha comenzado a examinarse la intervención de las doctrinas esotéricas en la configuración de las ideologías políticas del siglo xx. Libros como el de Nicholas Goodrick-Clarke abrieron una nueva vertiente de análisis para una historia política e intelectual dispuesta a reconocer la influencia de elementos que hasta hace algunos años habrían sido descartados.⁷³ En el caso de Séjourné sería simplista atribuir su adhesión incondicional a la revolución únicamente al adoctrinamiento ideológico del que fue objeto durante sus visitas a Cuba. Este trabajo ha tratado de mostrar que su vertiente esotérica jugó un papel determinante al encontrarse en sintonía con la narrativa redentorista desplegada por el régimen. □

Bibliografía

- Arendt, Hannah, *Los orígenes de totalitarismo* [1951], tomo 3, *Totalitarismo*, Madrid, Alianza Universidad, 1987.
- Artaraz, Kepa, *Cuba y la Nueva Izquierda, una relación que marcó los años 60*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2011.
- Aub, Max, *Enero en Cuba*, México, Joaquín Mortiz, 1969.
- Benítez, Fernando, *La batalla de Cuba*. Seguido de *Fisonomía de Cuba* por Enrique González Pedrero, México, Ediciones Era, 1960.
- Bloch, Vincent, *Cuba, une révolution*, París, Éditions Vendémiaire, 2016.
- Cardenal, Ernesto, *Ernesto Cardenal en Cuba*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1972.
- Carrington, Leonora, *La trompetilla acústica* [1940], México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tezontle, 2017.
- Caute, David, *The Fellow Travelers: Intellectual Friends of Communism*, New Haven, Yale University, 1973.
- Dumont, René, *Cuba, est-il socialiste?*, París, Éditions du Seuil, 1970.
- Enzensberger, Hans Magnus, “Viajeros revolucionarios”, en H. M. Enzensberger, *El interrogatorio de La Habana y otros ensayos políticos*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1973.
- , “Recuerdos de un tumulto (1967-1970), en H. M. Enzensberger, *Tumulto*, Barcelona, Malpaso, 2015, pp. 95-206.
- Goodrick-Clarke, Nicholas, *The Occult Roots of Nazism. Secret Aryan Cults and their Influence on Nazi Ideology*, Londres, Tauris Parke Paperbacks, 2004.
- Guerra, Lillian, *Visions of Power in Cuba. Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2012.
- Goytisolo, Juan, “Pueblo en marcha”, en J. Goytisolo, *Obras completas* [1962], edición del autor, tomo II, *Narrativa y relatos de viaje (1959-1965)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2006, pp. 675-755.
- , “En los reinos de taifa”, en J. Goytisolo, *Autobiografía* [1986], Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, pp. 232-482.
- Graulich, Michel, “Le ‘couple’ Kibaltchitch et la civilización mexicaine”, en Victor Serge, *vie et oeuvre d'un révolutionnaire. Actes du Colloque organisé par l'Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles, Socialisme*, nº 226-227, Bruselas, 1991, pp. 380-388.
- Hollander, Paul, *Los peregrinos de la Habana*, Madrid, Editorial Playor, 1981.

⁷³ Nicholas Goodrick-Clarke, *The Occult Roots of Nazism. Secret Aryan Cults and their Influence on Nazi Ideology*, Londres, Tauris Parke Paperbacks, 2004.

- Karol, Kewes S., *Les Guerrilleros au pouvoir*, París, Robert Laffont, 1970.
- Lasch, Christopher, *La agonía de la izquierda norteamericana*, Barcelona/México, Ediciones Grijalbo, 1970.
- Lavaniegos, Mircea, “‘El Sol de las profundidades’: una revisión de la lectura séjourneana de figura de Quetzalcóatl desde el esoterismo occidental”, *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña plus*, vol. 16, n° 1, Costa Rica, enero/junio 2024, pp. 120-133.
- Lefort, Claude, “Crítica del liberalismo rampante”, en C. Lefort, *La complicación. Retorno sobre el comunismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, pp. 15-23.
- Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Lewis, Oscar, Ruth M. Lewis y Susan M. Rigdon, *Four men: Living the Revolution: An Oral History of Contemporary Cuba*, Urbana Champaign, University of Illinois, 1977.
- _____, *Four women: Living the Revolution: An Oral History of Contemporary Cuba*, Urbana Champaign, University of Illinois, 1977.
- _____, *Neighbors: Living the Revolution: An Oral History of Contemporary Cuba*, Urbana Champaign, University of Illinois 1978.
- López Austin, Alfredo, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie de Cultura Náhuatl, Monografías: 15, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
- Randall, Margaret, *Mujeres en la revolución. Margaret Randall conversa con mujeres cubanas*, México, Siglo XXI, 1972.
- _____, *La mujer cubana ahora*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, Ciencias Sociales, 1972.
- Rojas, Rafael, *Historia mínima de la Revolución cubana*, México, El Colegio de México, 2015.
- _____, *Traductores de la utopía. La revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018.
- Rooney, Isabella, “Gendering the revolution: *Bohemia*, power and culture in post-revolutionary Cuba, 1960-1985”, *Radical Americas*, vol. 7, n° 1, 2022. DOI: <https://doi.org/10.14324/111.444.ra.2022.v7.1.003>. Disponible en: <https://journals.ucpress.co.uk/ra/article/pubid/RA-7-3/>
- Sartre, Jean Paul, *Sartre visita a Cuba*, La Habana, Ediciones R, 1961.
- Séjourné, Laurette, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- _____, *El universo de Quetzalcóatl*, prólogo de Mircea Eliade, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
- _____, “Oración”, *Revista Casa de las Américas*, vol. VIII, n° 46, La Habana, 1968, p. 106.
- _____, *América Latina*, tomo I, *Historia Universal Siglo XXI*, vol. 21, *Antiguas culturas precolombinas*, México, Siglo XXI, 1972.
- _____, (comp.), Teatro Escambray: una experiencia, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1977.
- _____, (comp., con la colaboración de Tatiana Coll), *La mujer cubana en el quehacer de la historia*, México, Siglo XXI Editores, Colección América Nuestra. Caminos de Liberación, 1980.
- Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.
- Urías, Beatriz, “Victor Serge en México, 1941-1947”, *Historia Mexicana*, vol. 70, n° 4, México, El Colegio de México, abril-julio de 2021, pp. 1765-1814. DOI: <https://doi.org/10.24201/hm.v70i4.4242>. Disponible en: <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/4242>.
- _____, “¿Nueva Izquierda o nueva ortodoxia? Laurette Séjourné y la Revolución cubana en 1970”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 39, n° 2, verano de 2023, pp. 215-240. DOI: <https://doi.org/10.1525/msem.2023.39.2.215>. Disponible en: <https://online.ucpress.edu/msem/article-abstract/39/2/215/196977/Nueva-Izquierda-o-nueva-ortodoxia-Laurette?redirectedFrom=fulltext>
- Warlick, M. E., “Leonora Carrington’s Esoteric Symbols and their Sources Carrington’s Esoteric”, *Studia Hermetica Journal*, vol. 1, n° 1, 2017, pp. 56-83.

Resumen / Abstract

El diario de una “compañera de viaje”. Laurette Séjourné y la Revolución cubana en 1970

A partir de 1970, una parte significativa de la nueva izquierda intelectual cuestionó el alineamiento del régimen cubano con la URSS, así como los límites impuestos a la libertad de expresión, y se alejaron de la causa cubana. La deserción de intelectuales de diferentes países coincidió con la invitación oficial que el gobierno dirigió a la arqueóloga francoitaliana Laurette Séjourné para realizar una visita a mediados de 1970. Muy rápidamente, Séjourné se convirtió en una “compañera de viaje” e inició una colaboración estrecha con Casa de las Américas y la Federación de Mujeres Cubanas. Este artículo está basado en el diario de este viaje de Séjourné a Cuba. El diario muestra que el proceso de radicalización que atravesó tuvo un sentido de transformación personal, en el cual subyace una veta espiritualista –de tipo esotérico– que también estuvo presente en su trabajo como arqueóloga en México. El componente espiritualista jugó un papel determinante en la adhesión de Séjourné a la causa cubana, en la medida en que se entrelazó y fue compatible con la retórica redentorista utilizada por el régimen.

Palabras clave: Revolución cubana - Compañera de viaje - Radicalización - Esoterismo

Fecha de presentación del original: 21/10/23

Fecha de aceptación del original: 21/5/24

The Diary of a Fellow Traveler: Laurette Séjourné and the Cuban Revolution in 1970

Starting in 1970, a significant segment of the new intellectual left began to challenge the alignment of the Cuban regime with the URSS and the constraints placed on freedom of expression, leading them to distance themselves from the Cuban cause. The defection of intellectuals from various countries coincided with the official invitation extended by the government to the Franco-Italian archaeologist Laurette Séjourné for a visit in the mid-1970s. Rapidly, Séjourné became a “fellow traveler” and initiated a close collaboration with Casa de las Americas and the Federation de Mujeres Cubanas. This article is based on Séjourné’s diary of her trip to Cuba. The diary reveals that the process of radicalization she underwent had a personal transformative aspect, with an underlying spiritualist –almost esoteric– dimension that was also present in her work as an archaeologist in Mexico. The spiritual component played a determining role in Séjourné’s adherence to the Cuban cause, to the extent that it intertwined and was compatible with the redemptive rhetoric used by the regime.

Keywords: Cuban Revolution - Fellow Traveler - Radicalization - Spiritualism - Esoterism

¿Apóstoles de la paz?

Lecturas de Romain Rolland y Henri Barbusse
*en la prensa de Buenos Aires (1914-1919)**

Magalí Andrea Devés** y Emiliano Gastón Sánchez***

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín / CONICET

El primer número de la revista *Insurrexit*, publicado en Buenos Aires en septiembre de 1920, reproducía a página completa una fotografía de Henri Barbusse vestido con uniforme militar. Esa indumentaria aludía a la participación del escritor en el ejército francés durante los primeros años de la Gran Guerra. Debajo de la fotografía, se expande sobre los márgenes de la hoja una elogiosa descripción de este “apóstol de la paz”, que levantó su pluma frente a la contienda:

He aquí el apóstol de la edad presente, el que supo en la hora trágica de los desbordes patrióticos sanguinarios, lanzar su verdad serena y evidente como una luz en medio de las tinieblas del prejuicio y de la mentira [...] se entregó al sacrificio, para poder desenmascarar a la guerra, arrancándole los falsos oropeles con que recubrieron los sicarios de la burguesía y mostrándola en toda su horrorosa desnudez llena de lodo y de inmundicias [...] porque supo gritar en el momento oportuno, su silueta se destaca como la de un apóstol, sobre los resplandores rojos de la gran aurora que se levanta en Rusia.¹

Apenas unos números después, el colectivo que impulsaba la revista eligió el retrato de “otro grande espíritu”, Romain Rolland, que “apoyado en sí mismo, contra todos irguió su razón serena, y dijo su palabra vidente en medio de la grita salvaje”.² Desde el inicio de la Gran Guerra, ambas figuras contribuyeron a definir el nuevo perfil del “intelectual comprometido” en Fran-

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en el Seminario Interinstitucional “Usos de lo impreso en América Latina”, coordinado por el Dr. Aimer Granados (UAM-C), la Dra. Kenya Bello (CELA-FFYL-UNAM) y el Dr. Sebastián Rivera Mir (Colegio Mexiquense). Agradecemos los comentarios del Dr. Fabián Herrera León y las sugerencias allí recibidas.

** magalideves@yahoo.com.ar. ORCID: <<http://orcid.org/0000-0003-3784-5560>>.

*** emilianogastonsanchez@gmail.com. ORCID: <<https://orcid.org/0000-0003-1518-5872>>.

¹ Caín, “Henri Barbusse”, *Insurrexit. Revista universitaria*, n° 1, 8 de septiembre de 1920, pp. 3-4. Para un panorama más amplio sobre esta publicación: Horacio Tarcus, “Dí tu palabra y rómpete: el corto verano del Grupo Universitario Insurrexit y su revista”, en *AmericaLee. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*. Disponible en: https://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2019/06/INSURREXIT_PRESENTACION.pdf.

² “Romain Rolland”, *Insurrexit*, n° 4, 9 de diciembre de 1920, p. 9.

cia.³ Su opción por el pacifismo disidente frente a la adhesión irrestricta que había concitado la contienda entre el grueso de los intelectuales y académicos franceses, colocó a los dos escritores en una posición muy compleja. Pues, como ha señalado Christophe Prochasson, “ser pacifista durante la Gran Guerra consistió en ponerse al margen de la sociedad, refugiarse en el exilio o la clandestinidad y, más generalmente, verse rechazado, fuera de la comunidad nacional”.⁴

Con el correr de los años, la resistencia pacifista de estos intelectuales se combinó con su adhesión a la causa de la Rusia soviética dando lugar a elocuentes demostraciones de admiración como las de *Insurrexit*, que lejos estuvieron de ser una excepción. Una rápida mirada a las revistas políticas y literarias publicadas en Buenos Aires durante el período de entreguerras revela que Barbusse y Rolland devinieron en dos referencias indiscutibles para la cultura porteña y, en particular, para el universo de las izquierdas. Como “maestros de la juventud” en el marco de la Reforma Universitaria y posteriormente como los “padres del antifascismo”, sus rostros ocuparon las portadas y las páginas de diversas publicaciones que difundían sus artículos y manifiestos. Existieron incluso algunos periódicos porteños que, de manera explícita, declamaron su inspiración en las revistas impulsadas por ambos intelectuales. Así lo evidencian, por ejemplo, *Claridad* (1920 y 1926-1941) y *Monde. Hebdomadaire internationale* (1928-1935).⁵ Los diarios y semanarios porteños también siguieron con atención los itinerarios y las propuestas de estas figuras representativas para una nueva generación de intelectuales franceses que retomaban el ideario *dreyfusard* de finales del siglo XIX y los valores universales asociados a Francia: el derecho, la libertad y la justicia. Sus obras eran reseñadas en la prensa y el reconocimiento alcanzado por esos años se refleja en los obituarios y en los diversos homenajes que les fueron dedicados a ambos al momento de su muerte.

Si bien ese proceso de recepción no ha sido estudiado en profundidad, la atracción ejercida entre sus pares argentinos en los años de entreguerras, en los cuales Rolland y Barbusse se consolidaron como los exponentes del pacifismo, pero también como una suerte de profetas laicos cuyos itinerarios resumían el abandono de la conciencia burguesa en favor de un nuevo compromiso intelectual, ha sido señalada por la historiografía y, en especial, en los estudios sobre el antifascismo local.⁶

³ Christophe Prochasson y Anne Rasmussen, *Au nom de la patrie: les intellectuelles et la Première Guerre mondiale, 1910-1919*, París, La Découverte, 1996, pp. 142-156.

⁴ “Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas del compromiso”, Ayer. *Revista de Historia Contemporánea*, nº 91, 2013, p. 45.

⁵ El fondo personal de Cayetano Córdova Iturburu guarda una carta que le enviria Raúl González Tuñón, a propósito de la creación de *Contra. La Revista de los Franco-tiradores*, publicada en Buenos Aires entre abril y septiembre de 1933. Allí, González Tuñón señalaba que “tiene la pretensión de parecerse a *Monde*. Por lo menos el mismo formato e idéntica libertad para decir las cosas”. Fondo Cayetano Córdova Iturburu, cedinci, Buenos Aires, Argentina, arcedinci fa-025-2-2.1.-2.1.1.-2.1.1.1. 306.

⁶ Véanse, entre otros: Fernando Rodríguez, “Estudio preliminar” a *Inicial. Revista de la Nueva Generación (1923-1927)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003; Andrés Bisso y Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)”, en H. Biagini y A. Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II, Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006; Horacio Tarcus, “Aníbal Ponce en el espejo de Romain Rolland”, estudio preliminar a A. Ponce, *Humanismo Burgués y humanismo proletario*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009; Ricardo Pasolini, “*Scribere in eos qui possunt proscribere*. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 12, 2008; Ricardo Pasolini, “Entre el antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual”, *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, nº 52, 2013; Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013; Martín Bergel, *El Oriente desplazado*.

La gravitación de esas representaciones ha sido tan poderosa que, con frecuencia, fueron extrapoladas a los años de la Gran Guerra en las escasas investigaciones que aludieron a la presencia de ambas figuras en la cultura porteña de ese periodo.⁷ Y, en cierta medida, el traslado acrítico de esos tópicos a los años de la guerra ha obstaculizado la emergencia de una investigación específica sobre las lecturas realizadas por los contemporáneos al calor del conflicto que permita establecer no sólo su especificidad sino también las rupturas y resignificaciones que se tornan más evidentes a partir de la primera postguerra.

No obstante, como intenta demostrar este artículo, la guerra y la inmediata postguerra constituyen una etapa fundamental en el complejo proceso de recepción y de circulación de impresos sobre ambos autores entre Europa y el Río de la Plata. Pues si bien es probable que hayan existido referencias previas, la presencia de Rolland y Barbusse en la prensa de Buenos Aires se incrementa de manera notable a raíz de la cobertura mediática de la Gran Guerra.⁸

La clausura de esta etapa de ese proceso de recepción, iniciada a raíz del estallido de la contienda, se produce entre mediados de 1919 y comienzos de 1920, pues en esos meses ocurrieron varios hechos importantes para la problemática analizada en este artículo. En primer lugar, la célebre conferencia dictada por Carlos Ibarguren en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres en julio de 1919, publicada meses después bajo el título *La literatura y la Gran Guerra*. En dicho libro, este intelectual ajeno por completo al universo de las izquierdas brinda un extenso panorama de la literatura y la poesía francesas durante la contienda, en el que dedica varios pasajes a Rolland y a Barbusse.

En segundo lugar, la creación a mediados de 1919 de la Editorial Pax, dirigida por Roberto Giusti y Manuel Gálvez. Este sello será un activo difusor de la literatura de guerra en la Argentina y en 1920 publicará (con traducción propia) la novela de Rolland, *Clerambault. Historia de una conciencia libre durante la guerra*. Un último hito para comprender la importancia de esos meses como una coyuntura que clausura la etapa anterior de ese proceso es la publicación, en enero de 1920, de la primera revista *Claridad*, una experiencia más breve y

Los intelectuales y los orígenes del terciermundismo en la Argentina, Bernal, UNQUI, 2015, pp. 197-208; Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015; Magalí Andrea Devés, “Arte y antifascismo en la revista Monde (1928-1935)”, *Políticas de la Memoria*, n° 17, verano de 2016/2017, pp. 144-146 y “El Teatro Experimental de Arte: entre las vanguardias soviéticas y el Teatro del Pueblo de Romain Rolland (Buenos Aires, 1927-1928)”, en P. Ansaldi, M. Fukelman, B. Girotti y J. Trombetta (comps.), *Teatro Independiente. Historia y Actualidad*, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2017.

⁷ Hugo Biagini, “Romain Rolland y el Movimiento Reformista Latinoamericano”, *Páginas de Filosofía*, Departamento de Filosofía-Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Comahue, n° 8, 1999; Hugo Biagini, “Romain Rolland entre nosotros”, en H. Biagini *Utopías juveniles. De la bohemia al Che*, Buenos Aires, Leviatan, 2000; Olivier Compagnon, *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*, Buenos Aires, Crítica, 2014, pp. 190-192; y Cinthia Mejide, “La traducción como argumento: Augusto Bunge frente a la Gran Guerra”, en M. Inés Tato, A. P. Pires y L. E. Dalla Fontana (coords.), *Guerras del siglo XX. Experiencias y representaciones en perspectiva global*, Rosario, Prohistoria, 2019, pp. 105-109. Una notable excepción, en este sentido, es el artículo de José Fernández Vega, “Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación* de Buenos Aires”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 3, 1999.

⁸ Aunque no existen estudios al respecto, es viable conjeturar que el éxito de *Jean Christophe*, la novela de Rolland publicada entre 1904 y 1912, haya recibido la atención de la prensa porteña en los años previos a su posicionamiento pacifista. Por su parte, Fernández Vega ha constatado que *La Nación* publicó al menos tres relatos de Barbusse en los primeros meses de 1911. Fernández Vega, “Crisis política y crisis de representación estética”, p. 145.

menos conocida que su sucesora fundada y dirigida por Antonio Zamora en 1926.⁹ A juzgar por el intercambio epistolar entre José Ingenieros y el propio Barbusse –que se extendió hasta 1921– la revista estuvo relacionada con el proyecto de conformar una filial local del grupo *Clarté!*¹⁰ Esos vínculos se evidenciarán también con la llegada de Ingenieros a las páginas de *Clarté* en marzo y abril de 1921, lo que revela la bidireccionalidad de esos procesos de transferencias culturales entre Francia y la Argentina.¹¹

Ahora bien, con el objeto de estudiar los sentidos que movilizaron las lecturas de ambos autores antes de su decidida incorporación al discurso de las izquierdas argentinas en los años posteriores al conflicto bélico, en este artículo se analizará un variopinto entramado de periódicos que por entonces inundaban las calles de Buenos Aires a toda hora. En primer lugar, los grandes diarios de la “prensa comercial” (matutinos y vespertinos); en segundo lugar, los semanarios ilustrados; en tercer lugar, las publicaciones asociadas a la colectividad francesa y, por último, los periódicos vinculados a la izquierda anarquista y socialista, en especial *La Protesta* y *La Vanguardia*.

El análisis de estos nichos y sectores del sistema mediático de Buenos Aires revela las diversas temporalidades y características que adquirieron las lecturas sobre las obras y los posicionamientos de Barbusse y Rolland durante la Gran Guerra. Pues como sostiene la hipótesis principal de este trabajo –a diferencia de lo que ocurre en el universo de las revistas literarias y culturales, donde las miradas sobre estos autores fueron más elogiosas–, la presencia de ambas figuras en la prensa porteña se caracterizó por una lectura mucho más crítica de sus propuestas pacifistas. Como se intenta demostrar en las páginas que siguen, esos cuestionamientos se explican, en primer lugar, por la procedencia de los textos, muchos de ellos toma-

⁹ *Claridad. Revista Quincenal Socialista de Crítica, Literatura y Arte* fue publicada entre enero y agosto de 1920. Su número inaugural reprodujo el primer manifiesto de *Clarté!*, así como también una nota de José Ingenieros titulada “¡Claridad!” (véase n° 1, pp. 1-2). Una versión del manifiesto ya había circulado en *La Vanguardia* en julio de 1919. Henri Barbusse, “El grupo Claridad”, *La Vanguardia. Diario del Partido Socialista* (en adelante, *La Vanguardia*), 16 de julio de 1919, p. 1. La bibliografía sobre el movimiento y la revista *Clarté!* es muy abundante. Véanse, entre otros: Nicole Racine, “The Clarté Movement in France, 1919-21”, *Journal of Contemporary History*, vol. 2, n° 2, 1967; Nicole Racine, “Une revue d’intellectuels communistes dans les années vingt : ‘Clarté’ (1921-1928)”, *Revue française de science politique*, vol. 17, n° 3, 1967; y Alain Cuénot, *Clarté 1919-1924 (Tome I). Du pacifisme à l’internationalisme prolétarien*, y *Clarté 1924-1928 (Tome II). Du surréalisme au trotskisme*, París, L’Harmattan, 2011. Sobre la revista *Claridad* de 1926: Liliana Cattáneo, “La revista Claridad: una tribuna latinoamericana de la izquierda argentina”, en A.A.V.V., *Historia de revistas argentinas*, t. II, Buenos Aires, A.A.E.R., 1997, y Florencia Ferreira de Cassone, *Claridad y el internacionalismo americano*, Buenos Aires, Claridad, 1998.

¹⁰ Fondo José Ingenieros, cedinci, Buenos Aires, Argentina, SAA/8-4/1.3.19 a 27. Por ello, tampoco es casual que la *Revista de Filosofía*, que dirigía Ingenieros, haya propiciado esta iniciativa. Véase José Ingenieros, “Los ideales del Grupo Claridad”, *Revista de Filosofía. Cultura, Ciencias, Educación*, año vi, n° 2, marzo 1920 y Romain Rolland, Henri Barbusse, Georges Duhamel, “La internacional de los intelectuales”, *Revista de Filosofía. Cultura, Ciencias, Educación*, año vi, n° 4, julio 1920.

¹¹ “Esta hermosa publicación semanal, que dirige en París el fundador del grupo Claridad, Henri Barbusse, ha insertado como folletín, en sus Nros 59, 60 y 61, correspondientes a los días 25 de Marzo, 1 y 8 de Abril, el trabajo de José Ingenieros titulado *Las fuerzas morales de la Revolución*, que publicó *Nosotros* en su número del mes de enero. Como presentación a los lectores de Clarté, junto a un retrato del autor, acompaña la Dirección, las siguientes palabras: ‘José Ingenieros, uno de los más grandes pensadores de la América Latina, es también un militante de los más activos, muy conocido por sus escritos y su propaganda esclarecida. Defensor desde la primera hora de la Revolución Rusa, supo mostrar a las masas la gigantesca obra realizada por los bolchevikis. Profesor de la Universidad, Director de diversas Revistas, José Ingenieros es una de las figuras más salientes del Nuevo Mundo. Comenzamos hoy la publicación de una notable conferencia dada por él últimamente en Buenos Aires’”. “Clarté”, *Nosotros*, n° 143, abril de 1921.

dos de diferentes publicaciones francesas. Y en segundo lugar, por tratarse de crónicas enviadas por los corresponsales de la prensa porteña instalados en París, quienes imbuidos en esa “cultura de guerra” consideraron inviables e insultantes los cuestionamientos al clima de la Unión Sagrada que impulsaron ambos literatos.¹² Por último, algo similar ocurre en los diarios y revistas de la colectividad francesa que desde agosto de 1914 orientó su entramado asociativo y sus publicaciones periódicas al servicio de la patria lejana. Con la prolongación del conflicto, este compromiso comunitario con el Hexágono fue tan extremo que provocó diversas tensiones y fracturas al interior de la colectividad, generando un clima poco propicio para difundir una lectura elogiosa de las propuestas pacifistas de Rolland y Barbusse.

El pacifismo como traición: el caso de Rolland

En el marco de la cobertura mediática de la Gran Guerra el ingreso de ambos autores en la prensa de Buenos Aires se produjo a través de dos vías muy evidentes. En primer lugar, mediante la circulación de periódicos europeos, en especial franceses, que desde antes de la guerra llegaban al Río de la Plata en barco y luego eran distribuidos a través del correo. Si bien es cierto que el volumen y la velocidad de esa circulación se vieron afectados a partir de agosto de 1914 por el incremento de los controles y la vigilancia marítima, la prensa europea continuó arribando a la capital argentina siendo un importante insumo de información pero también de textos e imágenes que eran reutilizados con frecuencia por los periódicos porteños.

En segundo lugar, la red de corresponsales extranjeros que los grandes diarios y semanarios de Buenos Aires habían urdido desde finales del siglo XIX. Este conjunto de hombres y mujeres del mundo de las letras, el periodismo y la política, que se verá incrementado en el transcurso de la guerra como parte de las estrategias ensayadas por los grandes diarios para diversificar sus miradas sobre el conflicto, desempeñará un rol clave como mediador cultural entre ambos márgenes del Atlántico. Pues, además de informar sobre las vivencias de la guerra en las grandes ciudades europeas, sus crónicas fueron también un espacio privilegiado para dar cuenta de las novedades teatrales y literarias producidas al calor del conflicto.

A través de esos canales, la recepción de ambas figuras en Buenos Aires se desplegó impulsada por episodios y momentos específicos de sus itinerarios y sus posicionamientos frente a la Gran Guerra. En este sentido, las noticias sobre la campaña pacifista impulsada por Romain Rolland desde las páginas del *Journal de Genève* –periódico que acogió (no sin recelo) sus artículos luego de que el autor decidiera permanecer en Suiza, donde se hallaba de vacaciones al estallar la guerra– configuran un primer momento en las lecturas sobre este autor.

Un episodio particular de esa campaña llamó la atención de la prensa porteña. Se trata de la carta abierta que Rolland le escribió al novelista alemán Gerhart Hauptmann, a propósito de

¹² La noción de “cultura de guerra” fue definida por Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, en un artículo programático de la “nueva historia cultural de la Gran Guerra”, como “el campo de todas las representaciones de la guerra forjadas por los contemporáneos; de todas las representaciones que éstos se hicieron del inmenso acontecimiento, durante y después de él”. “Violencia y consentimiento. La ‘cultura de guerra’ del primer conflicto mundial”, en J. P. Rioux y J.-F. Srinelli, *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1997, p. 266. Para un balance más amplio sobre los estudios culturales de este conflicto: Emiliano Gastón Sánchez, “El impacto cultural de la Gran Guerra en Europa y América Latina: intelectuales, periodistas y periódicos”, *Anuario IEHS*, vol. 33, nº 1, enero-junio de 2018.

la destrucción de Lovaina durante la invasión alemana de Bélgica, y en la que acuñó la célebre frase: “¿Son ustedes los nietos de Goethe o los de Atila?”.¹³ Esta carta abierta y el intercambio que siguió a ella se publicaron en Buenos Aires durante el mes de octubre de 1914.¹⁴ Las pocas semanas transcurridas desde el inicio de esta polémica permiten inferir que los textos publicados por la prensa local fueron tomados de los periódicos franceses y españoles. En líneas generales, se trata de artículos publicados sin mayores preámbulos ni aclaraciones al respecto. La única excepción en este sentido se encuentra en las páginas del diario católico *El Pueblo* que, al publicar a finales de octubre de 1914 la réplica de Hauptmann a Rolland en el *Berliner Tageblatt*, señaló: “Hauptmann representa una tendencia filosófica que no es la nuestra. Al consignar como lo haremos, por obvias razones de actualidad, algunos párrafos de su réplica, se ha de entender que no aceptamos sus apreciaciones episódicas, ni los juicios implícitos ó explícitos que emite de algunas personalidades funestas como Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Goethe, etc.”.¹⁵

Otros comentarios sobre la campaña pacifista de Rolland, provenientes de la prensa francesa, fueron publicados en Buenos Aires algunas semanas más tarde. Esos artículos se destacan por el tono invariablemente crítico y por la incomprendición de sus pares que, como ya se ha señalado, constituye un rasgo distintivo de las miradas provenientes de este tipo de publicaciones. En ese sentido, cabría destacar el artículo de Alphonse Aulard, profesor a cargo de la cátedra de Historia de la Revolución Francesa en la Sorbona, quien no solo acusó a Rolland de mantener amistades con intelectuales alemanes sino que además criticó el lirismo de sus propuestas pacifistas: “¡No M. Román Rolland! No es el pensamiento de Kant lo que los alemanes defienden en Koeningsberg! ¡Escarnecen, asesinan este pensamiento! Si Kant viviera todavía, se avergonzaría de ser prusiano”, afirmaba el catedrático.¹⁶

La circulación en Buenos Aires de estos textos permitió conocer algunos trazos de la cultura nacional de guerra que emergió en Francia a partir de agosto de 1914, y los alineamientos mayoritarios de los intelectuales y catedráticos franceses al clima de la Unión Sagrada. No obstante, esa mirada negativa sobre la campaña pacifista de Rolland también se hizo presente en las crónicas de algunos de los corresponsales de la prensa porteña instalados en París. Es el caso de Francisco García Calderón, escritor y diplomático peruano que se desempeñaba como corresponsal de *La Nación* en la capital francesa, donde residía desde comienzos del siglo xx. En una crónica publicada a comienzos de 1915, en la que todavía es posible advertir los ecos de la campaña pacifista impulsada por Rolland, García Calderón consideraba al escritor como un “curioso personaje de una república de las letras como aquella en que soñara Goethe, sin

¹³ “À propos de la destruction de Louvain. Lettre ouverte de Romain Rolland à Gerhart Hauptmann”, *Journal de Genève*, 2 de septiembre de 1914, p. 1. La versión en castellano puede consultarse en Romain Rolland, *El espíritu libre*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1956, pp. 45-47.

¹⁴ “Un artículo de Romain Rolland”, *La Razón. Diario de la tarde* (en adelante, *La Razón*), 4 de octubre de 1914, p. 5; “Hauptmann contesta á Rolland”, *La Razón*, 13 de octubre de 1914, p. 4; “Reñido combate entre Hauptmann, dramaturgo alemán, y Romain Rolland, escritor francés”, *ABC. Revista semanal de literatura amena y variada*, nº 3, del 15 al 21 de octubre de 1914, pp. 3-5; “Reñido combate entre Hauptmann, dramaturgo alemán, y Romain Rolland, escritor francés”, *ABC*, nº 4, del 22 al 28 de octubre de 1914, pp. 4-5; y Gerhardt Hauptmann, “Contra la falsedad”, *Fray Mocho. Semanario festivo, literario, artístico y de actualidades*, 30 de octubre de 1914, s/p.

¹⁵ Observer, “En torno a la guerra”, *El Pueblo. Diario de la Mañana*, 25 de octubre de 1914, p. 2.

¹⁶ “Opiniones. Romain Rolland juzgado por M. Aulard”, *La Razón*, 17 de noviembre de 1914, p. 4. El mismo texto fue publicado a comienzos de 1915 por el semanario *El Hogar*. Véase “Sobre la guerra. Opiniones de los intelectuales”, *El Hogar. Ilustración semanal argentina*, nº 274, 1º de enero de 1915, s/p.

querellas de fronteras [que] se afana en distinguir dos Alemanias”.¹⁷ Para el correspolal peruano, este escritor “suizo, como Mme. de Staël” se muestra neutral y tolerante y “mientras elogia a la antigua Germania de los románticos, condena el actual imperialismo ambicioso. Profesores indecisos le secundan. El teutonismo, dicen, no representa la opinión colectiva más allá del Rin: es credo de junkers orgullosos y empleados sumisos”.¹⁸ La crónica de García Calderón, publicada en uno de los matutinos más importantes de Buenos Aires, deja entrever los efectos de la rápida militarización de la cultura francesa, que obturaba la posibilidad de mantener diálogos y establecer matices en torno a la imagen de la Alemania “bárbara” construida en el marco de las denuncias sobre las “atrocidades alemanas” en Bélgica.¹⁹

Por ello, no es extraño que, en un sentido contrario, las excepciones a esa mirada crítica en torno al pacifismo de Rolland hayan provenido del diario *La Unión*, el principal periódico de propaganda alemana en castellano, editado en Buenos Aires desde finales de octubre de 1914. En sus páginas, el autor de *Jean Christophe* es señalado como uno de los pocos escritores franceses que logró escapar al “peligroso trastorno mental” que afectó a buena parte de sus colegas desde el estallido de la guerra, pero también como “el único que se ha mantenido sereno y firme ante la verdad, dando con ello prueba del más elevado y sereno patriotismo y del más recio temple de alma”.²⁰ No obstante, como reconocía el anónimo comentarista de *La Unión*, para poder abstraerse a ese clima chauvinista, Rolland “tuvo que emigrar a Suiza, porque su patriotismo no era como el de los Hervé, los France, los Sembat, un patriotismo de última hora, un patriotismo postizo [...] del miedo al pueblo”.²¹

Sin embargo, el tono hostil hacia Rolland no solo se mantuvo en los meses posteriores sino que se incrementó a raíz de la publicación de *Au-dessus de la mêlée* en noviembre de 1915, un libro que reunía los artículos publicados en el *Journal de Genève* durante los primeros meses de la guerra y que se transformaría en un emblema del pacifismo transnacional.²² Uno de los primeros en reseñarlo en la prensa porteña fue el ya citado García Calderón, aunque en esta oportunidad la virulencia de su crónica es mucho mayor: “Desde la fría eminencia suiza distribuye Romain Rolland críticas y recompensas a los héroes de esta guerra adusta. Condena o exalta alternativamente seguro de su magisterio tolstoyano. A su helado risco no llegan las pasiones de la tierra, la admirable tensión de los patriotismos exacerbados. ¿Quién le confirió en esta insolita querella la alta función de juez?”, se interrogaba el correspolal de *La Nación*.²³

Las críticas de García Calderón apuntaban a la difícil posición que Rolland intentaba asumir desde su refugio en Suiza como portador de la “conciencia crítica” ante la cruda realidad de la guerra. En este sentido, el correspolal enfatizaba la “deserción moral” del escritor

¹⁷ Francisco García Calderón, “La guerra y los ideólogos (Para La Nación). Burdeos, noviembre de 1914”, *La Nación. Diario de la mañana* (en adelante, *La Nación*), 11 de enero de 1915, pp. 3-4.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2001, pp. 214-225.

²⁰ “Lo que escribe un francés. Mr. Romain Rolland y los chauvinistas”, *La Unión. Diario de la tarde* (en adelante, *La Unión*), 28 de diciembre de 1915, p. 7.

²¹ *Ibid.*

²² Para un balance sobre la significación y circulación de ese texto, véase Landry Charrier y Rolland Roudil (dirs.), *Centenaire d’Au-dessus de la mêlée de Romain Rolland. Regards sur un texte de combat*, Dijon, Éditions Universitaires de Dijon, 2015.

²³ Francisco García Calderón, “Romain Rolland y la guerra (Para La Nación). París, enero de 1916”, *La Nación*, 12 de marzo de 1916, p. 5.

francés, que había abandonado a su patria en un momento de extrema gravedad, al tiempo que criticaba la pretensión de levantar “su evangélica tribuna en una encrucijada de odios”. A modo de corolario, afirmaba:

Ni le admiran en Alemania ni le comprenden en Francia porque ante la agresión de las ideas y de los hombres, se afana en agitar la blanca enseña de los parlamentarios. Ignora siempre este pensador de inútiles sinfonías, el formidable vigor de las pasiones castizas. Europa odia, y él ama beatamente, oponiendo a heroicas muchedumbres su yo exasperado. Renuncia a su patria gloriosa para vivir ya en una serena y utópica humanidad. Extraño a la pasión común, se convierte en ibseniano “enemigo del pueblo” y de los pueblos. Trágica posición espiritual en un mundo intenso y dividido. ¿Es traidor o precursor, sirve al ideal o abandona la causa francesa? De pie ante el indeciso porvenir, espera noblemente la grave sentencia absolutoria o condenatoria de las nuevas generaciones.²⁴

Para comprender la virulencia de García Calderón hacia el pacifismo y la pretendida neutralidad intelectual postulada por Rolland hay que atender a dos factores. En primer lugar, su rutilante francofilia y que, en rigor, fue una de las posiciones más extendidas en la prensa porteña. Esta adhesión incondicional a Francia hace del escritor refugiado en la Suiza neutral un traidor a su patria. Y en segundo lugar, un dato no menor de su entorno familiar: su hermano José, que también trabajó para la legación de Perú en Francia, a comienzos de la guerra se enroló, como otros latinoamericanos, en las filas de la Legión Extranjera. Y pocos meses después de la escritura de esta crónica, en mayo de 1916, perdería la vida en la batalla de Verdún, transformándose en una suerte de “modelo de voluntario transnacional”, gracias al lugar otorgado a su figura en varias crónicas que Enrique Gómez Carrillo publicó en la revista de propaganda aliada *América-Latina* a finales de 1916.²⁵

De todos modos, García Calderón no fue una excepción. Otros corresponsales de la prensa de Buenos Aires también señalaron sus críticas (o reseñaron las de terceros) al referirse al libro de Rolland que reunía los artículos periodísticos de su campaña pacifista. Es el caso de Juan José de Soiza Reilly, un reconocido periodista porteño que al inicio de la guerra partió rumbo a Europa como enviado especial de *La Nación* y del semanario *Fray Mocho*. Durante su periplo por el Viejo Continente, Soiza Reilly pasó varias semanas recorriendo las principales ciudades de Suiza, un país devenido en la “patria simbólica” de los intelectuales pacifistas y el epicentro del humanitarismo transnacional.²⁶ En una de sus crónicas, escrita en Ginebra en marzo de 1916, el correspolal se refiere a los pacifistas como personajes “que provocan risa”, aun cuando se trata de personalidades prestigiosas como Rolland que “ha dejado de escribir

²⁴ *Ibid.*

²⁵ José Ortiz Sotelo, “El Perú y los aspectos militares de la guerra”, en F. Novak y J. Ortiz, *El Perú y la Primera Guerra Mundial*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014, pp. 136-137; y Maximiliano Fuentes Codera, *España y Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidades transnacionales*, Madrid, Marcial Pons, 2022, pp. 121-122. *América-Latina* (1915-1919) fue una revista mensual impulsada por el War Propaganda Bureau con el objeto de incidir mediante la propaganda en España, Portugal y América del Sur. A partir de junio de 1916, devino bimensual y fue editada en París al amparo de la Maison de la Presse. Fuentes Codera, *España y Argentina*, pp. 111-112. Algunas de las crónicas de Gómez Carrillo sobre los voluntarios latinoamericanos fueron recuperadas en su libro *La gesta de la Legión*, Madrid, Editorial ‘Mundo Latino’, 1921.

²⁶ Christophe Prochasson, *Les intellectuels, le socialisme et la guerre, 1900-1938*, París, Seuil, 1993, pp. 160-162.

novelas hermosas para dirigir cartas inútiles a sus contemporáneos”.²⁷ En esa crónica, Soiza Reilly reseña el “temporal de sonrisas amargas” desatado en Francia a raíz de la publicación de *Au-dessus de la mêlée* y las respuestas de Rolland a sus críticos, en lo que constituye todo un indicio de la rápida circulación del texto a través de Europa.²⁸

El periodista español José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín, también optó por reseñar las críticas negativas que recibió el autor de *Au-dessus de la mêlée*, en una crónica en la que trazaba un contrapunto de las posiciones ante la guerra entre Rolland y Charles Péguy, quienes habían sido compañeros en *Les Cahiers de la Quinzaine*. Frente a la heroica muerte de Péguy en la batalla del Marne, la actitud adoptada por Rolland, al considerarse “como un ser superior y augusto, al cual no llegan los intereses y terribles pasiones que concitan entre sí los pueblos”, causó sorpresa y estupefacción entre sus pares franceses. “¿De qué manera –se preguntaban– este hombre puede considerarse fuera del campo de nuestra afectividad y no tomar partido decididamente por nosotros contra nuestros enemigos?”, señalaba Azorín, apelando a los intelectuales de Francia que habían denostado la actitud de Rolland.²⁹

Ni siquiera la concesión a Rolland del Premio Nobel de literatura correspondiente al año de 1915 (otorgado en 1916) pudo modificar esas visiones críticas sobre su pacifismo intelectual. Por el contrario, si bien el galardón fue concedido en honor a su labor literaria previa a la guerra, las lecturas en torno al premio no lograron separar ambos planos del itinerario intelectual de Rolland. De esta manera, para algunos corresponsales e intelectuales que publicaban con frecuencia en la prensa porteña, esa campaña pacifista empañó una incuestionable carrera literaria. Así lo señaló Max Nordeau, en otra de sus crónicas publicadas en *La Nación*: “la resolución del areópago sueco ha asombrado a la opinión, tanto en Francia como en los países extranjeros, ha chocado a mucha gente y ha sorprendido a todos. Tiene su faz literaria, pero desgraciadamente tiene también una faz política”.³⁰ El corresponsal consideraba que la Academia sueca había cometido “un error incomprensible y difícilmente disculpable” al premiar a una figura como Rolland, vituperado por los franceses que “no se encuentran encima sino en medio de la refriega homicida” y que “no admiten que uno de los suyos se arroge en estos momentos el derecho a la imparcialidad”. Nordeau se cuestiona si el momento elegido no buscaba dar una lección a Francia, lo cual sería “una falta de tacto en extremo chocante”. Pues al declararse a favor de “un autor violentamente discutido, repudiado por su país [...] la academia sueca se ha inmiscuido en la querella, se ha declarado implícitamente contra Francia, ha dado

²⁷ Juan José de Soiza Reilly, “Panoramas de la guerra. El refugio de los redentores (Para La Nación). Ginebra, marzo de 1916”, *La Nación*, 14 de mayo de 1916, p. 7. Pocos meses después, *La Vanguardia* publicó un extracto del libro, traducido para el diario por C. Villalobos. Véase “Los ídolos (Del libro ‘Au-dessus de la melée’)", *La Vanguardia*, 4 de septiembre de 1916, p. 5.

²⁸ De Soiza Reilly alude sobre todo a las críticas de Henri Massis, Wilhem Herzog y Orson Wells.

²⁹ Azorín, “Andanzas y lecturas. Rolland y Peguy (Especial para La Prensa). Madrid, junio de 1916”, *La Prensa. Diario de la mañana* (en adelante, *La Prensa*), 25 de julio de 1916, p. 6. El corresponsal español se hacía eco de de la prensa nacionalista francesa y de los folletos publicados por Pablo Jacinto Loysen y Santiago Pioch. Otro corresponsal que manifestó sus críticas a la campaña de Rolland fue Max Nordeau, en una crónica escrita en Madrid en agosto de 1916. “Ha pretendido mantenerse imparcial en una situación en la que la opinión pública exige imperiosamente a todos que se abanderen y considera delito no hacerlo; y su libro ‘Au dessus de la mêlée’ ha dispersado a los cuatro vientos al ejército de sus admiradores, fuera de unos cuantos empecinados que siguen siéndole fieles”, afirmaba en “De España. La literatura de guerra (Para La Nación). Madrid, agosto de 1916”, *La Nación*, 25 de agosto de 1916, p. 4.

³⁰ Max Nordeau, “De Madrid. Breve paréntesis. Hablemos del Premio Nobel... (Para La Nación). Madrid, diciembre de 1916”, *La Nación*, 21 de enero de 1917, p. 5.

la razón a Romain Rolland y ha refrendado sus censuras contra los franceses y sus insinuaciones amorosas a Alemania".³¹

No obstante, el reconocimiento a la labor literaria de Rolland que posibilitó la obtención del Premio Nobel hizo que, al menos por varios meses, su presencia en la prensa de Buenos Aires estuviera asociada a esta faceta, expresada mediante la publicación de extractos de algunas de sus obras anteriores a la guerra.³² En algunos casos aislados, como el ya citado diario *La Unión*, la obtención del galardón motivó una explícita reivindicación de sus cualidades literarias, ignoradas por los colegas franceses que, luego del estallido de la guerra, fueron incapaces de comprender sus posicionamientos y los matices señalados por Rolland sobre el valor de la cultura germana. "El premio Nobel viene, pues, a destacar los méritos del literato y la conciencia recta y sana del hombre", afirmó por entonces ese periódico de propaganda alemana.³³ Asimismo, el giro "por encima de la contienda" (y sus diversas variaciones) se transformó en una suerte de sentido común que emerge en varias crónicas y artículos sobre la Gran Guerra, aunque no vinculadas en forma directa con la obra de Rolland.³⁴

Sin embargo, la continuidad de esa mirada negativa sobre el pacifismo de Rolland se mantuvo como una marca indeleble hasta los últimos textos publicados en la prensa de Buenos Aires durante el período abordado en este trabajo. Ello puede constatarse, por ejemplo, en el extenso artículo que Paul Groussac comenzó a publicar en *La Nación* en coincidencia con el inicio de los festejos por el Día de la Victoria, organizado por las colectividades aliadas en el predio de la Sociedad Rural Argentina en el barrio de Palermo. Mientras que en su primera entrega, luego de una minuciosa reconstrucción biográfica y un análisis de la novela *Jean Christophe*, el director de la Biblioteca Nacional consideraba a Rolland como "uno de los escritores más notables de este comienzo de siglo", la segunda parte de su artículo no ahorraba críticas hacia su pacifismo.³⁵ En resumidas cuentas, Rolland era un desertor que decidió abandonar su país ante la invasión alemana "para ir a continuar en tierra extraña, más próxima de la enemiga que de la propia, su vana y culpable prédica".³⁶ "¿Qué pensaba Rolland de los que, combatiendo bajo su bandera, el frío, la miseria, caían a centenares de miles sobre la tierra disputada al invasor?", se interrogaba Groussac. "¿Qué sentía al recordar a sus amigos y discípulos normalianos segados en plena juventud y que, al morir, confesaban su fe incombustible en el triunfo de la causa santa?". Para este intelectual francés, instalado en la Argentina hacía décadas, las críticas del novelista a esa generación de la élite intelectual francesa que, a dife-

³¹ *Ibid.*

³² Véanse, entre otras: Romain Rolland, "Miguel Ángel", *La Vanguardia*, 30 de enero de 1916, p. 5; 6 de febrero de 1919, p. 5; 20 de febrero de 1916, p. 5, y 5 de marzo de 1916, p. 5; Romain Rolland, "Beethoven", *La Vanguardia*, 18 de julio de 1916, p. 5; 30 de julio de 1916, p. 5; 6 de agosto de 1916, p. 5, y 13 de agosto de 1916, p. 5; "Tristán según Romain Rolland", *La Prensa*, 22 de noviembre de 1916, p. 7; Romain Rolland "Vida de Beethoven", *El Hogar*, nº 388, 9 de marzo de 1917, s/p.

³³ "Dos literatos franceses. Mr. De Vogué y Mr. Romain Rolland", *La Unión*, 11 de noviembre de 1916, p. 3. Por su parte, *La Vanguardia* consideró "un acto de alta justicia" el premio otorgado al "solitario de Ginebra". "Romain Rolland, agraciado con el premio Nobel de literatura", *La Vanguardia*, 1º de enero de 1917, p. 6.

³⁴ Por solo dar un ejemplo, Ramiro de Maeztu en una crónica publicada en *La Prensa* sobre las proposiciones de paz de finales de 1916, utiliza el giro "por encima de la reyerta" para criticar las pretensiones de neutralidad del presidente estadounidense. Véase "Una impresión sobre la paz. La nota de Alemania. La proposición de Wilson (Especial para La Prensa). Londres, diciembre 22 de 1916", *La Prensa*, 1º de febrero de 1917, p. 6.

³⁵ Paul Groussac, "El caso de Romain Rolland I", *La Nación*, 27 de julio de 1919, p. 9.

³⁶ Paul Groussac, "El caso de Romain Rolland II", *La Nación*, 28 de julio de 1919, p. 7.

rencia de su diletantismo, se puso al servicio de la causa patriótica y cuya pérdida es inconmensurable para el destino de Francia, no solo eran injustas sino también inmorales. Desde esta perspectiva, Rolland emerge aun luego de la firma del armisticio y del Tratado de Versalles como “el promotor o, mejor dicho, continuador impenitente de la campaña antipatriótica” que procura disfrazar con paradojas y sofismas su descalabro moral. Ante esa defeción, Groussac consideraba que “la mayor dignidad que, después de su error, pudiera reservarle el porvenir, sería la del arrepentimiento; lo desprecia, para proclamarse impecable y superior a los héroes, ¡él que no debe en adelante aspirar, gracias a su gran talento del pasado y a su nobleza nativa, sino a merecer su amnistía!”.³⁷ El director de la Biblioteca Nacional escribía como si la guerra no hubiera terminado. En este sentido, su artículo revela una continuidad del clima de Unión Sagrada y un patriotismo virulento del cual Groussac había hecho gala –a pesar de los deberes de neutralidad que le cabían como funcionario público, de acuerdo con la neutralidad decreta por el Estado argentino– en algunas de sus columnas publicadas en *Le Courrier de la Plata* durante los años de la contienda.³⁸

Un *poilu* entre el realismo y el pacifismo: el caso de Barbusse

Las lecturas sobre Henri Barbusse en la prensa de Buenos Aires tuvieron dos rasgos que las diferenciaron respecto de lo señalado anteriormente sobre Rolland. En primer lugar, fueron algo más tardías puesto que las primeras referencias a este autor llegan a la prensa porteña luego de que su novela *Le Feu (El Fuego)*, publicada por entregas en la revista *L'œuvre* de Gustave Téry, obtuviera el premio Goncourt en diciembre de 1916, galardón que compartió con la novela *L'Appel du sol*, de Adrien Bertrand. Y, en segundo lugar, la legitimidad obtenida por su condición de excombatiente hizo que las críticas a sus propuestas pacifistas adquirieran formas más elípticas (pero no menos evidentes) si se comparan con las recibidas por Rolland.

Al igual que en el caso anterior, las crónicas de los corresponsales de los grandes diarios en París fueron el vehículo principal en la circulación de estas novedades literarias. El escritor Francis de Miomandre, en una crónica para *La Nación* a comienzos de 1917, fue uno de los primeros en transmitir al público porteño sus percepciones sobre esta obra. Allí el corresponsal define a la novela de Barbusse como “una visión franca, atroz, definitiva de la guerra moderna”. Las imágenes que transmite *El Fuego* son el resultado de la perspectiva asumida por el novelista, que “eligiendo un pequeño rincón de esa trinchera [...] nos ha dado una vista sintética de la guerra”.³⁹ En ella, los protagonistas principales son un grupo de *poilus* que el crítico describe como un conjunto de “pobres hombres [...] infinitamente impresionantes y dignos de lástima, que hacen los gestos y rituales de la batalla con una obediencia pasiva y una especie de dulzura inalterable, sin un arranque de cólera, con un patriotismo tanto más profundo cuanto que jamás usan el lenguaje ni las actitudes del patriotismo enfático y artificial de los pueblos imperialistas”.⁴⁰

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Véase Emiliano Gastón Sánchez, “Entre la neutralidad y el compromiso patriótico: los escritos de Paul Groussac en *Le Courrier de la Plata* durante la Gran Guerra”, *Revista História (São Paulo)*, vol. 38, septiembre de 2019.

³⁹ Francis de Miomandre, “Crónica literaria. Los premios Goncourt de 1916 (Para La Nación). París, febrero de 1917”, *La Nación*, 28 de marzo de 1917, p. 6.

⁴⁰ *Ibid.*

No obstante, frente a la sucesión de cuadros de esa “existencia monótona y desoladora” que Barbusse elige mostrar, De Miomandre lamenta que su novela no refleje “nada de lo que hace a la guerra hermosa, excitante, atrayente”. Es allí donde radica su crítica larvada a *El Fuego*, pues esa interminable espera en el barro de las trincheras es incapaz de brindar alguna certeza sobre el sentido de la guerra y su futuro desenlace. De hecho, el efecto de realidad que provoca la cruda descripción de la vida cotidiana de los combatientes franceses en el frente occidental, confiesa el corresponsal, “hace odiar realmente a aquellos cuya culpable demencia ha desencadenado sobre la Europa esta matanza inmóvil, este diluvio de lodo sangriento”. Al fin y al cabo, ese es el objetivo de una novela que “carece de todo optimismo”. Y esa franqueza es algo que, a pesar de todo, se agradece, porque “después de tantas narraciones convencionales, limpias, aseadas, peinadas y pintorreadas” Barbusse ha escrito una obra sincera, “en que las cosas son consideradas como son, en la autenticidad de su horror”.⁴¹

Los comentarios en torno a la realista descripción de la contienda que brinda la novela de Barbusse fueron un tópico recurrente en las crónicas que otros corresponsales de los diarios porteños dedicaron a ella. Ese “realismo áspero y meticuloso”, como lo definió Azorín, carente de sensibilidad y sutileza, transformaba a Barbusse en “un discípulo de Zola de segundo orden”.⁴² Años después, pero en una clave similar, Miguel de Unamuno en una crónica para *La Nación* aludió también en forma despectiva al “realismo chillón” de Barbusse. “No creemos que esa obra, que tan fulminante éxito tuvo durante la campaña, resista a la acción del tiempo”, agregaba el corresponsal salmantino, pues “el tiempo demuestra todo lo artificioso que suele ser el realismo crudo. Aparte de que en el libro de Barbusse hay demasiada ideología lógica y no estética”.⁴³

No obstante, un rasgo destacado de esos primeros comentarios sobre la novela consistió en la lectura selectiva de ese realismo crudo que, en cierta medida, diluía el sentido crítico de su pacifismo y transformaba la novela de Barbusse en un canto homérico al esfuerzo patriótico de los *poilus* franceses. En este sentido, en una crónica dedicada a los ganadores del Premio Goncourt, Francisco García Calderón definió *El Fuego* como una “crónica fidedigna de la guerra”. No obstante el pacifismo implícito de la obra, el corresponsal de *La Nación* optó por enfatizar su aporte a la causa de Francia mediante un reconocimiento al esfuerzo de esos miles de hombres, comunes y corrientes, movilizados en el marco de una guerra industrial de masas. Esos “soldados del pueblo que cambian acres impresiones, que meditan con el buen sentido francés sobre la vida lamentable, nos describen la batalla real sin retórica de epopeya, el horror maridado al heroísmo, el crimen se une en almas enhestadas por la suprema angustia de las horas dolientes, al desinterés y al sacrificio”.⁴⁴ El corresponsal elogia la recuperación del argot que realiza Barbusse en su descripción de las trincheras, al tiempo que apela a la imagen de la leva en masa de la Revolución francesa y a la idea del “ejército popular” para enfatizar el sublime heroísmo del pueblo francés:

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Azorín, “Andanzas y lecturas. Libros franceses (Especial para La Prensa). Biarritz, julio de 1917”, *La Prensa*, 2 de octubre de 1917, p. 5.

⁴³ Miguel de Unamuno, “Pensamiento de guerra (Para La Nación). Salamanca, abril de 1919”, *La Nación*, 28 de mayo de 1919, p. 4.

⁴⁴ Francisco García Calderón, “La Academia Goncourt y la guerra (Para La Nación). París, febrero de 1917”, *La Nación*, 9 de abril de 1917, p. 6.

en el moderno duelo de razas ingresan pueblos enteros sin la selección creada por la larga disciplina profesional. En lugar de ejércitos preparados para el combate, la total nación armada, el ciudadano que va del taller, de la paz burocrática, del gabinete poblado de quimeras a la trinchera voraz. “¡No somos soldados, exclama un personaje de ‘El fuego’, somos hombres!”. Hombres sin ardor guerrero, sin vocación para la ruina y la sangre, obedientes, limitados, adocenados.⁴⁵

Otro de los corresponsales franceses que dedicó sus páginas a *El Fuego* fue Paul Margueritte. En una crónica publicada en *La Nación* en agosto de 1917, el escritor afirmaba que la novela de Barbusse “no es lectura ni para los corazones débiles ni para los espíritus propensos al desaliento” pues el horror impregna sus páginas de principio a fin.⁴⁶ Sin embargo, Margueritte lee la orientación pacifista de la obra desde una perspectiva muy particular, que reitera los argumentos esgrimidos por buena parte de la prensa y los intelectuales franceses en las semanas posteriores al estallido del conflicto: para Francia esa era una guerra defensiva, provocada por la invasión alemana, y necesaria para terminar con todas las guerras.⁴⁷

En su escrito, Margueritte afirma que al momento de cerrar su crónica *El Fuego* había vendido más de 12.000 ejemplares en Francia. A juzgar por algunas de las reseñas publicadas en las revistas culturales, pero también por el anuncio en la prensa de algunas conferencias sobre el libro, es muy probable que por entonces varios ejemplares de la edición francesa ya circularan por Buenos Aires.⁴⁸ En una nota posterior, publicada a mediados de 1918 en el semanario *El Hogar*, se afirma que la edición francesa de Flammarion había vendido cerca de 191.000 ejemplares. Y, al mismo tiempo, la nota da cuenta de la circulación en la capital argentina de la traducción española, realizada en Madrid por Rafael Caro Raggio Editores.⁴⁹

Al igual que ocurre con el giro de Rolland (“por encima de la contienda”), ese cúmulo de notas y crónicas contribuyeron a fijar una imagen sobre *El Fuego* en la que prima, por sobre todas las cosas, su lúgubre representación de la guerra y de la vida en las trincheras. Ese imaginario puede verse, por ejemplo, en una crónica publicada en abril de 1919 por *La Nación* con motivo del arribo a Buenos Aires de un contingente de voluntarios argentinos y reservistas

⁴⁵ “El ‘peludo’ que Barbusse describe ignora nuestras convenciones. Habla simplemente en lengua deformada y realista, grosera e intensa, donde se mezclan dialectos locales, voces de hampa, expresiones de instinto popular robustecidos, frases de cuartel o de taller, injurias elocuentes, imágenes de admirable relieve. El ‘argot’ se enriquece en las trincheras”. *Ibid.*

⁴⁶ Paul Margueritte, “Libros sobre la guerra. ‘Le Feu’ de Henri Barbusse. ‘Les nuits de guerre’ de Maurice Genevoix. Los médicos y la psicología de la batalla (Especial para La Prensa). Soorts-Hossegor (Francia), julio de 1917”, *La Nación*, 27 de agosto de 1917, p. 5.

⁴⁷ “Barbusse [...] no sólo nos muestra la ignominia de la guerra en sí, sino que nos ha demostrado imperiosamente su inevitable necesidad, para nosotros, que no la hemos querido, que hemos sido los atacados, y que, por tanto, tuvimos que defendernos [...]. ‘Le Feu’ tiene por base este lema: ‘Odio a la guerra, y destruyámola para siempre!’. Pero Henri Barbusse clama, en todas las páginas de su libro: ‘Destruyámolas derribando a aquellos que la han preparado, la han querido, que la han desencadenado’”. *Ibid.*

⁴⁸ A comienzos de octubre, *La Razón* anunció la realización de una conferencia sobre *El Fuego* a cargo Alejandro Castañeiras, colaborador de la revista *Nosotros* y del diario *La Vanguardia*, en el salón de la biblioteca Giner de los Ríos de la Universidad Libre (Cabildo 2259). “Conferencias”, *La Razón*, 5 de octubre de 1917, p. 5.

⁴⁹ “La traducción española de ‘Le Feu’ se titula ‘El fuego en las trincheras’ y ha sido hecho por Ciro Bayo. Es bastante defectuosa, y hecha con apresuramiento. ¡Cuándo no! ‘Traduttire, traditore...’”. “Las obras maestras de la literatura universal. ‘El fuego’ de Enrique Barbusse”, *El Hogar*, nº 456, 28 de junio de 1918, s/p. La cifra parece razonable si se tiene en cuenta que solo en 1918 se vendieron 200.000 ejemplares del libro en Francia. Prochasson, *Au nom*, p. 153.

franceses, en la cual el matutino afirmaba: “regresan animosos con la alegría del triunfo, fortalecidos, templados por la lucha heroica y con la visión imborrable de esas diarias, inacabables escenas trágicas que ha descripto con estupendo realismo, en su ya célebre libro ‘Le Feu’, la pluma de Henri Barbusse”.⁵⁰

Una valoración algo más positiva sobre la dimensión pacifista de las obras de Barbusse emerge hacia el final del período abordado en este artículo con motivo de la publicación de su nueva novela: *Clarté*. En un comentario publicado en el diario *La Mañana*, se afirmaba que su nuevo libro expresa el “vivo anhelo [...] de ver nacer una aurora de bondad tras la tempestad de la guerra más terrible que vieron los siglos”. No obstante el mayor optimismo que impera en sus páginas, *Claridad* era, a juicio del matutino, “una novela dolorosa [...] una obra de sinceridad y de angustia, forjada sobre el yunque de todas las miserias que ha dejado tras su paso la tromba apocalíptica”.⁵¹ A modo de corolario, pero también como una evidencia de la circulación de otras novelas inspiradas en la guerra, el anónimo comentarista cita a *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* del español Vicente Blasco Ibáñez, un autor muy reconocido en Buenos Aires.⁵² De todos modos, la mirada crítica sobre el pacifismo de Barbusse se mantendrá entre los correspondientes extranjeros incluso luego del fin de la guerra. En este sentido, Camille Mauclair, correspondiente en París del diario *La Época*, el principal órgano del gobierno radical, escribió a propósito *Clarté*: “es una obra muy inferior a ‘El Fuego’. Es enojosa y lánguida. Hay allí reediciones de los espectáculos de la guerra, mezclados a una novela de amor demasiado tierna y obscura. No se sabe por qué el libro termina con cincuenta páginas de divagaciones sociales [...] de un idealismo pueril que recuerda los crasos errores de Romain Rolland”.⁵³

No obstante la pervivencia de esta mirada, cabría señalar que hacia mediados de 1919 es posible advertir un énfasis más positivo en torno al pacifismo de Barbusse, asociado a un fenómeno más vasto: el inicio de la publicación en Buenos Aires de otras obras de la literatura pacifista europea como *El Hombre es bueno*, del escritor alemán Leonhard Frank. Esta novela, traducida por el socialista Augusto Bunge, fue publicada por la editorial Pax en julio de 1919 y al mismo tiempo, de forma seriada, por el diario *La Vanguardia*.⁵⁴ En el primer apartado de su publicación en el periódico socialista, titulado “Cómo es el libro”, Bunge afirmaba que “por la nobleza de su arte y de su espíritu y la afinidad del tema, la comparación entre *El fuego* del francés Henry Barbusse y *El hombre es bueno* de Leonhard Frank se presenta espontánea al espíritu. Y de ella resulta una perfecta antítesis [...] en el estilo, en la técnica de la composición,

⁵⁰ “Soldados que regresan de Francia. Una visita de ‘La Nación’”, *La Nación*, 4 de abril de 1919, p. 9.

⁵¹ “La vida literaria. El último libro de Barbusse”, *La Mañana. Diario noticioso e independiente*, 28 de abril de 1919, p. 5.

⁵² “Como Blasco Ibáñez lo evocaba en el título de su popular novela, los cuatro jinetes cabalgaron durante un lustro sobre esta humanidad que ha brotado redimida de dolor”. *Ibid.* Cabe recordar que en el marco de los festejos del Centenario en 1910, el valenciano había visitado la Argentina con enorme suceso y tras esa experiencia escribió *La Argentina y sus grandes* (La Editorial Española Americana, 1910). Durante la Gran Guerra, fue correspondiente del semanario *Fray Mocho* y la citada novela circuló en extractos en la prensa porteña. Véase “Los cuatro jinetes del Apocalipsis”, *El Diario. Diario de la tarde* (en adelante, *El Diario*), 28 de enero de 1916, p. 4.

⁵³ Camille Mauclair, “Letras y artes de Francia (Para La Época). La campaña contra Wagner. Un nuevo libro de Barbusse (Especial para La Época)”, *La Época. Diario de la tarde*, 20 de agosto de 1919, p. 5.

⁵⁴ Sobre la labor de Bunge como traductor y sus polémicas en el seno del socialismo durante la guerra, véanse: Claudia de Moreno, “¿Cultura o civilización? Augusto Bunge y la Primera Guerra Mundial”, *Épocas. Revista de Historia*, nº 5, 2012, pp. 33-53; Meijide, “La traducción como argumento...”, pp. 97-113 y Francisco J. Reyes, “El intelectual de partido y el moderno Prometeo. El ‘ideal socialista’ de Augusto Bunge”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 25, 2021, pp. 71-89.

en la manera de encarar el tema”.⁵⁵ De hecho, ese contrapunto estuvo presente en las lecturas de otros periódicos. Por ejemplo, la reseña publicada en *El Diario* afirmaba que “así como los dos ya célebres libros de Barbusse, ‘Le feu’ y ‘Clarté’, son la trinchera, el campo de batalla, este ‘El hombre es bueno’, es el pueblo que queda detrás de los combates y que tiene también su gran tragedia, no por silenciosa, menos grande”.⁵⁶ Esa lectura de la novela de Leonhard Frank, a la luz de terreno abonado por Barbusse, se advierte asimismo en una reseña crítica del libro y de la traducción de Bunge (“que queriendo sin duda ser absolutamente fiel ‘mot a mot’ resulta de un castellano arbitrario, a menudo desconcertante”) publicada en el diario *La Unión*.⁵⁷

“Las ideas fuera de lugar”: el pacifismo en los periódicos de la colectividad francesa

Los matices y sutilezas que se advierten en las lecturas del pacifismo de Rolland y, en especial, de Barbusse, a raíz de su condición de excombatiente, desaparecen por completo cuando se abordan los periódicos impulsados por la colectividad francesa de Buenos Aires. Pues si bien la recepción de estos autores en esos periódicos comparte una cronología similar con los otros diarios y semanarios porteños, esas publicaciones oscilan entre una indiferencia y la crítica virulenta en los escasos artículos dedicados a ambas figuras.

En junio de 1916, con motivo de la publicación de *Au-dessus de la mêlée*, el libro que reunía los artículos publicados por Rolland en Suiza, J. Bertrand escribió un artículo en *Le Franco-American*, una revista cultural fundada en 1902 y dirigida por Clémence Malaurie hasta su muerte en 1914. Si bien reconocía “el innegable talento del maestro”, juzgaba su intento de situarse “por encima de la contienda” desde la Suiza neutral como un “delirio de imparcialidad”, imposible de sostener ante el peligro de la invasión alemana y sus consecuencias que, a juicio de Bertrand, parecían olvidadas por Rolland.⁵⁸ Las críticas revelan que, a pesar de no ser un texto visceralmente antipatriótico, bastó para que las propuestas de Rolland fueran impugnadas en este tipo de publicaciones. Pues, en definitiva, se trataba de una defeción idealista que explicaba su aislamiento en la torre de marfil a la que aludía el título del artículo de Bertrand. El otorgamiento a Rolland del Premio Nobel de literatura no modificó en forma drástica las críticas que estos periódicos vertían en su contra. De hecho, el sobrio comentario que al respecto publicó *Le Courier de la Plata* –el diario más antiguo de la colectividad– reconocía que si bien la acusación de “germanófilo” era quizás un tanto exagerada, la campaña pacifista y antipatriótica de ese antiguo profesor de la Sorbona no había impedido que la Academia sueca le otorgara una nueva distinción a Francia y su cultura.⁵⁹

⁵⁵ Leonhard Frank, “El hombre es bueno (Producción concedida exclusivamente a La Vanguardia)”, *La Vanguardia*, 10 de julio de 1919, p. 4.

⁵⁶ “‘El hombre es bueno’”, *El Diario*, 1º de julio de 1919, p. 3.

⁵⁷ “También en Alemania se ha escrito un libro antimilitarista, que puede parangonarse con ‘Le Feu’ en lo que a sus merecimientos respecta, aunque es bien distinto”, afirmaba el comentarista. “Libros nuevos”, *La Unión*, 24 de julio de 1919, p. 7.

⁵⁸ “Plus d’un admirateur de l’incontestable talent du maître [...] vitupère aujourd’hui contre l’attitude du Français réfugié à Genève [...] Il faut être possède du délire de l’impartialité pour situer sur le même plan l’unanimité française et l’unanimité allemande”. “Dans la Tour d’Ivoire”, *Le Franco-American*, nº 226, 15 junio de 1916, p. 8.

⁵⁹ “Les Prix Nobel de Littérature”, *Le Courier de La Plata*, 11 de noviembre de 1916, p. 3.

Henri Barbusse y sus novelas inspiradas en la guerra no corrieron mejor suerte en las publicaciones de la colectividad francesa. En marzo de 1918, Henri Francastel, flamante director de *Le Courier de la Plata*, publicó un extenso comentario sobre *El Fuego* a raíz de una nueva edición del libro que ya circulaba en Buenos Aires y que, *malgré lui*, gozaba de una gran actualidad.⁶⁰ Francastel considera a Barbusse como un artista menor, que vegetaba antes de agosto de 1914 y a cuya vida la guerra le otorgó sentido. No obstante, eligió hacer de su libro “una serie de escenas incoherentes y oscuras, un caleidoscopio del que se excluyen todos los cristales de colores brillantes”.⁶¹ A lo largo de esas páginas, cargadas de un realismo lúgubre, el lector sufre junto con los *poilus* franceses, comparte sus penurias, pero no logra empatizar de forma cabal con ellos. Solo el título es bueno, concedía el director de *Le Courier...* pero nada más. Ello se debía a que Barbusse “sólo ve la superficie de las cosas, no penetra en los sentidos profundos” de la guerra, señala Francastel, al tiempo que cuestionaba la legitimidad y la supuesta capacidad narrativa que le había otorgado al autor su pasaje por las trincheras: “en la comodidad de una civilización refinada, el hombre se vuelve escéptico. En las trincheras, donde la muerte acecha por todas partes, donde la máquina asesina se le echa encima desde la tierra y el cielo, el hombre civilizado siente revivir en su interior el alma de sus antepasados primitivos”.⁶²

Este curioso señalamiento de la exterioridad de Barbusse frente a una guerra en la que fue combatiente por casi dos años se refuerza por una impugnación de los ideales pacifistas y republicanos que el autor pone en boca de los soldados franceses en las páginas finales de su libro y que Francastel desestima como “balbuceos de niños”.⁶³ Sin embargo, a pesar de estas carencias y defectos, el director de *Le Courier...* reconoce que *El Fuego* no es una obra banal pues su lectura provoca, al menos, una irritación nerviosa.⁶⁴ Del mismo modo que en el caso de Francisco García Calderón, las críticas de Francastel al pacifismo de Barbusse no pueden comprenderse en forma cabal sin atender a un dato de su entorno familiar: desde los primeros meses de la guerra sus hijos René y Jacques se hallaban combatiendo en la tierra de sus ancestros.⁶⁵

De esta manera, así como los textos provenientes de las publicaciones francesas y de los correspondientes de los grandes diarios de Buenos Aires instalados en París no pudieron escapar a la militarización de la cultura que implicó la puesta en marcha de la conformación de la cultura nacional de guerra a partir de agosto de 1914, los periodistas que impulsaban estas publicaciones de la colectividad francesa de Buenos Aires contaron también con diversas presiones (personales y comunitarias) para no legitimar el pacifismo de ambos autores. De hecho, otros

⁶⁰ “Il est, semble-t-il, un peu tard pour en parler. Mais puisqu'il y a des gens qui l'achètent encore, c'est apparemment qu'ils ne l'ont pas lu”, afirmaba el periodista. Henri Francastel, “Le Feu”, *Le Courier de la Plata*, 23 de marzo de 1918, p. 3.

⁶¹ “Une suite de scènes incohérentes et sombres, un kaléidoscope d'où sont exclus tous les verres aux couleurs vives et claires”. *Ibid.*

⁶² “Barbusse ne voit que la surface des choses, il n'en pénètre pas les sens profonds. Au sein du confort d'une civilisation raffinée, l'homme devient sceptique. Dans les tranchées où la mort le guetté de toutes parts, où l'engin meurtrier arrive sur lui de la terre et du ciel, le civilisé sent revivre en lui l'âme de ses ancêtres primitifs”. *Ibid.*

⁶³ “Vers la fin du livre, l'auteur tente d'en élargir le cadre; ses humbles héros agitent gauchement, dans les derniers chapitres, les grandes idées qui guident les sociétés humaines; les mots de liberté, d'égalité, de fraternité s'échappent de leurs lèvres; mais ce ne sont que des bégaiements d'enfants. Dans ces cerveaux épais, l'idée tombe avec le brui sec d'un caillou sur la terre durcie”. *Ibid.*

⁶⁴ “En dépit de ses lacunes et de ses défauts, Le Feu n'est pas une œuvre banale. Si elle n'élève pas l'esprit, elle occupe les yeux et irrite la sensibilité. Henri Barbusse a donné à nos nerfs une secousse nouvelle”. *Ibid.*

⁶⁵ “Nos braves. René Francastel”, *Le Courier de la Plata*, 23 de enero de 1918, p. 3 y “Nos braves. Jacques Francastel”, *Le Courier de la Plata*, 9 de abril de 1918, p. 3.

artículos dedicados a *El Fuego* apelaron también a una lectura selectiva de la obra (muy similar a la señalada previamente) que licuaba el realismo crítico de Barbusse y transformaba su novela en un relato del esfuerzo heroico de los ejércitos franceses ante la “barbarie alemana”.⁶⁶

A modo de conclusión

A lo largo de este artículo se han analizado las diversas lecturas que circularon en la prensa de Buenos Aires en torno a las obras y los posicionamientos pacifistas de Romain Rolland y Henri Barbusse durante la Gran Guerra. Más allá de las peculiaridades de los diversos sectores de la cultura mediática porteña abordados en este trabajo, las representaciones sobre ambas figuras se caracterizaron por su tono crítico y predominantemente negativo. En ese sentido, el análisis de las interpretaciones elaboradas en esta particular etapa de ese proceso de recepción revela una serie de sentidos alternativos a los que se estabilizarán en los años de entreguerras, asociados a un desplazamiento discursivo hacia la izquierda del espectro ideológico, pero también, aunque en menor medida, como sustento de ciertos discursos vitalistas y de sesgo fascista como fue el caso de los primeros años de la revista *Inicial*. Asimismo, esas lecturas advierten sobre el riesgo de extrapolar a esta particular etapa de ese complejo proceso de recepción las imágenes de Rolland y Barbusse construidas a partir de 1919, puesto que son el resultado de una reorganización de las visiones del mundo impulsadas por la guerra, sobre todo, entre los jóvenes intelectuales y periodistas que ingresaron a la política argentina a comienzos de los años 20.

En términos más amplios, la impugnación a las propuestas de Rolland y Barbusse muestra la escasa adhesión concitada por el pacifismo durante los años de la contienda, un posicionamiento que solo tuvo cierta aceptación en el seno del catolicismo, tal como revelan el diario *El Pueblo*, y en ciertos sectores de las izquierdas, al combinarse con las propuestas antimilitaristas y en favor del desarme que el socialismo y el anarquismo venían impulsando con anterioridad al estallido del conflicto. Un panorama que muestra un lugar muy diferente respecto del lugar adquirido por la retórica y los proyectos pacifistas en la cultura porteña del período de entreguerras. □

Bibliografía

- Audoin-Rouzeau, Stéphane y Annette Becker, “Violencia y consentimiento. La ‘cultura de guerra’ del primer conflicto mundial”, en J. P. Rioux y J.-F. Sirinelli, *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1997, pp. 265-286.
- Bergel, Martín, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2015.
- Biagini, Hugo, “Romain Rolland y el Movimiento Reformista Latinoamericano”, *Revista de Filosofía*, Departamento de Filosofía-Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Comahue, n° 8, 1999, pp. 82-84.
- , “Romain Rolland entre nosotros”, en *Utopías juveniles. De la bohemia al Che*, Buenos Aires, Leviatán, 2000, pp. 48-75.
- Bisso, Andrés y Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)”, en H. Biagini y A. Roig, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II, Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006, pp. 235-266.

⁶⁶ Véase André Rouquette de Fonvielle, “Le mouvement littéraire en France”, *Le Courier de la Plata*, 19 de mayo de 1917, pp. 3 y 4; y J. Herviou, “A propos de ‘Clarté’ de Henri Barbusse”, n° 296, 15 de junio de 1919, pp. 7-9.

Cattáneo, Liliana, “La revista Claridad: una tribuna latinoamericana de la izquierda argentina”, en A.A.V.V., *Historia de revistas argentinas*, Tomo II, Buenos Aires, A.A.E.R., 1997, pp. 169-196.

Charrier, Landry y Roland Roudil (dirs.), *Centenaire d’Au-dessus de la mêlée de Romain Rolland. Regards sur un texte de combat*, Dijon, Éditions Universitaires de Dijon, 2015.

Compagnon, Olivier, *América latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*, Buenos Aires, Crítica, 2014.

Cuénnot, Alain, *Clarté 1919-1924 (Tome I). Du pacifisme à l’internationalisme prolétarien y Clarté 1924-1928 (Tome II). Du surréalisme au trotskisme*, París, L’Harmattan, 2011.

Devés, Magalí Andrea, “Arte y antifascismo en la revista *Monde* (1928-1935)”, *Políticas de la Memoria*, nº 17, verano de 2016/2017, pp. 135-148.

—, “El Teatro Experimental de Arte: entre las vanguardias soviéticas y el Teatro del Pueblo de Romain Rolland (Buenos Aires, 1927-1928)”, en P. Ansaldi, M. Fukelman, B. Girotti y J. Trombetta (comps.), *Teatro Independiente. Historia y Actualidad*, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2017, pp. 27-46.

De Moreno, Claudia, “¿Cultura o civilización? Augusto Bunge y la Primera Guerra Mundial”, *Épocas. Revista de Historia*, nº 5, 2012, pp. 33-53.

Fernández Vega, José, “Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación de Buenos Aires*”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 3, 1999, pp. 143-163.

Ferreira de Cassone, Florencia, *Claridad y el internacionalismo americano*, Buenos Aires, Claridad, 1998.

Fuentes Codera, Maximiliano, *España y Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidades transnacionales*, Madrid, Marcial Pons, 2022.

Gómez Carrillo, Enrique, *La gesta de la Legión*, Madrid, Mundo Latino, 1921.

Horne, John y Alan Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2001.

Ibarguren, Carlos, *La literatura y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920.

Mejjide, Cinthia, “La traducción como argumento: Augusto Bunge frente a la Gran Guerra”, en M. I. Tato, A. P. Pires y L. E. Dalla Fontana (coords.), *Guerras del siglo XX. Experiencias y representaciones en perspectiva global*, Rosario, Prohistoria, 2019, pp. 97-113.

Ortiz Sotelo, José, “El Perú y los aspectos militares de la guerra”, en F. Novak y J. Ortiz, *El Perú y la Primera Guerra Mundial*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014.

Pasolini, Ricardo, “*Scribere in eos qui possunt proscribere*. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 12, 2008, pp. 87-108.

—, “Entre el antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual”, *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, nº 52, 2013, pp. 83-97.

—, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Pittaluga, Roberto, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

Prochasson, Christophe y Anne Rasmussen, *Au nom de la patrie: les intellectuelles et la Première Guerre mondiale, 1910-1919*, París, La Découverte, 1996.

Prochasson, Christophe, “Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas del compromiso”, *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, nº 91, 2013, pp. 33-62.

—, *Les intellectuels, le socialisme et la guerre, 1900-1938*, París, Seuil, 1993.

Racine, Nicole, “The Clarté Movement in France, 1919-21”, *Journal of Contemporary History*, vol. 2, nº 2, 1967, pp. 195-208.

—, “Une revue d’intellectuels communistes dans les années vingt: ‘Clarté’ (1921-1928)”, *Revue française de science politique*, vol. 17, n° 3, 1967, pp. 484-519.

Reyes, Francisco J., “El intelectual de partido y el moderno Prometeo. El ‘ideal socialista’ de Augusto Bunge”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 25, 2021, pp. 71-89.

Rodríguez, Fernando, “Estudio preliminar” a *Inicial. Revista de la Nueva Generación (1923-1927)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, pp. 1-45.

Rolland, Romain, *Au-dessus de la mêlée*, París, Librairie Paul Ollendorf, 1915.

—, *El espíritu libre*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1956.

Sánchez, Emiliano Gastón, “Entre la neutralidad y el compromiso patriótico: los escritos de Paul Groussac en *Le Courier de la Plata* durante la Gran Guerra”, *Revista História (São Paulo)*, vol. 38, septiembre de 2019, pp. 1-26.

—, “El impacto cultural de la Gran Guerra en Europa y América Latina: intelectuales, periodistas y periódicos”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 1, enero-junio de 2018, pp. 109-117.

Tarcus, Horacio, “Anibal Ponce en el espejo de Romain Rolland”, estudio preliminar a A. Ponce, *Humanismo Burgués y humanismo proletario*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009, pp. 7-25.

—, “Dí tu palabra y rómpete: el corto verano del Grupo Universitario Insurrexit y su revista”, en *AmericaLee. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*. Disponible en: https://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2019/06/INSURREXIT_PRESENTACION.pdf.

Resumen / Abstract

¿Apóstoles de la paz? Lecturas de Romain Rolland y Henri Barbusse en la prensa de Buenos Aires (1914-1919)

El presente trabajo se propone analizar las lecturas de Romain Rolland y de Henri Barbusse en la prensa de Buenos Aires en el período comprendido entre los inicios de la Gran Guerra y los meses posteriores a la firma del Tratado de Versalles, que constituye la etapa inicial de un complejo proceso de recepción y de transferencias culturales sobre estos autores que ha sido mucho menos estudiada. Pues, a diferencia del lugar incuestionable que ambos intelectuales adquirieron en la cultura porteña del período de entreguerras, como “maestros de la juventud” y “padres del antifascismo”, las lecturas en torno a estas figuras durante la Primera Guerra Mundial se caracterizaron por un tono crítico y negativo respecto de sus propuestas pacifistas. En ese marco, el análisis de los artículos y crónicas dedicados a Barbusse y Rolland en la prensa porteña revela un conjunto de representaciones y sentidos alternativos a los que se estabilizaron en los años posteriores a 1919.

Palabras clave: Romain Rolland - Henri Barbusse - Prensa periódica - Buenos Aires - Gran Guerra

Apostles of peace? Readings of Romain Rolland and Henri Barbusse in the Buenos Aires press (1914 - 1919)

This paper aims to analyze the readings of Romain Rolland and Henri Barbusse in the Buenos Aires press in the period between the outbreak of the Great War and the months following the signing of the Treaty of Versailles, which constitutes the initial stage of a complex process of reception and cultural transfer of these authors that has been much less studied. For, unlike the unquestioned place that both intellectuals acquired in the culture of Buenos Aires in the interwar period, as “educators and guides of youth” and “founding fathers of antifascism”, the readings of these figures during the First World War were characterized by a critical and negative tone regarding their pacifist proposals. In this context, an analysis of the articles and chronicles dedicated to Barbusse and Rolland in the Buenos Aires press reveals a set of alternative representations and senses to those that became stabilized in the years after 1919.

Keywords: Romain Rolland - Henri Barbusse - Periodical press - Buenos Aires - Great War.

Saber sobre Asia en la posguerra

*Difusiones culturales sobre la China de Mao
en la Argentina durante la década del cincuenta*

Mónica Ni*

Universidad Nacional de General San Martín / CONICET

Introducción

A medida que el llamado “maoísmo global” ha suscitado en los últimos años mayor interés, la presencia de la República Popular China, sus ideas y sus efectos han sido estudiados con mayor detalle desde distintas áreas disciplinares. En particular, los vínculos internacionales que aquella estableció –especialmente con el sur global– han despertado un renovado interés. Con frecuencia, ese interés se ha centrado en la década del sesenta. Es que fue allí cuando el comunismo chino cobró dimensiones globales y un sentido político distintivo. La ruptura con la URSS concretada a inicios de la década fue un punto de inflexión para aquellos que simpatizaban con el proceso chino. Los debates en torno al culto a la personalidad, a las vías hacia la revolución, al uso de lucha armada y a la existencia de lucha de clases aún bajo un Estado socialista fueron tópicos que marcaron posicionamientos e identidades. De modo que, hacia la década del sesenta, decirse “maoísta” implicaba necesariamente una postura respecto de aquellas problemáticas, a la vez que una mirada crítica hacia la URSS y las izquierdas tradicionales.¹ En ese sentido, se ha argumentado que maoísmo, en tanto corriente política distintiva, es solo pensable a partir de la década del sesenta y de las discusiones mencionadas. Antes de ello, de acuerdo a lo que muestran algunas investigaciones, las simpatías hacia la Revolución china desde el mundo comunista implicaron a menudo la subordinación de aquel proceso a los lineamientos soviéticos y su encuadre desde esas coordenadas.²

Dado, entonces, que el pensamiento de Mao y la República Popular empezaron a cobrar más relieve durante la década del sesenta con el surgimiento de partidos maoístas en

* Becaria interna doctoral del CONICET, con lugar de trabajo en el Laboratorio de Investigaciones en Ciencias Humanas (LICH) de la Universidad Nacional de San Martín. Doctoranda en Historia en la Universidad de Buenos Aires.nimonica3@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-5007-1136>

¹ Sobre las particularidades del maoísmo en América Latina y el Tercer Mundo, véanse Alexander C. Cook, “Third World Maoism”, en T. Cheek (ed.), *A Critical Introduction to Mao*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010; Miguel Ángel Urrego, “Historia del maoísmo en América Latina: entre la lucha armada y servir al pueblo”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 44, nº 2, julio-diciembre de 2017; Brenda Rupar, “Los chinos”. *La conformación del maoísmo en Argentina (1965-1974)*”, Buenos Aires, Ediciones CEHTI, 2023.

² Mercedes Saborido, “El Partido Comunista de la Argentina y la Revolución China (1949-1963)”, *Studia Histórica. Historia contemporánea.*, vol. 34, 2016.

diversas regiones, el lugar de aquellos y la circulación de sus ideas, sus figuras y sus artefactos culturales impulsados por comunistas locales y compañeros de ruta durante la década del cincuenta han sido poco estudiados. Por otro lado, tampoco se ha prestado suficiente atención a los diálogos entre la formación de las representaciones sobre el comunismo chino y los escenarios culturales más amplios que los envolvieron. Los encuentros culturales –materializados en traducciones de obras literarias, iniciativas de difusión cultural, circulación de formas de artes folclóricas, entre otros– tuvieron un lugar significativo en las relaciones internacionales que la República Popular buscó establecer, particularmente en la década del cincuenta, cuando el país tenía escaso reconocimiento internacional. Como se verá más adelante, este tipo de intercambios animaron modos de abordarla en el cruce de escenarios e intereses heterogéneos.

Las iniciativas impulsadas desde la República Popular fueron contemporáneas a la exportación tanto del *american way of life* como de la diplomacia cultural soviética, que buscaron ganarse el favor de la opinión pública en el marco de la Guerra Fría cultural. De este modo, examinar las formas que adoptaron las relaciones culturales entre la República Popular y América Latina, en un momento en que la cultura y las ideas constituyan armas fundamentales, ofrece una perspectiva para abordar aquella contienda global que excede el modelo bipolar.

El presente artículo se interesa por los modos en que una entidad política y cultural –la República Popular China– se halló en el cruce de distintos intereses, representaciones y saberes, en un constante diálogo con el mundo comunista pero atravesado, al mismo tiempo, por elementos que lo rebasaron. Para ello, presta especial atención al lugar de Asia durante la posguerra, cuando se produjo un interés generalizado hacia el continente en función de los nuevos lugares ganados por los pueblos asiáticos tras su descolonización y del interés político que cobró la región en el marco de la Guerra Fría, ante la urgencia por evitar una tercera guerra mundial. Ello derivó en la promoción de saberes en torno a la región, en una proliferación del interés académico, así como en el incentivo de producciones culturales que cultivaran los ideales de inclusión, lo que respondía tanto a las necesidades de la Guerra Fría como a la voluntad de delegados asiáticos de obtener mayor presencia en la arena política internacional. Sin pretender que sea un análisis exhaustivo, esta contextualización tiene el fin de situar de una manera más amplia el lugar de los intercambios internacionales que estableció la República Popular China durante los primeros años de la década del cincuenta, y de los elementos puestos en juego allí. En el caso de América Latina, el Movimiento Internacional de Partidarios por la Paz ofreció el principal marco para esos intercambios dentro de los cuales se desarrollaron los primeros contactos con figuras de la cultura local mediante distintos medios de la diplomacia cultural china. La cultura fue durante ese período un medio privilegiado para ello.

Luego, se pone foco en un caso particular: la Asociación Argentina de Cultura China (AACC), un órgano de difusión que funcionó dentro del Partido Comunista Argentino (PCA) durante la década del cincuenta y que dialogó con ese mundo de posguerra. Asimismo, se muestra cómo ello estuvo connotado por presencias previas de China en la cultura argentina. Se examinan, así, las distintas texturas que tuvo la República Popular en la difusión cultural realizada por intelectuales comunistas argentinos durante aquellos años, mostrando que los modos en que estos la abordaron contuvieron los sentidos políticos propios de la posguerra y de la Guerra Fría, al mismo tiempo que albergaron intereses por la cultura y el arte chino.

El interés por Asia en el mundo de la posguerra

Los años de la Segunda Guerra Mundial fueron, también, los años de la guerra del Pacífico, una contienda para establecer un nuevo orden en Asia, en la que participaron Japón, Estados Unidos y las potencias europeas, todas con una larga trayectoria de poder en la región. Pero en el caso japonés había algo distintivo: los sentidos de su expansión imperialista en la región estaban teñidos por un antioccidentalismo y un antiimperialismo que conducían a un proyecto panasiánista, en tanto sus intervenciones estaban dirigidas a la expulsión del poder británico y el estadounidense.³ Se trataba de un acto de liberación de las colonias asiáticas respecto de sus colonos occidentales, en pos de la construcción de un orden autosuficiente, encabezado por Japón y condensado en el eslogan “Asia para los asiáticos”.

La intencionada creación de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental por parte de Japón trajo consecuencias brutales en las zonas ocupadas, pero también motorizó movimientos nacionalistas y fomentó sentimientos antioccidentalistas, una fibra que tocaría las experiencias coloniales de los países involucrados. En la década del cuarenta, figuras como Jawaharlal Nehru y Ba Maw –líderes centrales en la liberación de India y Birmania del orden británico– hablarían de un redescubrimiento de Asia y de la unidad continental frente a la agresión europea.⁴ Hasta entonces, la categoría de “Asia” había surgido y era usada en Occidente. Recién a partir de los inicios del siglo xx cobró nuevos sentidos cuando figuras como el poeta indio Rabindranath Tagore empezaron a apropiarla y a utilizarla en referencia a las herencias culturales comunes a Asia y en oposición a las intervenciones coloniales. No obstante, si la definición de una geografía, una identidad y una cultura transnacional era posible debido a una oposición clara al poder colonial, crear una cohesión interna y definir qué era lo que podía unir culturalmente a la región fueron tópicos problemáticos. Con frecuencia, era escaso el conocimiento entre las culturas y lenguas asiáticas, de modo que las conexiones intercontinentales que fomentaron aquella identidad dependían de traducciones mediadas por el inglés.⁵

En el contexto del proceso de descolonización, el fin de la guerra y la derrota de Japón en 1945 dejaron un cuestionamiento de la superioridad occidental entre intelectuales asiáticos, que ya venía formándose desde la guerra rusojaponesa de 1904-1905.⁶ Los ideales de modernización y progreso, ligados a Occidente y que funcionaron como el argumento principal para las intervenciones de sus potencias en el continente asiático, fueron cuestionados a inicios del siglo y lo volverían a ser hacia la posguerra. Junto a ello, se iba a dar una reivindicación de la tradición por parte de figuras como Mahatma Gandhi y el uso y apropiación del confucianismo en líderes como Chiang Kai-shek e incluso Mao Zedong.⁷

En este escenario, los líderes de los pueblos recientemente liberados encontrarían en las Naciones Unidas un instrumento privilegiado para participar en la geopolítica de posguerra.

³ Akira Iriye, *The Cold War in Asia. A Historical Introduction*, Nueva Jersey, Prentice Hall Inc., 1974.

⁴ Pankaj Mishra, *From the Ruins of Empire. The Intellectuals who Remade Asia*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2012.

⁵ Nile Green, *How Asia Found Herself. A Story of Intercultural Understanding*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2022.

⁶ Cemil Aydin, “A Global Anti-Western Moment? Russo-Japanese War, Decolonization and Asian Modernity”, en S. Conrad y D. Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order: Global Moments and Movements*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.

⁷ Mishra, *From the Ruins*, p. 276.

Creada en 1945, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sirvió como plataforma para vehiculizar las voluntades de aquellos pueblos que, en el lenguaje de mediados de la década del cincuenta, formarían parte del Tercer Mundo. Su programa incluía demandas como la redistribución de recursos y el impulso hacia el desarrollo. Pero al mismo tiempo, tras su liberación se pusieron en evidencia otras necesidades: las de su propia reconstrucción económica, geográfica, política y, en particular, cultural. Allí, los otrora límites coloniales no necesariamente coincidían con límites culturales ni étnicos y, luego de los procesos de descolonización, afloraron conflictos internos e interrogantes en torno a la identidad nacional poscolonial y a sus herencias culturales.⁸ Así, la cuestión de las herencias e identidades culturales sería relevante para los pueblos asiáticos en ese momento, y de eso harían eco sus iniciativas en plataformas internacionales y, como se verá más adelante en el caso chino, sus relaciones externas.

La posguerra y la Guerra Fría trajeron un nuevo conflicto entre Oriente y Occidente, representados por la Unión Soviética y el socialismo por un lado, y los Estados Unidos y el capitalismo por otro. No obstante, como se ha mencionado, esta oposición ya venía siendo promulgada desde Asia –Japón en particular–, donde Oriente era contrapuesto a un Occidente materialista y destructivo. Ambos sentidos de la división binaria entraron en juego cuando en 1956 se impulsó desde la UNESCO el East-West Major Project. Promovido por los delegados de Japón e India, este proyecto era una forma de sortear la poca representación de las voces y las cosmovisiones asiáticas en la arena internacional. A través de él se buscó fomentar mayor cantidad de saberes en torno a Occidente y a Oriente, a la luz de los cambios que habían traído los años de la guerra, con el fin de obtener un mejor entendimiento mutuo y abogar por un trato igualitario entre las naciones del mundo. Ello se materializaría en el intercambio académico, en programas de traducción, en la creación de institutos de estudio especializados y en la producción cultural.⁹

Con todo, lo que se buscaba era generar las condiciones para una convivencia pacífica ante las amenazas de una próxima guerra atómica. Promovidas desde una organización transnacional como la UNESCO y por impulso de delegados asiáticos, en un momento en que la reciente descolonización en varios pueblos del continente los posicionaba en otro lugar de la geopolítica mundial, la cultura y los saberes constituyan herramientas pertinentes para garantizar la paz.

La motivación para generar más saberes en torno a Asia durante esos años provino, también, desde otros lugares. En la posguerra, la presencia política, militar y económica de Estados Unidos –devenido una potencia mundial en detrimento de los antiguos imperios– en Asia y el Pacífico fue en ascenso, lo que se tradujo también en el aumento de la producción cultural sobre la región. En películas, obras de teatro, novelas, relatos de viaje, fotografías, así como en trabajos académicos y seminarios, la cultura norteamericana tornó su mirada hacia Asia en un gesto que no era nuevo pero que contenía sentidos distintivos: los de la Guerra Fría. Mientras tanto, escritores chinos residentes en Estados Unidos como Lin Yutang acercaban a través de la literatura la experiencia de la diáspora asiática al público estadounidense. Desde estas coordenadas, Asia era concebida como un territorio en medio de la disputa de un mundo bipolar –Estados Unidos contra la Unión Soviética–, y donde la expansión norteamericana era enten-

⁸ Akira Iriye y Petra Goedde, *International History. A Cultural Approach*, Londres, Bloomsbury Academic, 2022.

⁹ Laura E. Wong, “Relocating East and West: UNESCO’s Major Project on the Mutual Appreciation of Eastern and Western Cultural Values”, *Journal of World History*, vol. 19, nº 3, septiembre de 2008.

dida desde los ideales democráticos, concebidos como universales más allá de la cultura y de la raza. Desde un modelo social pluralista, donde las diferencias intergrupales eran concebidas desde la cultura y no desde la biología, los discursos de tolerancia e inclusión fueron promovidos al compás de la expansión estadounidense durante la Guerra Fría. En ese sentido, las representaciones en torno a Asia surgían de un nuevo mapa, en el que no solo este continente sino también los Estados Unidos eran reubicados.¹⁰

Fue también en ese momento cuando empezaron a surgir los estudios de área. Como comentara el historiador Benedict Anderson, el sudeste asiático empezó a ser un área de interés académico en los Estados Unidos hacia la década del cincuenta.¹¹ Asia –y China en particular– ya constituían objetos de conocimiento para Occidente desde al menos el siglo XVI. Pero, a diferencia de la filología y de la sinología, que hasta entonces se habían encargado del estudio de la región, los estudios de área abordaron su objeto de conocimiento a partir de las problemáticas políticas, económicas y sociales de la época y, por lo tanto, con otras herramientas, provenientes principalmente de las ciencias sociales.¹² Hasta entonces, pocos países del continente asiático habían recibido algún interés por parte de académicos norteamericanos. Pero con el reposicionamiento de Estados Unidos como nueva hegemonía global, tanto Asia como ciertos enfoques disciplinarios –de las ciencias políticas, la economía, la antropología, la historia– cobraron mayor relevancia, siguiendo las prioridades políticas del país. También hubo, entre los estudiantes universitarios de grado y de posgrado, una mayor demanda de formación en torno a aquella región. De modo que para la década del sesenta ya se habían creado varios programas y seminarios de estudios asiáticos en distintas universidades. ¿Qué podía despertar el continente asiático sino interés para los Estados Unidos de aquel momento? Asia contenía a los movimientos de liberación nacional, muchos de los cuales se habían volcado hacia la izquierda. Particularmente, contenía a la recientemente conformada República Popular, que había optado por “inclinarse” hacia el socialismo, que había marcado la “pérdida de China” para los Estados Unidos y, con ello, el miedo hacia la expansión del comunismo. Por su parte, la guerra de Corea a inicios de los cincuenta respondió a los cambios en la política exterior estadounidense de fines de la década anterior. Si la ocupación de Corea del Sur por parte de los EE.UU. en la inmediata posguerra no había implicado mayores esfuerzos en la promoción de su diplomacia cultural, la creciente percepción de la avanzada soviética en la batalla cultural cambió el rumbo de sus políticas en la zona ocupada. Cuando las tropas de Corea del Norte, ocupada por la URSS, avanzaron hacia el sur en 1950, la idea de que la URSS estaba expandiendo su esfera de influencia hacia Asia fue ratificada.¹³

Todo ello explica el lugar central que el continente ocupó en la Guerra Fría. De allí que este novedoso campo disciplinar recibió, junto a otros, los ecos de las posiciones del senador norteamericano Joseph McCarthy, que establecieron límites políticos a las actividades académicas. En otras palabras, los interrogantes académicos, los problemas que una investigación

¹⁰ Christina Klein, *Cold War Orientalism. Asia in the Middlebrown Imagination. 1945-1961*, Los Ángeles, University of California Press, 2003.

¹¹ Benedict Anderson, *A Life Beyond Boundaries*, Londres, Verso, 2016.

¹² David Honey, *Incense at the Altar: Pioneering Sinologist and the Development of Classical Chinese Philology*, Connecticut, American Oriental Society, 2001.

¹³ Charles Armstrong, “The Cultural Cold War in Korea, 1945-1950”, *The Journal of Asian Studies*, vol.62, nº1, 2003; Steven Casey, *Selling the Korean War. Propaganda, Politics, and Public Opinion 1950-1953*, Oxford, Oxford University Press, 2008.

podía buscar responder no debían contradecir ni explicitar los intereses políticos de los Estados Unidos. Como comentara Fabio Lanza, los especialistas en estudios asiáticos no podían pensar en las implicaciones morales o políticas de sus labores.¹⁴

La coexistencia pacífica era, entonces, un objetivo importante en el mundo de posguerra. Incluso desde disciplinas como la psiquiatría, el horizonte del quehacer profesional se había fundido con el de las ansiedades políticas: era necesario, en un momento de alta conflictividad social e internacional, gestionar la estabilidad de las poblaciones a fin de evitar una tercera guerra.¹⁵ Ello involucraba, a fin de cuentas, un mayor interés por conocer y dar a conocer saberes y producciones culturales sobre Asia. Tanto por parte de los mismos pueblos asiáticos, como resultado de los procesos de descolonización que abrían la cuestión de las identidades nacionales y la necesidad de ganar más presencia en la arena internacional, como por parte de la comunidad internacional ante la inquietud por una posible guerra nuclear. Como se ve, ese nuevo lugar de Asia y su cultura combinaba diversas solicitudes: la de organizaciones internacionales como la UNESCO, por iniciativa de delegados asiáticos, la de los estudios académicos, la de los intereses estratégicos norteamericanos. La Guerra Fría y la largamente establecida oposición cultural Occidente-Oriente fueron las coordenadas con las que, desde distintos lugares, se promovió un mejor entendimiento sobre ese continente.¹⁶ Fue, también, desde estas coordenadas que la recientemente conformada República Popular China encontraría lugar en América Latina en general y en la Argentina en particular.

La República Popular China y sus relieves en la década del cincuenta en América Latina y en la Argentina

Hacia los primeros años del siglo XX, el desarrollo por parte de las élites chinas de una perspectiva que insertó al “reino del medio” como parte de Asia, dentro de un mundo atravesado por dinámicas globales, fue clave en la formación de su conciencia nacional y su posterior reconocimiento con los países de África y América durante los cincuenta y los sesenta. En el marco de los heterogéneos discursos panasiánistas, China había formado alianzas con otros países del continente, con quienes se identificaba mediante el redescubrimiento de lazos históricos y flujos culturales. Su identificación con el mundo colonial asiático de entonces fue efímera, pero fue un *leitmotiv* que se reprodujo a lo largo del siglo, aunque probablemente no sin variaciones.¹⁷ De allí que, una vez instaurada la República Popular y ante la necesidad de establecer relaciones internacionales, se apelara a los lazos históricos y culturales que otrora habían formado la base del panasianismo. Por ejemplo: cuando se realizó un viaje de delegados de India hacia China en 1955, los visitantes eran frecuentemente expuestos a sitios budistas dado

¹⁴ Fabio Lanza, *The End of Concern. Maoist China, Activism, and Asian Studies*, Durham/Londres, Duke University Press, 2017.

¹⁵ Hugo Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2016.

¹⁶ Con respecto a la historia de la oposición cultural Occidente-Oriente, una referencia central es Edward Said, *Orientalismo*, Madrid, Debolsillo, 2016.

¹⁷ Rebecca Karl, *Staging the World. Chinese Nationalism at the Turn of the Twentieth Century*, Durham/Londres, Duke University Press, 2002.

que insinuaban conexiones culturales entre ambos países.¹⁸ Del mismo modo, con la esperanza de revivir una “solidaridad asiática” y de encontrar un punto común, las referencias a la guerra de Vietnam tuvieron un lugar de peso en las conferencias con visitantes japoneses en 1965.¹⁹

Ante los latinoamericanos, la cultura también resultaría un medio valioso para entablar relaciones, al menos a inicios de la década del cincuenta. Los vínculos formales entre la República Popular China y América Latina se hallaban dificultados por la falta de reconocimiento internacional: recién en la década del setenta China empezó a ocupar bancas en las Naciones Unidas. Así, con excepción de Cuba, los gobiernos de los países latinoamericanos no establecieron relaciones con ella, en línea con el bloqueo promovido desde los Estados Unidos. Por tal razón, China debió valerse de vías informales para establecer vínculos y despertar simpatías externas: no a través de contactos estatales ni de funcionarios públicos, sino de personalidades locales con cierto peso en la arena cultural y política, o bien ofreciendo espectáculos y presentando obras literarias y artísticas.

En la Guerra Fría, una contienda global marcada por el propósito de ganar “los corazones y las mentes”, las armas culturales adquirieron un rol central. A través de periódicos, películas, obras literarias, exposiciones y conciertos, las potencias de la guerra –los EE.UU y la URSS– desplegaron su diplomacia cultural en la esfera internacional. Como ya han señalado otros autores, América Latina se insertó en este conflicto de un modo activo, en tanto aquel escenario global fue articulado a distintos procesos, problemas y temporalidades locales a través de agentes estatales y no estatales, como militares, intelectuales y expertos.²⁰ En este marco, la República Popular China también se haría de un bagaje de arsenales culturales para incidir en la geopolítica de posguerra, que consistió en la reapropiación de su propia herencia cultural, ahora desde la lente del socialismo.

Por su parte, para muchos comunistas latinoamericanos los aspectos culturales que podía ofrecer la República Popular –sus escritores, su pintura, su teatro– despertaron un interés acompañado por simpatía política. Muchas veces, esta doble simpatía se expresó en el establecimiento de organizaciones locales que promovieron intercambios y difusiones, como los que llevaron adelante el chileno José Venturelli, los argentinos Juan Carlos Castagnino y Juan Laurentino Ortiz, y los mexicanos Miguel Covarrubias y David Alfaro Siqueiros.²¹

¹⁸ Yang Wang, “Envisioning the Third World. Modern Art and Diplomacy in Maoist China”, *ARTMargins*, vol. 8, nº 2, 2019.

¹⁹ Zachary A. Scarlett, “The Chinese Sixties: mobility, imagination, and the Sino-Japanese Friendship Association”, en J. Chen et al (eds.), *The Routledge Handbook of the Global Sixties. Between Protest and Nation-Building*, Oxon, Routledge, Taylor & Francis Group, 2018.

²⁰ Vanni Pettiná, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2018; Marcelo Casals, “Otros espacios, otras temporalidades. La Guerra Fría y la historiografía política latinoamericana”, en V. Pettiná (ed.), *La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid Ediciones, 2023.

²¹ Sobre Venturelli, véase Mónica Ahumada, “Viajeros a la República Popular China: José Venturelli, los intelectuales, políticos y parlamentarios chilenos en los años cincuenta y sesenta”, *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 9, nº 3, 2020; sobre Castagnino, Ana Longoni, “Maoist imaginaries in Latin American art”, en Jacopo Galimberti, N. de Haro García y V. Scott (eds), *Art, Global Maoism and the Chinese Cultural Revolution*, Mánchester, Manchester University Press, 2020; sobre Ortiz, Miguel Ángel Petrecca, “Algunas cuestiones en torno a las traducciones chinas de Juan Laurentino Ortiz”, *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 9, nº 3, 2020; y sobre Covarrubias y Siqueiros, Marisol Villela Balderrama, “La llegada de 1956: el modernismo socialista y los intercambios artísticos de China y México

Estos contactos se dieron en los marcos que ofrecían el Movimiento Comunista Internacional y la agenda soviética, cuando la alianza sino-soviética estaba atravesando su momento más álgido. En particular, el Movimiento Internacional de Partidarios por la Paz fue una instancia central para acceder, desde el comunismo, a la República Popular, y desde el cual se gestaron producciones heterogéneas en torno a ella. Este movimiento había surgido a fines de la década del cuarenta como iniciativa de intelectuales, artistas, científicos y delegados políticos para posicionarse en contra de la guerra atómica y a favor de la paz. Su actividad principal se desplegó hasta mediados de los cincuenta, con la invasión soviética a Hungría en 1956 como hito terminal. A pesar de que contaba con la participación de grupos heterogéneos de activistas, artistas y expertos, el peso de los representantes soviéticos y la impronta que imprimieron en el movimiento llevó a que quedara ligada a las políticas externas de Moscú.²² No obstante, la amenaza nuclear y la desmoralización provocada por la masacre de la Segunda Guerra lograron una adhesión extendida en la opinión pública en general. Del mismo modo, la imagen forjada de China desde ese movimiento que contaba con el apoyo de figuras de la ciencia y la cultura letrada, no se agotó en su relación de subordinación a la URSS, sino que destacó distintos aspectos de su cultura que apelaban a públicos más amplios. Así, mientras la República Popular China podía generar simpatía en dirigentes y militantes de Partidos Comunistas locales, su literatura, sus formas de arte y, en términos más amplios, su cultura “milenaria” también podían generar un interés que rebasaba su lugar como parte de la órbita soviética.

Esa fue la modalidad con que la República Popular estableció sus primeros acercamientos a personalidades latinoamericanas, diversas figuras ligadas a los Partidos Comunistas de sus respectivos países, como la militante argentina Adela Betinelli, y también comunistas que ocuparon un lugar relevante en el terreno cultural, como los poetas Pablo Neruda y Raúl González Tuñón. Mientras que varios intelectuales argentinos viajaron a China por invitación del Consejo Chino por la Paz luego del Congreso en Viena en 1952, otros latinoamericanos participaron de la Conferencia de la Paz en Asia y el Pacífico, realizada en Beijing en 1952 en oposición a la intervención militar estadounidense en Corea. Esta había sido la primera reunión internacional organizada por la República Popular, y de ella participaron distintos delegados, principalmente de América Central, aunque también hubo algunos representantes del Cono Sur. Los problemas de las intervenciones políticas y militares estadounidenses y el reclamo por la paz y la independencia nacional fueron puntos claves de la reunión, y ya dejaban ver la relevancia del país asiático para pensar problemas caros a América Latina.²³

De los encuentros en el marco del movimiento pacifista derivaron numerosos relatos de viajes que dieron cuenta de experiencias en el país asiático, así como algunas iniciativas de intercambio cultural. Desde argentinos como María Rosa Oliver y Norberto Frontini hasta colombianos como Jorge Zalamea, Diego Montaña Cuellar y Manuel Zapata Olivella, pasando por chilenas como Olga Poblete, una considerable cantidad de figuras ligadas al comunismo y al mundo letrado escribieron sobre los avances sociales e industriales de la Nueva China. Se

en la década de 1950”, en L. Arsovská (coord.), *América Latina y el Caribe- China. Historia, cultura y aprendizaje del chino 2019*, Ciudad de México, Unión de las Universidades de América Latina y el Caribe, 2020.

²² Geoffrey Roberts, “Averting Armageddon: The Communist Peace Movement, 1948-1956”, en S. A. Smith (ed.), *The Oxford Handbook of The History of Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

²³ David Ignacio Ibarra y Hao Zhang, “Peace Conference of Asia and the Pacific Region (October 1952): an approach between China and Central America America”, *Revista Estudios*, vol. 33, 2016.

enmarcaban en un género, los relatos de viajes hacia países socialistas, que se venía desarrollando desde la década del treinta a fin de defender el socialismo desde Occidente. Tensionadas entre lo reiterativo y lo singular, las producciones derivadas de aquellos viajes expresaron no solo lo visto y oído en sus experiencias, sino también los deseos de los propios viajeros.²⁴ En ese sentido, tanto los relatos de viaje como otras iniciativas resultantes de estos desplazamientos dan cuenta de los modos en que los latinoamericanos se posicionaron frente a la Revolución china y su cultura.

En los inicios de los cincuenta, la defensa por la paz fue el eje que conectó de manera directa a la realidad china con la latinoamericana. Como relató Poblete luego de asistir a la Conferencia en Beijing: “Allí empezamos a sentirnos unidos, asiáticos y americanos, hecho que constituiría, enseguida, el suceso más significativo de la Conferencia”.²⁵ Para ella, este encuentro era el inicio de un nuevo modo de relación entre China y el mundo, uno marcado por la “conquista de una convivencia pacífica”, por “la desbordante actitud fraternal de este gran pueblo hacia donde deberían dirigirse hoy todas las miradas de la tierra” y en el que se dejaba atrás “la interferencia del colonialismo de Occidente”.²⁶ De un modo similar, el poeta argentino González Tuñón remarcó luego de su visita de 1952: “[China] es un ejemplo para todos los pueblos aún no liberados y su mensaje tiene, por lo mismo, un relieve internacional, extendido a la lucha antiimperialista y por la paz en que estamos empeñados”.²⁷ También apunta: “Este pueblo [...] está, lo repetimos, junto a la Unión Soviética, al frente de la defensa de la paz en el mundo”.²⁸

Así, el pacifismo de los cincuenta –en el sentido de la convivencia pacífica, del principio de no intervención, del antiimperialismo y, como se verá más adelante, de la respuesta ante la inquietud por una posible tercera guerra– fue el marco que permitió establecer las primeras redes entre China y América Latina. Estos primeros contactos fueron realizados desde sensibilidades atentas a distintos aspectos que le dieron a la Revolución china relieves propios, por fuera de sus relaciones con la URSS.

Es que China no era una entidad nueva. Escritores modernistas y teósofos ya habían abordado a Oriente desde fines del siglo XIX e inicios del xx.²⁹ Asimismo, desde la segunda mitad del siglo XIX habían existido flujos de personas entre China y algunos países latinoamericanos y del Caribe, ya fuera en forma de comercio de *coolies* como de migración voluntaria.³⁰ En Argentina, por ejemplo, las exposiciones de arte oriental organizadas por asociaciones como la Sociedad Amigos del Arte Oriental (SADAO) ya tenían circulación al menos desde fines de la década del cuarenta; allí se exhibían distintos objetos –monedas, vajilla, entre otros– y estatuillas de filósofos

²⁴ Sylvia Saítta, *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

²⁵ Olga Poblete, *Hablemos de China Nueva*, Santiago de Chile, Ediciones Vida Nueva, 1952, p. 21.

²⁶ *Ibid.*, pp. 21 y 137.

²⁷ Raúl González Tuñón, *Todos los hombres del mundo son hermanos. Impresiones de viaje por Moscú, Kiev, Lenigrado, Pekín, Tientsin, Nanking, Shanghai, Hanchow, Praga, Lidice y una visión de Varsovia*, Buenos Aires, Editorial Poemas, 1954, p. 264.

²⁸ *Ibid.*, p. 263.

²⁹ Martín Bergel, *El oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

³⁰ Marisela Connelly y Romer Cornejo Bustamante, *China - América Latina. Génesis y desarrollo de sus relaciones*, México, El Colegio de México, 1992.

y figuras religiosas de China.³¹ En vísperas del clímax del maoísmo global, también empezaron a publicarse algunos libros sobre arte oriental y sobre pintura china y sus principios éticos, editados por la editorial universitaria EUDEBA.³² En 1965, fue creado en Buenos Aires el Museo Nacional de Arte Oriental, que albergó piezas de distintos países asiáticos como Japón, India y China.

A su vez, una de las consecuencias de la mencionada iniciativa promovida desde la UNESCO fue la creación de programas de estudios asiáticos en América Latina a lo largo de la década del sesenta. El primer centro argentino fue establecido en la Universidad del Salvador, en 1961.³³ De todos modos, como se ha señalado en investigaciones recientes, América Latina careció de un marco institucional sólido para el estudio de China y su cultura: las circulaciones y encuentros se realizaron por fuera de ámbitos académicos y estuvieron, más bien, ligados a itinerarios y redes múltiples, como los de los intelectuales comunistas y de izquierda latinoamericanos.³⁴

Como se verá en el siguiente apartado, los mencionados flujos en torno a Asia en general y a China en particular fueron contemporáneos y se hallaron presentes en los modos en que los comunistas locales abordaron a la recientemente conformada República Popular, de modo que las ideas en torno a una China “milenaria” se fundían, en ocasiones, con el interés por otras de sus texturas más políticas. Ambas vertientes de difusión podían confluir, o bien coexistir de manera paralela. Interesa centrarse, en lo que sigue, en las actividades de un órgano de difusión cultural que funcionó en el seno del PCA: la Asociación Argentina de Cultura China (AACC). A través de ella, se verá cómo la presencia y la difusión de la República Popular en la Argentina de la década del cincuenta se halló en el cruce del nuevo lugar que ocupó Asia en el mapa de la segunda posguerra y de la Guerra Fría, así como de las difusiones previas y contemporáneas en torno a la cultura china en la Argentina.

El caso de la Asociación Argentina de Cultura China

Es difícil establecer límites cronológicos precisos sobre el funcionamiento de la Asociación y sus órganos, pero las fuentes y archivos disponibles permiten pensar que fue durante los primeros años de la década del cincuenta cuando la AACC funcionó con mayor vigor. Su creación fue resultado de los circuitos transnacionales del movimiento pacifista que conectaron a intelectuales latinoamericanos con China, y contuvo sensibilidades antiimperialistas propias de ellos. En diciembre de 1952, un grupo de 36 delegados argentinos –que incluyó a obreros, católicos, campesinos, una fracción juvenil y un grupo de intelectuales, entre los que se hallaban Ernesto Giudici, Leónidas Barletta, Fina Warschaver, María Rosa Oliver y Norberto Fronterini– habían viajado a la República Popular por invitación del Consejo Chino por la Paz, luego de haber asistido al Congreso por la Paz en Viena ese mismo año. A fines del año siguiente varios integrantes de ese grupo de intelectuales conformaron la AACC en el marco del PCA. La asociación estaba integrada por distintos consejos: juvenil, de arte y exposición, de ciencias, de

³¹ Sociedad Amigos del Arte Oriental (SADAO), *Exposición de arte oriental*, Buenos Aires, SADAO, 1949.

³² Osvaldo Svanascini, *Conceptos sobre el arte oriental*, Buenos Aires, Editorial Universidad de Buenos Aires, 1964.

³³ María del Pilar Álvarez y Pablo Forni, “Orientalismo conciliar: el padre Quiles y la creación de la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador”, *Estudios de Asia y África*, vol. 53, nº 2, 2018.

³⁴ Rosario Hubert, *Disoriented Disciplines: China, Latin America, and the Shape of World Literature*, Illinois, Northwestern University Press, 2024.

prensa y propaganda, de teatro, de sombras chinescas, y hubo planes para la formación de una comisión femenina. Su actividad se basaba en la difusión de diversos aspectos de la República Popular: formas artísticas, aspectos de su educación, medicina, economía, y tópicos concorrentes a la liberación de la mujer. Los medios para ello consistieron en materiales impresos –revistas, folletos, artículos–, así como en la organización de actos públicos, charlas y seminarios. Su naturaleza estuvo imbuida, además, de un espíritu antiimperialista que, en apenas unos años, cobraría el nombre de terciermundismo. Es decir, una predisposición positiva hacia los pueblos de Asia y África y sus movimientos de liberación nacional, que a la vez identificaba a América Latina como parte de aquella identidad.³⁵ En la presentación de su revista orgánica, *Cultura China*, se explicó este lineamiento:

si hoy nos interesa el conocimiento de la milenaria cultura china, es porque estamos presenciando la creciente gravitación de China en el panorama mundial. La lucha de los pueblos de Asia por su independencia es uno de los más grandes acontecimientos de nuestra época. Todos aquellos que han luchado por la independencia de su propio pueblo no pueden verla sino con simpatía.³⁶

Esta revista fue creada en 1954 y, tras una interrupción entre 1957 y 1959, volvió a publicarse al menos hasta los primeros años de la década del sesenta, difundiendo traducciones de cuentos y presentando artículos referentes a la cultura china.

Como se mencionó, la AACC funcionó dentro del PCA y tuvo una orientación principalmente cultural, de modo que no prestó mayor atención a aspectos teóricos ni políticos de la Revolución china. Y es que el caso chino constituía un punto ambiguo para muchos comunistas argentinos, cuya prensa dedicó poco interés a esos aspectos tanto antes como después de su constitución en 1949. Ya ante las masacres de 1927, sucedidas por la traición de los nacionallistas en su alianza con los comunistas, la prensa comunista local tendió a alinearse con las posturas de la Comintern: sin criticar la etapa del Frente Único Antiimperialista, los comunistas argentinos vieron en el imperialismo la causa de la traición nacionalista.³⁷ Luego de 1949, China representó un caso de revolución exitosa vinculada principalmente a la asistencia soviética, pero la naturaleza de esta no podía sino incomodar a quienes, desde la década del treinta, habían renunciado a la lucha armada y sostenían la línea de un frente democrático en el que se incluía a la burguesía nacional. En ese sentido, estrategias involucradas en la Revolución china –como la guerra popular prolongada– no eran más que un caso excepcional del que no podían derivarse directivas generales para el caso argentino. De allí que los órganos teórico-políticos del PC, como *Nueva Era*, no le hayan dedicado más que artículos periodísticos.³⁸ Aunque los comunistas editaron una considerable cantidad de trabajos en torno a la República Popular, el tratamiento de distintos dirigentes partidarios, militantes e intelectuales comunistas a lo largo

³⁵ Germán Alburquerque, *Terciermundismo y no alineamiento en América Latina durante la Guerra Fría*, Santiago de Chile, Ediciones Inubicalistas, 2020.

³⁶ Comisión directiva, “Amistad y cultura”, *Cultura China*, vol.1, n° 1, 1954, p. 4.

³⁷ Mercedes Saborido, “¿Una traición esperable?: El Partido Comunista de la Argentina y su visión sobre los acontecimientos en China (1926-1927)”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S.A. Segreti”*, vol. 12, n° 12, 2012.

³⁸ Saborido, “El Partido Comunista”.

de la década del cincuenta –antes de la ruptura formal entre la URSS y China–, como Adela Betinelli, María Rosa Oliver y Norberto Frontini, o Arnedo Álvarez, tendieron a reproducir una idea que los propios chinos difundían a principios de la década: que la República Popular se hallaba necesariamente bajo el amparo soviético.³⁹

Esa era la tónica con la cual la AACC divulgaba aspectos culturales y sociales de la República Popular, así como las mejoras de la realidad china vinculadas al socialismo. Si las lecciones políticas de su Revolución resultaban un punto de tensión para los comunistas locales, los relatos de viaje que informaban de las bondades del socialismo en la vida cultural, social y económica de sus habitantes, en los que usualmente se las concebía como deudoras de la asistencia soviética, resultaban un tipo de material adecuado para promover a través de la “fracción china” del PCA.

No obstante, las descripciones de la República Popular no constituían sino una parte de lo que ella promocionaba. Artículos sobre arte oriental –con citas a la mencionada SADAO–, sobre teatro, cine, arqueología y posibles conexiones económicas entre China y el mundo ocuparon con asiduidad la agenda de la Asociación. Esto da cuenta de que estos materiales –sobre la cultura, los habitantes, los escenarios y los productos chinos– ocuparon un lugar importante en la diplomacia cultural de la República Popular y en la promoción de su propia imagen, y que su circulación en Argentina fue tan importante como la de los relatos de viaje.

Un ejemplo ilustrativo puede hallarse en el folleto de la temporada de 1956 del Teatro Colón de Buenos Aires. Ese año, una compañía de teatro tradicional chino visitó la Argentina. Como mencionó el dramaturgo Agustín Cuzzanni en sus memorias de viaje, él fue parte del recibimiento que tuvo la compañía de teatro en Buenos Aires.⁴⁰ El evento fue comentado por Fina Warschaver –la secretaria general y una de las más enérgicas promotoras de la AACC– en las páginas de *Cuadernos de Cultura*, la principal publicación cultural del PCA. El teatro fue un medio importante para la República Popular en el establecimiento de su diplomacia cultural durante sus primeros años, de modo que fue un espectáculo al que se solía llevar a los visitantes a China y, en consecuencia, tenía mucha presencia en los relatos de viaje. En él se condensaban problemas en torno al lugar de la herencia cultural china en su presente socialista y los modos en que debían resolverse en el terreno de la producción artística.⁴¹

El Teatro Colón promocionó esta visita en un folleto que incluyó una descripción del teatro tradicional y resúmenes de algunas de sus obras más conocidas, junto con otros objetos relativos a China. En el mismo folleto aparecían otros elementos yuxtapuestos, que provenían tanto del mundo comunista como de espacios en los que China representaba más bien un objeto de consumo cultural. Por un lado, se promocionaba el libro del poeta francés y por entonces comunista Claude Roy: *Claves para China*, editado por Lautaro y que el crítico literario comunista Héctor Agosti reseñó elogiosamente en *Cuadernos de Cultura*, revista de la que era director. También se encontraba promocionada la edición de *Diario de un loco*, un cuento del

³⁹ Sobre Betinelli, véase Adela Betinelli, *Impresiones de mi viaje a la Unión Soviética y China Popular*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1953; sobre Oliver y Frontini, María Rosa Oliver y Norberto Frontini, *Lo que sabemos hablamos. Testimonio sobre la China de hoy*, Buenos Aires, Ediciones Botella de Mar, 1955, y sobre Álvarez, Arnedo Álvarez, *Elementos sobre la revolución china. Conferencia pronunciada en ocasión del Octavo aniversario de la República Popular China*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1958.

⁴⁰ Agustín Cuzzanni, Notas mecanografiadas sobre su viaje a China, Archivo familiar, Córdoba, Argentina.

⁴¹ Xing Fan, *Staging Revolution: Artistry and Aesthetics in Model Beijing Opera during the Cultural Revolution*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 2018.

célebre escritor moderno Lu Xun, que contó con prólogo de Warschaver y que fue editado, también, por Lautaro.⁴² Asimismo, el folleto contenía el anuncio de una exposición de “arte chino antiguo” y de una tienda de artículos de consumo chinos –regalos y comestibles– de Buenos Aires.⁴³ Esta yuxtaposición de la promoción de la visita de una compañía teatral, de libros relativos a la República Popular que fueron valorados por intelectuales comunistas y de artículos de consumo en un mismo folleto muestra hasta qué punto los límites entre la divulgación de la cultura china realizada por comunistas locales se hallaba en el cruce con otros objetos y medios que impulsaban, por fuera del mundo comunista, un contacto con China en tanto objeto de consumo o estudio.

Si las difusiones en torno a la República Popular durante los cincuenta respondían al despliegue de la diplomacia cultural china en el marco de la Guerra Fría y del movimiento pacifista, en el que se halló una considerable participación de figuras de la cultura letrada, también es necesario pensarlas en relación con otras vías de circulación. En efecto, las representaciones en torno a China también respondieron a distintos procesos sociales y culturales, como la inmigración y la comercialización de objetos de consumo. De este modo, la difusión cultural sobre China durante esos años en la Argentina se hallaba en el anudamiento entre distintas temporalidades, procesos y representaciones.

De allí que, a menudo, las simpatías hacia la República Popular mostradas por intelectuales de izquierda vistieron las formas de una sinofilia, es decir, de un interés hacia la cultura, la historia o la lengua del país asiático no necesariamente vinculado a simpatías políticas. En particular, casos como el del escritor Bernardo Kordon y el de Fina Warschaver en su participación en la AACCh pueden sugerirlo, dado el lugar central que la cultura china ocupó en sus iniciativas de difusión. Lejos de expresar solamente un interés personal hacia la lengua, la cultura o la historia del país asiático, eso respondió a circunstancias y discusiones intelectuales y políticas: el lugar de China en la geopolítica de la Guerra Fría, los usos del pasado empleados por su diplomacia cultural y las discusiones en torno al lugar del intelectual en la militancia comunista.

Aunque los comunistas chinos tendieron a repudiar varios elementos heredados de la era republicana e imperial –el confucianismo, las comunidades religiosas, algunas ceremonias, entre otros– en detrimento de una lectura que los situaba dentro de una progresión histórica vista desde el marxismo, muchos de aquellos elementos formaron parte importante de su cultura política y su posterior internacionalización. En otras palabras, ocuparon un lugar relevante tanto para un público interno como externo, en la medida en que no solo podían apelar más fácilmente a su población interna, más habituada a formas nativas de espectáculo, sino que permitía exaltar el espíritu de una nueva nación independiente. En los desfiles políticos –asiduamente mencionados en los relatos de viajes de visitantes hacia la República Popular– los símbolos y eslóganes internacionalistas (retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin, saludos a la URSS, eslóganes en oposición a intervenciones en Corea– se encontraban a la par de muestras de arte folclórico, como algunas formas de danza y desfiles de actores de teatro tradicional.⁴⁴

⁴² Creado en 1942 por Sara Miglione de Jorge, Lautaro publicó libros de literatura, arte, filosofía y divulgación científica. Aunque cercana al PCA, también se involucró en emprendimientos comerciales por fuera de aquel.

⁴³ Folleto del Teatro Colón: Programa 1956 (septiembre-noviembre), Biblioteca del Teatro Colón, Buenos Aires, Argentina.

⁴⁴ Chang-Tai Hung, “Mao’s Parades: State Spectacles in China in the 1950s”, *The China Quarterly*, vol. 190, junio de 2007.

Por otro lado, la imagen que intelectuales locales produjeron en torno a la República Popular contenía con frecuencia alusiones a una “esencia nacional”. Aunque también podían hallarse referencias al “respeto por la herencia cultural de Rusia” en relatos de viajes hacia la URSS, era en China donde los visitantes destacaban con más frecuencia los contornos de una identidad nacional, ya sea asentados en un orientalismo exotizante o en una herencia cultural que, no obstante, no perturbaban la idea de China como miembro de una hermandad internacional ni como una revolución cuyo éxito no competía solo a ella, sino que resultaba una causa conjunta.⁴⁵ Por ejemplo, en su libro *Todos los hombres del mundo son hermanos*, publicado por Editorial Poemas en 1954, el poeta comunista Raúl González Tuñón lo señaló del siguiente modo:

este pueblo creador que ha sabido asimilar lo mejor del rico legado del pasado y desterrar tan solo lo que el pasado tuvo de retrógrado e ignominioso, es un ejemplo para todos los pueblos aún no liberados y su mensaje tiene, por lo mismo, un relieve internacional, extendido a la lucha antiimperialista y por la paz en que estamos empeñados.⁴⁶

Del mismo modo, señaló el valor de aquel pasado cultural frente a las injerencias extranjeras: “Quisieron [los imperialistas ingleses, franceses, japoneses y norteamericanos] acabar con la arquitectura, con el teatro, con la pintura y con la música chinas, pero el pueblo amaba sus mejores tradiciones y no había renunciado al futuro”.⁴⁷

En este marco, los artículos, las muestras y las charlas sobre arte oriental y otros elementos de una cultura “tradicional” china fueron un canal importante en la actividad de la AACC, dado que constituyan “el medio de llegar [a un vasto público] y sigue siendo un medio insustituible hasta que tengamos películas”.⁴⁸ La difusión realizada desde *Cultura China* y la Asociación ofrecía una imagen muy vinculada a sus aspectos tradicionales y que confluía con otras presencias de “Oriente” en la Argentina. Así aparece en los dos breves números de la revista, publicados en 1954 y 1955: la literatura del escritor y divulgador de la literatura china en Occidente Lin Yutang, la idea de Oriente en la literatura modernista y la circulación de “artículos orientales” como vasijas y marfil labrado.⁴⁹

El carácter ecléctico de la Asociación se reflejó, también, en la composición de sus miembros. Si bien en la Asociación y en *Cultura China* participaron figuras pertenecientes al PCA – como Warschaver y Juan Carlos Castagnino–, también contaron con el apoyo de otras cuyo contacto con China y el comunismo eran escasos. Tal fue, por ejemplo, el caso del escritor argentino Evar Méndez, antiguo director de la revista vanguardista *Martín Fierro* y que participó en el consejo de redacción de *Cultura China*. En su artículo “Examen de conciencia chino” publicado en el segundo número de 1955, el escritor subrayó esta carencia e inscribió su curiosa participación en la Asociación como parte de contactos fragmentarios previos, así como con incipientes intereses académicos respecto de Asia en la Argentina propios del clima de posguerra, que poco tenían que ver la simpatía hacia un caso de revolución exitosa ni con

⁴⁵ Referencias a Rusia en relatos de viaje a la URSS pueden verse, por ejemplo, en González Tuñón, *Todos los hombres del mundo*, p. 29.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 264.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 156.

⁴⁸ Fina Warschaver, Reporte mecanografiado, Fondo Giudici-Warschaver, Buenos Aires, Argentina, s/f.

⁴⁹ Evar Méndez, “Exámen de conciencia chino”, *Cultura China*, vol. 1, nº 2, 1955, p. 35.

los ideales antiimperialistas a través de los que se forjaron los primeros lazos con la República Popular. Así, Méndez comenzó su artículo preguntándose: “¿Qué tengo yo que ver o hacer con una tal Asociación? ¿Qué sé yo de cultura china, del pueblo, de su propio territorio? [...] Solo el sedimento de viejas nociones generales; y aquello que todos hemos leído en magazines añejos respecto a la antigua China”.⁵⁰ A su vez, también destacó el creciente interés académico por Asia que, como se ha indicado, iba a materializarse de distintos modos a partir de la segunda mitad de la década del cincuenta:

Hay en el aire, se impregna en el ambiente de un impulso irresistible hacia Oriente medio y lejano. Esta empresa lo atestigua. Se ha instituido en la Facultad de Letras una cátedra de estudios hebraicos. Se acaba de impulsar otra de estudios arábigos. Se ha resuelto crear la enseñanza del muy venerable abuelo de los idiomas occidentales, el sánscrito [...]. Puede que no esté lejano el día en que se establezca cátedra de alguna rama del arte o saber chinos.⁵¹

De este modo, la AACC se hallaba en el cruce de distintas líneas de intereses en torno a China. El ánimo por mostrar las bondades del socialismo a través de relatos de viaje que retrataran las mejoras en vida social de sus habitantes, confluía con el creciente interés en torno a Asia y con la circulación de la cultura china –su arte, sus escritores, sus objetos de consumo– promovido tanto desde la diplomacia cultural de la República Popular como por medio de asociaciones independientes y precedentes a ella.

La Asociación llegó a la opinión pública y tuvo un alcance considerable. Tanto fue así que el militar Osiris Villegas ubicó a *Cultura China* como uno de los órganos principales de la “penetración cultural comunista” en su libro *Guerra revolucionaria comunista*, publicado en 1962 por la editorial Círculo Militar.⁵² Osiris Villegas, que fue partícipe de la Revolución Libertadora y que luego ocuparía el cargo de ministro del interior, alertaba allí sobre los peligros de la guerra revolucionaria comunista, sus modos de acción, el problema de la lucha contrarrevolucionaria y el lugar de las Fuerzas Armadas.

El alcance y la naturaleza de la Asociación generaron, no obstante, un balance desfavorable por parte del PCA. En efecto, la orientación marcadamente cultural de la AACC se debió en buena medida a su secretaria general, la escritora Fina Warschaver, en tensión con otras disposiciones, tanto por parte de otros miembros de la Asociación como de dirigentes del PCA. En una reunión en enero de 1956, realizada en un clima de expectativas de ampliación del Partido posterior al golpe que en 1955 derrocó al gobierno de Perón, se señaló que la fracción encargada de la propaganda sobre China no había alcanzado los objetivos planteados. Su reclutamiento de “intelectuales de relieve” fue escaso, a la vez que “no aplicamos la línea, no existe acuerdo sobre la orientación fundamental [...] Hemos seguido el camino más fácil. Defecto inicial: no hacer conocer la R.P.Ch.”.⁵³ En una carta dirigida al secretario general del PCA, Arnedo Álvarez y en respuesta a aquellas críticas, Warschaver planteó que la cultura no constituía un medio para un fin ulterior, sino un objetivo en sí mismo que, no obstante, no carecía

⁵⁰ *Ibid.*, p. 32.

⁵¹ *Ibid.*, p. 38.

⁵² Osiris Villegas, *Guerra revolucionaria comunista*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1962.

⁵³ Fina Warschaver, Carta mecanografiada a Arnedo Álvarez, Fondo Giudici-Warschaver, Buenos Aires, Argentina, 1956, pp. 2 y 4.

de valor político. Para ello, decía, había que reconocer la importancia de la división de tareas y objetivos, dado que no era posible “que cada sector, cada compañía, quisiera resolver los problemas de todo el frente”.⁵⁴ ¿Cuál era, entonces, el objetivo parcial de la fracción china? Para Warschaver, la AACC tenía una razón de ser directamente ligada al movimiento pacifista que la había gestado. Ella debía dedicarse a establecer “relaciones culturales con países comunistas”, en este caso China.⁵⁵ En su carta planteó lo siguiente:

Primeramente, no pretendemos con nuestra actividad cambiar la situación interna de nuestro país [...] Analizando la situación del mundo vemos que está dividido en dos partes equilibradas entre comunismo y capitalismo. Las posibilidades de una ruptura y guerra atómica –que no sería el fin del capitalismo sino de la humanidad – hacen necesario un entendimiento transitorio entre ambos mundos [...] Creo que las relaciones culturales son un fin político en sí mismas y no como pretexto para ulteriores agitaciones para socavar el régimen capitalista.⁵⁶

Ante la inminencia de una guerra atómica, el entendimiento mutuo entre el mundo capitalista y el comunista se volvía una necesidad que debía servirse de la difusión cultural y de las iniciativas de estudio y profundización de saberes sobre aquellos. Esto se hallaba a tono con el clima de posguerra y con las iniciativas antes mencionadas, que buscaron fomentar un mejor entendimiento en torno a Asia por medio de sus producciones culturales y de la actividad académica.

Además, difundir materiales sobre países asiáticos tenía “un valor histórico porque desplaza el meridiano intelectual del mundo que estaba hasta hace poco en Londres o París”.⁵⁷ En este sentido, no solo era importante mostrar “cómo vive el pueblo chino”, un tipo de material que, como se mencionó, fue de los productos más prolíficos derivados de los viajes hacia la República Popular y que resultaba más adecuado para los comunistas en los cincuenta, sino que podía ser productiva la circulación de otros tipos de materiales.⁵⁸ Con todo, se trataba de un momento en que la amenaza atómica instaba a la circulación de saberes y al intercambio cultural. Así, si la cultura y el arte chino podían ser tan relevantes como la difusión de las mejoras que trajo el socialismo en el país asiático, se debía a que el objetivo no era el del “esclarecimiento político para fines de agitación interna” sino el contacto cultural en sí mismo en tanto actividad política, que permitía relativizar los límites de un mundo bipolar que amenazaba con acabar con la humanidad.⁵⁹ En ese sentido, la naturaleza y el alcance de la AACC no resultaba un punto conflictivo para Warschaver:

No todos se acercan para conocer “cómo vive el pueblo chino” [...]. Hay quienes se acercan por el prestigio del arte o la literatura o la filosofía china del pasado [...]. Nosotros no tratamos de anular sino de mantener ese interés que es absolutamente legítimo aun en una sociedad comunista.⁶⁰

⁵⁴ *Ibid.*, p. 1.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 4.

⁵⁶ *Idem*.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 6.

⁵⁸ “Cómo vive el pueblo chino”, *ibid.*, p. 6.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 4.

⁶⁰ *Idem*.

En un momento en que la apertura y el interés hacia Asia se encontraban en la agenda internacional, y potenciados por la circulación previa (y contemporánea) sobre la imagen, la cultura y el arte chino en la Argentina, las actividades de la AACC también podían motivar a aquellos que no necesariamente estaban interesadas en el socialismo, pero sí en la cultura china. En esos intercambios, lo que se ponía en juego era el lugar de la cultura y los intelectuales en el proyecto revolucionario, una discusión que Warschaver venía manteniendo con el PCA a raíz de la publicación de su novela *La casa modesa* en 1949.⁶¹ Pero, además, muestra cómo la actividad de la AACC cobraba sentido en el mundo de la posguerra, donde el intercambio cultural que buscó promover adquiría sentidos políticos específicos. La difusión de una cultura nacional –la china– constituía en el marco de la Guerra Fría una iniciativa intrínsecamente internacionalista, en tanto respondía a amenazas y a objetivos que excedían los marcos de los Estados-nación para insertarse en un momento global y se permeaba de sus sentidos.

Conclusiones

Hacia la segunda posguerra, el mapa mundial fue reconfigurado y, con ello, el lugar de Asia en él. La victoria de Japón sobre Rusia en 1905 y, posteriormente, la brutal ocupación japonesa en distintas regiones del continente durante los años previos, arrastraron una irreverencia hacia la superioridad de Occidente y la reivindicación de las identidades y culturas nacionales, sentimientos contenidos en los movimientos de liberación nacional allí. En un momento en que los pueblos recientemente liberados debían revisar su herencia cultural en las coordenadas de su descolonización, la cultura iba a ser un vehículo importante en las iniciativas diplomáticas que llevaran a cabo, así como lo fue para las dinámicas de la Guerra Fría.

Las tensiones entre un Occidente capitalista y un Oriente socialista, superpuestas con las diferencias culturales que ya se venían denunciando entre ambos polos, así como los temores hacia una guerra nuclear y la creciente intervención estadounidense en la región derivaron en un interés general en torno a Asia. Ello se tradujo en ámbitos culturales, académicos y políticos de manera interrelacionada. Este interés no era novedoso, pero respondió a problemas y necesidades específicas de ese momento histórico. Mientras tanto, el Movimiento Internacional de Partidarios por la Paz advertía contra una nueva forma de fascismo –el imperialismo norteamericano– a la vez que pregonaba la defensa de la paz a través de la participación de un abanico amplio de personalidades del mundo de la política y de la cultura: militantes, obreros, artistas, profesionales y científicos.

Fue en estos años de posguerra y dentro del movimiento pacifista, desde inicios hasta mediados de la década del cincuenta, cuando se establecieron los primeros contactos entre la recientemente conformada República Popular China y América Latina. Allí, la Nueva China promovió distintos elementos artísticos y sociales con su propia diplomacia, muchos de ellos heredados de la era republicana e imperial y reapropiados desde la lente del socialismo.

Su recepción y circulación en espacios locales fue impulsado en buena medida por escritores y artistas comunistas en el marco de la AACC, una organización perteneciente al PCA. Una

⁶¹ Carina González, “La casa propia de Fina Warschaver: en los márgenes de la vanguardia”, *Anclajes*, vol. 26, n° 2, mayo-agosto de 2022.

mirada hacia la Asociación mostró las tensiones y los relieves que podían tener la Nueva China y su cultura en el comunismo local. Las estadísticas y los datos que dieran cuenta de las bondades del socialismo en el país asiático resultaban un tipo de material adecuado para evitar puntos de tensión en torno a cuestiones político-estratégicas de la Revolución china. No obstante, estos no eran sino una parte de lo que la Asociación estaba interesada en difundir: otra parte de su actividad estuvo centrada en la promoción de formas de arte, la traducción de obras literarias, la realización de conferencias. Esto respondió tanto a la diplomacia cultural china como al interés que podían generar estos tópicos entre comunistas y no comunistas. En efecto, las actividades de la Asociación iban dirigidas a un público amplio, entre los que se encontraban quienes querían conocer “cómo vive el pueblo chino” y otros más interesados en el “pres-tigio del arte o la literatura o la filosofía china del pasado”.⁶²

La naturaleza de la Asociación, así como el perfil de sus miembros y las personas interesadas en ella dan cuenta del anudamiento entre distintas coyunturas, representaciones y motivaciones durante este momento de posguerra. Insertas en el marco de la diplomacia cultural china durante la Guerra Fría y ante la inminencia de una tercera guerra, las actividades de la AACC cobraron su sentido en la edificación de la paz, una tarea que requeriría, para Warschaver, el intercambio cultural con países comunistas como China en el que la inclusión de elementos de su pasado republicano e imperial no necesariamente entraba en conflicto. Pero si es cierto que esta difusión centrada en la cultura se halló marcada por los sentidos políticos de la posguerra y la Guerra Fría, también lo es que las simpatías que la cultura china podía generar respondían a instituciones, representaciones y procesos sociales previos, como el interés por el arte asiático, la inmigración y la comercialización de bienes de consumo.

Así, la China que emergía de las iniciativas de comunistas y artistas argentinos a inicios de los cincuenta era una que comprendió distintos relieves, en el cruce de la agenda soviética, las sensibilidades antiimperialistas, el lugar central que tendría Asia en la posguerra, la presencia del arte oriental y los procesos sociales que ya venían situando a China en un lugar significativo. Fue en estas coordenadas que la República Popular ocupó un lugar relevante para los latinoamericanos durante estos años. □

Bibliografía

Ahumada, Mónica, “Viajeros a la República Popular China: José Venturelli, los intelectuales, políticos y parlamentarios chilenos en los años cincuenta y sesenta”, *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 9, n° 3, 2020, pp. 6-33.

Anderson, Benedict, *A Life Beyond Boundaries*, Londres, Verso, 2016.

Alburquerque, Germán, *Tercermundismo y no alineamiento en América Latina durante la Guerra Fría*, Santiago de Chile, Ediciones Inubicalistas, 2020.

Armstrong, Charles, “The Cultural Cold War in Korea, 1945-1950”, *The Journal of Asian Studies*, vol. 62, n° 1, 2003, pp. 71-99

Aydin, Cemil, “A Global Anti-Western Moment? Russo-Japanese War, Decolonization and Asian Modernity”, en S. Conrad y D. Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order: Global Moments and Movements*, Nueva York, Palgrave Macmillian, 2007, pp. 213-236.

⁶² Warschaver, Carta mecanografiada a Arnedo Álvarez, 1956, p. 4.

- Bergel, Martín, *El oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercero mundo en la Argentina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2015.
- Casals, Marcelo, “Otros espacios, otras temporalidades. La Guerra Fría y la historiografía política latinoamericana”, en V. Pettiná (ed.), *La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid Ediciones, 2023.
- Casey, Steven, *Selling the Korean War. Propaganda, Politics and Public Opinion 1950-1953*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- Connelly, Marisela y Romer Cornejo Bustamante, *China - América Latina. Génesis y desarrollo de sus relaciones, Pedregal de Santa Teresa*, El Colegio de México, 1992.
- Cook, Alexander, “Third World Maoism”, en T. Cheek (ed.), *A Critical Introduction to Mao*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010, pp. 288-311.
- Del Pilar Álvarez, María y Pablo Forni, “Orientalismo conciliar: el padre Quiles y la creación de la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador”, *Estudios de Asia y África*, vol. 53, nº 2, 2018, pp. 441-468.
- Fan, Xing, *Staging Revolution: Artistry and Aesthetics in Model Beijing Opera during the Cultural Revolution*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 2018.
- González, Carina, “La casa propia de Fina Warschaver: en los márgenes de la vanguardia”, *Anclajes*, vol. 26, nº 2, mayo-agosto de 2022, pp. 49-66.
- Green, Nile, *How Asia Found Herself. A Story of Intercultural Understanding*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2022.
- Honey, David, *Incense at the Altar: Pioneering Sinologist and the Development of Classical Chinese Philology*, Connecticut, American Oriental Society, 2001.
- Hubert, Rosario, *Disoriented Disciplines: China, Latin America, and the Shape of World Literature*, Illinois, Northwestern University Press, 2024.
- Hung, Chang-Tai, “Mao’s Parades: State Spectacles in China in the 1950s”, *The China Quarterly*, vol. 190, junio de 2007, pp. 411-431. DOI 10.1017/S0305741007001269
- Ibarra, David Ignacio y Hao Zhang, “Peace Conference of Asia and the Pacific Region (October 1952): An approach between China and Central America America”, *Revista Estudios*, vol. 33, 2016. <http://dx.doi.org/10.15517/re.v0i33.27405>
- Iriye, Akira, *The Cold War in Asia. A historical introduction*, Nueva Jersey, Prentice Hall Inc., 1974.
- Iriye, Akira y Petra Goedde, *International History. A Cultural Approach*, Londres, Bloomsbury Academic, 2022.
- Karl, Rebecca, *Staging the World. Chinese Nationalism at the Turn of the Twentieth Century*, Durham/Londres, Duke University Press, 2002.
- Klein, Christina, *Cold War Orientalism. Asia in the Middlebrown Imagination. 1945-1961*, Los Ángeles, University of California Press, 2003.
- Mishra, Pankaj, *From the Ruins of Empire. The Intellectuals who Remade Asia*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2012.
- Lanza, Fabio, *The End of Concern. Maoist China, Activism, and Asian Studies*, Durham/Londres, Duke University Press, 2017.
- Longini, Ana, “Maoist imaginaries in Latin American art”, en J. Galimberti, N. de Haro García y V. Scott (eds.), *Art, Global Maoism and the Chinese Cultural Revolution*, Mánchester, Manchester University Press, 2020, pp. 269-288.
- Pettiná, Vanni, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2018.
- Petrecca, Miguel Ángel, “Algunas cuestiones en torno a las traducciones chinas de Juan Laurentino Ortiz”, *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 9, nº 3, 2020, pp.74-97. Doi 10.5070/T493048191
- Roberts, Geoffrey, “Averting Armageddon: The Communist Peace Movement, 1948-1956”, en S. A. Smith (ed.), *The Oxford Handbook of The History of Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

Rupar, Brenda, “*Los chinos*”. *La conformación del maoísmo en Argentina (1965-1974)*”, Buenos Aires, Ediciones CEHTI, 2023.

Saborido, Mercedes, “El Partido Comunista de la Argentina y la Revolución China (1949-1963)”, *Studia Histórica. Historia contemporánea*, vol. 34, 2016, pp. 465-490.

—, “¿Una traición esperable?: El Partido Comunista de la Argentina y su visión sobre los acontecimientos en China (1926-1927)”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S.A. Segreti”*, vol. 12, n° 12, 2012, pp. 223-239.

Said, Edward, *Orientalismo*, España, Debolsillo, 2016.

Saítta, Sylvia, *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Scarlett, Zachary A., “The Chinese Sixties: mobility, imagination, and the Sino-Japanese Friendship Association”, en J. Chen, M. Klimke, M. Kirasirova, M. Nolan, M. Young y J. Waley-Cohen (eds.), *The Routledge Handbook of the Global Sixties. Between Protest and Nation-Building*, Oxon, Routledge, Taylor & Francis Group, 2018, pp. 387-398.

Svanascini, Osvaldo, *Conceptos sobre el arte oriental*, Buenos Aires, Editorial Universidad de Buenos Aires, 1964.

Urrego, Miguel Ángel, “Historia del maoísmo en América Latina: entre la lucha armada y servir al pueblo”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 44, n° 2, julio-diciembre de 2017, pp. 111-135. Doi 10.15446/achsc.v44n2.64017

Vezzetti, Hugo, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2016.

Villegas, Osiris, *Guerra revolucionaria comunista*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1962.

Villela Balderrama, Marisol, “La llegada de 1956: el modernismo socialista y los intercambios artísticos de China y México en la década de 1950”, en L. Arsovská (coord.), *América Latina y el Caribe- China. Historia, cultura y aprendizaje del chino 2019*, Ciudad de México, Unión de las Universidades de América Latina y el Caribe, 2020, pp. 231-249.

Wang, Yang, “Envisioning the Third World. Modern Art and Diplomacy in Maoist China”, *ARTMargins*, vol. 8, n° 2, 2019, pp. 31-54. https://doi.org/10.1162/artm_a_00234

Wong, Laura, “Relocating East and West: UNESCO’s Major Project on the Mutual Appreciation of Eastern and Western Cultural Values”, *Journal of World History*, vol. 19, n° 3, septiembre de 2008, pp. 349-374.

Resumen / Abstract

Saber sobre Asia en la posguerra.

Difusiones culturales sobre la China de Mao en la Argentina durante la década del cincuenta

El presente trabajo muestra que la difusión en torno a la República Popular China realizadas durante los primeros años de la década del cincuenta en la Argentina se dieron en el cruce de distintos intereses, representaciones y saberes, en un constante diálogo con el mundo comunista y al mismo tiempo atravesadas por elementos que lo rebasaban. Para ello, presta atención al lugar que adquirió Asia en la posguerra y al renovado interés que suscitó debido a la urgencia por evitar una tercera guerra, de los nuevos lugares que obtuvieron los pueblos asiáticos tras su descolonización y de la significación política que cobrara en el marco de la Guerra Fría. De este modo, ubica las circulaciones – particularmente de materiales culturales– en torno a China dentro de aquel contexto. Se muestra cómo la cultura resultó un vehículo privilegiado para establecer vínculos internacionales en un momento en que aquel país contaba con poco reconocimiento internacional. Luego se centra en un caso particular: la Asociación Argentina de Cultura China, que funcionó en el seno del Partido Comunista Argentino durante aquellos años, y cuya naturaleza ecléctica cobró sentido en el mundo de posguerra en general y en el proyecto global de edificación de la paz en particular.

Palabras clave: Pacifismo - Comunismo - Guerra Fría - Intelectuales - Diplomacia cultural.

Fecha de presentación del original: 2/3/24

Fecha de aceptación del original: 22/11/24

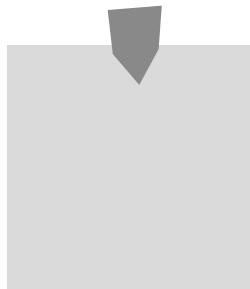
Knowing Asia in the post-war era. Cultural disseminations on Mao's China in Argentina during 1950s.

This work investigates the way in which discourses on the People's Republic of China during the early years of the 1950s in Argentina were situated at the intersection of various interests, representations, and knowledges, while in constant dialogue with the communist world and while also influenced by elements beyond it. To do so, it pays special attention to the position that Asia acquired in the post-war era, when the urgency to prevent a Third World War, the newfound roles of Asian peoples after decolonization, and the political interest that the region garnered within the framework of the Cold War, all generated a widespread interest towards it.

Thus, it places circulations related to China – particularly those of cultural materials—within that context. It demonstrates how culture served as a privileged vehicle for establishing international connections at a time when China had little international recognition. It then focuses on a particular case: the Argentine Association of Chinese Culture, which operated within the Argentine Communist Party during those years, and whose eclectic nature made sense in the post-war world in general and in the global peace-building project in particular.

Keywords: Pacifism - Communism - Cold War - Intellectuals - Cultural Diplomacy

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

Naides es más que naides

El impulso igualitario en la trayectoria de la sociedad argentina

Juan Carlos Torre

Universidad Torcuato Di Tella

Premisa. Este ensayo tiene como objetivo resaltar que, más allá de los antagonismos políticos que dividieron una y otra vez la vida pública, la música de fondo que animó la trayectoria histórica del país fue la pasión por la igualdad.¹

Para ir poniendo en contexto estas páginas permítanme primero una anécdota personal. Pasé los años de la dictadura fuera del país. Pero en 1979 volví por unos meses. En mi viaje de regreso a Inglaterra, donde residía, decidí pasar por México: allí tenía amigos exiliados. El avión que me llevaba hizo una breve escala técnica en Lima y el comandante nos pidió que descendiéramos, para retomar el viaje en 30 minutos. Me dirigí entonces con los demás pasajeros al interior del aeropuerto. Allí me acerqué al mostrador de un bar y pedí un café. Me sirvieron el café, tomé el café, pagué el café y luego caminé hacia el avión. A los pocos pasos me detuve un instante bajo el impacto de la breve interacción en el bar. ¿Qué impacto? Quien me había servido el café no me había mirado a los ojos en ningún momento. Para mí fue toda una sorpresa. Estaba ante un mundo cultural que no me era familiar ya que aquí en Buenos Aires quienes están abajo en la escala social, tal el caso de los que prestan servicios personales como mozos de bar o restaurant, miran directamente a los ojos a quienes están arriba.

He ahí el gesto que condensa, como ha destacado el historiador Oscar Terán, la marca registrada de la Argentina al ser comparada con otros países de América Latina, esto es, el igualitarismo, esa actitud que tienen los argentinos de ser y sentirse iguales. Y continúa: quienes detentan un estatus social superior no encuentran en los de más abajo la mirada huidiza y obsequiosa, tan característica de las sociedades jerárquicas, sino la mirada franca y dirigida a los ojos.² Para ampliar la perspicaz observación de Terán agrego: mirar a los ojos es un síntoma de la falta de deferencia entre los de abajo y los de arriba. Una sociedad levantada sobre la deferencia —sigo aquí a J. G. A. Pocock— es una sociedad en la que hay una élite y una no-

¹ Agradezco los comentarios y sugerencias de Lila Caimari, Fernando Devoto, Hilda Sabato, Roy Hora, Fernando Rocchi, Pablo Gerchunoff y Marcela Ternavasio a versiones preliminares de este ensayo, que corrige y amplia otro anterior con el título “A propósito del impulso igualitario en la sociabilidad política de Argentina”. Asimismo, agradezco a las bibliotecarias de la Universidad Torcuato Di Tella.

² Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006, p. 152.

élite y en la cual la no-élite considera, con frecuencia sin resentimiento alguno, a la élite como de un estatus superior; es decir, el miembro de la no-élite rinde deferencia a sus superiores porque toma su estatus superior como parte del orden natural de las cosas.³

En estas condiciones, se espera que la actitud deferente se exprese en forma espontánea y que no tenga necesidad de ser impuesta por la fuerza. Años de socialización en una tradición que asigna a cada uno su lugar dentro de un orden jerárquico convierten la deferencia en la manifestación de una desigualdad consentida. En los hechos, pues, la deferencia es el producto de una libertad condicionada ya que implica la aceptación voluntaria del liderazgo de la élite por parte de personas que no son parte de ella.

Ahora bien, cuando echamos un vistazo a su historia social y política, una constatación se impone: Argentina no fue un lugar propicio para que arraigara en ella la deferencia y que esta se convirtiera en una matriz de la psicología social de los argentinos. Dos fueron los rasgos del país que desde muy temprano se combinaron para bloquear esa posibilidad: su idiosincrasia democrática y su contextura social móvil. Este diagnóstico requiere ser justificado; con ese fin comienzo por el primero de ellos, recurriendo a una perspectiva muy compartida por la reflexión política del país en el siglo XIX.

El punto de partida de esa perspectiva es un presupuesto: Argentina dio sus primeros pasos como un país democrático. Con la expresión “país democrático” estoy aludiendo a una manera del ser de la sociedad más que a un perfil del sistema político. Una vez rotos los vínculos con España, lo que sería Argentina, ubicada como estaba en una región marginal del régimen colonial, se desenvolvió sin la hipoteca de la rígida estratificación propia del antiguo orden, que sí conservó sus fueros en México y Perú; en estos países la trama social descansaba sobre verdaderas cortes coloniales, con sus condes y marqueses profesando un culto de la nobleza.

La trayectoria argentina hubo de ser claramente contrastante, como señaló Bartolomé Mitre en un texto clásico de 1876:

[...] solo las provincias del Río de La Plata estaban en un marco en el que [...] por derecho, todos sus habitantes se consideraban iguales. Sin nobles ni mayorazgos, despreciando por instinto los títulos de nobleza y animados por un espíritu de igualdad nativa, forjaron una democracia rudimentaria, turbulenta, en la que la fuerza y la opinión tuvieron una eficacia mayor que en el resto de América.⁴

En esta semblanza me importa subrayar un postulado clave, el derecho a percibirse y sentirse iguales. Este es el presupuesto de lo que podemos definir como “un país democrático”, esto es, una manera de ser de la sociedad en la que no hay posiciones sociales reservadas por tradición para tal o cual grupo, ya que todos sus miembros pueden pretenderlas todas, y ninguna de ellas está en principio vedada para nadie. La creencia en que todas las personas estaban en un mismo pie de igualdad en materia de derechos y, por consiguiente, también de aspiraciones —“la igualdad nativa” de Mitre— estuvo en las antípodas del universo mental de la sociedad jerárquica.

³ J. G. A. Pocock, “The Classical Theory of Deference”, *The American Historical Review*, n° 3, junio de 1976.

⁴ Bartolomé Mitre, “La sociabilidad argentina”, en B. Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, tercera edición de 1876, Buenos Aires, El Ateneo, 2014.

Por cierto, la tendencia a construir diferencias entre unos y otros, tan propia de la convivencia social, siempre estuvo presente. Pero esas diferencias, y la distancia social que venía con ellas, operaron en conflicto dentro de una matriz cultural en la que la creencia en la igualdad delineaba un horizonte colectivo. Para una mayoría de la población esa creencia no fue equivalente a la expectativa de igualdad en las condiciones de vida; implicó otra cosa. Como cabía esperar en un país todo por hacerse, el énfasis estuvo puesto en el punto de partida y no en el punto de llegada. Y se plasmó en la demanda de igualdad de oportunidades, de modo tal que cada cual pudiera elevarse socialmente como lo permitieran sus habilidades y ambiciones. Esa demanda, alimentada por una ideología del esfuerzo individual y el mérito, habría de montar un exigente banco de pruebas del cual el país saldría airoso gracias a contar con una contextura social móvil.

Paso ahora a este segundo rasgo de Argentina, que fue muy característico de los países nuevos en el mundo, como los Estados Unidos y Australia. Para trazar su constitución e indicar luego sus efectos voy a dar un salto en esta reconstrucción de la historia e ir al último cuarto del siglo XIX. Como sabemos, entonces tuvieron lugar dos procesos de duraderas consecuencias. El primero, la inserción del país al mercado mundial como productor de alimentos y el segundo, el flujo masivo de inmigrantes europeos. Cuando los examinamos de cerca comprobamos que, prácticamente, coexistieron en el tiempo. El período de la inmigración ultramarina coincidió con el despegue de la economía, esto es, no fue posterior sino simultáneo a la gestación de nuevas actividades. En toda la gama de oficios y empresas que proliferaban por detrás y a los costados de la expansión agropecuaria, los extranjeros tuvieron la primera palabra y sacaron partido de las oportunidades de trabajo y negocios que tenían a su alcance. La experiencia de movilidad social que habría de conocer una mayoría de ellos consistió, al principio, más en la creación y ocupación de lugares hasta entonces inexistentes que en el ascenso dentro de una estructura preexistente. Silvia Sigal ha destacado que la tan celebrada movilidad social del cambio de siglo respondió, en verdad, más a ese movimiento que a la debilidad de las barreras existentes en la pirámide social.⁵

Una sociedad en formación, como aquella de entonces, donde la arcilla estaba todavía fresca, despertaba grandes expectativas. A ellas se refirió José Moya, en su gran libro sobre la temprana inmigración española, en estos términos:

El mito de “mendigo a millonario” o de “changador a banquero”, que fuera ridiculizado en la época y visto como un mecanismo de control social, formó parte de la visión del mundo de los inmigrantes y sus familias. Como sucede con la mayoría de los mitos, pudo prosperar porque tenía algunas evidencias en su favor.⁶

Aunque se puede discutir a la distancia cuán amplias y efectivas eran esas evidencias, muchos inmigrantes las tomaron en serio y confiaron en que su futuro iba a ser mejor para ellos y sus hijos. Por años, en buena parte de la literatura sobre el período, fue un lugar común desmentir esos mitos como si en eso consistiera todo. Lo cierto es que los mitos tuvieron largo aliento y arraigaron. Allí entró a jugar un conocido axioma de la sociología: si las personas definen una

⁵ Silvia Sigal, manuscrito inédito.

⁶ José Moya, *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2004, p. 283.

situación como real, esta se vuelve real en sus consecuencias. Esa confianza en el futuro tuvo así el efecto de extender sus horizontes temporales y contribuyó a que sobrellevaran mejor los altibajos de la vida. Con un efecto adicional sobre los comportamientos colectivos: despejó la vía al impulso que movilizó a sucesivas generaciones a desafiar las jerarquías y sus privilegios allí adonde estos existieran.

Para explorar ese impulso me remito a la ruta abierta por Gino Germani. Quien echará las bases de la sociología moderna en el país afirmó que la alta movilidad social que caracterizó a gran parte de la sociedad argentina de la época influyó sobre las actitudes de la población:

Solamente aquellos que no conocen el clima *social* y moral que acompaña a las sociedades verdaderamente cerradas, como muchas en América Latina, puede desconocer el impacto de la movilidad social. La Argentina que emergió a partir de ella fue una sociedad con una fuerte *mentalidad igualitaria*, cualesquiera que fuesen las diferencias de la población en cuanto ingresos, educación y otras dimensiones de la estratificación. Fue una sociedad en que las actitudes estuvieron muy influenciadas por una experiencia cristalizada a lo largo de muchas décadas que hizo verosímil la expectativa en que “todo era posible” y que el camino del éxito estaba abierto para quien lo buscara.⁷

A fin de examinar la relación entre movilidad social y mentalidad igualitaria propuesta por Germani, retomo aquí un teorema clásico enunciado por Alexis de Tocqueville y para ello empiezo esbozando el perfil típico de las sociedades jerárquicas.⁸ En ellas, la desigualdad es permanente y viene de lejos trayendo consigo su corolario: los que están abajo tienden a acomodarse desde muy temprano a la posición subalterna que ocupan. Cualquiera sea el lugar adonde dirijan sus ojos siempre encuentran frente a sí la imagen de la jerarquía y, junto con ella, la subordinación a quienes están arriba en la escala social. Cuando las diferencias son muy grandes y se apoyan en una tradición secular, la gente suele resignarse o sobrellevar su condición con una rebeldía solapada, silenciosa, como lo ha destacado magistralmente el politólogo James C. Scott en su estudio sobre “las armas de los débiles”.⁹

Ahora bien, cuando por obra de cambios estructurales la sociedad se torna más móvil y, en consecuencia, los estratos sociales se aproximan unos a otros, aquellos que están más abajo resienten más agudamente las diferencias existentes, las soportan menos y, más temprano que tarde, reclaman un acceso más igualitario a recursos y derechos. Esa aspiración a la igualdad será más intensa y movilizadora cuando se despliega en una sociedad en la que los contrastes sociales no pueden justificarse invocando posiciones de larga data o privilegios heredados.

Resumiendo, pues, el diagnóstico: la suma de una contextura social móvil y de una idiosincrasia democrática puso las bases del gran laboratorio donde se gestó la fuerte mentalidad igualitaria con la que Argentina ganó un lugar peculiar entre los países de América Latina en el siglo xx.

⁷ Gino Germani, “La estratificación social y su evolución histórica en Argentina” [1970], en G. Germani, *La sociedad en cuestión. Antología comentada*, coordinado por Carolina Mera y Julián Rebón, Buenos Aires, Clacso, 2010, p. 238.

⁸ Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1980, volumen II, cuarta parte.

⁹ James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ediciones Era, 1990, cap. 3.

2 Frente a esta visión muy panorámica de la trayectoria del país se imponen tres importantes precisiones. La primera: el paisaje de una sociedad móvil y más integradora no abarcó al conjunto del territorio nacional. En realidad, fue más característico de la Capital Federal y las provincias del litoral, el epicentro de la modernización económica del país y donde con el tiempo residieron los principales núcleos de la población; fuera de ese ámbito, sobre todo en las provincias del norte, fue mayor la persistencia de un orden jerárquico y su correlato, la actitud deferente de los estratos más bajos. Por cierto, de tanto en tanto dichos estratos levantaron la voz, pero como era esperable en el interior profundo del país, vertebrado por una dominación social sólida y arraigada, esos estallidos no alteraron las grandes asimetrías sociales, como quedó consignado en la obra clásica de 1904 de Juan Bialet Massé.¹⁰ La segunda precisión a realizar: donde se hizo visible la modalidad más horizontal en el trato social ella estuvo acompañada por actitudes prejuiciosas hacia la población nativa de perfil mestizo. Su piel más oscura les jugó con frecuencia en contra en el mercado de trabajo.

Hay, por fin, una tercera precisión. La mentalidad igualitaria no se desplegó raudamente a lo largo del tiempo, ni tampoco conquistó voluntades por doquier. Más bien, debió confrontar en forma periódica la previsible resistencia de quienes ocupaban posiciones prominentes en la sociedad preexistente, celosos por mantenerlas en exclusividad. Que esas resistencias terminaran cediendo y que, en definitiva, la aspiración social de nuevas mayorías continuara su marcha ascendente no hizo más fácil la situación para quienes debieron atravesar los momentos de tensión que esa experiencia implicaba.

Con el foco puesto sobre esos capítulos de la historia me propongo a continuación recorrer en forma sumaria el itinerario de Argentina en el siglo pasado. Y voy a hacerlo bajo el auspicio de un viejo aforismo criollo que puso a mi alcance el historiador Fernando Devoto en un texto muy esclarecedor sobre la Argentina en el siglo xx.¹¹ En él, Devoto refiere a la visión de Juan Agustín García sobre las razones del clima hostil a las jerarquías y privilegios imperante en los años 1920. Para el titular de la primera cátedra de Sociología radicada en la Facultad de Derecho ese estado de cosas en la vida pública era el fruto de “el triunfo del viejo aforismo criollo que late en el fondo del alma popular: ‘Naides es más que naides’”.

A propósito de la cita, la literatura histórica se ha pronunciado sobre los orígenes de esa rotunda consigna. Con frecuencia se la atribuyó a José Gervasio Artigas, el caudillo político de Uruguay de la primera mitad del siglo XIX, que habría puesto bajo ella a su empresa política. Otro que también la habría hecho suya fue Francisco “Pancho” Ramírez, el Supremo Entreriano que, asesinado en 1821, fue enterrado envuelto en una bandera con esa consigna. Considerando la trayectoria de ambas figuras, grandes señores de la guerra y la política, resta por determinar si para ellos era una proclama en favor de un trato social más igualitario o, más bien, era un desafío federalista contra el centralismo de Buenos Aires. Ese interrogante no lo voy a despejar ahora.

¹⁰ Juan Bialet Massé, *Informe sobre el estado de la clase obrera en el interior de la República* [1904], Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, dos tomos.

¹¹ Fernando Devoto, “Apuntes para una historia de la sociedad argentina en el siglo xx”, en Seminario Argentina-Brasil. La visión del Otro, Buenos Aires, Funcib, Bid-Intal, 2003. Disponible en: <https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-de-buenos-aires/administracion-publica/4-devoto-apuntes-para-una-historia-historia/15440056>.

Prosigo, pues, con el veredicto de Juan Agustín García y la sentencia que lo acompaña: el aforismo criollo era un aforismo viejo. A su juicio, la aspiración a la igualdad que este transmitía animaba desde hacía muchos años *el fondo del alma popular*. En su búsqueda a través del tiempo tenemos una primera estación; nos la propone Bartolomé Hidalgo, todo un nombre en la poesía gauchesca, que en 1822 preguntó, desafiante, “¿Por qué naides sobre naides ha de ser más superior?”, haciendo eco de la voz del mundo de los sectores populares que cultivaba y recogía por tradición oral.¹² A la distancia podemos conjeturar que esa interpelación tenía sus raíces en una existencia bajo el imperio de la necesidad. Esa fue la visión que en 1817 sugirió un visitante extranjero, Chas Brand:

Siendo obligados a vivir de sus propios recursos, los nativos de la pampa han adquirido un aire independiente; y por vivir casi todos sobre el lomo del caballo ese aire se aproxima a la nobleza. Viviendo tan libres e independientes no pueden reconocer ni reconocerán la autoridad de ningún otro mortal. Sus ideas son todas de igualdad.¹³

La contribución de las condiciones de vida en la pampa a la formación de un espíritu igualitario podemos enviarla al terreno de las hipótesis. Pero lo que sí tuvo el valor de un aporte más cierto fue la activación de los sectores populares durante las campañas por la independencia y, luego, las guerras civiles. Quienes eran convocados a las armas no seguían siendo los mismos al cabo de esa experiencia límite; de allí el lugar central que ocupan en el relato de los historiadores de esos tiempos las imágenes de una *plebe díscola y politizada*.

Cuando en la introducción de 1845 a *Facundo. Civilización y barbarie*, Sarmiento hizo un inventario de los factores que a su juicio provocaban las convulsiones internas del país, en el último lugar de la lista computó: “su parte a la democracia consagrada por la Revolución de 1810, a la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad”.¹⁴ En el tramo final de su dictamen, Sarmiento colocaba así el foco sobre una inquietud de la época: qué hacer frente a uno de los desafíos políticos abiertos por la revolución de 1810 como era el de la movilización popular que, con sus bríos siempre alertas, constituía una fuente de preocupación en los círculos dirigentes. Con una perspectiva parecida, aquel que a la sazón era su némesis política por excelencia, aludimos a Juan Manuel de Rosas, aplicaba sus artes de conducción para contener y dirigir a “los hombres de clases bajas, que siempre están dispuestos contra los ricos y superiores”, según la confesión que hiciera en 1829 a un enviado extranjero.¹⁵ Mientras hacía profesión de fe de igualdad y exaltaba el entusiasmo popular, Rosas se proponía y lograba poner bajo control la movilización tan temida.

Ese éxito tuvo sus secuelas y las habrían de soportar los que pusieron fin a su poder autoritario. En su libro de 1889, *Memorias de un viejo*, Vicente Quesada dejó registrado el cambio que se había operado en la relación de las élites con su personal de servicio: “Ya no se

¹² Bartolomé Hidalgo, *Cielitos y diálogos patrióticos*, selección de Horacio Becco, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.

¹³ Chas Brand, citado en Pedro Barcia, *La identidad de los argentinos*, Buenos Aires, Dunken, 2023, p. 113.

¹⁴ D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Sopena, 1963, p. 7.

¹⁵ La cita de Rosas en Gabriel Di Meglio, “La participación política popular en la provincia de Buenos Aires, 1820-1890”, en G. Di Meglio y R. Fradkin, *Hacer Política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, p. 287.

podía reconvenirles ni mirarlos con severidad”.¹⁶ Parecía que, finalmente, había llegado la hora de trasladar al trato social, como reclamara Bartolomé Hidalgo también en 1822, el mandato de la ley para la cual no debía haber distinciones “de rico ni pobreton, para ella es lo mismo el poncho que casaca y pantalón”.¹⁷

La aspiración a ser tratados como iguales no habría de ser incompatible con la obediencia política. Así, se verá a los sectores populares encolumnados detrás de figuras públicas que supieron ganar su confianza y forjar a partir de ella lazos de lealtad. El escenario propicio para estos intercambios lo proveyó la temprana existencia del sufragio en el país y las condiciones más bien generosas que regulaban el derecho a votar (es innecesario aclarar que hablamos de la población masculina). En sociedades más jerárquicas, donde los patrones coloniales continuaron en gran medida vigentes, tal los casos de Perú, Colombia, México, hubo marchas y contramarchas con respecto a los requisitos para poder votar. En cambio, desde un comienzo, en la Argentina no existieron restricciones; de acuerdo con la legislación, primero en la provincia de Buenos Aires en 1821 y, a partir de 1857 en el conjunto del país, todos los varones adultos podían votar.¹⁸

La amplitud de la franquicia electoral respondió a la gravitación de dos circunstancias. La primera, de carácter simbólico, fue la que destaque en este texto cuando caractericé a la Argentina como un país con una idiosincrasia democrática; en el contexto definido por esa matriz cultural se hizo muy difícil para las élites dirigentes justificar restricciones al sufragio. Ciertamente, entronizar la igualdad como eje clave de la representación política dio lugar a un proceso de discusión y confrontación en las alturas del poder político. El desenlace de ese arduo proceso, en el que se pasó revista a diversas fórmulas, culminó con la temprana ampliación del derecho al voto. La segunda circunstancia, de índole más instrumental, fue una consecuencia de la decisión de esas mismas élites de dirimir sus pujas políticas a través de la competencia electoral. En ese marco, las reglas vigentes forzaban a los candidatos en pugna a llevar más votantes que sus rivales a las mesas de sufragio. Repasando los avatares electorales del país hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se comprueba el lugar subordinado de esos apoyos en las máquinas políticas montadas por las élites. Pero no es ese el aspecto que me interesa subrayar en esta digresión sobre las prácticas electorales. La cuestión que quiero traer al primer plano es que la movilización de los apoyos populares era un recurso estratégico en la dinámica de la escena política de la época. Si cabe hablar aquí de masas subalternas es a condición de destacar que eran masas en movimiento hasta las que había llegado el dogma de la igualdad entrevistado por Sarmiento.

3 Con el telón de fondo del aliento social y político proveniente de los sectores populares, galvanizado a su vez por las prácticas del sufragio, entramos a la segunda etapa de nuestra incursión por la historia. Sus rasgos generales ya los anticipé antes, me refiero a la que despuntó con la ola masiva de inmigrantes europeos que arribó al país entre 1880 y 1914. Este fue un evento de considerables proporciones porque cambió la demografía: Argentina se convirtió

¹⁶ La cita de Quesada en Gabriel Di Meglio, *ibid.*, p.286.

¹⁷ Hidalgo, *Cielitos*.

¹⁸ Al respecto consultar Hilda Sabato, *Repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2021, cap. 2.

en el país del mundo en el que la proporción de la población extranjera sobre la población nativa fue la más alta.

Como sabemos, en el tramo final del siglo XIX estaba en curso en Argentina un proceso de rápido crecimiento: de ser un país importador de alimentos, en pocos años había creado una economía agropecuaria que era altamente competitiva en el mundo. Sus efectos expansivos atrajeron a multitudes de inmigrantes europeos en busca de un futuro mejor que aquel al que podían aspirar en sus lugares de origen. Por cierto, la parte del león de la prosperidad económica se la llevaban los dueños de la tierra y los recién llegados quedaban a la cola. Pero antes de partir de esta constatación y hablar de desigualdad es preciso tomar en cuenta un dato capital: para la mayoría de los inmigrantes el marco de referencia para evaluar su situación estaba en los países que habían dejado al otro lado del Atlántico. Considerada desde este ángulo la Argentina ofrecía trabajos e ingresos muy superiores. Sobre todo, se presentaba como una sociedad más abierta, sin los obstáculos materiales y las diferencias jerárquicas propias de los países de donde provenían. A fin de apreciar ese contraste, veamos un párrafo de la carta que uno de ellos le escribió desde aquí a su familia:

Si Dios me da la vida tengo la esperanza de volver a la patria, pero por ahora mi familia no irá a Italia. Pero quiero que sepan que aquí todos mis hijos comen pan y toman sopa hasta saciarse como lo hacen los señores en nuestras aldeas.¹⁹

La referencia a “los señores de nuestras aldeas” ilustra bien el mundo social sistemáticamente excluyente que habían dejado atrás al cruzar el océano. Un panorama similar nos lo brinda el escritor Edmundo de Amicis, luego de recorrer como corresponsal de prensa las colonias italianas de Santa Fe en 1885.

Yo ya no reconocía en ellos a los campesinos piemonteses. Es una transformación sorprendente la que se ha producido. Las ropas, los rostros siguen siendo los de aquellos, pero todo el resto ha cambiado. Los modos son más sueltos y más cordiales. Parecía que la envoltura que los tenía comprimidos se hubiese roto. Allí en Santa Fe como habitantes de una región que prácticamente habían creado ellos mismos no parecían tener ninguna clase social encima. En cambio, en Italia, sentían sobre sus espaldas todo el peso jerárquico de la antigua sociedad.²⁰

Siguiendo la pista de De Amicis con un concepto de la sociología, diríamos que la emigración comportó para quienes participaron de ella y arribaron al país una suerte de *liberación cognitiva* que suprimió antiguas reservas y servidumbres y amplió las fronteras de lo que pensaban que era posible. Sarmiento, siempre alerta, supo capturar con un retrato la transformación del inmigrante al llegar:

Se lo ve desembarcar, atravesando en silencio las calles, y al poco tiempo se opera la transformación del inmigrante oscuro, encorvado al llegar, primero en un hombre que siente su valor,

¹⁹ La cita en Roberto Raschella, “Prólogo” a Edmundo de Amicis, *En el océano*, Buenos Aires, Librería histórica, 2001, p. 11.

²⁰ La cita de De Amicis en Ezequiel Gallo, *La pampa gringa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, p. 225.

después en italiano, francés o español, según su procedencia, y enseguida en extranjero como un título y una dignidad.²¹

Con esa nueva mentalidad los recién llegados se movilizaron para *fare l'America*, la voz de orden que mandaba aprovechar y explotar lo que el país ponía a su alcance, trabajando duro y postergando las gratificaciones inmediatas. No todos tuvieron suerte al principio, y hubo quienes hicieron de sus frustraciones el motor de la protesta social. Vistos en su contexto, los animadores de esa protesta social tuvieron sus dificultades para gestar a partir de ellas organizaciones sólidas y estables porque ¿qué futuro podía tener un proselitismo proletario dirigido como estaba a una masa de inmigrantes que tenía por principal objetivo escapar a su condición proletaria? Solo una minoría permaneció en la misma posición por más de una generación. Una gran mayoría de los inmigrantes que, al arribar, se ubicaron en los escalones más bajos de la pirámide social, pudo dar un salto hacia arriba. Según quedó registrado en el censo de 1914, la primera fotografía de una novel sociedad, dos tercios de ellos ya habían nutrido las filas de los estratos medios. Ese itinerario hasta allí exitoso tropezó con escollos en el camino y luego debió confrontarse a otros para ir abriendo las puertas a una mayor integración social.

Un primer escollo tuvo que ver con la nacionalidad.²² El mundo de los inmigrantes, heterogéneo en su composición por la diversidad de costumbres, lenguas y vínculos étnicos, tuvo, no obstante, una actitud común, la negativa generalizada a volverse argentino. De acuerdo al censo de 1914, solo el 1,4% de los extranjeros había adquirido la ciudadanía. Las razones de esa resistencia han sido objeto de una variedad de conjeturas y todas coinciden en ver en ella un comportamiento racional ajustado a su condición de inmigrantes.

Para una mayoría, la experiencia migratoria era el paso de un trabajo a otro y no de un país a otro, y por lo tanto no tenían previsto radicarse aquí; a su vez, abandonar la nacionalidad implicaba perder la protección de sus agentes consulares y quedar a merced de los avatares siempre más riesgosos de la justicia local; otra pérdida adicional e igualmente crítica era no contar con el sostén de las sociedades de ayuda mutua de carácter étnico que los acogían al llegar. Por lo demás, la generosa legislación vigente no establecía diferencias entre argentinos y extranjeros en el desempeño de actividades en la economía, que era la motivación excluyente de la migración.

Fue así que, en la coyuntura ante la que se hallaron, prefirieron optar por ser habitantes y no por ser ciudadanos. Para hacerse escuchar por los poderes públicos no necesitaron sacar la carta de ciudadanía ya que contaban con un vasto movimiento asociativo, conducido por dirigentes muy reconocidos, que les proporcionaba un recurso de presión de primer orden. Y desde allí también participaron en los eventos de la vida política nacional. Aquí es oportuno evocar un contraste muy revelador hecho por Samuel L. Baily. Me refiero al que distinguió la experiencia de los inmigrantes italianos en Buenos Aires respecto de los que se radicaron en Nueva York: estos últimos, ubicados como estaban en la base de la pirámide social, carecieron de una vía alternativa de presión a la que ofrecían las máquinas políticas que manipulaban el voto étnico; de allí que se nacionalizaran en grandes proporciones y votaran al Partido Demócrata.²³

²¹ D. F. Sarmiento, “La condición del extranjero en América”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, vol. XXXVI, p. 65.

²² Fernando Devoto, *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, cap. 6.

²³ Samuel L. Baily, *Immigrants in the Land of Promise. Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914*, Ithaca, Cornell University Press, 2004, pp. 198-200 y 209-211.

Retomando el hilo de la historia. Esa población de extranjeros, tenazmente apegados a sus países de origen, hizo que cundiera una previsible inquietud en las élites dirigentes, por entonces empeñadas en crear un sentimiento de identificación con una nación que recién en 1880 había conseguido su unificación política. Las voces de alarma se multiplicaron. Entre tantas citó una, Roque Sáenz Peña, que en 1909 y desde el púlpito de la presidencia del país alertó:

Antes de cinco lustros si nuestra prosperidad sigue con su vértigo actual y continúa atrayendo extranjeros, el elemento nativo va a quedar en minoría. Tratemos por lo tanto que no quede en inferioridad.²⁴

La población objetivo a la que apuntaba esa advertencia eran los hijos de los inmigrantes nacidos en el país que estaban entrando a las aulas de la escuela primaria. Quien habría de ser el que brillara en la misión de convertir a la educación en el arma para conjurar la amenaza del cosmopolitismo fue el médico e historiador José María Ramos Mejía. En 1908, a cargo de la cartera de Educación, lanzó una campaña de gran impacto, con más horas de clase dedicadas a la historia y la geografía nacional y la creación de un ritual escolar hecho de cantos patrióticos, culto a la bandera, celebración de efemérides nacionales.

Juzgada en sus propios términos —producir argentinos— fue en muy corto plazo una empresa exitosa gracias a la poderosa plataforma montada por la ley 1420 de 1884: la escuela laica, gratuita y obligatoria. La religión cívica, impartida en gran escala, hizo sentir sus efectos ya en la primera generación de hijos de inmigrantes, que empezaron a aflojar los lazos afectivos con la patria de sus padres y a identificarse con su país de nacimiento. Como toda construcción de una identidad nacional y, por lo tanto, ciega y sorda a la diversidad, la argentinización tuvo sus costos, hubo en ella mucho de imposición. Sin embargo, considerados más de cerca, esos costos, esta imposición, fueron secretamente autorizados en la intimidad de los hogares de los inmigrantes con un propósito: hacer que sus hijos salieran sin hipotecas identitarias en la búsqueda de las oportunidades de progreso personal que el país prometía.

La escuela pública les suministró además un instrumento concebido para facilitar ese propósito: el guardapolvo blanco. Con el fin de evitar poner de manifiesto la condición social de los alumnos y que se generaran así divisiones entre ellos —tal fue el argumento de la ordenanza aprobada en 1919— se estableció que todos debían concurrir a las aulas con sus guardapolvos blancos.²⁵

Al impacto de la empresa pedagógica se sumó otro dispositivo gestado desde los usos y costumbres de la sociedad: las burlas tan populares contra el extranjero también promovieron la tarea de integrar a los hijos de inmigrantes. Epítetos como “gallego”, “tano”, “gringo” o “ruso” podían rebotar a los oídos de los inmigrantes, ha destacado el historiador James R. Scobie; sin embargo, penetraban profundamente en los oídos de sus hijos.²⁶ Las bromas sobre la torpeza o la estupidez atribuidas al inmigrante en general fueron calando hondo en los hijos,

²⁴ La cita de Saenz Peña en Martín O. Castro, “Liberados de su ‘Bastilla’: saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la élite política en torno al Centenario”, Buenos Aires, *Entrepasados*, año XVI, nº 31, comienzos de 2007, p. 105.

²⁵ Véase Inés Dussel, “La gramática escolar de la escuela argentina: un análisis desde la historia de los guardapolvos blancos”, *Anuario de Historia de la Educación*, nº 4, 2003.

²⁶ James Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977, p. 296.

que poco a poco procuraron cancelar e inclusive despreciar los rasgos más vistosos de su origen familiar. Hablar en dialecto como sus padres era sinónimo de rústico, de pobre, y todos querían dejar de ser rústicos y pobres. Junto con la educación patriótica la coerción informal operó como otro mecanismo formidable de integración.

Las alarmas por la salud de la cohesión nacional visibles en los tiempos del primer Centenario impidieron detectar que su razón de ser estaba ya en retirada: el abigarrado y polifónico mundo de las colectividades extranjeras había iniciado un lento pero irreversible proceso de desintegración. Las escuelas comunitarias perdieron alumnos, la tirada de la prensa étnica disminuyó, las pautas matrimoniales se volvieron más abiertas. Para los inmigrantes, las redes sociales construidas a partir de sus lugares de origen fueron una suerte de santuario que les brindó abrigo y sostén al llegar; en cambio, sus hijos tendieron a tomar distancia de ellas, incursionando en ámbitos de sociabilidad más amplios con el fin de aprovechar la variedad de ofertas que la sociedad tenía para ellos en el mercado de trabajo, en la vida social, en el atractivo mundo de la recreación y del deporte.

Para abrir otra ventana a ese cuadro de época, retrocedo en el tiempo y vuelvo por un momento a Ramos Mejía, pero ahora no en su papel de educador sino en su condición de sociólogo amateur. En 1899 publicó el libro *Las multitudes argentinas* en el que, con la perspectiva de la psicología de masas por entonces en boga, exploró la mutación social promovida por la ola inmigratoria. Allí identificó un problema y sugirió una solución. El problema eran los extranjeros que habían comenzado la carrera del ascenso social y que no pocos de ellos, los más audaces, pujaban por ser admitidos en los círculos prestigiosos de la alta sociedad. Por su espíritu materialista y su nulo patriotismo comportaban todo un riesgo para el mundo de las élites dirigentes desde donde se contemplaba el cambio en curso. Conocemos la solución y es la que, con carácter perentorio, inspiró luego su cruzada pedagógica desde la cartera de Educación. El riesgo que se corría sería “terrible si la educación nacional no lo modifica con el cepillo de la cultura y la infiltración de otros ideales no lo neutraliza a tiempo”.²⁷ De estas palabras de Ramos Mejía rescato la operación civilizatoria que él resume en la expresión “pasar el cepillo”. Y me interesa hacerlo para llamar la atención sobre un proceso paralelo: en la Argentina del 1900 se estaban llevando a cabo dos y no solo una operación civilizatoria. La segunda era la que tenía lugar dentro de la alta sociedad.

Gracias a la prosperidad económica del país, los terratenientes de la pampa, que eran un sector social de costumbres provincianas y modesta fortuna, se convirtieron en una de las clases propietarias más ricas de América Latina. Careciendo de linajes prestigiosos con raíces en el mundo colonial, como ya indicamos, debieron buscar en otro lado las razones de su primacía en la pirámide social. Debemos a Leandro Losada una excelente reconstrucción de esa búsqueda que terminó dando lugar a una gran reinvenCIÓN de carácter simbólico.²⁸ Con la mirada puesta en los grandes referentes culturales de la época, las aristocracias de Francia e Inglaterra, los miembros de la élite procuraron hacer suyos esos prestigiosos estilos de vida y se embarcaron en un acelerado curso de refinamiento. A través de la imitación buscaron parecerse a sus modelos a la par que se convertían en sujetos nuevos. El objetivo de esa operación civilizatoria

²⁷ José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas. Estudio de psicología colectiva* [1899]; la cita está tomada de Devoto, *Historia de la inmigración*, p. 289.

²⁸ Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque*, Madrid, Siglo XXI Iberoamericana, 2008.

fue “cepillar” a los nuevos ricos de la pampa, de gestos toscos y faltos de gusto, para levantar a partir de ellos el perfil de una clase aristocrática. Sus grandes mansiones, sus viajes a Europa, sus consumos ostentosos, sus modales sofisticados, todo se combinó para subrayar y exaltar su preeminencia social respecto del resto de la población.

Durante un buen tiempo esa aspiración pudo hacerse realidad, un logro destacable considerando que el clima de la vida pública no era propicio para desplegar y exhibir jerarquías sociales. Veamos al respecto el testimonio de Santiago Calzadilla, activo animador de los salones porteños en 1891.

El tranvía ha venido a ser para los argentinos el “*federis Arca*”. En él se ve muchas veces en la más íntima postura y codeándose una gran dama con su riquísima toilette, al lado de una fregona con su canasta y sus chismes, un peón de fábrica al lado de un teniente general, un sacerdote austero frotándose con una lavandera, la verdulera, la modista, la planchadora, la mucama, cada una con su atadillo, bandeja o canastillo, símbolo del oficio, junto con un gerente del Banco, con un sportman, con un presidente de la Sociedad Rural o una hermana de caridad al lado del empresario del conventillo... ¡Oh triunfo de la democracia! “Oír el ruido de rotas cadenas. Ved el trono a la noble igualdad!”. ¿Quieren ustedes ver nada que sintetice mejor que los tranvías el verdadero trono de la noble igualdad? Cuéntenmelo ustedes cuando lo descubran.²⁹

El libro de Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo*, es un inventario nostálgico de las aficiones y prácticas de la clase alta porteña durante la primera mitad del siglo XIX. Quizás sea esa perspectiva la que colorea críticamente la transformación que pasó a paso trastocaba la vida social; por lo tanto, es probable que la postal de los pasajeros del tranvía —un amontonamiento en un espacio reducido— magnifique la falta de distancia social. Pero cualesquiera sean las enmiedas que haya que introducir, su testimonio nos habla de un estilo de vida muy distinto al que, según anticipamos, prevalecía en esos mismos años en el interior profundo del país, menos tocado por las novedades de la época y el impacto de la inmigración. Así se desprende de una práctica corriente en la ciudad de Salta:

Durante la retreta de la banda en la plaza por un costado pavimentado por piedra laja paseaban exclusivamente señores, señoritas y “niñas bien”, el resto tenía que hacer su paseo por el piso de tierra en los tres costados restantes de la plaza, un privilegio que el pueblo miró con indiferencia.³⁰

Entre tanto, en Buenos Aires los privilegios estaban lejos de ser acogidos con indiferencia. Uno de los rituales distinguidos creados por los sectores encumbrados consistió en el paseo en grandes carroajes y con sus mejores galas los jueves y domingos por los bosques de Palermo. Como tal, el paseo fue una puesta en escena de su pretendida superioridad social, ostentando opulencia y sofisticación con un estricto protocolo. En sus impresiones de Buenos Aires, luego

²⁹ Santiago Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 121.

³⁰ José Palermo Riviello, *Reminiscencias salteñas, medio siglo atrás*, Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos, 1938, p. 69.

de la visita que hiciera en 1910, el periodista francés Jules Huret escribió: “Palermo se democratiza. Ciertos días son tan numerosos los coches de alquiler como los carruajes de lujo”.³¹

La iniciativa de los cocheros, en su mayoría italianos, según sabemos también por Huret, al servicio de una clientela menos encumbrada, fue quizás entonces apenas una nota de color que no alteró la vida mundana de la clase alta porteña. Pero consistió en una señal premonitoria de los tiempos por venir bajo el aura de la idiosincrasia democrática: esa matriz cultural para la cual no había posición ni ámbito social que estuvieran en principio reservados para unos pocos. Lo que sucedió después, ya entrando en la década de 1920, fue obra de una bonanza económica que se filtró como nunca antes a través de la pirámide social. Nuevos sectores sociales comenzaron, pues, a entrar por la puerta deatrás de los recintos de distinción hasta allí exclusivos; en corto tiempo su presencia fue abrumadora al compás del viejo aforismo criollo que recorría a buena parte de la sociedad argentina.

A continuación, voy a evocar un momento de esa carga de caballería sobre bastiones de la alta sociedad y lo haré recurriendo a un capítulo de la historia del balneario de Mar del Plata, sobre la que he escrito un libro junto con Elisa Pastoriza. Construido hacia 1885 para servir de solar veraniego a la clase alta porteña, se convirtió muy pronto en una aspiración de prósperos sectores medios. Y hacia allí comenzaron a viajar, trastocando la escenografía del veraneo marplatense. Ya en 1917 el corresponsal de un diario porteño escribía:

En otros años, cuando Mar del Plata era el centro de unas pocas familias adineradas, la presencia de una persona que no formara parte de ese núcleo llamaba la atención. Ahora la situación ha cambiado, y llega aquí todo el que tiene deseo de hacerlo y se encuentra a gusto, sin llamar la atención.³²

La creciente visibilidad de los nuevos veraneantes introdujo un motivo de preocupación: que Mar del Plata se democratizara. Esa inquietud se hizo más fuerte hacia 1928, cuando los comerciantes y los hoteleros lanzaron una gran campaña con un *slogan* audaz, en sintonía con el pulso de la época: “Por la democratización del balneario”.

La campaña de propaganda potenció el flujo de nuevos veraneantes. Que los tiempos estaban cambiando lo consignó un artículo publicado ese mismo año 1928:

Hace algunos años si a cualquiera se le hubiese ocurrido hablar del gran balneario argentino como lugar de fraternización democrática, donde se confunden las clases sin molestar, se lo habría calificado de tonto. Entonces era idea admitida que Mar del Plata era como una perla ofrecida por el Atlántico a los aristócratas y magnates. Hoy semejante afirmación sería sencillamente absurda. Mar del Plata es el balneario de todos, del potentado y también del empleado.³³

Podría discutirse la justeza de ese diagnóstico, pero sería un ejercicio fútil ya que sus efectos eran reales desde la óptica del alto mundo social.

³¹ Jules Huret, *En Argentine. De La Plata a la Cordillère des Andes, avec une carte de la République Argentine*, París, E. Fasquelle, 1913, p. 6.

³² Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, *Mar del Plata. Un sueño de los argentinos*, Buenos Aires, Edhsa, 2019, p. 183.

³³ *Ibid.*, p. 220.

Ya no se puede hacer vida mundana en nuestro Biarritz —fue el lamento de un antiguo veraneante en 1923— porque la avalancha de elementos nuevos todo lo invade. Las elegantes porteñas se refugian en sus lujosas residencias porque temen el arenal movedizo y traidor que forma la superficie social de Mar del Plata.³⁴

Hacia fines de 1920 varias familias de ese alto mundo social comenzaron a abandonar la Playa Bristol, el sitio tradicional de la vida elegante del balneario, en favor de los nuevos veraneantes e iniciaron el éxodo hacia el sur, hacia Playa Grande. Los hoteleros y comerciantes pudieron proclamar así “Mar del Plata ha cambiado y se está poniendo a tono con las prácticas democráticas que deben ser la norma de nuestras costumbres”.³⁵ No traicionaríamos ese veredicto si lo reescribiéramos para destacar que el balneario se estaba poniendo a tono con la consigna “Nai-des es más que naides”.

Concluyo esta estación de la historia argentina con la referencia a la reconversión que por entonces se produjo en el alto mundo social. Fue toda una regresión ideológica. Guiados por el credo liberal de mediados del siglo xix, los miembros de la élite dirigente habían buscado encaminar el país por el sendero de la modernidad. Ahora que este había avanzado en esa dirección y mostraba su rostro inconfundible —una sociedad en movimiento y menos respetuosa de las jerarquías sociales—, dieron marcha atrás y, al influjo de una predica más nacionalista, se volvieron con añoranza hacia una Argentina premoderna. El estilo de vida refinado, europeizante, fue recubierto ahora por un barniz anacrónico y salieron en busca de sus ancestros en los tiempos de la colonia y las luchas por la independencia para forjar con ellos su nueva identidad como clase patricia. Este cambio de perspectiva, más volcado hacia el pasado que al futuro, fue, a mi juicio, un efecto del ritmo acelerado con que se producía la transformación de la sociedad y se multiplicaban las expectativas sociales. En pocas décadas más, hacia los años 1950, la Argentina iba a experimentar las secuelas de una dinámica social parecida.

4 Con el peronismo en el gobierno, a partir de 1946 se ampliaron las avenidas a través de las que se abría paso la democratización de la sociedad. Y lo hicieron al estímulo de un proyecto estatal que instaló un nuevo marco cultural de lo que era pensable y de lo que era exigible en las relaciones entre estratos sociales. Su impacto se hizo sentir principalmente en el millón de trabajadores del interior que entre 1936 y 1946 afluyeron al área metropolitana en busca de empleo. Después del 17 de octubre de 1945 desapareció casi por completo el tributo de sumisión, aquello que denominamos la deferencia, que los de abajo debían rendir a los que estaban por encima de ellos en la escala social solo porque así habían sido siempre las cosas.

Varias fueron las esferas de la experiencia colectiva en las que tuvo lugar esa gran mutación social. De todas ellas quiero destacar una en primer lugar, la situación de los trabajadores en el ámbito de las relaciones de autoridad dentro de las empresas. Y lo voy a hacer, nuevamente, a través del lente de Gino Germani, que supo identificar cuánto de novedad había en esa experiencia. En un texto escrito en 1956 a pedido de las autoridades de entonces, comentó la experiencia de los trabajadores en los años 1946-1955:

³⁴ *Idem.*

³⁵ *Ibid.*, p. 228.

[...] los trabajadores que apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos que la habían conquistado. Claro que aquí con la misma palabra nos estamos refiriendo a dos cosas distintas. La libertad que habían perdido era una libertad que nunca habían realmente poseído: la libertad política a ejercer en el plano de la alta política, una libertad lejana y abstracta. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta e inmediata de afirmar sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales. Todo esto fue sentido por el obrero como una afirmación de la dignidad personal.³⁶

Subrayando los alcances de ese nuevo estatus, Germani concluyó que los logros de los trabajadores no fueron principalmente materiales, como lo quería la versión convencional; sobre todo, se tradujeron en el reconocimiento del valor social del mundo del trabajo y, por consiguiente, en la convicción de que, de allí en más, debían ser tomados en cuenta a la hora de las decisiones públicas. Así fue, agrego, que, con el paso del tiempo, las masas que habían entrado en la arena pública como “los descamisados”, caracterizados a partir de su exclusión relativa, pasaron a identificarse más como “los trabajadores” exaltando de ese modo el estatus más positivo alcanzado en un orden social más igualitario.

Con la atención puesta en los trabajadores durante los años peronistas, la noción de “un orden social más igualitario” revela toda su significación porque implicó para muchos de ellos el acceso a una experiencia de bienestar que nunca habían creído tener a su alcance. Me refiero a las vacaciones junto al mar. Henos aquí otra vez en Mar del Plata para recordar el trámite accidentado de una iniciativa lanzada por Domingo Mercante, el gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1948. Su objetivo: hacer que los trabajadores pudieran “gozar como cualquier ciudadano del descanso y la belleza en el Primer Balneario argentino”.³⁷ Con ese fin, a través de la radio y la prensa se ofrecieron facilidades para una estadía en Mar del Plata. La convocatoria fue al principio infructuosa: pocos respondieron a ella. El funcionario que estaba a cargo de la iniciativa redactó luego un informe para dar cuenta de ese sorpresivo desenlace. Al cabo de varias entrevistas en el terreno emergió una conclusión: para el trabajador promedio la propuesta —ir de vacaciones a la playa— comportaba más problemas que ventajas.

Pensaba que debía llevar grandes valijas, que no tenía, pensaba en la ropa que tenía que comprar para no desentonar entre la población veraneante, pensaba con recelo en los hoteles y se imaginaba una vida mundana de gran boato y concluía que todo eso no era para él.³⁸

Para entender estas reservas hay que tener en cuenta que, si bien había trabajadores de antigua radicación urbana —mercantiles, ferroviarios, bancarios— que estaban familiarizados con las costumbres veraniegas, los nuevos proletarios recién llegados al Gran Buenos Aires y que disfrutaban de los flamantes diez días de vacaciones pagas no tenían esa experiencia en primera persona. Con el resultado de las entrevistas en la mano, el gobierno bonaerense redobló su convocatoria y con el auxilio de los gremios respondió punto por punto a las prevenciones.

³⁶ Gino Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” [1956], en G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1971, p. 341.

³⁷ Pastoriza-Torre, *Mar del Plata*, p. 251.

³⁸ *Ibid.*, p. 254.

Este segundo intento fue más exitoso y logró la respuesta positiva de un número escogido de trabajadores que, al regresar de su estadía, fueron unánimes en favor del veraneo en la playa. Gracias a ese oportuno respaldo, la cantidad de los candidatos a viajar a Mar del Plata se multiplicó día tras día. En su desenlace, el episodio del balneario en 1948 ilustró una constante de la vida social: la fuerza de las aspiraciones depende de que se las piense legítimas y que, a la vez, se las considere factibles.

La promoción del turismo social despertó una expectativa de bienestar allí donde no la había. Las vacaciones junto al mar no estaban entre las demandas más sentidas por una mayoría de los trabajadores. Y cuando fueron puestas a su alcance se acercaron a ellas con los titubeos esperables en los que se internan en un territorio desconocido. Pero una vez que las disfrutaron quedó en ellos un recuerdo indeleble; esa experiencia hizo más verosímil la imagen de Mar del Plata como “espejo de la democracia social argentina”, promovida sin cesar por la propaganda oficial.

Cierro esta estación de la trayectoria argentina con una breve mención a un capítulo principal de ella, la transformación del trato social entre los de arriba y los de abajo en la escala social. Como lo hiciera Germani una vez terminada la década peronista, Mario Amadeo, miembro destacado de la oposición conservadora, procuró llamar la atención sobre las razones del apoyo popular a una experiencia política que quienes compartían su ideología juzgaban totalmente condenable.

Sabe el pueblo que por más estafada que haya sido la causa que abrazó algún fruto positivo le ha dejado. Sabe así que hoy es distinto el trato —inclusive el trato social— entre gentes de diferente origen, sabe que hoy no se puede desconocer el derecho de un hombre humilde, sabe que si el equilibrio social se ha roto no ha sido en su detrimento.³⁹

En su comentario a las palabras de Mario Amadeo, Lila Caimari ha reiterado que la Argentina anterior al peronismo no era, por cierto, una sociedad en la que la deferencia fuese un eje dominante de la vida social. Pero destaca que el nuevo pulso de la convivencia social estuvo contaminado por gestos de provocación política desde las esferas oficiales, que lo hicieron escasamente tolerable entre quienes no vibraban exaltados con ellos. Así las cosas, si bien el blanco de los ataques fueron las clases altas, expresión de la omnipresente oligarquía de la tradición política nacional, las antiguas clases medias se sintieron igualmente implicadas; el lugar expectable que habían logrado ocupar al cabo de los años sirvió para que se enrolaran también ellas en la defensa de unos equilibrios sociales y políticos ahora cuestionados.

A fin de completar este argumento señalemos que un alto nivel de privación material no desencadena necesariamente la protesta social. En rigor, más que el nivel de privación material como tal, es la frustración de las expectativas existentes de progreso personal la que provoca la sensación de injusticia y, en consecuencia, promueve la acción colectiva. Una sociedad vertebrada por una matriz cultural de esas características hubo de ser una sociedad expuesta a convulsiones periódicas por obra de un talante igualitario que ampliaba sin cesar las fronteras del orden social existente. A lo largo del tiempo, y movilizados por altas expectativas, nuevos ac-

³⁹ Lila Caimari, “Población y Sociedad”, en A. Cattaruzza (comp.), *Argentina. Mirando hacia adentro*, Buenos Aires, Taurus, 2012, p. 230.

tores pujaron por sentarse a la mesa en la que se distribuían oportunidades de progreso y bienestar; y más temprano que tarde lo consiguieron. En esas circunstancias, la sensación de estar ante una invasión, esto es, de toparse súbitamente con personajes extraños en los lugares que solían concurrir, se tornó un episodio recurrente para quienes detentaban posiciones de poder y prestigio en la sociedad existente.

Ya evocamos esa sensación de invasión al echar un vistazo a la trayectoria de Mar del Plata en los años 1910 y 1920 cuando miembros de los pujantes sectores medios buscaron un lugar en la villa balnearia construida por la alta sociedad. Los 25 kilómetros de costa —una extensión única entre los balnearios del mundo— permitieron ir acomodando las vacaciones en el mar con las aspiraciones propias de una sociedad más móvil. Distinto, porque más desestabilizador, fue el proceso de democratización del bienestar durante los años peronistas sobre el que volvemos otra vez ahora.

Esa fue una experiencia, lo sabemos, que proyectó el mundo de los trabajadores a un primer plano de la vida pública: en los consumos, en los espectáculos, en los paseos por las calles. Para subrayar el impacto de esa mutación social en gran escala una referencia muy habitual es el cuento “Casa tomada”, publicado por Julio Cortázar en 1946. En él, con un ruido intimidante, usurpadores anónimos e invisibles van poco a poco tomando posesión del caserón habitado por ella y él, dos hermanos; al final, estos se ven forzados a abandonarlo, dejando tras de sí todas sus pertenencias. El cuento ha suscitado distintas interpretaciones; una que interesa recuperar aquí es aquella que ve allí una alegoría del desasosiego que experimentaron, en particular, las antiguas clases medias, ante la velocidad y la amplitud de los cambios sociales que tenían por delante.

Países más viejos habían pasado por transformaciones estructurales como las que conocía la Argentina desde que se intensificara la marcha de la industrialización, después del eclipse de la economía agroexportadora en 1930. En ellos, sin embargo, la traducción de esas transformaciones en el plano de las instituciones y en el ámbito de la sociabilidad había sido más gradual, permitiendo una transición menos abrupta a la democracia de masas. Aquí ese proceso se comprimió en el lapso de diez años. El largo brazo del Estado hizo que todo ocurriera a la vez y rápidamente: el aumento de los asalariados, el desarrollo del sindicalismo, la redistribución de los bienes públicos y, en un nivel más profundo, la crisis terminal de la deferencia que el orden social preexistente acostumbraba a esperar de parte de los estratos más bajos.

El impacto de esa mutación de las relaciones sociales se hizo más visible porque el peronismo en el gobierno promovió un cambio social pero no propuso una cultura popular alternativa. Para respaldar este veredicto vale la pena detenerse en la imagen de la familia obrera típica publicitada desde las esferas oficiales. Luis Alberto Romero lo hizo y concluyó que esa imagen no era estrictamente proletaria.⁴⁰ Más bien, ese trabajador, disfrutando de su tiempo libre, cómodamente sentado en la sala de estar de su casa, leyendo el diario o escuchando la radio, en compañía de su familia, se correspondía con una visión idealizada de las clases medias. Durante los años peronistas hubo, en efecto, una redistribución de ingresos, pero, junto con ellos, se redistribuyeron también estilos de vida de cuya excelencia el gobierno instalado en 1946 en momento alguno dudó. La radio, las revistas y la propaganda oficial acercaron la

⁴⁰ Luis Alberto Romero, *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 137.

intimidad de los hogares de clases medias a quienes solo habían tenido ocasión de echarles una mirada sobrepticia en el pasado, invitándolos a hacer de ellos su proyecto de vida.

El tono desafiante con el que se promovían estas novedades tampoco contribuía a proce-sarlas con calma. En el discurso oficial ellas adquirían los contornos épicos de una reparación histórica de incierto y, por ello mismo, inquietante desenlace, alentada como era por un poder autoritario. Esta prospectiva provocó un clima de zozobra parecido al que experimentó la alta sociedad de principios de siglo ante el impacto de la ola de inmigrantes provenientes de Europa. Entonces, ese clima había dado lugar a reacciones xenófobas; más intensas fueron las que suscitó ahora.

El mundo urbano se convirtió en escenario de un conflicto bien diferente al que agitaba el cinturón fabril del Gran Buenos Aires. Este fue un conflicto con eje en aquello que resumía en forma ejemplar cuánto tenía de irritante el cambio social en curso: la irrupción en la vida pública de los trabajadores venidos del interior. Todavía en 1945 el médico y escritor Florencio Escardó pudo sostener, con inocultable satisfacción, en su libro *Geografía de Buenos Aires*, que esta era “Una ciudad de la raza blanca y del habla española que ninguna otra ciudad del mundo puede reclamar. Es la ciudad blanca de una América mestiza”. Cuando reedita el libro en 1971 advierte que su descripción fue “la última anotación de un fenómeno pasado porque el interior, es decir, América, ya ha efectuado su marcha sobre Buenos Aires”. Y luego recuerda que la ciudad llamó a los migrantes internos con “el mote cariñoso de ‘cabecitas negras’”⁴¹. Es posible que, a la distancia, Escardó tuviera sus razones para verlos con simpatía, pero para sus contemporáneos durante los años peronistas la referencia a “los cabecitas negras” tuvo una significación emocional muy distinta, transformados como fueron en objeto de burla y desdén en las tertulias de los barrios céntricos.

Estamos ya, hacia 1950, en las vísperas del viraje conservador de buena parte de las classes medias. Bajo un anatema registrado entre los testimonios de época, “¿Cómo puede un basurero estar a nuestra altura?”, Natalia Milanesio reunió la variedad de reacciones airadas y hostiles que provocó a la marea igualitaria en curso.⁴² Allí habría de estar —en ese nudo de prejuicios— la nueva colina social que la aspiración a la igualdad debía conquistar en su marcha sobre la sociedad argentina.

5 Con el transcurso de los años los avances de esa marcha fueron acompañados de repetidos intentos por poner las cosas en su lugar, esto es, por recrear un orden jerárquico en el que la posición y las credenciales sociales determinaran lo que las personas pueden y no pueden hacer. Esos intentos de corte autoritario probaron ser infructuosos porque más allá de sus resultados materiales, siempre gravosos, no consiguieron extinguir el ideal igualitario del imaginario argentino.

Como quizás más de uno de los lectores de estas páginas habrá detectado, con ellas estoy incursionando en un terreno que fue en su momento abordado por Guillermo O'Donnell en un contrapunto con el antropólogo brasileño Roberto DaMatta y publicado en un artículo con el

⁴¹ Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza, “La democratización del bienestar”, en J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas*, tomo VIII de la *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 309.

⁴² Natalia Milanesio, *Cuando los trabajadores salieron de compras*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2014, p. 132.

sonoro título: “¡Y a mí, qué mierda me importa!”.⁴³ En ese artículo O'Donnell propone un contraste entre las formas de interacción social de Brasil y la Argentina. El punto de partida fue un artículo de DaMatta que giró en torno a esta pregunta: “¿Usted sabe con quién está hablando?”, esto es, la pregunta que una gran señora de Río de Janeiro le hace a un modesto funcionario municipal que le dice: Señora, aquí no puede estacionar su auto. Con esa pregunta, ¿Usted sabe con quién está hablando?, la gran señora le tira encima al modesto funcionario municipal toda la fuerza de un orden jerárquico incorporado molecularmente en la vida cotidiana. Y espera que, por lo tanto, dé un paso atrás y consienta que ella, titular de un estatus superior, esté más allá de la norma.

Así no funcionan las cosas en Argentina, sostuvo O'Donnell, porque a la pregunta de la gran señora, entre nosotros la respuesta sería una réplica rotunda: “¡Y a mí que mierda me importa quién es usted, señora!”. Estamos, pues, ante una interacción característica de un orden jerárquico (Brasil) y una interacción pautada por un orden más igualitario (Argentina). Sin embargo, concluye O'Donnell, el contraste se atenúa bastante porque en Argentina el interpelado por la gran señora no niega la existencia de una jerarquía social sino que, en definitiva, termina ratificándola en forma desafiante cuando manda a la mierda al presunto superior.

El texto que estoy comentando es muy penetrante y tiene más puntas que las que he destacado aquí: entre otras, el desliz siempre presente del igualitarismo hacia un cuestionamiento de toda autoridad, sus reservas frente al mérito como criterio para juzgar el desempeño de las personas. Dicho esto, vuelvo ahora sobre la réplica de O'Donnell que estaba comentando para señalar que hay una reacción alternativa a la pregunta “¿Usted sabe con quién está hablando?”, distinta a “¡Y a mí que mierda me importa!”. Es otra réplica, nos la sugiere Vicente Palermo. Revisando la misma escena en su libro sobre Brasil y Argentina comparados, Palermo propuso levantar la voz y responder: “Y vos, ¿quién te creés que sos?”.⁴⁴ Con esta reacción, quien es interpelado niega, esto es, no ratifica que el otro tenga un estatus superior que lo autorice a tratarlo con arrogancia.

La gravitación del universo cultural gestado por el impulso igualitario opera, en verdad, en las dos direcciones. Como recién hemos destacado, por un lado, moldea la reacción de los que están abajo en la escala social pero, por el otro, influye asimismo sobre el comportamiento en público de los que están arriba. La anécdota que nos cuenta el nieto de una gran señora de la alta sociedad porteña de los años 1920-1930, Susana Torres de Castex, ofrece un oportuno contraste con el episodio evocado por DaMatta en las calles de Río de Janeiro. “Ella tenía un ‘libre estacionamiento’ para su automóvil, de modo que podía pararlo en cualquier lugar. Un día fue interpelada por un comisario que le preguntó: ‘¿Y usted quién es para tener esto?’. A lo que le respondió: ‘Soy doña Pancha Huevo, para servir a usted’”.⁴⁵ No obstante su alcurnia, nos dice el nieto, su abuela no se daba importancia en el trato social y señala, comentando el intercambio, que “su sencillez iba acompañada de su infaltable picardía”. Para el caso, todo en esa astucia —el estrafalario nombre ficticio al que apeló y el tono exquisitamente cortés de la respuesta— nos sirve para completar el efecto de una sociabilidad más igualitaria: la tendencia

⁴³ Guillermo O'Donnell, “¿Y a mí, qué mierda me importa?” [1984], en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

⁴⁴ Vicente Palermo, *La alegría y la pasión. Relatos brasileños y argentinos en perspectiva comparada*, Buenos Aires, Katz, 2015, p. 130.

⁴⁵ Mariano de Apellaniz, *Callao 1730 y su época*, Buenos Aires, Imprenta Germano, 1978, p. 12.

frecuente entre quienes están arriba en la escala social y muy seguros de sí mismos a evitar, no obstante, expresiones francas y directas de las diferencias de estatus para facilitar así la interacción social.

El contrapunto entablado por Guillermo O'Donnell con Roberto DaMatta, y las variantes que introdujimos, tiene un subproducto que es conceptualmente valioso: ilumina la perspectiva mental desde la que distintas personas perciben y, por consiguiente, reaccionan frente una misma situación social. Con este señalamiento entramos en lo que se conoce como “la construcción social de la realidad” y cuya premisa es la siguiente: los hechos a los que nos confrontamos no hablan por sí mismos; más bien, siempre entran en nuestra percepción a través del filtro de una interpretación que es la que les da un significado congruente con nuestro abordaje del mundo social.

Los contrastes que hemos advertido entre Río de Janeiro y Buenos Aires ilustran dos modalidades de la interacción en la vida pública, una anclada en un abordaje más jerárquico y otra en uno más igualitario. El sociólogo Scott Harris es uno de los que mejor ha explorado esta temática y ha postulado que “el significado que tienen las cosas en general no es inherente a ellas. Amistades, matrimonios, grupos étnicos, condiciones socio-económicas no vienen con una etiqueta ‘igual’ o ‘desigual’ asociadas a ellas”.⁴⁶ Y argumenta que, con independencia de cualquier medición “objetiva” de una situación de desigualdad, si lo que importa es saber cómo van a actuar las personas hay que prestar sobre todo atención a “cómo interpretan ese estado de cosas”. Para decirlo con palabras nuestras, si lo interpretan como el resultado de un destino inexorable o como el resultado de frenos políticos al acceso a recursos y derechos reconocidos para todos.

6 Sobre estas especulaciones se podrá seguir argumentando. Sin embargo, no hay duda alguna de que una sociedad con un talante más igualitario será más difícil de gobernar porque siempre habrá distancia entre el cúmulo de expectativas que suscita y las posibilidades concretas de satisfacerlas. Pero, todavía es más difícil de gobernar cuando esa sociedad más igualitaria, pienso en la Argentina, ha conocido a lo largo de los años momentos en los que distintos sectores han podido realizar mejor sus aspiraciones; tales fueron los tiempos del primer Centenario para las clases altas, la década de 1920 y sus réplicas posteriores entre las clases medianas, los años peronistas siempre vivos en el recuerdo de los sectores populares. Esas aspiraciones han conseguido sobrevivir a las coyunturas que las hicieron posibles y quedaron grabadas en la conciencia colectiva del país con una consecuencia difícil de procesar: el lugar que nos ha tocado en suerte en la estructura social ha sido en forma reiterada un objeto de frustraciones y de fuertes cuestionamientos.

Ciertamente, la distribución de ingresos y posiciones sociales es siempre un terreno de confrontación. No obstante, una característica muy argentina son los márgenes bastante amplios dentro de los que se desarrolla esa confrontación. ¿La razón? A mi juicio, es el resultado de la memoria siempre viva que los distintos sectores cultivan de sus respectivos momentos felices. Teniendo por detrás una añoranza permanente se comprende que los avatares de la historia po-

⁴⁶ Scott Harris, “The Social Construction of Equality in Everyday Life”, *Human Studies*, n° 4, octubre de 2000.

lítica del país hayan sido muy congruentes con un postulado de la sociología del conflicto: se resiente mucho más perder lo que se ha tenido que no alcanzar lo que nunca se ha tenido.

En el final de nuestro recorrido ha llegado el turno de abordar los tiempos presentes, tan disonantes respecto de la trayectoria histórica del país. En los últimos cincuenta años hemos asistido al ocaso del que fuera el eje distintivo de Argentina en América Latina durante buena parte del siglo XX, su capacidad para incorporar a sucesivas generaciones al trabajo, la educación, el bienestar, ofreciendo oportunidades de progreso personal y colectivo. La ancha avenida de la democratización social por la que se desenvolvía el país no solo está hoy menos transitable de lo que lo estuvo en el pasado. También ha visto crecer a sus costados importantes bolsones de marginalidad social. Ante un paisaje tan sombrío surge una pregunta, cito a Gabriel Kessler, ¿cuánto perdura del anhelo igualitario que vertebró por tanto tiempo la trayectoria argentina?⁴⁷

La información que nos brindan quienes exploran, como lo hace Rodrigo Zarazaga, qué ocurre en el universo de los estratos más bajos de la población, es preocupante: se ha roto allí la cadena cultural que ligaba una generación con otra y transmitía a través de ella la expectativa de una mejor vida para cada uno y su familia.⁴⁸ Luego de años de sobrevivir a la vera del camino, no hay entre ellos una memoria fresca de la experiencia de progreso. En su lugar, y bajo el asedio de falta de trabajo, la droga, la violencia, se percibe una sensación de abandono y desprotección. Y junto con ella, la pérdida de confianza en la dimensión colectiva del impulso igualitario.

Al evocar el inquietante panorama que tenemos por delante, no lo he hecho para anunciar el eclipse de lo que llamé el impulso igualitario. Creo que este no ha desaparecido del todo, solo que ya no mueve voluntades ni despierta sueños como lo hacía antes, para manifestarse a veces como iracundo inconformismo. He hablado de él para recordarnos que, más allá de los antagonismos políticos que nos son tan familiares, fue un motor principal de nuestra historia. Es bueno tenerlo presente como recurso ideal en momentos en que nos internamos por territorios inhóspitos, al son de convocatorias desde las alturas que llaman a romper filas y alientan a cada cual a rebuscárselas por su cuenta.

Post scriptum

Suele decirse que los historiadores tienen un sesgo cognitivo: siempre están alertas para detectar continuidades en los procesos históricos. Comparto esa postura y, así, recorriendo la historia social del país, he divisado un hilo conductor que vertebró las distintas estaciones de su trayectoria: la pasión por la igualdad. Ocurre que el oficio de historiador tiene, además, un método que es su marca registrada: la búsqueda de los matices, la exploración de las excepciones.

⁴⁷ Gabriel Kessler, “Un fantasma recorre nuestra sociedad. El impulso igualitario en la obra de Juan Carlos Torre”, en S. Pereyra, C. Smulovitz y M. Armelino, *Por qué leer a Juan Carlos Torre*, Buenos Aires, Edhsa, 2024, pp. 245-246.

⁴⁸ Véase Daniel Hernández y Rodrigo Zarazaga, *La narrativa rota del ascenso social*, documento de trabajo Cias-Fundar, 2025, <https://fund.ar/publicacion/la-narrativa-rota-del-ascenso-social/>.

nes dentro de la trama de los fenómenos del pasado. Es aquí que tomo distancia y me pongo en guardia desde una perspectiva sociológica atenta a las tendencias de largo plazo. Llevada a un extremo, la sensibilidad a los matices y excepciones tiene un costo analítico: la pérdida de la visibilidad de esas tendencias cuando son eclipsadas por versiones que buscan en sus detalles ser más fidedignas a la realidad histórica.

A propósito de matices y excepciones y yendo al argumento de este ensayo, reconozco que la consigna “Naides es más que naides” pudo no haber sido escuchada por muchos años en Corrientes ni tampoco en Tucumán. Pero me basta haber constatado que fue eficaz entre una mayoría de argentinos radicados en el centro neurálgico del país, abriendo allí las compuertas a un trato social más horizontal. Esa habría de ser la plataforma de lanzamiento de una sociabilidad de corte más igualitario que progresivamente conquistó nuevas parcelas del territorio nacional, porque tuvo un efecto de demostración: a la vista de sus resultados —el primero: el reconocimiento de su dignidad como personas— más y más argentinos fueron ganados por la aspiración a ser y a sentirse iguales. Con el paso de los años, la vida política y las comunicaciones irían haciendo efectivas esas expectativas y, al hacerlo, recortaron los alcances de los nichos sociales donde se cultivaban las jerarquías y premiaba la deferencia.

La onda expansiva del nuevo trato social se hizo sentir ejemplarmente en el ámbito tan sensible de la interacción social como es la relación con las personas que prestan servicios personales. Para reconocer su impacto convoco al gran historiador José Luis Romero, pero lo hago en su condición de habitué de los bares porteños. Entrevistado por Félix Luna en 1975, Romero recordó:

Mi adolescencia y juventud ha transcurrido en una época en que se tuteaba al mozo. Yo lo he hecho. Era algo negativo. Cuando pienso ahora en eso me parece horrible. Pero era normal. Se lo he visto hacer a mi padre, a mis amigos. Después descubrimos que no se podía hacer. Y creo que hemos ganado mucho. ¿Quién llama ahora al mozo tocando las palmas, golpeando las manos como se hacía hace 20 o 30 años? ¡Se acabó! Uno espera respetuosamente que él lo mire ¿no es cierto? Ese sentimiento de la dignidad ha crecido de una manera notable, yo le diría que es una de las cosas por las cuales creo que este país va a andar.⁴⁹

Dos son los comentarios que me suscitan estas observaciones desde la mesa de un bar porteño. El primero y más cercano sirve para poner en contexto la anécdota con la que empecé estas páginas y dar cuenta de mi perplejidad en el mostrador del aeropuerto de Lima, donde quien me servía un café no me miraba a los ojos. Viniendo de una ciudad en donde al mozo del bar generalmente se lo trataba con respeto, como si fuera un igual, diría nuestro gran historiador, el breve encuentro en la escala técnica del vuelo en avión fue para mí todo un shock cultural.

El segundo comentario está en línea con la temática de estas páginas; estoy aludiendo a la relación que, en el final de la cita, se establece entre el sentimiento de dignidad personal que se observa en los argentinos y la promesa de un futuro mejor para el país. Así formulada, esta tesis nos introduce en los dominios de las tendencias de largo plazo. Y una vez allí nos coloca frente a una constatación, la sociedad argentina ha sido impidienda con el anhelo del profesor

⁴⁹ Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia*, Buenos Aires, Timerman Editores, 1976, p. 160.

Romero: el sentimiento de dignidad personal se ha encogido en muchos de los que habitan los barrios populares de las periferias urbanas; la promesa de un futuro mejor para el país está hoy en dificultades ante la ofensiva de una muy persistente sensación de decadencia. Pareciera que los dos pilares del laboratorio histórico en el que se fraguó por largos años la singularidad argentina —una idiosincrasia democrática y una contextura social móvil— hubieran experimentado un deterioro sin remedio.

Llegado hasta aquí, y antes de hacer mío por completo este escenario sombrío, bajo la guardia y retomo a mi vez la afición del historiador por buscar matices y encontrar excepciones. A mi juicio, en Argentina suceden más cosas que las que deja entrever la sombra omnipresente de la regresión social. Para advertirlo hay que dirigir la atención al que fuera por largos años el destino ideal del impulso igualitario, el mundo de las clases medias.

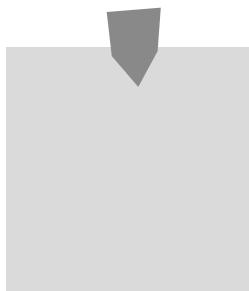
Por el lugar emblemático que ocupa, ese vasto y heterogéneo universo y sus vicisitudes ha servido de termómetro para auscultar las perspectivas de la sociedad. Cuando se repasa la prensa de los últimos años hay un hecho que llama la atención: la frecuencia con que, en sintonía con un ominoso clima de época, se anuncia el fin de las clases medias, como si estas se comportaran como un ave fénix, que resurge de sus cenizas para volver a caer en ellas una y otra vez, en una agonía que se prolonga en el tiempo.

Con independencia de los hechos que lo respaldan, este relato, sin embargo, tiene un defecto: no hace justicia a las novedades con las que periódicamente las clases medias nos sorprenden y ponen así de manifiesto que las apuestas culturales, las inversiones económicas y las luchas cívicas realizadas en su seno en el pasado todavía rinden frutos. Me refiero a las iniciativas lanzadas desde sus filas y en toda la geografía del país que ensanchan las fronteras en el campo de la innovación tecnológica, en el ámbito de la creatividad cultural, en la búsqueda de nuevos derechos. Estas iniciativas introducen matices y marcan excepciones en las tendencias de largo plazo. Y como tales, nos ofrecen una atalaya para vislumbrar desde allí con menos melancolía y desazón el futuro incierto de Argentina. □

Dossier

Dossier: Rosas y el rosismo en la historia argentina.

A 30 años de *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, de Jorge Myers



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

El dossier “Rosas y el rosismo en la historia argentina” ha sido organizado para esta edición de *Prismas* por Gabriel Entin y Marcela Ternavasio.

Presentación

Gabriel Entin y Marcela Ternavasio

CONICET / Universidad Nacional de Quilmes

CONICET / Universidad Nacional de Rosario

tres décadas de la publicación de *Orden y virtud* es relevante constatar la abrumadora masa crítica acumulada en estos años en torno al tema que nos convoca en el presente dossier, y el profundo impacto que generó el libro de Jorge Myers en la historiografía argentina sobre el siglo XIX. Un libro que inauguró la colección *En busca de la ideología argentina*, editada por la Universidad Nacional de Quilmes y pensada como un conjunto de textos destinados a ofrecer antologías de fuentes significativas sobre el pensamiento y la cultura argentinos, precedidas por estudios preliminares de los especialistas a cargo. En este caso, si la antología seleccionada puso a disposición del público una rica y variada serie documental, su estudio preliminar —apoyado en una exhaustiva investigación y erudición— se convirtió rápidamente en un referente obligado. La novedad del enfoque representó un giro interpretativo notable al postular como hipótesis que el discurso público del rosismo se articuló sobre la base de un universo de referencias del republicanismo clásico de procedencia romana. La clave de lectura propuesta por Myers no solo desafió las narrativas de la historiografía liberal y revisionista sino que contribuyó a complejizar las reinterpretaciones que, impulsadas por la magna obra de Túlio Halperin Donghi, habían comenzado a desarrollarse desde la década de 1970.

Cabe recordar que el republicanismo y la república no constituían por entonces un objeto de interés historiográfico en la Argentina. En 1984, cuando Natalio Botana publicó *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, reeditado en su versión definitiva en 2024 con un prólogo de Hilda Sabato, el libro sobresalió en un contexto en que los debates públicos giraban alrededor de la cuestión democrática luego de la última dictadura militar, y donde la república se había vuelto sinónimo de “república democrática”.¹ En ese escenario, Botana venía a reconfigurar las perspectivas vigentes al introducir las variantes del liberalismo decimonónico en los repertorios disponibles de la tradición republicana, mientras Myers lo hacía una década más tarde al inscribir el experimento político tal vez más polémico de la historia nacional en la vertiente del republicanismo clásico. Nutrido de las discusiones que se desplegaban en el mundo anglosajón —con las innovadoras visiones de Bernard

¹ Natalio Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984; la reedición de 2024 es de Edhasa. La cita de “república democrática” es del “Mensaje de asunción del Presidente D. Raúl Ricardo Alfonsín”, en *Dossier Legislativo. Acta del 10 de diciembre de 1983*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, año VI, nº 153, mayo de 2018, p. 104.

Bailyn, Gordon Wood, John Pocock, Quentin Skinner, entre otros—*Orden y virtud* proporcionó un sofisticado análisis de los tópicos republicanos clásicos invocados en las manifestaciones escritas que vehiculizaron el discurso público del rosismo. Las resignificaciones que su autor va trazando de dichos tópicos en el entramado que modeló el “sentido del orden” rosista iluminan las concepciones que el régimen acuñó acerca de la legalidad, la Constitución, el americanismo, el federalismo y el catolicismo.

Los problemas abordados por Myers en su estudio preliminar interpelaron a los diversos subcampos de la historia intelectual, cultural, política y social en el marco de la intensa renovación que transitaban en los años noventa. Interpelaciones en las que no estuvieron ausentes los debates. Algunos expusieron las disonancias que suelen emerger entre los cultores de la historia social y económica y los que se abocan al análisis del discurso, ya sea desde el registro de historia de las ideas, de los conceptos o de las representaciones simbólicas de la cultura política.² Pero más allá de estas disonancias, lo que predominó fueron los fructíferos intercambios y conversaciones acerca de los umbrales que modelaron el discurso rosista en la escena hispanoamericana decimonónica, marcada por las disputas y cruce entre variantes republicanas, liberales, conservadoras y católicas.³ En esos umbrales se expresaban, además, las dificultades que exhibieron los contemporáneos —en particular los miembros de la generación romántica rioplatense a la que Myers le dedicó sig-

nificativos trabajos— para procesar y dotar de sentido a la singular experiencia del rosismo.⁴

Las agendas de investigación que en aquellos años se abrían a líneas de trabajo muy variadas retomaron la clave republicana del rosismo —y no solo en su vertiente clásica romana— y algunos presupuestos metodológicos explicitados en *Orden y virtud*. Entre ellos, el que postula la compleja y tensionada relación que se establece entre Rosas y el rosismo y entre discurso y prácticas políticas: “no puede considerarse que el discurso del propio Rosas fue ‘rosista’ —*strictu sensu*— hasta que no adquirió el específico encuadre político que significó su presencia en el gobierno, y —sobre todo— hasta que no se entroncó con un conjunto de discursos ideológicamente más elaborados, que le dieran consistencia interna y le imprimieran una especificidad idiosincrática de la cual hasta entonces había carecido”.⁵ En esa dirección, Myers formula una advertencia respecto de la periodización interna de “un régimen construido gradualmente y ‘por parches’, que estaba atento más a la inmediata y siempre amenazante coyuntura que a los prospectos de largo plazo”;⁶ una advertencia que contribuyó a desplazar las imágenes monolíticas cristalizadas en los sintagmas “época de Rosas” o “período rosista”, como si se tratara de un proceso siempre igual a sí mismo. Pilar González Bernaldo y Mariano Di Pasquale, en la introducción de un dossier que coordinaron en 2018 bajo el título “El momento rosista. Bordes y desbordes de lo pensado”, plantean abandonar la idea de una “época” en las tres

² Juan Carlos Garavaglia, “Discurso, textos y contextos. Breves reflexiones acerca de un libro reciente”, *Estudios Sociales*, n° 10, 1996. Jorge Myers, “Comentarios a una reseña reciente”, *Estudios Sociales*, n° 11, 1996.

³ Túlio Halperin Donghi, “Republicanismo clásico y discurso político rosista”, en T. Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

⁴ Jorge Myers, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en N. Goldman (dir.), *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

⁵ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995, p. 16.

⁶ *Ibid.*, p. 18.

dimensiones a las que suele estar asociada —“un hecho que fija un sentido, que otorga especificidad a un período y que lo hace memorable”— y atender a las múltiples escalas temporales y espaciales que involucran los estudios del fenómeno rosista en los también múltiples registros de análisis que lo abordan.⁷

Tales estudios se multiplicaron en las últimas tres décadas a un ritmo vertiginoso. Los resultados de investigaciones sobre temas y problemas que habían permanecido inexplicados, o atados a interpretaciones antagónicas sometidas a revisiones, abarcan casi todas las áreas de los campos disciplinares conectados con el conocimiento histórico. No es esta la ocasión de pasar revista al estado del arte, sino de introducir este dossier cuyo propósito consiste en ofrecer un balance sobre el denso y complejo objeto de estudio que fue el “momento Rosas” en la historia e historiografía rioplatense y argentina, y cuya persistencia se proyecta desde el siglo XIX hasta nuestros días. En esa proyección, las preocupaciones fueron mutando según las preguntas que disparan los sucesivos presentes y las reservas de experiencias investigativas. Las contribuciones, a cargo de once especialistas, exhiben un mosaico de enfoques y abordan problemas específicos del período, vinculados a debates de crítica historiográfica y literaria, y a los usos políticos del rosismo.

El dossier se abre con el artículo de Jorge Myers, quien reflexiona en torno a la “cocina de la investigación” que dio origen a *Orden y virtud*. En su recapitulación del proceso de producción y escritura, el autor menciona algunos de los referentes teóricos, metodológicos e historiográficos que lo inspiraron y describe cómo se fueron ampliando sus perspectivas desde el proyecto inicial —que con-

cluyó con su tesis doctoral en la Universidad de Stanford, defendida en 1997— en el que se propuso reconstruir los lenguajes de la política de los escritores románticos rioplatenses. Proyecto que derivó en la formulación de una hipótesis central: en el período que abarca de 1820 a 1852 se registran “tres variedades de lenguaje republicano distintos”. Su objetivo apuntó, entonces, a “estudiar a los dos primeros —el rivadaviano y el rosista— como contexto del tercero, el de la Nueva Generación Argentina”.⁸ *Orden y virtud* es, pues, un desprendimiento de esa tesis que surge, en gran parte, por el descubrimiento de un vacío sorprendente en la historiografía: la ausencia de estudios sobre el discurso político del rosismo en contraposición a la abundante masa crítica referida a las elaboraciones intelectuales de sus opositores. Como aclara Myers, el recorte del objeto no fue Rosas, sino el rosismo, entendido como el “conjunto de voces y plumas que participaron en la producción de una densa red discursiva”, que explora en el voluminoso corpus documental conformado por los órganos de prensa afiliados al gobierno del Restaurador de las Leyes. La matriz interpretativa colocada en los usos del republicanismo clásico romano no aspiró a marcar solo las diferencias o rupturas con otras configuraciones ideológico-discursivas, sino también las continuidades en un contexto signado por las contingencias y los constantes cambios. A treinta años de su publicación, Myers reconoce los avances que se desarrollaron desde entonces y los temas que aún siguen pendientes de nuevas pesquisas. En este último sentido, destaca tres zonas posibles que merecerían ser examinadas: el espejo global contemporáneo en que se vio reflejado el experimento republicano de Rosas, la relación entre temporalidades dispa-

⁷ Pilar González Bernaldo y Mariano Di Pasquale, “El momento rosista. Bordes y desbordes de lo pensado”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 2, 2018.

⁸ Jorge Myers, *Languages of politics: a study of republican discourse in Argentina from 1820 to 1852*, tesis de doctorado, Universidad de Stanford, enero de 1997.

res al interior del discurso rosista, y la continua búsqueda de definiciones conceptuales que intervinieron en la construcción de ese lenguaje político de la república.

Los artículos que continúan son representativos de algunas de las agendas abiertas en este primer cuarto del tercer milenio. Gabriel Di Meglio presenta un ajustado registro de los giros interpretativos que han jalónado la renovación historiográfica sobre el rosismo y destaca los principales aportes procedentes de la historia agraria, política, intelectual, social, económica y jurídica, como asimismo la expansión de estudios regionales y provinciales que han permitido no solo sumar nuevos conocimientos sino modificar o matizar las imágenes construidas a partir del caso de Buenos Aires en el que se concentraron las investigaciones hasta no hace tanto tiempo. En el marco de esa diversidad, Di Meglio sugiere que el rosismo “como sistema político no fue uno sino dos, diferentes, uno porteño, hoy bien conocido, y uno nacional, que todavía falta investigar más”. En esta segunda dimensión ofrece pistas precisas para repensar los “contornos” del rosismo, la periodización sobre el uso de la categoría “confederación rosista”, el papel de la política y la guerra en su expansión territorial, la potencia identitaria del federalismo que precede a Rosas y los límites que enfrentó su liderazgo para extender la “causa federal” más allá de Buenos Aires. El texto evidencia la necesidad de nuevas exploraciones sobre la menos conocida década de 1840, y de articular la cuestión federal en clave nacional a lo largo del siglo XIX.

La contribución de Gabriel Entin retoma la matriz republicana propuesta por Myers y se aboca a rastrear los usos y significados que fue adoptando el título de Restaurador de las Leyes otorgado a Rosas apenas asumió su primera gobernación en Buenos Aires, en 1829. Un título que —como señala Entin— se remonta a la antigua Roma y a un momento muy particular de su derrotero histórico,

cuando el Senado se lo concede al emperador Augusto. El artículo explora el sinuoso recorrido del concepto en los siglos XVII y XVIII asociado a la figura del legislador, los sentidos pronunciados durante la Revolución francesa y el Imperio napoleónico, para detenerse luego en el régimen rosista. El autor argumenta que, con Rosas, la restauración adoptó la forma de una regeneración de la utopía de un orden natural, e indaga las conexiones entre orden legal, estado de excepción y dictadura republicana. Desde una perspectiva atenta a las modulaciones que experimentaron los lenguajes políticos en el contexto posrevolucionario hispanoamericano y rioplatense, plantea una hipótesis para reinterpretar las proyecciones de la variante republicana que el rosismo instauró en territorio vernáculo: “La figura del Restaurador de las Leyes concentra una aporía del republicanismo: la idea de salvación de la comunidad política por un líder de quien depende el orden restaurado”. Sobre la figura de Rosas girará, pues, la maquinaria que puso en escena dicha aporía al encarnar la representación de un orden que en nombre de la soberanía popular le dejó la suma del poder público en 1835.

En la construcción de aquella maquinaria, donde Myers destaca la importancia que asumieron los publicistas del régimen, cuya formación intelectual y política “no pudo sino incidir notablemente sobre el tipo de argumento que ellos esgrimieron en defensa de las posiciones previamente adoptadas por el gobierno”,⁹ Ignacio Zubizarreta se interroga acerca de las posibles lecturas a las que Rosas habría accedido durante su prolongada gestión. Para ello analiza el contenido de la biblioteca personal del Restaurador, hallada en su residencia de Palermo después de la batalla de Caseros del 3 de febrero de 1852 que puso fin a su gobierno y lo condujo al exilio en In-

⁹ Myers, *Orden y virtud*, p. 35.

glatera. Aun cuando el autor nos recuerda la ajenidad del líder federal con el mundo letrado, y el pragmatismo que lo guio en su acción política, registrar el contenido de su biblioteca puede contribuir a trazar el perfil de quien acopió libros y documentos en el caserón que —como espacio híbrido entre lo privado y lo público— ofició de sede de gobierno en los años cuarenta. En tal dirección, el estudio de Zubizarreta permite mostrar la escasa diversidad temática del corpus, menos asociada al discurso republicano promovido por los publicistas del régimen, donde sobresalen llamativas ausencias como asimismo la presencia de obras de juristas vinculados al pensamiento conservador. Obras que estaban en sintonía con la concepción rosista de un orden social naturalmente jerárquico que era preciso disciplinar para preservarlo de las amenazas que había introducido la Revolución.

El artículo de Magdalena Candioti apunta a registrar un aspecto crucial de las transformaciones sociales que trajo consigo la Revolución, y su liturgia fundada en los principios de libertad e igualdad. Dentro del amplio campo que integran los estudios subalternos, la autora comienza su análisis citando la denuncia de maltrato hacia un esclavo cautivo en una zapatería de Buenos Aires publicada en la *Gaceta Mercantil* en 1833. El “estudio de caso” actúa de disparador para iluminar el universo de ideas, prácticas e instituciones que se fueron fraguando en torno a la esclavitud en el Río de la Plata, articulado a los tópicos del lenguaje republicano dominante en la coyuntura. A partir del concepto de “ceguera selectiva” y de una variada caja de herramientas, Candioti demuestra las formas en que el discurso republicano “gravitó en las actitudes hacia la esclavitud y la diferencia racial” y habilitó sensibilidades antiesclavistas y de igualación racial. Capitalizando sus indagaciones sobre el proceso gradual del abolicionismo y los resultados de trabajos realizados por la historia social, cultural y política, la

autora traza un cuadro rico en ambigüedades. En este sentido argumenta que, si bien el líder federal no se constituyó en un defensor del abolicionismo, mostró un rostro condescendiente hacia la población afroporteña —que incluía a libres, libertos y esclavizados— en sintonía con un contexto en el que Rosas se interesaba por el componente popular de la causa federal y donde se promovían políticas de abolición gradual.

Por cierto que ese rostro condescendiente hacia determinados segmentos sociales tenía como contracara la exigencia de lealtad absoluta hacia quien encarnaba la Santa Federación. La vocación unanimista del régimen se expresó en la exclusión de las voces disidentes, en el disciplinamiento social y político y en la construcción de una máquina de propaganda destinada a forjar la identidad federal. Los ejércitos rosistas fueron piezas clave en cada una de estas dimensiones, como demuestran tres artículos del dossier, cuyos autores son representativos de los avances desarrollados por la historia social y política de la guerra. Ricardo Salvatore aborda uno de los mecanismos utilizados durante el rosismo para transmitir a los soldados y milicianos las nociones centrales del orden que debían defender a través de las armas. La recopilación e interpretación de los “santos y señas” y proclamas que los oficiales dirigían a los combatientes le permiten reconstruir el universo discursivo que bajaba desde el gobierno hacia los cuarteles y campamentos de soldados conformados por sectores subalternos y populares. El autor distingue en estos mensajes, que operaban como instrumentos pedagógicos, los valores que Rosas buscaba inculcar sobre el orden político, la virtud moral, la disciplina militar y la religiosidad, interconectados en un sistema ideológico coherente.

Afianzar el valor del sacrificio patriótico entre los destinados a las fuerzas milicianas y a las tropas regulares del ejército de línea era, sin duda, un componente fundamental para

un gobierno que desplazó a la oposición al campo del enemigo y que desde 1838 estuvo “bajo fuego”.¹⁰ La masiva militarización que supuso enfrentar a los focos disidentes, surgidos tanto desde las “provincias flotantes” del exilio como dentro mismo de las fronteras de la Confederación, se intensificó durante la internacionalización de las guerras civiles. El artículo de Mario Etchechury-Barrera penetra en ese escenario a partir del estudio sobre el Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina en la crisis del “sistema federal” entre 1840 y 1842. El accionar de dicho ejército muestra los entrelazamientos de las contiendas políticas suscitadas en la Confederación y en el Estado Oriental del Uruguay que, articuladas con las intervenciones anglo-francesas, reconfiguraron la geopolítica de la cuenca del Plata. Sobre esa reconfiguración —que nutrió los tópicos catilinarios y americanistas del discurso rosista analizados en *Orden y virtud*— Etchechury propone algunas hipótesis interpretativas. Por un lado, discute las versiones que naturalizaron la alianza entre el líder oriental Manuel Oribe y Juan Manuel de Rosas, y plantea que el rol militar otorgado al primero como jefe del Ejército Unido de Vanguardia formó parte de la estrategia del Restaurador para “desanclar” la dependencia de las fuerzas federales de las alianzas con los gobernadores provinciales. Por otro lado, explora la incidencia de las tropas comandadas por Oribe en los nuevos equilibrios regionales surgidos con la “pacificación” impuesta en esa conflictiva coyuntura, y el giro producido en 1843, cuando el jefe oriental inicie el largo sitio de Montevideo apoyado por los ejércitos rosistas.

La contribución de Alejandro Rabinovich se instala en el momento que pone fin al régimen

de Rosas en la batalla de Caseros. Su estudio se inscribe en el mencionado contexto de internacionalización de las guerras civiles, pero interrogando los componentes políticos e identitarios que movilizaron al ejército rosista. En su detallado análisis sobre lo ocurrido con la división Aquino —cuerpo de caballería bonaerense compuesto por soldados veteranos que sirvieron en los ejércitos confederados de la Guerra Grande de Uruguay— el autor matiza las clásicas versiones que han interpretado la obediencia de las tropas federales a partir del ejercicio de la coacción o de los intereses materiales que alentaban a los soldados. Sobre la base de un rico y abundante corpus documental, la reconstrucción del derrotero de la división Aquino —desde su integración compulsiva en Uruguay al Ejército Grande luego de la capitulación de Oribe hasta la derrota de Caseros— le permite a Rabinovich reflexionar sobre la dimensión identitaria de los soldados que se sublevaron frente a Justo José de Urquiza y huyeron a Santos Lugares para rendir lealtad a su líder y luchar con las tropas federales a las que habían servido fielmente durante todos esos años.

Las dosis de coacción y consenso que coexistieron en la fisiología del régimen rosista se instituyeron en los polos extremos desde los cuales se lo interpretó y proyectó en la memoria histórica. Interpretaciones que, como postula Patricio Fontana, fueron fundantes de la literatura nacional argentina. En su texto, Fontana examina el vínculo entre Rosas y la literatura nacional poniendo el foco en el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento, y en los escritos de la Generación del 37 en general. Y plantea que en ellos se modeló la imagen de que la violencia extrema ejercida por el Restaurador de las Leyes podía reducirse hacia una comunión entre opuestos a través de la literatura. En diálogo con las consideraciones de David Viñas y Ricardo Piglia y las propuestas de Benedict Anderson y Theo D’Haen sobre el vínculo entre literatura y na-

¹⁰ Jorge Gelman, *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

ción, el autor recompone el entramado textual de Sarmiento y de sus compañeros de ruta en el destierro, y afirma que “en el *Facundo* esa fraternidad (en la poesía) es aquella sin la cual no puede nacer la tranquilidad del fraticidio (político)”. Es en la literatura, entonces, como conjura de la amenaza de una comunidad política dividida y enfrentada, donde emergería la idea de una nación cohesionada que era preciso construir con miras al futuro.

Y en ese futuro, la presencia de Rosas y el rosismo se proyectará como problema historiográfico y a la vez político desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el presente. Alejandro Eujanian retoma la pregunta formulada por Adolfo Prieto en 1959 sobre “la persistencia de la figura demonizada de Juan Manuel de Rosas en el debate político y cultural a lo largo de casi dos siglos”, y reflexiona sobre esa persistencia que siguió a Caseros. Desplazando el centro de atención que ha interesado a los especialistas —concentrados en indagar las polémicas historiográficas sobre el rosismo y más recientemente los usos políticos de ese pasado—, el autor propone seguir el rastro de sus persistencias como identidad política e insumo cultural. A partir de testimonios y fuentes fragmentarias —memorias familiares, coleccionismo de objetos, manifestaciones públicas o censura sobre obras teatrales— indaga las vías menos exploradas por las cuales se transmitieron recuerdos y tramitaron memorias sobre el rosismo. Recuerdos y memorias que, como afirma Eujanian, “revelan las tensiones que la irrupción de la representación de Rosas provoca en la esfera política y cultural”.

Dichas tensiones, que atravesaron la historia secular argentina, son abordadas por Fabio Wasserman en el artículo que cierra el dossier, donde analiza los usos políticos de los que fue objeto la figura de Juan Manuel de Rosas desde la recuperación de la democracia en 1983 hasta 2015. Luego de un breve recorrido por la historia del revisionismo histórico y de las variantes que fueron reivindicando el

fenómeno rosista en el siglo XX, el autor distingue tres momentos de los gobiernos post 83 y los modos en que lidieron con ese pasado. El primero es el de los años iniciales de la democracia, cuando la figura del Restaurador no ocupaba un lugar relevante. Si bien seguía siendo una referencia para sectores nacionalistas y peronistas, el discurso oficial del gobierno alfonsinista se inclinó por inscribirlo en la tradición autoritaria, en sintonía con el clima de época que oponía autoritarismo a democracia. El segundo momento se corresponde con el menemismo, cuando fueron repatriados los restos de Rosas y el discurso oficial lo presentó como parte de la política de “pacificación nacional”, asociada a los indultos decretados por el gobierno. El tercero es el que se despliega durante los gobiernos kirchneristas, cuando se recuperaron interpretaciones del revisionismo histórico, aunque —como afirma Wasserman— se trató de una recuperación parcial y selectiva volcada a reivindicar a Rosas como abanderado de la defensa de la soberanía nacional. El autor concluye con una hipótesis que postula el “enfriamiento de la figura histórica Rosas” desde 1983, y lo vincula con la pérdida de protagonismo que supo tener la primera mitad del siglo XIX en las querellas político-ideológicas del pasado.

La hipótesis de Wasserman evidencia los caminos paralelos que suelen transitar los usos políticos del pasado y la producción historiográfica desarrollada en los ámbitos académicos, si consideramos que la pérdida de interés a la que hace referencia coincide con la etapa más prolífica en investigaciones sobre el siglo XIX y, en particular, sobre el rosismo. Por otro lado, la revitalización que se percibe en los últimos años del republicanismo, asociado a la cuestión democrática, deja abierta la pregunta acerca de cuánto y cómo incidirá la problemática republicana en las agendas de las humanidades y las ciencias sociales en la Argentina y a nivel global.

Como advierte Myers al cerrar su artículo, “en estos tiempos oscuros e inciertos, la sombra larga del Restaurador de las Leyes — ‘ese nuevo Platón, que escribe su República’— nos sigue interpelando”. □

Bibliografía

Botana, Natalio *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984 (edición de Edhasa de 2024).

Gelman, Jorge, *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Halperin Donghi, Tulio, “Republicanismo clásico y discurso político rosista”, en T. Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 75-90.

Myers, Jorge, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en N. Goldman (dir.), *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 381-445.

—, *Languages of politics: a study of republican discourse in Argentina from 1820 to 1852*, tesis de doctorado, Universidad de Stanford, enero de 1997.

—, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

Discurso y poder en el desierto argentino

Reflexiones sobre mi reconstrucción del discurso republicano en el régimen rosista

Jorge Myers

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

El libro que publiqué bajo el título de *Orden y virtud. El discurso político en el régimen rosista* nació de la búsqueda de respuestas a cuestiones que en 1995 parecían no estar siendo respondidas de modo enteramente satisfactorio en el trabajo historiográfico entonces existente. Si bien el estudio del régimen político instaurado por Rosas y sus seguidores había sido objeto de reinterpretaciones radicalmente innovadoras desde los años 1970 en adelante, como aquellas de Túlio Halperin Donghi, José Carlos Chiaramonte y otros, y seguía siéndolo en trabajos entonces en curso como los de Pilar González Bernaldo de Quirós, Ricardo Salvatore, Marcela Ternavasio y muchos/as otros/as colegas entonces muy jóvenes, no dejaba de ser sorprendente que tanto en los trabajos más recientes como en la producción historiográfica más antigua —previa a los años 1960 y 1970— no se encontraran abordajes dedicados específicamente a analizar el discurso político de ese régimen.¹ Tampoco existía una

frondosa literatura dedicada a desmenuzar el pensamiento político del propio Restaurador de las Leyes, a pesar de la nutrida bibliografía dedicada al estudio de Rosas y el rosismo por las corrientes historiográficas “revisionista”, de izquierda, liberal o académica. Al margen de Andrés Carretero y Arturo Sampay, que habían dedicado sendos libros a esa problemática, era una cuestión que brillaba por su ausencia.² Encontrábese sin duda una larga tradición de interpretaciones —a veces brillantes— del sentido político general del sistema de gobierno ensayado por Rosas, desarrollada en su declinación liberal o positivista desde Sarmiento a José Ingenieros y José María Ramos Mejía, y en su declinación conservadora, antiliberal o nacionalista, desde Ernesto Quesada a Julio Irazusta y las corrientes “revisionistas”, no obstante lo cual ninguna de esas obras señeras se había detenido en un examen meticoloso de la producción discursiva

¹ Túlio Halperin Donghi, *De la revolución de independencia a la Confederación rosista*, Paidós, Buenos Aires, 1972; José Carlos Chiaramonte, *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en Corrientes en la primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991; John Lynch, *Argentine Dictator. Juan Manuel de Rosas 1829-1852*, Oxford, Clarendon Press, 1981; Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y*

política en los orígenes de la nación argentina 1829-1862, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999; Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham, N. C., Duke University Press, 2003; Marcela Ternavasio, *La revolución del voto*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

² Arturo E. Sampay, *Las ideas políticas de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Juárez Editor, 1972; Andrés Carretero, *El pensamiento político de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Librería y Editorial Platero, 1970.

siva en sí, tanto la de Rosas como la de sus sostenedores. Al contrario de lo que ocurría con la producción intelectual de los opositores a ese régimen —unitarios, románticos, enemigos externos—, aparecía una laguna evidente en la bibliografía cuando se le dirigía la siguiente pregunta: ¿Qué decía estar haciendo el propio gobierno de Rosas —no solo él, sino los ministros, legisladores, juristas, periodistas, clero, etc., que lo apoyaban— cuando hacía política? Las interpretaciones tradicionales y “revisionistas” —que destacaban su carácter “federal”, su “antiliberalismo”, su “patriotismo” o “nacionalismo”, y aun su ejercicio del “terror”— clausuraban el ejercicio de la interrogación mediante el recurso a una terminología cuyo sentido apriorístico eludía toda consideración efectiva de esa problemática tan central.

Esta situación me resultaba particularmente acuciante sencillamente porque la perspectiva teórico-metodológica que regía mi investigación doctoral no era ajena a aquello que Richard Rorty y Elías Palti han sabido denominar “el giro lingüístico”, cuyo punto de partida axiomático es que “las palabras son acciones” —o, para decirlo con John L. Austin—, que “con las palabras se hacen cosas”.³ El proyecto de investigación del cual emergió el libro *Orden y virtud* consistió en un esfuerzo por reconstruir los lenguajes de la política que circularon en la Argentina durante los años de formación y primera intervención pública de los escritores enrolados en la Joven Generación Argentina, para de ese modo proceder a una relectura contextualizada del discurso de esa generación elaborado durante sus años de oposición al régimen rosista. Esa Nueva Generación Argentina acababa de ser

objeto de una reinterpretación que modificaba sustancialmente el sentido de su obra en el libro de Halperin *Un desierto para la nación argentina* —cuya hipótesis central era que, a diferencia de todas las demás experiencias nacionales en América Latina, tanto el Estado nacional como la “nación” habían cristalizado en la Argentina como fruto del trabajo intelectual autónomo de esa constelación de pensadores, librados tras la caída de Rosas, de las principales trabas que en otras zonas del continente representaban los poderes fácticos heredados del pasado colonial o formados durante las luchas por la independencia y las guerras civiles que les siguieron.⁴ Ni la Iglesia ni las fuerzas armadas ni los dueños de los capitales y la tierra pudieron, en el marco *sui generis* que había constituido el rosismo no solo durante su existencia sino también mediante su forma de derrumbe, ofrecer un marco de contención que amortiguara, frenara o desdibujara la aplicación de un proyecto intelectual previamente elaborado por los pensadores de la Nueva Generación para el proceso de construcción de instituciones estatales durante la así llamada “organización nacional”. Pensar la Argentina asumía, en la interpretación de Halperin, los lineamientos de una forma de accionar específicamente política, que articulaba las características del país nuevo queemergería al cabo de tres décadas de polémicas intensas en función del éxito o fracaso de los distintos posibles proyectos para la construcción de una nación argentina. El pensamiento de la Generación de 1837 —consustanciado con la nueva orientación filosófica y estética de los romanticismos europeos, con los nuevos sentidos que la idea de revolución fue asumiendo entre 1830 y 1852,

³ Richard Rorty, *The Linguistic Turn*, Chicago, University of Chicago Press, 1967; Elías Palti, *El giro lingüístico*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998; John L. Austin, *How to Do Things with Words*, Oxford University Press, 1962.

⁴ Túlio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982 [publicado originalmente en: *Proyecto y construcción de una nación: Argentina 1846-1880*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980].

y con el proliferante haz de conceptualizaciones liberales que marcaron la primera mitad del siglo XIX— se perfilaba, en medio de las observaciones irónicas de Halperin, más como una modalidad concreta de intervención desde lo político en la política, que como una corriente apenas literaria o de ideas. Apenas dos años después, Natalio Botana había ofrecido otra reinterpretación también transformadora del lugar que esa formación intelectual ocupaba en el espacio de la historia del pensamiento argentino, al enfatizar —en *La tradición republicana* — no solo en la centralidad que revestía el discurso republicano en esos proyectos que Halperin desde otro enfoque había analizado, sino también en la complejidad de su genealogía, que hundía sus raíces en la tradición política española y la ideología revolucionaria de Mayo, y además en el denso mundo de lecturas europeas que los miembros de esa generación intelectual realizaron: si ese libro permitía resumir su principal hallazgo en el señalamiento de las diferencias entre la república de la virtud de Sarmiento y la república alternativa del interés en Alberdi, lo hizo mediante una reconstrucción detallada y precisa de los universos intelectuales en que esos dos autores —y algunos otros de su generación— supieron abreviar.⁵ La tradición maquiavélica y aquella de los debates sobre la antigua constitución, el momento Guizot, el esfuerzo por elaborar un programa liberal en el marco de la Roma todavía papal, encarado por Pellegrino Rossi, habrían constituido —junto con un elenco más amplio de versiones de lo liberal— los elementos teórico-conceptuales disponibles para que los pensadores de la Nueva Generación conformaran su propio lenguaje de la política, no ya liberal —como venía siendo casi un lugar común en una porción mayoritaria de

los estudios canónicos y “revisionistas” que de él se habían ocupado— sino republicana. Mi proyecto de investigación se organizó en función de una búsqueda de respuestas a interrogantes que esas dos lecturas paradigmáticas del movimiento intelectual de 1837 acababan de arrojar. Si era lícito recuperar en el discurso de los autores de la Joven Generación Argentina un lenguaje nítidamente republicano, seabría la pregunta por la relación que ese republicanismo pudo guardar con otras versiones de la república y con otras retóricas republicanas contemporáneas y anteriores a ellas en el propio espacio del Río de la Plata. Mi investigación se propuso, por ende, explorar tanto el primer momento claro de cristalización del modelo republicano como única opción para el futuro político de las provincias del Río de la Plata —aquel de los años 1820, cuando las iniciativas del grupo rivadaviano buscaron hallar una fórmula que permitiese salir de la etapa revolucionaria sin regresar al marco que la Revolución se había propuesto demoler—, como el que le siguió durante el largo período rosista cuando —esta era una hipótesis central que fue emergiendo de mi lectura de un volumen apreciable de órganos de prensa afiliados a la propuesta rosista— un lenguaje republicano con aristas distintas de las del anterior comenzó a definir los significados que servían para identificar las metas que perseguía la acción de gobierno de Rosas y sus seguidores. De este modo, además de la no del todo original observación acerca de la nutrida presencia de enunciados republicanos en el discurso rosista, mi hipótesis central al encarar la tarea de investigación que derivó en el libro *Orden y virtud* fue que era posible reconstruir para el período 1820 a 1852 (y cotejar) tres variedades de lenguaje republicano distintas, y estudiar a los dos primeros —la rivadaviano y la rosista— como contexto de la tercera, la de la Nueva Generación Argentina, haciendo un relevamiento documentalmente riguroso de las interacciones

⁵ Natalio Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

complejas entre las tres en el marco de su despliegue como otras tantas formas de acción.

Si bien algunos lectores del libro han pensado que su objeto primordial era el discurso o el pensamiento del propio Juan Manuel de Rosas, este no fue el caso: un régimen con claros riesgos autocráticos y unanimistas, que incluía como parte de su sistema de poder un culto explícito de la personalidad, el pensamiento y las marcas retóricas de la escritura y del habla del Restaurador de las Leyes, exigía —de forma imprescindible— que todo ello fuera analizado, pero nunca fue el foco central del estudio. El “rosismo”, no Rosas, constituyó el objeto estudiado hace tantos años en ese libro, entendiéndose por “rosismo” el conjunto de voces y plumas que participaron en la producción de una densa red discursiva que no solo acompañó la acción de gobierno de Rosas y sus aliados en el Partido Federal —tanto en las provincias como en Buenos Aires— sino que operó como herramienta política concreta para la consecución de los objetivos que se proponía ese régimen tan particular. Como declaraba en la Introducción, una de las dos hipótesis centrales que guio la escritura fue que “el lenguaje político del rosismo [...] fue esencialmente republicano”, siendo por ello que la parte más extensa del texto estuvo dedicada a explorar dos de los conceptos centrales en ese discurso republicano —el concepto de *virtud* y aquel de *orden*— y a traer a la superficie, -en un ejercicio de arqueología no tanto del saber como de la expresión, un conjunto de tópicos que creía entonces —y sigo creyéndolo— permitían aferrar de forma más precisa la especificidad de la propuesta republicana de Rosas que la aplicación de categorías apriorísticas como los tantos “ismos” que se habían empleado en el pasado —antiliberalismo, nacionalismo, patriotismo, federalismo, despotismo y demás—. No solo la presencia ubicua de esos tópicos, sino la forma contextual y la intencionalidad concreta —hasta donde era posible

inferirla— con que fueron desplegados permitía recuperar una serie de sentidos complejos que diferenciaban a ese discurso tanto del republicanismo discursivo elaborado por los rivadavianos —con herramientas tomadas del liberalismo doctrinario, del utilitarismo, de la *Idéologie*, y de un amplio conjunto de novedades conceptuales puestas en circulación global en la era napoleónica y posnapoleónica— como de aquel —atravesado por el novedoso descubrimiento del componente social presente en todo sistema de juridicidad y de organización política— reelaborado por los escritores de la generación “romántica” argentina. El propósito de ese ejercicio, cabe señalar, no fue solamente el de señalar las diferencias entre el lenguaje político rosista y el de otras configuraciones ideológico-discursivas, sino también el de hallar continuidades en las cuales antes apenas se había reparado, entre ese lenguaje y los que le eran alternativos o rivales: vislumbrables en la ambivalencia del propio Restaurador de las Leyes en sus enunciados acerca del estilo de gobierno y el proyecto político de Bernardino Rivadavia, o en la complejísima calistenia intelectual del antiguo simpatizante del carbonarismo italiano, Pedro de Angelis, para acomodar su pluma a las exigencias del marco institucional rosista sin por ello perder del todo la identidad ideológica de origen en que se había formado.

Tanto en la investigación como en la escritura, si la noción de *discurso* que servía para definir el objeto cuya reconstrucción arqueológica perseguía derivaba —en forma oscilante— de propuestas de Michel Foucault, J. G. A. Pocock o Thomas Kuhn, la precaución metodológica enfatizada por Quentin Skinner en cuanto a los peligros de la prolepsis que acecha todo trabajo de reconstrucción,⁶ desde el

⁶ Quentin Skinner, “Significado y comprensión de la historia de las ideas”, en Q. Skinner, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

presente, de los sentidos vehiculizados por los discursos del pasado, incidió de forma decisiva en la interpretación general del régimen político y discursivo del “rosismo”. La convicción historiográfica que subtendió a todo el trabajo, tanto la porción dedicada a esbozar sucintamente aquellas características institucionales del sistema de gobierno de Rosas más pertinentes al foco que mi trabajo colocaba sobre lo discursivo, como el propio trabajo exegético sobre ese material textual, llevaba a enfatizar la contingencia y el cambio permanente. Si aun en los momentos históricos en apariencia más apaciblemente estables el trabajo silencioso pero concreto del tiempo desestabiliza continuamente todos los significados vehiculizables por conceptos y configuraciones sintagmáticas, esa primacía de lo contingente sobre lo permanente asume una importancia tanto mayor en el contexto de sociedades atravesadas por los cambios sísmicos y volcánicos que llamamos “revolución”. Cuando he hablado de *régimen* al referirme al sistema de gobierno de Rosas, la intención no ha sido sugerir que estuviera habitado por ningún elemento de monológica identidad o permanencia, sino designar el proceso de adopción y despliegue de normas y reglas que buscaban, incesantemente y sin mucho más éxito que el de Sísifo, introducir elementos de estabilización en un marco político y social que exigía constantes reacomodamientos con relaciones de fuerza y vínculos de comunidad cambiantes. Esa atención quizás sobrenara obsesiva al impacto constante de la contingencia y del cambio exigía no perder de vista en ningún momento el riesgo de la prolepsis, del anacronismo, de la interpretación teleológica: esa era la intención, no el resultado de mi investigación, que seguramente, como muchos de los trabajos reunidos ahora permiten apreciar, no pudo evitar incurrir más de una vez en tales riesgos a pesar de haber tratado de extremar la cautela interpretativa.

En la medida en que fue avanzando la investigación sobre el lenguaje político em-

pleado por los protagonistas de la experiencia rosista, se volvió más ineludible la ubicuidad de la referencia a *exempla* tomados de la tradición política de la Antigüedad clásica, y en especial de aquellos referidos a la *Res publica* romana. Si bien la experiencia toda de las revoluciones atlánticas —tanto en el caso estadounidense como en el francés, tanto en las revoluciones italianas del *Risorgimento* como en la griega por su independencia, tanto en España como en sus posesiones de ultramar— estuvo marcada por una constante recuperación de figuras, tópicos retóricos y conceptos tomados de la Antigüedad grecorromana —en esto el lenguaje político del rosismo no se distinguió de la norma general—, la modalidad específica de hibridación mediante la cual una experiencia americana expresada en un lenguaje político “americanista” se consustanció con el imaginario político y social de la ciudad-Estado republicana que supo ser Roma antes de los Césares no dejaba de ser algo iluminativo, y que sentía como muy relevante a mi trabajo en curso, por las razones que detallo a continuación.

Antes de conocer a fondo la obra de Reinhart Koselleck —cuya recepción en Buenos Aires comenzaba en el mismo momento en que la investigación volcada en este trabajo de historia intelectual llegaba a su fin—, la cuestión de la relación compleja entre la temporalidad y las capas superpuestas de vocabularios y gramáticas provenientes de distintas épocas que se superponían y entrecruzaban en los lenguajes del presente (en el caso de mi objeto de estudio, el “presente” correspondía a la etapa 1820 a 1860) me acuciaba cada vez que intentaba descifrar el significado de los enunciados hallables en la densa madeja textual que habitaba los periódicos y los panfletos de la época de Rosas. Las innovaciones léxicas en que fue tan prolífica la primera mitad del siglo XIX se producían sobre un denso humus lingüístico formado —en el caso del mundo ibérico— desde el primer contacto de

la lengua latina con las autóctonas de los habitantes prerromanos de Hispania: si en el marco de una sociedad que atravesaba por un proceso revolucionario y de vertiginosa temporalidad los episodios de habla concretos —cifrados en debates, publicaciones, oraciones parlamentarias y todo otro enunciado “instantáneo”— debían constituir el primordial foco de atención de un estudio como el que intentaba realizar, no por ello dejaba de manifestar un peso y una presencia constante esa sedimentación secular que correspondía, se me antojaba entonces, a la noción braudeliana de la *longue durée*. Lo cual, en el caso del proyecto rosista —constituido desde el inicio en torno a la creación de una “dictadura” filiada explícitamente con el antecedente institucional del *dictator* republicano de Roma—, había implicado una exhumación y puesta en circulación constante de fragmentos de la discursividad antigua, resignificados en función no solo de las necesidades del propio ejercicio estatal rosista, sino —también y fundamentalmente— de su transformación en herramientas capaces de expresar la especificidad americana de la cual se reivindicaba defensor el Restaurador de las Leyes. Los usos del acervo intelectual de la Antigüedad clásica como herramienta para la construcción de un orden republicano en un rincón remoto del mundo atlántico, y en el contexto del derrumbe de las instituciones y de las certezas heredadas del Antiguo Régimen, se volvió por ello el centro nuclear del texto publicado bajo el título de *Orden y virtud*.

Encarada desde una perspectiva consustanciada con el giro lingüístico, el análisis histórico del “discurso republicano en el régimen rosista” arriesgaba, por otro lado, tornarse demasiado “estructuralista” en el sentido de la eliminación del protagonismo del sujeto humano —individuos y grupos— en la elaboración de su propio destino. Si bien es cierto que un lenguaje, una vez implementado como herramienta al servicio de un proyecto político,

cercena las futuras condiciones de posibilidad de los actores que así lo emplearon —y también de aquellos que se le oponían—, la decisión del sujeto humano nunca deja de estar presente en el devenir histórico. Es por este motivo que además del breve análisis del proceso de construcción del régimen presidido por Rosas, *Orden y virtud* incluyó secciones dirigidas a explorar —de forma sin duda muy preliminar y esquemática— el mundo social de los y las periodistas que colaboraron con el trabajo de la elaboración discursiva partidaria, y es por ello también que buscó tematizar —de forma indirecta a veces, y quedando en muchos puntos demasiado incompleta, cuando no enteramente ausente— algunos de los espacios sociales de circulación del discurso rosista, como los circuitos de trabajo y espaciamiento de los sectores populares, los ámbitos de sociabilidad definidos por la raza o por el género, las zonas geográficas fuera de Buenos Aires. Esta parte del trabajo —en parte por las limitaciones de espacio con que contó el libro, en parte por la dificultad de abordar una problemática tan compleja sin por ello incurrir en el riesgo de desdibujar o contradecir partes importantes de su argumento central— es la que a su autor le resulta, hoy, la menos satisfactoriamente resuelta.

En un lapso de treinta años, como lo demuestran todos los trabajos de este dossier al que también he sido convocado por mis colegas de la revista *Prismas*, los avances en la investigación sobre el período rosista no han podido sino ser muchos y sustanciales —leyendo algunos de estos textos siento que *Orden y virtud* se hubiera enriquecido de haber podido incorporar sus hallazgos hace tres décadas— y también han sido muchas las mudanzas en las principales agendas de investigación que son pertinentes a este libro, sobre todo las referidas a la historia intelectual, cultural y política. Muchas cuestiones que estaban presentes entonces lo están con mucha más fuerza ahora, como la historia de las mu-

jerés (y/o con perspectiva de género),⁷ la historia de la discriminación racial y de la contribución de las razas no europeas al proceso histórico nacional,⁸ o la “historia global” o “mundializada”; y otras sencillamente no lo estaban, como es el caso, por supuesto, de la propia historia conceptual, cuyos aportes e intuiciones no figuraban entre los disponibles para quienes no leían alemán cuando este libro fue concebido, investigado y escrito.

Una primera ausencia significativa en este estudio que hoy sería posible remediar, pero que entonces resultaba casi imposible por los problemas lógicos que involucraba, es la relación entre la construcción progresiva del lenguaje político de Rosas y las representaciones de su régimen que circulaban fuera de la Confederación Argentina. La digitalización de acervos documentales y hemerográficos completos y su fácil acceso en internet ofrecen la posibilidad de rastrear en detalle la cambiante representación que se hacía del fenómeno político del rosismo, no solo en las cancillerías de los países vecinos —como Brasil, Chile o Paraguay— o las de aquellos países europeos más involucrados en los conflictos del Plata —como Francia, Reino Unido o, en menor medida, España o Estados Unidos—, sino en la prensa y el acervo panfletario de todas esas naciones, próximas o distantes. Si antes se contaba con datos concretos pero esporádicos, como los estudios de la prensa de los países beligerantes durante la intervención anglo-francesa en el Río de la Plata (sobre todo en

sus fases más conflictivas), o aquellos que se podían colegir de empresas como el *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, de Pedro de Angelis, aquel conocimiento que ya se tenía se puede ahora expandir y completar con el acceso a tiradas completas de periódicos de muchas distintas tendencias políticas en todo el continente americano y en muchos países de Europa. ¿Por qué considero que esto es importante, y que su relativa ausencia en *Orden y virtud* es una debilidad interpretativa en ese estudio? Porque la producción discursiva en el mundo atlántico presuponía siempre no solo al lector interno —al compatriota o connacional— sino también a un universo de lectores extranjeros cuya opinión podía servir para validar, desacreditar o simplemente para interactuar con los enunciados que la habitaban. En el periódico pernambucano de ideas socialistas dirigido por António Pedro de Figueiredo, *O Progresso*, para dar un ejemplo, aparece en julio de 1846 una crítica al uso constante, por parte del gobierno de Rosas, de epítetos como “piratas, bárbaros, salvajes” para referirse a sus enemigos externos e internos, que concluye con la exclamación: “*Quousque tandem...!!*”. Una referencia catilinaria empleada para denostar a un régimen que vivía obsesionado por la presencia ubicua de nuevos “Catilinas” americanos merecería un análisis que procurara reconstruir la recepción en Brasil del periodismo rosista y la elaboración a partir de ella de representaciones que interpelaban dialécticamente al Restaurador y a su régimen en función de su propio régimen léxico-discursivo. La perspectiva global es más factible hoy que entonces, y puede arrojar importantes reinterpretaciones del proceso de construcción del discurso rosista, sobre todo si aparecieran debates periodísticos que no se conocen todavía promovidos por escritores extranjeros.

El impacto de las dos principales revoluciones europeas que tuvieron lugar mientras Rosas monopolizaba el poder político en

⁷ En Uruguay se publicaba, por ejemplo, el mismo año que *Orden y virtud*, el libro de Inés de Torres *¿La nación tiene cara de mujer?*, Montevideo, Arca, 1995. En nuestro país, ejemplo de una bibliografía ya frondosa: Graciela Batticore, *La mujer romántica*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

⁸ George Reid Andrews, *The Afro-argentines of Buenos Aires 1800-1900*, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 1980. Más recientemente: Magdalena Cандioti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

Buenos Aires y la Confederación Argentina —la francesa de 1830 y las europeas de 1848— merecería también ser reexaminado. En el caso de los opositores a Rosas —y principalmente aquellos enrolados en el movimiento romántico de la Nueva Generación Argentina—, el rol crucial que jugó la recepción de las múltiples corrientes ideológicas conceptuales emanadas de la Revolución de Julio ha sido tan estudiado que forma parte ya de los consensos estables de la historiografía argentina: su reelaboración en clave local de las propuestas socialistas, republicanas, liberales, historicistas o nacionalistas que esa revolución arrojó al mundo constituyó un elemento decisivo en su articulación de un proyecto para la futura construcción de esta “nación” para este “desierto”. En cambio, no han sido examinadas, pienso, con suficiente detenimiento las apropiaciones que también hicieron los publicistas del régimen rosista a partir de esa revolución. La llamada Revolución de los Restauradores, apareció, es cierto, filiada —más por sus métodos que por sus conceptos— al movimiento francés de 1830 en interpretaciones contemporáneas, pero la relación entre los dos términos que daban nombre a esa insurrección porteña y la ambivalente conceptualización de la propia revolución francesa no ha sido, creo, explorada lo suficiente. Este no es el lugar para hacerlo, pero ofrezco la siguiente observación: no solo durante las propias jornadas de julio de 1830, cuando por un breve instante pareció reaforzar la posibilidad de una instauración republicana de nuevo tipo en Francia, solo para ser inmediatamente barrida por la opción orleanista, monárquica, sino en las primeras lecturas que se hicieron después acerca del sentido de esa revolución tanto en Francia como en el resto del mundo, la ambivalencia esencial que habitaba el término *révolution/revolutio* apareció puesta de manifiesto. En el vecino Imperio de Brasil, el movimiento denominado *regressismo* reconocía en la Revolución de

Julio francesa uno de sus puntos de partida ideológicos: su propósito central era defender el “regreso” al trono imperial de Pedro I —que había abdicado en 1831—, evocando la renovación del orden monárquico en Francia que se había tornado progresivamente evidente en los años posteriores a esa extemporánea renuncia al trono brasileño. Si bien ese sentido del vocablo es simple y transparente, acogió ese término en su interior una gama de significados que enfatizaban también la ambivalente relación que mantenía con el orden establecido. En exégesis hechas por contemporáneos brasileños se identificaba un sentido restauracionista, pero también otro sentido revolucionario, y en efecto bajo su bandera se pudieron encontrar juntos antiguos defensores de la monarquía absoluta de los Braganza con republicanos y futuros socialistas. Si se cotejara la discusión intensa en torno al concepto de *regressismo* que tuvo lugar en Brasil en las décadas de 1830 y 1840 con las discusiones contemporáneas en el Río de la Plata acerca del significado vehiculado por el término *Revolución de los Restauradores*⁹ —y, en un sentido más laxo, del significado que estos dos términos portaban por separado—, podrían aparecer capas de sentido más complejas y plurívocas que las que ya han sido recuperadas desde la historia intelectual, conceptual y de los lenguajes políticos hasta la fecha. Mi sugerencia es que casos como este abundan en relación al léxico discursivo rosista, pudiendo informar una agenda de investigación dedicada a ir más allá de lo esbozado preliminarmente en *Orden y virtud*.

Veo con agrado que los trabajos contenidos en este dossier están empeñados en exploraciones que están haciendo precisamente esto, al cuestionar, criticar, refrendar o com-

⁹ Sobre ese movimiento, el estudio específico más reciente cuando preparaba *Orden y virtud* fue el de Mirta Lobato, *La Revolución de los Restauradores, 1833*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

plejizar distintos aspectos de la interpretación del rosismo contenida en el libro de mi autoría.¹⁰ Cabe subrayar también que desde la nueva historia política que ha venido consolidándose como corriente disciplinar, la relectura del proceso institucional vivido en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX ha abierto nuevas y prometedoras vetas para la investigación futura de los lenguajes de la política que circulaban entonces.¹¹ En estos tiempos oscuros e inciertos, la sombra larga del Restaurador de las Leyes —“ese nuevo Platón, que escribe su República”— nos sigue interpelando. □

Bibliografía

Andrews, George Reid, *The Afro-argentines of Buenos Aires 1800-1900*, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 1980.

Austin, John L., *How to Do Things with Words*, Oxford University Press, 1962.

Batticuore, Graciela, *La mujer romántica*, Buenos Aires, Edhsa, 2005.

Botana, Natalio, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

Candioti, Magdalena, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina*, Buenos

Aires, Siglo XXI, 2021.

Carretero, Andrés, *El pensamiento político de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Librería y Editorial Plateado, Buenos Aires, 1970.

Chiaramonte, José Carlos, *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en Corrientes en la primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991.

De Torres, Inés, *¿La nación tiene cara de mujer?*, Montevideo, Arca, 1995.

González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Halperin Donghi, Túlio, *De la revolución de independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

—, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982 [publicado originalmente en: *Proyecto y construcción de una nación: Argentina 1846-1880*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980].

Lobato, Mirta, *La Revolución de los Restauradores, 1833*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Lynch, John, *Argentine Dictator. Juan Manuel de Rosas 1829-1852*, Oxford, Clarendon Press, 1981.

Palti, Elías, *El giro lingüístico*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

Rorty, Richard, *The Linguistic Turn*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.

Sabato, Hilda, *Repúblicas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Taurus, 2021.

Salvatore, Ricardo, *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham, N. C., Duke University Press, 2003.

Sampay, Arturo E., *Las ideas políticas de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Juárez Editor, 1972.

Skinner, Quentin, “Significado y comprensión de la historia de las ideas”, en Q. Skinner, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007, pp. 109-164.

Ternavasio, Marcela, *La revolución del voto*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

¹⁰ Cada uno de los autores que participan de este dossier han hecho ya aportes sustanciales a la renovación de la problemática general del período rosista —incluso en relación a zonas de investigación que no he tratado en este texto, como la historia económica (y de modo más específico, la agraria).- o están en curso de realizarlos.

¹¹ A los trabajos ya citados, convendría agregar el trabajo fundamental de renovación del campo de la historia política argentina realizado desde los años 1990 por Hilda Sabato, cuyo libro más reciente extiende sus conclusiones importantes hacia el conjunto de América Latina, *Repúblicas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Taurus, 2021.

Resumen/Abstract

Discurso y poder en el desierto argentino. Reflexiones sobre mi reconstrucción del discurso republicano en el régimen rosista

Este trabajo reconstruye el proceso de escritura del libro *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* (Universidad Nacional de Quilmes, 1995), colocando su origen en el contexto preciso de los debates historiográficos que desde los años 1980 tenían lugar en el campo de la historia argentina y latinoamericana. Explica las razones detrás de las distintas opciones teóricas y metodológicas que dieron origen a ese libro, y define con mayor precisión el objeto que allí se estudiaba: el discurso del régimen rosista, y no Juan Manuel de Rosas ni tampoco el Partido Federal, salvo en la medida en que ellos fueron una parte del régimen político que con sus características particulares se pretendía estudiar. El texto termina con un brevíssimo estado de la cuestión actual de los estudios sobre la historia política e intelectual del período rosista, y aborda algunas de las lagunas en la argumentación que se debieron al estado del campo cuando fue escrito, pero que en una edición reformulada para el presente deberían, sin duda, ser abordadas y remediadas mediante una expansión y modificación parcial del texto.

Palabras clave: *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* - Historiografía - Discurso republicano - Régimen rosista

Discourse and power in the Argentine desert. Reflexions on my reconstruction of the republican discourse in the Rosista regime

This text reconstructs the writing process which gave birth to the book *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* (Universidad Nacional de Quilmes, 1995), situating its origin within the precisely delineated context of the historiographical debates taking place since the 1980s in the Argentinian and Latin American historical field. It explains the reasons behind the various theoretical and methodological choices which gave rise to this book, and it defines with greater precision its object of study: the discourse circulating during the Rosista régime, rather than the thought of Juan Manuel de Rosas or of the Federalist Party, except insofar as these latter proved pertinent to the study of that régime and its discourse. This contribution to the dossier concludes with a very brief state of the art of research on the political and intellectual history of the Rosas period, and addresses some significant lacunae in the argumentation presented in that book -which derived from the state of the field when it was written-, but which should be taken into account and remedied in any future revised edition, through an expansion and partial modification of the text.

Keywords: *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* - Historiography - Republican discourse - Rosista régime

Los dos rosismos y la causa federal

Gabriel Di Meglio

CONICET / Universidad de Buenos Aires

En el último medio siglo, la figura de Juan Manuel de Rosas y el período de la historia en el que fue el personaje político más destacado de la región rioplatense han sido objeto de una reconsideración analítica que se alejó de las viejas miradas, tanto las de sus contemporáneos como las de las corrientes historiográficas posteriores. Aprovecho la oportunidad de este breve ensayo para repasar algunos de los cambios significativos en la interpretación del rosismo y sugerir la conveniencia de no tomarlo como un sistema político sino como dos, diferentes: uno porteño, hoy bien conocido, y uno nacional, que todavía falta investigar más.

El nuevo paradigma

Ya los dos grandes referentes de la renovación de la historiografía argentina sobre la primera mitad del siglo XIX, Túlio Halperin Donghi y José Carlos Chiaramonte, propusieron importantes desplazamientos de interpretación para el rosismo. El primero contradijo a la tradición liberal: “la Argentina rosista” no era un extravío en el camino iniciado en 1810 sino “la hija legítima de la revolución”; Rosas supo ver mejor que nadie cómo construir un orden posrevolucionario apelando a la primacía de la esfera política provocada por los efectos de

la Revolución y la guerra, cerrando así un ciclo. Por su parte, Chiaramonte argumentó que debido a causas estructurales —el dominio del capital comercial— era imposible trascender los particularismos provinciales en el período posrevolucionario, con lo cual le daba al rosismo un marco de lógica histórica, alejado de cualquier idea de desviación voluntarista (como suponían algunos historiadores liberales), o de la existencia de un modelo nacional de desarrollo, luego traicionado (como proponían algunos revisionistas).¹

Otros tres virajes decisivos en la interpretación del rosismo provinieron, en los 80 y ’90 del siglo XX, de las renovaciones en la historia agraria, en la historia política y en la historia intelectual. Las investigaciones sobre el mundo rural colonial bonaerense impugnaron la extendida noción de una campaña dominada solo por grandes estancias, y destacaron la presencia crucial de pequeños productores. El panorama trazado por el “giro campesino” de la historiografía sobre la época colonial

¹ Túlio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 404; José Carlos Chiaramonte, “La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino: algunos problemas de interpretación”, en M. Palacio (comp.), *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México, El Colegio de México, 1983.

fue luego indagado en el temprano siglo XIX y esto permitió demoler el punto de partida de las miradas clásicas, y en particular el influyente modelo adoptado por el británico John Lynch, para quien Rosas había proyectado en el Estado un estilo de conducción formado en sus estancias, en las que sus peones lo obedecían ciegamente.² En sus trabajos sobre las propias estancias de Rosas, Jorge Gelman mostró que tal obediencia debía ser problematizada, ya que diversas condiciones estructurales brindaban cierta autonomía a los paisanos que se conchababan, y postuló que si Rosas hubiese trasladado el modelo de su estancia al Estado ese habría sido el de la negociación.³ En simultáneo, el rescate historiográfico de la vida institucional provincial en la época implicó una superación de la extendida imagen de un espacio en el que señores rurales y de la guerra luchaban entre ellos en ausencia de encuadres formales para disputar el acceso al poder. En el caso del rosismo, Marcela Ternavasio demostró en su trabajo sobre las elecciones en Buenos Aires la importancia del marco legal para brindar legitimidad al sistema unanimista encabezado por Rosas.⁴ Jorge Myers, por su parte, desterró las miradas que asociaban a Rosas con una nostalgia conservadora del orden colonial, para en cambio resaltar el discurso republicano de su sistema de gobierno.⁵

Un cuarto elemento central del nuevo paradigma sobre el rosismo refiere al estudio en

clave sociopolítica de su construcción de poder “a ras del suelo”: las formas del federalismo de los paisanos bonaerenses en las décadas de predominio de Rosas, la construcción de su relación con las clases populares rurales de Buenos Aires antes de su llegada al poder provincial (en la que ellas fueron cruciales), su vínculo con los estancieros, los rasgos del rosismo en los vecindarios de la frontera provincial, la alianza con los “indios amigos”, el papel de la policía y la Mazorca en la ciudad de Buenos Aires, son todos temas que fueron investigados entre fines de los años 80 y la primera década del siglo XXI. Las nuevas interpretaciones encontraron una sistematización en la biografía de Rosas de Gelman y Raúl Fradkin, publicada en 2015.⁶

Toda la bibliografía mencionada se centra en el rosismo en Buenos Aires. Otros de sus rasgos en esta provincia —de económicos a culturales— se investigaron en simultáneo, pero no hay espacio para consignar más textos en estas pocas páginas. Tampoco para describir la producción sobre la cuestión durante la última década, que sumó conocimientos al nuevo marco interpretativo. De todos modos, dicho marco no es monolítico; lo propuesto

² John Lynch, *Juan Manuel de Rosas. 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

³ Entre otros, Jorge Gelman, “Un gigante con pies de barro. Rosas y los pobladores de la campaña”, en N. Goldman y R. Salvatore (comps), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

⁴ Marcela Ternavasio, *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

⁵ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

⁶ En orden: Ricardo Salvatore, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018 (publicado en inglés en 2003); Pilar González Bernaldo de Quirós, “El levantamiento de 1829: el imaginario social y sus implicaciones políticas en un conflicto rural”, *Anuario IEHS*, nº 2, 1987; Raúl Fradkin, *¡Fusilaron a Dorrego!*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; Jorge Gelman, *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009; Sol Lanteri, *Un vecindario federal. La construcción del orden rosista en la frontera sur de Buenos Aires (Azul y Tapalqué)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”, 2011; Silvia Ratto, *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007; Gabriel Di Meglio, *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007; Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.

en los diversos trabajos no siempre coincide enteramente, aunque no han existido grandes debates al respecto. Los más explícitos se centraron en la obra de Myers, criticada por Juan Carlos Garavaglia en 1996 ya que daba al discurso un lugar principal respecto de su “contexto referencial”. Este argumento fue respondido por Myers con una defensa de las posibilidades que brindaba su enfoque.⁷ Mucho tiempo después *Orden y virtud*, junto con los escritos de otros autores, fue criticado desde otra perspectiva por Alejandro Agüero, quien destacó la continuidad de las formas de comprensión del poder de la sociedad colonial por sobre la importancia del republicanismo para entender el sistema de Rosas.⁸

En cuanto a esta observación, la noción de la autoridad paternal tradicional de la monarquía hispana me parece armonizable con un discurso republicano que remite a la antigua Roma, donde también la figura del padre era central en la concepción del poder. Como ha ocurrido después de cualquier cambio político fuerte en la historia de los últimos siglos, la hibridez es norma y ese fue el caso del rosismo tras la Revolución iniciada en 1810. Un sistema político siempre es “mestizo”. El hecho de que la autoridad fuese considerada paternal, de acuerdo a la antigua “economía católica” que bien señala Agüero, no anula una ruptura. Manuel Dorrego fue llamado en Bue-

nos Aires “padre de los pobres” y en 1833 Rosas pidió a sus seguidores que se dirigieran a él del mismo modo: esto remite a los antiguos monarcas, pero su legitimidad no era obviamente la dinástica y religiosa de estos. Los nuevos jefes no tenían un lugar asegurado, como el de un padre de familia, sino que se construyeron en esa función. Solo por el quiebre revolucionario pudieron ascender hasta lo más alto de la esfera política, y lo hicieron a través de prácticas nuevas, que tienen antecedentes, pero contaban con límites concretos en el período colonial: el manejo de tropas y clientelas, la incorporación de demandas populares en sus “programas”, el proselitismo y la difusión de discursos. Su poder podía ser pensado paternal como antes, pero las razones de ese poder y las formas de conseguirlo eran completamente diferentes de las del pasado. Ninguno pudo volver dinástico su mandato, por el extendido rechazo a la monarquía tras la Revolución, y por las posibilidades de otros de disputar su lugar. Tampoco estuvieron en condiciones de usar la religión para legitimarse; solo fueron capaces de hacerlo con la causa que defendían, no con figuras individuales.

En paralelo a la nueva interpretación del rosismo en Buenos Aires, se ha renovado el conocimiento de la política en las otras provincias durante las mismas décadas de 1830 y 1840, sobre todo en Tucumán, Jujuy, Mendoza, Córdoba, Corrientes y Entre Ríos. La relación con Rosas es un elemento importante en las investigaciones sobre ellas, pero el eje son las situaciones locales, como ocurre con las ya consignadas sobre Buenos Aires.⁹

⁷ Juan Carlos Garavaglia, “Discursos, textos y contexto. Breves reflexiones acerca de un libro reciente”, *Estudios Sociales*, Año VI, nº 10, 1996; Jorge Myers, “Comentarios a una reseña reciente”, *Estudios Sociales*, Año VI, nº 11, 1996.

⁸ Alejandro Agüero, “Republicanismo, Antigua Constitución o gobernanza doméstica. El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2018, disponible en <https://journals.openedition.org/nuevomundo/72795>. Una propuesta similar hizo Gabriela Tío Vallejo para el gobierno contemporáneo de Celedonio Gutiérrez en Tucumán, en “El sistema de Gutiérrez (1841-1853). Administración militar, gobierno paternal y faccionalización”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2023, disponible en <https://journals.openedition.org/nuevomundo/91505>.

⁹ Por falta de espacio no se cita esa bastante amplia historiografía. Se han trabajado asimismo las relaciones entre provincias, por ejemplo en José Carlos Chiaramonte, “El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”, en M. Carmagnani (comp.), *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993; Mariano Kloster, “Las relaciones exteriores de las provincias ar-

Ahora bien, el rosismo tuvo una dimensión no solo porteña sino a la vez nacional, como proyecto argentino, y esta apreciación invita a volver a mirarlo en clave más amplia, como lo hacía parte de la historiografía en otros tiempos (aunque muchas veces confundiendo lo bonaerense con lo nacional). Antes de ahondar en este problema, es necesario explicitar el alcance de lo “nacional” en ese momento, y también el del “rosismo”.

El rosismo nacional

Cuando Chiaramonte publicó en 1989 el artículo en el cual demostraba la inexistencia de una identidad argentina hacia 1810 reconfiguró el campo historiográfico, que empezó a utilizar el término “rioplatense” para hablar del período revolucionario.¹⁰ Despues de la independencia la identidad argentina estuvo durante años en construcción y en disputa, conviviendo con otras identidades fuertes como eran la americana y las provinciales, lo cual alargó temporalmente el uso historiográfico de “rioplatense”. Sin embargo, considero que utilizar “argentino” desde la década de 1830 es conveniente, sin obviamente retornar al esencialismo nacional de la antigua historiografía. Una razón para ese uso es que la creación del Estado Oriental en 1828, también rioplatense, vuelve más confusa la utilización ulterior del término para las provincias argentinas. Pero la razón principal es que entre las élites provinciales la idea de una república formada por los pueblos o provincias era una noción compartida en los años de

1830, tras dos décadas de pensar en un espacio común que había ido tomando una forma proyectada bastante definida.

Esto es evidente ya en el Pacto Federal de 1831, que se refiere a “los pueblos de la República”, y en los escritos de distintos referentes políticos de esos años, que los llaman a veces “pueblos argentinos”; por ejemplo, el santafesino Manuel Leiva, representante de Corrientes, en una carta de 1832 al catamarqueño Tadeo Acuña.¹¹ Tres años más tarde, Rosas le ofreció a Estanislao López “su cooperación en todo lo que concierne al honor, seguridad, tranquilidad y prosperidad de la República, bajo el régimen federal que han proclamado los Pueblos, y que en este sentido propenderá a estrechar los vínculos de unión y fraternidad que felizmente ligan a esta y a esa Provincia, formando un cuerpo de nación con las demás argentinas”.¹² Valdría la pena, por lo tanto, atenuar la importancia dada frecuentemente a los letrados de la llamada Generación del 37 en el afianzamiento de la identidad argentina común, ya que era fuerte desde antes entre las élites, a pesar de competir durante años con las provinciales e incluso con identidades locales dentro de las provincias.

Es más difícil saber cuán extendida estaba la idea de algo común por fuera de la dirigencia. Si se toma como ejemplo la petición de un soldado santafesino a su gobierno en 1835, en la que consigna que sirvió “a la defensa de los justos derechos de esta Provincia en las invasiones ocurridas, como asimismo en auxilio y defensa de las demás aliadas”, las provincias parecen ser el principal horizonte.¹³ Pero en 1837, en Jujuy, durante la guerra con la Confederación peruano-boliviana, un soldado del

gentinas como elemento de disputa: el caso de los pronunciamientos de 1840”, *Almanack*, nº 28, 2021; Geneviève Verdo, *La unión improbable. Historia política de las repúblicas provinciales del Río de la Plata (1776-1841)*, Rosario, Prohistoria, 2025.

¹⁰ José Carlos Chiaramonte, “Formas de identidad política en el Río de la Plata luego de 1810”, *Boletín del Ravignani*, tercera serie, nº 1, 1989.

¹¹ En Ricardo de Titto (comp.), *El pensamiento de los federales*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009, p. 134.

¹² Archivo General de la Provincia de Santa Fe, Ministerio de gobierno/Secretaría de gobierno, tomo 4, 1835, folio 44.

¹³ *Ibid.*, folio 373.

Batallón de Defensores de la Puna llamado Mariano Tucunas arengó a sus compañeros para amotinarse cuando los bolivianos ocuparon la región y el gobierno jujeño retiró sus fuerzas a Humahuaca. Decía que no querían ir “para abajo” junto con “los jujeños y humahuaqueños”. En el sumario posterior, el soldado José Cruz argumentó que él se opuso porque “era argentino y no boliviano y que ni sus sentimientos ni su patria pertenecían a los de la Puna”.¹⁴ La superposición de identidades era entonces frecuente, pero aun así es válido utilizar “argentino” tanto para la época de Rosas como para pensar su proyecto.

Respecto de los contornos del “rosismo” es preciso considerar que, hasta donde he podido rastrear, no se trata de una palabra de la época. No se empleaban aún los *-ismos* para referirse a movimientos o partidos a través del nombre de su líder en la Sudamérica de entonces, y poco de eso tenía lugar en otros espacios, donde apenas más tarde se usarían (sí se hablaba de “calvinismo”, y respecto de la política Bossuet se había referido al “cromwellismo” en 1691).¹⁵ La utilización del término “rosismo” es de todos modos provechosa, aunque conlleva una distinción. Es indudable que existe un rosismo porteño, cuyos rasgos hoy conocemos bien, pero hay también un rosismo argentino menos explorado, que en parte fue una extensión del porteño sobre el resto de la Confederación, aunque no tuvo las mismas características. Sus temporalidades difieren: el rosismo nació, se impuso sobre el resto del federalismo porteño y se consolidó en Buenos Aires durante aproximadamente una década donde no hubo un sistema interprovincial.

Si se habla de “confederación rosista” es inadecuado incluir la década de 1830, tal vez la de mayor paridad política —y no económica— entre las provincias. La consolidación de un rosismo supraprovincial puede advertirse a partir de la guerra iniciada en 1839, cuando todos los opositores argentinos a la política de Rosas se levantaron en armas contra él, aliados con Francia y con los colorados orientales. El conflicto empezó a definirse con las victorias federales de 1841, cuyo carácter decisivo fue señalado por Halperin Donghi al sostener que el clima de terror construido en Buenos Aires durante diez años fue introducido de golpe en el Interior, y concluyó con la batalla de Arroyo Grande, en diciembre de 1842.¹⁶ A este resultado contribuyó que hubieran muerto la mayoría de las grandes figuras federales con proyección política fuera de su propia provincia, con la excepción de Juan Felipe Ibarra, quien continuó alineado con el Restaurador. Ya no estaban Juan Bautista Bustos, Facundo Quiroga, Estanislao López o Alejandro Heredia para atenuar el predominio rosista. Rosas extendió la política que había empezado en 1835 de apoyar a comandantes departamentales para ser gobernadores de distintas provincias; en todos los casos, dándoles apoyo político frente a las élites locales, y también económico. Su control de las relaciones exteriores, que le correspondía legalmente y sin embargo durante la década de 1830 ejerció solo parcialmente, se acrecentó años más tarde. Por ejemplo, Mendoza había firmado por su cuenta un tratado comercial con Chile en 1835, pero cuando en la década siguiente quiso hacer negociaciones del mismo tipo, tuvo que dejarlas en manos del gobierno porteño.¹⁷ La homoge-

¹⁴ Marisa Davio, “Entre tensiones y resistencias: la guerra contra la Confederación Peruano- Boliviana. 1837-1839”, en F. Lorenz (comp.), *Guerras de la historia argentina*, Buenos Aires, Ariel, 2015.

¹⁵ Jacques-Bénigne Bossuet, *Cinquième Avertissement aux Protestants sur les Lettres du Ministre Jurieu, contre l'Histoire des Variations*.

¹⁶ Tilio Halperin Donghi, *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 359.

¹⁷ Hernán Bransboin, *Mendoza federal. Entre la autonomía provincial y el poder de Juan Manuel de Rosas*,

neidad cromática implantada en Buenos Aires se buscó establecer también en las provincias, con resultados dispares, aunque los distintivos rojos están presentes en los retratos de esos años.¹⁸

En 1843, el artista Fernando García del Molino pintó un retrato en el cual el proyecto nacional se hace evidente: se ve a un Rosas triunfante junto a una columna que representa a la Confederación, con los nombres de todas las provincias y también de Paraguay y Tarija, a las que pretendía sumar.¹⁹ Un año antes se acuñaron en La Rioja unas monedas con la efigie de Rosas y el texto “República Argentina Confederada”.²⁰ Toda la iconografía del rosismo se centró en símbolos nacionales, no porteños, como el escudo de la “Confederación Argentina” rodeado de las banderas de las catorce provincias que la integraban.²¹

Una transformación legal tuvo lugar en 1840 cuando el ejército enviado desde Buenos Aires para perseguir a Juan Lavalle debía entrar en Santa Fe y, de acuerdo al Pacto Federal, quedar bajo el mando de su gobernador. Rosas decidió en cambio asumir una jefatura por encima de las provincias. “Soy hoy el General en Jefe del Ejército de la República”, informó en una carta, y nombró al frente de este ejército a Manuel Oribe.²² No hubo, sin embargo, cambios legales posterio-

res. En 1847, el correntino Benjamín Virasoro pidió unas instrucciones al ministerio de Relaciones Exteriores de Buenos Aires y se refirió al “Excelentísimo Gobierno General de la Confederación” (aunque no parece haber sido un nombre común), y en 1849 hubo un *Te Deum* en Mendoza en honor a Rosas donde se lo llamó “Jefe de la Confederación”. Pero el gobierno porteño rechazó ese título.²³ Aun así, en 1851, ante el levantamiento de Justo José de Urquiza, la legislatura salteña lo declaró “Jefe Supremo de la Confederación”.²⁴

En un libro reciente, Eduardo Míguez hace un valioso corte en la periodización habitual sobre el rosismo: toma a la década de 1840 como punto de partida del desarrollo de la organización nacional concretada en 1880, y retorna a una exploración de todo el espacio argentino centrándose en las interacciones entre las élites provinciales.²⁵ Una de sus hipótesis, que seguramente dará lugar a debates, consiste en afirmar que las élites urbanas iniciaron entonces un regreso triunfal frente a las rurales, dato que considera clave en la época posterior a la batalla de Caseros. Recupera así la variable campo-ciudad como eje explicativo del período, la cual proviene de la lógica analítica sarmientina y que también fue usada en varios momentos posteriores, como hizo Juan Pivel Devoto al diferenciar a “caudillos y doctores” para explicar la política oriental (“uruguaya”) de mediados del siglo XIX.²⁶ El

Buenos Aires, Prometeo, 2014.

¹⁸ Veáñese los retratos de Martín Santa Coloma, José Félix Aldao, Juan Felipe Ibarra y Juana del Signo en el catálogo de las exhibiciones *Tiempo de Revolución / Tiempo de Provincias*, Buenos Aires, Asociación de apoyo al Museo Histórico Nacional, 2023, pp. 553-559. Disponible en <https://museohistoriconacional.cultura.gob.ar/noticia/catalogos-del-museo-histórico-nacional/>.

¹⁹ *Ibid.*, p. 542.

²⁰ *Ibid.*, p. 572.

²¹ Véase la portada del *Mensaje del Gobierno de Buenos Aires a la décimo-séptima legislatura*, 1839, disponible en https://play.google.com/books/reader?id=WqJcAAAACAAJ&pg=GBS.PP6&hl=es_419.

²² Isidoro Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas. La política y la guerra*, Buenos Aires, Emecé, 2006, p. 226.

²³ Enrique M. Barba, “Los poderes de Rosas y el Pacto Federal”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 9, 2009 [1973].

²⁴ Ernesto Celesia, *Rosas. Aportes para su historia*, tomo II, Buenos Aires, Goncourt, 1957, p. 341.

²⁵ Eduardo Míguez, *Los trece ranchos. Las provincias, Buenos Aires, y la formación de la Nación Argentina (1840-1880)*, Rosario, Prohistoria, 2021. A su vez, Verdo toma la misma periodización al terminar en 1841 su libro *La unión improbable*.

²⁶ Juan E. Pivel Devoto, *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, Montevideo, Universidad de la República, 1942.

aporte de Míguez, sumado a las obras ya mencionadas de Halperin Donghi, permite contar con un “mapa” del rosismo entre las élites de los años 1840, pero existen otros aspectos a investigar sobre las búsquedas de su nacionalización. Uno de ellos es la que se hizo a través de la organización de la guerra; en particular, en los estudios actuales sobre el papel del ejército que condujo Manuel Oribe durante la gran crisis de 1840-1842.²⁷ Falta explorar otras fuerzas rosistas que excedieron el marco provincial, como las que operaron en Santa Fe durante la década de 1840 al mando de Martín Santa Coloma.

Pero si la fuerza o la amenaza de usarla jugaron un papel importante, junto con la crucial potencia económica de Buenos Aires, lo que también permitió un rosismo de escala nacional fue la presencia anterior de una posición política compartida. Halperin Donghi demostró que Rosas encontró en el uso de una solidaridad puramente política, la federal, la forma de construir el primer orden exitoso tras la Revolución.²⁸ Me parece fundamental añadir un dato a esa aseveración: la preexistencia de esa causa. La hegemonía porteña en la Confederación se sostuvo en un proyecto que no comenzó con Rosas ni fue iniciado en Buenos Aires, sino en uno más antiguo nacido en las provincias: el federalismo. Eso garantizó su éxito, por un lado, porque contrarrestó el amplio anti-porteñismo de las provincias e hizo tolerable durante un tiempo el predominio de Buenos Aires y, por otro lado, porque en la hora más difícil de la crisis abierta por el bloqueo francés de 1838 la adhesión cuyana,

santiagueña y entrerriana al sistema encabezado por el gobernador porteño —así como la de otros provincianos que no se sumaron al giro político de sus autoridades contra Rosas— fue decisiva para su victoria.

Esa existencia previa del federalismo también puso un límite. Si Rosas hizo del federalismo porteño un sistema completamente identificado con él, no logró que el de las provincias lo fuera del mismo modo. Figuras relevantes del antirrosismo como Pedro Ferré, Juan Pablo López, Tomás Brizuela o el Chacho Peñaloza tenían pergaminos federales anteriores a los del gobernador porteño y nunca abjuraron de ellos. En una carta a Ibarra cuando se sumó a la Coalición del Norte, el riojano Brizuela, que había luchado junto con aquel y con Quiroga contra los unitarios en las guerras de 1826-1827 y de 1829-1831, criticó a Rosas por fusilar enemigos tras este conflicto, en contraste con la acción más benévolas de Estanislao López, siendo que el primero era “federal del año 30, y el Señor López, federal del año 14”. La prosapia federal tenía un valor relevante... Ibarra, quien se negó a sumarse a la Coalición, le dijo a su vez que “Rosas es nuestro amigo, y aun cuando no lo fuera, no por eso debemos desertar de la Santa Causa de la Federación, en cuya defensa nos hemos envejecido con honor y gloria”.²⁹

Tras una década, el rosismo nacional cayó ante un proyecto federal contrario, constitucionalista, que encabezaría Urquiza. El federalismo no sobrevivió en Buenos Aires a la caída del Restaurador, pero sí subsistió como identidad y como partido en las otras provincias por un tiempo mucho más largo, en parte porque el rosismo no consiguió hacer de ambos uno. Vivir a la Santa Federación era compatible con que un jefe cayera y la causa si-

²⁷ Véanse Mario Etchecury, “Los claroscuros de la lealtad: El Ejército Unido de la Confederación Argentina y las prácticas de la pacificación político-militar (1839-1842)”, *Secuencia*, n° 113, 2022, y Micaela Miralles, “En busca de la unanimidad política. La campaña de Juan Manuel de Rosas contra la Coalición del Norte a la luz del ‘Archivo Manuel Oribe’, 1838-1842”, *Palimpsesto*, vol. x, n° 13, 2018.

²⁸ Halperin Donghi, *Revolución y guerra, op. cit.*

²⁹ Ambas citas en Alfredo Gargaro, *Ibarra y la Coalición del Norte*, Santiago del Estero, Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santiago del Estero, 2020 [1940], pp. 91, 88.

guiera en pie. La opción por el federalismo no fue solo de ciertas dirigencias sino también de las clases populares. El apoyo popular al federalismo se ha investigado en marcos provinciales o aún menores, pero requiere también miradas generales, ya que se presentó con rasgos similares en lugares distintos.

La cuestión del federalismo decimonónico, tantas veces transitada, sigue siendo crucial y necesita nuevas investigaciones en escala nacional y no solo provincia por provincia, que además dialoguen con la vieja historiografía, la cual todavía tiene mucho que aportar a pesar de la renovación interpretativa. El Partido Federal desaparecería o mutaría más tarde, pero el hecho de que la república se volviera federal, que incluso quienes combatieron contra los federales aceptaran esta solución, resultó inevitable, en buena medida por el peso histórico de esa postura política de larga data, anterior, posterior, y a fin de cuentas más relevante, que el rosismo. □

Bibliografía

Bossuet, Jacques-Bénigne, *Cinquième Avertissement aux Protestants sur les Lettres du Ministre Jurieu, contre l'Histoire des Variations*, disponible en <https://www.bibliotheque-monastique.ch/bibliotheque/bibliotheque/bossuet/volume015/010.htm>.

Bransboin, Hernán, *Mendoza federal. Entre la autonomía provincial y el poder de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2014.

Celesia, Ernesto, *Rosas. Aportes para su historia*, tomo II, Buenos Aires, Goncourt, 1957.

Chiaramonte, José Carlos, “El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”, en M. Carmagnani (comp.), *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 81-132.

—, “La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino: algunos problemas de interpretación”, en M. Palacio (comp.), *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México, El Colegio de México, 1983, pp. 51-86.

Davio, Marisa, “Entre tensiones y resistencias: la guerra contra la Confederación Peruano- Boliviana. 1837-

1839”, en F. Lorenz (comp.), *Guerras de la historia argentina*, Buenos Aires, Ariel, 2015, pp. 183-204.

De Tito, Ricardo (comp.), *El pensamiento de los federales*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009.

Di Meglio, Gabriel, *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015.

Fradkin, Raúl, *¡Fusilaron a Dorrego!*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Gargaro, Alfredo, *Ibarra y la Coalición del Norte*, Santiago del Estero, Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santiago del Estero, 2020 [1940].

Gelman, Jorge, *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

—, “Un gigante con pies de barro. Rosas y los pobladores de la campaña”, en N. Goldman y R. Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Eudeba, Buenos Aires, 1998, pp. 223-240.

Halperin Donghi, Tulio, *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

—, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

Lanteri, Sol, *Un vecindario federal. La construcción del orden rosista en la frontera sur de Buenos Aires (Azul y Tapalqué)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”, 2011.

Lynch, John, *Juan Manuel de Rosas. 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

Míguez, Eduardo, *Los trece ranchos. Las provincias, Buenos Aires, y la formación de la Nación Argentina (1840-1880)*, Rosario, Prohistoria, 2021.

Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

Pivel Devoto, Juan E., *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, Montevideo, Universidad de la República, 1942.

Ratto, Silvia, *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

Ruiz Moreno, Isidoro, *Campañas militares argentinas. La política y la guerra*, Buenos Aires, Emecé, 2006.

Salvatore, Ricardo, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018 (publicado en inglés en 2003).

Ternavasio, Marcela, *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

Verdo, Geneviève, *La unión improbable. Historia política de las repúblicas provinciales del Río de la Plata (1776-1841)*, Rosario, Prohistoria, 2025.

Resumen/Abstract

Los dos rosismos y la causa federal

El rosismo tuvo una doble dimensión: fue uno en Buenos Aires y otro al proyectarse sobre el resto de las provincias. Las características del primero son mucho mejor conocidas que las del segundo. Este ensayo analiza la reinterpretación del rosismo bonaerense realizada en el último medio siglo y propone algunas líneas para pensar el rosismo nacional, enfatizando que sus condiciones de posibilidad no provienen solo de la potencia económica y militar de Buenos Aires sino de la presencia previa de una posición política compartida y consolidada en numerosas provincias: el federalismo.

Palabras clave: Federalismo - Juan Manuel de Rosas - Identidad argentina - Confederación - Historiografía

The two rosismos and the federal cause

Rosismo had a dual dimension: it was one thing in Buenos Aires and another when projected onto the rest of the provinces. The characteristics of the former are much better known than those of the latter. This essay analyzes the reinterpretation of Buenos Aires *rosismo* over the last half-century and proposes some lines of thought on national *rosismo*, emphasizing that its conditions of possibility do not come solely from the economic and military power of Buenos Aires but also from the prior presence of a shared and consolidated political position in numerous provinces: federalism.

Keywords: Federalism - Juan Manuel de Rosas - Argentine identity - Confederation - Historiography

El Restaurador de las Leyes como problema republicano

Gabriel Entin

CONICET / Universidad Nacional de Quilmes

En *Orden y virtud*, Jorge Myers desarrollaba hace treinta años un argumento original y novedoso sobre el rosismo. Original, porque ofrecía una lectura republicana sobre lo que hasta entonces era considerado la antítesis del orden republicano en la Argentina: los gobiernos en Buenos Aires de Juan Manuel de Rosas entre 1829 y 1832 (cuando la Legislatura provincial le otorgó facultades extraordinarias) y entre 1835 y 1852 (cuando la misma sala le concedió la suma del poder público). Novedoso, porque Myers basaba su interpretación del rosismo en una categoría ausente de la historiografía argentina y latinoamericana sobre el siglo XIX: el republicanismo, utilizada a partir del enfoque contextualista de los autores de la Escuela de Cambridge (Pocock, Dunn, Tuck) y de la nueva historia política, cultural y conceptual sobre la Revolución francesa (Furet, Agulhon, Lefort, Ozouf, Rosanvallon).¹ Sin embargo, Myers no implementó en su análisis del discurso republicano del rosismo un modelo de republicanismo *avant la lettre* sino

que se propuso construir uno autóctono para el Río de la Plata en diálogo con una tradición republicana argentina del siglo XIX, reconstruida por Natalio Botana a partir del estudio de las ideas políticas de Alberdi y de Sarmiento,² y por Tulio Halperin Donghi con su análisis de la tradición política hispánica para interpretar la Revolución de 1810 en el Río de la Plata.³

Original y novedoso, *Orden y virtud* abría la posibilidad de “pensar el rosismo” desafiando la visión negativa de la historiografía liberal, que lo veía como una tiranía opuesta a la civilización, y la positiva de la revisionista, que entendía al rosismo como el principal exponente de un nacionalismo argentino en lucha contra el imperialismo. Pensar el rosismo implicaba también preguntarse por los sentidos de esta categoría: para Myers el rosismo refería a un “orden”, un “Estado”, un “periodo”, un “fenómeno”, un “régimen” pero sobre todo a un discurso político de los gobiernos de Rosas, indisoluble de su acción. Articulado en la omnipresencia de conceptos y figuras del republicanismo clásico (ley, virtud, dictadura, Catilina y Cincinato, etc.), que

¹ Si bien parte de esta bibliografía había sido considerada en *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo* (Buenos Aires, Sudamericana, 1984), Botana no utiliza la categoría de republicanismo ni en la edición original ni en el prólogo de la segunda edición de 1997.

² Botana, *La tradición republicana*, op. cit.

³ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985 [1961].

adquirían sentido en oposición a un enemigo (los “salvajes unitarios”), este discurso revelaba una forma de sociedad en la provincia, inteligible como continuación del período rivadaviano (por la matriz institucional y conceptual, y el énfasis en la opinión pública) y como ruptura (por la búsqueda de un orden por sobre la libertad individual, y por la comprensión de esa opinión como oficial, unánime y armónica).⁴

Mi objetivo en este ensayo consiste en pensar el republicanismo del rosismo a partir del principal título asociado a Rosas durante sus gobiernos: El Restaurador de las Leyes. En la primera parte me referiré a la historia y a los usos de este nombramiento. En la segunda, analizaré la idea de restauración como problema del rosismo a partir de una pregunta: ¿Qué leyes restaura Rosas? Por último, estudiare la dictadura republicana en el rosismo indagando la relación entre orden legal y excepción, constitutiva del republicanismo.

Breve genealogía de El Restaurador de las leyes

La primera mención al restaurador de las leyes se remonta a la Roma antigua cuando, tras haberle creado el Principado (28 a. C.), el Senado le otorgó a Octavio, sobrino de Julio César, el título de prefecto y restaurador de las leyes y las costumbres, nombrándolo Augusto (27 a. C.-14 d. C.) con poderes excepcionales. Considerado salvador de la república por ha-

ber extinguido la guerra civil y restaurado la concordia entre los ciudadanos, Augusto concentra las ambigüedades de la república que fascinaron hasta el horror a los filósofos políticos modernos: admiradores de los romanos y sus virtudes, buscaban explicar cómo de aquella república con la cual se había formado la civilización occidental más allá de la *polis*, surgió un régimen que luego marcaría una era: el imperio.⁵ Desde su nombramiento, Augusto utilizó leyes, terminología y costumbres de la república romana para construir un orden nuevo basado en su autoridad. La *autoritas* significaba “ser aceptado como la persona más importante”, conformando una comunidad articulada sobre los principios republicanos y el carisma del jefe de la república. Pero la república había dejado de existir: el orden ya no dependía de las leyes sino de la autoridad de Augusto. Asumido juez supremo, el emperador combinaba un ideario conservador y una “visión de sí mismo como restaurador de la antigua grandeza y orden romano a través de una despiadada determinación para convertir su poder en un sistema transmisible”.⁶ Según explicaba Montesquieu, Augusto había conservado las formas y costumbres republicanas y disuelto la república, haciendo sentir la tiranía.⁷

La fórmula “el restaurador de las leyes”, poco frecuente en lenguajes políticos de la Modernidad, sería usada por John Locke en un panfleto inédito escrito luego de la Gloriosa Revolución (1688) entre fines de 1689 y

⁴ Publicado en 1995, *Orden y virtud* representa un fragmento de la investigación doctoral de Myers en la Universidad de Stanford. En su tesis, defendida en 1997, Myers incorpora el análisis de los discursos políticos durante el rivadavianismo, y distingue un republicanismo ilustrado en la década de 1820, de un republicanismo clásico, durante el rosismo. Véase Jorge Myers, *Languages of politics: a study of republican discourse in Argentina from 1820 to 1852*, tesis de doctorado, Stanford University, enero de 1997.

⁵ Frédéric Huret, *Auguste. Les ambiguïtés du pouvoir*, París, Armand Colin, 2015.

⁶ John A. Crook, “Augustus: power, authority, achievement”, en A. Bowman, E. Champlin, A. Lintott (eds.), *The Cambridge ancient history, vol. X. The Augustan Empire, 43 B.C.-A.D. 69*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006. Las traducciones del inglés y del francés son de mi autoría.

⁷ Montesquieu, *De l’Esprit des Lois*, en *Œuvres complètes*, vol. II, París, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1951, libro VII, cap. III; libro XIX, cap. III.

principios de 1690. En este documento Locke criticaba el derecho divino de los reyes y defendía la coronación por consentimiento del príncipe Guillermo d'Orange como Guillermo III de Inglaterra, junto a su esposa María II de Estuardo, en el conflicto de sucesión dinástica tras el decreto del Parlamento británico sobre la vacancia del trono de Jacobo II. Guillermo había sido nombrado rey de Inglaterra por el Parlamento mediante la Bill of Rights (1689), que limitaba su poder. Para Locke, Guillermo había restaurado las leyes, la libertad y la religión, y por ello era un rey por derecho. Lo llamaba “el gran Restaurador”.⁸

La idea del restaurador de las leyes refiere a la figura del legislador, tema omnipresente en los tratados políticos de la Ilustración. A mediados del siglo XVIII, el legislador estuvo en el centro de la reflexión de Rousseau sobre la autoinstitución del pueblo en el *Contrato Social* (1762). En el momento de la institución, el pueblo no puede por sí mismo declarar su voluntad. Rousseau identifica al legislador como el órgano de la voluntad general, quien con su ciencia guía la institución del pueblo: “por sí mismo el pueblo siempre quiere el bien, pero por sí mismo no siempre lo ve”.⁹ Antes de que exista la ley como acto de la voluntad general, el legislador permite a través de su autoridad que los hombres sean “lo que deben llegar a ser por medio de ellas”. Por ello, la institución inmanente del pueblo requiere en su comienzo de un legislador como Moisés, Numa, Licurgo, ejemplos citados por Rousseau de este “hombre extraordinario” cuya función “constituye la república”.¹⁰

Los filósofos y artistas ilustrados de fines del siglo XVIII glorificaban a Rousseau, antes y después de la Revolución francesa. En el culto político y estético a las repúblicas antiguas del siglo XVIII, radicalizado a partir de 1789 como representación del nuevo orden republicano, se destacaba la figura del legislador. Por ejemplo, poco antes de la Revolución, el poeta André Chénier llamaba a los legisladores “héroes conquistadores”, “hombres santos”, quienes dando leyes habían hecho de un país, una “patria”.¹¹ En 1789, durante el primer año revolucionario, su hermano Marie-Joseph Chénier incluyó “el Restaurador de las leyes” en su tragedia *Charles IX* sobre el rey francés Carlos IX (1561-1574), que había intentado restaurar el orden en Francia durante la guerra civil entre protestantes y católicos hasta la masacre de Saint-Barthélemy (1572). Chénier había comenzado a escribir el drama teatral en 1787 y lo estrenó en 1789, modificando algunos pasajes para resaltar los “derechos sagrados del pueblo y los deberes del trono”, derechos “fundados en la Naturaleza” protegidos por un rey “Restaurador de las leyes y de la libertad”.¹²

La Revolución francesa hizo del pueblo, la república, la ley y el legislador una religión cívica. En nombre de estos principios se articuló el Terror, que perseguiría a todo aquel identificado como enemigo por el Comité de Salud Pública (1793-1794). Entre los “sospechosos” se encontraban los mismos revolucionarios, como André Chénier, guillotinado en 1794 por orden de Robespierre, dos días antes de su destitución.¹³ Desde el Directorio de 1795 en adelante los gobiernos de la Re-

⁸ James Farr y Clayton Roberts, “John Locke on the Glorious revolution: a rediscovered document”, *The Historical Journal*, vol. 28, nº 2, 1985.

⁹ Jean-Jacques Rousseau, *Du Contrat Social*, en *Oeuvres complètes. Du Contrat Social. Écrits Politiques*, vol. III, París, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1964, libro II, cap. vi.

¹⁰ *Ibid.*, libro II, cap. VII.

¹¹ André Chénier, “Hermès”, en J. Derocquigny (ed.), *Poesies choisies de Andre Chenier*, Oxford, Clarendon Press, 1907.

¹² Adolphe Liéby, *Étude sur le théâtre de Marie-Joseph Chénier*, París, Société française d'imprimerie et de librairie, 1901.

¹³ *Ibid.*

volución francesa buscaron terminarla reivindicando sus principios republicanos y limitando los alcances democráticos de la soberanía popular.¹⁴ Con el golpe de Estado del 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799), Napoleón, tras regresar de su campaña a Egipto, fue designado cónsul y era considerado el salvador de la república por haber logrado instalar un orden. El Consulado significó la instauración de un poder “autoritario, centralizado y personalizado”:¹⁵ tras un plebiscito popular, en 1802 fue proclamado cónsul perpetuo y, en 1804, emperador, asumido como heredero de la Revolución. El autoritarismo político del Consulado y del Imperio se desarrollaron bajo formas republicanas: Napoleón se presentó como el restaurador del orden y de las leyes, una imagen que se consolidaría con la sanción del Código Civil de 1804.¹⁶ Más que una paradoja, desde la Antigüedad romana en adelante la historia del republicanismo se relaciona también con el autoritarismo a través del problema del personalismo político.

En 1807, Jean Guillaume Moitte, otro admirador de Rousseau a fines del siglo XVIII, inauguró en el Palacio del Louvre su escultura *La Musa de la Historia*, una alegoría del Código napoleónico y de Napoleón como el ideal del legislador. Su nombre estaba inscripto en las tablas de la ley sostenidas por la musa de la historia, quien protegía a legisladores clásicos y divinos de distintos continentes y períodos celebrados durante la Ilustración y la Revolución: Moisés, Numa Pompilio, la diosa egipcia Isis y Manco Capac, el primer rey inca según los *Comentarios Reales* (1609) de Garcilaso de la Vega, quien comparaba a los reyes incas con los le-

gisladores antiguos Numa Pompilio, Licurgo y Solón, y en quien se basó Jean-François Marmentel para su libro *Les Incas, ou la destruction de l'empire du Pérou* (1777). Moitte representaba la cultura política imperial francesa, y la regeneración de las naciones a través de Napoleón como legislador de ellas.¹⁷

Napoleón rechazaba a los emperadores romanos como modelos políticos y solo admiraba a César como el verdadero heredero de Alejandro Magno. César permitía además establecer paralelismos por sus conquistas militares en territorios de la Europa mediterránea y África, su popularidad y su doble rol de legislador y general republicano.¹⁸ César y Napoleón también compartirían analogías negativas, al ser caracterizados por sus opositores como déspotas y tiranos. Ahora bien, la representación del Imperio napoleónico como restauración de la república, y de París como una nueva Roma, remitía al emperador Augusto.¹⁹ En 1821, tras la muerte de Napoleón en la isla británica de Santa Elena, apareció un panfleto publicado en París intitulado *Napoléon Bonaparte envisagé comme vainqueur des nations, restaurateur des lois, protecteur des lettres et fondateur des empires*, firmado por M. De Lows. El autor describía a Napoleón como un “hombre extraordinario” que había “reestablecido la religión y el orden social socavados en Europa”, y que con sus armas y leyes había fundado imperios y “regenerado” por un momento el continente. Con su “sabiduría de legislador”, continuaba, Napoleón había “reafirmado las bases de una sociedad en decadencia”.²⁰ Cuando el 25 de enero de 1830

¹⁴ Marc Belissa y Yannick Bosc, *Le Consulat de Bonaparte. La fabrique de l'État et la société propriétaire, 1799-1804*, París, La Fabrique, 2021.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 23-24.

¹⁶ Diana Rowell, *Paris: The 'New Rome' of Napoleon I*, Londres, Bloomsbury, 2012, pp. 31-32.

¹⁷ Isabel Yaya, “Napoleon as a lawgiver: the renewal of an enlightened political motif for the iconographic program of the Louvre's Cour Carrée”, *French History*, vol. 25, nº 3, 2011.

¹⁸ Jacques-Olivier Boudon, *Napoléon, le dernier Romain*, París, Les Belles Lettres, 2021, pp. 19-24.

¹⁹ Rowell, *op.cit.*, pp. 53-54, 99.

²⁰ M. de Lows, *Napoléon Bonaparte envisagé comme vainqueur des nations, restaurateur des lois, protecteur*

la Sala de Representantes declaró que “el ciudadano D. Juan Manuel de Rosas ha sido Restaurador de las leyes e instituciones de la Provincia de Buenos Aires”,²¹ el título “restaurador de las leyes” ya tenía una historia.

La restauración entre naturaleza y sociedad

La designación como Restaurador de las Leyes lleva a la pregunta por cuáles eran las leyes que Rosas restauraba. Myers explica que la noción implicaba diversos sentidos: restauración de leyes positivas desde la Revolución, de leyes de sus gobiernos como expresión de un orden moral trascendente alterado por los rivadavianos, y de la propia obediencia efectiva a las leyes.²² Según afirma, el rosismo significó la instauración de un orden republicano “mediante una meticulosa intervención artificial” contra el “desenvolvimiento ‘natural’ de la sociedad”. De aquí que la autoridad asumiera formas excepcionales.²³ Myers analiza el rosismo como la búsqueda continua de un orden estable a través de la imposición “exterior a la Naturaleza” de leyes. Sigue a J. G. A. Pocock para argumentar que se trataría de una concepción del orden asociada al “re-

publicanismo clásico”, distinta del discurso iusnaturalista.²⁴

Si el orden republicano es instituido artificialmente contra la Naturaleza, ¿qué se restaura? Myers señala que se trata de una “paradoja lógica difícil de resolver”:²⁵ las leyes restauradas remitirían a un orden presocial contradictorio con la naturaleza anárquica y perversa de los hombres, donde no era posible un consenso sobre la ley. En su tesis doctoral sostiene que el orden a construir remitía también a un orden moral trascendente inscripto en última instancia en la misma Naturaleza, propio del ideal católico y jerárquico de la sociedad característico de la campaña.²⁶ Pero tal orden natural sería contradictorio con la idea de una naturaleza perversa y anárquica de los hombres que justificaría la necesidad de una autoridad exterior para crear una sociedad de ciudadanos virtuosos. “En efecto —afirma Myers— existe una contradicción entre una perspectiva que considera el orden político (y republicano) como creación artificial, erigido contra los dictados de la Naturaleza, y una perspectiva que apela a un orden moral inscripto en la Naturaleza como la fuente última de una legislación válida”.²⁷

La “paradoja” o “contradicción” es convincente en la medida en que se acepte el sentido que Pocock le da al republicanismo como discurso político mundano del *vivere civile* basado en la virtud como capacidad de acción frente a la contingencia y opuesto al discurso escatológico del cristianismo o del iusnatura-

des lettres et fondateur des empires, París, quai Saint-Michel, maison des cinq arcades (impr. de F. Gueffier), 1821.

²¹ “Ley aprobando la conducta del comandante de campaña”, 25 de enero de 1830, en *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810 hasta fin de diciembre de 1835*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, segunda parte, p. 1038.

²² Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995, pp. 74-77. A lo que se agregaría la restauración de una legalidad “destruida” con el fusilamiento de Manuel Dorrego en diciembre de 1828 por los seguidores del general Juan Lavalle (Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015, p. 205).

²³ Myers, *Orden y virtud*, p. 51.

²⁴ *Ibid.*, pp. 73-74. Véase, J.G.A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2003 [1975].

²⁵ Myers, *Orden y virtud*, p. 77.

²⁶ Myers, *Languages of politics*, p. 205.

²⁷ *Ibid.*, p. 209, nota 8. Para Myers, se trataría de una contradicción propia del discurso republicano que no buscaba coherencia teórica sino construir y mantener un orden político (*ibid.*).

lismo.²⁸ Sin embargo, en el rosismo la restauración de las leyes podría referir a un ideal republicano y católico (sin que esto significase subordinación a la Santa Sede) de la unanimidad en un orden político cuyo horizonte era el natural. Desde esta perspectiva, orden político artificial y orden moral trascendente (inscripto en última instancia en la misma Naturaleza) no se revelarían como instancias contradictorias. La Naturaleza remitiría a un orden ideal pervertido por una primera asociación que corrompió a los hombres. Por ello sería necesario crear un nuevo vínculo social. La dicotomía estado de naturaleza/sociedad se vuelve más compleja con tres instancias que permitirían repensar el orden político del rosismo: orden natural concebido como el paraíso perdido, orden social pervertido, orden social restaurado por las leyes de Rosas. El salvaje no sería el hombre natural sino el social, quien, personificado en el unitario, provocó la anarquía: “La anarquía no es el estado natural de las sociedades humanas, que teniendo en sí mismas el germen de su conservación [...], no pueden dejar de preferir las ventajas inmensurables del orden a las quimeras desastrosas del frenesí revolucionario”.²⁹

De esta forma, la restauración de las leyes implicaría la de un orden político en concordancia con el natural.

Tras la renuncia de Rosas en enero de 1832 —cuando la Legislatura no le renovó las facultades extraordinarias— y su expedición en 1833 contra los indios, el lenguaje republicano del rosismo se radicalizó con la incorporación del idioma religioso.³⁰ Desde la cam-

paña, Rosas explotó su ausencia generalizando, a través de sus redes personales, la figura de El Restaurador de las Leyes con el objetivo, como explica Marcela Ternavasio, de conquistar la opinión popular: “¡Viva Rosas el Padre de los Pobres y Restaurador de las Leyes!”, señala una de las proclamas que envió para su divulgación.³¹ Esta radicalización significó la sacralización del Restaurador y de su universo republicano. La Federación se volvió “santa”, los federales fieles a Rosas, “apóstolicos”, quienes enfrentaban no solo a los impíos unitarios sino también a los federales “cismáticos”, contrarios a la delegación de poderes extraordinarios y partidarios de una constitución provincial. El periódico de los apostólicos *El Restaurador de las Leyes*, la “Revolución de los Restauradores” (que en 1833 provocó la renuncia del gobernador Balcarce), el “Himno de los Restauradores”, la “Sociedad Popular Restauradora” (la organización de propaganda creada por Encarnación Ezcurra e integrada por fanáticos rosistas de la cual surgió la Mazorca para perseguir y atacar a los identificados como enemigos),³² se inscribían en una concepción unanimista e intransigente del orden, sinónimo de Rosas.

En 1835, luego del asesinato de Facundo Quiroga en Barranca Yaco, Rosas asumió su segundo gobierno con la suma del poder público otorgada por la Sala de Representantes bonaerense y ratificada por un plebiscito popular exigido por el gobernador, con la única restricción de “conservar, defender y proteger la Religión Católica Apostólica Romana” y la “Causa Nacional de la Federación”.³³ La restauración adquiría la forma de una regeneración de la sociedad bajo la utopía de un orden

²⁸ Pocock, *The Machiavellian Moment*.

²⁹ “Rasgos biográficos de la vida pública del Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas”, Buenos Aires, Honorable Sala de Representantes, 1842, en J. Myers, *Orden y virtud*, p. 302.

³⁰ Marcela Ternavasio, *Juan Manuel de Rosas. La forja de un líder político singular para una república de excepción*, (“La voz retirada”), en prensa. Agradezco a la autora por compartirme el manuscrito.

³¹ Citado en *ibid.*

³² Gabriel Di Meglio, “La Mazorca y el orden rosista”, *Prohistoria*, nº 12, 2009.

³³ “Ley nombrando al Brigadier Rosas, Gobernador y Capitán General de la Provincia”, 7 de marzo de 1835, en *Recopilación de las leyes*, *op. cit.*, p. 1345.

político y religioso en cuyo nombre se desplegarían la censura sobre la prensa, la obligatoriedad de la divisa punzó para funcionarios civiles y militares, y el Terror. Rosas no solo salvaba a la patria con su “sincero republicanismo”, sino que también cumplía una misión providencial: “Rara vez favorece a los pueblos la Divina Providencia con un presente tan precioso”.³⁴

El Restaurador de las Leyes ¿un dictador republicano?

El registro republicano de la necesidad concentrado en la fórmula ciceroniana *Ollis salus populi suprema lex esto* (la salud del pueblo es la ley suprema),³⁵ legitima un estado de excepción constitutivo de la Revolución y convertido en regla general para la acción: en nombre de la libertad en 1810, de la independencia a partir de 1816 y del orden con el rosismo. Si la salud del pueblo es la ley suprema, el orden de leyes republicano deviene indefectiblemente inestable porque esa ley, cuya invocación permite modificar cualquier otra, depende de su intérprete. En palabras de Montesquieu: “hay casos en los que, por un momento, se debe poner un velo a la libertad, del mismo modo que se ocultan las estatuas de los dioses”.³⁶

Desde la crisis monárquica que en el Río de la Plata se revela con la resistencia a las invasiones inglesas en 1806 y 1807, lo ordinario y lo extraordinario se vuelven difusos. Lo mismo sucede con la adopción de formas de gobierno,

que pueden combinar rasgos republicanos y monárquicos precisamente porque estas categorías no referían a modelos evidentes de organización política. La misma dictadura republicana pierde sentido cuando la excepción se extiende en el tiempo y el orden de leyes al que esa excepción remite es incierto. Si la salud del pueblo era la ley suprema, quienes la interpretaban podían modificarla legalmente apelando a situaciones de emergencia.³⁷ El gobierno de Rosas se caracterizaba de dictadura, la magistratura republicana extraordinaria no electiva para tiempos de excepción, como sosténían los publicistas del rosismo al comparar al gobernador con Cincinato: designado por el Senado dos veces dictador (en 460 a. C. y 438 a. C), la figura de Cincinato permitía articular un discurso republicano agrarista presentando a Rosas como “único verdadero campesino” y “único verdadero ciudadano”.³⁸ Pero el concepto de dictadura, utilizado en el primer gobierno de Rosas y luego eclipsado por los propios rosistas,³⁹ dificulta la comprensión del rosismo como forma de institución del orden.⁴⁰ Con la Revolución, las leyes daban forma a abstracciones políticas (el pueblo, la república, la patria), base de la nueva legitimidad política establecida contra un pasado monárquico sinónimo de dominación y arbitrariedad. Como los héroes de las independencias que daban un rostro a la comunidad política, Rosas, el héroe del Desierto, instituía mediante su autoridad (limitada con poderes extraordinarios renova-

³⁴ “Rasgos biográficos de la vida pública del Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas”, en Myers, *Orden y virtud*, p. 271.

³⁵ Cicerón, *Traité des Lois*, París, Les Belles Lettres, 1968, III, 8, pp. 84-85.

³⁶ Montesquieu, *De l'Esprit des Lois*, en *Œuvres Complètes*, vol. II, dir. Roger Caillois, París, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1951, libro XII, cap. XIX, p. 449.

³⁷ François Hinard (ed.), *Dictatures. Actes de la Table Ronde réunie à Paris les 27 et 28 février 1984*, París, De Boccard, 1988; José M. Mariluz Urquijo, “Aplicación del principio *Salus Populi suprema lex esto*. La crisis del Antiguo Régimen en el Río de la Plata”, *Revista de Historia del Derecho*, nº 20, 1992.

³⁸ JMyers, *Orden y virtud*, pp. 51-52.

³⁹ Ternavasio, *Juan Manuel de Rosas*, “La voz retirada”.

⁴⁰ Aunque como poder constituyente sí puede identificarse, en términos de Carl Schmitt, a la “dictadura soberana”, a diferencia de la dictadura comisarial de la Roma republicana (Carl Schmitt, *La dictature*, París, Seuil, 2000, pp. 184-222).

bles; ilimitada con la suma del poder público) un orden y una unidad en un contexto de fragmentación territorial.

La figura del Restaurador de las Leyes concentra una aporía del republicanismo: la idea de salvación de la comunidad política por un líder de quien depende el orden restaurado. Por encima de las leyes se sitúa su Restaurador en un escenario de emergencia, precariedad y amenazas continuas. Como recuerda Myers, entre 1829 (cuando comienza el gobierno rosista con las secuelas de la guerra con Brasil —1825 y 1828—) y 1848, siempre hubo guerra en la Argentina, ya sea interna o externa.⁴¹ En lugar de una dictadura republicana, que implica la excepción dentro de un orden legal, el rosismo remite a un orden dependiente menos de leyes que de la autoridad personal. Este orden puede caracterizarse de “autocracia republicana”: por un lado, se instituye a través de la autoridad de un líder. Por otro, esta autoridad no está fundada en la voluntad arbitraria del gobernante sino en leyes emanadas de la soberanía del pueblo, único principio de legitimidad política.⁴² La suma del poder público representaría una forma radical de autocracia republicana. Radical, porque Rosas gobierna ante un vacío constitucional funcional a su rol de restaurador: si una constitución impone límites y certidumbre sobre el orden de leyes, su ausencia perpetúa la fragilidad legal, habilitando la lógica de la excepcionalidad y de la

restauración de un orden utópico que se revela discrecional. El restaurador se convierte entonces en un imposible “rey republicano”,⁴³ y su legitimación anticipa argumentos del Segundo Imperio de Luis Bonaparte.⁴⁴

Más que una excentricidad o un enigma, Rosas se inscribe en la tradición del autoritarismo republicano. Según explica Bernard Manin, la *Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano* de 1789, condensado de los principios de las revoluciones modernas, conlleva la posibilidad de una deriva autoritaria. Buscando evitar el poder de una autoridad personal, refuerza la autoridad impersonal, absoluta e inflexible de la ley, entendida como la expresión de la voluntad general, y elaborada y ejecutada solo por los representantes. Como indican los artículos 4 y 5 de la *Declaración*, la ley determina los límites de la libertad y prohíbe “las acciones que son perjudiciales a la sociedad”. Estos límites y acciones están sujetos a la interpretación del legislador, “y nada protege las libertades individuales contra la posible usurpación de quienes hacen la ley”.⁴⁵ Ante situaciones consideradas excepcionales, el “legicentrismo” de las revoluciones modernas depende del poder ejecutivo que puede adaptar la ley a su voluntad.⁴⁶ Como con Augusto y Napoleón, la república de Rosas se basaba en el pasado para inventar una forma política novedosa. Esta república “bifronte”⁴⁷ del Restaurador de las Leyes permite así problematizar la propia naturaleza iliberal del republicanismo de las revoluciones modernas. □

⁴¹ Jorge Myers, *Orden y virtud*, p. 21.

⁴² Desarrollé este argumento en Gabriel Entin, “La autocracia republicana: San Martín y los gobiernos unipersonales en Río de la Plata, Chile y Perú durante las independencias (1816-1822)”, en S. O’Phelan (ed.), *Perú en los tiempos de la Gran Colombia*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2023. Sobre Rosas como “autécrata paternal”, Alejandro Agüero, “Republicanismo, Antigua Constitución o gobernanza doméstica. El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Debates, 5 de octubre de 2018, disponible en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/72795>.

⁴³ Ternavasio, *Juan Manuel de Rosas*, “La voz plebiscitada”.

⁴⁴ Tulio Halperin Donghi, “Republicanismo clásico y discurso republicano rosista”, en T. Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 83.

⁴⁵ Bernard Manin, “*Un voile sur la liberté*”. *La Révolution française, du libéralisme à la Terreur*, París, Hermann, 2025, pp. 31-32.

⁴⁶ Biancamaria Fontana, “Préface”, en *ibid.*, pp. 16-17.
⁴⁷ Myers, *Orden y virtud*, p. 107.

Bibliografía

- Agüero, Alejandro, “Republicanismo, Antigua Constitución o gobernanza doméstica. El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Debates, 5 de octubre de 2018, disponible en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/72795>.
- Belissa, Marc y Yannick Bosc, *Le Consulat de Bonaparte. La fabrique de l'État et la société propriétaire, 1799-1804*, París, La Fabrique, 2021.
- Botana, Natalio, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Boudon, Jacques-Olivier, *Napoléon, le dernier Romain*, París, Les Belles Lettres, 2021.
- Chénier, André, “Hermès”, en J. Derocquigny (ed.), *Poesies choisies de Andre Chenier*, Oxford, Clarendon Press, 1907, pp. 186-194.
- Cicerón, *Traité des Lois*, París, Les Belles Lettres, 1968, III, 8.
- Crook, John A., “Augustus: power, authority, achievement”, en A. Bowman, E. Champlin y A. Lintott (eds.), *The Cambridge ancient history, vol. X. The Augustan Empire, 43 B.C.-A.D. 69*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 117-123.
- De Lows, M., *Napoléon Bonaparte envisagé comme vainqueur des nations, restaurateur des lois, protecteur des lettres et fondateur des empires*, París, quai Saint-Michel, maison des cinq arcades (impr. de F. Gueffier), 1821.
- Di Meglio, Gabriel, “La Mazorca y el orden rosista”, *Prohistoria*, nº 12, 2009, pp. 69-90.
- Entin, Gabriel, “La autocracia republicana: San Martín y los gobiernos unipersonales en Río de la Plata, Chile y Perú durante las independencias (1816-1822)”, en S. O'Phelan (ed.), *Perú en los tiempos de la Gran Colombia*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2023, pp. 83-108.
- Farr, James y Clayton Roberts, “John Locke on the Glorious revolution: a rediscovered document”, *The Historical Journal*, vol. 2, nº 28, 1985, pp. 385-339.
- Fontana, Biancamaria, “Préface”, en B. Manin, *Un voile sur la liberté*. *La Révolution française, du libéralisme à la Terreur*, París, Hermann, 2025.
- Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.
- Halperin Donghi, Tulio, “Republicanismo clásico y discurso republicano rosista”, en T. Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Halperin Donghi, Tulio, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985 [1961]
- Hinard, François (ed.), *Dictatures. Actes de la Table Ronde réunie à Paris les 27 et 28 février 1984*, París, De Boccard, 1988.
- Hurlet, Frédéric, *Auguste. Les ambiguïtés du pouvoir*, París, Armand Colin, 2015.
- “Ley aprobando la conducta del comandante de campaña”, 25 de enero de 1830, en *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810 hasta fin de diciembre de 1835*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, segunda parte.
- “Ley nombrando al Brigadier Rosas, Gobernador y Capitán General de la Provincia”, 7 de marzo de 1835, en *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810 hasta fin de diciembre de 1835*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836, segunda parte.
- Liéby, Adolphe, *Étude sur le théâtre de Marie-Joseph Chénier*, París, Société française d'imprimérie et de librairie, 1901.
- Manin, Bernard, “*Un voile sur la liberté*”. *La Révolution française, du libéralisme à la Terreur*, París, Hermann, 2025.
- Mariluz Urquijo, José M., “Aplicación del principio *Salus Populi suprema lex esto*. La crisis del Antiguo Régimen en el Río de la Plata”, *Revista de Historia del Derecho*, nº 20, 1992, pp. 235-242.
- Montesquieu, *De l'Esprit des Lois*, en *Oeuvres Complètes*, vol. II, dir. Roger Caillois, París, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1951, libro XII, cap. xix.
- , *De l'Ésprit des Lois*, en *Oeuvres complètes*, vol. II, París, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1951, libro VII, cap. III; libro XIX, cap. III.
- Myers, Jorge, *Languages of politics: a study of republican discourse in Argentina from 1820 to 1852*, tesis de doctorado, Stanford University, enero de 1997.
- Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Pocock, J. G. A., *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2003 [1975].
- “Rasgos biográficos de la vida pública del Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas”, Buenos Aires, Honorable Sala de Representantes, 1842, en J. Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- “Rasgos biográficos de la vida pública del Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas”, en J. Myers, *Orden*

y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

Rousseau, Jean-Jacques, *Du Contrat Social*, en *Oeuvres complètes. Du Contrat Social. Écrits Politiques*, vol. III, París, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1964, libro II, caps. VI Y VII.

Rowell, Diana, *Paris: The 'New Rome' of Napoleon I*, Londres, Bloomsbury, 2012.

Schmitt, Carl, *La dictadura*, París, Seuil, 2000.

Ternavasio, Marcela, “La voz plebiscitada”; “La voz retirada”, en M. Ternavasio, *Juan Manuel de Rosas. La forja de un líder político singular para una república de excepción*, en prensa.

Yaya, Isabel, “Napoleon as a lawgiver: the renewal of an enlightened political motif for the iconographic program of the Louvre’s Cour Carrée”, *French History*, vol. 25, nº 3, 2011, pp. 316-336.

Resumen/Abstract

El Restaurador de las Leyes como problema republicano

El objetivo de este ensayo consiste en pensar el republicanismo del rosismo a partir del principal título asociado a Juan Manuel de Rosas durante sus gobiernos: El Restaurador de las Leyes. En la primera parte, se analiza la historia y los usos de este nombramiento. En la segunda, la idea de restauración como problema del rosismo a partir de una pregunta: ¿qué leyes restaura Rosas? Por último, se examina la dictadura republicana durante el rosismo indagando la relación entre orden legal y excepción. A partir de una reflexión sobre la república y la figura del líder erigido en legislador, se busca mostrar que, más que una paradoja, desde la Antigüedad romana en adelante la historia del republicanismo se relaciona también con el autoritarismo a través del problema del personalismo político.

Palabras clave: Republicanismo - Juan Manuel de Rosas - Restaurador de las Leyes – Autocracia republicana - Dictadura

The Restorer of Laws as a republican problem

The aim of this essay is to examine republicanism during *rosismo* throughout the main title associated with Juan Manuel de Rosas during his administrations: The Restorer of Laws. In the first part, it analyzes the history and uses of this designation. In the second part, it examines the idea of restoration as a problem of *rosismo* based on the question: which laws did Rosas restore? Finally, it examines the republican dictatorship during *rosismo* by investigating the relationship between legal order and exception. From a reflection on the republic and the figure of the leader as legislator, it seeks to show that, more than a paradox, from Roman antiquity onwards the history of republicanism is also related to authoritarianism through the problem of political personalism.

Keywords: Republicanism - Juan Manuel de Rosas - Restorer of laws - Republican autocracy - Dictatorship

¿Qué (no) leía Rosas?

*Un análisis político sobre la biblioteca personal del Restaurador**

Ignacio Zubizarreta

CONICET / Universidad Nacional de La Pampa / Universidad del CEMA

Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo

Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo o Civilización y Barbarie*, 1845.

La biografía de Juan Manuel de Rosas escrita por Raúl Fradkin y Jorge Gelman no condice a pies juntillas con el epígrafe en cuanto al carácter del personaje retratado.¹ Pero sus páginas tampoco desmienten por completo el hecho de que el Restaurador de las Leyes no destacó por su ilustración, ni por sus saberes librescos. Por el contrario, nunca ocultó su desagrado y desconfianza hacia las personas letradas, a las que solía asociar con el bando unitario. Se suele dar por sentado que, como señala Carlos Ibarguren, Rosas fue más que nada un autodidacta que sentía poco apego por las teorías y los libros y para quien “la vida tal cual era, en su fuerza elemental y áspera, fue su gran maestra”.² El Restaurador

interrumpió sus estudios a los trece años, y gran parte de su juventud transcurrió en las estancias familiares, donde fue perfilando el carácter de hombre rudo, de campaña, y adquiriendo a la vez diversos aprendizajes, lenguajes y códigos que utilizaría luego en su carrera política.³ Pero ¿fue realmente Rosas, como afirmaba Sarmiento, un hijo inculto de la culta Buenos Aires?

Horas después de su derrota en la batalla de Caseros (1852) y con la complicidad de Robert Gore, encargado de negocios del Reino Unido, Rosas, casi con lo puesto, logró escabullirse hacia Southampton. Detrás de sí dejaba, y para siempre, casi veinte años de gobierno, su enorme influencia política, miles de hectáreas pobladas con incontable ganado, un caserón en Palermo y, allí dentro, su biblioteca personal. Algo más de un mes después, el flamante ministro de Gobierno, Valentín Alsina, envió al también flamante y joven ministro de Instrucción Pública, Vi-

* Quisiera agradecer la atenta lectura y las sugerencias de Roberto Di Stefano, de los evaluadores y editores de *Prismas* y a Marcela Ternavasio por facilitarme material epistolar de Rosas para la conclusión de este trabajo.

¹ Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La Construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015.

² Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su tiempo, su drama*, Buenos Aires, La Facultad, 1930, pp. 203-207.

³ Marcela Ternavasio, *Correspondencia de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, p. 17.

cente Fidel López, un detallado listado de los libros, impresos y documentos hallados en la biblioteca de Palermo. Una parte importante de ese corpus correspondía a libros de la Biblioteca Pública (que Rosas habría tomado prestados). La totalidad de ese material sería finalmente entregado a dicho establecimiento —la futura Biblioteca Nacional—, por entonces bajo la dirección de Marcos Sastre.

En este breve trabajo me propongo realizar un análisis del contenido de la biblioteca de Juan Manuel de Rosas, hallada en Palermo tras la batalla de Caseros. Parto de tres supuestos. Primero, una biblioteca puede decir mucho acerca del pensamiento de su poseedor. Segundo, la biblioteca de Rosas pudo haber sido voluminosa en cantidad de ejemplares, pero adoleció de diversidad temática. Sería prematuro afirmar que la ausencia de determinada bibliografía implicó, sin más, el desconocimiento por parte de Rosas de su existencia o de su significado. Pero, de algún modo, no deja de reflejar su desinterés y desconfianza hacia la cultura letrada. Tercero, no existió un nexo directo entre el contenido de la biblioteca y el discurso republicano del rosismo analizado por Jorge Myers en *Orden y virtud*.⁴ Aunque no debiera haber existido forzosamente un vínculo directo entre ambos, puesto que, en buena medida, el discurso fue delegado a un círculo de letrados devotos a la causa rosista, ciertas “ausencias” de la biblioteca, en temáticas constitutivas del discurso republicano, merecen atención.

No podemos saber cuántos y cuáles libros leyó Rosas. Luego de interrumpir sus estudios, durante la década de 1820, alternó las faenas rurales con la carrera miliciana, y después de su designación, en diciembre de 1829, como gobernador de Buenos Aires, desplegó

una forma particular de ejercicio del poder. Su carácter meticuloso y personalista le impedía, en muchas ocasiones, delegar tareas en subalternos, acumulando así obligaciones que, probablemente, le absorbiesen el tiempo para el sosiego y la lectura de libros. Sin embargo, sabemos que dedicaba una parte importante de la jornada a leer y escribir correspondencia, lo que constituía su estilo comunicacional y un pilar de su forma de hacer política y de gobernar. Aunque pudo haber excepciones, en el epistolario y en los discursos del Restaurador no abundan las referencias a autores. Por ese motivo, la biblioteca que fue decomisada en Palermo (poco explorada y mencionada por la historiografía), permitiría entender qué libros y autores pudieron haber influido en el pensamiento y en la política de Rosas.

A mediados del siglo XIX, casi todos los miembros de la élite porteña contaban con una biblioteca. Modesta o considerable, aportaba estatus y cierto capital intelectual. La Ilustración significó una revolución lectora en el siglo XVIII en Europa y América: las tiradas de libros fueron masivas y baratas. Prosperaron las sociedades literarias, las bibliotecas de préstamo, mientras se revitalizaban las públicas, las universitarias y las privadas.⁵ En el siglo XIX esa tendencia se consolidó y se multiplicaron periódicos y revistas. Con las revoluciones, la lectura y la instrucción fueron consideradas vitales para la opinión pública y la vida republicana. En Hispanoamérica ese proceso fue más lento: si gracias a la emancipación de España se logró eludir el control y la censura del gobierno y de la Inquisición, las continuas guerras volvieron inestable y di-

⁴ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

⁵ Reinhard Wittmann, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, en G. Cavallo y R. Charrier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid, 1998.

fícil cualquier forma de acumulación libresca, ya fuera estatal o particular.⁶

A diferencia del período colonial, es escasa la historiografía sobre las bibliotecas tras las independencias. Para Domingo Buonocore, a partir del cierre de la biblioteca de Marcos Sastre en 1837 y hasta después de Caseros se vivió una verdadera “crisis bibliográfica”. La más importante producción editorial y literaria del Río de la Plata durante el rosismo se produjo desde el exilio.⁷ En ese contexto de estancamiento, se destacaron dos bibliotecas privadas: la de Saturnino Segurola y la de Pedro de Angelis.⁸ En cambio, la biblioteca pública de Buenos Aires fue desfinanciada luego de los años “felices” de los tiempos rivadavianos.⁹ Para Nicola Miller, los géneros presentes en las bibliotecas hispanoamericanas de la primera mitad del siglo XIX fueron historia, novelística, ensayos de filosofía y de catequesis, junto con libros devocionales, almanques, manuales de etiqueta, guías de viaje, misceláneas, diccionarios y encyclopedias, gramáticas y biografías patrióticas.¹⁰

El corpus de libros que se encontraba en la biblioteca de Rosas representaba el promedio para un hombre público de la élite de Buenos Aires. Poco se sabe sobre cómo se fue confor-

mando esta biblioteca. Julio C. González, en uno de los raros trabajos que tocaron la cuestión, considera que probablemente el Restaurador tuvo escasa injerencia en este proceso.¹¹ Conjetura que pudieron haber intervenido algunos de los letrados que lo asesoraban, como Pedro de Angelis o Nicolás Mariño. En este sentido, la biblioteca de Rosas no fue quizás tan “privada”, y pudo haber servido como acervo bibliográfico y documental para funcionarios de su círculo íntimo, en la redacción de memorias e informes. Así, la biblioteca no solo habría nutrido la lectura del gobernador bonaerense, sino que también fue utilizada para la gobernanza y el aparato de comunicación del régimen.

En la casona de Palermo se atesoraban algo más de cuatrocientos volúmenes, en muchos casos obras de varios tomos.¹² Los ejemplares en español eran abrumadoramente mayoritarios, un dato llamativo en un mercado global donde predominaban los libros en francés y en menor medida en inglés.¹³ En la rama del derecho (62 volúmenes) destacaban autores conservadores como Johann L. Klübler —jurista prusiano que colaboró en la organización del Congreso de Viena—, y otros clásicos que escribieron sobre el derecho natural y de gentes, como el alemán Samuel Pufendorf o el neerlandés Hugo Grocio, autor del *Derecho de la Paz y de la Guerra*. En el ámbito de la diplomacia (43 volúmenes) figuran tratados de paz de potencias europeas y manuales y códigos diplomáticos.

⁶ Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*, Lima, Fondo Editorial, 2018, p. 12.

⁷ Domingo Buonocore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, El Ateneo, 1944.

⁸ Pablo Buchbinder, “Vicente Quesada, la Biblioteca Pública de Buenos Aires y la construcción de un espacio para la práctica y sociabilidad de los letrados”, en C. Aguirre y R. D. Salvatore, *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*, Lima, Fondo Editorial, 2018, p 150.

⁹ Alejandro E. Parada, *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2009.

¹⁰ Nicola Miller, *Republic of Knowledge. Nations of the Future in Latin America*, New Jersey, Princeton University Press, 2020, p. 63.

¹¹ Julio César González, “La biblioteca hallada en la casa de gobierno después de Caseros”, *Anuario de Historia Argentina*, año 1941, Sociedad de Historia Argentina, 1942.

¹² El documento original con el listado de libros requisados se encuentra en el Archivo General de la Nación, Buenos Aires, división nacional, sección gobierno, Estado de Buenos Aires, Gobierno, t. VI, 1852, nrs. 431-540.

¹³ Nos quedará la duda acerca de si varias de las obras que figuran en el listado pudieron haber estado publicadas en otros idiomas y el escribiente que llevó a cabo la tarea transcribió sus títulos al español.

La biblioteca también estaba integrada por libros de política (24 volúmenes, entre ellos sobre parlamentarismo y legislación). Figuran también literatura de guerra (23 volúmenes), reglamentos para ejercicios militares, tratados de táctica de infantería y memorias históricas de batallas independentistas. Son pocas las obras referidas a idiomas (5 volúmenes): contiene una de arte y vocabulario de la lengua quechua y una gramática francesa. La colección se compone además de un corpus sobre filosofía y literatura (29 volúmenes), con tomos de Quevedo y Fenelón y un puñado de obras clásicas (Luciano de Samosata, Horacio y Virgilio). Más nutridos se encontraban los anaquelos que contenían relatos de viajeros (94 volúmenes); por ejemplo, del naturalista prusiano Alexander von Humboldt y los viajes de James Cook y de otros aventureros que exploraron territorio americano. Una parte de la biblioteca estaba dedicada a Estados Unidos (15 volúmenes): los *Federalist Papers*, los *Debates de Virginia* (que sentaron las bases de los discursos esclavistas y antiesclavistas precursores de la Guerra Civil), la Constitución de Estados Unidos y los *diarios de la Convención de Filadelfia*, base de la Constitución de 1787. Otra parte se componía de bibliografía sobre historia (42 volúmenes): *La Revolución de las Provincias Unidas*, la historia de Chile, de los Estados Unidos, la Revolución de España, la *Historia de Carlos XII rey de Suecia*, la Inquisición, la vida de Napoleón y la historia del Paraguay, entre otras.

Los temas “americanos y rioplatenses” forman una parte modesta del acervo documental (26 volúmenes), con obras sobre Paraguay, las islas Malvinas, la Banda Oriental, la América Meridional, etc. También es escueta la literatura sobre economía política (9 volúmenes), donde aparecen el *Informe de la Sociedad Económica de Madrid* —del ilustrado asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos— y *El Código de Comercio de Francia* aprobado por Napoleón en 1807. Se destaca en esta sec-

ción la *Economía Política* del francés Jean-Baptiste Say, única presencia del liberalismo económico. El inventario mostró una escasa cantidad de libros de ciencia y sociedad (5 volúmenes): un trabajo sobre emigración francesa, las *Noticias sobre el megaterium* y las *Memorias de los Anticuarios del Norte*. Estas últimas tomaron relevancia porque a través de la filtración de una caja enviada a Rosas en marzo de 1841 por la Sociedad de Anticuarios del Norte se introdujo en Palermo la célebre “máquina infernal”, por medio de la cual los exiliados antirrosistas realizaron un fallido intento de magnicidio del gobernador.¹⁴

Entre otros libros de la biblioteca se observan siete volúmenes sobre geografía junto a una sección de planos de Montevideo, Río Grande del Sur, el estrecho de Magallanes, la América Meridional, y las provincias de Tucumán y de Santa Fe; campos del sur de Buenos Aires y del Río Negro, localidades de Bragado, Mulitas, Frontera y otras. La biblioteca incluía también obras y documentos producidos por la Confederación y relacionados con asuntos de administración y propaganda, lo que refuerza la idea de que el acervo bibliográfico pudo haber sido funcional a la secretaría de gobierno. Entre estos libros había ejemplares del *Archivo Americano*, mensajes de gobierno, registros oficiales, recopilaciones de leyes y decretos, memorias de la Hacienda Pública, apéndices del *Memorial ajustado*, presupuestos generales de gastos y sueldos, aranceles generales y guías de aduana, informes de comisiones de demarcación fronteriza, como la “Memoria histórica sobre los derechos de la Confederación Argentina a la parte austral del continente americano”. Una de las secciones estaba dedicada a las hagiografías del Restaurador (337 ejemplares), donde figuran el *En-*

¹⁴ Sobre este tema, véase Ignacio Zubizarreta, “Variables conspirativas contra el régimen de Juan Manuel de Rosas: entre imaginarios y prácticas (1829-1852)”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 2, 2018.

sayo histórico de la vida de Rosas (1830) o los *Rasgos de la vida pública de Rosas* (1842).

La biblioteca de Rosas no era variada si se la compara con muchas de las que existían por entonces. No abundó en ella la literatura, ni clásica ni contemporánea. Llama la atención la ausencia de clásicos de la economía política (Filangieri, Constant, Sismondi, etc.), de la Ilustración francesa (Montesquieu, Diderot, Rousseau) y de la española (excepto Jovellanos). Con respecto al pensamiento liberal, solo encontramos a Jean-Baptiste Say, pero nada de Ricardo, Smith, Malthus, o fisiócratas como Quesney o Turgot. Tampoco se encuentran autores del utilitarismo inglés (Mill y Bentham), ni obras literarias del Romanticismo o del socialismo europeo o americano. No abundan libros de carácter religioso, como devocionarios u obras doctrinarias o teológicas. No destacan los impresos sobre ciencias físicas y naturales, tan difundidos en la época, ni sobre ciencias aplicadas, que tuvieron relevancia en las bibliotecas de Rivadavia, Bolívar, De Angelis y otros líderes políticos y letrados.¹⁵ Los ejemplares sobre transportes, industria, minería, hidráulica, fertilización, etc., están ausentes, al igual que los de agricultura y ganadería, algo llamativo considerando la actividad de Rosas como hacendado.

Si nos detenemos en la relación entre el contenido de la biblioteca y el discurso republicano del rosismo, llegaremos a la conclusión de que existen pocos vínculos. Para Myers, el lenguaje político del régimen de Rosas fue esencialmente republicano, y se ex-

presó de forma pública a través de la prensa que le fue devota.¹⁶ Dentro de este abanico discursivo existieron algunos tropos recurrentes que tuvieron, en la mayoría de los casos, usos políticos específicos. Por ejemplo, el agrarismo republicano, omnipresente en la retórica de la prensa rosista, no se ve reflejado en la biblioteca. En efecto, hay una llamativa ausencia de bibliografía clásica referida a ese tópico (Salustio, Cicerón, Plutarco). En relación con otras temáticas presentes en el discurso rosista, como el rol del gobernador bonaerense en tanto “Restaurador de las Leyes”, sí existió un corpus en su biblioteca sobre derecho, de tono conservador y en sintonía con el retorno a la legalidad y la sumisión social a un orden jerárquicamente establecido. Respecto de la retórica del régimen en defensa de la ortodoxia católica y de la Iglesia como bastión del conservadurismo, en cambio, la biblioteca tiene poco para ofrecer. La escasez de literatura sobre federalismo, sobre constitucionalismo o sobre política teórica resulta bastante coherente con lo que Myers señala como uno de los rasgos distintivos del pensamiento rosista y que lo aproxima a la ideología burkeana, es decir, la primacía de la práctica y de lo empírico por sobre la teoría.¹⁷ Rosas, al igual que Burke —ausente de la biblioteca—, desconfiaba de la posibilidad de modificar el transcurso y la dinámica de la sociedad a través de la imposición de modelos y medidas exógenas y extemporáneas (lo que achacaba continuamente a los unitarios). La ausencia de obras del republicanismo clásico es un dato curioso considerando la omnipresencia del discurso republicano en la prensa oficialista del rosismo.

¹⁵ Para el detalle de los libros que componían la biblioteca de Bernardino Rivadavia, véase Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo* (Tomo tercero), Buenos Aires, Editores Peuser, 1943; sobre Bolívar, recomendamos Manuel Pérez Vila, *Los libros en la Colonia y en la Independencia*, Caracas, Imprenta Nacional, 1970, especialmente el capítulo dos: “Bolívar y los libros”; sobre De Angelis, véase Josefa Emilia Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina: ensayo biobibliográfico*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1995.

¹⁶ Myers, *Orden y virtud*, pp. 13-14.

¹⁷ “Burkeana” por el escritor británico Edmund Burke (1729-1794), uno de los primeros pensadores que sostén la liberalismo económico con el conservadurismo moral y religioso. Fue un acérrimo enemigo de la Revolución francesa, pues se oponía a todo cambio social radical. La referencia de Myers sobre Burke se encuentra en: Myers, *Orden y virtud*, p. 93.

Para concluir, si ya aclaramos qué contenía la biblioteca de Rosas, si también avanzamos en la idea de que careció de diversidad temática y pudo haber funcionado de soporte material en la secretaría en Palermo, nos queda responder un último interrogante: ¿Qué leía el Restaurador? Principalmente, correspondencia. Pero es probable que también leyera prensa, tanto adicta como opositora. Y en ella, a los autores del momento. No obstante, queda la duda sobre cuáles ejemplares de su biblioteca efectivamente leyó. Poco sabemos en relación con la suerte que le deparó a la colección de libros requisada en 1852.¹⁸ El hallazgo físico de algunos ejemplares podría haber facilitado la indagación de sus modos de lectura. Podemos suponer que Rosas no fue un lector profuso. En una carta a su amigo José María Roxas y Patrón desde el exilio, confesaba: “(he) leído tan poco en libros durante mi vida”, y argumentaba: “es preciso que lo que yo lea sea muy interesante, o muy importante, o muy necesario, para que pueda continuar leyendo sin dormirme, una, dos, o más horas”.¹⁹ Si le resultaba difícil leer literatura en la apacible vida de exiliado en Southampton, puede deducirse que le debió haber costado más durante los álgidos años en que dirigió los destinos de la Confederación. En definitiva, el liderazgo de Rosas no dependió de sus saberes librescos, sino, evidentemente, de su saber político y de su personalidad. □

Bibliografía

- Aguirre, Carlos y Ricardo D. Salvatore (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*, Lima, Fondo Editorial, 2018.
- Buchbinder, Pablo, “Vicente Quesada, la Biblioteca Pública de Buenos Aires y la construcción de un espacio para la práctica y sociabilidad de los letreados”, en C. Aguirre y R. D. Salvatore (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*, Lima, Fondo Editorial, 2018.
- Buonocore, Domingo, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, El Ateneo, 1944.
- Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La Construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.
- Ibarguren, Carlos, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su tiempo, su drama*, Buenos Aires, La Facultad, 1930.
- Miller, Nicola, *Republic of Knowledge. Nations of the Future in Latin America*, New Jersey, Princeton University Press, 2020.
- Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Parada, Alejandro E., *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2009.
- Pérez Vila, Manuel, *Los libros en la Colonia y en la Independencia*, Caracas, Imprenta Nacional, 1970.
- Piccirilli, Ricardo, *Rivadavia y su tiempo* (Tomo tercero), Buenos Aires, Editores Peuser, 1943, pp. 419-427.
- Sabor, Josefa Emilia, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina: ensayo bio-bibliográfico*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1995.
- Ternavasio, Marcela, *Correspondencia de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- Ternavasio, Marcela, *La correspondencia de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- Wittmann, Reinhard, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, en G. Cavallo y R. Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid, 1998, pp. 437-472.

¹⁸ Lamentablemente, resultó infructuosa la consulta a los bibliotecarios del Tesoro de la Biblioteca Nacional y de la sección Archivos y Colecciones.

¹⁹ J. M. de Rosas a J. M. Roxas y Patrón, Southampton, 3 de octubre de 1862, en: Marcela Ternavasio, *La correspondencia de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 224-225.

Resumen/Abstract

¿Qué (no) leía Rosas? Un análisis político sobre la biblioteca personal del Restaurador

Este artículo examina la biblioteca personal de Juan Manuel de Rosas decomisada en Palermo luego de la batalla de Caseros (1852). El análisis del acervo revela una colección considerable (más de 400 volúmenes) pero de poca diversidad temática, en comparación con otras de su tiempo. Se propone que esta biblioteca pudo haber fungido más como una herramienta administrativa para el aparato de gobierno que como una fuente de lectura personal. Ofrecemos, también, una reflexión sobre los volúmenes alojados en su biblioteca, entre ellos, tratados, mapas y periódicos diversos. Aunque resulte imposible saber cuántos libros leyó Rosas —quien personalmente confesó poco interés por la lectura—, buscaremos indagar si su biblioteca pudo haber servido de inspiración o marco referencial tanto para su actuación pública como para la generación de discursos (mayormente de tinte conservador y republicano) propalados desde la prensa adicta a su figura. Concluimos que la morfología de la biblioteca compatibiliza mejor con un tipo de liderazgo que no dependió de saberes librescos, sino de experiencias concretas y de un notable pragmatismo político.

Palabras claves: Biblioteca - Juan Manuel de Rosas - Lectura personal - Discurso político - Republicanismo

What did Rosas (not) read? A political analysis of the Restorer's personal library

This article examines Juan Manuel de Rosas' personal library, confiscated in Palermo after the Battle of Caseros (1852). The analysis of the collection reveals a considerable number of volumes (more than 400), but little thematic diversity compared to other libraries of the time.

It is suggested that this library may have served more as an administrative tool for the government apparatus than as a source of personal reading. We also offer a reflection on the volumes housed in his library, including treatises, maps, and various newspapers. Although it is impossible to know how many books Rosas read—he personally confessed to having little interest in reading—we will seek to investigate whether his library could have served as inspiration or a frame of reference both for his public actions and for the generation of discourses (mostly conservative and republican in tone) propagated by the press loyal to him. We conclude that the morphology of the library is more compatible with a type of leadership that did not depend on book knowledge, but rather on concrete experiences and remarkable political pragmatism.

Keywords: Library - Juan Manuel de Rosas - Personal reading - Political discourse - Republicanism

Republicanismo y esclavitud en “el tiempo de Rosas”

Hojeando un ejemplar de La Gaceta Mercantil

Magdalena Candiotti

CONICET / Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional del Litoral

En octubre de 1833, un ciudadano bajo el seudónimo de *Verdadero Republicano* escribió una carta al director de *La Gaceta Mercantil*, el principal periódico de Buenos Aires de esos años. Informaba que en el número 48 de la calle de la Paz, en la zapatería de un alemán, se encontraba un esclavo llamado Gabriel, trabajando “con un par de grillos, amarrado, bien clavado a una pared con una fuerte cadena”.¹ El “delito” del cautivo —aseguraba— era haber solicitado una carta de libertad: “El deseo de librarse de las garras de este monstruo” era “todo su crimen”. El *Verdadero Republicano* (en adelante VR) pedía a la policía “extender las alas protectoras de la libertad a este infeliz argentino” y trazaba así un sutil pero claro contraste entre el desdichado esclavo argentino y el feroz amo extranjero. Pedía que este último fuera castigado “por falta de humanidad y por el atentado cometido a la vista y paciencia de este gran pueblo”.² Consideraba inadmisible esa postal de coerción “en la Tierra Santa de la Libertad, en la República Argentina, en la ciudad de Buenos Aires”.³

¿Eran la República Argentina o Buenos Aires una “Tierra Santa de la Libertad” hacia 1833? Si la esclavitud continuaba siendo legal ¿por qué el *Verdadero Republicano* postulaba a la Argentina como una tierra de libertad e intervenía en la esfera pública en nombre de su republicanismo? El telón de fondo de la carta tenía diversas capas. En primer lugar, la tradición de considerar a la esclavitud como un asunto terminado, a pesar de su plena vigencia. Prácticamente desde 1812 y 1813 las élites rioplatenses hablaban de la institución esclavista en pasado, como un problema ya resuelto a través de las leyes de abolición gradual. En mayo de 1812 se había prohibido la trata transatlántica de esclavos, en nombre de la “aflijida humanidad”. En adelante, los barcos que hasta entonces habían ingresado a casi 200.000 africanos esclavizados a la región ya no podrían recalcar en el puerto de Buenos Aires.⁴ En febrero del año siguiente, la Asamblea Constituyente convocada para declarar la in-

¹ *La Gaceta Mercantil*, nº 3103, 3 de octubre de 1833, p. 3.

² *Ibid.* Énfasis añadido.

³ *Ibid.*

⁴ Sobre el tráfico de esclavos hacia el Río de la Plata, véase Alex Borucki, “250 años de tráfico de esclavos hacia el Río de la Plata. De la fundación de Buenos Aires a los ‘colonos’ africanos de Montevideo, 1585-1835”, *Claves. Revista de Historia*, vol. 7, nº 12, enero-junio 2021. Sobre estas leyes y el proceso de abolición gradual, véase Magdalena Candiotti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

dependencia y establecer una nueva constitución no logró ninguno de estos objetivos, pero sí decretó la “libertad para los hijos de las esclavas”. Un mes más tarde, un reglamento detalló las condiciones de esa libertad y estableció que los infantes nacidos después del 31 de enero de 1813 serían “libertos”, es decir, libres pero manumitidos. Como tales, quedaban en deuda con los amos de sus madres y bajo su *patronato* durante dos décadas.⁵ Debían trabajar gratis para ellos y sus servicios —y por tanto sus cuerpos— podían venderse o heredarse por decisión de esos patronos. A pesar de este fuerte límite a la libertad de las nuevas generaciones de afroargentinos, las élites políticas se visualizaron a sí mismas y se postularon como paladines de la libertad, alineadas con las naciones más liberales y filantrópicas por su compromiso antiesclavista. En esta tradición de autocelebración del antiesclavismo rioplatense se inscribía, y podía entenderse, la retórica entre incendiaria y ofendida del *Verdadero Republicano*.

Esta especie de ceguera hacia la esclavitud material de miles de personas contrastaba con el hecho de que la mayor parte de quienes enunciaban esos discursos eran propietarios de esclavos. Las páginas de *La Gaceta Mercantil* eran un exponente patente de esta ceguera selectiva.⁶ En el número 3103 del jueves

3 de octubre de 1833, justo antes de que el *Verdadero Republicano* llamara a la República Argentina “Tierra Santa de la Libertad”, se podía leer lo siguiente “Aviso importante. Joven, sin vicios ni enfermedades conocidas, recién llegado de Tucumán, aparentemente para campo, en el pueblo de servicio general, se vende en la calle Venezuela 148”. En las páginas siguientes se anunciaba la venta de un “criado, carpintero, sano y sin vicios, conocidos, de edad, de 22 años, propio para todo trabajo y aserrador en cantidad 1600 pesos”. Un poco más adelante, se ofrecía una gratificación de 50 pesos por noticias ciertas sobre “una mulata esclava llamada Leonarda [...] baja, color ballo, bastante fea de rostro, pelo crespo, trenzas cortas y se ha fugado *muy embarazada* que a la fecha debe haber parido”.⁷ En la cotidianidad de la ciudad, la presencia, el comercio e incluso las precarias estrategias de libertad de los miles de personas esclavizadas eran omnipresentes. La “paciencia del pueblo” hacia la esclavitud estaba lejos de ser desafiada solo por el zapatero extranjero.

Otra capa que hacía inteligibles los términos del conflicto entre el *Verdadero Republicano* y el zapatero es la movilización del lenguaje republicano. Como Jorge Myers mostró, este fue un elemento retórico clave en los años del rosismo con su énfasis en elementos de la tradición clásica como el agrarismo, la ingeniería catilinaria, el americanismo y el vocabulario de virtud ciudadana y dictadura para jus-

⁵ El patronato fue la institución legal que reguló la relación entre los hijos de las esclavas y los amos de estas. El llamado “Reglamento para educación y servicio de los libertos” (1813) aseguró la *dominica potestas* de los patronos sobre los libertos (en detrimento de la *patria potestas* de madres y padres). Con los años, gobiernos y jueces fueron definiendo los alcances y duración de esos derechos y deberes mutuos. Candiotti, *Una historia de la emancipación negra*.

⁶ *La Gaceta Mercantil* se fundó en 1823, y desde julio de 1826 su título incorporó la leyenda *Diario comercial, político y literario*. Se publicó hasta el 3 de febrero de 1852 “día de la memorable batalla de Caseros, en que dejó de existir juntamente con la dictadura de don Juan Manuel de Rosas. El último número [...] no se repartió porque todos los ciudadanos echaban sobre las armas, unos combatiendo en Caseros y otros acantonados en

esta ciudad”, asegura Antonio Zinny, *La Gaceta Mercantil de Buenos Aires. 1823-1852*, tomo I, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1912, p. 1. En sus casi treinta años, *La Gaceta Mercantil* tuvo varios editores (entre ellos Pedro de Angelis) y varias etapas. Si bien comenzó como una publicación eminentemente mercantil, en los años del rosismo fue adoptando mayor contenido político. Desde 1836 incorporó al encabezado de sus tapas la leyenda ¡Viva la Federación! Fue la principal publicación oficialista en los años del rosismo.

⁷ *La Gaceta Mercantil*, nº 3103, 3 de octubre de 1833, p. 2 (énfasis agregado).

tificar los poderes excepcionales. Junto a estos sentidos, es importante señalar que el lenguaje republicano también gravitó en las actitudes hacia la esclavitud y la diferencia racial.⁸ Desde el proceso independentista, el republicanismo fue ligado retóricamente a las ideas de emancipación de las personas esclavizadas y de armonía racial, como contracaras del dominio colonial signado por el comercio esclavista y las jerarquías de castas.⁹

El *Verdadero Republicano*, al denunciar la violencia y el castigo excesivo a un cautivo movilizó precisamente esta dimensión del republicanismo, y alimentó la práctica de asociarlo con el antiesclavismo (gradual). La gravitación de estas ideas era tan clave que cuando dos días más tarde el zapatero respondió a las imputaciones, lo hizo cuestionando el republicanismo de su acusador. En su carta, publicada tanto en *La Gaceta Mercantil* como en el *Diario de la Tarde*, sin dar su nombre, explicó que era [norte] “americano” —y no alemán— y con ironía acusó a su oponente de querer “transformar la propiedad de otro (*estimulado por su gran y verdadero republicanismo*) en propiedad suya”.¹⁰ Adujo que el *Verdadero Republicano* era uno de esos hombres “enmascarados, viles, culpables monstruos, embusteros, calumniadores [...] que no están contentos con ninguna libertad, ni religión, que no les permita robar con impunidad, y vivir en la ociosidad”.¹¹ Mientras que para el *Verdadero Republicano* el zapatero extranjero era “un monstruo” que había actuado a con-

tramoño de la sensibilidad filantrópica y el republicanismo argentinos, para el artesano, su acusador era un oportunista que invocaba falsamente el republicanismo para hacerse de propiedad ajena.

Como señalamos, no solo una sensibilidad favorable al fin de la esclavitud se asociaba al republicanismo, también una inclinada a la igualación racial. Dos días antes del conflicto entre el *Verdadero Republicano* y el zapatero, los soldados negros del cuerpo de “Defensores de Buenos Aires y los milicianos del regimiento primero de campaña” habían publicado una carta en la misma *Gaceta Mercantil*. Se quejaban de no haber sido desmovilizados y denunciaban los privilegios dados al cuerpo de Patricios en este sentido. “En un país Republicano —afirmaban— no los hay [privilegios], todos somos iguales; reclamamos, pues, del gobierno esa igualdad y demandamos su acción”.¹² En pleno conflicto entre apostólicos y cismáticos, el republicanismo era traído a la lid para expresar esas expectativas de igualdad y justicia racial.

Una tercera capa daba sentido al intenso intercambio epistolar entre el *Verdadero Republicano* y el zapatero: estaba formada por las decisiones y las políticas de Rosas de cara a la institución esclavista. ¿Acaso su gobierno estaba convirtiendo a Buenos Aires en la mentada “tierra santa de la libertad” para africanos y afrodescendientes? La respuesta a esta pregunta no puede ser lineal. Por un lado, Rosas fue propietario de numerosos esclavos y no solo como heredero y administrador de las estancias familiares. Al menos hasta 1826 participó personal y activamente del mercado esclavista. Ese año adquirió seis esclavos en la ciudad de Santa Fe.¹³ En la década siguiente, no obstante, el peso de la mano de

⁸ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

⁹ Marixa Lasso, *Mitos de la armonía racial. Raza y republicanismo en la era de la revolución. 1795-1831*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2013; James Sanders, *Republicanos indóciles. Política popular, raza y clase en Colombia, siglo XIX*, Bogotá, Plural, 2017; Candioti, *Una historia de la emancipación negra*.

¹⁰ *La Gaceta Mercantil*, nº 3105, 5 de octubre de 1833, p. 2 (énfasis agregado).

¹¹ *Ibid.*

¹² *La Gaceta Mercantil*, nº 3101, 1º de octubre de 1833, p. 2.

¹³ Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, Santa Fe, Escrituras Públicas, tom. 24.

obra cautiva en sus estancias fue disminuyendo y muchos antiguos esclavizados continuaron trabajando allí como peones asalariados.¹⁴ La transformación no se debió solo a una (posible) decisión personal. La situación general de escasez de fuerza de trabajo, agudizada desde 1813 por los reclutamientos forzados, y las posibilidades de huida y posterior contratación como trabajadores libres habían “relajado la obediencia” de la población de color (como observaba Pedro de Angelis), al tiempo que habían mejorado sus posibilidades de negociación y libertad.¹⁵

Además de la posesión de cautivos, una ley del rosismo fue calificada como una reapertura del tráfico esclavista.¹⁶ Cuando en 1813 la Asamblea ratificó la prohibición de la trata, adoptó el llamado “principio de suelo libre” que establecía que toda persona esclavizada sería libre al ingresar al país. La regla fue modificada en 1814 para excluir a aquellos esclavos fugados (por presiones del Brasil) y a los sirvientes de ciudadanos extranjeros, quienes podrían conservarlos tras ingresar al país, siempre que no los comercializaran.¹⁷ En 1831, el gobierno delegado de Juan Manuel de Rosas, “usando de las facultades ordina-

rias y extraordinarias de que se halla[ba] investido”, autorizó tales ventas.¹⁸ La medida estuvo vigente hasta que en 1833 el gobernador Juan José Viamonte reinstaló la prohibición asegurando que se estaban introduciendo por el puerto “negros esclavos de la costa de África” con el pretexto de ser sirvientes de extranjeros. Es difícil medir si ese permiso temporal redundó en un ingreso masivo de esclavizados. No hallamos procesos judiciales que lo hayan investigado ni la evolución de las compraventas lo sugiere. De todas formas, la medida no había sido especialmente favorable al fin de la esclavitud.

Por otro lado, otras tres líneas de acción de Rosas, si bien no promovieron directamente la abolición fueron sensibles a la población afroporteña tanto libre como esclavizada. En primer lugar, la inclusión retórica y práctica de las “naciones africanas” en la liturgia patriota pública, así como la participación personal y familiar de los Rosas en los bailes y toques organizados por estas. Esos gestos implicaban una legitimación de las prácticas culturales y las formas de celebración y organización de ese sector de la población, y es plausible que redundaran en apoyos al gobernador.

Una segunda política involucró de forma particular a los libertos, es decir, a las nuevas generaciones nacidas luego de la ley de vientre libre y dejadas bajo el patronato de los amos de sus madres. Este particular estatus entre la libertad y la dependencia generó un abanico de situaciones complejas en torno al cuidado y sostén de las infancias, a los beneficiarios de su trabajo, a la (im)posibilidad de convivencia con sus padres, a la comercialización de sus servicios, entre otros. Muchos padres y madres recurrieron a la justicia o a la policía para proteger a sus hijos. Otros resis-

¹⁴ Jorge Gelman, “El fracaso de los sistemas coactivos de trabajo rural en Buenos Aires bajo el rosismo, algunas explicaciones preliminares”, *Revista de Indias*, vol. 59, nº 215, 1999.

¹⁵ Pedro de Angelis, *Ensayo histórico sobre la vida del Exmo. Sr. D. Juan Manuel de Rosas, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1830, p. 7. Sobre la evolución de la mano de obra esclavizada véase, Gelman “El fracaso...”; Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham, Duke University Press, 2003; Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo*, Buenos Aires, Edhsa, 2015; Candioti, *Una historia de la emancipación negra*.

¹⁶ George R. Andrews, *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1989.

¹⁷ *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo II, Buenos Aires, La República, 1879, 3 de septiembre de 1824, p. 65.

¹⁸ *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires (Ropba)*, Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1831, p. 79 (decreto firmado por Juan José Anchorena, Juan Ramón Balcarce y Manuel García).

tieron de modo directo las aristas más violentas, por ejemplo huyendo. No era raro que buscaran auxilio en “los Santos Lugares de Rosas” o entre conspicuos rosistas, lo que daba cuenta de la circulación de rumores sobre el probable amparo del gobierno a la causa de los esclavos y libertos.¹⁹

En febrero de 1831 Rosas ordenó empadronar a todos los libertos para crear un batallón especial. Con ellos, Rosas emprendió la denominada “campaña al desierto” en 1833, una vez que no aceptó su reelección sin facultades extraordinarias. Al reclutarlos y permitir que cumplieran las obligaciones como libertos a través del servicio en las armas, Rosas habilitaba el acceso al prestigio militar a una nueva generación de afroportenos. Si bien el trabajo era arriesgado, para muchos resultaba preferible al servicio doméstico gratis o en talleres o en la calle. Rosas comprendía bien las implicancias de esta política. Por ello, mientras estaba en campaña, pedía a su secretario, a Encarnación y a su cuñada que hicieran propaganda al respecto. “A las madres y patronos de los libertos dígales Ud. —decía una de sus cartas— que *están muy hombres de bien y valientes*, y que pronto se irán a sus casas [y en] lo que se acabe la Campaña [llegarán] a ser felices con sus bajas *para que nadie se meta con ellos y trabajen libremente*”.²⁰ La construcción de esta honorabilidad, la comunicación epistolar o personal con pardos y morenos, y también a través de la prensa popular, alimentó el vínculo entre el gobernador y la comunidad afroporteña.²¹

Finalmente, en 1839 Rosas firmó un tratado especial con Gran Bretaña ratificando el fin de la trata y el compromiso conjunto con el patrullaje de los mares. La propaganda oficial celebró la ocasión como una muestra inequívoca de la sensibilidad antiesclavista del gobernador. El hecho fue incluso objeto de teatralización, y de una exposición visual desplegada en la obra de Doroteo de Plot *Las Esclavas de Buenos Aires demuestran ser libres y gratas a su Noble Libertador* (1841), que reforzaba el imaginario de protección y de otorgamiento gubernamental de la libertad.²²

En los años en los que Rosas estuvo “bajo fuego” la gravitación política de africanos y afrodescendientes se volvió más evidente y fue objeto de disputa. Ello se hizo visible no solo en las interacciones que les dirigían los actores y publicistas “populares” del rosismo, sino también en aquellas realizadas por sectores de la Iglesia (que decidieron traducir del francés un *Manual de Piedad para el uso de los hombres de color y de los negros*, invitándolos a una resignación esperanzada), o en las diatribas lanzadas desde la otra orilla por la prensa opositora que intentaba persuadirlos de que debían su libertad a la “Patria vieja” y no al gobernador.²³ Desde *El Grito Argentino*, por ejemplo, los emigrados decían escribir “exclusivamente para los pobres, para los ignorantes, para el gaucho, para el changador, el negro y el mulato...”, y exhortaban: “Escuchad hombres de color! Él [Rosas] os aduló con bajeza porque os tiene miedo [...] quiere que vosotros peleéis y mu-

¹⁹ Por ejemplo, Archivo General de la Nación (AGN), Tribunal Civil, O-10, 1834-1838, f. 1.

²⁰ Carta de Juan Manuel de Rosas a Vicente González, julio de 1833, citado en Marcela Ternavasio, *Historia de la Argentina 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 185 (énfasis agregado).

²¹ Sobre el cultivo de este apoyo en la coyuntura de 1833, véase Agustina Barrachina, “La disputa por el apoyo de la población afroporteña en 1833: la interacción al Regimiento de Milicias Defensores de Buenos Aires a tra-

vés de la prensa”, *Anuario del CEH “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, Año 15, n° 15, 2015.

²² Para un análisis exhaustivo de esa obra, véase María de Lourdes Ghidoli, *Esteriotipos en negro. Representaciones y autorrepresentaciones visuales de afroportenos en el siglo xix*, Rosario, Prohistoria, 2016.

²³ Sobre el manual, véase Magdalena Candioti, “Un manual para formar negros piadosos. Religión, política y raza en la Buenos Aires rosista”, en F. Guzmán y M. de L. Ghidoli (comps.), *El asedio a la libertad. Abolición y postabolición*, Buenos Aires, Biblos, 2020.

rás por sostenerlo”.²⁴ El registro de los discursos e imágenes sobre la población negra desplegado en *El Grito Argentino* era sumamente ambiguo. Los llamados explícitos al apoyo de los afroporteños se alternaban con dibujos y textos donde se los presentaba como crédulos, manipulables, e incluso ridículos.²⁵ Difícilmente podían interpelar con eficacia a personas cuyo menosprecio apenas podían disimular.

No buscamos aquí responder de forma definitiva si Rosas fue un promotor de la abolición ni resolver la disputa planteada desde Montevideo por *El Grito Argentino* sobre a quién debían la libertad los africanos y sus hijos. Quizá Buenos Aires se había ido convirtiendo en una tierra de libertad durante el rosismo porque en esos años fueron sintiéndose los efectos de las políticas de abolición gradual, y porque africanos y afrodescendientes habían ido construyendo de forma cotidiana, negociada o de hecho, sus caminos a la libertad. Rosas no tomó medidas radicales o generales para dar fin a la institución esclavista pero supo interpelar como ciudadanos a los herederos de esas experiencias. Construyó un vínculo personal y político de cercanía y protección, con lenguajes republicanos (de igualdad, también racial) y paternalistas (de comprensión y cuidado), con visitas, cartas, tratados, prensa y generando una especie de ciudadanía armada. Cuando en 1859 un funcionario municipal realizó un registro minucioso de las personas alojadas en el Asilo de Pobres de Buenos Aires, varias mujeres negras —entre ellas Manuela Ríos, que había sido “esclava de un señor

Ríos”—declararon ser “libre[s] como todas las esclavas del tiempo de Rosas”.²⁶

¿Cómo se crearon los imaginarios políticos sobre “el tiempo de Rosas”? ¿Cómo se modularon y expandieron las sensibilidades republicanas? ¿Qué control tienen los gobernantes sobre cómo se sedimentan imágenes sobre sí? ¿Qué rol tienen los publicistas en esta labor y cuánto inciden los rumores? Estas preguntas atraviesan, pero también exceden este pequeño ensayo. A treinta años de *Orden y virtud* sabemos mucho más sobre cómo el rosismo se hizo “por parches” con políticas propias, instituciones heredadas, lenguajes republicanos, publicistas más o menos próximos y también violencia. A treinta años de *Orden y virtud*, conocemos con mayor precisión el rol del rosismo en el sostenimiento y (re)significación del republicanismo. Y a treinta años de *Orden y virtud*, afortunadamente, seguimos teniendo interrogantes que abordar sobre las bases sólidas de sus aportes. □

Bibliografía

Andrews, George R., *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1989.

Candioti, Magdalena, “Un manual para formar negros piadosos. Religión, política y raza en la Buenos Aires rosista”, en F. Guzmán y M. de L. Ghidoli (comps.), *El asedio a la libertad. Abolición y postabolición*, Buenos Aires, Biblos, 2020, pp. 264-304.

Candioti, Magdalena, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

Claudia Román, “Caricatura y política en ¡Muera Rosas! y *El Grito Argentino*”, en G. Batticuore, K. Gallo y J. Myers (comps.), *Resonancias Románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 39-54.

De Angelis, Pedro, *Ensayo histórico sobre la vida del Exmo. Sr. D. Juan Manuel de Rosas, Gobernador y Ca-*

²⁴ Ambas citas en *El Grito Argentino*, nº 2, 28 de febrero de 1839. Para un análisis detallado de este periódico, véase Claudia Román, “Caricatura y política en ¡Muera Rosas! y *El Grito Argentino*”, en G. Batticuore, K. Gallo y J. Myers (comps.), *Resonancias Románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.

²⁵ Sobre la circulación de esos tropos visuales de la negritud en otros soportes y formatos en la Argentina véase Ghidoli, *Esterotipos en negro*.

²⁶ AGN, Biblioteca Nacional, 342-F8, Apuntes del movimiento del Asilo de Mendigos de Buenos Aires, nº 3.

- pitan General de la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1830.
- Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.
- Ghidoli, María de Lourdes, *Estereotipos en negro. Representaciones y autorrepresentaciones visuales de afroportenos en el siglo XIX*, Rosario, Prohistoria, 2016.
- Lasso, Marixa, *Mitos de la armonía racial. Raza y republicanismo en la era de la revolución. 1795-1831*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2013.
- Marcela Ternavasio, *Historia de la Argentina 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.
- Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Salvatore, Ricardo, *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham, Duke University Press, 2003.
- Sanders, James, *Republicanos indóciles. Política popular, raza y clase en Colombia, siglo XIX*, Bogotá, Plural, 2017.
- Zinny, Antonio, *La Gaceta Mercantil de Buenos Aires. 1823-1852*, tomo I, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1912.

Resumen / Abstract

Republicanismo y esclavitud en “el tiempo de Rosas”. Hojeando un ejemplar de *La Gaceta Mercantil*

El artículo reflexiona sobre los significados del republicanismo durante los años de hegemonía rosista y muestra cómo este lenguaje articuló expectativas de emancipación de las personas esclavizadas y de armonía racial. Durante el proceso de abolición gradual (1812-1853/1860), las élites de distintos signos políticos se refirieron a la esclavitud como una institución terminada y mostraron una gran ceguera respecto a la continuidad de dicha institución y su impacto en la vida de miles de afroporteños, que seguían siendo enajenados o negociando su libertad. El artículo analiza un día de *La Gaceta Mercantil*, periódico central del rosismo, para ilustrar el contraste entre esa retórica antiesclavista y la práctica cotidiana de la esclavitud. Finalmente, repasa algunas políticas del rosismo dirigidas a la comunidad afroporteña —esclavizada, liberta y libre— que pudieron contribuir a que ese sector apoyara al caudillo, así como a la expansión de los sentidos igualitarios y abolicionistas del republicanismo rosista.

Palabras clave: Republicanismo - Esclavitud - Igualdad racial - Juan Manuel de Rosas - Libertos

Republicanism and slavery in “the time of Rosas”.

A day at the *Gaceta Mercantil*

This article reflects on the meanings of republicanism during the years of Rosas' hegemony and shows how this language articulated expectations of emancipation for enslaved people and racial harmony. During the process of gradual abolition (1812-1853/1860), elites of different political ideas referred to slavery as an institution that had come to an end, ignoring its continued existence and its impact on the lives of thousands of Afro-*porteños*, who continued to be enslaved or negotiating their freedom. I analyze a day in the *Gaceta Mercantil*, the central newspaper of the Rosism regime to highlight the discrepancy between anti-slavery rhetoric and the daily practice of enslavement. Finally, I examine some of *rosismo* policies aimed at the Afro-Porteño community—enslaved, freed, and free—that may have contributed to that sector's support for the caudillo as well as to the expansion of the egalitarian and abolitionist sentiments of *rosismo* republicanism.

Keywords: Republicanism - Slavery - Racial equality - Juan Manuel de Rosas - Freedmen

Comunicar el orden político y moral

Los santos y señas y las proclamas a soldados durante el rosismo

Ricardo D. Salvatore

Universidad Torcuato Di Tella

Jorge Myers, en *Orden y virtud* (1995) mostró que las enunciaciones y mensajes de publicistas y jefes rosistas se referían a un régimen republicano clásico, con las peculiaridades que el contexto histórico demandaba. Se trataba de un régimen basado en la soberanía popular, con autoridades elegidas por sufragio, y de una sociedad que debía ajustarse al imperio de las leyes para generar un orden social y político más permanente. La asociación de Rosas con la figura de Cincinato y la repetida presencia del “conspirador ubicuo” (Catilina, el conspirador contra el gobierno de Cicerón) permitieron a Myers pensar al régimen rosista como una “república antigua”. El líder era un hombre de campo, dotado de ciertas virtudes (“los valores tradicionales de labiosidad, frugalidad, franqueza e intrepidez”),¹ que lo hacían apto para controlar el desorden de la campaña, y a la vez un gran ciudadano, que afirmaba y valoraba la opinión de “los pueblos” en la conformación del gobierno y en la validación de sus políticas.² El enemigo que Rosas debía combatir también se asemejaba a una figura de la repú-

blica romana: el unitario era “el conspirador ubicuo, el intriga, el rebelde absoluto”, una amenaza permanente a la república.

Debido a la lucha facciosa y a la anarquía la república estaba en peligro, y para defender y restaurar el gobierno y las leyes se requería un líder determinado y virtuoso,³ así como un conjunto de ciudadanos capaces de sacrificio y también virtuosos. Como bien indica Myers, Rosas no creía que los campesinos y “puebleros” que ostentaban la soberanía eran un reservorio de virtudes sino que, por el contrario, se necesitaba determinación política y cierto grado de coerción para “regenerar” la república.⁴ El orden debía ser impuesto desde afuera, o más bien, desde arriba. Rosas pensaba que los hombres eran “naturalmente perversos” y que, por tanto, necesitaban una autoridad que limitara sus conductas.⁵ Necesitaban que se les inculcara la diferencia entre lo lícito y lo ilícito, y que, junto con los derechos adquiridos, los ciudadanos cumplieran con ciertas obligaciones o deberes. El régimen rosista, en tanto orden republicano, continuaría dependiendo de las virtudes de sus ciudadanos, y por ello era imprescindible hacer evidente

¹ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* [1995], Bernal, Universidad Nacional De Quilmes, 2011, p. 52.

² Escribe Myers: “Rosas se transforma en el único verdadero campesino y el único verdadero ciudadano” (*ibid.*).

³ Rosas, afirma Myers, “era el máximo detentador de la virtud republicana” (*ibid.*, p. 24).

⁴ *Ibid.*, p. 51.

⁵ *Ibid.*, p. 73.

quiénes eran virtuosos y quiénes, con sus crímenes y falsedades, intentaban destruir el gobierno legítimo y sus leyes.⁶ Su gobierno por ello debía imponer no solo el imperio de la ley, sino también moralizar a sus ciudadanos.

En varios de mis artículos he coincidido bastante con las hipótesis de Jorge Myers en *Orden y virtud*. Solo que me he detenido a examinar ciertos significados de las identidades políticas del período: el rol de los festejos patrios en la autorrepresentación del gobierno y del “pueblo” (soldados, milicianos, vecinos), y otros aspectos de lo que he llamado “cultura política del federalismo rosista”.⁷ También he tratado de rescatar las voces y acciones de diferentes grupos subalternos, para mostrar las posibilidades de la protesta y la resistencia de paisanos y peones ante el reclutamiento forzoso y la rígida disciplina militar, así como las relaciones entre afrodescendientes, mujeres campesinas, caciques indígenas con el federalismo rosista.⁸

Hace muchos años, encontré un mensaje de Rosas a sus soldados durante la Expedición al Desierto (1833-34), del cual me asombró su esfuerzo por convencer a una tropa compuesta por campesinos analfabetos, delincuentes y algunos indígenas de la necesidad de contar con una constitución provincial para afianzar el orden y la paz. Surgía de ese documento que el máximo líder del federalismo ejercía una tarea pedagógica, con el fin de inculcar a personas comunes las virtudes requeridas

para defender la patria y restaurar el orden político y social. Si bien en otros ensayos había ya enfocado en los mensajes de Rosas y otros jefes militares como una interacción comunicativa, me interesaba comprender el sistema ideológico que el gobernador trataba de transmitir a la gente común. Me propuse entonces estudiar las proclamas y los santos y señas del período. Respecto de esta última fuente contaba con un conjunto de “santos” de una fiesta patria de 1849, recopilados por Myers en *Orden y virtud*. En este ensayo me propongo analizar estas fuentes para decodificar no solo el tipo de república imaginada, sino también los imperativos morales que se esperaban de soldados y ciudadanos.

Los santos y señas

Los santos y señas en la época de Rosas fueron consignas de tres palabras que se entregaban a los soldados para su reconocimiento al entrar o salir del batallón o regimiento. Como un mecanismo para distinguir soldados amigos de enemigos, estas consignas fueron usadas probablemente desde el Medioevo, pero comenzaron a tener un uso pedagógico en los ejércitos modernos. En el siglo XIX estas contraseñas eran frecuentes en los ejércitos españoles. Reza así un *Diccionario Militar* publicado en Madrid en 1863:

Contraseña: Nombre reservado que, además del santo y seña se da en la orden en todos los puestos de diaria de una plaza o campamento para distinguir a los amigos de los enemigos. También se da a los centinelas para que no dejen pasar al que no la sepa.⁹

⁶ *Ibid.*, pp. 74 y 82.

⁷ Ricardo Salvatore, “La cultura política del federalismo rosista”, en L. El Jaber y C. Iglesias (coords.), *Una patria literaria. Historia Crítica de la Literatura Argentina*, vol. 1, Buenos Aires, Emecé, 2014.

⁸ Ricardo Salvatore, *Paisanos Itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en la Buenos Aires de la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018; *La Confederación Argentina y sus subalternos. Integración estatal, política y derechos en el Buenos Aires pos-independiente (1820-1860)*, Santiago de Chile, Chile, Ediciones Biblioteca Nacional /Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2020.

⁹ Martín Villagrán San Millán, “Seguridad militar: santo y seña en los ejércitos de Belgrano”, *Revista Cruz del Sur*, n° 4, 2013, p. 122.

En los ejércitos revolucionarios del Río de la Plata estas consignas se daban diariamente, para ser leídas a viva voz frente a la tropa. Se usaban para transmitir a los soldados lecciones de disciplina militar y virtudes patrióticas. Manuel Belgrano, como comandante del Ejército del Norte, las empleaba para inculcar valores (“espíritu”, “vigilancia”, “energía”, “libertad”, “unión”) e indicar una ciudad o lugar con el nombre de su santo patrón. Aunque formados por tres componentes, los santos y señas de los ejércitos patrióticos eran diferentes de los utilizados por Rosas.¹⁰ Virtudes más ciudades constituían la fórmula de los santos durante las guerras de la independencia.

Durante el rosismo los santos y señas eran una combinación de tres palabras separadas por guion o coma, que denotaban imperativos, ideales y normas. Aunque a veces se usaba un verbo para conectar las palabras inicial y final —“Economía-Conserva-Abundancia”—. Muchas veces el conector era un adjetivo, adverbio o complemento que calificaba a un sustantivo —“Federación-Clamor-Popular” o “Anarquía-Azote-Infernal”—. Cualquiera fuera su forma, estas tríadas de palabras contenían poderosos mensajes ideológicos. Se decía a través de estas consignas que el “Soldado-Aplicado-Progresista” y que la “Subordinación [era]-Sagrado-Deber”.

Estos santos y señas parecen ser componentes de un código de imperativos morales y políticos que el federalismo rosista quería inculcar entre la tropa. Pero son solo fragmentos de un discurso moral y político que contenía otras virtudes, vicios, y enunciaciones sobre la comunidad política deseada. Solo comprendiendo la variedad y complejidad de estos mensajes y su orden interno es posible descifrar el código ideológico con el cual Rosas y los jefes federales comunicaban a sus

soldados el sentido de la guerra civil, sus deberes y obligaciones, y las virtudes que se requerían para llevar adelante las campañas militares y sostener a la Confederación.

Julio Schvartzman, luego de contemplar una exhibición en el Museo Histórico Nacional, afirma sobre siete de estos santos y señas: “Las frases son escuetas, con una sintaxis que evita conectores y artículos, como anticipando el estilo Morse, y sostienen una respiración pautada en métrica de arte mayor: dos en eneasílabos, tres en versos de diez, una de doce”.¹¹

Son textos en código heroicos, marciales, claramente compuestos por Rosas, con alguna ayuda de su segundo jefe, el general Ángel Pacheco.¹² Los santos ordenados por Belgrano eran indicativos de un tiempo y un lugar en el que había que ejercer una habilidad o una virtud. Los santos difundidos por San Martín, dice Schvartzman, servían para fortalecer el temple y la moral de la tropa (“Con Días-Y ollas-Venceremos”). Los santos ideados por Rosas trataron de construir un marco ideológico comprensivo —diría total— del deber ser del ciudadano y del soldado, del significado de una patria federativa, y de los modos de preservar los equilibrios entre libertad y orden, entre economía y servicio militar.

Comunicaciones durante la Expedición al Desierto (1833-34)

Durante la campaña al desierto (1833-34), Juan Antonio Garretón llevó un registro de las actividades diarias de su destacamento. Su descendiente, Adolfo Garretón, nacido en 1891, compiló partes de marcha, órdenes del día y proclamas que Rosas y otros comandan-

¹⁰ Pueden verse ejemplos de estos santos en Villagrán, “Seguridad militar...”, pp. 133-134.

¹¹ Julio Schvartzman, “Santo, señá, contraseñá, baraja”, *Bazar Americano*, n° 90, diciembre-enero de 2023.

¹² *Ibid.*

tes dirigieron a la tropa. Las órdenes del día incluían los santos y señas, tríadas de palabras destinadas a recordar a los soldados reglas disciplinarias del ejército (orden militar), comunicar nociones de virtudes y vicios (orden moral) y nociones políticas sobre los orígenes de la patria y la Federación (orden político).¹³

En los primeros días de la campaña, en 1833, los soldados escucharon mensajes de Rosas sobre su expectativa de que la Sala de Representantes se decidiera promulgar una constitución provincial de carácter federativo.

Los santos del 24 al 28 de junio decían:

¡Dios Santo-Alumbrad-La Legislatura!
Federación-Ínclito-Lazo
Constitución-Provincial-Federativa

Cuando llegó el momento de los festejos del Día de la Independencia, los santos reflejaban alegría y patriotismo: las proclamas agradecían a los patriotas que decidieron separarse de la monarquía. Señalaban:

¡Al Nueve-De Julio-Salud!
¡Al Nueve de Julio-Adiós!-Patricios!
Adiós-9-De Julio

Es posible clasificar estas expresiones en cuatro regiones del discurso: orden político, orden moral, campaña contra el indio, sensaciones o sentimientos compartidos. Los santos referidos al orden moral, relativos a las virtudes esperables de los federales y a los vicios no tolerados, fueron pocos. Se referían a la残酷, la cobardía, la virtud, la embriaguez, la educación y el patriotismo.

Crueldad-Nuestra-Cobardía
Embriaguez-Vergüenza-Baldón

Crímenes-Sin Castigo-Calamidad
Instrucción-Fruto-Del Estudio
Virtud-Patriotismo-Feliz
Integridad-Cultiva-Voluntades
La Prudencia-Dirige-Al Honrado

Los santos de orden político incluían alabanzas para los Héroes de la Patria Vieja (la época de la Independencia), y el apoyo de Rosas a una constitución federal para la provincia de Buenos Aires. También afirmaban:

Orden-Elemento-De triunfo
Conspiración-Alevosía-Infame
Timbre-Virtud-Reciprocación
República-Sin Libertad-Comedia
Derechos-Dignamente-Sostenidos

Otros santos servían para comunicar a los soldados los progresos y logros de la marcha, y había algunos que transmitían un estado de calma y bienestar. Por ejemplo:

División Ramos-Sigue-Marchando
Salud-Tierra-Bonaerense
Izquierda-Marchando-Seis Divisiones
El cielo-Del Desierto-Sereno

Los santos referidos a los indios enemigos son directos y claros. La campaña buscaba reducir a los grupos que cometían robos de ganado y de mujeres y niños cristianos. Y si esto implicaba tomar prisioneros o matar a sus caiques, se consideraba un logro. Por ejemplo:

Chocorí-Pagó-Sus Delitos
Pichiloncoy-Acuchillado-Concluido
Quiñigual-Y Cumu-Concluyeron
Cautivos-Cristianos-Libres
Llanqimán-Prisionero-Victoria
Epull-llam-Quellipayum-Muertos

¹³ Adolfo Garretón (comp.), *Partes detallados de la expedición al desierto de Juan Manuel de Rosas en 1833. Escritos, comunicaciones y discurso del coronel Juan Antonio Garretón*, Buenos Aires, Eudeba, 1975.

Adolfo Garretón agregó una nota a uno de estos santos para argumentar que estaban dirigidos a los federales instruidos de la ciudad y no a los

soldados analfabetos.¹⁴ Sin embargo, los santos estaban destinados a los soldados y suboficiales, eran leídos a toda la tropa muy temprano en la mañana, junto con las proclamas y reglas disciplinarias. Los soldados solo necesitaban memorizar los santos y entender el contenido de las proclamas y ordenanzas militares.¹⁵

¿Qué decían las proclamas que se leyeron durante la campaña al desierto? La primera de ellas, del 24 de junio de 1833, afirmaba la necesidad de constituir la provincia con una Carta Federativa. Señalaba que los sacrificios de la campaña servirían para “asegurar la frontera” en la provincia —hablaba de “(re)tornar de los desiertos al seno de un país constituido”— y de que, a partir de este gesto de soberanía, ya podría afirmarse institucionalmente el gobierno provincial.

Está claro que Rosas esperaba insuflar el orgullo en sus soldados para que se sintieran herederos de aquella gesta patriótica, y por haber mantenido la independencia y el gobierno de la Argentina por 18 años. El país era independiente y gobernado por leyes propias. ¿Qué tan difícil era de entender este mensaje, aun para un público no-letrado? Difundir a la distancia sentimientos de fraternidad y entusiasmo a otros soldados-patriotas era una forma de construir una comunidad imaginada, que los federales llamaban Confederación. El chasque llevaba noticias de la marcha de la vanguardia a otras divisiones del ejército expedicionario, y estas noticias servían para generar entusiasmo y confianza.

Las proclamas de Rosas tendían a infundir fervor patriótico entre las tropas, a través de

las noticias de avances militares y victorias contra el indígena de la frontera sur:

Patricios de la División Izquierda. Ved en el hermoso documento que se os leerá en seguida del mayor general don Ángel Pacheco, y el modo como Dios Nuestro Señor sigue premiando vuestras singulares virtudes marciales. Una serie no interrumpida de prósperos sucesos. Pero basta... Cumplamos con el religioso deber de nuestro conocimiento y al congratularnos todos mutuamente, elevamos al cielo nuestros fervientes votos, para que aquel Dios Supremo siga guiando nuestras marchas y derramando sobre nosotros sus bendiciones.¹⁶

Sin ser demasiado devoto, Rosas se animaba a afirmar que el éxito de la expedición a la frontera sur gozaba de la bendición divina. La gran mayoría de sus soldados eran creyentes, y guian su conducta por enseñanzas cristianas. Con menos palabras, los santos y señas informaban más que las proclamas.

Entre junio y setiembre de 1831, en la ribera del Paraná, cerca de Rosario, otros soldados habían recibido santos y señas. Con el fin de mantener disciplinada a la tropa, se leían diariamente a los soldados artículos de las Ordenanzas Militares, que eran a su vez copia de las Ordenanzas Reales de Carlos III.¹⁷ Estas ordenanzas se referían a las penas que correspondían a quienes abandonaran sus guardias, pasaran información a los enemigos, robaran propiedad del ejército o de los comerciantes vivanderos, amenazaran con armas a sus superiores, protegieran a un desertor y desertaran de las filas de los regimientos.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Véase Ricardo Salvatore, “Disciplinando Mediante La Pena Capital: Ejecuciones de soldados durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas.”, *Revista de Indias*, vol. 83, n° 289, 2023, y Schwartzman, “Santo, seña, contraseña, baraja”. Como en el caso de la “baraja federal”, varios autores consideran que los santos y señas eran parte de la mnemotecnia de la Federación, es decir, ejercicios de la política rosista de la memoria.

¹⁶ Proclama del 7 de agosto de 1833, en Adolfo Garretón (comp.), *Partes detallados*, pp. 143-144.

¹⁷ Ricardo Salvatore, “Disciplinando Mediante La Pena Capital: Ejecuciones de soldados durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas”, *Revista de Indias*, vol. 83, n° 289, 2023.

Los santos y señas de 1849

Otro grupo de santos y señas federales se reconocieron de las celebraciones de las fiestas julianas de 1849. Ese año fue tranquilo para la Confederación: habían menguado las amenazas internas y externas al régimen. En la batalla de Rincón de Vences (24 de noviembre de 1847) las fuerzas de Urquiza, en Entre Ríos, derrotaron al rebelde gobernador unitario de Corrientes Joaquín Madariaga, haciendo que esta provincia volviera a la Confederación.¹⁸ En 1848 finalizó el bloqueo anglo-francés al Río de la Plata, y Rosas fue considerado el líder de la resistencia contra dos imperios. Para Saldías, 1848 fue el año de “apogeo de Rosas” en el poder, un momento en que la Confederación parecía unida, los exiliados comenzaron a volver y los soldados, liberados del servicio, regresaron a sus talleres y labores de campo. En Buenos Aires se respiraba un aire de nueva “tolerancia recíproca” entre unitarios y federales, y existía un orgullo patriótico por haber frenado las ambiciones de Inglaterra y de Francia.¹⁹

Analizaré los santos federales exhibidos en 1849 como clave para entender el lenguaje político del federalismo rosista, en la forma en que este llegaba a los soldados federales.²⁰ He reclasificado en diferentes agrupamientos estos santos para poder establecer virtudes y vicios exaltados y condenados por el discurso del rosismo; distinguir pedagogías fuertes (la pedagogía militar) y débiles (la predica religiosa), y examinar de este sistema ideológico (complejo y a la vez claro) las relaciones significantes entre los distintos santos. Este lenguaje político, sugiero, pertenece a cuatro órdenes del discurso: el político y de go-

bierno; la disciplina militar; el moral y la cuestión de la religión. Se trataba de un lenguaje articulado y complejo, en el que los enunciados ideológicos estaban conectados, formando una intrincada red de significados.

Vicios y virtudes del ciudadano y del soldado

Durante el rosismo, los ciudadanos de la Confederación debían practicar ciertas virtudes. Algunas de ellas estuvieron asociadas a lo que los economistas políticos (Adam Smith, Jeremy Bentham, John Stuart Mill) llamaban “prudencia”. A saber: hacer economías (ahorrar); ser constante (en el trabajo y en la vida); ser aplicado (diligente y perseverante); ser moderado (es decir, austero, mesurado); ser ordenado y metódico para el trabajo.

Otras virtudes contenidas en los santos se refieren a la vida religiosa y relacional. Entre ellas, ser un “buen cristiano” y un “buen ciudadano federal”. Esto implicaba ser respetuoso en el amor, piadoso en la práctica de la religión y altruista (desprendido, generoso) para con los demás.

Por otra parte, Rosas y su gobierno condenaron los siguientes vicios: la opulencia; la ambición; la codicia; el ocio (la holganza y la pérdida de tiempo); las “pasiones” (es decir, el exagerado fanatismo, el ser impulsivo e irritable), y las “licencias” (la arbitrariedad, la desfachatez, la desvergüenza, el atrevimiento).

En la enumeración de los vicios condenados se nota la insistencia en un sujeto parecido al hombre utilitarista de Adam Smith: un individuo trabajador, no ambicioso ni codicioso; calmo (con autocontrol), que no cae en arrebatos, pasiones o ira; que no se extralimita, ni se toma “licencias” buscando salir de su situación de clase, ocupación o lugar en la jerarquía social.

Similares atributos de prudencia, laboriosidad y perseverancia se esperan también del

¹⁸ Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, vol. 3, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 175-177.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 199-200.

²⁰ A diferencia de los santos de 1833, estas consignas se desplegaron en carteles que adornaban las “pirámides” construidas para celebrar las fiestas del 9 de Julio.

Tabla 1. Vicios y virtudes del ciudadano y del soldado

VICIOS Y VIRTUDES GENERALES		VICIOS Y VIRTUDES DEL SOLDADO	
VICIOS	VIRTUDES	VICIOS	VIRTUDES
ABUNDANCIA (opulencia)	hacer ECONOMÍAS (ahorrar)	el OCIO debería producir rechazo	mantenerse ACTIVO
OCIO (holganza, inactividad, diversión)	ser APLICADO (concentrado, diligente, perseverante)		SUBORDINACIÓN es necesaria
las PASIONES (ser ardiente, fanático, fogoso, impulsivo)	ser CONSTANTE (aplicado, continuo, firme, perseverante)		SUBORDINACIÓN es crucial
la LICENCIA (atrevidimiento, desfachatez, desvergüenza)	ser MODERADO (prudente, austero, mesurado, precavido, controlado)		PERSEVERANCIA es virtud
la INFIDENCIA (violación de la confianza) es un acto atroz	la PIEDAD religiosa es necesaria		ser DISCIPLINADO es virtud
la AMBICIÓN confunde	el RESPETO es necesario		el VALOR (coraje) es necesario
la CODICIA envilece	la PIEDAD		
	el TRABAJO METÓDICO es bueno		
	el AHORRO (economía)		
	elogio del ALTRUISMO (desprendimiento, filantropía, generosidad, sacrificio, etc.)		

soldado o miliciano federal. Por ser militares de la Confederación, necesitan además poseer coraje y valentía (dice “valor” en el santo) y mostrar subordinación a sus jefes militares y políticos. Si bien no hay virtudes y vicios relacionados directamente con las leyes y el sistema de justicia del rosismo, los santos repiten que los individuos, la sociedad y la nación deben obedecer las leyes, base de la República y del gobierno legítimo.

Pedagogías fuertes y débiles

Cuando los santos se reclasifican de acuerdo con las tres “pedagogías”—política, las obligaciones de los militares y las creencias cristianas—, revelan una jerarquía: la pedagogía política sobre la “nación federal” y sus desafíos; las condiciones y saberes que atan a los militares de la República, y los consejos a individuos como creyentes católicos.

La pedagogía política

Rosas, a través de sus oficiales y jefes, continuó inculcando a la tropa (tanto en 1834 como en 1849) conceptos básicos sobre la nación, sus amenazas, su organización y sus valores fundantes.

Se dice en estos mensajes o ideogramas de tres palabras:

- a) Que la nación argentina es permanente (“immortal”); es decir, “única y para siempre”, como decían los revolucionarios franceses. Que en el país prima el Federalismo como forma de organización política, porque esto ya ha sido “proclamado” por los pueblos y por la opinión pública. Que la Federación es como un “muro de contención” que previene el retorno del desorden, la anarquía y el desgobierno;
- b) Que esta es una república amenazada por un enemigo interno —los unitarios—, quienes con sus proclamas y levantamientos han manchado el nombre y honor de la República. Que la existencia de la Federación está asentada en un sistema legal que debe preservarse y hacerse cumplir. Se demanda así que los ciudadanos acepten tanto las obligaciones como los derechos que la ley prescribe.
- c) Que la contradicción básica en la historia reciente de la República ha sido Federación contra Anarquía; y asociado a esto, el Orden contra el Desorden. Es por ello que la Federación aparece en este ideario como “un lazo dulce”, mientras que los Unitarios, partidarios de la Anarquía, representan un “azote infernal”. Si los Federales son capaces de generar un Orden basado en la Justicia, entonces podrá haber paz entre las provincias y, por tanto, será posible una “convivencia pacífica” en la República.
- d) Además del federalismo, los santos mencionan los siguientes ideales: la Li-

bertad; la Equidad que garantiza la Justicia; y el Pudor, es decir, la compostura, la modestia y la decencia, como parámetros morales de la conducta de ciudadanos y soldados.

Notamos aquí que —al menos en este grupo de santos— no aparecen dos de las palabras centrales del ideal revolucionario francés: igualdad y fraternidad. Sí se habla de la Federación como una “alianza dulce”, pero esto no es equivalente a una hermandad entre iguales. Así, el principio de equidad parece reemplazar a la igualdad, aunque está claro que los publicistas del rosismo hablaron bastante de “la igualdad ante la ley” y de la “igualdad de apariencias”, pero estos santos no lo explicitan así.

Los valores militares

Los santos referidos a las milicias y el ejército —otra escuela de formación de conductas— no tienen mucho que agregar a estas ideas. A los soldados y milicianos se les dice que las campañas militares y la guerra son la “verdadera escuela” del soldado; que ellos deben mostrar siempre subordinación a sus jefes y oficiales, y que deben estar listos a ofrecer su sacrificio personal en favor de la unión e independencia de su patria. En suma, los soldados deben ser obedientes, disciplinados y perseverantes, porque de ellos depende el sistema de justicia y el gobierno legítimo. El orden anhelado por Rosas y el Partido Federal se apoya, en última instancia, sobre los valores de los soldados.

Las creencias religiosas

El rosismo utilizó a los religiosos para transformar la política del federalismo en una nueva fe —al menos en un sentimiento de confianza en su caudillo y de fe en la patria confede-

Tabla 2. Pedagogías fuertes y débiles

PEDAGOGÍA POLÍTICA (REPUBLICANA)	FORMACIÓN MILITAR	CREENCIA RELIGIOSA
Federación; muro de contención de la anarquía	Guerra es la verdadera escuela del soldado	Dios recompensa con la fortuna
El Unitario es nuestro Enemigo (es traidor)	Soldado debe mantenerse activo	Los dones que vienen de Dios
La FEDERACIÓN es lo que todos reclaman	SUBORDINACIÓN es central al soldado	Que Dios ilumine a nuestros legisladores
EQUIDAD es la medida de la JUSTICIA	PERSEVERANCIA es una virtud del soldado	Que Dios “alumbre la tierra”
La LIBERTAD necesita LÍMITES	Debe el soldado aceptar la DISCIPLINA	DIOS es JUSTO
La LIBERTAD es un bien supremo	El brazo de la JUSTICIA debe estar ARMADO	LIBERTAD es un don DIVINO
Quien reclame DERECHOS, debe aceptar OBLIGACIONES	PATRIA exige SACRIFICIOS del soldado	
FEDERACIÓN es una ALIANZA “dulce”	Elogio de la CARRERA DE LAS ARMAS	
ANARQUÍA es “azote infernal”	SUBORDINACIÓN, honroso deber del soldado	
ANARQUÍA es origen de los males		
ORDEN sostiene la CONVIVENCIA		
Siempre brillará la luz del FEDERALISMO		
El régimen de la FEDERACIÓN ha sido proclamado (“dignamente”)		
La FEDERACIÓN es un sistema de vida		
PATRIA exige SACRIFICIOS de ciudadanos		
El ORDEN traerá PROSPERIDAD		
El ORDEN es base del SISTEMA LEGAL		
La nación ARGENTINA es eterna		
Hay que CASTIGAR el CRIMEN		
NO BEBER, la bebida lleva a la enfermedad		
Es LOCURA contrariar la OPINIÓN PÚBLICA		
LAS LEYES nos protegen		
Mostrar PUDOR (compostura, decoro, modestia, decencia)		

rada—.²¹ Pero esto no aparece claramente en los santos y señas federales. Los santos dicen que hay que ser agradecidos a todo lo que se recibe de Dios; que los creyentes tendrán recompensa por su fe, y se espera que soldados y ciudadanos pidan a Dios que proteja al gobierno, ilumine la mente de los legisladores, y haga que la tierra siga brindando buenas cosechas, done trigo y pariciones de terneros.

Mientras se afirma que la libertad debe tener límites (legales y morales) para no caer en la anarquía y el desorden, uno de los santos dice que la “Libertad-[es un]Don-Del Cielo”, un don divino. Parece esto una deriva del pensamiento sobre derecho natural que suena un tanto anómala en relación con el resto del discurso del federalismo rosista. Para Rosas, el “orden” se refería a la obediencia que la gente debe a las “leyes” y a las “autoridades”. Y estas “leyes” eran parte del derecho estatutario, no la expresión de la libertad individual de cada hombre. De hecho, la vida social estaba excesivamente regulada durante el gobierno de Rosas. La gente circulaba por el territorio de la provincia, pero debía llevar “pasaporte”; el ganado se trasladaba de un lugar a otro siempre que tuviese marca y fuera acompañado con su respectiva “guía”, y la libertad de prensa tenía límites estrechos. Estaba prohibido cabalgar en un “caballo patrio”, y hasta los carros debían llevar cartel de patente.²²

Cuatro órdenes del discurso

Los santos expuestos a la vista pública en julio de 1849 se refieren a cuatro espacios u ór-

denes del discurso: el orden político y de gobierno; la disciplina militar; el orden moral; y la religión. Como podemos ver en la Tabla 3, la mayor cantidad de “santos” se referían al orden político y de gobierno. Es decir, versaban sobre temas que Jorge Myers ha examinado con detenimiento: el sistema de la Federación; la amenaza que representaban los unitarios; las leyes como columna de la república, y el orden como su expresión triunfal.²³ Curiosamente, “república” aquí no aparece, aunque está claro por las otras palabras (“opinión pública”, “clamor popular”, “la libertad” confrontada con el “desorden” y la “anarquía”) que la Confederación Argentina era una república. La anarquía era el “manantial de los males”, y las leyes representaban “la columna del orden” y “la salvaguardia pública”. Estos santos elogiaban la libertad “con freno”, es decir, una libertad en el marco del orden. E incentivaban el patriotismo federal, basado en un pronunciamiento previo y tácito de “los pueblos”. Los santos llamaban a los ciudadanos y soldados a hacer sacrificios para sostener la nación (la Federación), y a aceptar abiertamente tanto los derechos como las obligaciones o deberes.

En segundo lugar, seguían en cantidad los santos que se referían al orden moral. Había aquí un claro mensaje: la constancia, el trabajo metódico, la economía, la sobriedad, la moderación, el amor respetuoso y el pudor. Por otra parte, la Confederación condenaba claramente ciertos vicios, entre ellos el derroche, el ocio, la ambición, la codicia, el enojo, la ebriedad, la falta de pudor y la vida licenciosa. Estas virtudes y vicios refieren a un sujeto moral abstracto, ya que no están asociados con la vida urbana ni con la condición del campesino, y por supuesto no tenían raza, condición social, ni género.

²¹ Salvatore, “La cultura política del federalismo rosista”; Roberto Di Stefano, “El laberinto religioso de Juan Manuel de Rosas”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 63, n° 1, junio de 2006.

²² En relación con la soberregulación de la vida de la campaña y la pedagogía que ejercía el régimen sobre la ley, véase Salvatore, *Paisanos itinerantes*, pp. 221-227.

²³ Myers, *Orden y virtud*.

Tabla 3. Clasificación de los santos y señas en cuatro órdenes del discurso

ORDEN POLÍTICO / GOBIERNO	DISCIPLINA MILITAR	ORDEN MORAL	RELIGIÓN
Economía-Conservadora-Abundancia Federación-Muro-Argentino	Campaña-Instruye-Al Soldado Actividad-Recomienda-Al Soldado	Constancia-Superar-Imposibles Profusión-Disipa-Caudales	Fortuna-Recompensa-Divina Al Cielo-Reconocimiento-Justo
Unitarios-Mancharon-La Historia	Soldado-Aplicado-Progresista	Ocio-Aniquila-Tesoros	Dios Santo-Alumbrado-La Legislación
Federación-Clamor-Popular	Ocio-Enerva-Al Soldado	Moderación-Atrae-Voluntades	Culto-Sin Piedad-Profanación
Justicia-Sin Equidad-Injusticia	Subordinación-Elemento-Precioso	Pasiones-Embriagan-El Alma	Religión-Sin Piedad-Hipocresía
Libertad-Sin Freno-Desorden	La Guerra-Se Aprende-En La Guerra	Empleados-Sin Pudor-Baldón	Dios Santo-Alumbrado-La Tierra!
Derechos-Sin Deberes-Violencia Federación-Dulce-Lazo	Subordinación-Alma-Militar Perseverancia-Virtud-Marcial	Licencia-Abuso-Funesto Infidencia-Ignominia-Vergonzosa	Dios-Compatriotas-Es Justo
Anarquía-Azote-Infernal Anarquía-Manantial-De Males Orden-Convivencia-De Todos Orden-Elemento-De Triunfo Conspiración-Alevosía-Infame	Disciplina-Medio-Orgánico Valor-Necesidad-Marcial Armas-Carrera-Ilustre Subordinación-Honroso-Deber	Ambición-Embriaga-Deslumbra Codicia-Envilece-El Espíritu Amor-Sin Respeto-Novela Trabajo-Sin Método-Ruina Fortuna-Sin economía-Cuento	
Patriotismo-Sin Desprendimiento-Conversación La Justicia-Armada-Triunfante Luz-Federal-Encendida Federación-Dignamente-Proclamada Federación-Vida-Argentina Patria-Sacrificios-Exige Orden-Fuente-De Prosperidad Orden-Columna-De Leyes Tierra-Argentina-Inmortal Crímenes-Sin Castigo-Calidad Opinión Pública-Contrariada-Locura Leyes-Salvaguardia-Pública Libertad-Don-Del Cielo		Sobriedad-Conserva-Salud	

Fuente: *La Gaceta Mercantil*, 24 agosto de 1849, citado por Jorge Myers, *Orden y virtud*, p. 303.

En tercer lugar, estaban las consignas que se referían a la cuestión de la vida militar. En parte, el soldado debía de mostrar las mismas condiciones que un ciudadano común: ser aplicado, trabajador y perseverante. Además, debía ser obediente —aceptar rígidamente su subordinación— y demostrar “valor”, es decir, valentía o coraje. Si en el orden moral se requería un “ciudadano típico” de una república, en el orden militar se esperaba un soldado también muy “común”, parecido al de cualquier ejército moderno.

Los santos hablaban menos de la religión, como si el Estado rosista brindara pautas muy generales a una población que se suponía católica, apostólica y romana. Curiosamente, los santos no mencionaban al catolicismo, ni a Jesús ni a la Virgen María. Rosas y los jefes federales solo esperaban que los soldados fueran agradecidos a Dios por su suerte (fortuna), por las leyes justas (de la Legislatura bonaerense) y por las bondades del clima.²⁴ Y sugería no profanar el culto y mostrar cierta cuota de “piedad”. Al igual que en la Expedición al Desierto, se asociaban las victorias del ejército con la creencia de que “Dios-Compañeros-Es Justo”. Se trataba de un catolicismo general y abstracto, que no demandaba demasiados sacrificios del creyente. Los sacerdotes, por otra parte, estaban obligados a recordar en las misas los episodios heroicos y las tragedias de la causa federal.

Aunque los santos y señas pertenecen a cuatro órdenes de discurso, en realidad aparecen conectados de maneras difíciles de describir. Es probable que estos sintagmas de tres palabras compartieran una de las palabras. Si esto es así, el sistema ideológico-discursivo del rosismo —particularmente aquel destinado a los soldados y los ciudadanos— resultaría más complejo y conectado. Una proposi-

ción ideológica, política o moral puede conectarse así con otra, perteneciente a una pedagogía diferente. Esto implicaría que la prédica del federalismo rosista a los “sectores populares” o a una parte de los grupos subalternos fue un sistema ideológico complejo, que operaba sobre al menos cuatro órdenes del discurso mencionados, ligando pedagogías diversas que interpelaban a los habitantes hombres como soldados, ciudadanos y seres sociales. Y por ello, la interacción comunicativa de Rosas con sus soldados y ciudadanos fue bastante más compleja de lo que decían los románticos, y aun ciertos historiadores simpatizantes de Rosas.

Conclusión

He analizado en este ensayo dos conjuntos de santos y señas con las que Rosas intentó comunicar su visión política y moral a soldados y ciudadanos durante su gobierno. A través de estos mensajes, Rosas buscaba inculcar valores sobre el orden político, la virtud moral, la disciplina militar y la religiosidad. Para ello, he organizado estos santos en virtudes generales y virtudes del soldado. He tratado de distinguir entre pedagogías o imperativos fuertes y débiles. Y finalmente, he agrupado todas las consignas en cuatro órdenes de discurso: orden político y gobierno, disciplina militar, orden moral y religión.

Las consignas estaban interconectadas y conformaban un sistema ideológico coherente. Las tríadas de palabras servían como herramientas pedagógicas para transmitir nociones sobre la Federación, la amenaza unitaria, la importancia de las leyes y el sacrificio patriótico, y no estaban dirigidos a la élite letrada, sino a soldados y ciudadanos, en su mayoría analfabetos, quienes los memorizaban e internalizaban. Las proclamas, por su parte, enfatizaban el orgullo nacional, la confraternidad entre las tropas y la legitimidad del go-

²⁴ Interpretación personal del santo que dice: “Dios Santo-Alumbrad-la Tierra”.

bierno rosista, utilizando un lenguaje accesible y claro.

Es posible que los santos y señas no revelen todo el universo ideológico del federalismo rosista. O que estos imperativos abreviados reflejaran sentimientos y emociones vinculados a las experiencias de cada momento: el primer momento (1833-34), uno de entusiasmo por haber vencido a los indios del sur; el segundo (1849), un tiempo de mayor estabilidad política y orden social tras la defensa exitosa de la soberanía frente a Inglaterra y a Francia, y la contención de levantamientos en las provincias. Esta primera indagación permite entrever los mensajes morales, militares y políticos que Rosas transmitió a sus gobernados por fuera de la república de las letras. Así, aunque incompleto y tentativo, este estudio permite acercarse a los entendimientos populares o subalternos sobre el rosismo. □

Resumen / Abstract

Comunicar el orden político y moral. Los santos y señas, y las proclamas a soldados durante el rosismo

Este artículo analiza los santos y señas y las proclamas dirigidas a soldados durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas (1829-1852) como herramientas fundamentales para comunicar el orden político y moral del federalismo rosista. A partir del análisis de dos corpus documentales —las consignas de la Expedición al Desierto (1833-34) y aquellas otras exhibidas en las fiestas julianas de 1849— se examina cómo el régimen rosista transmitió su ideología a sectores populares mayormente analfabetos. Aunque perteneciendo a cuatro órdenes discursivos (político-gubernamental, militar, moral y religioso), los santos y señas rosistas constituyeron un sistema ideológico complejo, pero a la vez comprensible. Ellos explicitaban las virtudes promovidas por el federalismo rosista y los vicios que rechazaba, mostrando cómo Rosas intentó moldear las conciencias de soldados y ciudadanos a través de mensajes accesibles y claros.

Palabras clave: Federalismo rosista - Santos y señas - Comunicación política - Virtudes y vicios - Sectores populares

Bibliografía

- Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* [1995], Bernal, Universidad Nacional De Quilmes, 2011.
- Salvatore, Ricardo, *La Confederación Argentina y sus subalternos. Integración estatal, política y derechos en el Buenos Aires pos-independiente (1820-1860)*, Santiago de Chile, Chile, Ediciones Biblioteca Nacional /Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2020.
- , *Paisanos Itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en la Buenos Aires de la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018.
- , “La cultura política del federalismo rosista”, en L. El Jaber y C. Iglesias (coords.), *Una patria literaria. Historia Crítica de la Literatura Argentina*, vol. 1, Buenos Aires, Emecé, 2014, pp. 235-261.
- Adolfo Garretón (comp.), *Partes detallados de la expedición al desierto de Juan Manuel de Rosas en 1833. Escritos, comunicaciones y discurso del coronel Juan Antonio Garretón*, Buenos Aires, Eudeba, 1975.
- Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, vol. 3, Buenos Aires, Eudeba, 1969.

Communicating political and moral order. The watchwords, and proclamations to soldiers during the Rosism

This article analyzes the “santos y señas” (watchwords) and proclamations directed at soldiers during Juan Manuel de Rosas’s government (1829-1852) as fundamental tools for communicating the political and moral order of Rosas’ federalism. Based on the analysis of two documentary corpus —the watchwords from the Desert Expedition (1833-34) and those displayed during the July festivities of 1849— the study examines how the Rosas’ regime transmitted its ideology to largely illiterate popular sectors. Through pertaining to four discursive orders (political-governmental, military, moral, and religious), the “santos y señas” constituted a complex, yet understandable ideological system. They made explicit the virtues and vices promoted by Rosas’ federalism, showing how Rosas tried to reshape the consciousness of soldiers and citizens through accessible and clear messages.

Keywords: Rosista federalism - Watchwords - Political communication - Virtues and vices - Popular sectors

Juan Manuel de Rosas, el Ejército Unido y la geopolítica rioplatense

Algunas hipótesis y lecturas historiográficas (1840-1851)

Mario Etchechury-Barrera

CONICET / Universidad Nacional de Rosario

El proceso de formación y la trayectoria del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840-1851) sirven como observatorio para explorar desde un ángulo poco frecuentado la política regional llevada adelante por Juan Manuel de Rosas en el Río de la Plata; en particular, sus complejos vínculos con los grupos “fедерales” del litoral y el interior y su intervención en las disputas civiles del Estado Oriental del Uruguay, en el contexto de la intensa conflictividad regional e internacional que la historiografía suele definir como la “Guerra Grande” (1838-1852).

En este artículo no abordaremos la derivabélica ni los detalles de las campañas militares protagonizadas por el Ejército Unido, sino que propondremos algunas hipótesis en torno a su rol dentro de la geopolítica trazada por Rosas en la región. Hablar de la geopolítica implica no solo abordar las relaciones diplomáticas con los demás poderes de la cuenca rioplatense o con las potencias europeas, sino también —y a veces, sobre todo— reconstruir las tramas conspirativas y las alianzas subterráneas que el gobernador de Buenos Aires presentaba a sus interlocutores como amenazas inminentes, aunque fuesen, en realidad, lecturas arbitrarias o distorsionadas de algunos eventos concretos. Su alusión a un supuesto “Gran Plan” unitario dirigido a aniquilar a la entera región fue utilizada con

sagacidad y no poco maquiavelismo para intervenir en el área y presionar a otros gobiernos. En ese sentido, si bien Jorge Myers nos aclara desde la introducción de su ya clásico *Orden y virtud* que su investigación se circunscribirá, con pocas excepciones, a la provincia de Buenos Aires, no por ello deja de proponer algunas hipótesis pertinentes para abordar este problema. Resultan interesantes sus apuntes acerca de la articulación por parte de Rosas y sus colaboradores de una panoplia de instrumentos de poder informales, entre los que destacaba el empleo de “la guerra civil o su amenaza como forma de gobierno”, un aspecto que podemos considerar como un elemento constitutivo de la geopolítica del período.¹ De hecho, como señala el autor, acompañándose del historiador de la Antigüedad Moses Finley, el mar de fondo bélico, lejos de constituir una anomalía, fue estructurador del orden político desde fines de la década de 1830 en el ámbito del litoral y el interior de la Confederación. Esta conflictividad interna se concatenó con las intervenciones diplomáticas y militares anglo-francesas, desarrolladas sobre todo entre 1838 y 1845, eventos que en

¹ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2011, p. 20.

su conjunto terminaron por crear un complejo panorama regional.

Ahora bien, si el Ejército Unido constituyó una de las principales herramientas de intervención de Rosas en la región rioplatense, su historia se inscribe en un proceso un poco más largo y situado fuera del territorio confederal, iniciado a mediados de la década de 1830. Pese a que la historiografía tradicional suele presentar a “blancos” del Estado Oriental y “fедерales” de la Confederación Argentina como aliados “naturales” en una causa común contra “unitarios”, “colorados” partisans de Fructuoso Rivera y agentes franceses, en realidad los vínculos entre el gobernador de Buenos Aires y Manuel Oribe, que asumió como presidente del Estado Oriental del Uruguay en 1835, no fueron cordiales. La liberalidad con que el gobierno uruguayo gestionó el problema del exilio antirrosista asentado en el territorio oriental constituyó materia de continuas controversias que crisparon las relaciones entre ambos mandatarios. Por un lado, Rosas desarrolló a través de diversos canales diplomáticos un esfuerzo sostenido para que Oribe tomara conciencia de que la insurrección acaudillada en Uruguay desde 1836 por Fructuoso Rivera y sus aliados formaba parte de una conspiración mucho más vasta, una hidra de múltiples cabezas que no podía ser batida sin llevar adelante una política de represión firme. Para consolidar esa política Rosas se apoyó en la idea de que existía un “Gran Plan” unitario, una conspiración con diversas ramificaciones dirigida a formar una liga americana que reeditara el antiguo proyecto de Simón Bolívar, con uno de sus ejes en la Bolivia de Santa Cruz.² Para sustentar esta visión conspirativa, Rosas apeló a la existencia de una misión previa, desarrollada en Bolivia

en 1834 por Francisco J. Muñoz, durante la presidencia de Fructuoso Rivera. En realidad, como se desprende de las instrucciones, el enviado oriental había sido comisionado para gestionar una Confederación hispano-americana con el fin de negociar de manera conjunta los límites estatales con el Imperio del Brasil. Sin embargo, Rosas sostendría poco después que esta misión encubría una trama dirigida a desestabilizarlo, una sospecha que se apoyaba en las conversaciones que el diplomático oriental había tenido durante su tránsito a Bolivia con los gobernadores de Córdoba, Salta, Tucumán y Catamarca, a los que había expuesto el objetivo de su misión. El hecho de que Muñoz, una vez acabada la gestión de Rivera, fuese designado por Oribe como ministro de Hacienda se transformó en un nuevo motivo de controversia con Rosas. Asimismo, como se puede apreciar en la correspondencia diplomática del período, Rosas instó en varias oportunidades al presidente oriental a que ejecutara una persecución más radical y sistemática de las redes de “unitarios” extendidas entre Montevideo y el *Hinterland* rural. Se trataba de un claro esfuerzo por trasladar una lógica faccional de “guerra a muerte” que Oribe no parecía dispuesto a descender, en un intento por “neutralizar” y aislar al Estado Oriental de los conflictos regionales e internacionales.³ Mientras tanto, en febrero de 1836, Rosas nombró al coronel Juan Correa Morales como agente especial en la capital uruguaya, con el objeto de recomponer las relaciones entre ambos Estados e influir sobre la nueva administración para que erradicara a los principales cabecillas de la “emigración argentina”, una misión que causó rispideces y que ya delataba la intención del líder federal de intervenir con mano fuerte en

² Juan Pivel Devoto, “La misión de Francisco J. Muñoz a Bolivia. Contribución al estudio de nuestra Historia Diplomática (1831-1835)”, *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Tomo IX, 1932.

³ Archivo General de la Nación, Montevideo, Colección Assunção, Caja 57, De Juan Manuel de Rosas a Manuel Oribe, Buenos Aires, 24/10/1836.

la otra orilla del Plata. Durante su residencia en Montevideo, Correa Morales criticó de forma severa a Oribe, catalogándolo en su correspondencia oficial como una “nulidad” política cuya tolerancia hacia los unitarios hacía presagiar su inminente ruina.⁴ De hecho, en agosto de 1836, cuando la rebelión acaudillada por Rivera y sus aliados había cobrado vigor en el territorio oriental, Rosas negó de forma explícita brindar el apoyo militar que Oribe le había solicitado poco antes, aludiendo a obstáculos formales y logísticos. La negativa encubría un claro intento de presión política sobre Oribe, ya que, como se desprende de las comunicaciones cruzadas, Rosas señaló que el gobierno de la Confederación solo podría llegar a colaborar en la pacificación oriental si se firmaba una convención “por la que se me asegurase de una marcha firme, rápida y decisiva, y que de grado el triunfo contra los rebeldes, ese Gobierno extinguiría en todo el territorio del Estado hasta las más pequeñas raíces de la presente rebelión”.⁵

La situación comenzó a cambiar cuando Oribe, cercado política y militarmente, renunció al poder en octubre de 1838 y se trasladó a Buenos Aires con un grupo de oficiales y civiles.⁶ Desde allí el mandatario depuesto, que había protestado por su renuncia al poder, catalogándola como resultado de la violencia ejercida contra su gobierno, dio a conocer un manifiesto en el que acusaba a los agentes

franceses de haber colaborado de modo activo en su caída.⁷ Bajo esas nuevas coordenadas geopolíticas, Rosas, convertido en anfitrión de los emigrados oribistas, pudo desarrollar una estrategia geopolítica más acorde a sus intereses. Si bien no conocemos los detalles de las negociaciones entre los dos líderes, el gobernador porteño siguió reconociendo a Oribe como “Presidente legal” del Estado Oriental, y desde un inicio le adjudicó un rol militar en las operaciones que se estaban planeando. La oportunidad para insertar al mandatario oriental en la campaña de pacificación de las provincias del interior y el litoral se concretó tras la derrota sufrida por el ejército comandado por Pascual Echagüe en la batalla de Cagancha (29/12/1839), desarrollada en el territorio uruguayo. A partir de allí Rosas y sus colaboradores comenzaron a organizar un nuevo contingente que poco después recibiría la designación de Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina. Inicialmente se trataba de un conglomerado heterogéneo de oficiales y tropas orientales, porteñas y santafesinas, al que Rosas trató de cohesionar designando a Oribe, en octubre de 1841, como su Jefe interino, en atención a su rango de brigadier general. Así, a través de una estrategia en “dos tiempos” Rosas creaba una poderosa herramienta para intervenir, primero en el concierto provincial y luego al otro lado del Plata, permitiendo así que Oribe se trasladara al Estado Oriental para reclamar el poder. Tal como apuntaron desde distintos ángulos Ernesto Quesada, Julio Irazusta, Mateo

⁴ Alicia Vidaurreta, “La segunda misión de Correa Morales al Uruguay (1836-1838)”, *Historia*, vol. 9, n° 33, 1961.

⁵ De Juan Manuel de Rosas a Manuel Oribe, Buenos Aires, 02/08/1836, en F. Ferreiro (ed.) “Documentos referentes a la guerra civil de 1836-1838”, *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, n° 2, tomo II, 1922, p. 621. Hemos modernizado la ortografía de la nota.

⁶ Mateo Magariños de Mello, *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados por los poderes del Gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe, 1843-1851*, tomo I, Poder Ejecutivo., Montevideo, s.p.i., 1948, pp. 157-158 y 206-207.

⁷ *Manifiesto sobre la infamia, alevosía y perfidia con que el contra-Almirante francés M. Leblanc, y demás agentes de Francia residentes en Montevideo, han hostilizado y sometido a la tiranía del rebelde Fructuoso Rivera al Estado Oriental del Uruguay, que conforme a su Constitución, se hallaba bajo la presidencia legal del Brigadier General D. Manuel Oribe*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1838. En este opúsculo también se reproduce la mencionada “Protesta” que Oribe dirigió a la Asamblea General oriental el 24 de octubre de 1838.

Magariños de Mello y Víctor Tau Anzoátegui, con ese movimiento Rosas lograba unificar la dirección militar, y prescindir en el mediano plazo de alianzas con otros gobernadores, lo que le permitía desanclar al nuevo ejército de agendas provinciales.⁸ Esto último se expresó con claridad en la forma en que el mandatario federal resolvió el problema del mando supremo, designando a Oribe —un extranjero sin intereses en la política local— por encima de otros jefes que reivindicaban su derecho a ser nombrados comandantes de la nueva fuerza, como fue el caso del gobernador santafesino Juan Pablo López, o del general Ángel Pacheco, militar de reconocida solvencia y considerado además como un federal de máxima confianza. De forma simultánea, el Ejército Unido le permitió al líder porteño ejercer el gobierno de los territorios insurrecionados, empleando a Oribe con “carácter de delegado del magistrado nacional y de jefe militar de una zona sometida a las duras consecuencias de la guerra civil”. A partir de allí se fue instaurando “una suerte de gobierno bicéfalo”, como apuntó con agudeza Tau Anzoátegui, que tenía como polos al gobernador de Buenos Aires, y a Oribe y sus principales comandantes como delegados político-militares en el interior.⁹

Puede decirse que desde su formación misma el Ejército Unido no solo funcionó como un medio para reprimir los levantamientos contra el rosismo, sino que también fue fundamental para fortalecer los “partidos”

federales de cada provincia y reacomodar sus alianzas con el gobierno porteño. Durante los principales tramos de la campaña los comandantes federales restauraron a los gobernadores depuestos, propiciaron la formación de asambleas para elegir nuevas autoridades y participaron en la organización de las comandancias de los valles y partidos rurales, afectadas por la intensa guerra civil.¹⁰ Esto último permite abordar el rol desempeñado por los comandantes federales en un contexto de “faccionalización de la política” caracterizado por el paulatino estrechamiento de las posibilidades de disidencia dentro del espacio público, estrechamiento que se tornó más agudo entre 1838 y 1842.¹¹ Fue en esa coyuntura cuando dentro de filas federales terminó de consolidarse la figura del opositor como un enemigo, conspirador o traidor que anarquizaba el orden público y al que era necesario erradicar de la escena, siguiendo una lógica belicista que dejaba un amplio margen para aplicar una violencia sin cortapisas. De forma simultánea, el Ejército Unido se constituyó en una auténtica máquina de propaganda, llevando a los territorios por los que transitaba una retórica de “guerra sin cuartel”. En efecto, mediante sus comunicaciones y órdenes diarias los oficiales federales alimentaron un tipo de discurso marcado por fuertes contenidos americanistas, que exaltaba la virtud y gloria de los federales y condenaba al cadalso a los

⁸ Ernesto Quesada, *La época de Rosas. Tomo III. Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado*, Buenos Aires, Artes y Letras, 1927, pp. Príncipio del formulario 163-169; Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia. Tomo III. 1840-1843*, Buenos Aires, Editorial Albatros, 1947, pp. 95-96; Víctor Tau Anzoátegui, *Formación del Estado federal argentino (1820-1852). La intervención del gobierno de Buenos Aires en los asuntos nacionales*, Buenos Aires, Perrot, 1965.

⁹ Tau Anzoátegui, *Formación del Estado*, pp. 204-205.

¹⁰ Micaela Miralles Bianconi, “Manuel Oribe y la campaña contra la Coalición del Norte. El relato de Ernesto Quesada”, en M. Chust (ed.), *El sur en revolución: la insurgencia en el Río de la Plata, Chile y el Alto Perú*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2016, y “En busca de la unanimidad política. La campaña de Juan Manuel de Rosas contra la Coalición del Norte a la luz del “Archivo Manuel Oribe”, 1838-1842”, *Palimpsesto*, vol. x, nº 13, 2018; Marcela Ternavasio y Micaela Miralles Bianconi, “Guerra y política durante el terror rosista (1838-1842)” en H. Sábato y M. Ternavasio (coords.), *Variaciones de la república. La política en la Argentina del siglo XIX*. Rosario, Prohistoria, 2020.

¹¹ Myers, *Orden y virtud*, p. 33.

“salvajes unitarios”, culpables de crímenes de “lesa patria”. En algunos momentos, signados por una fuerte polarización ideológica, los mandos de la fuerza federal cumplieron a rajatabla con ese propósito, como lo ilustran los sangrientos episodios de Quebracho Herrado (28/11/1840), Famaillá (19/09/1841) o la toma de Catamarca (29/10/1841), donde se desencadenó una durísima represión que no dudó en marcar los espacios públicos con las cabezas y cuerpos desmembrados de los principales antagonistas.¹² No obstante, esas acciones persecutorias y punitivas también encontraron una constante —y para Oribe sospechosa— oposición entre los propios “notables” del interior que, pese a su protesta de ser federales leales a la causa, con frecuencia estaban vinculados por lazos de familia, amistad o negocios con muchos de los clasificados como “salvajes unitarios”.

Para algunos sectores provinciales la lógica facciosa de ese “federalismo de guerra” que buscaban imponer Oribe y su núcleo más duro de oficiales era improcedente, en tanto amenazaba con romper los entramados sociales y políticos necesarios para gobernar una vez que el ejército se hubiese marchado de sus jurisdicciones. En muchas ocasiones terminó generándose una “violencia negociada” en el marco de la cual los mandos del “Ejército restaurador” debieron ceder ante las peticiones de indulto y perdón cursadas por representantes acreditados dentro del federalismo provincial, que facilitaron la excarcelación, huida u ocultamiento de presuntos “unitarios”. Los ejemplos de este tipo de solicitudes, con que los gobernadores buscaban concentrar el castigo en ciertos actores y proteger a otros, se repiten desde Mendoza a Córdoba. Incluso

Oribe llegó a reconvenir a figuras centrales del federalismo del momento, como el tucumano Celedonio Gutiérrez, por considerar que protegían de manera ostensible a enemigos del “sistema”.¹³ Es por esto que, si pretendemos analizar en detalle la reconfiguración del poder en el interior y el litoral tras la “crisis del sistema federal” ocurrida entre 1840 y 1842, se torna imprescindible explorar el modo en que cada provincia gestionó el problema de la oposición interna, los embargos y el paulatino retorno de los emigrados antirrosistas tras la intensa resemantización del campo político que había provocado el Ejército Unido durante su campaña. No obstante, luego de la “pacificación” llevada adelante en esa coyuntura, la posibilidad de articular una nueva alianza de dimensiones intraprovinciales contra Rosas quedó prácticamente cerrada, y solo se mantuvieron activos algunos focos insurreccionales, sobre todo en Corrientes, así como las persistentes “montoneras” fronterizas en el Norte y en el sector cordillerano del territorio.

El pasaje del Ejército Unido al Estado Oriental, luego de aplastar a las fuerzas de la alianza antirrosista comandadas por Fructuoso Rivera en la batalla de Arroyo Grande (Entre Ríos, 6/12/1842), marcó un giro importante en la alianza blanco-federal. A partir de allí Rosas debió retornar a la antigua estrategia de confiar la defensa del orden federal en el litoral a un gobernador provincial, en este caso el entrerriano Justo José de Urquiza, una figura en pleno ascenso a inicios de la década de 1840, que cumplió además un papel clave entre 1843 y 1845, auxiliando a Oribe

¹² Mario Etchechury-Barrera, “La devastación como cálculo y sistema’. Violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840-. 1843)”, *Foros. Programa Interuniversitario de Historia Política*, 2015.

¹³ He analizado varios casos de este tipo de negociaciones y conflictos en torno al “padrinazgo” de líderes federales que protegían a civiles y militares acusados de “unitarios” en “Los claroscuros de la lealtad. El Ejército Unido de la Confederación Argentina y las prácticas de la pacificación político-militar (1839-1842)”, *Secuencia*, nº 113, mayo-agosto de 2022.

en su campaña en el Estado Oriental. Por su parte, luego de cruzar el río Uruguay y acampar frente a Montevideo, en febrero de 1843, el Ejército Unido abrió una prolongada guerra de posiciones y se transformó, al mismo tiempo, en el núcleo alrededor del cual Oribe y sus colaboradores montaron una entera administración pública —el llamado “Gobierno del Cerrito”— un entramado de instituciones que incluyó Cámaras legislativas y ministerios, así como una completa organización de entidades económico-financieras, judiciales y educativas.¹⁴ Esta suerte de Estado paralelo a la administración montevideana controló la mayor parte del territorio uruguayo durante los casi nueve años que se prolongó la contienda en territorio oriental, y editó su propio periódico, el *Defensor de la Independencia Americana* (1844-1851), uno de los principales voceros de la doctrina del americanismo propalado por Rosas y Oribe, como lo analizó Jorge Myers.¹⁵ Con pocas excepciones, los ministros y diplomáticos europeos, así como los demás gobiernos de la región, solo se dirigieron a Oribe en su calidad de jefe del ejército sitiador, sin aludir al título de “Presidente Legal” que únicamente el gobernador de Buenos Aires seguía otorgándole. Por otra parte, si para Rosas la presencia del Ejército Unido frente a Montevideo posibilitó estabilizar el frente oriental y controlar a la oposición en el exilio, reducida a las trincheras de la capital y a unos pocos focos opositores en el litoral del Uruguay, Oribe en cambio debió lidiar con el hecho, difícil de contestar a primera vista, de que había returnedo al mando de una fuerza “invasora” que revelaba, tanto en su composición como en su misión política, una sospe-

chosa dependencia del gobierno porteño. De ahí que, con el tiempo, se promoviera dentro de las filas el ascenso de oficiales orientales para los principales puestos de mando, mientras que desde las páginas de *El Defensor de la Independencia Americana* se proclamaba en repetidas ocasiones que se trataba de un “Ejército Libertador de Argentinos y Orientales” cuyo cometido era restaurar las leyes y las autoridades legales, en oposición a la turba de aventureros y conspiradores aliados extranjeros que controlaban los negocios públicos de Montevideo.¹⁶ Tal como lo demostró Myers en *Orden y virtud*, con independencia del carácter circunstancial que pudieron revestir algunas de estas controversias, ellas constituyen un punto de mira interesante para analizar los procesos de reconfiguración de las identidades políticas —“partidistas” y nacionales— en un momento crucial de la formación estatal en ambas márgenes del Plata.¹⁷

Pese a los avances que se han realizado en los últimos años, la reconstrucción del federalismo rosista en las provincias del interior y el litoral de la Confederación Argentina, así como su alianza con el “partido blanco” oriental, sigue constituyendo una de las grandes materias pendientes de la historiografía del período. Tal como apuntamos arriba al repasar de modo sucinto algunos tópicos e hipótesis de lectura, un estudio sobre la composición y trayectoria del Ejército Unido entre 1840 y 1851 podría constituir un buen caso de estudio para volver a pensar los procesos de formación estatal en ambas orillas del Río de la Plata, incorporando en un relato más heterogéneo y complejo a instituciones y actores que hasta ahora han permanecido en un lugar secundario en comparación con la importancia otorgada en las agendas historiográficas a

¹⁴ Mateo Magariños de Mello, *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados por los poderes del Gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe, 1843-1851. Tomo II. Vol. 2*, Montevideo, s.p.i., 1961.

¹⁵ Myers, *Orden y virtud*, pp. 58-72.

¹⁶ *El Defensor de la Independencia Americana*, Miguelete, n° 32, 6/8/1845, p. 3.

¹⁷ Myers, *Orden y virtud*, pp. 58-72.

los grupos de poder centrados en Buenos Aires y Montevideo. El hecho de que el Ejército Unido atravesara a lo largo de sus campañas diversas jurisdicciones provinciales y estatal-nacionales, y que en ocasiones ejerciera una suerte de “gobierno delegado”, lo convierte en un mirador privilegiado para abordar una investigación que abandone enfoques y metodologías parcelarias y apueste por una lectura transversal de la geopolítica regional. □

Bibliografía

Irazusta, Julio, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia. Tomo III. 1840-1843*, Buenos Aires, Editorial Albatros, 1947.

Magariños de Mello, Mateo, *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados por los poderes del Gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe, 1843-1851. Tomo II. Vol. 2*, Montevideo, s.p.i., 1961.

Miralles Bianconi, Micaela, “Manuel Oribe y la campaña contra la Coalición del Norte. El relato de Ernesto Quesada”, en M. Chust (ed.), *El sur en revolución: la insurgencia en el Río de la Plata, Chile y el Alto Perú*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2016, pp. 211-228.

Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2011

Quesada, Ernesto, *La época de Rosas. Tomo III. Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado*, Buenos Aires, Artes y Letras, 1927.

Tau Anzoátegui, Víctor *Formación del Estado federal argentino (1820-1852). La intervención del gobierno de Buenos Aires en los asuntos nacionales*, Buenos Aires, Perrot, 1965.

Ternavasio, Marcela y Micaela Miralles Bianconi, “Guerra y política durante el terror rosista (1838-1842)” en H. Sábato y M. Ternavasio (coords.), *Variaciones de la república. La política en la Argentina del siglo XIX*. Rosario, Prohistoria, 2020, pp. 119-138.

Resumen / Abstract

Juan Manuel de Rosas, el Ejército Unido y la geopolítica rioplatense. Algunas hipótesis y lecturas historiográficas (1840-1851)

En el presente artículo se exponen algunas hipótesis sobre el papel desempeñado por el Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina en la geopolítica de la cuenca del Río de la Plata, en especial durante la crisis del llamado “sistema federal”, entre 1840 y 1842. En particular, nos detendremos en el modo en que el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, empleó esta fuerza de guerra como un instrumento para el gobierno político-militar de las provincias del interior y el litoral durante las guerras civiles regionales, y como un medio de intervención en las contiendas del Estado Oriental del Uruguay.

Palabras clave: Federalismo - Ejército - Guerras civiles - Río de la Plata - Geopolítica

Juan Manuel de Rosas, the United Army and the geopolitics of the Río de la Plata. Some hypotheses and historiographic readings (1840-1851)

This article presents some hypotheses about the role played by the Ejército Unido de Vanguardia of the Argentine Confederation in the geopolitics of the Río de la Plata basin, during the crisis of the so-called “federal system” between 1840 and 1842. In particular, we will focus on how the governor of Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, used this military force as an instrument for the political-military government of the interior and littoral provinces during the regional civil wars and as a means of intervention in the conflicts of the Estado Oriental del Uruguay.

Keywords: Federalism - Army - Civil Wars - Río de la Plata – Geopolitics

Espadas con cabeza: la tropa fiel a Rosas en las vísperas de Caseros

Alejandro M. Rabinovich

CONICET / Universidad Nacional de La Pampa

Pueden robarte el corazón,
cagarte a tiros en Morón,
pueden lavarte la cabeza, por nada.

Pero el amor es más fuerte

Ulises Butrón

desarrollados de la época.² Esta capacidad de movilización armada, ampliamente demostrada durante la guerra revolucionaria, encuentra otro punto álgido insospechado a partir del segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas en la provincia de Buenos Aires.³ En efecto, en un contexto en el que la mayoría de los países sudamericanos achicaban al máximo sus ejércitos de línea y apenas podían pagar guardias nacionales y milicias, el rosismo logró desplegar a miles de veteranos en operaciones ofensivas continuadas durante largos años. ¿Cómo se explica este éxito, o, dicho de otro modo, por qué servían los soldados rosistas?

La pregunta por las motivaciones de la tropa constituye en todas partes uno de los principales —y más elusivos— focos de interés para la historia social de la guerra. En el caso de los famosos soldados de Rosas, el interrogante ha recibido considerable atención por parte de la historiografía argentina, que ha explorado dos líneas explicativas, no exclu-

La historiografía argentina reciente ha hecho avances considerables en la cuantificación del fenómeno de la militarización en el Río de la Plata de la primera mitad del siglo XIX.¹ Estos avances nos muestran que los Estados surgidos del colapso imperial español, que tantas dificultades encontraron para cumplir la mayoría de sus funciones, fueron, en cambio, notablemente exitosos en un aspecto: movilizar a una porción inusualmente alta de la población masculina adulta para servir en sus fuerzas militares, ya fueren milicianas o de línea. Pese a la penuria fiscal, la resistencia de la población y la inestabilidad política, los Estados rioplatenses pudieron contar con un número de hombres armados que, en términos relativos a su población, los ubica en índices iguales o superiores a los de los Estados más

² Alejandro M. Rabinovich, “La militarización del Río de la Plata, 1810-1820. Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis”, *Boletín del Ravignani*, nº 37, 2012.

³ Jorge Gelman y Sol Lanteri, “El sistema militar de Rosas y la Confederación Argentina (1829-1852)”, en O. Moreno (coord.), *La construcción de la nación Argentina. El rol de las fuerzas armadas*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa de la Nación, 2010.

¹ Alejandro M. Rabinovich e Ignacio Zubizarreta (eds.), *La construcción estatal en el Río de la Plata a través del empleo civil y militar (1600-1873)*, Buenos Aires, Teseo, 2023.

yentes sino complementarias. Por un lado, la que podemos llamar hipótesis “represiva” o “disciplinaria” esbozada tanto por Juan Carlos Garavaglia como por Ricardo Salvatore, que enfatiza el carácter forzado y en última instancia violento del reclutamiento y el mantenimiento en las filas. Esta perspectiva se enfoca en el alto porcentaje de reclutamientos forzados, por los que los “destinados” al ejército eran obligados a servir por un número de años como pena por algún delito o por haber caído, a ojos de los jueces de paz, bajo la nebulosa categoría de “vagos”. El reclutamiento militar y el posterior recurso a azotes y otros castigos podría ser interpretado entonces como parte de un proyecto más amplio de disciplinamiento de los sectores subalternos, en el que los ejércitos servirían como “prisiones ambulantes”.⁴

La segunda línea explicativa es la de los “incentivos materiales”. Enfocada ante todo en los enrolamientos voluntarios, se considera al servicio militar como un “trabajo” que compite en el mercado con otras opciones laborales. Se toma en cuenta el monto del salario ofrecido por el ejército, así como las raciones, primas de enganche, vestuarios y otros elementos que podían transformar el reclutamiento en una opción atractiva para un hombre del período. En el caso del rosismo en particular, Raúl Fradkin y Jorge Gelman describen un verdadero “sistema” de protección de las familias de los soldados, mediante el cual el gobierno les repartía regularmente trigo, carne y dinero.⁵ También se ha señalado, con razón, la importancia fun-

damental que jugaba la perspectiva del botín o el saqueo, así como incentivos “no materiales” pero valiosos como el goce de fuero militar, el prestigio de vestir el uniforme, el acceso a la libertad para la población esclavizada o a la ciudadanía para los migrantes.⁶

Cuando se combinan ambas hipótesis el poder explicativo es considerable, aunque también es posible plantear dudas respecto de su alcance último. Pensemos en un ejército en campaña a lo largo del territorio rioplatense. ¿Cuál podría ser la eficacia de una “prisión ambulante” sin ninguna infraestructura, en la que los “presos” están armados hasta los dientes y andan casi siempre montados a caballo en medio de territorios con baja densidad de población? ¿Qué podría evitar que la tropa se amotine o deserte en masa? Por otro lado, ¿es suficiente el aliciente de un prest cuando los salarios no se pagaban casi nunca al completo y las deudas se acumulaban a lo largo de años?

Nos parece razonable, por lo tanto, explorar la posibilidad de que estuviera actuando, sumado a los primeros dos, un tercer factor explicativo que hiciera que, siendo relativamente fácil escapar, y sirviendo en condiciones materiales muy precarias, igualmente un número considerable de los soldados y milicianos optaran por seguir luchando en sus unidades, haciendo así posibles unos esfuerzos de guerra que de otro modo hubieran sido irrealizables dadas las capacidades estatales existentes. La clave para hallar ese tercer factor se encuentra al recorrer la montaña de proclamas, boletines y arengas de todo tipo dirigidas por comandantes y gobiernos rioplatenses a la población y a la tropa. Lo que encontramos allí es un incansable esfuerzo por motivar a los soldados a servir por una causa que excedía a su obligación legal o a su interés material. Fuera la Pa-

⁴ Juan Carlos Garavaglia, “Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860”, *Anuario IEHS*, nº 18, 2003. Ricardo Salvatore, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018, y “Disciplinando mediante la pena capital: ejecuciones de soldados durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas”, *Revista de Indias*, nº 289, 2023.

⁵ Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015, pp. 334-337.

⁶ Raúl Fradkin, “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en S. Bandieri (dir.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

tria, la Federación o la Libertad, quienes redactaron estos mensajes pensaron que era útil y eficaz el apelar a factores identitarios, políticos o incluso emotivos para motivar a la tropa a servir bajo una bandera y bajo una persona determinada en pos de un ideal.

En este sentido, para el caso del rosismo es evidente que la publicación de *Orden y virtud*, cuyos 30 años celebra este dossier, constituye un antecedente relevante. Al establecer la importancia fundamental del discurso político para la legitimación del régimen y la ampliación de su base social de sustentación, el libro dejó sentadas las premisas de una línea de investigación muy prolífica que hoy nos permite abordar temáticas como la de las motivaciones de la tropa pisando sobre terreno sólido. A fin de demostrar esta productividad, en este ensayo analizaremos uno de los casos más notorios de lealtad militar hacia el rosismo: la sublevación de la división Aquino.

Elegimos este caso por un motivo concreto. Como se sabe, es difícil indagar en las ideas políticas de los sectores populares en general, y de la tropa en particular. Se han hecho avances significativos para entender mejor las motivaciones ideológicas de la oficialidad revolucionaria, pero por una cuestión de disponibilidad de fuentes es mucho más complejo lograr algo similar con los soldados y milicianos del período, ya que las bajas tasas de alfabetización nos dificultan acceder a su palabra.⁷ En el archivo, estos solo hablan en las declaraciones que les toman los fiscales en los sumarios, cuando son acusados de un delito (en su mayoría por deserción), o en las raras ocasiones en que logran elevar una solicitud a las autoridades. En ninguno de los dos casos se suelen explayar sobre cuestiones más allá de las condiciones del servicio y su reali-

dad material.⁸ De manera que estas declaraciones ofrecen valiosa información acerca de los motivos por los que algunos soldados desertaban, pero no dicen nada de las motivaciones de aquellos otros que se quedaban a servir en sus regimientos pese a todo.

¿Debemos pues resignarnos a asumir que la tropa servía solo por obligación o por interés material, y que no sabemos ni podremos saber nada acerca del vigor de sus convicciones? No, ya que existe una vía alternativa. Se trata de hallar casos de estudio en los que una tropa determinada exprese de manera inequívoca, mediante sus acciones, una voluntad de servicio que no pueda ser reducida a otros factores que excluyan la identificación con una causa determinada. Pilar González Bernaldo demostró la factibilidad de este enfoque al analizar la movilización popular desbordante de 1829, al inicio mismo del ciclo rosista, señalando el rol que Rosas jugaba en las representaciones colectivas de la tropa miliciana como “súper-gaucho” y “supremo protector”.⁹ Desde ya, no es sencillo encontrar casos de este tipo que estén, a su vez, debidamente documentados. Por suerte, la división Aquino nos ofrece una perspectiva extraordinaria desde el extremo opuesto del ciclo rosista, en 1852.

Presentemos rápidamente el contexto de los hechos. Tras la crítica coyuntura de 1839, en la que el rosismo llegó a tambalearse ante los múltiples frentes abiertos (el bloqueo naval francés, el levantamiento rural del sur de la provincia y la invasión unitaria),¹⁰ Rosas

⁷ Una excepción notable estudiada en Gabriel Di Meglio, “Las palabras de Manul. La plebe porteña y la política en los años revolucionarios”, en R. Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

⁸ Pilar González Bernaldo, “El levantamiento de 1829 el imaginario social y sus implicaciones políticas en un conflicto rural”, *Anuario IEHS*, nº 2, 1987.

¹⁰ Jorge Gelman, *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

⁷ Virginia Macchi, “Guerra y política en el Río de la Plata: el caso del Ejército Auxiliar del Perú (1810-1811)”, *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, nº 3, 2012.

contraatacó enviando sus fuerzas al interior, bajo el mando de Manuel Oribe. Este Ejército confederado logró derrotar a sus adversarios en las provincias y luego pasó a la otra banda a dar inicio a lo que se llamaría el Sitio Grande de Montevideo. Así, un núcleo de seis mil soldados de línea, en su mayoría bonaerenses, serviría durante casi nueve años consecutivos frente a los muros de la capital oriental.¹¹ Se trataba de la fuerza veterana más experimentada del Río de la Plata.

Ahora bien, a fines de 1851, cuando el gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, se levantó en armas contra Rosas y marchó sobre Montevideo, Oribe, en vez de luchar, decidió capitular, entregando los batallones argentinos al enemigo. Miles de aguerridos soldados se vieron incorporados a las filas del Ejército Grande, obligados a servir bajo el mando de oficiales unitarios a los que habían combatido durante años. Siendo que las condiciones materiales del servicio seguirían siendo básicamente las mismas, ¿aceptarían pasivamente el traspaso?

Por suerte, para responder al interrogante, contamos con una abundancia inédita de materiales, ya que el encuentro con estos viejos soldados suscitó un interés extraordinario en algunos contemporáneos. Al recorrer el campamento después de su entrega al ejército de Urquiza, Sarmiento afirmaba:

Pocas veces he experimentado impresiones más profundas que la que me causó la vista e inspección de aquellos terribles tercios de Rosas, a los cuales se ligan tan sanguinarios recuerdos, y para nosotros preocupaciones que habíamos creído invencibles.

¿De cuántos actos de barbarie inaudita habrían sido ejecutores estos soldados que veía tendidos de medio lado, vestidos de rojo, chiripá, gorro y envueltos en sus largos ponchos de paño? Fisonomías graves como árabes y como antiguos soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas [...] ¡Qué misterios de la naturaleza humana! ¡Qué terribles lecciones para los pueblos! He aquí los restos de diez mil seres humanos, que han permanecido diez años casi en la brecha combatiendo y cayendo uno a uno todos los días, ¿por qué causa? ¿sostenidos por qué sentimiento?

Sarmiento se planteaba la misma pregunta que guía este artículo y procedió a ensayar respuestas que iría descartando una a una: no puede ser que sirviesen por los ascensos, porque no los tuvieron. Tampoco por el alimento, el botín o el salario, tan escasos. Hasta que solo le quedó una explicación:

Tenían por él, por Rosas, una afección profunda, una veneración que disimulaban apenas [...] ¿Qué era Rosas, pues, para estos hombres? ¿O son hombres estos seres?¹²

Esa afección por Rosas, que para Sarmiento era inexplicable hasta el punto de poner en duda la humanidad misma de los soldados, se vuelve inteligible a partir de un conjunto de documentos extraordinarios. Resulta que, al enterarse de que Oribe capitularía al día siguiente y entregaría los batallones argentinos al enemigo, el 7 de octubre de 1851 por la noche los oficiales de algunos cuerpos se reunieron con sus sargentos para informales que quedaban libres de “tomar el camino que qui[si]eran”. Los sargentos lo comunicaron a

¹¹ Mateo Magariños de Melo, *El gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados de los poderes del gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe, 1843-1851*, tomo II, Montevideo, 1961, p. 1029; John Lynch, *Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1984, p. 330.

¹² Domingo F. Sarmiento, “Campaña en el Ejército Grande”, en *Obras de D.F. Sarmiento*, tomo XIV, Buenos Aires, Imprenta Moreno, 1897, p. 118.

la tropa y, “así que fue recibida por los soldados aquella orden se dirigieron a las cuadras donde tenían su armamento y empezaron a inutilizar la mayor parte de los fusiles gritando que no le servirían al loco traidor salvaje unitario Urquiza. En seguida arrimaron la caballada del batallón [...] y como pudieron empezaron a dispersarse en diferentes rumbos”.¹³

En efecto, varios cientos de soldados desertaron en masa esa noche. De la mayoría no sabemos nada más, pero 42 oficiales y soldados con nombre y apellido lograron embarcarse en una fragata inglesa que los cruzó a Buenos Aires. A su llegada, las autoridades del puerto les tomaron prolifas declaraciones. Esos documentos, no destinados a publicarse, se conservan en los legajos de la capitánía del puerto.¹⁴ ¿Qué nos revelan?

En principio, que la tropa no acepta el cambio de bandera y que tiene una intención manifiesta de seguir defendiendo al rosismo, incluso en un momento en el que buena parte de sus aliados históricos le soltaban la mano y anuncianaban un fin de ciclo. Así, la esposa de uno de los capitanes bonaerenses, doña Tomasa Videla, declara que “el entusiasmo todavía de los valientes soldados del ejército argentino es admirable: que todos dicen públicamente y principalmente a la exponente que conoce a todos, que no desean más que los pasen a esta provincia y ponerse frente al ilustre General Rosas, jefe supremo de la Confederación Argentina y entonces se verán las caras con el loco inmundo traidor salvaje unitario Urquiza”. La identificación en este

caso es personal, directa, tanto con Rosas como con su hija: “que todos, todos jefes y oficiales, le han encargado que dijese a sus jefes que no tuvieran cuidado, que los ayudassen un poco para venir, que ellos habían de hacer todo lo posible para seguir siempre al ilustre General Rosas, contra quien no pelearían, antes dejarían matarse que hacerlo, que todos le encargaban dijesen a su viejo el General Rosas y su digna hija Manuelita, que se acordasen de ellos”.¹⁵

Otras declaraciones, en cambio, son más explícitas respecto del contenido de la lealtad a Rosas, haciendo referencia tanto a la cuestión del americanismo como a la causa de la Federación, confirmando de paso la eficacia pedagógica de los eslóganes rosistas.¹⁶ Por ejemplo, el capitán de caballería Mariano Orzábal manifiesta que huyó de Montevideo “con el objeto de prestar sus servicios en todo y dondequiera que lo destinase el ilustre General Rosas jefe supremo de la Confederación Argentina para cooperar así a la defensa heroica que hace este eminente y sabio americano de la independencia de su querida patria y del sistema Santo confederado”.¹⁷ Aquí no tenemos espacio para explayarnos en el análisis de las demás declaraciones; en definitiva, la mayoría expresa “que ningún soldado del ejército argentino sirve al loco traidor salvaje unitario Urquiza pues públicamente dicen que si pasan a la provincia de Buenos Aires no tirarán ni un tiro contra el ilustre General Rosas por quien se han de sacrificar”.¹⁸

¹³ “Declaración del teniente Ignacio Ravelo, puerto de Buenos Aires, 5 de nov. 1851”, en J. A. Benencia, *Partes de las Guerras Civiles*, tomo III, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1977, p. 446.

¹⁴ “Declaraciones e informes diversos sobre la situación de los jefes y oficiales de la tropa de Buenos Aires destacadas en la Banda Oriental desde el momento en que capituló el General Oribe”, Archivo General de la Nación (AGN), III 28-6-4. Reproducidas en Benencia, *Partes de las Guerras Civiles*, pp. 443-460.

¹⁵ “Declaración de Doña Tomasa Videla, Buenos aires, 1 de nov. 1851”, en Benencia, *Partes de las Guerras Civiles*, p.444.

¹⁶ Jorge Myers, *Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995, pp. 60, 95, 100.

¹⁷ “Declaración de Mariano Orzábal, Buenos Aires, 5 de nov. 1851”, en Benencia, *Partes de las Guerras Civiles*, p. 445.

¹⁸ *Ibid.*

Semejantes palabras podrían ser tomadas como meras promesas vacías, como tantas otras que se vertieron al espacio público durante la crisis desatada por el pronunciamiento de Urquiza, si no fuera porque una parte considerable de la tropa cumpliría lo prometido al pie de la letra, sacrificándose en efecto, lo que nos trae por fin a la división Aquino. Esta unidad, en rigor un escuadrón de caballería de 514 plazas, no tuvo oportunidad de huir de Montevideo y fue incorporada en bloque al Ejército Grande, limitándose Urquiza a reemplazar a sus jefes superiores. Su nuevo comandante, el coronel Pedro León Aquino, era un acérrimo unitario y partidario de mantener una disciplina inflexible en su unidad.

Tras cruzar el Paraná, cuando el Ejército Grande se preparaba para iniciar la marcha desde El Espinillo, Aquino decidió acampar su división alejada del resto para disponer de mejores pastos, pero parte de la unidad conspiraba en su contra y al anochecer del 10 de enero, liderados por el sargento mayor José Aguilar, se levantaron en armas. Unos 20 hombres a caballo se dirigieron a la tienda de Aquino y lo asesinaron a lanzadas, al igual que a otros siete oficiales superiores nombrados por Urquiza. Luego saquearon los equipajes de los jefes y se pusieron en marcha hacia Buenos Aires con toda la división. A la mañana siguiente partiría una fuerza en su persecución, que no consiguió alcanzarlos.

Los soldados sublevados llegaron pronto al campamento de Santos Lugares, aunque insistieron en seguir hasta Palermo para presentarse personalmente a Rosas. Quien tuvo que contenerlos fue Antonino Reyes, el edecán del gobernador. Sus apuntes inéditos narran de primera mano el encuentro:

Sus ropas gastadas y hechas andrajos en la laboriosa campaña que habían hecho, llevando sus armas victoriosas en todas las batallas en que se habían hallado; unos habían envejecido, otros mutilándose por las

heridas recibidas en los combates; venían después de once años de ausencia de la patria y del hogar a ver lo que encontraban de sus familias. Y sin embargo de todo esto, venían contentos de haber llenado su deber, a presentarse al Ilustre restaurador de las leyes, como ellos decían, a combatir a su lado contra sus enemigos. No había uno sólo que disintiese en esta voluntad, era uniforme, como era el deseo de no parar hasta no llegar a la presencia del Sr. Gobernador a quién querían ver. Mucho trabajo me costó poderlos contener allí bajo promesas de que haría presente al Sr. Gobernador su llegada y su deseo. [...] Al día siguiente, a la oración, llegó el gobernador. Yo presencié el momento en que entró a caballo en el centro de las cuadras donde estaban aquellos hombres alojados. En el acto se reunieron a su alrededor todos vitoréándolo, le besaban las manos, lo abrazaban y lo estrechaban con todo cariño. Allí estuvo con ellos mucho rato, y seguido de los más fue a su alojamiento donde se sentó rodeado de muchos de ellos, hasta que pasado un tiempo lo dejaron ocuparse de sus asuntos del servicio.¹⁹

La sublevación de la división Aquino fue uno de los acontecimientos más espectaculares de la campaña. Al ser informado, Urquiza trataría de restarle importancia, diciendo a su estado mayor: “Esto es como las olas del mar, que unas vienen y otras van”.²⁰ Pero la noticia causaría conmoción en las filas del ejército. Del lado de enfrente, desde ya, la noticia fue recibida con euforia. El gobierno envió circu-

¹⁹ Reproducido en Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*, Buenos Aires, Theoría, 1961, pp.284-285.

²⁰ César Díaz, “Campaña del Ejército Grande Aliado en Sud América”, en A. Díaz, *Memorias Inéditas del General Oriental don César Díaz*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1878, p. 236.

lares a cada pueblo ordenando se organizasen demostraciones públicas de júbilo “por tan glorioso acontecimiento que revela al mundo la acrisolada lealtad de esos dignos argentinos y da un ejemplo conspicuo de la virtud sublime”.²¹ Buenos Aires quedó embanderada y se dispararon 21 cañonazos en la escuadra.

El gobierno publicó incluso un decreto de premios inéditamente generosos: dos grados de ascenso para los oficiales y suboficiales de la división, triple sueldo para los soldados, además de un exorbitante premio en efectivo que iba de 20.000 pesos para los jefes hasta 1000 pesos para cada soldado. También se estipulaba que cuando terminara la guerra los soldados recibirían una baja firmada por el propio Rosas, quien “expresará en ellas la lealtad a su patria, la heroica acción de su lealtad, la fecha en que se presentaron, y todo lo demás que sirva a inmortalizar su ardiente patriotismo y acrisolada lealtad”. Quedarán señalados de por vida como “fieles federales beneméritos” y se les facilitaría el acceso a la tierra.²²

Antes de gozar de los premios, sin embargo, había que sobrevivir a la batalla. El 3 de febrero de 1852, en la cañada de Morón, los soldados sublevados de la división Aquino lucharon en el centro de la línea rosista. Mientras que el ejército se desbandaba en masa, ellos se quedaron hasta el final junto al gobernador. Cuando este, aceptando la derrota, decidió escapar para salvar su vida, lo rodearon y cargaron por el centro enemigo para abrirle paso. Los batallones de Urquiza rompieron fuego: de 600 jinetes solo quedaron 80, pero

Rosas, cubierto por los cuerpos de sus soldados, logró salir del campo de batalla con un balazo en la mano. Los últimos sobrevivientes lo acompañaron aún un largo trecho hasta que cesó el peligro. Rosas se despidió de cada uno y se embarcó en un buque inglés. En los días subsiguientes Urquiza dio orden de apresar a los sobrevivientes de la división Aquino, quienes fueron condenados a muerte en masa. Narra César Díaz: “se ejecutaban todos los días de a diez, de a veinte y más hombres juntos, sin otra formalidad que la de justificar la identidad de las personas, para lo cual se consideraba suficiente la denuncia de los mismos prisioneros. [...]. Los cuerpos de las víctimas quedaban insepultos en los mismos parajes en que habían sido privados de la vida, cuando no eran colgados en alguno de los árboles de la alameda que conduce de la ciudad a Palermo”.²³

El fusilamiento de los sobrevivientes de la división Aquino fue traumático para la población de Buenos Aires, de donde eran oriundos muchos de sus soldados, y para algunos contemporáneos significó el principio del fin de la expectativa por el nuevo gobierno de Urquiza. Como sea, para nuestro objeto de estudio, el ejemplo de estos 500 soldados, su agencia para decidir de qué lado combatirían, su identificación evidente con Rosas y la causa que este representaba a sus ojos, en fin, su voluntad de llevar esa decisión hasta el sacrificio último cuando ya estaba todo perdido, nos recuerda la importancia de seguir indagando en las representaciones e identidades políticas populares de la tropa para poder comprender mejor el desarrollo del proceso de militarización revolucionario. □

²¹ “Comunicación del Sargento mayor edecán de Rosas Vicente Torcida al juez de paz de Tuyú, 20 de enero de 1852, Santos Lugares”, en Benencia, *Partes de las Guerras Civiles*, p. 517.

²² “Extracto de los premios concedidos a los leales valientes pasados del ejército de Urquiza, 13 de enero de 1852”, en Benencia, *Partes de las Guerras Civiles*, p. 530.

²³ Díaz, “Campaña del Ejército...”, p. 305

Bibliografía

- Benencia, Julio Arturo, *Partes de las Guerras Civiles*, tomo III, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1977.
- Di Meglio, Gabriel, “Las palabras de Manul. La plebe porteña y la política en los años revolucionarios”, en R. Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Díaz, César, “Campaña del Ejército Grande Aliado en Sud América”, en A. Díaz, *Memorias Inéditas del General Oriental don César Díaz*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1878.
- Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015.
- Fradkin, Raúl, “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en S. Bandieri (dir.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 167-214.
- Gelman, Jorge y Sol Lanteri, “El sistema militar de Rosas y la Confederación Argentina (1829-1852)”, en O. Moreno (coord.), *La construcción de la nación Argentina. El rol de las fuerzas armadas*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa de la Nación, 2010.
- Gelman, Jorge, *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Ibarguren, Carlos, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*, Buenos Aires, Theoría, 1961.
- Lynch, John, *Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1984.
- Magariños de Melo, Mateo, *El gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados de los poderes del gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe, 1843-1851*, tomo II, Montevideo, 1961.
- Myers, Jorge, *Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Rabinovich Alejandro M. e Ignacio Zubizarreta (eds.), *La construcción estatal en el Río de la Plata a través del empleo civil y militar (1600-1873)*, Buenos Aires, Teseo, 2023.
- Salvatore, Ricardo, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018.
- Sarmiento, Domingo F., “Campaña en el Ejército Grande”, en *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo XIV, Buenos Aires, Imprenta Moreno, 1897.

Resumen / Abstract

Espadas con cabeza: la tropa fiel a Rosas en las vísperas de Caseros

Nuestra historiografía ha realizado avances en la descripción y cuantificación del proceso de militarización experimentado por la región en la primera mitad del siglo XIX. Esta participación de la población en las fuerzas de guerra se explica generalmente por efecto de la coacción o los intereses materiales de la tropa, pero dada la escasez de fuentes de primera mano es difícil indagar en los componentes políticos o identitarios que juegan un papel motivador del servicio. El presente artículo busca colaborar con esta área de vacancia a partir de un caso concreto lo suficientemente llamativo para haber producido fuentes extraordinarias: la división Aquino en la campaña final contra el rosismo. Este cuerpo de caballería bonaerense, compuesto por soldados veteranos con más de una década de servicio en los ejércitos confederados, fue entregado al ejército de Urquiza y obligado a servir en contra de su antiguo gobierno. Lejos de aceptar la situación, los soldados se levantaron en armas, asesinaron a sus comandantes y se reportaron personalmente ante Juan Manuel de Rosas, a quien acompañaron hasta el final de la batalla de Caseros y por quien murieron fusilados. El objetivo consiste en analizar la adhesión de esta tropa a Rosas y entender mejor la agencia de la que disponían los sectores populares en armas.

Palabras clave: Guerra - Militarización - Rosismo - Identidades - Ejército

Swords with a head: the troops loyal to Rosas on the eve of Caseros

Our historiography has made progress in the description and quantification of the militarization process experienced by South America in the first half of the 19th century. The participation of the population in the army is generally explained by the effect of coercion or the material interests of the troops, but given the scarcity of first-hand accounts it is difficult to investigate the political or identitarian components that played a role in the motivation to serve. This article seeks to contribute to this topic thanks to a concrete case that was striking enough to have produced extraordinary sources: the Aquino division during the last campaign against Rosas. This cavalry corps, composed of veteran soldiers of Buenos Aires with more than a decade of service in the confederate armies, was handed over to Urquiza's army and forced to serve against its former government. Far from accepting the situation, the soldiers took up arms, murdered their commanders and reported personally to Juan Manuel de Rosas, whom they accompanied until the end of the battle of Caseros and for whom they were eventually shot. The objective is to analyze the adhesion of these troops to Rosas and to better understand the agency of the people in arms.

Keywords: War - Militarization - Rosas - Identities - Army

El rosismo después de Rosas

Su persistencia como problema historiográfico desde mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XXI

Alejandro Eujanian

Universidad Nacional de Rosario / CONICET

¿Dónde estarán?, pregunta la elegía de quienes ya no son, como si hubiera una región en que el Ayer pudiera ser el Hoy, el Aún y el Todavía.

Jorge Luis Borges, “El tango”

Rosas como un eco insondable

Treinta años después de la publicación de *Orden y virtud* de Jorge Myers, que a partir del análisis del discurso político contribuyó a renovar la interpretación sobre el gobierno de Juan Manuel de Rosas, su figura sigue siendo un dilema para la historiografía contemporánea, como señaló recientemente Marcela Ternavasio.¹ Si esto es así, no se debe solo a que se trata de un período y de un líder político controversiales, líder que representó un enigma para la generación romántica que lo combatió desde el exilio.² También es necesario analizar por qué su figura y su época se

proyectan como un eco, una resonancia que se resiste al olvido al que lo condenó la alianza que lo derrotó en Caseros en 1852.

La potencia de esa presencia fue puesta en escena innumerables veces, pero me interesa recuperar el modo en el que la elaboró Borges en “Rosas”, un poema de 1923 publicado en *Fervor de Buenos Aires*.³ En sus versos, la mención del nombre del “tirano” detenía el tiempo y teñía de rojo la “sala tranquila” de una familia con raíces en aquel pasado turbulento, que ahora gozaba de un presente “ya sin aventuras, ni asombros”. Era su nombre, como símbolo de un todo, y no la figura histórica, que se esfumaba con cada mención, el que retornaba para reclamar un lugar negado en el panteón de héroes nacionales dominado por figuras tan claras, “como un mármol en la tarde”. Frente a esas pálidas imágenes, emergía la de Rosas, “grande y umbría... como un eco insondable”.⁴

Borges capturaba en ese poema uno de los motivos que para él explicaban la persistencia de Rosas, cuyo recuerdo restituía la impotencia contenida en la famosa maldición que premonitoriamente pronunció José Mármol en 1844: “Ni el polvo de tus huesos la Amé-

¹ Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995; Marcela Ternavasio, “Rosas y el rosismo: lecturas sobre la república plebiscitaria”, *Estudios digital*, enero-junio de 2021.

² Elías Palti, “Rosas como enigma. La génesis de la fórmula ‘Civilización y barbarie’”, en G. Batticuore, K. Gallo y J. Myers (comps.), *Resonancias románticas. Ensayo sobre la historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.

³ Jorge Luis Borges, “Rosas”, en J. L. Borges, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, pp. 28-29.

⁴ *Ibid.*

rica tendrá”.⁵ Para un joven de las élites porteñas, para quien el pasado argentino no era más que la historia incestuosa de un abigarrado grupo de familias entrelazadas entre sí por relaciones de parentesco, Juan Manuel de Rosas estaba arraigado en la memoria como un personaje a la vez familiar y temido, tan omnipresente como lo había sido durante su gobierno o, al menos, como había sido representado por sus opositores.⁶ Aunque olvidado por Dios y convertido en pasado por la historia, su potencia en el presente era justificada por Borges en la obstinada persistencia de una tradición unitaria que demoraba su disolución “con limosnas de odio”.⁷

Años más tarde, en una nota al pie del mismo poema, Borges incorporó un segundo motivo de la presencia de Rosas, que atribuyó a la aparición de un movimiento historiográfico insospechado en 1923, que se propuso revisar la historia argentina con el objetivo de justificar su tiranía o, aludiendo a Perón, “a cualquier otro déspota disponible”.⁸ De ese modo, entre el poema original y la posterior nota aclaratoria, quedaron esbozadas dos líneas interpretativas para explicar la persistencia de Rosas en la cultura, la historia y la política argentinas. La primera indagó en la recuperación historiográfica de la figura de Rosas que realizó el revisionismo histórico argentino desde mediados de la década de 1930. La segunda sugería el interés en torno a un problema que debía explorarse en una más larga duración, cuyos antecedentes se hallaban en la *Amalia*, de José Mármol, pero también en el conjunto de textos que la litera-

tura decimonónica produjo para condenar a Rosas en la prensa antirrosista, en el póstumo *El matadero* de Esteban Echeverría y en el *Facundo* de Sarmiento.⁹

Rosismo, revisionismo y usos políticos del pasado

En *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Jorge Gelman y Raúl Fradkin señalaban que la respuesta a la pregunta sobre su persistencia se encontraba en las pistas que habían dejado las creencias populares.¹⁰ ¿Cuáles son esas pistas? ¿De qué manera se conectan entre sí y cómo urdir la compleja y contradictoria trama de esas creencias? ¿Se encuentran en los recuerdos transmitidos de generación en generación? ¿En las “limosnas de odio”, que permanecieron activas en familias con antecedentes unitarios, o en una memoria subterránea, sostenida en la idolatría de quienes lo habían admirado? ¿O, en cambio, dicha persistencia fue resultado del empeño de ensayistas e historiadores por explicar la tiranía y de las polémicas que aún tensionan su figura?

Tras la derrota de Rosas en 1852, predominaron en el espacio público porteño las posiciones más críticas de su gobierno, que se plasmaron en el Parlamento y en los tribunales con leyes y sentencias que formalizaron su condena y una versión del pasado reciente según la cual Rosas y un pequeño grupo de maizorqueros habían sido los únicos responsables

⁵ José Mármol, “A Rosas, el 25 de Mayo”, Montevideo, 1843.

⁶ “Al escribir este poema, yo no ignoraba que un abuelo de mis abuelos era antepasado de Rosas. El hecho nada tiene de singular, si consideramos la escasez de la población, y el carácter casi incestuoso de nuestra historia”; Borges, nota a “Rosas”, en Borges, *Obras completas*, p. 52.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ La mención a *Amalia*, en Fernando Sorrentino, *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1973, p. 38.

¹⁰ Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015, p. 25; Raúl Fradkin y Jorge Gelman “Sobre ‘El factor Rosas’. Comentario de Roy Hora a *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político* de Raúl Fradkin y Jorge Gelman”, *Prohistoria*, Año XIX, n° 26, diciembre de 2016.

de los crímenes ocurridos durante su gobierno unipersonal.¹¹ De esa interpretación surgían dos conclusiones fundamentales para la gobernabilidad de Buenos Aires: que el conjunto de la sociedad porteña, incluso quienes lo apoyaron hasta el final, habían sido víctimas del terror; y que, derrotada la tiranía, el rosismo estaba destinado a desaparecer con la condena y el exilio de su líder.

Lo cierto es que el rosismo no perduró ni como partido o facción, ni como una identidad política colectiva en los años siguientes, aun cuando la imputación de “rosín” o “mazorquero” fue utilizada frecuentemente por los liberales porteños para atacar a sus opositores. En 1877 la frustrada misa por el fallecimiento de Rosas no fue pensada por sus allegados con fines reivindicatorios; en cambio, su prohibición contribuyó a reactualizar la unanimidad del pacto condenatorio. Tampoco quienes a partir de la década de 1880 se propusieron reinterpretar el período, como Adolfo Saldías y Ernesto Quesada, se asumieron como rosistas, aunque sí acusaron a los unitarios de engrandecer su figura con exageraciones y falsedades arraigadas en una tradición de odio, a la que Bartolomé Mitre se aferró en su crítica moral al libro de Saldías en 1887.¹²

En cuanto a las memorias familiares como espacios de transmisión de recuerdos, no fueron suficientemente exploradas por la historiografía, aunque hay indicios de vindicaciones públicas y privadas. El colecciónismo de objetos rosistas puede haber sido una vía de transmisión de esos recuerdos, como expresión del interés y fascinación por esa época, que llevaba al público a privilegiar la visita a la sala

dedicada a Rosas en el Museo Histórico Nacional inaugurado en 1889.¹³ Tampoco fueron analizadas con atención las manifestaciones de tinte rosista que se reiteraban en la campaña de Buenos Aires, de las que hay testimonios aun para fines de la década de 1870.¹⁴ ¿Se trataba de hechos aislados, protagonizados por gauchos que vivaban a Rosas menos por convicción que por efectos de la borrachera?¹⁵ ¿De la nostalgia por un pasado en el que el nombre de Rosas representaba un freno a los abusos de propietarios y patrones,¹⁶ anclada tal vez en una utopía rural de autoridad y derecho?¹⁷ ¿De la ilusión de un cierto igualitarismo plebeyo o la adhesión al federalismo en defensa de los derechos de la provincia?¹⁸ ¿De las resonancias de la política semiótica del Estado rosista?¹⁹ ¿O del “rumor sordo” de la negrada federal, como indicio de la permanencia de una difusa identidad política proscripta ya casi desvanecida?²⁰ Aunque tal vez no se tratara solo de un recuerdo pasivo e impotente. He

¹³ Carolina Carman, *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.

¹⁴ Robert Cunningham Graham, *El Río de la Plata*, Londres, Establecimiento Tipográfico de Wertheimer, Lea y Cia., 1914, pp. 52-53.

¹⁵ Eduardo Gutiérrez, *Dramas del terror. Historia de Juan Manuel de Rosas*, libro II, Buenos Aires, Imprenta de La Patria Argentina, 1882, p. 10.

¹⁶ Raúl Fradkin, “La experiencia de la justicia: Estado, propietarios y arrendatarios en la campaña bonaerense”, en AA. VV., *La fuente judicial en la Construcción de la Memoria*, Mar del Plata, Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, 1999.

¹⁷ Myers, *Orden y virtud*, p. 49.

¹⁸ Gabriel Di Meglio, “Un ciclo de participación política popular en la ciudad de Buenos Aires, 1806-1842”, *Anuario IEHS*, vol. 24, 2009; Gabriel Di Meglio, “La participación política popular en la ciudad de Buenos Aires durante el siglo XIX. Algunas claves”, *Nuevo Mundo Nuevos [en línea]*, 19 de enero de 2010, disponible en: <http://journals.openedition.org.ezproxy.campus-condorcet.fr/nuevomundo/58936>.

¹⁹ Ricardo Salvatore, “Fiestas federales. Representaciones de la república en el pasado rosista”, *Entrepasados. Revista de Historia*, vol. VI, n° 11, 1996.

²⁰ La fórmula citada, en José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, tomo I, Buenos Aires, Félix Lajouane y Cía. Editores, 1907, p. XXXIX.

¹¹ Alejandro Eujanian, *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

¹² Bartolomé Mitre, “Carta a Adolfo Saldías”, *La Nación*, 19 de octubre de 1887; Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época*, Buenos Aires, F. Lajouane, 1892, pp. XIII-XXVII.

analizado declaraciones de detenidos por portar símbolos rosistas o gritar “¡Viva Rosas!” en pueblos de frontera de la campaña bonaerense durante la década de 1850. Estas acciones pueden interpretarse como actos políticos a escala local de vecinos que eran plenamente conscientes de que estaban transgrediendo la prohibición de recordar, y de resistencia contra quienes habían impuesto esa censura.²¹

Durante mucho tiempo, los historiadores no prestaron atención al problema de estas persistencias, sino que se concentraron en indagar en los ensayos historiográficos que interpretaron el gobierno de Rosas y su época. El primero de ellos fue realizado por José María Ramos Mejía en “Los historiadores de Rosas”.²² En ese texto, reconstruía un linaje intelectual antirrosista cuyas exageraciones producto de las pasiones políticas no afectaban para el autor la verdad de fondo de sus relatos. En cambio, era mucho menos benévolos con la *Historia de la Confederación Argentina* de Adolfo Saldías, por considerarlo demasiado influenciado por la familia de Rosas, que le había permitido acceder a una abundante documentación. Ensayos de esta característica, destinados a ponderar los textos en el marco de la polarización entre rosismo y antirrosismo abundaron desde aquel momento.

Por su parte, desde la década de 1990 la historia de la historiografía comenzó a analizar las polémicas historiográficas en torno a Rosas como un espacio específico de confrontación en el marco de disputas políticas y

culturales más amplias. Su tema no fue el rosismo, entendido como la persistente presencia de Rosas y su época en la cultura y la política argentinas, sino una de sus más potentes y heterogéneas manifestaciones intelectuales e historiográficas, el revisionismo histórico argentino, durante sus períodos de emergencia y mayor popularidad, entre 1930 y 1970. Las investigaciones se concentraron en la identificación de sus vertientes internas, sus relaciones con el nacionalismo y la izquierda, su inserción en el campo político y cultural, sus desarrollos institucionales y, sobre todo, sus vínculos con el peronismo.²³

En las últimas dos décadas de la Argentina, particularmente desde la crisis del campo de 2008, las celebraciones del Bicentenario en 2010 y la campaña política para las elecciones de 2011 —que incluyó la inauguración del monumento a Rosas en la Vuelta de Obligado y la creación del fallido Instituto Dorrrego, con el que el gobierno de Cristina Kirchner pretendió dar una batalla por el pasado nacional político e historiográficamente anacrónica—, las investigaciones acerca del rosismo desbordaron el campo historiográfico para atender a los usos políticos del pasado. Esta noción surgió en Europa en el marco del debate contra las lecturas revisionistas del nazismo y del Holocausto.²⁴ En la Argentina,

²¹ Alejandro Eujanian, “Juan Manuel de Rosas, ‘como un eco insonable’. Acerca de algunas apariciones del cintillo punzó en la campaña bonaerense y el extraño caso de las boas coloradas, 1852-1862”, *Prohistoria*, año xxiv, n° 36, diciembre de 2021; Ignacio Zubizarreta y Carla Molteni, “‘Entre mazorqueros y pillos’: peleas vecinales y tensiones sociopolíticas en la campaña bonaerense post-Caseros (1854-1858)”, *Claves. Revista de Historia*, vol. 8, n° 14, 18 de junio de 2022.

²² José María Ramos Mejía, “Los historiadores de Rosas”, *La Biblioteca*, año II, tomo 7, 1897.

²³ Alejandro Cattaruzza, “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003. Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009; Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; Diana Quattrochi de Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995; Julio Stortini, “Historia y política. Producción y propaganda revisionista durante el primer peronismo”, *Prohistoria*, n° 8, 2004; Maristella Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994.

²⁴ François Hartog y Jacques Revel (dirs.), *Les usages politiques du passé*, París, Éditions de l’EHESS, 2001.

donde los historiadores estaban menos alarmados por esos usos públicos y políticos del pasado, los “usos políticos del pasado” contribuyeron a ampliar objetos, enfoques, fuentes y problemas.²⁵ Ello permitió recuperar una historia que enlazaba los debates del presente con prácticas y experiencias político-culturales que no se acotaban a los ensayos históricos. La interpretación en clave política de esos usos sirvió para explicar el éxito y la decadencia del revisionismo, reconstruir la historia de las campañas que promovieron la rehabilitación y repatriación de los restos de Rosas, contextualizar su expansión favorecida por las prácticas de edición y circulación desplegadas por editoriales de derecha y de izquierda en la década de 1960, analizar su recuperación en clave sesentista durante el gobierno de Cristina Kirchner, o para explorar la pervivencia y apropiaciones de símbolos del rosismo, recreados, inventados o ressignificados durante el siglo XX por movimientos de derecha y de izquierda.²⁶

²⁵ Alejandro Cattaruzza, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

²⁶ Sobre el revisionismo, véanse Michael Goebel, *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013; Cattaruzza, “El revisionismo”. Sobre la repatriación de los restos: Eduardo Hourcade, “La repatriación de los restos de Rosas”, en N. Pagano y M. Rodríguez (comps.), *Commemoraciones, patrimonio y usos del pasado*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014; Julio Stortini, “Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente”, en A. Eujanian, R. Passolini y M. E. Spinelli (eds.), *Episodios de la cultura histórica argentina: celebraciones, imágenes y representaciones del pasado, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Biblos, 2015. Sobre la edición en la década del sesenta: María Julia Blanco, “Entre la ideología y el mercado: la constelación editorial de la izquierda nacional en las décadas de 1960 y 1970”, tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2016; Martín A. Ribadero, *Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017. Sobre los usos del kirchnerismo: Camila Perrochena, *Cristina y la historia. El kirchnerismo y sus batallas por el pasado*, Buenos Aires, Crítica,

De todos modos, ni la historia de sus usos políticos ni la de las polémicas intelectuales que se dieron en su nombre alcanzan para responder a la pregunta acerca de la persistencia del rosismo como identidad política e insumo cultural en la Argentina, y de Rosas como símbolo de un pasado al que retornar en busca de una alternativa para el presente y una orientación hacia el futuro. Para abordar esa pregunta, es necesario inscribirla en una larga duración, que incorpore su presencia como objeto de consumo en el mercado de bienes culturales, sujeto a interpretaciones, usos y apropiaciones que exceden el debate político e historiográfico y que trascienden la oposición rosismo-antirrosismo.

La proyección del rosismo

En los versos que sirven de epígrafe para este texto, Borges responde a la pregunta acerca de dónde estarán quienes ya no son: “hoy, más allá del tiempo y de la aciaga muerte, esos muertos viven en el tango”.²⁷ Pero si consideramos otros de sus textos, sabemos que el recuerdo de lo perdido y lo recuperado se hallaba para él también en otros registros, como los novelones policiales de Gutiérrez, que reconoció como uno de sus principales goces literarios, y en los *Dramas del terror*, que utilizó para narrar la historia de Pedro Salvadores, el hombre que atravesó gran parte del gobierno de Rosas encerrado en el sótano de su hogar.²⁸ En otros escritos,

2022. Sobre los símbolos del rosismo: Leandro Pankonin, “Una historia de los usos de la estrella federal. Imaginarios nacionales, tradiciones políticas y usos del pasado (de los albores del siglo XX, a fines de los años sesenta)”, tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2023.

²⁷ Borges, “El tango”.

²⁸ Sobre Gutiérrez, véase Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, M. Gleizer, 1928, p. 101; Daniel Balderston, “Dichos y hechos: Borges, Gutiérrez y la nostalgia de la aventura”, en D. Balderston, *Borges: realidades y simulacros*, Buenos Aires, Biblos, 2000. So-

afirmaba que el recuerdo de Rosas no se encontraba en el admirable *Rosas y su tiempo* de Ramos Mejía sino en *Amalia de Mármol*; sin dudas también en Eduardo Gutiérrez, por el que Roberto Giusti y José Ingenieros, entre otros, admitían haber conocido a Rosas.²⁹

Esa línea de indagación fue la que persiguió el seminario que Adolfo Prieto organizó durante 1959 en la Universidad Nacional de Rosario y cuyos resultados publicó en *Proyección del rosismo en la literatura argentina*. En el libro, Prieto se proponía recoger, con ambición de inventario, la vasta producción que en torno a Rosas había alimentado la poesía, la literatura, el teatro y el cine desde el siglo XIX, con la intención de comprender cuáles habían sido los factores, los medios, los espacios y los agentes que habían contribuido a la persistencia del fenómeno rosista que, como el peronismo al momento de la publicación, se resistía a desaparecer a pesar de la censura impuesta por los vencedores. El autor sostenía que el rosismo era producto del trauma provocado por la censura impuesta a partir de 1852 por sus vencedores. Ello provocó una cesura en el orden del tiempo, que exigió una y otra vez volver a ese pasado inconcluso a través de recuerdos y relatos que, desgajados de la experiencia histórica que le dieron origen, estaban condenados a reproducir una y otra vez el lenguaje de una antigua discordia.³⁰

En los últimos años, intenté abordar este tema por diversas vías: la solución transaccional en sede política y judicial de la memoria sobre el rosismo; la judicialización de manifestaciones rosistas en la frontera de la cam-

paña bonaerense; la censura sobre obras teatrales que recordaban sus crímenes; todos acontecimientos que en contextos variados revelan las tensiones que la irrupción de la representación de Rosas provoca en la esfera política y cultural. Por otro lado, las múltiples ediciones, reediciones y versiones de *Los dramas del terror* de Eduardo Gutiérrez nos proporcionaron un vector para analizar los modos en los que escritores, editores e ilustradores adaptaron sus relatos a nuevos artefactos culturales. De ese modo, nutrieron a lo largo de más de cincuenta años el mercado cultural con personajes, episodios y melodramas rosistas, que produjeron deslizamientos e interferencias de sentido respecto de la edición original y favorecieron la rehabilitación o reconsideración de Rosas por nuevas generaciones de lectores.³¹ Las huellas de ese proceso han comenzado a ser estudiadas a través del folletín criollista, el cancionero federal de Blomberg y Maciel interpretado por Ignacio Corsini, y los melodramas federales del radioteatro, el teatro y el cine, antes de la emergencia del revisionismo rosista.³²

En estos casos, se trata menos de resolver el enigma que representa Rosas que de explo-

³¹ Eujanian, *El pasado en el péndulo*; Eujanian, “Juan Manuel de Rosas, como un eco”; Alejandro Eujanian y Luz Pignatta, “*Camila O’Gorman* sin escena. Las tramas de la censura teatral en Buenos Aires y Montevideo, 1856-1857”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 28, 2024; María Julia Blanco y Alejandro Eujanian, “Rosismo y antirrosismo en los Dramas del Terror de Eduardo Gutiérrez y sus nuevas versiones a través de los diversos contextos de edición (1881-1940)”, *Claves. Revista de Historia*, vol. 10, n° 19, julio-diciembre de 2024.

³² Ezequiel Adamovsky, *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019; Pankonin, “Una historia de los usos de la estrella federal...”; Lauren Rea, “Afro-porteñas in Héctor Pedro Blomberg’s Historical Romances”, *Bulletin of Hispanic studies*, Liverpool, vol. 92, n° 5, 2015; Sylvia Saíta, “Los usos de la historia en los comienzos de la radio argentina”, *ALAIC. Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, vol. 18, n° 32, 2019.

bre Pedro Salvadores, Jorge Luis Borges, “Pedro Salvadores”, en J. L. Borges, *Obras completas*, pp. 994-995.

²⁹ José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, libro II, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de J. L. Rosso y Cía., 1920, p. 90; Roberto Giusti, *Literatura y vida*, Buenos Aires, Nosotros, 1939.

³⁰ Adolfo Prieto, *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1959.

rarlo en todas sus posibilidades. Es decir, en las múltiples conjeturas e hipótesis que, según Borges, su sola mención habilita. De este modo, los trabajos mencionados contribuyen a desnaturalizar las persistencias de los pasados en los presentes en los que irrumpe, y a indagar los modos en que las sociedades elaboran sus experiencias históricas, interpretan sus circunstancias y construyen sus expectativas. Para ello es necesario ampliar el campo de la experiencia y desplazar el foco de la historia de los historiadores, sus obras, escuelas o movimientos historiográficos con el fin de restablecer las particulares articulaciones entre conocimiento histórico, usos del pasado, consumos culturales y debate público. □

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel, *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019
- Balderston, Daniel, “Dichos y hechos: Borges, Gutiérrez y la nostalgia de la aventura”, en D. Balderston, *Borges: realidades y simulacros*, Buenos Aires, Biblos, 2000, pp. 39-58.
- Blanco, María Julia, “Entre la ideología y el mercado: la constelación editorial de la izquierda nacional en las décadas de 1960 y 1970”, tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2016.
- Borges, Jorge Luis, “Pedro Salvadores”, en J. L. Borges, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.
- , “Rosas”, en J. L. Borges, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.
- , *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, M. Gleizer, 1928.
- Carman, Carolina, *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.
- Cattaruzza, Alejandro, “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 143-182.
- , *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Cunningham Graham, Robert, *El Río de la Plata*, Londres, Establecimiento Tipográfico de Wertheimer, Lea y Cia., 1914.
- Devoto, Fernando y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Eujanian, Alejandro, *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
- Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015.
- Fradkin, Raúl, “La experiencia de la justicia: Estado, propietarios y arrendatarios en la campaña bonaerense”, en AA. VV., *La fuente judicial en la Construcción de la Memoria*, Mar del Plata, Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, 1999, pp.145-188.
- Giusti, Roberto, *Literatura y vida*, Buenos Aires, Nosotros, 1939.
- Goebel, Michael, *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.
- Gutiérrez, Eduardo, *Dramas del terror. Historia de Juan Manuel de Rosas*, libro II, Buenos Aires, Imprenta de La Patria Argentina, 1882.
- Halperin Donghi, Tullio, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.
- Hartog, François y Jacques Revel (dirs.), *Les usages politiques du passé*, París, Éditions de l'EHESS, 2001.
- Hourcade, Eduardo, “La repatriación de los restos de Rosas”, en N. Pagano y M. Rodríguez (comps.), *Commemoraciones, patrimonio y usos del pasado*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 37-56.
- Ingenieros, José, *La evolución de las ideas argentinas*, libro II, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de J. L. Rosso y Cía., 1920.
- Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Palti, Elías, “Rosas como enigma. La génesis de la fórmula ‘Civilización y barbarie’”, en G. Batticuore, K. Gallo y J. Myers (comps.), *Resonancias románticas. Ensayo sobre la historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 71-84.
- Pankonin, Leandro, “Una historia de los usos de la estrella federal. Imaginarios nacionales, tradiciones políticas y usos del pasado (de los albores del siglo XX, a fines de los años sesenta)”, tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2023.
- Perochena, Camila, *Cristina y la historia. El kirchnerismo y sus batallas por el pasado*, Buenos Aires, Crítica, 2022.
- Prieto, Adolfo, *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1959.

Quattrochi de Woisson, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, tomo I, Buenos Aires, Félix Lajouane y Cía. Editores, 1907.

Ribadero, Martín A., *Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2017.

Saldías, Adolfo, *Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época*, Buenos Aires, F. Lajouane, 1892.

Sorrentino, Fernando, *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1973.

Stortini, Julio, “Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente”, en A. Eujanian, R. Passolini y M. E. Spinelli (eds.), *Epsodios de la cultura histórica argentina: celebraciones, imágenes y representaciones del pasado, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Biblos, 2015.

Swampa, Maristella, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994.

Resumen / Abstract

El rosismo después de Rosas. Su persistencia como problema historiográfico desde mediados del siglo xix hasta las primeras décadas del siglo xxi

Hace poco más de sesenta años se publicaba en Rosario, con el sello de la Universidad Nacional del Litoral, el libro *Proyección del rosismo en la literatura argentina*. En su introducción, Adolfo Prieto formulaba una pregunta que conserva su vigencia: ¿Cómo explicar la persistencia de la figura demonizada de Juan Manuel de Rosas en el debate político y cultural a lo largo de casi dos siglos? En este breve artículo nos interesa reconstruir los modos en los que ese interrogante fue abordado desde la segunda mitad del siglo xix. A grandes rasgos, podemos observar que la historiografía contemporánea puso atención en el período de mayor auge del revisionismo histórico, particularmente en las relaciones del rosismo con el nacionalismo, la izquierda y el peronismo. En las últimas décadas, el estudio de los usos del pasado permitió ampliar ese registro para considerar la irrupción del rosismo en el debate político cultural, entre la década de 1930 y los gobiernos de Cristina Kirchner. Por su parte, el seminario que Adolfo Prieto dictó en 1959, además de indagar en los motivos de esa persistencia, invita a explorar la prolongada presencia del rosismo en la industria cultural, y su consumo por públicos amplios en una más larga duración que abarca desde el gobierno de Rosas hasta nuestros días, a través de su proyección en la literatura, los folletines criollistas, el radioteatro, el tango y el cine.

Palabras clave: Juan Manuel de Rosas - Rosismo - Historia de la historiografía - Usos del pasado - Mercado cultural

Rosismo after Rosas. Its persistence as a historiographical problem from the mid-19th century to the first decades of the 21st century

Nearly sixty years ago, the book *Proyección del rosismo en la literatura argentina* was published in Rosario by the National University of the Litoral. In its introduction, Adolfo Prieto posed a question that remains as relevant as ever: How can we explain the lasting impact of the demonized figure of Juan Manuel de Rosas in political and cultural debates for almost two centuries? This article aims to analyze how this question has been addressed since the second half of the nineteenth century. Contemporary historiography has primarily focused on the period of the greatest expansion of historical revisionism, particularly about the intersections between *rosismo*, nationalism, the left, and Peronism. In recent decades, the study of the political uses of the past has broadened this scope, allowing for an examination of *rosismo* emergence within political and cultural debates from the 1930s to the administrations of Cristina Kirchner. Finally, Adolfo Prieto's 1959 seminar not only examines the reasons behind the historical persistence of *rosismo* but also offers a framework for exploring its long-term presence within the cultural industry and how it is received by mass audiences. This enduring influence is evident in its representation across literature, *criollista* serialized novels, radio drama, tango, and cinema, spanning from the government of Juan Manuel de Rosas to the present day.

Keywords: Juan Manuel de Rosas - *Rosismo* - History of Historiography - Uses of the past - Cultural market

Rosas y la literatura nacional

Patricio Fontana

Universidad de Buenos Aires / CONICET

En la “Antología” que ofrece *Orden y virtud*, Jorge Myers recopila un texto en el que Rosas, en el marco de unas conversaciones que mantuvo con el uruguayo Santiago Vásquez un día después de asumir por primera vez como gobernador, revela cómo construyó poder entre los gauchos:

Conozco y respeto mucho los talentos de muchos de los señores que han gobernado el País, y especialmente de los señores Rivadavia, Agüero y otros de su tiempo; pero, a mi parecer, todos cometían un grande error; porque yo considero de los hombres de este país dos cosas: lo físico y lo moral. Los Gobiernos cuidaban mucho de esto, pero descuidaban aquello; quiero decir, que se conducían muy bien para la gente ilustrada, que es lo que llamo moral, pero despreciaban lo físico, pues, los hombres de las clases bajas, los de la campaña, son gente de acción. Yo noté eso desde el principio y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe que la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores; me pareció pues, desde entonces muy importante, conseguir una influencia grande sobre esa clase para conte-

nerla o para dirigirla; y me propuse adquirir influencia a toda costa; para esto me fue preciso trabajar con constancia, con mucho sacrificio de comodidades y de dinero, hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos, y hacer cuanto ellos hacían; protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin, no ahorrar trabajos ni medio para adquirir más su concepto.¹

¿Existió entre los miembros de la Generación del 37 una voluntad similar de seducir a los gauchos? Y si así fue, ¿cómo imaginaron que esa seducción podía ocurrir e, incluso, que había ocurrido? En lo que sigue, ensayo alguna respuesta a esas preguntas haciendo foco en textos fundamentales de la crítica argentina sobre el siglo XIX y, también, en zonas no demasiado transitadas del *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento.

En el inicio de la primera edición de *Literatura argentina y realidad política* David Viñas hace una afirmación célebre que, en ediciones posteriores, no solo será enmendada

¹ “Nota confidencial de Santiago Vásquez al Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay...”, 9 de diciembre de 1829, en J. Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995, p. 155.

sino además opacada por la aún más célebre acerca de que “La literatura argentina comienza como una violación”.² Esa afirmación es la siguiente: “La literatura argentina es la historia de la voluntad nacional”.³ Viñas enseñada puntualiza que asegurar eso implica que la literatura “comenta a través de sus voceros la historia de los sucesivos intentos de una comunidad por convertirse en nación”.⁴ Me interesa aquí, como punto de partida, recuperar ese anudamiento entre nación y literatura, y especialmente el hecho de que desde el título del capítulo —“Rosas, romanticismo y literatura nacional”— ese anudamiento está asociado a Rosas. En efecto, Viñas inmediatamente señala que “Dentro de esta perspectiva la literatura argentina empieza por Rosas”.⁵

No se trata, por supuesto, de que Rosas se haya ocupado de que la literatura argentina existiera, de patrocinarla o algo parecido, sino de que durante los años en que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires, y en especial en los mandatos que van de 1835 a 1852, esa “voluntad nacional” que la hizo posible encarnó en “la primera generación argentina que se forma luego del proceso de 1810”.⁶ Pero a esa coincidencia meramente cronológica se agrega el hecho de que la oposición a Rosas que caracterizó a los miembros de esa generación los puso en una posición privilegiada para que eso ocurriera. Y entre los elementos que singularizan esa posición está en primer lugar el destierro que, según Viñas, les otorga “distancia para verlo [al país] en perspectiva y desearlo, interpretarlo, magnificándolo y descubriendolo como condición *sine qua non* hasta poetizarlo en una

permanente oscilación de carencia y regreso”.⁷ Es decir, la oposición política a Rosas colocó a la Generación del 37 en una situación propicia para que pusiera en práctica algunas ideas en las que se había formado, y entre ellas el “romanticismo de escuela [...] con sus explícitas postulaciones a favor de una literatura nacional”.⁸ Dicho en los términos propuestos por Jacques Rancière podría decirse que Viñas establece que las vicisitudes biográficas asociadas a una “política de los escritores” (por ejemplo, la oposición a Rosas y la propuesta de otro modelo de país) hicieron posible que se activara una “política de la literatura” que mantiene vínculos con aquella pero que no es una misma cosa, ya que cada una participa de manera diferente del “reparto de lo sensible”.⁹

Quiero relacionar la afirmación de Viñas respecto de que “la literatura argentina empieza por Rosas” con una que hace Sarmiento en el *Facundo*, un texto en el que, como en ninguno de los otros producidos por algún miembro de la Generación del 37, se hace evidente todo aquello que se argumenta en el primer apartado de *Literatura argentina y realidad política*. La afirmación está en el capítulo 15, uno que Sarmiento sacó y volvió a poner en posteriores ediciones del libro, y dice así: “Si quedara duda, con todo lo que he expuesto, de que la lucha actual de la República Argentina lo es solo de civilización y barbarie, bastaría a probarlo el no hallarse del lado de Rosas un solo escritor, un solo poeta de los muchos que posee aquella joven nación”.¹⁰ Poner juntas las afirmaciones de Viñas y de

² David Viñas, *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, edición crítico-genética, estudio preliminar y notas de Juan Pablo Canala, Villa María, Eduvim, 2023, p. 126.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, p. 128.

⁵ *Ibid.*, p. 129.

⁶ *Ibid.*, p. 130.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibid.*, p. 133.

⁹ Jacques Rancière, “Política de la literatura”, en J. Rancière, *Política de la literatura*, traducción de Marcelo Burello, Lucía Vogelfang y Jorge L. Caputo, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011.

¹⁰ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, edición crítica, documentos y prólogo de Alberto Palcos, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938, pp. 297-298.

Sarmiento permite postular una aparente incongruencia que no es tal: la literatura nacional “empieza” cuando de esa nación habían desertado todos los escritores.

A nadie que lea el *Facundo* puede pasarle inadvertido un rasgo que, desde su publicación, la crítica no ha dejado de señalar: su ambición fundacional —su “voluntad”, en términos de Viñas— respecto de lo que el mismo Sarmiento llama “literatura nacional”. Esa ambición toma especial protagonismo en el segundo capítulo, que es una suerte de paréntesis en el que reflexiona desde una perspectiva literaria —desde una “política de la literatura”— sobre las mismas cuestiones que había considerado y que continuará considerando en el resto del libro desde una perspectiva prioritariamente política: las grandes extensiones de tierra llana, los hábitos de vida del gaucho, la estancia como unidad productiva o la amenaza del indio. En efecto, en el capítulo 2 sostiene que a esos materiales idiosincrásicamente argentinos debía recurrir una literatura nacional que aspirara a sobresalir entre otras literaturas. Por esa razón, establece que, con *La cautiva* (1837), Esteban Echeverría había señalado un rumbo cierto para la literatura nacional que dejaba a un lado los infructuosos ensayos de, por caso, los hermanos Florencio y Juan Cruz Varela:

Este bardo argentino dejó a un lado a Dido y Argia, que sus predecesores los Varela trataron con maestría clásica y estro poético, pero sin suceso y sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, y volvió sus miradas al desierto, y allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporciona a la imaginación, el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, incommensurable, callada; y entonces, el eco de sus ver-

sos pudo hacerse oír con aprobación, aun por la península española.¹¹

Pero además, en el mismo libro en el que establece lo que Alejandra Laera llamó “un programa para la literatura nacional”, Sarmiento lo pone en práctica: lo ejecuta.¹² *Facundo* es un objeto al que se le dejó la etiqueta con el precio, como decía Marcel Proust algo despectivamente de los libros que explicitan alguna teoría que los respalda (en este caso, una sobre la literatura nacional). Así, por ejemplo, al tiempo que en este mismo capítulo se demora en contar vistosas anécdotas protagonizadas por el baqueano, el rastreador, el gaucho malo o el cantor, asevera que esos tipos americanos “un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional”¹³ En *Facundo* ese “día” que se anuncia entusiastamente es una realidad, un presente, y esto no solo por los fragmentos de esa literatura por venir que ofrece ese mismo capítulo sino porque todo el libro es ya esa literatura —y acaso lo mejor de ella— porque narra la vida de alguien que, más allá de su excepcionalidad como grande hombre, es presentado como un gaucho: Juan Facundo Quiroga.

En el *Facundo* la dilucidación del enigma político de la República Argentina remite a la oposición entre civilización y barbarie, una oposición que se espacializa en el deslinde entre ciudades y campañas pastorales. Respecto de este deslinde, Sarmiento explica en el capítulo 1:

[...] el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza

¹¹ *Ibid.*, p. 39.

¹² Alejandra Laera, “*Facundo* como atracción: el corto plazo de la política y el largo plazo de la literatura”, prólogo a D. F. Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2018, p. 27.

¹³ Sarmiento, *Facundo*, 1938, p. 53.

con desdén, su lujo y sus modales corteses, y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad, está bloqueado allí, proscripto afuera, y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos.¹⁴

Sarmiento enuncia aquí una matriz narrativa que organiza no solo buena parte del mismo *Facundo* sino además otros textos contemporáneos como “El matadero” o *Amalia*. Se trata de la matriz narrativa que Viñas traduce sintéticamente como “violación” y que, en su análisis de “El matadero”, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano describen como un “entrecrecimiento” entre “opuestos sociales” que solo puede producir “tragedia”.¹⁵ Pero en el *Facundo* ese antagonismo deja de ser tal al menos en un aspecto: a quienes habitan a un lado y a otro de la frontera entre civilización y barbarie los emparienta una misma cualidad positiva ya que, según asegura Sarmiento, “el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza”. Esta cualidad argentina se verifica en la existencia de dos tipos de poesía que se practican a cada lado de la frontera: “la poesía culta, la poesía de la ciudad” y la “poesía popular, candorosa y desaliñada”. La comunión nacional en la poesía —o la comunidad nacional de poetas— que se postula primero de manera general está ilustrada por una anécdota desde la que es posible —y eso pretendo hacer aquí— leer todo el libro. Narrada en el capítulo 2, la anécdota dispone de todos los elementos que conforman la matriz narrativa

que Sarlo y Altamirano denominan “entrecrecimiento” entre “opuestos sociales”, pero en lugar de la previsible “tragedia”, lo que se produce es algo completamente diferente:

El joven Echeverría residió algunos meses en la campaña, en 1840, y la fama de sus versos sobre la pampa le había precedido ya: los gauchos lo rodeaban con respeto y afición, y cuando un recién venido mostraba señales de desdén hacia el *cajetilla*, alguno le insinuaba al oído: “Es poeta”, y toda prevención hostil cesaba al oír este título privilegiado.¹⁶

Significativamente, esto ocurre en el mismo año que la famosa anécdota autobiográfica que inaugura el libro (“A fines de 1840 salí yo de mi patria, desterrado por lástima...”); pero, en contraste con esta anécdota, en la que el antagonismo conduce a la violencia y finalmente al exilio del escritor, en la que trascibí la palabra “poeta” obra un milagro: cesa la hostilidad y aparece la posibilidad de que los opuestos participen de algo común.

En varios sitios —por ejemplo, en un artículo que se llama “Sarmiento escritor”, al que volveré— Ricardo Piglia propuso algo que puede leerse como una reescritura de las primeras páginas de *Literatura argentina y realidad política* y sus hipótesis complementarias respecto del inicio de esa literatura “con Rosas” y “como una violación”. Piglia sostiene que el origen oculto y doble de la “ficción argentina” está en la primera página del *Facundo* y en “El matadero”, que presentan “una confrontación que ha sido narrada muchas veces”; mientras que en el *Facundo* —continúa Piglia— se narra una versión “triunfal y paródica” de esa confrontación, “El matadero” ofrece una “alucinada

¹⁴ *Ibid.*, p. 39.

¹⁵ Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, “Esteban Echeverría, el poeta pensador”, en B. Sarlo y C. Altamirano, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 45.

¹⁶ Sarmiento, *Facundo*, 1938, p. 52.

y paranoica”.¹⁷ Pero quizás la versión triunfal no sea la anécdota autobiográfica del comienzo del *Facundo* —o no sea solo esa— sino aquella otra, no autobiográfica sino biográfica, en la que Echeverría aparece rodeado de gauchos que no lo hostilizan sino que, por el contrario, lo admiran porque “es poeta”. En la primera, al igual que en “El matadero” o en *Amalia*, que también transcurre en 1840, la política crispa la confrontación; en la segunda la poesía la atenúa y hasta la suspende para que aparezca algo así como un entendimiento. En una y otra el “reparto de lo sensible” es diverso porque en una (la del comienzo del *Facundo*) prevalece la “política del escritor” (Sarmiento opositor a Rosas) mientras que en la otra (Echeverría aclamado por los gauchos) prevalece la “política de la literatura” (Sarmiento interesado en la literatura nacional). Esa diferencia radica puntualmente en lo que va del anonamiento de los bárbaros ante la cita en francés a la admiración que profesan respecto de los versos escritos por el poeta citadino; es decir, radica en la diversa colocación de los bárbaros ante esos objetos simbólicos (la cita y los versos) que pertenecen a la cultura civilizada, en las fronteras que se trazan en una y otra anécdota.

En su trabajo reciente “Nation and Literature”, Theo D’haen alude a “los poderes de la novela como formadora de naciones” y remite a cómo Benedict Anderson, en cuya teoría sobre la nación como comunidad imaginada basa buena parte de su trabajo, “otorga a la novela el papel protagónico, en lo que a literatura se refiere, en el fomento de la creación y el fortalecimiento de los Estados-nación en el sentido moderno”.¹⁸ Efectivamente, en su li-

bro Anderson destaca el rol central que, por lo menos desde el siglo XVIII, tuvo la novela en la postulación y difusión de algunas ideas de nación. Al respecto, me interesa que Anderson, entre otros ejemplos, se detiene en el ciclo novelesco *Leatherstocking Tales*, de James Fenimore Cooper, compuesto por *The Pioneers*, *The Last of the Mohicans*, *The Prairie*, *The Pathfinder* y *The Deerslayer*, publicado entre 1823 y 1841, en algunos de cuyos argumentos y personajes advierte “una paradoja”: el ensalzamiento, en el marco de unas sociedades “desgarradas, hasta un grado sin paralelo en Europa”, de una “fraternidad sin la cual no puede nacer la tranquilidad del fraticidio”.¹⁹ Y me interesa especialmente porque Fenimore Cooper ocupa un lugar destacado en el capítulo 2 de *Facundo*, en el que Sarmiento no solo menciona dos novelas de ese ciclo —*El último de los mohicanos* y *La pradera*— sino que además lo propone como el modelo de escritor que precisaba la literatura nacional para dejar de ser un *desideratum*.

La cualidad novelesca del *Facundo* fue advertida desde su publicación. Juan María Gutiérrez, por ejemplo, cerró su reseña en *El Mercurio* con el anuncio de que “el señor Sarmiento está señalado como el autor de la novela nuestra”, un anuncio al que le siguen los nombres de dos novelistas —Washington Irving y Fenimore Cooper— que informan con precisión en qué tipo de “novela nuestra” estaba pensando.²⁰ Pero fue Piglia quien supo precisar qué es exactamente lo que *Facundo* tiene de novela, algo que es mucho más que unos personajes, unos escenarios o unos procedimientos narrativos. En “Sarmiento escri-

¹⁷ Ricardo Piglia, “Sarmiento escritor”, *Filología*, Buenos Aires, vol. XXXI, nº 1-2, 1998, p. 24.

¹⁸ Theo D’Haen, “Nation and literature”, en C. Carmichael, A. Roshwald y M. D’auria (eds.), *The Cambridge History of Nationhood and Nationalism: Volume 2, Na-*

tionalism’s Fields of Interaction, Cambridge, Cambridge University Press, 2023, pp. 715-716. Traducción propia.

¹⁹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 281.

²⁰ Juan M. Gutiérrez, “El *Facundo*, por Domingo F. Sarmiento”, en D. F. Sarmiento, *Facundo*, 1938, p. 324.

tor” Piglia retoma una indicación de Raúl Or-gaz respecto de que Sarmiento habría tomado de Fenimore Cooper la oposición entre civilización y barbarie, a la que agrega que lo que Sarmiento habría leído en Fenimore Cooper es una característica general de la novela apuntada, entre otros, por Gyorgy Lukács: que ella es la forma de un “mundo escindido” en la que el héroe es aquel que se mueve fluidamente de un lado a otro de esa escisión.²¹ El héroe en este caso sería Sarmiento, que como escritor se ubica en la “y” que, a un mismo tiempo, separa y une la civilización de la barbarie.²² En este sentido, las propuestas de Theo D’haen y Benedict Anderson respecto de la función de la novela en la construcción de la nación permiten sumar un elemento más a esas hipótesis de Piglia. Además de un mundo escindido y de un héroe que va de un lado al otro, *Facundo* también postula novelosamente una fraternidad posible en ese mismo mundo que pasa por la poesía —por la natural inclinación a la poesía de todo el pueblo argentino— y que está ilustrada por la anécdota de Echeverría, el poeta de la ciudad, aclamado por los gauchos. Parafraseando el comentario que hace Anderson de las novelas de Fenimore Cooper, podría decirse que en el *Facundo* esa fraternidad (en la poesía) es aquella sin la cual no puede nacer la tranquilidad del fratricidio (político). A lo que habría que agregar que la fraternidad es atávica —forma parte de la “naturaleza” y del “carácter” de la nación— mientras que el fratricidio, como Rosas, es coyuntural.

Al menos en el caso del *Facundo* no se trata entonces de que la literatura nacional tan solo “comente los sucesivos intentos de una comunidad por convertirse en nación” sino de que, más ambiciosamente, el libro mismo convierte a esa comunidad en nación al postu-

lar un “compañerismo profundo” —tomo el término de Anderson— que encuentra en la poesía, y entonces por extensión en la literatura, el elemento que obra la comunión entre unos y otros. Por supuesto, de esa comunidad debe ser expulsado Rosas, que en el *Facundo* es un gaucho anómalo que no es poeta ni se interesa por la poesía —es un gaucho frío, desapasionado, que burocratiza lo que en otros es instinto— y junto al cual no se halla, como se vio, “un solo poeta de los muchos que posee aquella joven nación”. En el *Facundo* todo el pueblo argentino es “poeta por naturaleza”... todo menos Rosas. Por este motivo no es ni casual ni anecdótico, sino absolutamente necesario, que Sarmiento incorpore a Quiroga a esa fraternidad cuando cuenta, en el capítulo 13, que “Si se habla de escritores, ninguno hay que, en su concepto, pueda rivalizar con los Varela, que tanto mal han dicho de él”. Como los gauchos anónimos que aclaman a Echeverría, Quiroga es aquí también un gaucho interesado en la literatura que sabe suspender una diferencia política —todo lo malo que los Varela “han dicho de él”— y rendirse admirado ante el “título privilegiado” de poeta.

La literatura argentina “empieza por Rosas” porque para los escritores que la fundan —y entre ellos especialmente Sarmiento— asegurarse la posibilidad de su existencia resulta un modo de cohesionar literariamente la nación en el momento mismo en que, desde su perspectiva oscilante entre la “carencia” y el “regreso” (Viñas), esa nación estaba políticamente amenazada: la literatura conjura esa amenaza. En la misma línea, afirmar que el pueblo argentino es poeta “por naturaleza” y, para ilustrarlo, postular enseguida la imagen de un Echeverría rodeado de gauchos que lo celebran son una manera de decir que, sin Rosas, que había “proscripto afuera” a ese y a otros escritores, esa nación tenía un porvenir.

Por lo demás, en ese mismo sentido puede interpretarse un relato que Sarmiento cuenta en

²¹ Ricardo Piglia, “Sarmiento escritor, p. 26.

²² *Ibid.*

el arranque de la carta a Valentín Alsina que, en la edición de 1851, reemplaza la “Introducción” que encabezaba la primera de 1845:

[...] mi pobre librejo [*Facundo*] ha tenido la fortuna de hallar en aquella tierra [la Argentina], cerrada a la verdad y a la discusión, lectores apasionados, y de mano en mano, deslizándose furtivamente, guardado en algún secreto escondite, para hacer alto en sus peregrinaciones, emprender largos viajes, y ejemplares por centenas llegar, ajados y despachurados de puro leídos, hasta Buenos Aires, a las oficinas del pobre tirano, a los campamentos del soldado y a la cabaña del gaucho, hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe.²³

En este relato de territorialización literaria el *Facundo* se transfigura en un héroe novelesco que, al igual que su autor, va de un lado al otro, conecta puntos distantes y traza así un mapa de la nación, tal como ocurre en las páginas del primer capítulo. En ese relato parecen ser “las oficinas de tirano” el lugar más importante al que logra ingresar el *Facundo*, como si se tratara de un libro-bomba que puede acabar con él (la confianza de Sarmiento en el poder de su libro no tiene límites). Pero acaso sea aún más importante que ingrese en la “cabaña del gaucho”, como querrá años después José Hernández que ocurra con su *Martín Fierro*. Y entonces, por metonimia, en un año políticamente clave como 1851, Sarmiento se coloca en el mismo lugar de consagración entre los gauchos en el que, en la anécdota que narra en el capítulo 2, aparece instalado Echeverría, que había muerto el 20 de enero de ese año. Una vez más, en el mismo acto en el que se la funda, la literatura obra la comunión entre opuestos e imagina la nación.

Como en la confesión de Rosas que cité al comienzo, las imágenes que postula Sarmiento de Echeverría aclamado “en la campaña” por sus “versos sobre la pampa” y del *Facundo* formando parte de la intimidad de “su cabaña” también hablan de un anhelo de seducir a los gauchos y “adquirir más su concepto”. Pero con la diferencia fundamental de que, en esas dos imágenes, la seducción opera de manera distinta al simulacro de mimetización descrito por Rosas: en ellas la seducción no implica mimetización y se realiza en y por la literatura. □

Bibliografía

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

D'Haen, Theo, “Nation and literature”, en C. Carmichael, A. Roshwald y M. D'auria (eds.), *The Cambridge History of Nationhood and Nationalism: Volume 2, Nationalism's Fields of Interaction*, Cambridge, Cambridge University Press, 2023.

Gutiérrez, Juan M., “El *Facundo*, por Domingo F. Sarmiento”, en D. F. Sarmiento, *Facundo*, edición crítica, documentos y prólogo de Alberto Palcos, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938

Laera, Alejandra, “*Facundo* como atracción: el corto plazo de la política y el largo plazo de la literatura”, prólogo a D. F. Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2018.

Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

Rancière, Jacques, “Política de la literatura”, en J. Rancière, *Política de la literatura*, traducción de Marcelo Burello, Lucía Vogelfang y Jorge L. Caputo, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011, pp. 15-54.

Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano, “Esteban Echeverría, el poeta pensador”, en B. Sarlo y C. Altamirano, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, edición crítica, documentos y prólogo de Alberto Palcos, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938.

²³ Sarmiento, *Facundo*, 1938, p. 23.

Resumen / Abstract

Rosas y la literatura nacional

Este trabajo parte de algunas consideraciones de David Viñas y Ricardo Piglia acerca del vínculo entre Rosas y la literatura nacional, a las que se pone en diálogo con ciertas zonas del *Facundo* que refieren a la misma cuestión. Al respecto, se señala cómo Sarmiento en particular, y la Generación del 37 en general, al tiempo que denuncian la división y la violencia que habría caracterizado a la Argentina durante el régimen rosista, postulan que, en ese contexto de extremo antagonismo, era en la literatura donde podía hallarse un elemento de fraternidad entre opuestos; por ejemplo, entre civilizados y bárbaros. En este sentido, algunas propuestas de Benedict Anderson y de Theo D'haen permiten concluir que, en el mismo acto en el que se la funda, la literatura obra la comunión entre opuestos e imagina la nación.

Palabras clave: Literatura - Nación - Rosas - Generación del 37 - Sarmiento

Rosas and national literature

This work is based on some considerations by David Viñas and Ricardo Piglia about the link between Rosas and national literature, which are discussed in relation to certain parts of *Facundo* that refer to the same issue. In this regard, it is pointed out how Sarmiento in particular, and the Generation of '37 in general, while denouncing the division and violence that characterized Argentina during the Rosas regime, argued that, in that context of extreme antagonism, it was in literature where an element of fraternity between opposites could be found; for example, between civilized and barbaric peoples. In this sense, some proposals by Benedict Anderson and Theo D'Haen lead to the conclusion that, in the very act of its foundation, literature engenders a state of communion between opposites and imagines the nation.

Keywords: Literature - nation - Rosas - Generation of '37 - Sarmiento

Ya nadie va a escuchar tu remera

Un ensayo sobre la figura de Rosas en la vida política democrática argentina (1983-2015)

Fabio Wasserman

Universidad de Buenos Aires / CONICET

A la memoria de Javier Trimboli

Introducción en primera persona

Era un 24 de marzo. No puedo precisar exactamente de qué año, quizás 2011 o 2012, pero sí que estaba en la Plaza de Mayo en un acto en el que se conmemoraba el golpe de Estado de 1976. Entre los miles de jóvenes que ese día portaban carteles y banderas con consignas e imágenes que repudiaban el terrorismo de Estado había algunos que lucían remeras con la cara de Juan Manuel de Rosas, una figura que bien podía asociarse con la violencia política estatal. Si bien no era la primera vez que veía esa imagen en una manifestación, nunca había sido en un acto en defensa de los derechos humanos. ¿Qué expresaban esas remeras? ¿Rosas comenzaba a ser reivindicado por actores que abrevaban en tradiciones político-ideológicas que hasta entonces habían sido refractarias al revisionismo rosista? De ser así, y teniendo en cuenta que eran jóvenes que habían crecido en democracia, ¿esto implicaba un cambio de mayor calado en la forma en la cual un sector de la sociedad valoraba a Rosas y al rosismo? Y, más en general, ¿el eje rosismo / antirrosismo había vuelto a ser relevante en la cultura política argentina?

En las siguientes líneas retomo estos interrogantes y sumo otros referidos a los usos de la figura de Rosas en la vida política argentina desde la recuperación democrática en 1983.¹ Darles una respuesta acabada requeriría de un espacio mayor que el aquí disponible, por lo que solo exploraré a modo de ensayo algunas pistas significativas. En ese sentido, y asumiendo que se trata de un abordaje sesgado, me enfocaré en algunos discursos y políticas gubernamentales que se produjeron hasta el año 2015, ya que los gobiernos que se sucedieron de ahí en más no introdujeron novedades significativas en la valoración y los usos de la figura de Rosas.

El revisionismo rosista

La historia del revisionismo rosista es conocida.² Más allá de algunos antecedentes que se

¹ Les agradezco a Martha Rodríguez, a Ximena Espeche y al evaluador anónimo por los comentarios y las sugerencias.

² Un panorama general de ese movimiento en: Alejandro Cattaruzza, “El revisionismo. Itinerarios de cuatro décadas”, en A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003; Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, cap. 4; Diana Quattrocchi-Woison, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

remontan al último tercio del siglo XIX, fue recién durante la década de 1930 cuando un grupo de políticos e intelectuales dieron inicio a una campaña para reivindicar a Rosas y a sus gobiernos (1829-1832 y 1835-1852) en el marco de una revisión mayor de la historia nacional. Este propósito se expresó a través de numerosas publicaciones y en la creación en 1938 del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Si bien el revisionismo no constituía un grupo homogéneo en términos políticos e ideológicos, sus plumas más destacadas e influyentes tendían a ubicarse en algunas de las variantes de la derecha nacionalista. Coincidían, sobre todo, en sus críticas: a la tradición liberal; a la “historia oficial” por haber falseado la historia nacional, y a la dirigencia “oligárquica” que había liderado el proceso de organización nacional tras la derrota de Rosas en la Batalla de Caseros en 1852, que además motivó su retirada de la vida política local y su exilio en Inglaterra donde fallecería un cuarto de siglo más tarde. La recuperación de la figura de Rosas era, de ese modo, tanto una operación historiográfica como una punta de lanza para intervenir en el debate político e ideológico. En líneas generales lo exaltaban por ser una figura de orden; por su liderazgo de las clases populares; por expresar valores nacionalistas; por su federalismo, y, sobre todo, por haber impedido la disgregación del país y haber sido un férreo defensor de la soberanía nacional. Asimismo, rebatían las acusaciones de haber impuesto un régimen de terror, ya sea discutiendo la veracidad de algunos hechos o justificándolos como algo inevitable en el marco de las guerras civiles y que además también habrían practicado sus enemigos.

Entre mediados de la década de 1950 y comienzos de la de 1970 el revisionismo se renovó y encontró públicos más amplios, logrando convertirse en una suerte de sentido común histórico para un sector importante de la sociedad argentina. Primero, de la mano

del peronismo proscrito en 1955 con el que uniría su suerte de ahí en más, tal como quedaría sintetizado en la tríada “San Martín - Rosas - Perón”. Poco después, en el marco del proceso de radicalización política que promovió la incorporación de autores, categorías e interpretaciones marxistas. En esos años, asimismo, se expandió el panteón revisionista y cobraron mayor presencia otros líderes federales del siglo XIX como Pancho Ramírez, el Chacho Peñaloza y Manuel Dorrego. De ese modo, Rosas comenzó a estar rodeado cada vez más por otras figuras que expresaban matices o posiciones alternativas dentro del federalismo. Por su parte, en el seno del revisionismo rosista crecían las tensiones entre quienes adherían al peronismo y quienes sostén una posición antiperonista. Nada de esto, sin embargo, hizo mella en el sentido del discurso revisionista en lo que hacía a su crítica a la tradición liberal y a la defensa de la soberanía y los intereses nacionales, aunque ahora estos podían ser interpretados en clave antiimperialista.

Con la llegada del peronismo al poder en 1973 se produjo una reivindicación oficial de Rosas y su figura pasó a cobrar mayor presencia en la vida pública. Pero la dictadura iniciada en 1976 puso fin a este proceso al congelar el debate político e ideológico, y al presentarse como heredera de la tradición liberal-republicana refractaria al rosismo. Esto se evidenció, por ejemplo, en la decisión de suprimir su nombre y su figura en los espacios públicos y en el hecho de haberse autodenominado Proceso de Reorganización Nacional en clara alusión al proceso de organización nacional iniciado tras su exilio en 1852.

Tres formas de lidiar con Rosas: alfonsinismo, menemismo, kirchnerismo

La derrota en la guerra de Malvinas en 1982, la crisis económica y el creciente proceso de

movilización política y social pusieron en jaque a la dictadura y dieron paso a la apertura o transición democrática que se produjo en un marco político e ideológico que ya no era similar al de la década anterior.

Esto se pudo apreciar en las elecciones presidenciales de 1983, cuando el partido radical liderado por Raúl Alfonsín le infligió la primera derrota nacional al peronismo en comicios sin proscripciones. Si bien existía una antigua veta rosista dentro del radicalismo, la reivindicación por parte del alfonsinismo de la Constitución de 1853 como principal referencia histórica, enfatizando su carácter republicano con respecto al orden institucional y liberal con relación a los derechos individuales casi no dejaba margen para recuperar a Rosas. Por el contrario, en el discurso oficial y en el clima cultural de la época, el régimen rosista tendía a incluirse dentro de una tradición autoritaria y violenta que quería ser dejada atrás. Esto se puede apreciar, por ejemplo, en la recepción que tuvo *Camila*, la exitosa película de María Luisa Bemberg estrenada en 1984. No solo porque tomaba distancia de la visión revisionista que informaba la película *Juan Manuel de Rosas* filmada por Manuel Antín en 1972 en base a un guion coescrito con el historiador José María Rosa, sino más bien porque su recreación del terror rosista podía ser interpretada por sus espectadores como un antecedente de la dictadura.³ En suma, en los años iniciales de la democracia la figura de Rosas no parecía ocupar un lugar relevante en la vida pública o solo era considerada en un sentido crítico, con la excepción de algunos sectores del nacionalismo y del peronismo para quienes continuaba siendo un referente histórico de primer orden.

³ Túlio Halperin Donghi, “El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina”, en AA. VV., *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987, p. 75.

Que la suerte de Rosas en la cultura política y en la memoria social estaba ligada a la del peronismo quedó en evidencia cuando Carlos Menem asumió la presidencia el 9 de julio de 1989.⁴ Si bien el país estaba sumido en una profunda crisis socioeconómica, o quizás por eso mismo, una de sus primeras decisiones fue la repatriación de los restos de Rosas que, sin encontrar mayor oposición, se concretó entre fines de septiembre y comienzos de octubre.⁵ El revisionismo venía reclamando por esa medida desde la década de 1930, y en 1954 pareció que podía concretarse, pero fue recién con la llegada del peronismo al poder en 1973 cuando pudo avanzar en el Congreso un proyecto de repatriación mientras que la Legislatura de la provincia de Buenos Aires derogaba la ley que en 1857 lo había declarado “reo de lesa patria”. Finalmente, en septiembre de 1974 el Congreso votó la Ley 20769 que dispuso la repatriación.

⁴ Para los usos de la figura de Rosas durante los gobiernos de Menem: Julio Stortini, “Rosas a consideración: historia y memoria durante el menemismo”, en F. Devoto (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*, Buenos Aires, Biblos; Flaherty M. Cota Badillo, “¿Una década de Rosas? Juan Manuel de Rosas y el peronismo durante el período 1989-2001”, *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, año 14, n° 24, 2023.

⁵ Para el proceso de repatriación de los restos de Rosas pueden consultarse los siguientes trabajos: Ana María Barletta y Gonzalo de Amézola, “Repatriación: Modelo para armar. Tres fechas en la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas (1934 - 1974 - 1989)”, en *Mitos, altares y fantasmas. Aspectos ideológicos en la historia del nacionalismo argentino. Serie Estudios e Investigaciones*, n° 12, Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, 1992; Eduardo Hourcade, “La repatriación de los restos de Rosas”, en N. Pagano y M. Rodríguez (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014; Jeffrey Shumway, “A veces saber olvidar es también tener memoria: la repatriación de Juan Manuel de Rosas, el menemismo, y las heridas de la memoria Argentina”, en O. Barreneche y A. Bisso (comps.), *Ayer, hoy y mañana son contemporáneos. Tradiciones, leyes y proyectos en América Latina*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2010.

Si en 1973 el proyecto estaba asociado con el retorno de Perón —y pronto se vio frustrado por su muerte y por los enfrentamientos internos del peronismo—, en 1989 se vinculó con la política de “pacificación nacional” propiciada por Menem. Una de las primeras expresiones de esa política fueron los indultos a represores concretados pocos días después en varios decretos que también incluían a guerrilleros y militantes con causas penales y a militares que se habían alzado contra el gobierno de Alfonsín.

De ahí en más, y sin que esto implicara debates públicos relevantes o innovaciones en las interpretaciones sobre el rosismo, algo que estaba sucediendo en el campo académico, el nombre y la imagen de Rosas comenzaron a tener mayor presencia en la vida cotidiana de los argentinos.⁶ En 1991 se lanzó una serie de estampillas con su cara; en 1992 se emitió un billete de 20 pesos que en el frente llevaba su rostro y un cuadro que retrataba a su hija Manuelita y en el dorso una imagen del Combate de la Vuelta de Obligado; y en 1999 se erigió el primer monumento en su honor en la ciudad de Buenos Aires. Asimismo, en varias ciudades del país se le dio su nombre a calles o a espacios públicos, en algunos casos recuperando los asignados en 1973-74 que habían sido suprimidos por la dictadura.

El gobierno de Menem parecía haber abierto una etapa promisoria para quienes promovían la reivindicación de Rosas, ya que incluso podían contar con respaldo estatal. Tanto es así que en enero de 1997 se emitió un decreto que establecía la incorporación del

Instituto Juan Manuel de Rosas a la Secretaría de Cultura de la Nación. Ahora bien, la recuperación oficial de Rosas le había hecho perder buena parte de su carácter disruptivo, ya que se enmarcaba en un proyecto de pacificación del pasado y del presente por parte de un gobierno cuyas políticas neoliberales y alineamientos internacionales difícilmente podían congeñarse con un discurso nacionalista y anticolonialista. En ese sentido, se trataba de una operación que entronizaba su figura y, a la vez, neutralizaba su carga simbólica e ideológica. El Restaurador de las Leyes había dejado de ser un ariete para discutir el presente y el futuro de la nación para pasar a convertirse en un destacado y controvertido líder político del pasado que, tras un siglo y medio de desencuentros, había encontrado su lugar en la historia nacional. Esta mutación se puede apreciar, por ejemplo, en *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, la biografía publicada en 2001 por Pacho O’Donnell, uno de los escritores más exitosos entre quienes habían recogido las banderas del revisionismo.⁷

Para ese entonces, y tras la derrota del peronismo en las elecciones de 1999, gobernaba la Alianza entre el radicalismo y el Frepaso liderada por Fernando de la Rúa. El nuevo gobierno le había puesto un freno a la recuperación de la figura de Rosas por parte del Es-

⁶ Respecto del campo académico, dentro de la vasta bibliografía académica sobre Rosas y las características del orden rosista que se produjo durante las últimas décadas puede consultarse como una obra de síntesis la biografía de Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015.

⁷ Más allá del título *ganchero* que destacaba la supuesta condición “maldita” de Rosas, el autor procuraba presentar una visión equilibrada de su figura y sus gobiernos. Esto se puede apreciar ya en la dedicatoria que reunía a historiadores liberales como Mitre y López “a quienes solo puede reprochárseles las inevitables imperfecciones de una tarea ciclopéa y humana”, junto con revisionistas como Saldías, Quesada, Rosa, Chávez, Gálvez e Ibarguren que “agregaron los matices blancos y grises que humanizaron el negro encapotado de la versión oficial”. Pacho O’Donnell, *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 9. Cabe señalar que O’Donnell había estado el frente de la Secretaría de Cultura cuando se decidió la incorporación bajo su órbita del Instituto Juan Manuel de Rosas.

tado, ya que en el año 2000 había anulado el decreto que había nacionalizado al Instituto Histórico que llevaba su nombre. Tras varios entredichos, el 27 de noviembre de 2001 el Congreso dictó la Ley 25529 que lo mantenía en la órbita estatal. Claro que en esa coyuntura la sociedad y la dirigencia política tenían otras preocupaciones, algo que quedó en evidencia pocos días más tarde cuando se produjo la renuncia del presidente en medio de una profunda crisis que constituyó un parteaguas en la historia argentina reciente.

La llegada del kirchnerismo al poder en 2003 promovió una mayor presencia del discurso histórico en la vida pública, sobre todo tras la asunción como presidenta de Cristina Fernández de Kirchner en 2007.⁸ En líneas generales, y con un fuerte impulso dado por el Estado a través de distintos dispositivos institucionales y mediáticos, pero también por organizaciones sociales y políticas, se recuperaron interpretaciones, hechos y figuras promovidas por el revisionismo a los que se sumaron otros más recientes vinculados con reivindicaciones étnicas y de género, la militancia juvenil de los 70 y las políticas de Memoria, Verdad y Justicia con relación al terrorismo de Estado ejercido por la dictadura a partir de 1976. Pero más que un discurso único, como muchas veces se alega, este proceso dio lugar a interpretaciones históricas no siempre coincidentes entre sí, algo que obedeció a la pluralidad de actores involucrados que abrevaban en distintas tradiciones político-ideológicas y provenían de diversos ámbitos políticos, culturales y académicos.

En ese marco volvió a cobrar mayor presencia la figura de Rosas, aunque sin alcanzar un lugar central en el panteón oficial. Esto se puede apreciar tanto en los discursos de Cristina Fernández como en la iconografía que eligió para los distintos espacios de la Casa Rosada. En el despacho presidencial bautizado *Hombres y mujeres de Mayo* se incluyó a próceres como San Martín, Belgrano, Moreno y Dorrego, pero no a Rosas. En 2010 se creó la Galería de los Patriotas Latinoamericanos en la que se exhibía un cuadro con su rostro entre los de decenas de próceres continentales que poblaban el salón, y que también incluía a figuras locales que formaban parte de otras tradiciones. Por su parte, en el Salón de las Mujeres, inaugurado en 2009, no estaban ni su esposa Encarnación Ezcurra ni su hija Manueleta, aunque sí se le dio lugar a una opositora como Mariquita Sánchez. Y esto a pesar de que Cristina Fernández reivindicó en varias ocasiones a Ezcurra señalando que había sido ocultada por la historia oficial. Esta recuperación parcial de Rosas y del rosismo se puede apreciar también en la decisión tomada en 2011 de crear el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego para darle sustento histórico al discurso gubernamental en clave latinoamericana en vez de procurar ese apoyo en el Instituto Histórico Juan Manuel de Rosas. Ese mismo año se creó el Museo del Bicentenario en un predio contiguo a la Casa Rosada, con un guion que presentaba a la historia argentina en espacios ordenados en forma cronológica. En el dedicado al período 1829-1861 titulado “La anarquía. Rosas, el restaurador de las leyes. Unitarios y Federales”, los únicos objetos vinculados con Rosas eran un retrato suyo, una litografía del Combate de la Vuelta de Obligado y un trozo de cadena de esa acción bélica ocurrida en 1845. Esta elección no parece casual, ya que ese episodio constituyó el núcleo más significativo de las referencias a Rosas y sus gobiernos por parte del kirchnerismo.

⁸ Camila Perochena, *Cristina y la historia. El kirchnerismo y sus batallas por el pasado*, Buenos Aires, Crítica, 2022; Julio Stortini, “Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente”, en A. Eujanian, R. Pasolini y M. E. Spinelli (coords.), *Episodios de la cultura histórica argentina. Celebraciones, imágenes y representaciones del pasado. Siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Biblos, 2015.

rismo y, en buena medida, aquello que aleataba su reivindicación histórica.

Para entender esta cuestión tenemos que volver una vez más a las décadas de 1930 y 1970. Uno de los tópicos del primer revisionismo, quizás el más exitoso, fue haber asociado a Rosas con la defensa de la soberanía nacional por esa batalla que le valdría ser legatario de la espada de San Martín. De hecho, y tras haber votado la repatriación de sus restos en 1974, el Congreso Nacional aprobó la Ley 20770 que declaraba al 20 de Noviembre como Día de la Soberanía Nacional en conmemoración del Combate de la Vuelta de Obligado. En 2010, el gobierno convirtió a esa fecha en feriado nacional e inauguró un monumento memorial en el paraje donde se produjo el enfrentamiento. La obra, realizada por el artista plástico Rogelio Polesello, consta de una gran estrella federal situada en el piso, sobre la cual se montó un semicírculo hecho con gruesas cadenas que rememoran la táctica empleada para impedir el avance de la fuerza anglofrancesa por el río Paraná. Del conjunto monumental también forma parte una escultura de Rosas en color rojo, cuyo carácter imponente no hace más que reforzar la impresión de que se trata de un elemento agregado más que algo concebido como parte de una misma obra. En la inauguración del monumento, un acto en el que además de organizaciones políticas, sociales y culturales también estuvieron presentes las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, Cristina Fernández sostuvo una vez más que era una epopeya ocultada durante más de un siglo por la historia oficial, pero apenas mencionó a Rosas, cuyo nombre quedó diluido entre otros.⁹

El vínculo entre esa batalla, la defensa de la soberanía nacional y la figura de Rosas se

puede apreciar en *Zamba*, una serie de dibujos animados protagonizada por un chico formoso que viaja al pasado para vivir aventuras con figuras históricas junto a una niña afrodescendiente que se convirtió en una suerte de ícono del canal infantil Pakapaka.¹⁰ Resulta significativo que en este verdadero emblema cultural del kirchnerismo no haya un capítulo dedicado a Rosas como sí lo hay del Combate de Obligado que, no casualmente, se estrenó el 20 de noviembre de 2011.¹¹ En dicho capítulo se expresan algunas tensiones que se prestan a diversas lecturas. Por un lado, porque Rosas, que tiene rasgos narcisistas y aparece con una flor en la oreja que le da un toque pop, se quiere rendir, ya que le parece imposible enfrentar a la poderosa fuerza naval anglofrancesa, hasta que intervienen Zamba y San Martín a través de una videollamada y lo convencen de organizar la resistencia. Por otro lado, porque también se muestra la concentración del poder y las persecuciones a los enemigos, recurriendo para ello a un intertexto de *El matadero* de Esteban Echeverría. Ahora bien, más allá de estas decisiones que dotan de mayor complejidad al contenido histórico, lo decisivo es la reivindicación de Rosas como abanderado de la defensa de la soberanía nacional, tal como destaca el clip final con una canción cuya letra expresa un discurso anticolonial. En ese sentido, es hora de decirlo, mi hipótesis es que la defensa de la soberanía nacional en clave antiliberal era lo que estaba simbolizando la imagen de Rosas estampada en la remera utilizada por los jóvenes militantes al conmemorarse el aniversario del golpe de Estado de 1976. Y por eso podía convivir con consignas e imágenes que promovían la

⁹ <https://www.casarosada.gob.ar/informacion/archivo/22834-blank-34208821>,

¹⁰ Gabriela Gomes, "Valoraciones y prejuicios sobre La asombrosa excursión de Zamba", *Clio & Asociados. La historia enseñada*, n° 23, 2016.

¹¹ *La asombrosa excursión de Zamba en la Vuelta de Obligado*, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=NP7VQTB-IQM>.

defensa de los derechos humanos y el recuerdo de las víctimas del terror dictatorial.

Breves consideraciones finales

Las dos encarnaciones exitosas del peronismo en democracia, el menemismo y el kirchnerismo, lograron concretar algunos de los objetivos que se había fijado el revisionismo en la década de 1930: repatriar los restos de Rosas y entronizarlo como el defensor de la soberanía nacional. Pero no del mismo modo ni con los mismos fines. Si el menemismo había movilizado su imagen, su nombre, e incluso sus restos, como emblemas de la reconciliación, la pacificación y la unidad nacional a fin de sostener políticas neoliberales, para el kirchnerismo su figura y su nombre no parecían ser tan importantes como algunos hechos con los que estos se habían identificado y que estaban vinculados con la defensa de la soberanía nacional. De ese modo, y si bien no desaparecieron del todo, quedaron opacadas otras posibilidades como la de considerarlo un hombre de orden o un representante del pueblo. Asimismo había perdido relevancia lo que durante mucho tiempo había sido el eje en torno al cual giraban las discusiones sobre su figura y sus gobiernos: el terror, la persecución política y la concentración dictatorial del poder. Tampoco parecía relevante referirse a otras cuestiones sobre las cuales habían corrido ríos de tinta, como la inserción de la economía local en el mercado internacional dominado por Inglaterra, la condición de Rosas como gran propietario, su defensa de los intereses de Buenos Aires, o las fuerzas que se habían coaligado para provocar su caída y su exilio en 1852 —uno de los temas centrales del discurso revisionista que signaba en ese hecho el origen de la decadencia nacional—. De ese modo, la complejidad y las contradicciones de una figura que había ocupado el centro de la escena política durante dos déca-

das y media y cuyo nombre había sido invocado durante más de un siglo como una de las claves explicativas del pasado nacional quedaban reducidas a una de sus acciones, facilitando así el uso de su nombre y de su imagen en el debate público.

Podría conjeturarse que en los 40 años de democracia se produjo un *enfriamiento* de la figura histórica “Rosas”, que hasta el inicio de la dictadura en 1976 había sido uno de los ejes que organizaban las disputas que vinculaban la historia nacional con el presente y el futuro. Ahora bien, esto quizás se debió no tanto a lo que podía representar su figura en sí, como a una creciente pérdida de la centralidad que hasta entonces había tenido la primera mitad del siglo XIX como una cantera de referencias históricas capaces de nutrir y de organizar las disputas político-ideológicas.¹² En ese sentido, y esto es una hipótesis que requiere seguir siendo explorada, pasaron a ser más decisivas las producidas durante la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX con relación a temas como la organización del Estado nacional, el exterminio de los pueblos originarios, las luces y sombras del modelo agroexportador, el peronismo, la violencia política en la década de 1970 y la dictadura iniciada en 1976, algo que se hizo evidente durante el gobierno de Mauricio Macri que en vano quiso desentenderse del vínculo entre historia y política y, en la actualidad, con el de Javier Milei que, por el contrario, hace de las invocaciones a ese pasado uno de los recursos legitimadores de sus políticas.¹³ □

¹² Esta hipótesis la planteé en un examen de las discusiones suscitadas por el *Proyecto Artigas* en Fabio Wasserman, “Artigas et son drapeau dans les querelles politiques argentines”, *Passés Futurs*, n° 9, 2021.

¹³ Para el discurso del macrismo sobre el pasado nacional puede consultarse mi trabajo Fabio Wasserman, *En el barro de la historia. Política y temporalidad en el discurso macrista*, Buenos Aires, SB, 2021.

Bibliografía

Cattaruzza, Alejandro, "El revisionismo. Itinerarios de cuatro décadas", en A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003, pp. 143-183.

Devoto, Fernando y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, cap. 4, pp. 201-285.

Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhsa, 2015.

Halperin Donghi, Tulio, "El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina", en AA. VV., *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987.

Hourcade, Eduardo, "La repatriación de los restos de Rosas", en N. Pagano y M. Rodríguez (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 37-56.

O' Donnell, Pacho, *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, Buenos Aires, Planeta, 2001.

Perochena, Camila, *Cristina y la historia. El kirchnerismo y sus batallas por el pasado*, Buenos Aires, Crítica, 2022.

Quattrochi-Woisson, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

Shumway, Jeffrey, "A veces saber olvidar es también tener memoria: la repatriación de Juan Manuel de Rosas, el menemismo, y las heridas de la memoria Argentina", en O. Barreneche y A. Bisso (comps.), *Ayer, hoy y mañana son contemporáneos. Tradiciones, leyes y proyectos en América Latina*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2010, pp. 93-132.

Stortini, Julio, "Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente", en A. Eujanian, R. Pasolini y M. E. Spinelli (coords.), *Episodios de la cultura histórica argentina. Celebraciones, imágenes y representaciones del pasado. Siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Biblos, 2015, pp. 85-103.

Stortini, Julio, "Rosas a consideración: historia y memoria durante el menemismo", en F. Devoto (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*, Buenos Aires, Biblos, pp. 97-115.

Wasserman, Fabio, *En el barro de la historia. Política y temporalidad en el discurso macrista*, Buenos Aires, SB, 2021.

Resumen / Abstract

Ya nadie va a escuchar tu remera. Un ensayo sobre la figura de Rosas en la vida política democrática argentina (1983-2015)

El trabajo analiza los usos de la figura de Juan Manuel Rosas en la vida política argentina entre 1983 y 2015. Por razones de espacio y de claridad expositiva se colocó el foco en algunos discursos y políticas gubernamentales. Tras una breve presentación de las derivas del revisionismo, que a partir de la década de 1930 promovió una reivindicación de Rosas y sus gobiernos, se examinan las diversas formas en las que su figura fue tratada a partir de la recuperación democrática. En ese sentido, se analiza cómo su rechazo o su reivindicación adquirieron diversos significados vinculados con las líneas políticas que orientaron a los gobiernos nacionales, particularmente los de Carlos Menem, como emblema de la pacificación y de la unidad nacional, y los de Cristina Kirchner, como símbolo de la defensa de la soberanía nacional.

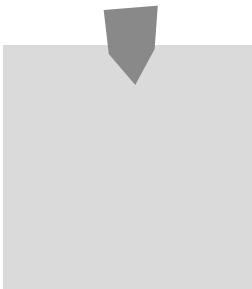
Palabras clave: Historia pública - Cultura política - Historia política argentina - Historiografía - Identidades políticas

Nobody will listen to your T-shirt anymore. An essay on the figure of Rosas in Argentine democratic political life (1983-2015)

This paper analyzes the uses of the figure of Juan Manuel Rosas in Argentine political life between 1983 and 2015. For reasons of space and clarity, the focus is on certain speeches and government policies. After a brief presentation of the revisionist tendencies that emerged in the 1930s and promoted a rehabilitation of Rosas and his governments, the paper examines the various ways in which his figure was treated after the return to democracy. In this regard, the study analyzes how his rejection or vindication acquired different meanings linked to the political lines that guided national governments, particularly those of Carlos Menem, as an emblem of pacification and national unity, and those of Cristina Kirchner, as a symbol of the defense of national sovereignty.

Keywords: Public history - Political culture - Argentine political history - Historiography - Political identities

Lecturas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

Hugo Vezzetti: itinerarios críticos

Sesión especial del Seminario de Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura “Oscar Terán”, del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, en celebración de los 80 años de Hugo Vezzetti. Realizada el 6 de diciembre de 2024 y organizada en colaboración con el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes y la cátedra de Historia de la Psicología de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.

Presentación

Adrián Gorelik

CONICET / Universidad Nacional de Quilmes

Hoy tenemos una reunión muy especial, tanto por su formato como por la concurrencia. Pero sobre todo por su tema: no es habitual en este ámbito, dedicado por lo general a debatir sobre producciones recientes en la historia de la cultura, de las ideas, de los intelectuales, celebrar una trayectoria larga y prolífica como la de Hugo Vezzetti. Pero sus 80 años no podían pasar desapercibidos aquí. Hugo forma parte del Seminario que organizó Oscar Terán desde antes de que se instalara en el instituto Ravignani (es decir, en 1988), cuando ya a mediados de los años 1980 comenzó a reunir a investigadores en estas áreas de historia del pensamiento con el objetivo de discutir sobre los temas que venían desarrollando. Y desde entonces Hugo ha sido un animador fundamental de este espacio que, contra todo pronóstico, dado lo lábil de su inserción institucional y el carácter eminentemente voluntario —y voluntarista— de la participación en él, ha conseguido renovar su vigencia por casi cuatro décadas.

Asimismo, más o menos durante el mismo período construyó la cátedra de Historia de la Psicología, con un programa de docencia e investigación que ya produjo varias camadas de estudiosos, conformando un campo disciplinar

plural, sólido y sofisticado. Y ha sido un colaborador asiduo de las iniciativas del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes en multiplicidad de encuentros y en proyectos colectivos de investigación, así como de su revista *Prismas*, en la que es considerado un consultor permanente.

Esto explica que estas tres instituciones nos hayamos unido para organizar esta celebración, en la que abordaremos, gracias al concurso de Mauro Vallejo, Claudia Hilb y Sebastián Carassai (los menciono en el orden en que van a intervenir), las diferentes dimensiones en que se ha desplegado el trabajo de Hugo: la historia del mundo *psi*, la historia de los intelectuales y la cultura de izquierda, y ese campo en el que supo reunir su capacidad de indagación crítica con su compromiso, político e intelectual: el de los derechos humanos y la memoria de la violencia y del terrorismo estatal.

Desde la publicación de *Historia de la locura en la Argentina*, su primer libro de 1983, hasta *Memoria, derechos humanos y democracia*, su libro más reciente, de 2023, en el que compila sus intervenciones más políticas —muchas de ellas publicadas en la revista *Punto de Vista*, que integró desde su primer número en 1978—, Hugo dejó contribuciones de peso, insoslayables en cada uno de esos campos de conocimiento, diseñando una trayectoria intelectual que es, en sí misma, un indicador extraordinario de esos 40 años de cultura, política y vida académica en la Argentina. A lo que habría que sumar la actividad editorial: su labor al frente de la colección Claves en Nueva Visión a lo largo de tres décadas, donde publicó una biblioteca completa de actualización en ciencias sociales y filosofía.

Como ocurre con algunas de las figuras señeras de esa generación que se formó en la ebullición experimental de los años 60, cuando las preocupaciones estrictamente disciplinares se cruzaban con la renovación intelectual más general y la militancia revolucionaria, Hugo también protagonizó la reconstrucción

institucional en democracia: fue, entre 1984 y 1986, decano normalizador de la Facultad de Psicología, una de las áreas del mundo académico con la que más se había encarnizado la represión dictatorial, frente a la cual Hugo había demostrado un coraje cívico admirable. Y como de esto él, con su habitual reserva y discreción, no suele hablar, conviene recordar aquí que su proyección pública —y, al mismo tiempo, su vínculo más estrecho con el activismo por los derechos humanos— comenzó en 1978 cuando, inmediatamente después del Mundial de fútbol fue secuestrada Beatriz Perosio, presidenta de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA), junto con un grupo de militantes de Vanguardia Comunista. Hugo, que acompañaba en la gestión de la APBA a Perosio, debió asumir la presidencia junto con la campaña por el

esclarecimiento de su desaparición. Desde entonces, ya no dejó de acompañar su producción intelectual con el ejercicio crítico de una voz pública muy personal, habitualmente a contrapelo de los consensos establecidos.

Respecto de esta última dimensión, no puedo dejar de decir que, para muchos de nosotros, además de un referente intelectual de primera magnitud y un amigo muy querido, Hugo es ante todo —o, mejor, en última instancia— un vector ético, una suerte de brújula infalible que en el mar proceloso de la vida política e institucional argentina ofrece siempre una orientación acorde a principios y valores.

Escuchemos ahora el análisis crítico de las tres dimensiones de su trayectoria, que es lo que mejor va a explicar los motivos de esta celebración. □

La máquina bifronte*

Mauro Vallejo

CONICET / Universidad de Buenos Aires

“Tenga presente cuánto desagrado me produce el ser objeto de una ‘celebración’”, le advirtió Freud a uno de sus alumnos luego de que este hubiera aceptado participar de un homenaje por el octogésimo cumpleaños del creador del psicoanálisis.¹ Los escenarios son muy distintos, y las figuras otro tanto. Repitiendo el candor y la inocencia de aquel discípulo, y aun a sabiendas de que, como viejo freudiano, Hugo Vezzetti mira de reojo estos gestos, aceptó “con inmenso placer” la invitación y el desafío de trazar, en el espacio de unas pocas páginas, una semblanza tentativa de sus aportes más sustanciales a ese terreno que, en afán de simplificación y con un mote que peca de mal gusto, llamamos la *historia psi*.

A través de una obra que despliega su máximo potencial en las décadas del 80 y del 90, Vezzetti puso en pie los cimientos de tres agendas de investigación que poco a poco exhibieron sus interconexiones. Allí donde no había prácticamente nada, él fundó y sistematizó los estudios históricos de la psicología, de la psiquiatría y del psicoanálisis.

Una mirada rápida podría buscar en las propias contribuciones de Vezzetti la clave para explicar esa inédita capacidad fundacional. No ha de extrañar que en una ciudad donde, por un lado, se produjo una temprana profesionalización de la psiquiatría, una igual de prematura consolidación del saber psicológico y una muy rápida acogida del vocabulario freudiano; y por otro, donde aconteció, bien desde el comienzo y no sin cortocircuitos, una amalgama algo teratológica de esas tres disciplinas, no podría sorprender, entonces, que en un contexto así haya irrumpido una obra capaz de ensayar, sin demasiados titubeos, una historización de esas tres zonas.

* Este escrito es una reelaboración de la ponencia leída en la celebración del octogésimo aniversario de Hugo Vezzetti. He decidido no suprimir del todo las marcas de su tenor oral. Agradezco a Mariano Zarowsky y a Luis Sanfelippo por sus comentarios, y a Adrián Gorelik por la invitación.

¹ Gerhard Fichtner (ed.), *The Sigmund Freud – Ludwig Binswanger Correspondence, 1908-1938*, Londres, Other Press, 2003, p. 205.

Ahora bien, cabe abrigar serias dudas respecto de un diagnóstico así planteado. Para empezar, ese enraizamiento, esa localización del ímpetu intelectual de Vezzetti corre el riesgo de aproximarla demasiado a un peligro advertido muy tempranamente por el autor, esto es, el de buscar en el relato histórico una mera “función legitimadora”, que rastrea en el pasado las anticipaciones de una identidad dada por segura.² En claro rechazo a una narración histórica que garantizara la bondad de lo mismo, Vezzetti ubicó su empresa, desde el inicio, en el “terreno de ese ‘conocimiento desinteresado’ que caracteriza al saber histórico”.³

Ahora bien, esa apuesta por lo desinteresado se mixtuó con un posicionamiento no menos decidido respecto de un diagnóstico acerca de la situación crítica del *saber psi* en la Argentina tras el fin de la dictadura. Lo que hizo las veces de impulso seminal de esa pesquisa triplemente fundacional puede ser aprehendido en aquello que, en términos freudianos, hemos de nominar como una *insistencia sintomática* que se perfila en varios escritos tempranos del autor, aparecidos en *Punto de Vista* durante la década del 80.⁴ Merced a interrogantes dispares, lo que se reitera, a modo de retorno de algo no resuelto, es la constatación de una pérdida, de un quiebre, casi de una renuncia: el psicoanálisis afincado en Buenos Aires tras el retorno de la democracia habría tirado por la borda, para insistente lamento de nuestro autor, su propensión a participar del debate intelectual; y habría producido en sus actores un corrimiento ostensible, a partir del cual el psicoanalista dejó de ser “un intelectual insertado en un medio cultural y político”.⁵

Si bien esa suerte de desazón fue esgrimida y ampliada en momentos en que la obra de Vezzetti se desplazaba desde el terreno de la historia de la locura hacia la historia cultural del psicoanálisis, tanto su insistencia como la datación temprana de su primera irrupción alientan la posibilidad de

² Hugo Vezzetti, “Problemas y perspectivas de una historia de la psicología en la Argentina”, *Punto de Vista*, n° 30, octubre de 1987, p. 10.

³ *Ibid.*, p. 11.

⁴ Hugo Vezzetti, “Situación actual del psicoanálisis”, *Punto de Vista*, n° 19, diciembre de 1983; “Derechos humanos y psicoanálisis”, *Punto de Vista*, n° 28, noviembre de 1986; “El psicoanálisis y la cultura intelectual”, *Punto de Vista*, n° 44, noviembre de 1992.

⁵ Vezzetti, “Situación actual del psicoanálisis”, p. 5.

ver en aquella empresa historiadora una máquina bifronte, que al tiempo que producía el saldo de ese saber riguroso y desinteresado no escondía su pretensión de utilizar estratégicamente el tamiz histórico para reintroducir en el campo *psi* los desafíos de un debate intelectual desafortunadamente descartado.

El carácter dispar de la intervención de Vezzetti reside no solamente en la forja de una obra que sin decir agua va dejó asentados los lineamientos fundamentales de tres carriles de indagación histórica, sino también en el talante desbordante que le imprimió. Vezzetti fundó una historia del dispositivo psiquiátrico que jamás fue una historia interna de la psiquiatría, sino más bien una captación de su imbricación estratégica. Lo mismo para la psicología: el derrotero institucional de esa ciencia, de sus laboratorios, de sus sociedades o revistas, fue recolocado en una urdimbre más exigente, donde la criminología o la exégesis de los males sociales emergían como los puntos rectores a desentrañar. En lo que respecta al psicoanálisis, es casi innecesario recordar hasta qué punto lo que Vezzetti hizo con su historia nada tiene que ver con la biografía de sus asociaciones o adherentes, sino que sus análisis ayudaron a elaborar visiones innovadoras sobre la vida letrada o la modernización cultural de los primeros dos tercios del siglo XX.

1. Táctica y segregación

Con la publicación de *La locura en la Argentina*, en 1983, Vezzetti hizo mucho más que colocar el primer ladrillo de un largo proyecto sobre la historia de la psiquiatría y la psicología: se plegó asimismo a un movimiento más amplio de renovación en el terreno de la historiografía local, mostrando en este caso la potencialidad de una singular apropiación de los escritos de Michel Foucault. No hay “un centro estable del análisis; no hay un núcleo esencial desde el cual el dispositivo de la locura se haga transparente”, afirma a modo de justificación de una maquinaria analítica que cambia de horizonte a cada momento, con cortes oblicuos que amenazan con desorientar al lector incauto.⁶

La multiplicidad de estratos no quiere decir allí desorden ni falta de jerarquía. Todo lo contrario, la reconstrucción del dispositivo psiquiátrico sigue los pasos de una serie acotada de axiomas, que re conducen a la problemática del control social y la segregación de los sectores subalternos: “Pero si esa renovada función médica viene así a sacralizar una distancia imborrable respecto de la razón [...] es a partir de un espacio creado, antes que nada, como resultado de necesidades de ordenamiento social y administrativo. Y desde ese origen, ese espacio de internamiento aparece condenado a reproducir las fracturas y las barreras del campo social”.⁷

Por debajo de todos sus tecnicismos y pretensiones humanitarias o científicas, la psiquiatría es percibida por Vezzetti como un enclave táctico de una estrategia versátil que se pretende civilizatoria, y que ensayarán en su despliegue distintos intentos de figuración de esa otredad a excluir y cuidar. El salvaje, el ocioso, el inmigrante, el perverso, se recortan así como rostros enquistados de una máquina representacional que encuentra en la criminología, la psicología y la literatura sus focos de enunciación segregante.

La psiquiatría no debe ser colocada, por ende, en la estela de una historia de la medicina científica, sino en el tablado de una agenda ligada a la conflictividad social y el afán civilizador de las élites. Su partenaire más conspicuo, su compañero de ruta, casi su figura tutelar, no es la filosofía, ni la moral de las pasiones, y mucho menos un evangelio del trabajo. Esas son meras figuraciones o racionalizaciones del verdadero molde en que se construye la acción psiquiátrica, que es el higienismo, entendido como el dispositivo práctico y teórico de reforma social que, por un lado, no deja esfera humana por fuera de sus alcances, y que, por otro, propende a una administración técnica y redituable de una masa humana percibida como peligrosa y en peligro.

A esa inscripción estratégica de la psiquiatría dentro del higienismo, Vezzetti agrega aclaraciones que reenvían a lenguajes que ya no estarán tan presentes en su obra. Y ello tiene que ver con la colocación de esa matriz de control al servicio de intereses de clase o de marcos

⁶ Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Folios, 1983, p. 12.

⁷ *Ibid.*, pp. 66-67.

regulatorios de índole política. “Con el higienismo la burguesía encuentra las condiciones para erigir una nueva figura del reformador social, ungido por la ciencia y los ideales filantrópicos”, dice al comienzo de la obra, para luego añadir que con ello “se realimenta esa descalificación de las masas que es inaugural en la conformación liberal de la nación”.⁸

Así, todo cuanto dicen los psiquiatras acerca de la locura, todo cuanto hacen dentro del asilo, no hace más que refractar, traducir o amplificar exigencias de un ideario a fin de cuentas político. “En ese molde, vendrán a vaciarse discursos y ciertos personajes médicos, y la función médica moral quedará en parte sancionada como la continuación de la política por otros medios”.⁹ A nivel ya teórico más que práctico, las disquisiciones psiquiátricas acerca de la potencialidad enloquecedora de la ciudad, la peligrosidad de las masas, la prevalencia de la locura entre los inmigrantes, e incluso su adhesión al credo hereditario, fueron vistas, desde este prisma foucaultiano que no daba la espalda al lenguaje marxista como una transliteración o una caja de resonancia de inquietudes que las élites ilustradas canalizaban en la literatura naturalista, o que sustentaban los presupuestos de las agendas de los estamentos gubernamentales.

Alternando inquisiciones más apegadas a fuentes primarias con miradas sinópticas de largos tramos del pensamiento de fin de siglo, el libro dedica asimismo una particular atención a la inserción del tópico de la criminalidad en su cruce con la psiquiatría y el ordenamiento urbano. Por la significación que esa vertiente tendrá en lo inmediato en la trayectoria de Vezzetti, vale remarcar la hipótesis de que la psicología halló en esa confluencia las condiciones de posibilidad de su despliegue. La irrupción del “sujeto criminal” como entidad que se desprende, casi como un ectoplasma, del acto punible del delito, fue contemporánea de un incipiente desarrollo de la psicología, que hallará en Ingenieros su hacedor más locuaz.¹⁰

2. La recepción, sus límites y la cultura plebea

A fines de los ochenta, mediante un giro sin retorno, se observan diversas mutaciones en los trabajos del autor. Por un lado, la historia del psicoanálisis se perfila como su nuevo terreno de especialización, con lo cual se produce un natural corrimiento del arco cronológico de su pesquisa hacia los primeros dos tercios del siglo xx. Por otro lado, se altera sustancialmente el arsenal interpretativo y la naturaleza del objeto de indagación. Sin poner de por medio ninguna autocritica o renegación de las tesis más contestatarias de su buceo por la historia de la psiquiatría, Vezzetti asume un giro de 180 grados y reinscribe su esfuerzo analítico bajo nuevos sintagmas que hasta entonces no habían aparecido en su vocabulario personal: recepción, operaciones de lectura, implantación son los nuevos componentes de su glosario inquisitivo.

En su nueva arena de batalla intelectual, Vezzetti se mueve como pez en el agua. En esas páginas —pienso sobre todo en su clásico *Freud en Buenos Aires*, de 1989— el nombre del creador del psicoanálisis se transforma en una suerte de maná que circula por las manos de heterogéneos actores sociales —psiquiatras desencantados con el alienismo, intelectuales marxistas con alergia a las modas, protopsicólogos hartos de positivismo de laboratorio, escritores permeables a una nueva sensibilidad—, que o bien rechazan las novedades del inconsciente y la sexualidad, o bien optan por tomar de allí lo poco que les conviene.

Una erudición pasmosa, y sobre todo una impávida certeza de que el entramado cultural tiene su propia lógica y sus propios dinamismos, evita un mal que parecía difícil de sortear: ¿cómo no extraviarse en ese cúmulo irradiado de referencias, que para colmo de males traían a la palestra, siempre bajo el mote de Freud, recortes divergentes de la disciplina psicoanalítica, o la colocaban en dinastías o tradiciones inconciliables, como la sexología, la crítica cultural, la psicoterapia o el mero diletantismo europeo? ¿Cómo evitar que ese apilamiento variopinto de receptores de Freud derivara en una versión sofisticada del *Antón Pirulero*? Vezzetti sorteó, casi de modo grácil, ese y otros riesgos. Fundamentalmente mediante una periodización de aquellas lecturas, lo cual le permite establecer que si en los años veinte la cuestión esencial,

⁸ *Ibid.*, pp. 37 y 43.

⁹ *Ibid.*, p. 92.

¹⁰ Hugo Vezzetti, *El nacimiento de la psicología en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

sobre todo de parte de los actores del mundo de la medicina, pasaba por el rechazo global o la aceptación trasformadora del psicoanálisis, en los años treinta, por el contrario, la controversia se desplaza “hacia un debate acerca de su ámbito propio y sus límites, es decir, se abre a una disputa por el régimen de lecturas y aplicaciones”.¹¹ Si la participación del psicoanálisis en la cultura local ya no puede ser puesta en entredicho en la década del 30, ello se debe menos a las transformaciones en el ámbito de la psiquiatría y su apertura al ejercicio de la psicoterapia, que a una cesura producida en el ámbito más espiritual de las ideas y la sensibilidad, en una época sedienta de nuevos lenguajes para entender los conflictos humanos y la vida urbana.

Así como, anteriormente, la historia de lo que hacían o decían los psiquiatras era una alternativa provechosa para medir los vectores segregativos del maridaje entre pedagogía civilizatoria, filantropía e higienismo, en esta oportunidad la historización de esas apropiaciones de Freud, a veces brutales y por momentos empáticas, servía al cometido de fotografiar un muy bien recortado escenario cultural en transformación, donde se imbricaban la higiene mental, la interpretación de la cultura y las ambiciones de una comunidad intelectual a la búsqueda de nuevas herramientas analíticas.

Se podría decir que Freud funciona casi como un significante vacío, que circula como un *don* entre casilleros que, al imprimirlle su significación artificial y localizada, ponen en evidencia sus movimientos y energías. Y a tal respecto la siguiente obra del autor, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, de 1996, fue mucho más que una ampliación de esa clave de lectura: fue más bien su rectificación en sordina. El nuevo volumen vino a declarar el carácter meramente preliminar e incompleto de ese estudio de recepción restringido a las menciones explícitas. Entre un libro y otro, amén de sus continuidades, se percibe una confrontación, un debate interno que no siempre se salda en tono conciliatorio.

Sin establecer comparaciones explícitas, *Aventuras..* muestra que a nivel de sus

consecuencias, y a pesar de no recurrir a la recuperación abierta del nombre de Freud, un entramado literario ligado al sexo, el matrimonio y los afectos cumplió una función muy potente en la preparación del terreno del *freudismo* porteño. La captación de esa capacidad es posible ahora, en la nueva monografía, debido a que ella introduce el valor heuristicó de un factor sin el cual un estudio de recepción corre el peligro de perder su brújula. Ese factor puede ser resumido en el término del *público*, a sabiendas de que en esa categoría se dan cita cuestiones ligadas a la gestación, en una masa sin fronteras, de una cierta curiosidad o sensibilidad, y a la preparación de un circuito de consumo (por ejemplo, de literatura de divulgación).

La relocalización de Ingenieros, que en *Freud en Buenos Aires* ocupaba un lugar ciertamente marginal, es quizás el indicio más elocuente de los réditos y exigencias de esta nueva mirada que, sin desatender los círculos de recepción, se concentra más bien en las irradiaciones más amplias y menos inmediatas de las intervenciones de los actores. La constatación que ya estaba presente en el libro de 1989 —esto es, que Ingenieros, en tanto que lector caprichoso de Janet, y torpe usuario de la sugestión, parecía poco indicado para prestar algún servicio en la implantación del espíritu freudiano— da lugar ahora a un balance de saldo contrario. A pesar de los modos algo rústicos con que manipuló los problemas de la rememoración y el trauma, Ingenieros colaboró como nadie, a través de la puesta al día de las problemáticas de la psicoterapia y la sexualidad, para la acogida pública del psicoanálisis. La clave para esa insospechada operatoria es hallada por Vezzetti en el cruce entre, por un lado, el posicionamiento heterodoxo y provocador de Ingenieros a propósito de la sexualidad y el amor y, por otro, la renovación que en relación a esos temas tendrá la circulación de traducciones de una literatura sexológica, entre científica y divulgativa, que conocerá un inédito éxito de ventas.¹²

A ese mismo propósito, *Aventuras...* ofrece soluciones superadoras para entender el fenómeno, ya recortado en *Freud en Buenos Aires*, acerca de la reticencia frente al psicoanálisis de parte de ciertos faros del

¹¹ Hugo Vezzetti, *Freud en Buenos Aires*, segunda edición ampliada, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, p. 59.

¹² Hugo Vezzetti, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, Buenos Aires, Paidós, 1996, pp. 117 y 125.

escenario cultural progresista, como *Nosotros* o la *Revista de Filosofía*. El criterio esencial para comprender esa animosidad no pasa ya tanto por el contenido de su ideario, sino por su desinterés hacia una política cultural renovadora, que apostara por las virtudes transformadoras de una educación dirigida a las grandes masas. Es decir, esa falta de sintonía con la cultura plebeya es lo que aleja a un sector del progresismo de una sensibilidad popular que poco a poco se va tornando permeable al psicoanálisis.

La obra ciertamente profundiza, despliega, amplifica la implantación del psicoanálisis del lado de los médicos y la cultura científica. Pero a ello agrega, como condimento novedoso, la atención a lo que Vezzetti denomina un “freudismo plebeyo, inorgánico, ‘de mezcla’, mucho más cercano a las percepciones del público que a la validación por los especialistas, en el que el ensayo y las operaciones de la divulgación fueron las herramientas mayores”.¹³

Vezzetti certifica la polivalencia de esa implantación, garantizada por el interjuego entre varios elementos nacientes. Nacimiento, por un lado, de esa curiosidad plebeya por el sexo y la vida afectiva. Y por otro, emergencia de un protagonista que fue derivación no automática de la medicalización. En efecto, porque ese mundo nuevo que acompaña la inserción del psicoanálisis no tiene que ver solamente con ese público que accede a nuevos interrogantes y se martiriza con nuevos deseos, sino también, por otro lado, con la creación, algo salvaje y descontrolada, de un emplazamiento que responde a esa nueva subjetividad. El psicoanalista irrumpió ciertamente como un heredero, más empático, del médico higienista.¹⁴ Aparece como la oreja proyectada en el afuera por un sujeto que desea hablar de sus sueños y de sus accidentes de alcoba.

Sin romper amarras con Foucault, y estableciendo un proceso de toma y daca con el campo de los estudios culturales, estas obras hicieron mucho más que dar su fundamento a los estudios críticos sobre la historia del psicoanálisis: devinieron referencias

imprescindibles para entender la maquinaria cultural del período de entreguerras, así como la modernización de los hábitos y costumbres de esos años.

3. Duelo y desborde

Tomada en su integridad, la obra de Vezzetti parece una invitación constante a reconocer tradiciones pasadas por alto y a repensar cronologías ya consensuadas. Respecto de la llegada del psicoanálisis, insistió en que hubo un freudismo, entre plebeyo y sofisticado, anterior a un movimiento profesional que a partir de la década del 40 empezaría a girar alrededor de la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina). A propósito de la conformación local de una sensibilidad moderna, afincada en una subjetividad familiarizada hecha de deseos e intimidad, ha mostrado que había que desplazar la lente desde los 60 hacia los 20 y los 30. Un tercer ciclo de trabajos —sobre los que no puedo detenerme aquí, y que son revisitados de manera provechosa por quienes me acompañan en este homenaje— abogó por una tercera rectificación de cronologías. El maridaje entre las disciplinas *psi* y la cultura de izquierda, fechado tradicionalmente en el tránsito vertiginoso de los 60 a los 70, debía ser visto en realidad en una escala más amplia, que reenviaba a actores y debates que se remontaban a las décadas del 40 y el 50, y que habían tenido como hábitat esencial a la psiquiatría.¹⁵

Este muestrario algo apresurado de las contribuciones señeras de Hugo no alcanza quizás para calibrar la real significación de su obra en un terreno que le debe casi todo —y que fue producida en paralelo a una labor igual de exigente en el terreno de la enseñanza y en la formación de recursos humanos—. Una reflexión sobre esa labor historiadora, que hizo pie en archivos heteróclitos y en una erudición penetrante, nos haría entender que el siguiente movimiento fue casi un paso natural y necesario; al salirse del redil de la *historia psi* hacia el campo de la historia política y los estudios sobre la memoria, Vezzetti no hizo más que ser

¹³ *Ibid.*, p. 247.

¹⁴ Hugo Vezzetti, “Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas”, en F. Devoto y M. Madero (dirs.) *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo 3: La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

¹⁵ Hugo Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

consecuente con una pulsión intelectual casi rabiosa. Se trató, en suma, de un efecto posible de esa estrategia del desborde señalada al inicio de este escrito. ¿Debe ser entendido ese corrimiento como una continuación transformadora de inquietudes que estuvieron siempre allí, ligadas a la encrucijada entre la trama intelectual y la política? ¿O hay que interpretar que allí operó asimismo la certificación de un duelo (para nada desconsolado), provocado por la caída de un

anudamiento otrora visto como necesario e incluso urgente? El despliegue de la obra aquí analizada se produjo en simultáneo al reforzamiento de una creciente tecnicificación de la psicología y de un parejo replegamiento fuccioso del psicoanálisis, que no hicieron más que vigorizar el divorcio (entre la *trama psi* y el mundo de las ideas y de la cultura) que aquella empresa investigativa quiso afanosamente exorcizar. □

Intelectuales y cultura de izquierda: el Lefort de Vezzetti

Claudia Hilb

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Ante todo, quiero agradecer a Adrián por haberme invitado a participar de este homenaje a Hugo; me siento muy honrada de estar acá. La propuesta de Adrián fue que yo tomara para mi comentario los textos más filosóficos de Hugo. Debo confesar que cuando comencé a mirar esos textos me di cuenta de que me sentía absolutamente ignorante en lo que respecta a sus lecturas de Foucault. Tampoco sabía muy bien qué hacer en primera instancia con la presencia de Althusser en varias apariciones —mi ignorancia de la obra de Althusser es casi tan perfecta como mi ignorancia de la de Foucault—. En cambio, claro, me sentía mucho más en terreno conocido en los dos textos que Hugo dedicó a Lefort. Uno, un artículo de 2021 en *Prismas*; el otro, una conferencia en la École des hautes études en sciences sociales, de París, en mayo de 2023, en el encuentro “Claude Lefort, le travail de l’œuvre”. Así que prudentemente decidí que procuraría decir algo a partir de esos dos textos.¹

Ahora bien, muy rápidamente fui creyendo percibir que el interés de Hugo por Lefort se situaba de algún modo como la contracara de la centralidad que había tenido a sus ojos Althusser en la discusión en Francia sobre filosofía y psicoanálisis en los 60, y en la recepción de esa discusión en la Argentina. Esa indagación de la trayectoria de Lefort por parte de Hugo ponía en evidencia, diría, varias cosas: por un lado, que había existido en Francia *otra forma* radicalmente distinta a la comunista de ser de izquierda, que había impugnado de manera radical el régimen soviético desde muy temprano y que desarrollaría una reflexión sobre una nueva forma de régimen de opresión que surgía en la URSS. Por otro lado, que esa *otra forma* supondría, también en el terreno del

psicoanálisis, una mirada fuertemente divergente de la ortodoxia comunista djanovista pero también, más tarde, de cualquier ortodoxia de las escuelas psicoanalíticas. La recepción del marxismo sobre todo francés, y del comunismo, en la Argentina, escribe Hugo en el primer párrafo del artículo de *Prismas*, habría oscurecido un proceso que había sucedido en Francia en esa misma época y en el cual Lefort era una figura de un interés particular, por la radicalidad de su impugnación del comunismo de cuño soviético, por la coexistencia, en su trayectoria, de vida académica y militancia, y por el modo en que su interrogación acerca del marxismo era, simultáneamente, una interrogación teórica respecto de la relación entre teoría e historia, y respecto de cómo organizar la acción política revolucionaria cuando no tenemos las respuestas sobre el curso necesario de los acontecimientos que nos brindaría la teoría. Escribe Hugo: “el lenguaje de la fenomenología se prolongaba en un abordaje de esa experiencia [la experiencia vivida de la clase obrera] que ponía de relieve no la necesidad y la determinación sino la contingencia” (2021: 30).

Entonces, si seguimos a Hugo en el primer párrafo del artículo de *Prismas*, su interés por Lefort remonta el cauce del río de su trabajo de este modo: la investigación, en su libro *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría* publicado en 2016, lo llevó, escribe Hugo, a “indagar en las intrincadas discusiones de la obra de Althusser que involucraban no solo el impacto de sus libros sino su ubicación en la ciudadela comunista y sus relaciones con la ortodoxia del partido”.² Esa indagación lo llevó a su vez a advertir que existía en Francia, desde los años 40, *otra manera* de ser de izquierda, que constitúa una crítica radical del modelo soviético, y que intervenía por fuera de toda ortodoxia en los debates teóricos y políticos del marxismo. Y a observar que esa *otra manera* había sido ignorada de manera prácticamente total en la cultura de izquierda en la Argentina.

Bueno, si seguimos a Hugo, decía..., porque pese a lo que afirma en ese párrafo del artículo de *Prismas*, me consta que Hugo ya se

¹ “Claude Lefort: marxismo, burocracia, totalitarismo”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 25, 2021 [cuando se citen párrafos textuales de este texto, se indicará entre paréntesis solo el año y el número de página: (2021: p)]; “Lefort et la psychanalyse”, conferencia, mimeo.

² *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, p. 27.

interesaba por Lefort antes de los años en que, imagino, estaba escribiendo *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista*. Recuerdo con bastante precisión que Hugo me habló de Lefort muchos años antes, en relación con alguno o algunos textos de su amigo Jorge Belinsky. Advierto también que un texto de Belinsky publicado en 2010, “Horror vacui, horror loci: Claude Lefort y los psicoanalistas”, está dedicado a “Beatriz Sarlo y Hugo Vezzetti, que estuvieron en el origen de este trabajo”.³ Y creo no equivocarme en mi recuerdo difuso de que mi propio diálogo con Hugo, en relación con Belinsky y Lefort, fue incluso mucho antes de 2010 —mi recuerdo de ese diálogo lo sitúa en el Club de Cultura Socialista de Bartolomé Mitre y Junín, lo cual nos llevaría a mediados de los 90, pero no sé si esa localización es real—. Lo que sí es real es que en la bibliografía de 1997 de la materia Historia de la Psicología, que Hugo dictaba en la Facultad de Psicología de la UBA aparece un texto de Lefort sobre Merleau-Ponty —en esa materia claramente era Merleau-Ponty, y no Lefort mismo, el que ocupaba un lugar importante—. Pero no menos claramente, ya en 1997 Hugo se había encontrado con Lefort.

Sea como fuere, me resultó muy interesante advertir que en sus textos Hugo sitúa expresamente su interés por Lefort en relación con la figura de Althusser. Su investigación, escribe en el texto de *Prismas*, “ha buscado trazar una suerte de paralelo, y contraste, entre las trayectorias de Althusser y Lefort”. Y en su conferencia en Francia señala, asimismo, algo que ya destacó en *Prismas*: esto es, que llegó a Lefort “explorando las relaciones entre el psicoanálisis, la psiquiatría y la cultura comunista en Francia y Argentina en los años cincuenta y sesenta”, y como decíamos que dice en *Prismas*, esa indagación lo llevó a Althusser, y de Althusser a esa otra tradición de izquierda en Francia —esto es, a Lefort—. Querría detenerme un instante en este paralelo, que no me parece necesariamente evidente para quien lee, de manera separada, el libro de 2016 y los dos artículos sobre Lefort. De hecho, el nombre de Lefort aparece solo una vez en *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista*, en el párrafo

en que Hugo dice que retoma, a su manera, los argumentos de Lefort en *La complication*, respecto de la relación entre la dictadura del partido y el arte, la ciencia y el pensamiento. El nombre de Althusser, por su parte, aparece seis veces en el artículo de *Prismas*, de las cuales cuatro en la primera página, en los párrafos que mencionaba donde Hugo sitúa su interés en Lefort en relación con Althusser, una al final del texto, donde Hugo señala que Lefort se retiraba del espacio intelectual del marxismo en el momento en que Althusser empezaba su camino ascendente, y una en que Hugo, analizando la distancia de Lefort con la ortodoxia comunista, apunta que “no se hablaba de ‘humanismo’ ni menos aún de la crítica teórica del Marx ‘joven’ en esos años; la nueva ortodoxia vendrá a implantarse más tarde por la obra de Althusser” (2021: 37). Por fin, Althusser es mencionado en la conferencia de París en cinco oportunidades, o seis si consideramos una referencia bibliográfica que en realidad corresponde a un texto de Castoriadis, y respecto del cual Hugo señala que Lefort no se mete en ese debate. En cuanto a las otras cinco, la primera refiere a la concepción lefortiana de “obra” y autor, temas muy presentes en esos tiempos, dice Hugo—y destaca al pasar en una frase la distancia de Lefort respecto del modo de tratar estos tópicos en Althusser y Foucault—. La segunda mención de Althusser lo sitúa en una enumeración, junto a Lévi-Strauss, Foucault y Lacan, para señalar la distancia de Lefort con estas figuras de la “oleada estructuralista” a propósito de un evento de la revista *Confrontations*, en el cual Lefort presentará su conferencia “L'image du corps et le totalitarisme” ante un público de psicoanalistas. En esa presentación, agrega Hugo, Lefort sitúa en la cuestión del totalitarismo “lo que lo separaba no solo del marxismo estalinista de los años cincuenta, sino también de las reorientaciones que, en la década siguiente, habían estado dominadas por la obra y la figura de Althusser”—esta es la tercera mención, y agrego que salvo error de mi parte, Lefort no refiere nunca a Althusser en esa conferencia—. Las dos últimas menciones aparecen en el párrafo final de la ponencia de Hugo. Allí escribe que en el modo en que Lefort pone su indagación sobre la democracia en relación con el pensamiento de Lacan, encontramos “un tipo de trabajo teórico paralelo y opuesto al emprendido por Althusser cuando este aplicó los conceptos de

³ Reproducido en Jorge Belinsky, *Lo imaginario y otros ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Trampa Ediciones, 2022, p. 179.

Lacan al análisis de la ideología y los aparatos estatales". Y agrega: por cierto, "Lefort no se propone ser otro Althusser".

Entonces, ¿qué sentido dar al modo en que Hugo lee a Lefort, en el espejo por así decir invertido de Althusser? Si esta pregunta me surgió con insistencia al leer los textos de Hugo, es porque para alguien que como yo llegó a Lefort por otros caminos —Lefort fue, en mi caso, el autor que me permitió poner en palabras mi ruptura con los modos de pensar el mundo de la izquierda radical a la que había pertenecido en los 70—, el camino de Hugo me convoca a intentar decir algo, ahora sí, respecto de aquello a lo que me invitó Adrián; esto es, a intentar pensar de qué modo los textos sobre Lefort nos hablan de la mirada de Hugo sobre la cuestión de los intelectuales, y de la relación entre intelectuales y cultura de izquierda.

Entonces ¿qué es aquello que parece interesar sobre todo a Hugo en sus lecturas de Lefort, en el paralelo con Althusser, en su distancia radical con la ortodoxia comunista desde los años 40, en su diálogo con los psicoanalistas, siempre heterodoxos? Trataré de avanzar algo más en esta pregunta, extrayendo de aquellos dos textos —el texto de *Prismas* y la conferencia de París— algunos puntos particulares.

Vamos entonces al artículo de *Prismas*. Una primera observación remite al lugar que ocupa Lefort en el interés de Hugo, en su relación con la cultura comunista: el artículo, titulado "Claude Lefort: marxismo, burocracia, totalitarismo" lleva por subtítulo "Un pensamiento de izquierda al margen de la Guerra Fría" —y recordemos que el subtítulo, o la segunda parte del título del libro de 2016, es "Batallas ideológicas en la Guerra Fría". Hugo señala, al respecto, hasta qué punto un esquema interpretativo —aquí la llamada "guerra fría de los intelectuales"— al mismo tiempo que puede iluminar algunos problemas, puede oscurecer otros (2021: 28). En este caso, oscurece una tradición de pensamiento que, en Francia, se situó *por fuera*, al margen, de esa representación bipolar del mundo. Quiero destacar la acotación de Hugo de que esa tradición de izquierda al margen de la Guerra Fría también quedó relegada en América Latina; allí (y aquí en la Argentina), aun cuando la vieja izquierda comunista fue impugnada, prevaleció una configuración que mantenía inmodificable el núcleo duro del leninismo como visión de poder y como teoría del partido.

Me interesa sugerir entonces que lo que Hugo hace en el artículo de *Prismas* es de algún modo colmar esa ausencia, la de esa otra tradición de izquierda, en la reflexión local sobre intelectuales y cultura de izquierda en los años 40 y 50, advirtiendo, además, que aún después la "nueva" izquierda (la que en los 60 rompió con el PC, que se hizo maoísta o procubana o guerrillera, entiendo) siguió a la zaga de la visión del mundo comunista, ajena a una tradición que desde muy temprano —desde las páginas pioneras de Socialismo o Barbarie— había impugnado radicalmente desde la izquierda al régimen que se instalaba en la URSS. Hugo recorre distintos puntos —la crítica marxista de la URSS por parte de Lefort, a la que Merleau-Ponty abre las puertas de *Les Temps Modernes*; el enfrentamiento de Lefort con Sartre en las páginas de esa revista, alrededor precisamente de la cuestión de la URSS, del régimen soviético y de los campos de trabajos forzados. Destaca también el carácter siempre a la vez teórico y militante del Lefort de esa época, en el que la crítica radical a la URSS va acompañada por la discusión sobre las vías posibles del proyecto revolucionario. Y señala asimismo que en la discusión con Castoriadis fue Lefort quien se mostró más reacio a mantener la idea de un partido de vanguardia. Por fin, subraya también la sensibilidad respecto del acontecimiento, a partir de una aproximación fenomenológica, alejada del dogmatismo que subsumía los hechos a la teoría. En suma, en una lectura que no se deja llevar nunca por una complacencia beatificante —ya que también señala los problemas que subsisten, en esos años, en la proyección del horizonte revolucionario en la búsqueda teórica y política de Lefort—, Hugo nos brinda, en el artículo de *Prismas*, las claves de esa otra tradición de izquierda, desconocida hasta muy recientemente en la Argentina.

De esa otra tradición que, a la vez, dialoga también de una manera totalmente alejada de la tradición comunista, pavloviana, con el psicoanálisis. La referencia de Hugo al comentario crítico de Lefort a la obra de Kardiner en 1951 nos permite franquear el paso del texto de *Prismas* a la conferencia de París, sobre Lefort y el psicoanálisis. Puede pensarse que ese texto sobre Kardiner, escribe Hugo en el artículo de *Prismas*, "fue una puerta de entrada para un interés por el psicoanálisis que va a desplegarse en los años siguientes" (2021: 33).

Aquí, también, me interesa pensar qué es lo que interesa a Hugo: sobre otro texto de Lefort, un comentario sobre *Sociologie et Anthropologie* de Marcel Mauss, que tiene una célebre introducción célebre de Lévi-Strauss, Hugo señala “que se puede decir que anticipaba una crítica teórica del estructuralismo antes de que este se instituyera como corriente dominante del pensamiento francés” (2021: 33). Nuevamente, lo que le llama la atención en Lefort es, por así decir, aquello que constituye un pensamiento autónomo respecto de las sucesivas corrientes dominantes, o en las palabras de Hugo, la búsqueda de Lefort por pensar la historia de un modo que rompe con el determinismo marxista y con la orientación formalista.

La conferencia “Lefort et la psychanalyse” pronunciada en 2023 comienza situando el interés de Hugo por Lefort nuevamente en el plano de la distancia, no del comunismo oficial, esta vez, sino del estructuralismo. Los años 60 y 70 son años de cambios, de producción intelectual intensa, escribe, y también de debates que ligan en una trama filosofía, ciencias sociales y políticas y psicoanálisis, en el contexto de una época hegemónizada por el estructuralismo.⁴ Lefort, advierte Hugo, se mantiene al margen de las batallas alrededor del lacanismo; su relación con la obra freudiana es anterior, proviene de su formación con Merleau-Ponty. Integra a Freud en su enseñanza, vuelve sobre Kardiner (allí, señala Hugo, encontró la única referencia de Lefort a Lacan). Será, indica, un rasgo permanente de la relación de Lefort con el psicoanálisis: una relación temprana con Freud, una relación solo indirecta con la obra de Lacan, y siempre a través de los disidentes. Y he aquí, diría, la clave de lectura que interesa a Hugo. Luego de repetir que Lefort, aun consciente de los debates y querellas sobre marxismo y lacanismo en el contexto de la descomposición de la vieja cultura comunista, se mantiene lejos de ellos, escribe: “sus intervenciones [de Lefort] se despliegan en el objetivo de separar la obra de Freud de aquella configuración política, empapada de althusserianismo, que funcionaba como un obstáculo mayor para la reflexión sobre los problemas de la democracia”. En su lectura

del Lefort de los años 45-56 lo que interesa a Hugo es en buena medida el modo en que Lefort pretende separar la obra de Marx del dogma comunista, que obturaba la reflexión sobre los problemas de la naturaleza de la URSS; aquí, en su lectura del Lefort de los años 60-70, se interesa en el modo en que la apropiación sectaria de Freud obturaría la reflexión sobre los problemas de la democracia.

Hugo se detiene en tres intervenciones de Lefort —hay otras, advierte, sobre las que no se detendrá por razones de tiempo—. Subraya que en todas las ocasiones los interlocutores de Lefort son por así decir “disidentes” de la ortodoxia lacaniana, e interesados en entablar un diálogo con la filosofía. Destacaré solo algunos puntos. Por un lado, la atención que presta Hugo a la crítica de Lefort de un supuesto “retorno” a Freud o a Marx, en su lectura del texto de Lefort “L’œuvre de pensée et l’histoire”, publicado en 1970 en la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, dirigida por Pontalis: para el pensamiento lefortiano, escribe Hugo, un tal retorno a las obras sostiene la ficción de un texto “puro”, sustraído a la interpretación, al ejercicio del trabajo de “descubrimiento de lo oculto”, propio también de la disciplina freudiana. El mismo punto alrededor del problema de la obra y la interpretación destaca Hugo en la entrevista de Lefort en *Anti-Mythes* de 1975; pero Lefort agrega allí, advierte, un punto de contacto entre interpretación y acción política: para una como para otra, no hay garantía extrínseca, no existe un fundamento externo que pueda brindar un criterio de verdad para la interpretación. Hallamos allí, dice Hugo, un vocabulario ya presente en el curso de Lefort en Caen, en 1971, en que los conceptos del psicoanálisis real, simbólico, imaginario, son integrados a la sensibilidad fenomenológica de Lefort para ser puestos al servicio de su propia elaboración del fundamento simbólico de lo social, de la división de la sociedad con ella misma.

Finalmente, la tercera intervención de Lefort frente a un público de psicoanalistas en la que se detiene Hugo es la conferencia de 1979 que mencioné antes, “L’image du corps et le totalitarisme”, publicada luego en los cuadernos de *Confrontations*, un grupo creado por René Major, otro disidente de la Société Psychanalytique de París. *Confrontations*, nos recuerda Hugo, buscaba hacer dialogar el psicoanálisis con la filosofía, las ciencias

⁴ Como se trata de un texto inédito, en formato mimeo, no parece importante mencionar los números de página cuando se cite textualmente.

humanas y el campo literario, y entre quienes participaron en sus publicaciones o sus seminarios encontramos entre otros a Derrida, Deleuze, Nancy, Roudinesco, Rancière, Badiou, Lyotard —los autores más importantes de la época, como bien escribe Hugo—. Los psicoanalistas son minoría allí, y ninguno de ellos pertenece al círculo de la escuela lacaniana. Se trata, en suma, de una izquierda intelectual crítica, alejada de la URSS, y donde las figuras que dominaron la escena estructuralista en la década anterior están ausentes. ¿Qué destaca Hugo de esta conferencia de Lefort? Por un lado, que Lefort da cuenta allí de su propia trayectoria como intelectual de izquierda —ese testimonio, escribe Hugo, forma parte de su obra—. Lefort, agrega, subraya la diferencia de su crítica del gulag con la de los “*nouveaux philosophes*”; su modo de dar cuenta de su relación con el marxismo y el comunismo resulta una intervención en aquello que constituye la memoria de la izquierda intelectual; y en su reflexión sobre el totalitarismo pone de relieve lo que lo separa no solo del marxismo estalinista de los años 50, sino también de su reorientación bajo la influencia de Althusser en los 60. Y sobre todo, insiste Hugo, en el diálogo con los psicoanalistas Lefort busca discutir el totalitarismo como algo que no es ajeno a los conceptos freudianos. Hugo dedica dos densas páginas a esa relación; me detendré solo en su conclusión: Lefort, escribe, “propone una convergencia entre el

descubrimiento freudiano y la revolución democrática. Para decirlo en una palabra, el psicoanálisis sería la teoría y el dispositivo adaptados al sujeto de la revolución democrática”.

Quiero empezar a terminar con un recuerdo vago que la lectura de Hugo me devolvió a la memoria, cuya referencia busqué entre mis viejos cuadernos pero no encontré, pero que sin embargo me había quedado grabada. En una de las reuniones de su seminario, Lefort deslizó al pasar una referencia a la cura en psicoanálisis en los términos que son los de sus reflexiones sobre la incertidumbre democrática. En el psicoanálisis, dijo, o algo así, de lo que se trata es de destituir la figura que ocupa el lugar del poder, para poder reconocer que ese lugar es un lugar simbólico. La lectura de Hugo del diálogo de Lefort con el psicoanálisis me parece que dice algo así.

Pero quiero terminar de terminar diciendo que en el recorrido de estos textos de Hugo encontré un paralelo que me resultó fascinante ya no entre Lefort y Althusser sino entre Lefort y el propio Hugo. La lectura de Hugo de Lefort, de su relación con el comunismo y el estructuralismo, no solo nos da a conocer esa página mal conocida de esa otra tradición de izquierda, sino que da cuenta también de la propia trayectoria de Hugo como intelectual de izquierda. Como dice Hugo de Lefort, me atreveré a decir de Hugo: su interés por desenterrar esa tradición, en su oposición al comunismo y al estructuralismo, en política y psicoanálisis, forma parte de su obra. □

Una sintomatología de lo social

Sebastián Carassai

CONICET / Universidad Nacional
de Quilmes

Un texto para homenajear —ante una audiencia informada como la que está presente hoy aquí— una larga labor intelectual (o más precisamente, algunos aspectos de ella), corre el riesgo de ofrecer una síntesis de sus principales tópicos y desarrollos y así simplemente suscitar, entre la confirmación y el aburrimiento, el recuerdo de lo que ya se sabía o una evaluación del resumen ofrecido. Un segundo riesgo que me gustaría conjurar es el de confundir el carácter de esta intervención. Un homenaje no llega a constituir un género pero sí es, diría, un tipo de discurso que, aun si considera contextos históricos o personales, fracasa si promete una historia o una biografía. El texto que escribí, entonces, es un homenaje que si, como creo, logra eludir los riesgos mencionados, seguramente no está exento de sucumbir a otros, como el de brindar una lectura demasiado emancipada de una justa síntesis y de una adecuada contextualización histórica y biográfica. Al elaborarlo, sin embargo, esos riesgos me inquietaron menos que otro, que en mi experiencia como asistente a homenajes a intelectuales considero el menos justificable: el de destacar en la obra del homenajeado solo aquello que coincide con el punto de vista de quien homenaja (y omitir lo que lo distancia). Teniendo todo esto en mente escribí este texto-homenaje.

Una posible vía de acceso al trabajo intelectual de Hugo Vezzetti es *Punto de Vista*, la revista en la que participó de principio a fin entre los años 1978 y 2008, dirigida por Beatriz Sarlo. Sus primeras contribuciones, a veces reseñas de libros, otras artículos, abordan problemáticas relacionadas con las disciplinas *psi*: el psicoanálisis, la psiquiatría, la locura, su historia, y también la (historia) de esas disciplinas en la Argentina. No me fue asignado a mí en este encuentro esa vertiente del pensamiento de Vezzetti, pero quisiera señalar tres características de esas contribuciones que iluminan los temas sobre los que sí me han invitado a decir algo. Un marcado interés por la historia de sus objetos de estudio, la intuición de que esa historia es mejor comprendida si se la analiza en relación con la sociedad, y cierta inconformidad con la deriva

del psicoanálisis en la Argentina de la segunda mitad de la década del setenta en varias de sus expresiones, la lacaniana particularmente.⁵

Si decidí comenzar por aquí es porque la primera reflexión extensa sobre los años de la dictadura que publica en *Punto de Vista* aparece a propósito de la “situación actual del psicoanálisis” en la Argentina, en diciembre de 1983. Señala allí la presencia de un “obstáculo mayor” para dar cuenta de esa situación: existe, dice Vezzetti, “una censura, en sentido freudiano, hecha a la vez de amnesias y de reescrituras del pasado reciente, dictadas por las exigencias de ese período ominoso abierto en 1976”.⁶ De acuerdo con Vezzetti, a partir del Cordobazo el psicoanálisis salió al encuentro de la historia social con herramientas que provenían de otras disciplinas: el materialismo dialéctico e histórico, la filosofía, la lingüística, la antropología. La ruptura en la Asociación Psicoanalítica Argentina, en 1971, podría verse como síntoma y a la vez como acelerador de esa salida de la apoliticidad que implicó la renovación del espacio psicoanalítico, que a partir de entonces admitió, por ejemplo, visiones progresistas confiadas en el curso emancipatorio de la historia, la obra singular del primer Masotta y articulaciones entre psicoanálisis y marxismo más o menos ligadas a proyectos revolucionarios. La oleada reaccionaria y represiva que se abrió a fines de 1974, agravada despiadadamente durante la dictadura (que tendía a asociar psicoanálisis con terrorismo), en el plano más evidente había golpeado los ámbitos públicos formativos y asistenciales pero además, en uno menos visible, había creado las condiciones que favorecieron un divorcio entre el psicoanálisis y el medio cultural y político.⁷ Aunque más tarde matizará esta imagen y otorgará mayor peso a las relaciones internas al campo del psicoanálisis, de acuerdo con este primer Vezzetti la represión había contribuido más que cualquier otra cosa a definir los rasgos

⁵ Véase, por ejemplo, “Jacques Lacan”, *Punto de Vista*, nº 13, noviembre de 1981.

⁶ “Situación actual del psicoanálisis”, *Punto de Vista*, nº 19, diciembre de 1983.

⁷ En este artículo denuncia el “silencio” y la “ceguera” de psicoanalistas que todavía en 1980 celebraban los “espléndidos honorarios en dólares” de la época de Martínez de Hoz, así como la ausencia de diversidad, de debate y la falta de creatividad al interior del campo psicoanalítico en términos teóricos. “Situación actual del psicoanálisis”, *Punto de Vista*, nº 19, diciembre de 1983.

que lo caracterizaban ahora (mediados de los ochenta), bien alejados de aquel pasado crítico.

Si esa lejanía era adjudicada, en líneas generales, al modo complaciente con el que el psicoanálisis buscaba reunirse con los problemas de su tiempo, en ningún otro tema se volvía más cuestionable y creaba más perplejidad que en los del terrorismo de Estado y sus secuelas clínicas y sociales. A menos de tres años de recuperada la democracia Vezzetti revisa una serie de estudios psicoanalíticos sobre esos temas y postula que sus análisis aparecían “capturados” por una imagen del poder sintetizada en la diáda torturador-víctima, tácita o explícitamente relegando a la sociedad al papel de un “pasivo sujeto colectivo sometido a los designios despóticos de un amo brutal y absoluto”.⁸ Propone, en su lugar, abordar la relación dictadura-sociedad “en términos de una *trama*, un dispositivo —en términos foucaultianos— que complica y trasciende un enfoque que solo vea coerción despótica”. “La dictadura no cayó sobre la sociedad argentina como un rayo en cielo sereno”, quizás la idea sobre este tópico que más reiterará en artículos, libros y entrevistas desde los ochenta hasta hoy, en 1986 sirve de preámbulo a un rápido inventario de todo lo que, a su juicio, unía sociedad y dictadura: el ideal de orden (frente al caos y al viejo fantasma de la desintegración nacional), el restablecimiento de las jerarquías y el principio de autoridad, la familia como sistema natural y vertical de obligaciones, el patriotismo militarista, el mito de un “ser nacional” amenazado por un enemigo externo, la catolicidad integrista. Frente a la imagen de la dictadura como “comienzo absoluto”, Vezzetti proponía subsanar la “palpable omisión” de la sociedad argentina en los análisis psicoanalíticos mediante la incorporación de investigaciones provenientes de las ciencias sociales, como las de Guillermo O’Donnell, cuyas tesis, escribe, son “un buen punto de partida” para analizar de modo distinto la relación entre dictadura y sociedad.

En la senda de Adorno, el Vezzetti de estos años parecía reinterpretar el psicoanálisis como una ciencia social de tipo hermenéutico capaz de revelar latencias presentes y al mismo tiempo

ocultas en el orden social y en la cultura.⁹ Que esa reinterpretación no estaba únicamente motivada por un interés por el pasado sino también, y en ocasiones fundamentalmente, por el porvenir, es algo que había quedado de manifiesto en un artículo anterior, escrito en ocasión del Juicio a las Juntas Militares y publicado en 1985. Si hasta entonces los textos de Vezzetti en *Punto de Vista* no tenían una interlocución explícita en las páginas de la revista, a partir del número 24, en el que aparece “El Juicio: un ritual de la memoria colectiva”, varias de sus intervenciones podrían leerse en diálogo con las de sus compañeros y demás colaboradores de la revista —una tarea que dejó a quienes se encarguen de ocupar mi lugar cuando la homenajeada sea *Punto de Vista*. Sí quisiera mencionar una frase que en el mismo número y a propósito del mismo tema escribe Carlos Altamirano, porque condensa uno de los aspectos menos fáciles de presentificar desde nuestra actualidad tan remota para aquel grupo: “no sabemos por cuánto tiempo nos acompañará el temor de que [los ejemplos del infierno que hubo en la Argentina] se repitan”.¹⁰ El Juicio estaba ahí, los militares también. Podían desaparecer de la escena política nacional, como profetizaba una canción, pero no lo habían hecho.¹¹

¿Qué era ese Juicio? “Para algunos e[ra] una batalla política más que, manteniendo la lógica de la guerra, solo se propon[ía] dar vuelta la correlación de víctimas y victimarios”, escribió Vezzetti. Para otros, él entre ellos, era la antítesis de una celebración; esos estrados escenificaban “un ritual doloroso antes que triunfal”.¹² Ahora bien: ¿qué podía ser el Juicio? Responde Vezzetti: “Un rito de pasaje a un nuevo ciclo”, es decir, la posibilidad de construir una sociedad

⁹ Véase el elogio contundente que hace Vezzetti de la *Teoría crítica del sujeto* (Méjico, Siglo XXI, 1986) de Adorno, que reúne tres artículos sobre psicoanálisis publicados entre 1946 y 1966: “Adorno y el psicoanálisis”, *Punto de Vista*, nº 30, julio-octubre de 1987.

¹⁰ Carlos Altamirano, “Sobre el Juicio a las Juntas militares”, *Punto de Vista*, nº 24, agosto-octubre de 1985.

¹¹ Cuando en 1987 se produzcan los levantamientos carapintadas, Vezzetti escribirá que la ley de obediencia debida “clausura[ba] el ciclo ascendente de reparación ética de la sociedad abierto con la CONADEP, el *Nunca Más* y el Juicio”: “La democracia posible”, *Punto de Vista*, nº 30, julio-octubre de 1987. Todavía entonces juzgaba que a la transición democrática “aún le aguarda[ban] momentos muy graves”.

¹² “El juicio: un ritual de la memoria colectiva”, *Punto de Vista*, nº 24, agosto-octubre de 1985.

cimentada sobre los valores negados en la etapa que se quería dejar atrás. Más importante para el recorrido que sigo aquí: “El proceso a las juntas militares hace posible —casi impone— una revisión ordenada del pasado reciente que, como tal, conlleva una operación sobre la memoria colectiva. Algo del orden de un *trauma* debe ser reconstruido, rememorado y reflexionado”. “¿Qué ha sucedido?, ¿por qué sucedió?, ¿cómo ha podido suceder?”; si en el juicio podía hallarse respuesta a la primera de estas preguntas célebremente formuladas por Arendt (mencionadas más de una vez en las páginas de *Punto de Vista*), el juicio interpelaba “a la sociedad en su conjunto” y podía (o quizás mejor debía) iniciar un camino de introspección colectiva tendiente a explorar respuestas a las otras dos. “Prácticamente todas las instituciones de la sociedad mantenían sus vasos comunicantes con el régimen militar”, escribe Vezzetti, de modo que esa introspección podría servir para “rescatar [...] un diagnóstico acerca de las cualidades de nuestras organizaciones políticas, eclesiásticas, sindicales, profesionales, jurídicas, de la prensa y la cultura”.

Retorno de lo reprimido: lo social como síntoma

A mediados de los años noventa, los “muertos insepultos”, los desaparecidos, trascendieron los márgenes de los organismos de afectados y volvieron al centro de la discusión pública. Primero, en 1994, con el caso de los mellizos Reggiardo-Tolosa; dos años después, a consecuencia de la confesión de Scilingo, que conmocionó a un vasto sector de la opinión pública. Vezzetti escribió sobre ambos acontecimientos. “La publicidad del drama” de los hijos apropiados ponía en escena el “carácter conflictivo de la memoria, como un espacio de lucha y no un registro pacífico del pasado, sostenida por actores y canales que pugnan por actualizarla y reescribirla, desde tradiciones y constelaciones de valor”.¹³ A juicio de Vezzetti, el caso de los mellizos Reggiardo-Tolosa oponía dos imperativos, uno afectivo y otro social. El afectivo correspondía a las verdades del corazón;

quienes las privilegiaban sostenían que era en ese plano, en el de la voluntad subjetiva de los involucrados, en el que debía dirimirse el conflicto. El imperativo social, en cambio, desplazaba el hecho de las verdades del corazón a las determinaciones de la ley, del plano de la voluntad subjetiva al del derecho objetivo. Vezzetti se pronuncia entonces a favor de la primacía del imperativo social: no los afectos sino el bien común.

Si esa intervención se situaba en un orden normativo, la que motivó el caso Scilingo retoma la cuestión de la memoria colectiva y en consecuencia cabe inscribirla en el terreno de la ética. “Me interesa explorar el núcleo duro, resistente, de una suerte de trauma colectivo, una herida profunda al ideal fundacional de cualquier comunidad humana”, escribe. La confesión de Scilingo actualizó lo que ya se sabía por el testimonio de los sobrevivientes; proveía un nombre propio más, añadible a la lista de ejecutores de la empresa criminal llevada a cabo por la dictadura. Ahora bien, “en otra dimensión —escribe Vezzetti— la secuela del horror compromete a la sociedad en su conjunto”. La confesión representaba una bofetada para los negacionistas de la tragedia, partidarios del “dar vuelta la página”. Pero había otro negacionismo en danza: el que seguía leyendo la realidad en clave de “retomar el combate en la misma escena congelada”. Entre la amnesia y la alucinación, Vezzetti propone poner en marcha “los mecanismos del duelo que reintegra algo como perdido e irrecuperable a la vez que lo traslada a otra dimensión: el crimen siniestro quedaría abierto a la elaboración, la simbolización, la redención en el presente”. Vuelven las preguntas de Arendt: ¿por qué?, ¿cómo? La patología de la memoria puede darse por ausencia o por exceso. “¿Qué recuperación es posible y necesaria?”, pregunta Vezzetti, y anota: “lo que pudo ser eficaz en 1984 hoy lo es menos”. Las exigencias de la memoria están siempre en el presente.

“Lo conocido, precisamente por ser conocido, no es reconocido”, enseñan las filosofías de la autoconciencia. Detrás del telón de lo que conocemos no hay nada parecido a un noumenon inalcanzable sino que estamos nosotros, mujeres y hombres capaces de reconocerse en lo que conocen. En estos textos de los años noventa, Vezzetti comienza a insistir en la necesidad de “poner en juego una operación de

¹³ “La memoria y los muertos”, *Punto de Vista*, n°. 49, agosto 1994.

autoconocimiento de la sociedad”, de “autoesclarecimiento” —operación bien distinta a la de la denuncia: una oportunidad para que la sociedad se mire y piense a sí misma “incluso en sus facetas menos aceptables”¹⁴. Si hubiera que traducir esta insistencia a un método, diría que de lo que se trata (desde antes de los noventa y en más de una de las áreas del conocimiento que aborda) es de formularse una pregunta: “¿síntoma de qué aspectos de lo social es eso que provoca nuestro interés o nuestro asombro?”. Cuando a propósito de una reflexión sobre la práctica del escrache a los represores aborde el rol que hacia fines de los años noventa estaban desempeñando los organismos de derechos humanos, escribirá: “se hace necesario reflexionar sobre lo que [en esos organismos] se revela de la sociedad en la que nacieron y actúan”.¹⁵ Que lo mismo que había dado fuerza a esos organismos durante la dictadura (el estar integrados principalmente por familiares) siguiera teniendo el mismo peso a quince años de la reapertura democrática, revelaba más bien el débil papel, cuando no la ausencia, de una sociedad civil involucrada en la defensa de derechos universales. La memoria de grupo, sostenida en la sangre y los afectos, debía abrir paso a una memoria social, cimentada en un fundamento ético.

Volveré sobre un aspecto que estoy dejando a un lado en estos artículos, el de los problemas derivados de la mirada complaciente, cuando no la reivindicación, que muchos de estos organismos traslucían sobre la lucha armada de los años setenta. Lo menciono simplemente para notar que, si varios de los trabajos de Vezzetti, desde la reapertura democrática en adelante, caben bajo el signo de cierta inconformidad con la deriva social que verifica en los temas sobre los que escribe, hacia finales de la década del noventa, quizás motivado por el impacto de las memorias y documentales militantes que comienzan a ganar audiencias cada vez más amplias, ese signo se intensifica.

Eso puede verse en cuatro artículos publicados entre 1999 y 2001, tres en *Punto de Vista*, el cuarto en la revista *Iberoamericana*. Dos son intervenciones sobre intervenciones. En

un caso, critica que un texto publicado por Eudeba como herramienta pedagógica para la enseñanza media, destinado explícitamente a promover en las nuevas generaciones la recuperación de los ideales de la juventud de los setenta, omite “el componente esencial de aquella acción colectiva: el cemento de la política y el mito revolucionario como garante, en el orden de los fines, de los medios diversos (incluyendo los peores) en la justificación de esa acción”.¹⁶ En el otro —que aparece en el mismo número en que Héctor Schmucler alude al mandato bíblico del “no matarás” como “fundamento de cualquier ética”, varios años antes de la célebre polémica— repasa críticamente representaciones de los centros clandestinos de detención y, otra vez, propone leerlos como síntomas de lo social, es decir, en función de lo que “revela[n], reproduce[n] en algún sentido, [de] la dinámica de la sociedad”.¹⁷ Las “zonas grises” que Primo Levi identificó al interior del campo de concentración nazi, en el caso argentino también existían en la propia sociedad. La tarea que nos toca no es, para Vezzetti, pensar lo que separaba sino lo que comunicaba, por ejemplo, la ESMA y la ciudad de Buenos Aires; pensar lo que el centro clandestino revelaba de la sociedad.¹⁸

En el tercero de estos artículos el síntoma es la conmemoración de los 25 años del golpe de Estado de 1976. Lo sucedido ese día en Plaza de Mayo es analizado como “signo de cierto estado de la memoria pública sobre una etapa y una experiencia que han marcado profundamente a la sociedad”. El artículo se titula “Lecciones de la memoria”, porque se pregunta por el valor

¹⁴ “Variaciones sobre la memoria social”, *Punto de Vista*, nº 56, diciembre de 1996.

¹⁵ “Activismos de la memoria: el escrache”, *Punto de Vista*, nº 62, diciembre de 1998.

¹⁶ “Memorias del Nunca Más”, *Punto de Vista*, nº 64, agosto de 1999. El libro motivo de este artículo es *Haciendo memoria en el país del Nunca Más* (Buenos Aires, Eudeba, 1997), de I. Dussel, S. Finocchio y S. Gojman, que para Vezzetti resulta una confirmación de un “sistema de creencias”: básicamente, que el involucramiento de la juventud en la política de los sesenta/setenta fue meramente una reacción a la represión y violencia institucional que sufrió desde Onganía.

¹⁷ El texto de Schmucler: “Las exigencias de la memoria”, *Punto de Vista*, nº 68, diciembre de 2000.

¹⁸ “Representaciones de los campos de concentración en la Argentina”, *Punto de Vista*, nº 68, diciembre de 2000. Se trata de un comentario crítico al artículo de Andrés Di Tella, “La vida privada en los campos de concentración” (en Devoto y Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo 3, Buenos Aires, Taurus, 1999) y al libro de Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires, Colihue, 1998).

ejemplar que adquiere en el espacio público la rememoración del pasado trágico. Lejos de ser pensado como un “acontecimiento y una experiencia límite” que puso a prueba a toda la comunidad, más lejos de una interrogación sobre su carácter revelador de elementos presentes en la sociedad, la consigna convocante del más numeroso de los varios actos que tuvieron lugar el 24 de marzo de 2001 establecía una línea de continuidad entre el “genocidio de ayer y el de hoy” que hacía que Massera y Cavallo aparecieran como dos actos de una misma obra. “Es importante señalar y refutar esa idea simplificada de la continuidad de una dominación”, escribe Vezzetti. Advierte en ella ya no un relato sobre la dictadura sino sobre los dieciocho años de democracia y la considera a su vez un síntoma de las promesas frustradas, de Alfonsín a la Alianza. Discute, creo que por primera vez, la pertinencia de la palabra “genocidio” para referirse a lo que prefiere llamar “masacre” o “plan de exterminio”, términos que permiten poner de relieve el carácter político de la represión. Retoma también, creo que por primera vez, la idea de Túlio Halperin Donghi de “guerra civil larvada”. Ve en la “casi” desaparición de la consigna “Nunca Más” en los pronunciamientos públicos de los organismos de derechos humanos un síntoma inequívoco de que las consignas radicalizadas de sus sectores minoritarios han conquistado también el sentido común de las dirigencias más moderadas.¹⁹ Lamenta que los derechos humanos, alguna vez cimiento de la fundación de una comunidad democrática, tengan ahora como horizonte la secta y el espíritu fuccioso.

El cuarto de estos artículos regresa sobre el Juicio a las Juntas (a esta altura del partido, “marca” inequívoca de un “cambio histórico”), como punto de anudamiento del imperativo de memoria y la demanda de justicia. Leído en conjunto con los tres artículos de estos años de entre siglos, este análisis de lo que el Juicio representó en la historia argentina permite imaginar una historia contrafáctica fundada en las potencialidades allí inauguradas. El Juicio, escribe Vezzetti, “promovía una deliberación pública, abría un espacio novedoso de

participación en una discusión colectiva [...] [que] promovía la solidaridad pública”, escenificaba “un nuevo pacto del Estado y la sociedad que quedaba plasmado en la fórmula Nunca Más”.²⁰ Una dimensión del Juicio, además, excedía su carácter de espectáculo público: simbolizaba “una reconstrucción de las instituciones y el Estado”. Ahora bien, dice Vezzetti, al mismo tiempo que reestablecía nada menos que el Estado de derecho en la Argentina, fijaba ciertos límites a una intelección “propriamente histórica” de los años que desembocaron en el golpe de 1976. El límite que más le importa señalar es el que impuso a la posibilidad de “interrogarse sobre las condiciones” sociales que contribuyeron a favorecer y admitir el golpe.²¹

Pasado y presente

Si elegí recorrer esta serie de reflexiones no es solo porque asumo que una mayoría de las personas aquí presentes leímos *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (Siglo XXI, 2002), sino porque ese recorrido muestra que este libro no cayó como rayo en un cielo sereno en las preocupaciones de Vezzetti. Siguiendo la interpretación que propongo, podría decirse que lo que en este libro ocupa el lugar de síntoma, de epifenómeno revelador de fuerzas que están allí pero no siempre se ven, es no “la dictadura” sino propiamente el terrorismo de Estado, es decir, la práctica de la desaparición sistemática de personas. Pero si ese es el síntoma principal, no es el único. Veamos cómo se presenta el libro: “Este trabajo se propone indagar [...] la *experiencia social* de la irrupción de la violencia y el terrorismo de Estado en la Argentina”. Esa experiencia no se concibe hecha solo de acontecimientos sino también (y en lo que toca al análisis que propone, quizás fundamentalmente) de *representaciones*, entendidas como “sustrato determinante de la percepción y la experiencia”.

¹⁹ “Lecciones de la memoria. A los 25 años de la implantación del terrorismo de estado”, *Punto de Vista*, nº 70, agosto de 2001.

²⁰ “El imperativo de la memoria y la demanda de justicia: el Juicio a las Juntas argentinas”, *Iberoamericana* vol. I, nº 1, 2001.

²¹ En 2014 regresará sobre este juicio. Véase “El juicio a las juntas, treinta años después”, en H. Vezzetti, *Memoria, Derechos Humanos y Democracia. Textos e intervenciones*, Buenos Aires, SB Editorial, 2023.

Una “idea fuerte”, nos dice, recorre el libro: la “extrema barbarie” no solo expuso los peores rasgos de las FF. AA., responsables de la criminalización del Estado, también sacó a la luz “lo peor de la sociedad”. Inspirado en Norbert Elias, sugiere que el terrorismo de Estado exhibió “las condiciones de un *derrumbe civilizatorio*”. Menciona algunas representaciones señaladas en este libro como operantes tanto en la sociedad como en el Estado: “la fuerza del imaginario de la revolución”, la “captura de la política por la visión mesiánica de los objetivos últimos”, “el poder redencial” atribuido a la violencia. Nada de esto significa igualar el terrorismo de Estado y el terrorismo insurgente, incomparables no solo en su poder sino en su naturaleza. Pero en tanto este libro es también un estudio de la memoria social, sí caen bajo su lupa las formas de hacer inteligible el pasado, entre las cuales el “mito explicativo” de los “dos demonios” adquiere importancia por “lo que es capaz de señalar como problema”.

Retornan las preguntas de Arendt (¿se irán alguna vez?): “¿por qué sucedió?”, “¿cómo ha podido suceder?”. No voy a reiterar aquí todo lo que el libro condensa y a la vez desarrolla de las ideas mencionadas en los artículos que repasé. Mencione algunas que se agregan o que completan las argumentaciones previas: la entronización de formas primarias del poder y la autoridad evidencia “un derrumbe moral largamente incubado”; los partidos políticos no encabezaron la oposición al régimen militar porque “mayormente adhirieron a los objetivos de la ‘guerra sucia’ (aunque no necesariamente a su metodología)”; la sociedad “acompañó la mayor parte del período de la gestión militar” con un “humor conformista”; las representaciones de la “guerra” contribuyeron a cerrar los caminos institucionales para resolver los conflictos. En síntesis, siguiendo la distinción propuesta por Karl Jaspers, si la “culpabilidad criminal” había comenzado a desnudarse en el *Nunca Más* y en el Juicio, *Pasado y presente* venía a contribuir al conocimiento de las otras dos culpabilidades señaladas por el filósofo alemán: la política (que incluía principalmente a los partidos y a los grupos insurgentes) y la moral (que abarcaba a toda la sociedad). Tanto esa sociedad política como esa sociedad civil son responsables no solo por lo que promovieron sino también, afirma Vezzetti, “por lo que fueron incapaces de evitar”.

Sobre la violencia revolucionaria

En agosto de 2003, todavía en los estertores de la crisis de 2001, a la que otorga dimensiones de “catástrofe”,²² Vezzetti advierte que se “ha abierto un nuevo clima público”. Imagina que lo que seguirá a la catástrofe es una “empresa de reparación institucional y de moralización estatal” y, en lo que hace al pasado trágico, opina que “el setentismo irredento hoy es solo un resto arcaico”.²³ No transcurrirá mucho tiempo para que cambie esta opinión. En agosto de 2004 intervendrá en el debate originado a partir de las iniciativas del gobierno de Néstor Kirchner de construir un Museo de la Memoria, símbolo y, otra vez, “síntoma mayor del estado de la democracia”.²⁴ Lo que preocupa a Vezzetti es la posibilidad de que un museo de esas características, que en tanto conciencia histórica materializada habla al porvenir, quede limitado a una experiencia estrecha que solo convoque a los convencidos. Los organismos de derechos humanos, que durante la dictadura debieron ocupar el lugar vacante dejado por la política y por el Estado, ahora no debían ser la única voz a ser escuchada porque no representan el “interés general” sino el de un sector de la sociedad. Su posición es que el Estado y la política de partidos ocupen el lugar que les corresponde, que no vuelvan a abdicar, que conduzcan un proceso de elaboración de un consenso.²⁵

Volvamos brevemente a los años previos a *Pasado y Presente*. En 1997, a propósito de una reflexión acerca del cuerpo de Eva Perón, Vezzetti afirma que lo que subyace al destino que ese cuerpo siguió es una “interrogación fundamental” sobre la relación propiamente trágica “que en la sociedad argentina se ha ido constituyendo entre la política y la muerte”. Anota, además, que con esa afirmación intenta solamente “marcar una problemática”, en tanto duda “anticipadamente” de las respuestas que

²² “Apuntes para un debate sobre el presente: Estado y ciudadanía”, *Punto de Vista*, n° 75, abril de 2003.

²³ “Aniversarios: 1973/1983”, *Punto de Vista*, n° 76, agosto de 2003.

²⁴ “Políticas de la memoria: el museo de la ESMA”, *Punto de Vista*, n° 79, agosto de 2004.

²⁵ Una posición similar sostiene en “Memoria histórica y memoria política: las propuestas para la ESMA”, *Punto de Vista*, n° 86, diciembre de 2006.

entonces pudieran ensayarse.²⁶ Al año siguiente, en un artículo ya citado, una consideración acerca de una de las formas del escrache, no de aquella que ocupaba el lugar ausente de la ley sino de la que descreía de los resortes institucionales de la política, desemboca en una meditación acerca de la actualización de la violencia revolucionaria. Me interesa lo que sigue: “aunque es muy difícil avanzar en este terreno de análisis, no puede dejar de verse que allí se anudan complejas relaciones entre mitologías políticas y representaciones familiares”.²⁷ En 2001, en el artículo sobre los 25 años del golpe, luego de afirmar que la campaña de provocación terrorista contra oficiales de las FF. AA. en los setenta no había hecho más que “favorecer una revancha corporativa brutal y desmesurada”, agrega: “no voy a avanzar más en un terreno que evidentemente pone en juego problemas que deberían quedar abiertos por mucho tiempo”.²⁸

Los artículos de entre siglos recién citados son todos previos a 2003. El camino por el que entonces Vezzetti no prefería avanzar será largamente transitado en *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos* (Siglo XXI), que apareció en 2009. No estoy diciendo que la cuestión de la responsabilidad de las guerrillas en la producción del régimen dictatorial no haya sido mencionada antes. Como yo mismo recordé hace unos instantes, aparece en *Pasado y presente* y en los artículos previos. Digo, en cambio, que la extensa reflexión en *Sobre la violencia revolucionaria* sobre varios de los problemas relativos a esa cuestión, tanto en lo que hace a la historia como a la memoria, quizás haya encontrado un incentivo para actualizarse en la nueva coyuntura abierta en mayo de 2003. Los artículos sobre monumentos y memoriales reeditados en el Apéndice del libro son también posteriores a ese año.

Como sea, si tomamos como válida la máxima que postula que “un texto vale por los problemas que suscita”, que el propio Vezzetti utiliza en los ochenta para saludar la aparición de *Historia del psicoanálisis en Francia*, de Élisabeth Roudinesco, creo que propios y ajenos

coincidirían en atribuir a *Sobre la violencia revolucionaria* un valor incuestionable.²⁹ Voy rápido: allí Vezzetti alerta, con Ricoeur, sobre esa forma de olvido que “adecúa” la imagen presente con las huellas del pasado y, con Todorov, sobre la memoria “literal”, que somete el presente al pasado. Aboga por una “memoria ejemplar” (Ricoeur), capaz de extraer enseñanzas del presente y abrir una reflexión que involucre la propia responsabilidad. Distingue entre dos sentidos del “trauma”: el que victimiza a la sociedad en su conjunto y se sufre pasivamente y el que lo relaciona con lo inolvidable y lo que retorna en el trabajo de la memoria.³⁰ Recupera “lo que retorna en síntomas diversos”: en la Argentina, el reconocimiento de que hubo otras víctimas, comenzando con las que la guerrilla produjo en sus propias filas, abrió la posibilidad de incluir a todas las víctimas producidas por el terrorismo insurgente. Que estos crímenes no sean equiparables a los cometidos desde el Estado “no significa que sean insignificantes o prescindibles para la conciencia histórica”. Niega que exista ni se esté construyendo en la Argentina una cultura de los derechos humanos, ni en el Estado ni en la sociedad. “El presente es el tiempo del reconocimiento”, escribe. La apuesta del libro es la “memoria justa”, cuyo fundamento no son los afectos sino lo ético-político, e implica un trabajo de elaboración no ya de la identidad sino de la diferencia. Subyace a esta idea un ideal en el sentido kantiano: el horizonte de una conciliación tan amplia como sea posible sobre la historia reciente para de ese modo alcanzar una reconciliación, no entre antiguos enemigos, sino de la comunidad con su pasado.

En el libro se discuten otras interpretaciones de la relación entre política y violencia en las organizaciones insurgentes; analiza el rol de Perón, el peronismo y otras fuerzas políticas, y de sectores influyentes de la prensa; revisa las

²⁶ “El cuerpo de Eva Perón”, *Punto de Vista*, n° 58, agosto de 1997.

²⁷ “Activismos de la memoria: el escrache”, *op. cit.*

²⁸ “Lecciones de la memoria...”, *op. cit.*

²⁹ “Roudinesco, el psicoanálisis y la historia”, *Punto de Vista*, n° 34, julio-septiembre de 1989.

³⁰ La categoría de “trauma” o de “pasado traumático”, que como se vio él mismo utilizó desde 1983 para aludir a la experiencia de la represión en la última dictadura, comienza por estos años a ser cuestionada por su connotación de exterioridad (del acontecimiento) y de pasividad (de la sociedad). Sobre este tema volverá más adelante en “Memoria e imaginación histórica: los usos del trauma” (2014), en H. Vezzetti, *Memoria, Derechos Humanos y Democracia*, *op. cit.*

elaboraciones de los exiliados, contemporáneas a la dictadura; regresa sobre el tema de “los dos demonios”, al que considera en su ocaso; contrasta el origen (universalista) de los organismos de derechos humanos con su presente (más bien sectario); propone una clave para leer las relaciones entre política, pulsión erótica y religión; repasa lo que yo llamaría una sensibilidad característica del combatiente revolucionario de los setenta; objeta que la consigna “matar o morir” pueda interpretarse como simple reacción; aborda las relaciones entre política, sacrificio y muerte, y los mitos asociados al significante amo de la “revolución”; propone una genealogía del “hombre nuevo”, principio y horizonte del guevarismo, en la que sobresalen los vasos comunicantes con el fascismo.

A menudo, en el transcurso de cualquier vida intelectual, los conceptos que se utilizan van cambiando o se van reformulando. En el caso de Vezzetti cité ya la categoría de trauma. No quisiera terminar este homenaje sin incluir un concepto que adquirió importancia en los trabajos publicados después de *Sobre la violencia revolucionaria*, aunque allí también aparezca. Lo mencioné a propósito del análisis de su posición respecto de los memoriales. Me refiero a la noción de “conciencia histórica”, que Vezzetti toma de José Luis Romero. Podríamos preguntarnos: ¿síntoma de qué es este deslizamiento de la “memoria” a la “conciencia histórica” en Vezzetti? Probablemente de una nueva insatisfacción, ahora con lo escrito y también filmado bajo la sola pulsión del deber de memoria.³¹ La memoria es una noción equívoca,

escribe en 2011, demasiado apegada a la vivencia personal, demasiado prescindente de la producción historiográfica. La conciencia histórica no es la que produce el historiador sino la que produce la sociedad.³² De ahí la importancia de intervenir en el debate público.

Palabras finales

Algo se reitera —*insiste*, dirían los psicoanalistas— en muchos de los textos de Vezzetti. Sea Freud, Foucault, Lacan, el psicoanálisis, los años setenta, la dictadura, la memoria o los derechos humanos, lo que una y otra vez aparece es un vocabulario que estructura la argumentación: “trama”, “núcleo”, “zona”, “área”, “fondo”. Si aplicáramos su método, podríamos preguntar: ¿síntoma de qué vendría a ser esa insistencia? Aunque se escriban en singular, esas palabras remiten a una hermenéutica plural, abierta e inacabada de los objetos bajo análisis. Advierten al lector que la problemática en cuestión no es unidimensional. La pluma de Vezzetti no se privará de afirmaciones contundentes, a veces provocadoras. Pero la argumentación descansa en esas palabras. Una conjectura: quizás ellas sean síntoma de una manera de pensar para la que el conocimiento (histórico, social o psíquico) es fragmentario y a largo plazo inestable, por lo que su arte consistiría no en clausurar sino más bien en ramificar una discusión exenta de ortodoxias. □

³¹ Sobre la crítica a la producción cinematográfica que trata o evoca los años setenta, véase “Archivo y memorias del presente. *Elefante Blanco* de Pablo Trapero: el padre Mugica, los pobres y la violencia” (2014) y “El terror en escenas. Un

estudio arqueológico del cine argentino en la post-dictadura” (2015), ambos en H. Vezzetti, *Memoria, Derechos Humanos y Democracia, op. cit.*

³² Sobre este tema véase “Los sesenta y los setenta. La historia, la conciencia histórica y lo impensable”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 15, 2011.

Veinticinco años de un libro augural
Sobre Regueros de tinta, de Sylvia Saíta

Presentación

Emiliano Gastón Sánchez

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

En el 2023 se cumplieron 25 años de la publicación de *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, de Sylvia Saíta, publicado originalmente en la colección Historia y Cultura que dirigía Luis Alberto Romero para la editorial Sudamericana. Sin lugar a dudas, *Regueros de tinta* se ha convertido en un clásico para los estudios de la prensa y la literatura en la Argentina. Ello se debe a su original y novedoso programa de investigación, que ha resistido muy bien el paso del tiempo y que, en cierta forma, anticipó algunos rasgos de una perspectiva historiográfica definida luego como la “historia cultural y literaria de la prensa”.

El libro ya había tenido un merecido reconocimiento (dentro y fuera de los claustros) cuando en el 2013, con motivo de los cien años de la fundación de *Crítica* (la tarde del 15 de septiembre de 1913), fue reeditado por Siglo XXI. No obstante, el simbolismo que rodeaba a las “bodas de plata” del libro nos convenció de que ameritaba organizar un encuentro de relecturas y también de homenaje a este trabajo y a su autora. La presentación, organizada por el Centro de Estudios Latinoamericanos (LICH-EH) y el Centro de Estudios de Historia Política (EPYG) de la Universidad de San Martín, tuvo lugar el 19 de octubre de 2023 en el edificio Volta.

El espíritu de ese panel tuvo dos grandes ejes. En primer lugar, pensar la actualidad del libro entre las y los investigadores más jóvenes del mundo de la prensa y la literatura. Es decir, analizar cómo fue y es leído *Regueros de tinta* por quienes no fueron sus contemporáneos, y pensar desde la perspectiva actual de los estudios

sobre la prensa y la literatura qué zonas del libro tienen todavía algo para decir. Por ello, el panel propuso diversas claves de lectura: Martín Albornoz abordó la importancia atribuida por el vespertino a las noticias policiales y al mundo del crimen, mientras que Juan Buonuome reflexionó sobre la contribución de *Regueros de tinta* al estudio de la sociedad y la política en la Argentina de entreguerras. Por último, Pilar Cimadevilla analizó la importancia de este libro para las investigaciones sobre la literatura argentina a través de un diálogo con la obra posterior de Saíta: *El escritor en el bosque de ladrillos*, la celebrada biografía intelectual de Roberto Arlt.

En segundo lugar el encuentro se propuso también contrastar dos momentos muy diferentes en las investigaciones sobre la prensa periódica. Porque, vale la pena enfatizarlo, la investigación que sostiene *Regueros de tinta* fue hecha en un mundo analógico que ya no existe: apelando a fichas, grabadores y fotocopiadoras manuales o, dicho de otro modo, sin cámaras digitales ni archivos digitalizados para consultar. Esa forma de investigar plantea un interrogante a quienes hoy trabajamos el universo de la prensa periódica de una manera muy distinta y con la posibilidad de acceder a un volumen mucho mayor de materiales, tras el llamado “giro digital”. En este sentido, la intervención con la que Sylvia Saíta dio cierre al encuentro hilvana recuerdos y experiencias personales de esa etapa de su formación como investigadora, pero también plantea una serie de reflexiones, a la luz de su experiencia como directora del Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA) sobre los efectos y desafíos que la digitalización masiva de publicaciones periódicas plantea hoy al campo de estudios sobre la historia de la prensa, el periodismo y la literatura. □

La mezcla perfecta: las noticias policiales como problema histórico

Martín Albornoz

CONICET / Universidad Nacional de San Martín

A 25 años de su publicación, un primer efecto que produce la relectura de *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, de Sylvia Saíta, es el de retrotraer a un momento prácticamente fundacional de los estudios sobre las ligazones y tensiones entre prensa, cultura y sociedad en Buenos Aires. Sobre eso nos informan tanto las citas y las referencias bibliográficas como la propia necesidad de justificar la importancia de estudiar un diario como *Crítica* en un contexto en el cual el libro de Ricardo Sidicaro sobre *La Nación*, aparecido en 1993, era una novedad y los estudios de Beatriz Sarlo todavía tenían una vibración de actualidad rupturista.¹ En ese sentido, el libro posee su propia historicidad, exhibe las marcas de su época, así como también sus líneas de fuga. Por otra parte, si sus herramientas interpretativas provenían en gran medida de la crítica literaria, es indudable que su publicación propició un fructífero diálogo con la disciplina histórica al erigir a la prensa como un objeto de estudio en sí mismo y no solo, como había hecho la historiografía de forma mayoritaria, como un insumo más para estudiar diversos temas exteriores a ella.²

Pero el libro condensa otros pasados. El más evidente envuelve a su propio objeto. Página tras página se despliega la fulgurante década de 1920 de la cual, la imagen es recurrente, el diario sería una “caja de resonancia”. *Crítica* deviene un

prisma para pensar ese mundo, pero poniendo el centro de gravedad del análisis en las dinámicas del diario, lo que permite recuperar una dimensión notablemente bien tramada: la actividad febril de los periodistas, desde el más encumbrado hasta al más ignoto de los redactores. De este modo, *Regueros de tinta* puede leerse como una historia social y cultural del periodismo “al ras del suelo”. Los tramos dedicados a la pesca de la noticia vinculada con el mundo del crimen son particularmente representativos, y definen una zona sucia y entreverada que los cronistas habitaban en la redacción del vespertino, pero también en las calles de la ciudad, en tensa interacción con agentes de policía, jueces, políticos, otros periodistas, delincuentes de todo pelaje, desesperados y desesperadas, presos y lectores. El realce de esas figuras, y sus vínculos recíprocos, ofrece combinaciones de personajes urbanos sumamente atractivos. Por ejemplo, los suicidas lectores de *Crítica* que devinieron escritores al anunciar las razones de su final voluntario en el diario antes que a su familia y, por supuesto, la puesta en página de ese extraño privilegio. De esta manera, la construcción de la noticia y del invento informativo verosímil nos sitúan en un mundo de significados y tensiones que preocupaciones históricas más delineadas, como la política o la conflictividad social, dejaron afuera. El libro habita esa confusión volviéndola inteligible, sin alisar ninguno de sus pliegues.

Si la década de 1920 está en el centro de las preocupaciones y problemas, *Regueros de tinta* propicia otro movimiento retrospectivo. Para quien, como es mi caso, recortó sus intereses históricos en el estudio de narrativas del delito a finales del siglo XIX y comienzos del XX, la lectura del capítulo “Por el mundo del crimen” es, todavía hoy, una fuente de inspiración para comprender la carga histórica y la hibridez de ciertos tópicos fuertemente instalados en la cultura porteña. Por ejemplo, y estrictamente relacionado con las interpretaciones del delito, el asunto de la “vanidad criminal”, sobre la que ya había llamado la atención José Ingenieros en su revista *Archivos de Psiquiatría y Criminología* en 1907.³ Según esta perspectiva,

¹ Véase Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires Sudamericana, 1993. La bibliografía del libro de Saíta constituye un interesante documento para calibrar tanto el estado de los estudios sobre la prensa en la década de 1990, como la novedad que implicó *Regueros de tinta*. Con pocas excepciones, la enorme mayoría de los trabajos referidos no provenían de ámbitos académicos y habían sido escritos con anterioridad.

² Como un testimonio de ese diálogo con la historia, puede mencionarse la publicación, en 1992, de un artículo de Saíta sobre el diario *Crítica* en 1930 en la revista *Entrepasados*.

Véase: Sylvia Saíta, “Crítica en los años ‘30: entre la conspiración y el exilio”, *Entrepasados. Revista de Historia*, Año II, nº 2, principios de 1992.

³ José Ingenieros, “La vanidad criminal”, *Archivos de Psiquiatría y Criminología Aplicadas a las Ciencias Afines*, Año VI, 1907.

cualquier pobre diablo poseído por el espíritu de Eróstrato buscaba una forma de inmortalidad a través de sus crímenes, propósito que encontraba en las páginas de la prensa su expresión final. Es imposible no conectar la burla de Ingenieros frente a ese deseo de celebridad, con las referencias a Roberto Arlt, que recordaba, en una de sus *Aguafuertes*, sus inicios como reportero policial en *Crítica* y el enorme grado de disposición de ciertas personas para dejarse retratar y así aparecer en el diario. El más memorable, “un señor que se volvía loco para dar publicidad y a los cuatro vientos, la noticia de que su esposa se había fugado con un vecino”.⁴

Entre José Ingenieros y Roberto Arlt mediaba un mundo de referencias y sin embargo las mutuas resonancias, en parte, se vuelven perceptibles gracias a la lectura del libro de Safta. En un juego constante de continuidad y ruptura emerge así toda una zona, de gran despliegue en la década del 1920, en la cual los motivos propios de la criminología parecían estar en boca de todos y no solo, como había sido estudiado por la historiografía, monopolizados por expertos y médicos pertenecientes a las agencias estatales. Sin proponérselo abiertamente, *Regueros de tinta* echa luz sobre el enorme rédito periodístico y popular que tuvieron la vulgata criminológica, la grafología o la fisiognomía más allá de los estrechos muros de la cátedra universitaria o de los centros de observación de alienados.

A su vez, la lectura nos coloca en una estación exasperada en la historia de lo que, en un artículo también publicado en *Archivos de Psiquiatría* de Ingenieros, se identificó con el entusiasmo de “la psicología popular ante los crímenes llamativos”.⁵ En *Crítica* es explícita esa voluntad de afectar la psicología popular, y tan fuerte la vocación por explotar el placer del lector por los detalles escabrosos que la harían merecedora del denuesto de sus detractores. Sin embargo, mucho más importante es la manera en la que Sylvia Safta reinstala, como objeto de interés histórico relevante, algo que fue evidente para la gente del

pasado y no tanto para los historiadores: la enorme pregnancia y el atractivo social y cultural que tenía la crónica policial. Para demostrarlo, *Regueros de tinta* reconstruye un universo textual que formó parte sustancial de la realidad leída de miles de personas. De este modo, es posible afirmar que la escritura sobre temas policiales (y su lectura) estaba irremediablemente incrustada en las realidades de antaño y que vista desde hoy es una vía particularmente rica de acceso al pasado. De paso, se introduce una relectura problemática de la vieja y exitosa interpretación de Roland Barthes según la cual lo propio de los *faitsdivers* y de la crónica roja es su ausencia de historicidad.⁶

Teniendo en cuenta esas coordenadas *Regueros de tinta*, todavía hoy, funciona perfectamente como un modelo de selección y de trabajo atento de fuentes. Por momentos, parecía que el lector puede mirar por encima de los hombros de esos cronistas logrando entrever las aristas más corrosivas de una sociedad conflictiva e inarmónica. La manera en la que estos asuntos son planteados en el libro abre una cantera inagotable de reflexión histórica. Los modos de pensar y transitar la ciudad, la inmersión e invención de los bajos fondos y “la mala vida”, sobre la cual, como problema histórico, existía solamente un pionero ensayo de Leandro Gutiérrez de 1983.⁷ También la construcción mítica del heroísmo periodístico que con tanta eficacia sobreexplotaba *Crítica*, y la propia sonoridad de la ciudad. Sobre este punto, el libro trae a colación ejemplos reveladores para escuchar la musicalidad del pasado. Por ejemplo, el caso de una mujer descuartizada en 1929 cuya crónica *Crítica* decidió publicar como un romance policial para ser cantado con *La pulpera de Santa Lucía*, o cuando un cronista se obsesiona con descubrir la historia real detrás del tango *La milonguita*.

Así el libro construye una suerte de mezcla perfecta donde lo policial permite recuperar la

⁴ Roberto Arlt, “Manía fotográfica”, en *Obras. Tomo II: Aguafuertes*, Buenos Aires, Losada, 1998, p. 427.

⁵ Pedro Dorado, “La psicología popular ante los crímenes llamativos”, *Archivos de Psiquiatría y Criminología Aplicadas a las Ciencias Afines*, Año II, n° 1, enero de 1903.

⁶ Prácticamente en la misma época, Dominique Kalifa realizaba un mismo movimiento crítico al tomar distancia del estructuralismo de Roland Barthes. Véase: Dominique Kalifa, *L'encre et le sang. Récits de crimes et société à la Belle Époque*, París, Fayard, 1995.

⁷ Leandro Gutiérrez, “La mala vida”, en J. L. Romero y L. A. Romero, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos II*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983.

confusión de la vida urbana porteña de los 20, a partir de la cual —de forma espectacular pero también piadosa— los diarios se hacen eco de una experiencia social y cultural donde la indeterminación y la fragilidad son la materia misma de la historia, lo que lleva a preguntarse sobre qué fue lo verdaderamente importante para las personas del pasado. El propio libro insinúa una respuesta al desdibujar las jerarquías temáticas, algo que solo un diario como *Crítica* podía permitirse con semejante libertad. Allí se encuentran “la verdadera milonguita”, la figura de Natalio Botana, el golpe de 1930, el creciente interés por los espectáculos deportivos, el suicida exhibicionista, la forja de mitos periodísticos, los éxitos y fracasos comerciales, los atentados anarquistas, la brutalización de la política, las torturas a presos políticos, entre otras tantas cosas.

Para lograr ese efecto de perfecta confusión (y que aún resulte tan eficaz), había que tramar la escritura del libro de un modo especial en conexión directa con un modo sensible de leer distintos tipos de crónicas, en este caso policiales, atendiendo a sus texturas peculiares. Reaparece, entonces, un problema que no por olvidado deja de existir: la relación entre narrativa e historia. Sobre este asunto hay en el libro una enorme cantidad de pistas para pensar cómo lo real y lo ficcional en la documentación no puede distinguirse. En este punto, al describir el quehacer del cronista policial, en la propia escritura de Saúta resuena en parte lo que los historiadores hacen con los pocos elementos que tienen a su disposición.

Así se me representó una figura: la del historiador como cronista policial, que podría sumarse al linaje de comparaciones del oficio de historiador con el inquisidor, el juez y el policía. Teniendo en cuenta esa analogía posible, hay un fragmento clave y que, por otra parte, se relaciona con la delicadeza de Saúta para leer los documentos. La sensibilidad extrema para detenerse en textos que miradas más distraídas colocarían en un segundo lugar. Esto, uno podría pensar, ya estaría contenido en la decisión de estudiar un diario como *Crítica*, pero es notable como pista para problematizar la propia narratividad histórica:

En esta inestabilidad del formato narrativo del delito, el cruce con la ficción es permanente, pues cada caso policial es también la construcción de un caso hipotético: a la pregunta de cómo contar aquello que, por falta de datos, es preciso imaginar para encontrar las causas y los culpables de los crímenes ocurridos, el cronista recurre a hipótesis que rodeen el caso e intenten solucionarlo. Así, construye con versiones propias, versiones de otros diarios o versiones de la policía, los capítulos de una verdadera novela. Como señala Gramsci, la crónica policial se redacta como una inacabable *Mil y una noches* que se concibe con rasgos de novelas por entregas. Existe la misma variedad de esquemas sentimentales y de motivos: la tragedia, el drama frenético, la intriga ingeniosa e inteligente, la farsa.⁸

Completar lo que falta, hipotetizar sobre causas que en el fondo se ignoran, suturar mediante la escritura, detectar las figuras de discurso y alimentarlas, reconocer la inexorable realidad de la repetición, pero también del pequeño desvío, son tareas propias de la crónica policial y también de la historia. Esto me lleva a una última evocación relacionada con una vieja recomendación de Robert Darnton, en la que sostén la importancia de las salas de redacción de las noticias policiales para la tarea del historiador. En una entrevista con Jeremy Adelman, aparecida en la revista *Entrepasados*, Darnton afirmaba: “sería deseable que los historiadores pasaran un tiempo trabajando en la jefatura de policía como reporteros. Les daría experiencia de primera mano y les permitiría conocer gente común que da sentido a los sucesos a medida que se producen”.⁹ No pudiendo ya a esta altura de mi vida trabajar de reportero policial, gracias a *Regueros de tinta* se recorre la redacción de *Crítica* obteniendo pistas, ideas y capas de sentido que sin duda hacen que uno pueda pensar mejor la historia. □

⁸ Sylvia Saúta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 198.

⁹ Robert Darnton, “Simplemente amo la historia”, *Entrepasados. Revista de Historia*, Año V, n° 10, principios de 1996, p. 122.

Los “años Crítica”: sociedad y política en la Buenos Aires de entreguerras desde el prisma de la prensa popular

Juan Buonuome

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

En ocasión del veinticinco aniversario de la publicación de *Regueros de tinta*, quisiera reflexionar sobre la contribución del libro de Sylvia Saíta a la construcción de una serie de imágenes sobre la sociedad y la política de Buenos Aires en los años de entreguerras. En particular, me interesa pensar la inscripción de esta obra en los debates historiográficos más relevantes acerca de este período. Uno podría calificar a *Regueros de tinta* como un libro de historia cultural de la prensa, y no sería desacertado. Pero claro, no se trata de cualquier libro de historia cultural de la prensa argentina. El libro de Sylvia Saíta es, en mi opinión, el libro más importante en esta materia, por la envergadura y alcance de la investigación, así como por la profundidad de sus hipótesis. Junto a él, podríamos colocar otra obra clave en esta temática. Me refiero a *The Fourth Enemy*, de James Cane, dedicado al estudio sobre el diario *La Prensa* entre 1930 y 1955.¹ A diferencia del libro de Cane, poco conocido en el ámbito local (en parte por el hecho de no haber sido traducido al español), *Regueros de tinta* asumió en estos veinticinco años de circulación el status de clásico. Y no solo de la historia cultural del periodismo, sino de la historia cultural *tout court*. Sus ideas, sus métodos, sus intuiciones, sus hallazgos son una referencia central para la historiografía cultural argentina de las primeras décadas del siglo XX.

Regueros de tinta se destaca por su gran capacidad para ubicar al fenómeno cultural que constituye su objeto de investigación en una densa trama de intereses, fuerzas y dinámicas sociales y políticas. El libro muestra al diario como un engranaje clave de la política y la sociedad porteñas de entreguerras. Si bien parte de un gesto de distanciamiento del mito construido por sus propios

protagonistas (y por sus acérrimos antagonistas), logra iluminar los mecanismos que hicieron de *Crítica* el apogeo y el síntoma de una época.

¿Cómo fueron esas relaciones entre *Crítica*, la sociedad y la política de su tiempo? ¿Qué vínculos se tejieron entre prensa, democracia y mercado? *Regueros de tinta* responde a estas preguntas recuperando y, al mismo tiempo, poniendo en tensión una imagen convencional, que podría resumirse de la siguiente manera: en las primeras décadas del siglo XX, los principales actores de la prensa diaria de Buenos Aires estrecharon lazos con la sociedad y con el mercado, mientras se independizaban de la política y del Estado. Distintos procesos como la inmigración, el aumento demográfico, la alfabetización, la movilidad social y el protagonismo de las clases medias, habrían dado forma al proceso de modernización de técnicas y lenguajes periodísticos que expresó y a la vez impulsó la construcción de un mercado masivo de lectores-consumidores. Y ello le habría permitido a la prensa, por fin, autonomizarse de los debates de ideas y las disputas entre sectores de las élites dirigentes por el control del Estado.

Un ejemplo de esta perspectiva puede encontrarse en algunas breves, pero muy sugerentes, referencias que José Luis Romero hizo sobre el rol de la prensa diaria en los procesos de cambio de la ciudad de Buenos Aires. En 1970, en el marco de sus preocupaciones sobre historia y cultura urbana, Romero explicó que en el tránsito hacia la “ciudad burguesa” durante el cambio del siglo XIX al XX, los diarios ya no solo funcionaban como espacios de formación de una élite intelectual y política, sino que dieron lugar, además, al contacto y a la comunicación entre el mundo marginal y orillero y la alta sociedad del centro porteño, a través de dos dispositivos específicos: la crónica policial del crimen y las columnas sociales. Estos dos espacios, vectores de una sociedad transformada por el fenómeno inmigratorio y la expansiva clase media, habrían ido entrecruzándose lentamente a través de “mil sutiles hilos”, tejidos por diarios como *Crítica*, el periódico que según Romero “canalizó los valores de la cultura del suburbio y los volcó en el centro”.²

¹ James Cane, *The Fourth Enemy. Journalism and Power in the Making of Peronist Argentina*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2012.

² José Luis Romero, “Buenos Aires: una historia”, en J. L. Romero, *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 323.

Como se ve, entonces, lo alto y lo bajo, el centro y las márgenes, se integran, se comunican a través de sutiles hilos, mientras que los cables con la política se van cortando. Así lo expresaba un editorial del mismo diario *Crítica* en 1915: “En el fondo, estamos convencidos de que ningún diario está capacitado para apreciar el panorama político con mayor independencia de criterio que nosotros. [] Ningún lazo invisible o notorio nos vincula a ninguna de las fracciones en pugna. Entre la política y este diario no existen intereses creados”.³ Desde mi punto de vista, *Regueros de tinta* se construye sobre la base de estas premisas, pero las pone en tensión. Veamos, en primer lugar, cómo se insertó *Crítica* en la sociedad de su tiempo, y de qué modos ayudó a darle forma.

1. *Crítica* y la sociedad

En el prólogo del libro, Saíta ofrece algunas pistas de la inscripción historiográfica de su investigación. Cuenta allí que discutió avances y borradores en los seminarios dirigidos por Hilda Sabato y Oscar Terán; que su tesis fue evaluada por Tulio Halperin y Luis Alberto Romero, y que, entre sus colegas cercanos, también había historiadores e historiadoras. Esto supone una colocación en determinadas discusiones y representaciones historiográficas dominantes del período.

Como sabemos, la historia social en estos años ofreció un cuadro muy conocido y muy potente de las sociedades urbanas de principios del siglo xx, centrado en procesos de integración y lenta transformación, una imagen de meseta ascendente, sin rispideces ni demasiados sobresaltos. Sabemos también que, en esta clave, se escribieron importantes libros que contaban una historia de la lectura en la que publicaciones populares, como los folletos criollistas, las novelas sentimentales de folletín y el diario *Crítica*, cumplían el rol de puente entre diferentes universos sociales.

Uno podría mencionar, como ejemplo de la sintonía entre lo que muestra *Regueros de tinta* y esta forma de mirar la sociedad y la cultura

porteñas en este período, la creación de la Biblioteca de *Crítica*, dedicada a publicar un libro por mes de obras “universales” de literatura, con el fin de “hacer llegar al pueblo el pensamiento de escritores que hasta ese momento eran considerados privilegios de una clase”, en línea con un circuito que es cada vez más robusto de colecciones de libros y folletos a bajo precio impulsado por revistas y editoriales tan diversas como Claridad, *Leoplán*, *El Hogar*, Atlántida, etc. También puede mencionarse como ejemplo el “muro de los lamentos”, en la que un redactor recibía y daba respuestas a la “caravana de suplicantes que concurren diariamente a exponer sus conflictos y penurias, reclamos y protección”.⁴ Mediante el reparto de juguetes, ropa y alimentos, *Crítica* cumplía una función social como puente entre la miseria decente pero dolorosa y los lectores de clase media. Se trataba de una búsqueda de resolución positiva de los males sociales con una simbología de redención a través de la pacífica convivencia y la ayuda mutua entre individuos de todas las clases sociales.

Como sabemos, esta imagen sobre la entreguerras, impulsada en gran parte por los trabajos de Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, fue cuestionada desde diferentes perspectivas, que señalaron la existencia de tensiones sociales, económicas e identitarias. Desde mi perspectiva, *Regueros de tinta* tiene respuestas para muchas de las impugnaciones que esas nuevas miradas plantean. Explico por qué. A diferencia de las clásicas contribuciones de Adolfo Prieto y Beatriz Sarlo a la historia de la lectura de principios del siglo xx, construidas como análisis de constelaciones de publicaciones, *Regueros de tinta* desarrolla una estrategia centrada en la lógica y en la perspectiva de un actor. Desde el punto de vista del análisis del discurso, Saíta debió vérselas con un sujeto de enunciación fuerte. Desde su aparición y a lo largo de su historia, el diario de Botana elaboró y difundió una imagen potente de sí mismo, un verdadero mito sostenido en un discurso de la confrontación, la contradicción, la diferencia. La construcción de *Crítica* como la “voz del pueblo” fue siempre agonial. En este sentido, uno de los aportes fundamentales del libro reside en su capacidad para explicar el éxito alcanzado por un discurso confrontativo e identitario en un

³ Citado en Sylvia Saíta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 43.

⁴ Saíta, *Regueros de tinta*, p. 131.

contexto general de tendencias integradoras, marcado por la mejora económica, la nacionalización cultural y el aumento del consumo, sobre todo, en los años veinte, que es el período que recorta el libro.

Puede mencionarse como ejemplo el tratamiento que hace *Regueros de tinta* de la construcción periodística del arrabal malevo a través de las glosas de tango. Allí emerge un claro cuestionamiento al uso crecientemente adecentado del tango de los años veinte. Proclives a poblar sus columnas de prostitutas, taberneros, carteristas y carreristas, los redactores de *Crítica* delimitan un espacio de marginalidad urbana moderna y otorgan protagonismo a las víctimas de esa modernización social y urbana. También puede mencionarse, en esta dirección, la representación del delincuente y de la vida carcelaria, así como la visión de la justicia y el delito que surge de estas incursiones. Como muestra Saíta, *Crítica* suspendía cualquier forma de extrañamiento respecto de los puntos de vista, las reglas y los personajes del universo criminal. Buscando dar una imagen de íntima vinculación con el mundo del delito, el diario cultivaba una relación de complicidad con presos fugados de los penales, que se dirigían al público a través de sus páginas.

Es interesante señalar el contraste que surge entre esta perspectiva y los argumentos ofrecidos por Matthew Karush en su libro *Cultura de clase*, una de las intervenciones críticas más sistemáticas producidas hasta ahora sobre la imagen complaciente y fotogénica de la sociedad y la cultura de entreguerras.⁵ Deben hacerse dos prevenciones antes de establecer este contrapunto. Por un lado, Karush no le concede protagonismo alguno al periodismo en el proceso de construcción y maduración de una cultura de masas en la Argentina de entreguerras. Por otro lado, la imagen alternativa que propone a la ofrecida por Romero y Gutiérrez está construida sobre todo a partir de lo que observa en los años treinta, y está orientada por la voluntad de explicar el éxito discursivo de Perón en 1945. Más allá de estas prevenciones, es posible asegurar que, si bien Karush reconoce la

coexistencia entre tendencias hacia la integración y movilidad social ascendente, por un lado, y la centralidad y la pregnancia de retóricas antielitistas y plebeyas, por el otro, resulta mucho menos eficaz que *Regueros de tinta* a la hora de explicar cómo se vinculan ambas dimensiones. Para decirlo en otras palabras, *Regueros de tinta* explica el éxito de este discurso populista en la cultura comercial de masas a partir de las condiciones ofrecidas por la mejora económica y la integración sociocultural en el contexto de la Argentina “liberal”, no a partir del momento en que estos rasgos empezaron a difuminarse y a ponerse en discusión, como sucedió en la década de 1930.

2. Crítica y la política

Para abordar la relación entre *Crítica* y la política hay que hablar de cronologías. El libro emplea dos marcos temporales diferentes. El primero es el que se anuncia desde el título: los años veinte. A la hora de fundamentar esta elección, Saíta alude a los cambios en las formas de intervención política de *Crítica*. Fue en la década de 1920 cuando el diario de Botana asumió un accionar político mucho más autónomo e impredecible, en paralelo a su consagración como líder y principal agente modernizador del mercado periodístico más importante de Hispanoamérica. Antes y después de los años veinte, explica la autora, su ubicación política fue menos autónoma, y su éxito comercial, menor. En los años diez sostuvo una mirada conservadora popular, reactiva a las fuerzas nuevas como el radicalismo y el socialismo, y en los años treinta actuó como diario oficialista dependiente de algunos hombres fuertes del justismo, aunque ideológicamente inclinado a la izquierda.

El segundo arco temporal elegido por Saíta es el que se despliega entre 1913 y 1941, es decir, entre la aparición del primer número de *Crítica* y la muerte de su director y fundador, Natalio Botana. La figura de Botana es central en la historia de *Crítica*, por eso su muerte marca el fin de una época del diario. Es cierto que este segundo recorte cronológico tiene un peso secundario respecto del foco que el libro asigna a la década de 1920. No obstante, es una puerta de entrada para una reflexión más general sobre las relaciones entre prensa, democracia y mercado en la Argentina de principios del siglo xx. Me

⁵ Matthew Karush, *Cultura de clase: radio y cine en la creación de una argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.

refiero a la posibilidad de pensar el ciclo de la “república verdadera” desde la observación de un actor protagónico de la opinión pública como fue *Crítica*. En este sentido, no puede dejar de señalarse que el libro de Saíta ofrece herramientas valiosísimas para pensar más sistemáticamente una historia de los “usos del pueblo” en el discurso público, en el marco del proceso político que arranca con la instauración del sufragio masculino, secreto y obligatorio en 1912 y cierra con el golpe militar de junio de 1943.

La aparición de *Crítica* en 1913 debe inscribirse en un proceso de democratización política. Su discurso giró desde el comienzo en torno a un nuevo tipo de figura del pueblo, cuyas connotaciones sociales resultaban evidentes y contrastaban con los usos que se le daban a esta palabra hasta entonces. Es cierto, no fue una pura originalidad de *Crítica*. Desde antes del Centenario otros diarios como *La Razón*, *Última Hora*, *La Argentina* y *La Tarde* también estaban avanzando en esta senda. En esta nueva prensa popular, comercial y masiva, se hablaba en nombre del pueblo a partir de coordenadas que combinaban en diferentes dosis la defensa de las clases humildes con planteos conservadores, atentos por la conservación del orden y la propiedad (visibles, por ejemplo, en *La Razón* y en *Crítica* en los años diez). Lo democrático de esta nueva constelación periodística residió menos en su apoyo o no a la Unión Cívica Radical (el actor político electoral que capitalizó el proceso de ampliación del sufragio) que a un cambio de énfasis en la interpellación al pueblo. El uso del término “pueblo” no solo tuvo en estos diarios un novedoso contenido social, sino que presentó, además, una fuerte tonalidad plebeya, sensacionalista y moralizante.

En ese gran capítulo final del libro titulado “La intervención política”, Saíta analiza los vaivenes de *Crítica* en su relación con el yrigoyenismo y el socialismo, a los que adora y aborrece, según las circunstancias. Asimismo, aborda con muchísima agudeza el rol de *Crítica* en el golpe de 1930, quizás la parte más conocida de la historia política del diario. Y deja planteadas, finalmente, ideas e hipótesis particularmente sugerentes para una historia política del periodismo y del sensacionalismo político, útiles para pensar el período abierto en

1930. Prueba de ello es su análisis de la campaña de 1932 titulado “El proceso contra la dictadura”, por la cual el diario de Botana denunció las persecuciones y torturas perpetradas por Leopoldo Lugones (h) durante el gobierno de José Félix Uriburu.

Es cierto que en los años treinta surgieron otros problemas. Por ejemplo, el nuevo rol del Estado, que emergió como actor fundamental (ya no solo en su faz represiva) y estableció un nuevo tipo de vinculación con la prensa y los actores políticos. El trabajo de James Cane, mencionado al comienzo de este texto, es un excelente aporte al respecto. En los años treinta y principios de los cuarenta, como muestra este autor, se observa a un Estado delineando instrumentos que se consolidan durante la primera experiencia de política mediática en la Argentina de 1946-1955.

Otros aspectos de la historia política de *Crítica* en los años treinta quedan como incógnita. Uno de ellos remite a lo sucedido en 1936 y 1937, cuando el diario de Botana dedica primeras planas muy elogiosas a Alvear en el marco de la campaña presidencial.⁶ ¿Cómo se explica esto, considerando que desde principios de los años treinta *Crítica* asumió un nuevo rol como diario oficialista ligado al justismo? ¿Cuál es el trasfondo político de este apoyo? ¿Juega algún papel la asociación entre el nombre de Alvear y la memoria de una era de prosperidad como nunca antes compartida, es decir, al período de su presidencia bajo el cual floreció a una sociedad urbana pujante de la que se benefició *Crítica*? Desconozco la respuesta, pero incluso sin conocer los detalles, ¿no nos está diciendo esta circunstancia que el cambio en el tipo de intervención política de estos años, respecto de la década anterior, no es tan abrupto y absoluto?

Como puede observarse, entonces, hay todavía mucha tela para cortar. Pero no caben dudas: las hipótesis y hallazgos de *Regueros de tinta* siguen siendo una guía inmejorable para que podamos contar con nuevas investigaciones sobre la prensa periódica argentina, que necesariamente tendrán que venir. □

⁶ Leandro Losada, *Marcelo T. de Alvear. Revolucionario, presidente y líder republicano*, Buenos Aires, Edhsa, 2016.

Derivas, continuidades y proyecciones de Regueros de tinta en la investigación literaria argentina

Pilar Cimadevilla

CONICET / Universidad Nacional
de la Patagonia San Juan Bosco

En la lista de libros imprescindibles sobre la prensa argentina que Laura Juárez me dictó en una de nuestras primeras reuniones como directora y tesista estaba *Regueros de tinta*, de Sylvia Saíta. Unos meses antes —en mi afán por acercarme a la obra de Roberto Arlt— ya había leído *El escritor en el bosque de ladrillos*, y en esa lectura, además de haber sido cautivada por la manera en que esa biografía desarma ciertos sentidos fosilizados sobre el escritor, recuerdo una clara fascinación por el modo en que Saíta combina rigurosidad erudita con un tipo de prosa que se aleja del común acartonamiento de la escritura académica. Atendiendo, entonces, a la recomendación de mi directora me acerqué a *Regueros...* y rápidamente el estudio sobre el diario *Crítica* se convirtió en una guía en ese primer acercamiento al mundo de la hemeroteca y me enseñó, además, un gesto metodológico central a la hora de investigar textos, autores o materiales periodísticos muy revisitados: la sospecha. Porque, tal como figura al inicio del libro, la propuesta de Saíta consiste en revisar “el contorno de un mito que adquiere su grado de verdad de difusas y contradictorias versiones orales o ficcionales”.¹

En este sentido, a casi quince años de mi primera lectura, y a veinticinco años de su publicación, me interesa pensar este texto clásico como uno de los antecedentes centrales en las investigaciones sobre prensa y literatura desarrolladas desde finales de los años noventa hasta la actualidad en la Argentina. Por eso, y de acuerdo con mi recorrido personal, quisiera detenerme brevemente en dos cuestiones centrales alrededor de *Regueros de tinta*. Por un lado, observar cómo ese trabajo crítico minucioso

a través del cual Saíta presenta y despliega el llamado “fenómeno *Crítica*” adelanta, de algún modo, la propuesta de *El escritor en el bosque de ladrillos*. En efecto, el análisis sobre las estrategias llevadas adelante en la configuración del mito sobre el periódico continúa y se reactualiza en la reconstrucción de la obra y de la figura de Arlt como una suerte de “tábano” en el campo literario de la época. Luego, en una segunda instancia, me interesa repensar la manera en que el modo de ver que Saíta desarrolla en *Regueros...* habilitó una serie de investigaciones literarias dedicadas a indagar continuidades y zonas inestables en la prensa. Me detendré particularmente en el modo en que la inclusión de los cables de noticias y las imágenes fotográficas, que ya figura en el libro, constituyó, en mi caso, un antecedente medular a la hora de delinear una investigación sobre Roberto Arlt centrada en la intermedialidad.²

¿Cómo llegó *Crítica* a convertirse en un “órgano masivo e influyente”?³ ¿Qué silencian los relatos que insisten, como señala Saíta, en “la historia de un diario siempre exitoso, capaz de manipular tanto a sus lectores como a los políticos de turno”?⁴ Las preguntas que guían la investigación que llevó al libro traslucen una zona velada dentro de la historia del periódico, con el objetivo de vislumbrar el origen de un mito. Si el ejercicio de la memoria incluye siempre la yuxtaposición de acontecimientos, recortes, dislocaciones e invenciones, en *Regueros...* se intenta reponer esos hiatos a partir de un estudio minucioso de la materialidad y de las líneas discursivas del periódico para recuperar cuáles fueron los fracasos omitidos en la construcción de la imagen de diario popular que conocemos, y de qué manera el relato de esos altibajos desapareció una vez consolidada “la versión que Crítica institucionaliza a finales de la década del veinte”.⁵

Así, dentro de las estrategias principales analizadas por Saíta podemos señalar la incorporación de artículos sobre la historia institucional del diario y la proliferación de notas

² Pilar Cimadevilla, *Fotografía, plástica e imágenes de prensa en las crónicas periodísticas de Roberto Arlt (1928-1942)*, tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2018.

³ Saíta, *Regueros de tinta*, p. 17.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

¹ Sylvia Saíta, *Regueros de tinta: el diario Crítica en la década de 1920* [1998], Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 11

autorreferenciales, la manera en que *Crítica* interviene en la lucha del gremio de los canillitas creando la sección “Mundo obrero”, los diferentes modos en que logra interpelar al lector (incluyendo sus voces o respondiendo materialmente a las necesidades del pueblo) y en la presentación detallada del *staff* de redacción con el fin de reforzar la identificación entre lector/redactor.

Ahora bien, como vemos a lo largo de *Regueros...*, lo que podría considerarse un estudio de caso se expande a lo largo de los diferentes capítulos para mostrarnos, a partir de la singularidad de un fenómeno particular dentro de la prensa masiva argentina, el proceso histórico de los medios periodísticos escritos a inicios del siglo xx. Porque, como señala la misma Saíta, el objetivo del estudio consiste en: “desmontar el mito con una perspectiva histórica que dé cuenta de sus distintas prácticas periodísticas y estrategias discursivas en una etapa crucial en la constitución del periodismo moderno en la Argentina”.⁶ Esa lectura a contrapelo que parte, en primer lugar, de una exploración detallada del archivo material, y socava con agudeza y argumentos contundentes ciertos sentidos cristalizados constitutivos de la narrativa del periódico, predetermina y anticipa el trabajo llevado adelante por la investigadora en su siguiente libro: *El escritor en el bosque de ladrillos: una biografía de Roberto Arlt*, publicado dos años más tarde.

Sin detenerme sobremanera en la figura de Arlt, me interesa señalar al menos dos aristas de este vínculo. Por un lado, es sabido que el escritor trabajó en 1927 como cronista policial para el diario dirigido por Natalio Botana, sumándose en marzo de 1928 al *staff* permanente de *El Mundo*, donde crea su afamada columna “Aguafuertes porteñas”. Ahora bien, tal como Saíta lo evidencia en el índice completo de la obra de Arlt que figura al final de *El escritor en el bosque de ladrillos*, la columna que conocemos a través de las diferentes antologías que circulan en librerías y bibliotecas argentinas atravesó un período de inestabilidad y formación durante los primeros meses en los que aún no portaba ni título ni firma.⁷ Y si bien en el

momento en el que me acerqué a ese material durante el proceso de escritura de mi tesis lo hice enfocada en el vínculo entre texto e imagen, mientras releía *Regueros...* me preguntaba si el origen del éxito rotundo de las crónicas porteñas que convirtieron a Arlt rápidamente en el escritor estrella del periódico no puede encontrarse, al menos en parte, en una suerte de continuidad o reapropiación de las estrategias llevadas adelante por *Crítica*. Ya que, con matices y alcances diferentes, el escritor funda sus aguafuertes precisamente en un diálogo permanente con el lector, se ocupa de presentarse y construir una imagen disruptiva como autor en el espacio de la crónica, utiliza su voz para hacer denuncias al Estado y a sus gobernantes, incluye las zonas marginales de la Buenos Aires moderna, es irreverente y desobedece las “buenas costumbres” reivindicadas por *El Mundo* con la insistencia de un tábano.

En relación con esto, la segunda arista del vínculo entre *Regueros...* y *El escritor en el bosque de ladrillos* refiere a la recurrencia del método. En efecto, ese modo de ver/ de leer/ de investigar que Saíta desarrolla en el estudio de *Crítica* continúa en su abordaje de la figura y de la obra de Arlt. En este segundo libro, la versión de Arlt como novelista “torturado” es tensionada a partir de hipótesis claras y evidentes basadas en un exorbitante trabajo de archivo que incluye no solo la revisión de los materiales de prensa en los que fueron publicados muchos de los textos arltianos, sino también de cartas, entrevistas y documentos a través de los cuales la investigadora recupera datos biográficos que el escritor había modificado u omitido en la construcción de su imagen: nombre real, años de escolarización, vínculos laborales, entre otros. Saíta se detiene en los silencios de la vida del escritor para desmontar ahora el mito Arlt y presentar una obra desmesurada que excede la propuesta vanguardista de sus novelas e incluye, en cambio, cientos de relatos, miles de aguafuertes, obras teatrales, textos de fuerte impronta política, crónicas de viaje y relatos inspirados en la guerra. Además, el análisis de la figura de este escritor que, al igual que sucede con *Crítica*, “funda el valor de su intervención en la ausencia de un pasado al que rendirle cuentas”, le permite a la investigadora realizar la misma operación que figura en *Regueros...*: hacer foco

⁶ *Ibid.*, 18.

⁷ El 5 de agosto se incluye por primera vez el título “Aguafuertes porteñas” y nueve días después se insertan las iniciales del escritor debajo del texto.

en un caso particular para arrojar luz sobre un proceso histórico cultural.⁸

De acuerdo con esto, y circunscribiéndome a mi recorrido, retomo entonces la anécdota con la que comencé este escrito (ese momento inicial en el que mi directora de tesis me indica una serie de lecturas indispensables) para pensar las proyecciones de *Regueros...* en la investigación sobre prensa y literatura argentina. Porque efectivamente, como egresada de la UNLP, me acerqué a la propuesta de Saíta por medio de sus trabajos escritos y de manera indirecta también a través de Laura Juárez, quien inició su formación de posgrado acompañada por la misma Saíta. Y si tal como señala Juárez en el prólogo de su libro *Roberto Arlt en los años treinta*, uno de los antecedentes centrales en su investigación abocada al análisis de la década menos estudiada de la producción arltiana fue, precisamente, “la biografía del autor que [Saíta] publica en abril del 2000, texto que, además de problematizar muchos de esos lugares comunes de la crítica en torno a la figura de Roberto Arlt, ofrece una visión del conjunto de la obra y focaliza una serie de aspectos de su literatura en los años treinta, no estudiados antes”, podemos pensar que ese modo novedoso de abordar el objeto de estudio, que incluye rigurosidad en el trabajo de archivo y recuperación de zonas o materiales ignorados por la crítica previamente, se funda en *Regueros...*⁹

Así, encuentro entre los subrayados de mi primera lectura del libro citas que adelantan lo que años más tarde intentaría desarrollar en mi tesis doctoral sobre el vínculo entre los textos periodísticos de Arlt y las imágenes de prensa. Dice Saíta en algunos de estos fragmentos a propósito de *Crítica*: “Una de las características de esta primera etapa es la presencia de

numerosos dibujos y caricaturas tanto en la portada como en las páginas interiores, lo que lo torna un periódico ágil y entretenido...”; “la fotografía de un par de ojos infantiles de mirada triste busca conmover y, al mismo tiempo, imponer la lectura del texto que se encuentra debajo”; o “En la nueva edición, la diagramación es otra: los cables de noticias de las agencias Austral y Havas cubren la tapa, antes ocupada por la caricatura política; nuevas secciones se suman a las ya existentes”.¹⁰

Si bien la investigadora no se detiene en un análisis pormenorizado de las imágenes o de los cables en este primer libro, el modo en que los incluye como partes centrales dentro del análisis de prensa funcionó para mí (y seguramente para muchos de los investigadores e investigadoras que iniciaron sus recorridos luego de los años 2000) como pistas a la hora de observar el material de estudio. Para poder pensar, por ejemplo, de qué manera el trabajo con las imágenes béticas que se publicaban en otras secciones de *El Mundo* le sirvió a Arlt para expandir sus crónicas sobre los acontecimientos en torno a la Segunda Guerra Mundial, o analizar el modo en que las ilustraciones de Luis Bello reforzaron el carácter humorístico de las “Aguafuertes porteñas”, entre otros cruces intermediales, fue necesario que existieran libros como *Regueros...* en los que se propone no solo un método riguroso de investigación basado en el trabajo de archivo, sino también la idea de que, incluso en aquellos materiales o autores más revisitados, existen siempre intersticios a ser explorados que pueden renovar objetos que se creían agotados y que, muchas veces, incluyen nombres, discusiones y procesos críticos obturados por el brillo de las anécdotas más pregnantes en las narrativas sobre la historia literaria y periodística de nuestro campo cultural. □

⁸ Saíta, *Regueros de tinta*, p. 158.

⁹ Laura Juárez, *Roberto Arlt en los años treinta*, Buenos Aires, Simurg, 2010, p. 16.

¹⁰ Saíta, *Regueros de tinta*, pp. 39, 135 y 56-57 respectivamente.

¿La historia del periodismo argentino no tiene quien la escriba? Algunas hipótesis

Sylvia Saíta

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Veinticinco años después de la publicación de *Regueros de tinta*, las investigaciones y las tesis realizadas durante tantos años muestran que el estado de la cuestión de los estudios sobre la prensa escrita argentina de los siglos XIX y XX es otro. Se realizaron numerosas investigaciones y se escribieron tesis y libros que han consolidado un área de conocimiento que es imprescindible para pensar la historia política, cultural y artística argentina. No obstante, todavía es insuficiente; estamos todavía muy lejos de tener una historia del periodismo escrito en la Argentina.

Por aquel entonces, hace más de veinticinco años, existían varias historias generales sobre la prensa argentina, bastantes libros de memorias escritos por periodistas argentinos y algunos textos fundamentales para abordar la complejidad que exige asomarse al mundo del periodismo escrito: los numerosos trabajos del grupo conformado por Jorge Rivera, Eduardo Romano, Aníbal Ford y Jorge Lafforgue; *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, de Beatriz Sarlo; *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, de Adolfo Prieto; el capítulo de Tim Duncan “La prensa política: Sudamérica, 1884-1892”, publicado en la compilación *La Argentina del ochenta al centenario*, de Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo; *José Hernández y sus mundos*, de Tulio Halperin Donghi, y no mucho más. Si bien escribí la tesis de doctorado, base de *Regueros de tinta*, en Letras, bajo la dirección de Beatriz Sarlo, la investigación sobre el diario *Critica* pudo ser posible en el marco del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), que había sido creado en 1977 por los historiadores Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol y Luis Alberto Romero y el sociólogo José Luis Moreno, a quienes se sumaron Hilda Sabato en 1978 y Beatriz Sarlo, Juan Suriano y Mirta Lobato a comienzos de los años ochenta, y funcionaba en el Centro de Investigaciones Sociales sobre el

Estado y la Administración (CISEA), pero estableció su sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, de la Facultad de Filosofía y Letras, a partir de diciembre de 1992, incorporando a los tesistas de quienes lo integraban.

En la carrera de Letras yo había aprendido a leer un texto, a pensar sus estrategias narrativas y formales, a diferenciar géneros discursivos, a poner en diálogo una novela, un poema o un cuento con sus condiciones de producción y sus contextos de enunciación. Pero fue en el diálogo con historiadoras e historiadores, tanto en las reuniones que se realizaban mensualmente como en las muchas horas compartidas en las oficinas de la facultad, donde aprendí qué significaba “hacer” archivo, relevar materiales en hemerotecas, poner en discusión planes de trabajo, defender hipótesis de lectura. Y aprendí, sobre todo, que una investigación no es un camino solitario, sino que una investigación avanza, se modifica, retrocede para volver a avanzar, a través del diálogo y el intercambio compartido por quienes integran un espacio común, en sus acuerdos y desacuerdos. Gracias a la amabilidad con la que me recibieron mis colegas historiadores, pude escuchar, en vivo y en directo, las conferencias de quienes periódicamente visitaban el PEHESA: Adolfo Prieto, Tulio Halperin Donghi, Natalio Botana, Oscar Terán, Jorge Dotti, Carlos Altamirano, Juan Carlos Torre, Dora Barrancos, Gastón Burucúa, Fernando Devoto, Diego Armus, Alejandro Cattaruzza, Lila Caimari, Agustina Prieto, Adrián Gorelik, Marcela Ternavasio, Alicia Megías, Graciela Silvestri, Ana Virginia Persello, entre muchos otros nombres.

Pensar estos veinticinco años es también pensar en cómo cambiaron los modos en que investigamos y, sobre todo, en cómo accedemos a las fuentes de nuestras investigaciones a partir del cambio radical que implicó el giro tecnológico del siglo XXI, principalmente para quienes realizamos trabajo de archivo. En aquellos años de mi formación, el acceso era sumamente complicado y requería de un tiempo y de unas destrezas que hoy parecen de la Edad Media. Cuando comencé como becaria estudiante, en 1987, mi tema de investigación era Roberto Arlt en el diario *El Mundo*. Conseguir las “aguafuertes porteñas” —muchas de las cuales están hoy en la plataforma digital de la

Biblioteca Nacional Mariano Moreno— implicaba copiarlas a mano o leer en voz alta cada nota con un grabador en la hemeroteca para, después, desgrabarlas en casa, en una máquina de escribir. Cuando comencé mi investigación sobre el diario *Crítica*, a comienzos de los años noventa, no solo ya tenía una computadora, sino que habían aparecido dos modelos de unas maravillosas, y extremadamente rudimentarias, fotocopiadoras manuales que permitían levantar el material en la hemeroteca, pero que requerían de un minucioso trabajo: había que recortar los rollos de fax para que entraran en la máquina y, después, pegar esos recortes en una página para llevarla a fotocopiar porque el papel de fax se borraba rápidamente.

Fichar el diario *Crítica* implicó entonces escribir a mano, o grabar y desgrabar muchas notas, relevar títulos en fichas de papel, fotocopiar con la minifotocopiadora las notas que parecían importantes. En otras palabras: implicó leer la colección del diario completo en la hemeroteca, mientras fichaba sin saber demasiado lo que estaba buscando, para después volver a mirar la colección completa del diario cuando empecé a saber qué era lo que buscaba. Me resulta hoy inverosímil —pero es verdad— haber leído dos veces los ejemplares del diario *Crítica* desde 1914 (porque 1913 no está colecionado en ninguna institución) hasta 1933, página por página, y título por título, en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

Muchos años pasaron desde entonces. No obstante, comprendí bastante después de que se inventaran las cámaras digitales lo que Umberto Eco había afirmado, en esa especie de biblia que era *Cómo se hace una tesis* en aquellos años, al observar los posibles efectos del uso masivo de las fotocopiadoras:

Frecuentemente las fotocopias son una coartada. Uno se lleva a casa cientos de páginas fotocopiadas y la actividad manual que ha ejercido sobre el libro fotocopiado le da la impresión de poseerlo. La posesión de la fotocopia exime de la lectura. Esto les sucede a muchos. Una especie de vértigo de la acumulación, un neocapitalismo de la información. Defendeos de las fotocopias: en cuanto las tengáis, leedlas y anotadlas. Si no tenéis prisa, no fotocopiéis nada antes de haber poseído (esto es, leído y anotado) la fotocopia precedente. Hay muchas cosas que no sé por

haber podido fotocopiar cierto texto, pues me he tranquilizado como si lo hubiera leído.¹

Efectivamente, cuando años después de mi investigación sobre *Crítica* volví a la hemeroteca con una cámara digital, la diferencia fue evidente: cuando no existía la cámara digital yo regresaba a casa sabiendo algo más sobre *Crítica*; después, ya con una cámara, volvía a casa con muchísimas fotos de los diarios o revistas que estaba consultando. Y no mucho más. Algo parecido podría decirse del acceso a las muchas plataformas de colecciones completas de diarios, revistas o archivos digitalizados. Bajamos en nuestras computadoras miles y miles de pdf o fotos; los ordenamos en diferentes carpetas ¿y después? ¿Cómo abordamos esa inmensa cantidad de material que fuimos acumulando? ¿Por dónde comenzamos? O lo que es peor: ¿cuándo dejamos de buscar? Estoy convencida de que no hubiera todavía terminado de escribir mi tesis sobre *Crítica* o la biografía de Roberto Arlt si hubiera tenido el acceso que tengo hoy a los archivos digitalizados; armar un mapa de China tan grande como China, ya lo advirtió Jorge Luis Borges, es siempre una tentación, y un riesgo.

No obstante, a diferencia de lo que sucede con las revistas y las publicaciones periódicas, el acceso a los diarios continúa siendo complejo, difícil, y muchas veces tan artesanal como hace veinticinco años. Mientras que diferentes plataformas argentinas autogestionadas permiten consultar colecciones completas de revistas y semanarios digitalizados, es poco probable que plataformas similares existan para colecciones digitalizadas de los diarios y periódicos de los siglos XIX y XX sin la intervención de instituciones nacionales, como la Biblioteca Nacional Mariano Moreno o la Biblioteca del Congreso de la Nación, a las que se les tendrían que destinar los fondos y la infraestructura necesarios para realizarlas. Que la tarea es extremadamente compleja lo demuestra el hecho de que son pocos, muy pocos, los diarios digitalizados en la Argentina y en otros países del mundo.

Pese a las dificultades, con menos de 30 años de edad, un cuaderno, un grabador, fichas de

¹ Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura* [1977], Barcelona, Gedisa, 1988, p. 156. Traducción de Lucía Baranda y Alberto Clavería Ibáñez.

papel y una fotocopiadora manual, pude escribir una tesis sobre el diario *Crítica*, o, más precisamente, una tesis sobre un período del diario *Crítica*. Los motivos por los cuales esa investigación no avanzó hasta 1951, cuando la familia Botana vendió el diario, o hasta su cierre en 1962, responden a límites externos, ajenos al plan de investigación: en primer lugar, la mudanza de la Biblioteca Nacional durante el gobierno de Carlos Menem, en 1992, que mantuvo a los diarios sin acceso posible durante dos años; en segundo lugar, María Kodama, quien, para digitalizar la *Revista Multicolor de los Sábados*, el suplemento cultural de *Crítica* dirigido por Jorge Luis Borges y Ulyses Petit de Murat en 1933, obtuvo el permiso de retirar los volúmenes del diario de la consulta pública de la Biblioteca Nacional durante más de un año. Fue entonces que, sin las fuentes, reordené mis hipótesis y decidí finalizar la investigación con el regreso de *Crítica* a la calle el 20 de febrero de 1932, después de su clausura del 6 de mayo de 1931, durante la dictadura del teniente general José Félix Uriburu.

Regueros de tinta abarca entonces los años 1913 a 1932. El corte externo me permitió comprender que continuar estudiando *Crítica* implicaba, además de un mapa de *Crítica* tan grande como *Crítica*, otras hipótesis de lectura: por un lado, hacia 1932, *Crítica* ya era el diario más popular de la Argentina, y ya había inventado muchos de los procedimientos del periodismo sensacionalista —tanto para la nota policial como para la campaña política— que marcan un antes y un después en la historia del periodismo escrito argentino, como también los modos de escribir una noticia en el cruce del discurso periodístico y los procedimientos de la ficción. Por otro, en ese 1932, “la voz del pueblo”, con la llegada del general Agustín P. Justo al gobierno después de la proscripción del Partido Radical, era, por primera vez en toda su historia, “la voz oficial” del Estado y disputaba, también por primera vez, un mismo universo de lectores con otro vespertino, *Noticias Gráficas*.

Mi proyecto de volver a *Crítica* y terminar de contar una historia que había quedado inconclusa, o de comenzar a estudiar *Noticias Gráficas* —diario sobre el que escribí tan solo unos apuntes preliminares— fracasó. Las razones de ese fracaso responden, más que a mi pobre individualismo, a las condiciones mismas de posibilidad de investigaciones que requieren del

reposado y obsesivo tiempo de la larga duración en archivos y hemerotecas que es contrario al ritmo de producción académica, nacional e internacional, que impuso el siglo XXI.

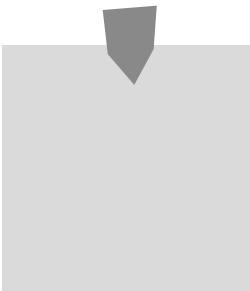
Mientras que los avances tecnológicos abrieron las puertas al paraíso —y accedemos muy rápidamente a miles de archivos digitalizados o fotografiamos diarios completos en pocos días—, las condiciones de trabajo cambiaron. No se trata de nostalgia ni de pensar que los tiempos de antes eran mejores, cuando no existían el referato doble ciego y las revistas académicas indexadas bajo normas internacionales. Se trata, más bien, de defender los tiempos largos de la investigación, no interrumpidos por la obligación de publicar artículos, escribir ponencias, participar en congresos, evaluar o ser evaluados, mientras investigamos. ¿Cómo se investiga y se publica al mismo tiempo? ¿Cómo se escribe la historia de un diario que, no solo no está digitalizado, sino que cubre décadas completas del siglo XIX o del siglo XX? ¿Cuándo y cómo se ficha esa inmensidad de páginas y páginas que, además, plantean la inmensa complejidad que significa trabajar con un tipo de fuente, el diario, que abre preguntas, problemas y desafíos, como queda excelentemente demostrado en los trabajos de Martín Albornoz, Pilar Cimadevilla y Juan Buonuome, quienes reflexionaron sobre *Crítica* a través de *Regueros de tinta*?

Creo que la respuesta está en el trabajo en equipo. Es más que probable que una sola persona no pueda, en las condiciones actuales de trabajo, escribir una tesis o un libro sobre el diario *La Prensa* o el diario *La Razón*. Más aún, me resulta casi inverosímil pensar en una sola persona escribiendo una historia del periodismo escrito argentino porque faltan, todavía, muchos estudios de caso. Pero sí creo que es posible hacerlo entre muchas y muchos, sobre todo porque los diarios son objetos que invitan —por no decir que exigen— miradas y saberes provenientes de perspectivas de análisis y disciplinas diferentes. No es lo mismo estudiar la página de policiales que la página literaria de un mismo diario; es equivocado pensar que la opinión política de un diario reaparece necesariamente en las notas sociales o deportivas; es imprescindible analizar la puesta en página de las noticias: las ilustraciones, los tipos de letra, las fotografías, además de los textos escritos.

La creación del Programa de Historia de la Prensa, en la Universidad Nacional de San Martín, que se suma a los numerosos equipos de investigación, provenientes de distintas disciplinas, dedicados al estudio de la prensa

escrita, demuestra que, a pesar de este presente aciago para la investigación científica y la universidad pública, una historia del periodismo escrito en la Argentina podrá ser nuestra, y no solo por prepotencia de trabajo. □

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

Javier Fernández Sebastián,
Key Metaphors for History: Mirrors of Time,
Londres, Routledge, 350 pp.

Javier Fernández Sebastián es un historiador español reconocido tanto por sus trabajos en el campo de la historia política e intelectual como por ser uno de los principales referentes de la historia conceptual en Iberoamérica. Esto último se debe, en buena medida, al hecho de haber impulsado y dirigido durante dos décadas la red de historia conceptual conocida como Iberconceptos, un proyecto que reunió a decenas de investigadores e investigadoras, y en cuyo seno se publicaron numerosos trabajos individuales y colectivos entre los cuales se destaca un diccionario de conceptos políticos fundamentales entre mediados/fines del siglo XVIII y mediados/fines del XIX.¹ En ese marco, y atendiendo tanto a los debates desarrollados dentro de la disciplina y otras afines, como a las posibilidades analíticas que surgían del trabajo con las fuentes, se planteó la necesidad de ampliar y enriquecer el campo de indagación dentro de la semántica histórica incorporando otras dimensiones de análisis, como las metáforas.

El nuevo libro de Fernández Sebastián, *Key Metaphors for History: Mirrors of Time* cumple con creces con ese propósito. Y, además, evidencia el potencial analítico que tienen las metáforas en el campo de la historia intelectual y la teoría de la historia.

El libro presenta un examen pormenorizado y sistemático de los vínculos existentes tanto entre metáfora e historia como entre estas y los conceptos históricos y las categorías analíticas utilizadas por los historiadores. Fernández Sebastián justifica esta empresa alegando que las metáforas (y, agrego, el lenguaje figurado en general) son un componente esencial en todo proceso cognitivo, dadas las limitaciones que tienen los conceptos y categorías para dar cuenta de algunos fenómenos sociales y naturales. Asimismo, advierte que existe un vínculo estrecho entre metáforas y conceptos al señalar, apelando a una metáfora, que muchas veces alcanza con excavar un poco en el subsuelo de un concepto para dar con la roca dura de una metáfora. Ahora bien, no se trata de una relación inmutable ni unidireccional: así como las metáforas pueden convertirse en conceptos, las categorías analíticas y los conceptos también pueden ser utilizados en forma metafórica al ser trasladados de un discurso o de un dominio de conocimiento a otro. De ese

modo, la comprensión de las complejas conexiones entre metáforas, conceptos y categorías de análisis requiere un examen de sus dinámicas atento a los cambios y a las permanencias, tal como el que se desarrolla en el libro.

Hay, asimismo, otra razón más específica que a juicio del autor justifica esta empresa, y es el hecho de que las metáforas cumplen funciones esenciales en la investigación y en la escritura de la historia. Sin embargo, durante mucho tiempo las historiadoras y los historiadores fueron reacios a tratar esta cuestión e incluso, en más de un caso, a admitirla, ya sea por considerar que es algo que atañe a quienes cultivan la filosofía de la historia, o por temor a que se asimile la disciplina con la literatura ficcional. Si bien en los últimos años esto comenzó a modificarse al extenderse una mayor sensibilidad con relación al papel esencial que cumple el lenguaje en la producción y en la transmisión de ese saber, aún siguen siendo escasos los estudios que examinan de modo sistemático a las metáforas vinculadas con la historia, su conocimiento y su escritura.

Las posibilidades de tratar estas cuestiones son muy amplias tanto desde un punto de vista narrativo y analítico como del recorte espacial y temporal. Y lo mismo sucede con relación a las numerosas metáforas que podrían ser

¹ Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009 y 2014, 11 vols. en 2 tomos. La actividad de la Red se puede consultar en <https://iberconceptos.es/>.

objeto de esta indagación. En ese sentido, se destacan dos decisiones clave tomadas por el autor. La primera fue seleccionar un conjunto de metáforas significativas que pueden ser examinadas en el marco de un libro. La segunda fue desarrollar su análisis en torno a un eje bien preciso: la conformación del concepto moderno de historia en el mundo occidental en el siglo XIX y sus sucesivas transformaciones hasta el presente, considerando lo ocurrido tanto en el campo disciplinar como en el sentido común social. Su mirada, sin embargo, es mucho más abarcativa, ya que son numerosas las ocasiones en las que se detiene en otros períodos y espacios, tal como lo hace cuando se dirige hacia Grecia y Roma para recuperar la raíz de algunas palabras que contribuyen a delinear sus orígenes o sus posteriores usos metafóricos.

El libro está organizado en dos grandes secciones, cada una de las cuales tiene a su vez tres capítulos. En la primera sección se examinan diversas metáforas vinculadas con la historia y con el tiempo histórico como Espejo, Perspectiva, Maestra, Tribunal, Tren, Basurero, Círculos, Líneas, Río, Mar, Niveles, Estratos, Sedimentos, País Extraño, Muerte y Vida, Luces, Semillas. En la segunda sección se analiza el origen y/o el uso metafórico de algunos conceptos y categorías utilizados por la historiografía, como Fuentes, Huellas, Acontecimientos, Hechos, Procesos, Estructuras, Revolución, Crisis, Modernidad, Progreso, Desarrollo, Decadencia.

La cantidad y diversidad de cuestiones tratadas hace que su examen no pueda ser similar en todos los casos. Esto, sin embargo, no afecta los análisis parciales ni el sentido general de la indagación. Por un lado, porque más allá del espacio que le dedica al análisis de cada tema, nunca deja de hacerlo de un modo riguroso, argumentado y fundado. Por otro lado, porque cada capítulo, y cada sección dentro de cada capítulo, funcionan como puertas desde las cuales se puede acceder a una vasta bibliografía que permite profundizar los temas tratados. Esto se debe en buena medida a que Fernández Sebastián no solo recurre en su apoyo o discute la obra de autores reconocidos por sus estudios y reflexiones sobre las metáforas, como Hans Blumenberg o Paul Ricoeur, sino que también lo hace con numerosos textos que analizan cada uno de los tópicos que trata. En ese sentido, se destacan –y se agradecen– las referencias a trabajos recientes que dan cuenta de las discusiones sobre los temas abordados y, a través de estos, sobre el estado de la disciplina en cuestiones de gran actualidad como Memoria, Presentismo o Antropoceno. La riqueza de los materiales utilizados también se advierte en el corpus documental, que abarca un amplio arco temporal y espacial en el que conviven textos de diversa índole: historiográficos, políticos, filosóficos, literarios, periodísticos, elaborados por autores europeos y americanos –e incluso algunos no occidentales–, que en muchos casos son figuras poco conocidas. Además de

enriquecer el análisis y de estimular la curiosidad y el interés de lectores y lectoras, esta profusión de citas y de referencias cumple una función específica en la economía del libro, ya que también permite apreciar la difusión que tuvieron y tienen las metáforas analizadas en sus páginas.

Otra razón de peso por la cual el análisis no se resiente a pesar de la cantidad y diversidad de cuestiones que trata el libro, y que podría haberlo convertido en una enciclopedia o en un repertorio de metáforas vinculadas a la historia, es el hecho de que, si bien está organizado en apartados más o menos breves, estos no están concebidos como compartimentos estancos. En efecto, a medida que se avanza en la lectura se pueden establecer conexiones dentro de cada capítulo y de cada sección e, incluso, entre las dos grandes secciones, algo que en más de un caso se hace en forma explícita. Esto resulta posible, en buena medida, por la periodización utilizada por el autor que permite seguir las conexiones entre conceptos y metáforas y, a la vez, entre estos y las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que impactaron en las formas de producir y difundir el conocimiento histórico desde fines del siglo XVIII hasta el presente. Tanto es así que incluso plantea que las mutaciones producidas en el concepto de historia son similares a las producidas en las metáforas utilizadas para referirse a ese concepto y a los recursos utilizados para investigar y escribir textos históricos. Un ejemplo de esto es lo sucedido con la antigua

metáfora del Espejo utilizada desde hace siglos para sostener que la función de la historia es reproducir las cosas tal como sucedieron. En la primera sección del libro se analiza cómo dicha metáfora fue resignificada en el siglo XIX al constituirse el Progreso en el concepto central del discurso histórico, para luego comenzar a declinar en el siglo XX y terminar siendo reemplazada por otras como Perspectiva o Construcción. De ese modo se habría conformado un nuevo paradigma disciplinar en las últimas décadas que se expresa en categorías como Invención o Imaginación. En la segunda sección, por su parte, podemos advertir que este proceso se dio en paralelo con lo sucedido con la formas de concebir y de referirse a los insumos utilizados para construir el conocimiento histórico: en el siglo XIX se había consolidado una metáfora como Fuentes que remite a pureza y a un origen cristalino, mientras que a mediados del siglo XX comenzó a ser cuestionada y parcialmente reemplazada por otras como Rastros o Huellas que remiten a vestigios a partir de las cuales se debe reconstruir lo acontecido, asignándole así un mayor peso a la operación historiográfica. Para Fernández Sebastián, estas mutaciones en la disciplina contrastan con lo sucedido con el sentido común histórico actual, al que caracteriza como “historicismo banal”, ya que en

él detecta una mayor pervivencia y estabilidad de tropos clásicos como Espejo, Tribunal, Maestra. Vincula asimismo a este fenómeno con las políticas de la identidad y con la centralidad que adquirió la Memoria, a cuya discusión dedica una importante sección.

Tanto estas como otras consideraciones realizadas por Fernández Sebastián permiten advertir que, si bien reconstruye, describe y analiza los fenómenos procurando objetivarlos, hay algunas cuestiones vinculadas al estado actual de la disciplina frente a las cuales toma una posición explícita. Su voz se hace sentir en particular en el examen que dedica a la figura del Pasado como un país extraño o extranjero –en el sentido de un otro con relación al presente-. A su juicio, no solo se trata de la metáfora fundamental de la disciplina, sino que la diferenciación entre presente y pasado debe ser mantenida como principio epistemológico a fin de resistir el embate del presentismo. De ahí sus consideraciones críticas hacia quienes utilizan esa metáfora en un sentido presentista, tal como lo hacen los autores que plantean que ese territorio extraño puede ser anexado, conquistado o colonizado por los historiadores, quienes le imprimirían valores e ideas propias de nuestro presente.

Más allá de la posición del autor con relación a este debate, lo cierto es que estos usos

abonan la hipótesis del libro que afirma la centralidad de las metáforas tanto en los procesos de producción y difusión del conocimiento histórico como en la conformación de una conciencia histórica. De hecho, no solo considera que en la actualidad la historiografía está sufriendo una aguda transformación, sino que los debates más importantes que se están dando en su seno son más sobre las metáforas fundamentales de la disciplina que sobre los conceptos.

Key Metaphors for History es, en suma, un libro que se destaca por su originalidad, por sus numerosos análisis específicos de los cuales solo pudimos dar cuenta de un pequeño porcentaje, y por presentar un examen sistemático de las relaciones entre metáfora e historia en el que se evidencian sus funciones cognitivas. En ese sentido, constituye tanto un aporte al conocimiento histórico como una aguda reflexión sobre las cambiantes condiciones a partir de las cuales se desarrolló la disciplina y la conciencia histórica en los últimos dos siglos y, por eso mismo, un insumo fundamental para reflexionar sobre su estado actual y sus posibles proyecciones en el futuro.

Fabio Wasserman
Universidad de Buenos Aires / CONICET

José E. Burucúa,
Civilización. Historia de un concepto,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024, 752 páginas.

El libro más reciente de José E. Burucúa aborda un tema importante en tiempos de crisis, cuando las preocupaciones ciudadanas respecto del pasado, el presente y el futuro de las civilizaciones reaparecen en el debate público. También, cuando el término civilización es objeto de manipulaciones propagandísticas por parte de los poderes del Estado.¹ A diferencia de estos casos, *Civilización. Historia de un concepto* es un libro que no evita la polémica, pero se aproxima a ella con evidencias y erudición. Así, el autor da muestras de lo que, en otras circunstancias, él mismo llamó “excesos lectores”, compartidos con quienes se aventuren en este volumen.²

Es imposible y sería tedioso sintetizar las 700 páginas escritas por Burucúa en pocas líneas. Sin embargo, indicaré algunas coordenadas como invitación a la lectura. El libro está estructurado en un prólogo, 37 capítulos, un epílogo y un apéndice iconográfico. El autor no lo hace, pero creo que es posible imaginar una

organización que agrupe esos capítulos en cinco o seis partes:

1. Está, en primer lugar, el desarrollo de la historia político-intelectual del concepto y de la palabra en Europa, desde antes de que existiera el término (su “protohistoria”, según se la denomina) hasta el siglo XIX. Uso la expresión extraña “historia político-intelectual del concepto y de la palabra” adrede, porque Burucúa atraviesa las fronteras entre campos y subdisciplinas con avidez. Propone la existencia de la cosa en Occidente antes de que se encarnara en una palabra. Constata que esa palabra puede definirse y tiene una historia. Al mismo tiempo, demuestra que el concepto de civilización es plurívoco, está hecho de capas de sentido superpuestas y paradójicas; que nunca perteneció solamente al contexto cultural donde adquirió centralidad y que, más tarde, impuso su universalización. Nuestro autor sigue la huella de grandes figuras que exploraron el concepto, sus raíces y ramificaciones modernas (Lucien Febvre, Norbert Elias, Émile Benveniste, Jean Starobinski). Aparecen entonces sus múltiples sentidos.

Civilización fue ideal universalizante de vida común y estado alcanzado del desarrollo, pero también proceso por el cual se avanza en esa dirección, de manera que

se ligó íntimamente con la noción de progreso y la de historia. Fue también descripción de un área sociogeográfica amplia pero individualizable y, en consecuencia, pudo hablarse de civilizaciones en plural. Aquel ideal se materializó enfrentado a sus opuestos (salvajismo, barbarie) y Occidente propuso e impuso su expansión global.

2. Entre el capítulo XV y el XVIII se examinan las tensiones entre civilización y barbarie en la Argentina, Estados Unidos y África, donde aparecen con fuerza la politicidad del concepto y sus apropiaciones. También sus contradicciones, que Burucúa describe en detalle: la barbarie de los civilizados y la civilización como camuflaje de los más terribles sometimientos, desde la esclavitud al genocidio, fueron criticadas desde adentro (en Europa y América) y desde afuera.

3. En los capítulos XIX-XXIV, tal vez los más apasionantes del libro, junto con los pasajes dedicados a Simone Weil y a María Zambrano, Burucúa examina la civilización vista desde otros contextos culturales, no euroatlánticos. Explora el modo en que esos horizontes produjeron palabras y nociones que tradujeron, fueron traducidas o podrían asimilarse con “civilización” en Occidente: Rusia, Japón, China, India y el mundo árabe se estudian para dar cuenta del

¹ Véase por ejemplo esta campaña del gobierno argentino: <https://www.lanacion.com.ar/politica/el-gobierno-volvio-a-utilizar-dia-de-la-raza-pese-a-un-decreto-de-cristina-que-le-cambio-el-nombre-nid12102024/>.

² José E. Burucúa, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

acercamiento ilusionado y de la crítica radical con buenos fundamentos.

4. Las encrucijadas del siglo xx, desde la Primera Guerra Mundial hasta el proceso de descolonización, permiten a Burucúa estudiar, entre el capítulo xxv y el xxvii, y entre el xxxi y el xxxiii, el empleo polémico de la “civilización” contra el fascismo (Benedetto Croce), las relaciones tensas del concepto con las expectativas de revolución social, las impugnaciones desde Asia, África y América, y las consecuencias que la guerra y el genocidio tuvieron sobre la posible supervivencia de la palabra, la idea, la cosa y el proyecto.

5. Nuestro autor dedica largos pasajes, exhaustivos y complejos, a estudiar la aparición de la idea de civilización en las ciencias sociales y las humanidades: la antropología de Claude Lévi-Strauss; la sociología, de Émile Durkheim a Alfred Weber; la historiografía profesional de Fernand Braudel a la historia global; la filosofía comprometida de Simone Weil y María Zambrano, dos autoras antes mencionadas y aquí abordadas con mayor profundidad (xxviii-xxx; xxxiv).

6. En una última sección imaginaria, aparece el interrogante respecto del espacio que queda para la esperanza. Tras la crítica mordaz de las instrumentalizaciones belicistas contemporáneas del concepto (Samuel Huntington), Burucúa no solo imagina la posibilidad de una utilización consciente y benéfica de la tensión entre universalidad y particularidad

(Paul Ricoeur, Souleymane Bachir Diagne) sino que articula sus experiencias personales con la búsqueda de aquello que podría y merecería sobrevivir de una noción y un conjunto de prácticas en crisis.

Espero que esta síntesis no haya sido demasiado farragosa. Me gustaría, a continuación, intentar capturar el espíritu del libro a partir de un silencio o, para retomar la metáfora inicial, el “ascetismo iconográfico” que lo caracteriza. Burucúa eligió como portada del libro este *Paisaje de invierno*, pintado en torno a 1927 por Kazimir Malévich, que se conserva hoy en el Museo Ludwig de Colonia, en Alemania. Es un óleo sobre tela de 48,5 x 54 cm. Desde un bosque entre negro y rojizo, y gracias a la distancia que nos ofrece la perspectiva lineal, vemos algunas casas coloridas, que sugieren los confines de una pequeña ciudad. Los árboles de tronco rojo y copas azules parecen haber sido plantados en una línea, lo que sugiere un parque o jardín y no la naturaleza liberada a su arbitrio. En el texto se analizan algunas imágenes, incluso se hace lugar a un apéndice iconográfico donde se estudian unas pocas alegorías de la civilización (la escasez de esta clase de representaciones es en sí misma sorprendente, si consideramos la importancia del concepto en la modernidad occidental). Pero no pude encontrar referencia alguna a Malévich y su paisaje de invierno en todo el libro, aunque aseguro haberlo leído con atención casi obsesiva. En tanto el historiador del arte nos deja a los historiadores con ese silencio, me atrevo a interpretar la elección de la portada.

En más de una ocasión a lo largo del libro, Burucúa propone la posibilidad de un segundo volumen que curiosamente rechaza escribir. Allí, se daría a sí mismo la tarea imposible de fundar una nueva idea de civilización. En esa búsqueda, intenta evitar la trampa por la cual “una cultura engendra ideas enaltecedoras que, al ser proyectadas sobre realidades ajenas al mundo de partida, igual que el sueño de la razón, produce monstruos” (p. 390). Las bases de la recreación del concepto deberían buscarse, entonces, en la apertura a otras tradiciones, lo que permite proponer estos caracteres fundantes para la nueva entelequia: la curialización de los guerreros, el cultivo de las flores y la gastronomía, la poesía lírica, las traducciones y administración de la misericordia. El paisaje de Malévich es, entonces, un paisaje civilizado, visto desde los confines de la civilización. El negro de las copas de los árboles quizás indique la oscuridad des-civilizadora que se cierne sobre ese horizonte, hasta el punto de amenazar incluso con la destrucción de la naturaleza. El hombre que camina por la frontera entre ambos mundos busca edificar la civilización sobre esas bases nuevas. De hecho, Burucúa termina su libro con un epílogo donde reflexiona sobre la naturaleza, las variedades históricas y los destinos de la civilización. Aunque reconoce la dificultad de su propia empresa en el contexto actual (se atreve a considerarla “ridícula”), cree encontrar todavía a la civilización, robusta, contradictoria y amenazada, entre Chilecito y

Famatina. En ese invierno crudo, busca la esperanza de Dante: la “necesidad de la *civiltade* humana orientada hacia un fin, esto es, una vida feliz” (p. 656).

Burucúa podría ser hoy como aquellos hombres de la modernidad temprana que buscaron la Atlántida platónica. Seguramente conscientes de que esa república ideal concebida por Platón no había existido nunca, imaginaron su presencia en los mares a los que se aventuraban sus contemporáneos (los filósofos viajan rara vez, salvo en sus libros). En la *Nueva Atlántida*, publicada póstumamente en 1626, Francis Bacon propuso un futuro venturoso de descubrimiento y saber para la humanidad, en una tierra donde “la generosidad, la ilustración, la dignidad y el esplendor, la piedad y el espíritu público” son cualidades compartidas por los habitantes de una Bensalem mítica, donde se encuentra un colegio imaginario, la Casa de Salomón, linterna de ese reino. En su *Mundus subterraneus*, de 1664, Athanasius Kircher ubicó la Atlántida perdida en medio del océano Atlántico, en un

mapa imaginario, con el sur arriba, que la sitúa entre África e Hispania al este y América al oeste, con un barco que se dirige hacia el Nuevo Mundo. En ese mapa, Kircher articula mundo humano y mundo natural, pues no solo retrata la isla a partir de fuentes presuntamente platónicas y egipcias, sino que también ilustra su teoría respecto de la estructura del mundo físico; la protuberancia de la Atlántida sería evidencia de una larga cordillera que serviría de esqueleto al cuerpo del planeta.³ Como Bacon y Kircher, quizás, Burucúa, solo ante las inclemencias igual que el personaje del paisaje invernal de Malévich, sigue las huellas de un ideal que ya no existe. A diferencia de Bacon y Kircher, nuestro autor no oculta ni ignora, sino que exhibe con crudeza los dobleces y las contradicciones de ese proyecto que trajo consigo muchos logros, pero indudablemente

también tantísima opresión, muerte y explotación.

Al inicio del libro, Burucúa se propone imitar el estilo de Roberto Calasso y creo que lo logra, porque sus páginas siguen los meandros de la civilización y de sus interpretaciones. En todo caso, es posible que la inspiración del italiano estuviera también presente en la empresa misma de explorar el concepto de civilización. Burucúa, moderno al fin, no evade la crítica tenaz, pero se esfuerza por registrar también los ideales y las esperanzas. En ese sentido, como decía Calasso del mito a partir de Salustio, quizás la civilización sea también una de esas cosas que “no ocurrieron jamás, pero son siempre”.⁴

Nicolás Kwiatkowski
Universidad de San Martín /
CONICET / Universitat
Pompeu Fabra

³ John E. Fletcher, *A study of the life and works of Athanasius Kircher*, Boston y Leiden, Brill, 2011, p. 172.

⁴ Roberto Calasso, *Las bodas de Cadmio y Harmonía*, Barcelona, Anagrama, 2019, p. 7.

El libro que aquí se reseña forma parte de una serie iniciada con una obra anterior, titulada *Poderes de la abyección*. Como este, *El secreto de Edipo* es un libro de corta extensión pero sumamente denso conceptualmente, y cuya lectura, al igual que en aquel caso, se abre a cantidad de direcciones posibles. Ambos se inscriben, además, dentro de un marco teórico común fundado en la idea de lo que podemos llamar, retomando la expresión de Kurt Gödel, “la incompletitud constitutiva de los sistemas”. Esta indica la naturaleza radicalmente contingente de todo orden político-social, así como conceptual. Esto es, que ninguno tiene un sustento puramente racional o natural, sino uno históricamente articulado, por lo que su orden es siempre precario, inestable. En definitiva, aquello en función de lo cual se articula todo sistema es un centro vacío, una oquedad constitutiva suya. Pero esto es también lo que ningún orden instituido puede admitir sin destruirse. La tarea de constituir uno es así, no la de articular un determinado régimen de prácticas o de discurso, sino que esto conlleva previamente la labor de desarrollar aquellos puntos ciegos inherentes, ocultar el carácter infundado de su misma institución (en palabras de Lacan, que “no hay Otro del

Otro”, es decir, que aquello que le sirve de fundamento carece él mismo de fundamento). Encontramos aquí aquella premisa sobre la cual se desarrolla el argumento del libro, la clave a partir de la cual Laleff Ilieff relee el mito de Edipo, y que lo lleva a concentrarse en el sentido del *secreto edípico*.

El argumento del libro se despliega a partir de una serie de contraposiciones, que se desarrollan en dos planos: el de las interpretaciones del mito y el del propio mito. En el plano de las interpretaciones, el autor comienza con el análisis que realizara Michel Foucault en una serie de conferencias dictadas en Brasil en 1973, y publicadas bajo el título de *La verdad y las formas jurídicas*. En su lectura de la estructura de los mitos clásicos, Foucault descubre una alianza entre el saber y el poder articulada en torno a una Verdad. Aquí relata lo que señala como la novedad griega, desarrollada en la práctica jurídica y que subsiste hasta el presente. El nuevo régimen de Verdad que entonces surge se opone al tradicional *régimen de prueba*, según se expresaba en las justas y competencias: aquel que se imponía habría sido el favorecido por los dioses, y por lo tanto sería el poseedor de la Verdad. Sin embargo, los portentos y adivinaciones podían ser engañosos, resultaban siempre ambiguos

y oscuros. Es así que surge el método del *símbolo* griego.

Ese método consiste en un modo de indagación racional, fundado en la recolección de evidencia. El símbolo sería el caso de, por ejemplo, un jarrón que se parte y cuyas piezas se distribuyen por distintos lugares. La Verdad se nos revelaría en el momento en que logramos reunir y hacer encajar todas las piezas. Ahora bien, dicho método, señala Foucault, solo habrá de confirmar lo que los dioses habían ya revelado. Se produciría así una alianza entre el saber y lo sagrado. De alguna forma, Foucault retoma aquí lo que los escolásticos llamaban la doble vía de acceso a Dios: a través de la fe y de la razón.

Laleff Ilieff hace a continuación un repaso de las distintas lecturas del mito, aunque el eje de esas lecturas es la contraposición que realiza entre la lectura de Foucault recién señalada y la de Jean-Joseph Goux y Rocío Orsi. Aunque por distintas vías, ambas convergen hacia la conclusión de que en un orden democrático la Verdad debe ser pública. Una Verdad que permanece secreta da origen a una tiranía, se vincula a la idea tradicional del arcano, que supone que quien ejerce el poder es el portador de un saber recóndito. Así, para Laleff Ilieff, tanto Foucault como Goux y Orsi ignoran el papel crucial del secreto en la

constitución de un orden comunal, que es lo que se propone este autor mostrar en su propia lectura del mito de Sófocles.

Su lectura del mito de Sófocles se ordena, a su vez, en función de la contraposición que realiza entre sus tres protagonistas principales: Tiresias, Edipo y Creonte. Tiresias representa la figura de aquel que se encuentra en una secreta complicidad con los dioses, que actúa como su vocero en el plano mundano, y puede así reunir ambos planos. De algún modo, este personaje se vincula con la lectura de Foucault del mito y su idea del símbolo griego, en el cual se manifestaría una añoranza y un intento por re establecer la unidad perdida entre lo mundano y lo sagrado, algo, en realidad, ilusorio. Nunca existió tal estado ideal originario, “la fractura es siempre ya operante en lo simbólico” (p. 76), señala Laleff Ilieff.

Edipo, por su parte, representa el rechazo a este tipo de saber revelado y la búsqueda de la verdad por la vía de la razón o la evidencia. En él se expresa el ideal de autarquía de aquel que posee el poder y puede fundarlo exclusivamente en su propio saber, en su capacidad para afrontar los embates de la contingencia. Laleff Ilieff establece aquí, pues, una primera contraposición entre Tiresias, esto es, la figura del clarividente, y Edipo, el héroe que se impone y domina el mundo. Este señala así una ruptura con lo divino (de allí su antagonismo con Tiresias, a quien acusa de pretender destruir su reinado). A diferencia de lo que señala

Foucault, en él ya no se observa el ideal de unidad entre dioses y hombres. Pero, de este modo, con su afán de saber, Edipo termina destruyéndose, es decir, perdiendo el poder. Busca esa roca en que asirse y solo encuentra el abismo, ese que yace en el centro de nuestra existencia mundana. “En su búsqueda de certezas –dice Laleff Ilieff–, Edipo no encuentra ni el saber ni la racionalidad de lo real, sino el vacío que lo constituye como sujeto; y hacia el vacío se dirige cuando se sabe maldito, descentrado” (p. 60).

Creonte, el otro de los personajes de esta trilogía sobre la que se enfoca este autor, será a quien le tocará entonces recrear el lazo comunal. Pero este no lo hará ya sobre la base de la Verdad, sino del Secreto. Solo así Creonte puede erigir un orden fundado sobre el vacío, y de este modo “anudar la dimensión ontológica con la óntica, el vacío de la existencia con los muros que la política recubre” (p. 84). La incompatibilidad entre Saber y Poder obliga, pues, a interponer entre ambos un tercer término: el Secreto, el cual se instituye como aquel núcleo articulador de un sentido de comunidad en un contexto de radical incertidumbre.

Creonte emerge de este modo en el relato de Laleff Ilieff como la figura que encarna y permite comprender aquello que distancia una construcción política de una construcción de razón. Según señala, “el secreto de la política consiste en el modo en que se teje una dominación que logre conjurar sus amenazas” (p. 81). En cierta forma, es esta también

la apuesta de Laleff Ilieff: rescatar un mínimo de orden en un tiempo de caos, en el que el giro ideológico que ha adoptado una buena parte de la sociedad amenaza devolvernos a los momentos más oscuros de la historia.

Lo que nos muestra este texto es, en fin, el vínculo complejo que se establece entre Saber y Poder, uno al mismo tiempo indisociable y contradictorio. El poder supone un saber como su fundamento, una Verdad, ya que es ello lo que funda el tipo de preeminencia que supone toda forma de dominación; la misma, como ya vimos, no podría sostenerse sobre la pura contingencia: es esto, precisamente, lo que debe permanecer forcluido. Pero, a la vez, lo destruye: un poder limitado por el saber ya no es poder. Esto resulta del hecho del carácter genérico de todo saber, al que se lo supone de carácter impersonal, por definición. Es decir, lo mismo que da origen a la idea de arcano deja también abierta la posibilidad de volverse públicamente disponible, que algún otro sujeto, sea el pueblo, por ejemplo, pueda apropiarse de él e invocar su Verdad para oponerla al poder. La Verdad funciona así como la idea de Justicia en Derrida, esto es, aquello que funda el orden legal y también amenaza con destruirlo (siempre se puede invocarla para impugnar el orden normativo, esto es, alegar que una norma es legal pero no es justa) o también como el concepto de derechos humanos para Lefort (algo que se postula como un valor o un principio colocado por encima de todo ordenamiento legal instituido y

cuya invocación puede servir de base para impugnarlo). En suma, el lugar del Saber con relación al poder será siempre ambiguo, ambivalente. Lo mismo que hace nacer la tiranía permite el surgimiento de un orden democrático, y viceversa.

Volviendo al mito de Edipo, un ensayo de Martha Nussbaum, *La fragilidad del bien*, puede ayudar a comprender mejor el sentido de la interpretación propuesta por Laleff Ilieff, y el tipo de apuesta política que se juega por detrás de ella. Nussbaum analiza allí la naturaleza de la tragedia clásica, y en particular del dilema que atormenta en ella al héroe. Este, dice, se encuentra siempre atravesado por axiologías contradictorias pero igualmente necesarias. Por ejemplo: ¿debo salvar a mi familia al precio de que se hunda mi nación, o debo defender a mi nación dejando que se destruya mi familia? El héroe siempre termina decidiendo por uno u otro curso de acción, pero no por ello resuelve el dilema. De allí que se vea siempre inevitablemente desgarrado, siempre culpable sin saber por qué, qué ha hecho mal. La función del coro es revelar la insolubilidad última del dilema, porque la acción del héroe solo fue posible como resultado del estrechamiento de su universo ético, el haber simplemente ignorado, o dejado de lado, un principio igualmente valioso, necesario, por lo que estará condenado a morir, será guiado por el *fatum* a su desenlace fatal. No cabe, sin embargo, para Nussbaum, juzgar su accionar, lo único que podemos hacer es acompañarlo

en la gravedad de su predicamento.

En la interpretación de Laleff Ilieff, Edipo se comporta como un héroe trágico, opta por el saber al precio de perder el poder. En él se nos revela así la necesidad de la ignorancia, el secreto, para poder constituir una comunidad. Su vocación indeclinable de saber terminará destruyéndolo. Pero lo mismo ocurre con el personaje de Creonte: él también opta, en su caso, por el poder a costa de renunciar al saber. De este modo, sin embargo, tampoco resuelve el dilema, solo puede actuar al precio del engaño o el autoengaño. Y esta irresolución última del dilema plantea un problema no meramente teórico.

Encontramos aquí lo que podemos llamar la aporía del secreto. Como vimos, la pretensión de saber instaura relaciones de dominación. Pero también lo hace el secreto. Aquel que posee ese secreto se sitúa en una posición de preeminencia respecto del resto de la sociedad, aun cuando este secreto ya no encubre un saber sino no-saber, no una Verdad sino la no-existencia de una Verdad, la Verdad de la no-Verdad. “El secreto de la política radica –dice– en la propia forma en que la política se despliega para ocultar que no hay secreto, que el único secreto remite a cómo anudar de manera efectiva la contingencia; y es así que se puede hablar de ‘verdad’” (p. 51).

El punto es que ese secreto, esa Verdad de la no-Verdad que no se puede revelar como tal sin que se destruya todo sentido de comunidad, resulta

igualmente destructivo de la misma. De hecho, la actitud de Creonte recuerda al planteo de Leo Strauss, quien distingue entre una filosofía esotérica y una filosofía exotérica. La carencia de fundamentos del orden comunal no es, para ese autor, algo que pueda hacerse público, es un conocimiento que debe permanecer recluido en el interior del ámbito de los iniciados (cabe recordar que Leo Strauss fue el ideólogo de la derecha norteamericana; en particular, del círculo de asesores reunido en torno a George Bush hijo).

Laleff Ilieff no ignora los peligros implícitos en la opción de Creonte de los usos del secreto. Lo que valora de él no es el hecho de que aporte una solución (imposible) al dilema trágico, sino el que provea al menos una salida coyuntural en un contexto particular, que es la apuesta de este autor en un terreno incierto y plagado de amenazas. Podemos o no compartir su opción, pero no cabe aquí juzgarlo. Solo cabe acompañarlo, como al héroe trágico, en la gravedad de su predicamento. En todo caso, en su transcurso, nos deja un texto exquisito, lleno de ideas sumamente sugerentes y lecturas sutiles e innovadoras de un mito que, como sabemos, ha sido seguramente el más visitado por la crítica, y abordado desde los más diversos ángulos y tradiciones disciplinares.

Elías Palti
Universidad Nacional
de Quilmes

Gisèle Sapiro,
Qu'est-ce qu'un auteur mondial? Le champ littéraire transnational,
EHESS–Gallimard-Seuil, 2024, 480 páginas.

Qu'est-ce qu'un auteur mondial? Le champ littéraire transnational enfrenta un tema paradojal. Clásico, si pensamos al menos desde las primeras formulaciones de Goethe sobre la *Weltliteratur*, y casi vacante si se demandan demostraciones científicas rigurosas, como las logradas en el reciente libro de esta socióloga francesa: datos, métodos y, por sobre todo, preparación de muchos lustros a través de obras previas que permiten predecir que la escala y la profundidad de análisis están presentes en sus preocupaciones desde mediados de los años 90, durante su formación universitaria. Y si hablo de público mundial es también para refrendar una rara propiedad del presente: la posibilidad de que este tipo de investigadores/as alcance, lentamente, con el overol del trabajo empírico (sin datos no hay derecho a la teoría) y de laboratorio, un reconocimiento internacional amplio y duradero. Esta es también una paradoja en la medida en que la globalización, con la cultura digital como tecnología del intelecto dominante, ha incrementado la conectividad y la fragmentación, la centralización y la exclusión. Lo que la autora demuestra para la literatura vale para las ciencias sociales, en las que Sapiro es un raro caso de autora sino mundial sí presente en los cinco continentes, ya que también investigó en importantes

proyectos colectivos, entre los que se destaca Interco-SSH (International Cooperation in the Social Sciences and Humanities: Comparative Socio-Historical Perspectives and Future Possibilities, 2013-2017).

El libro explora una larga serie de instituciones, prácticas, representaciones, condicionamientos, posicionamientos y disposiciones que concretizan un proceso social *sui generis*: la circulación internacional de ideas, en este caso en el dominio de la literatura. La amplia variedad de hechos observados es unificada alrededor del concepto-maestro campo literario transnacional-transcultural. Estos calificativos se articulan como sinónimos o se utilizan en ciertos contextos para demarcar lo literario de lo nacional o subrayar el ineludible anclaje nacional de los espacios de producción y de recepción extranjera. Se trata de una operación teórica en la que Sapiro trabaja al menos desde el año 2013.¹ Desde entonces, ha desmontado y desplazado la trillada crítica a Pierre Bourdieu como analista circunscrito a Francia, visión esgrimida como contradicción

para la generalización de su programa científico. ¿O acaso a partir de Néstor García Canclini no se ha multiplicado y sigue activa la afirmación de que la realidad latinoamericana es singular y exige específicos miradores sociológicos? Este punto de vista oblitera características cardinales de la obra de Bourdieu, como la génesis “extranjera” (argentina) y antropológica (campesinado) de su trayectoria como investigador, o la raigambre estructuralista del concepto de campo (acuñado con nitidez desde 1968), con el recaudo bachelardiano de considerarlo como una configuración entre otras posibles, o lèvistraussiano de tratarlo como modelo y transformación de estados precedentes del mismo campo o traducción de principios generales presentes en otros dominios.

Estos nexos y posturas de Sapiro son necesarios si afirmamos, sin dudar, que *Qu'est-ce qu'un auteur mondial?* es la más reciente y profunda aplicación de todos los caminos, premisas y postulados desplegados por Bourdieu desde 1989, cuando pronunció la conferencia luego publicada como “Las condiciones sociales de la circulación internacional de ideas”.² El libro y la mayor

¹ “Le champ est-il national? La théorie de la différenciation sociale au prisme de l'histoire globale”, *Actes De La Recherche en Sciences Sociales*, vol. 200, 2013.

² Como publicación, tuvo una primera edición en 1990, en la *Romanitische*

parte de la producción de Sapiro deben leerse como extensión de una larga secuencia de aportes igualmente señeros realizados por ella y por otros miembros del Centre de sociologie européenne. Entre otros, Pascale Casanova, Anna Boschetti, Joseph Jurt y Johan Heilbron. Si consideramos la escala del objeto, la referencia inmediata es *La República mundial de las Letras*, de Casanova, editado en 1999. Orientada en su doctorado por Bourdieu –como Sapiro– a mediados de los años 90, Casanova reconsideró la geografía, el relieve, los canales y las barreras para la interrelación de literaturas en distintos lugares y de diferentes orígenes nacionales, a través del vector de la traducción y del trastocamiento de ideas por las fuerzas receptoras.

Ya en su tesis doctoral,³ Sapiro trabajó sobre los conflictos internos al campo literario francés antes, durante y después de la Ocupación. Llegó a Bourdieu después de una formación inicial en la Universidad de Tel Aviv bajo la tutela de Itamar Even-Zohar, impulsor de la teoría del polisistema literario, en la cual demuestra el peso de la literatura extranjera traducida para la modelación de las literaturas nacionales. Aquí, el

énfasis está puesto en los fenómenos de aclimatación de lo extranjero desde los intereses locales. La mirada de Sapiro, entonces, se formó entre dos autores-faro para la eclosión de los estudios sociales de la traducción y de la internacionalización de los mercados de bienes simbólicos. Mientras que en Casanova son centrales las operaciones de traducción y recepción, en Sapiro es nítido el efecto del tiempo para desarrollar hasta sus últimas consecuencias dos temas lanzados por Bourdieu pero que él mismo no trabajó con sistematicidad: la traducción y el campo editorial.

En este nuevo libro se recurre a objetos ya presentados en trabajos previos y a nuevos emprendimientos analíticos. La obra se divide en cuatro partes. La primera se titula “La fábrica de la autoridad transcultural”; la segunda, “De la nacionalización a la internacionalización”; la tercera, “Transnacionalización y apertura del horizonte geocultural”; la cuarta, “La globalización: una diversidad bajo dominio anglófono”. Los títulos informan el sentido histórico del análisis, la exigencia de explicaciones genéticas para comprender el estado actual de un campo literario transcultural/nacional como transformación de tres configuraciones precedentes.

La introducción encuadra el objeto de Sapiro entre paradigmas necesarios para delimitar su programa: “Para una sociología de la literatura mundial”, así su título. Puede leerse como un compendio de paradigmas, autores, perspectivas, a veces convergentes, otras

contradictorias. Se atraviesan formulaciones precedentes e indispensables, como la teoría de las transferencias culturales formulada por Michel Espagne y Michael Werner; las teorías de las desigualdades entre centros y periferias; la lógica de la teoría de los campos aplicada a la edición y a la traducción; los paradigmas circulatorios; las apuestas y métodos desplegados en los no tan numerosos estudios sobre literatura mundial, para abreviar finalmente en su perspectiva superadora sintetizada en una sociología del campo literario transcultural. En el discurso subraya conflictos y malentendidos en el uso de términos como cosmopolitismo, transnacionalismo, globalización o *Weltliteratur*.

La primera parte retoma el cardinal asunto planteado por Michel Foucault en *¿Qué es un autor?*, interrogante no por nada aplicado al título general del libro. El trabajo de Sapiro multiplica sobre la segunda mitad del siglo xx y el presente los ejercicios desplegados por Roger Chartier, trabajo ejemplar en la historización y sociologización de las premisas foucaultianas. ¿Cómo se transformaron históricamente las nociones de autor y de autoridad cultural? Las respuestas atraviesan las prácticas que figuran las representaciones autorales, los índices de prestigio y el reconocimiento intelectual, los intermediarios, los mediadores –en particular los traductores–, los fenómenos de recepción. Acto seguido, y en primer plano, las desiguales condiciones para la circulación de obras en traducción. La noción de canon es observada

Zeitschrift für Literaturgeschichte/Cahiers d'histoire des littératures romanes, y otra en 2002, en el número 145 de *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Al castellano fue traducido por Alicia Gutiérrez y publicado en la compilación *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA, 2007.

³ La tesis de Sapiro fue publicada como *La guerre des écrivains. 1940-1953*, París, Fayard, 1999.

con lentes de microscopio. La idea de “clásicos universales”, impuesta definitivamente en los años 30 por las políticas culturales de la Sociedad de Naciones, es trabajada con casos del período de posguerra, como las colecciones de Gallimard y de la Unesco. Tal categoría atraviesa todo el libro y vuelve a aflorar en investigaciones con los archivos del Premio Nobel. En este caso, se observa que a pesar de la diversificación de orígenes lingüísticos y nacionales y del tardío reconocimiento de mujeres escritoras, no deja de ser una instancia reproductora de jerarquías del campo cultural mundial. En perspectiva histórica, es aún abrumadora la supremacía del inglés y la sobrerepresentación de autores masculinos.

Otras claves bourdieuanas del análisis son “¿Quién crea al creador?”, ¿cuáles son las lógicas que controlan la consagración de la literatura clasificada como mundial? También los procesos de reconocimiento, apropiación y valoración de un autor en el extranjero, procesos que jamás pueden explicarse apenas por la calidad intrínseca de un pensamiento, estilo y otras variables atrapadas por el encantamiento de las ideas, de la inteligencia.

El campo literario transnacional no es una

sumatoria de campos nacionales, sino una estructura *sui generis*. Se compone de mediadores (agentes, como los críticos, los *gate-keepers* de ideas, diría Lewis Coser) y de mediaciones (instituciones y artefactos específicos como el Pen-Club, el Premio Nobel y tantos otros, ferias de editores, festivales literarios, colecciones, publicaciones periódicas), es decir, un mundo como otros, pero diferenciado. Las tensiones entre autonomización y heteronomización de ese espacio de relaciones socioculturales son evidenciadas por los diversos sistemas de intereses enfrentados para dar forma a la categoría nuclear del tema y por los obstáculos para remodelar una jerarquía en la que inercialmente se imponen las lenguas centrales o la hipercentral, donde los significados de la diversidad son contrarrestados por el imperialismo de lo universal. Ello se demuestra en todos los casos empíricos analizados en el libro, y cobra nitidez en el caso de los festivales literarios o los foros sobre la traducción y la biodiversidad, tribunas para la expresión política que conlleva el problema.⁴ En

definitiva, ¿quiénes regulan los intercambios interlingüísticos y transfronterizos? Frente al idealismo de la teoría de la globalización al respecto de un inexorable proceso de unificación de todas las culturas (actitud longeva, implícita o explícita al menos desde el evolucionismo decimonónico), en la mirada de Sapiro las muy concretas e históricas estructuras del espacio cultural internacional se transforman entre los límites y condicionamientos de la gran producción (polo regido por la rentabilidad financiera) y de la producción restringida (polo gestor de la biodiversidad), constatación de homología con realidades locales y nacionales que permite comprender que, en definitiva, la globalización o la internacionalización de las relaciones culturales son hechos sociales *sui generis*, anclados en la historia, cuya comprensión exige rigor metodológico como el que presenta este nuevo aporte de la colega francesa.

Gustavo Sorá
Universidad Nacional
de Córdoba / CONICET

asuntos de académicas como Andrea Pagni, Patricia Wilson o Alejandrina Falcón.

⁴ Un ejemplo en nuestro medio local es el Instituto Lenguas Vivas, lugar dispersor de la acción sobre estos

Michel Foucault,
El discurso filosófico,
Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Argentina, 2025, 314 páginas.

El discurso filosófico es la traducción al español del manuscrito que, en 2023, se publicó en Francia por Seuil/Gallimard gracias al trabajo de edición de Orazio Irrera y Daniele Lorenzini. Forma parte del conjunto de textos que – como el *Nietzsche*, el próximo volumen sobre el curso de San Pablo, y otros aparecidos desde 2018 con el cuarto tomo de *Historia de la sexualidad* – comparte con notas de lectura, borradores, conferencias y demás inéditos las más de 100 cajas del archivo Foucault adquiridas en 2013 por la Biblioteca Nacional de Francia. Otros textos de ese fondo están en manos de Vrin y Flammarion, que vienen de editar, por ejemplo, sus entrevistas radiofónicas.

Son bien conocidos los argumentos generales que, a favor y en contra, se pronunciaron sobre la elusión de la indicación expresa de Foucault de que no quería publicaciones póstumas. En el caso de este conjunto de inéditos, la disposición editorial ha sido publicar escritos que guarden algún grado de autonomía, que contribuyan a clarificar nociones del vocabulario foucaultiano y que puedan ser presentados a sus lectoras y lectores de manera coherente. Este texto se inscribe, así, dentro de las nuevas lecturas que abre el archivo Foucault, promovidas por la letra escrita ahora editada

y que avivan algunos de los usos más establecidos (de la biopolítica por la vía italiana a la gubernamentalidad por la vía anglosajona).

La traducción al español se publicó en la serie Fragmentos foucaultianos, dirigida por Edgardo Castro en la editorial Siglo XXI, y lleva la impronta del traductor de los cursos, Horacio Pons. De modo que este volumen es producto de una doble operación: la edición de un manuscrito autógrafo que Foucault numeró en poco más de 200 páginas y que no había sido concebido como libro, y su traducción al español. La operación es visible en la decisión editorial de mantener las marcas del manuscrito: se han respetado vaivenes, tachaduras, enmiendas, palabras faltantes o de difícil lectura subsanadas entre corchetes o con reposiciones conjeturales. No lleva la clásica bibliografía, sino que glosa un aparato eruditio de notas insoslayables que introducen contextualizaciones, referencias, claves de lectura, asociaciones y desplazamientos. A diferencia de la versión en francés, esta edición incluye un prólogo de Francisco Vázquez García y organiza los 15 capítulos en tres partes. Ambas llevan un anexo con extractos de las notas en cuadernos que acompañaron la escritura (suerte de “diario intelectual”), un apartado interpretativo elaborado por Irrera y Lorenzini

y dispuesto al final (“Situación”), un índice de conceptos y otro de nombres. Todo eso suma desafíos a la lectura de un escrito por sí mismo complejo, y acierta, al mismo tiempo, en favorecer el diálogo con Foucault y con sus editores.

Por lo que sabemos, el escrito fue iniciado en el verano de 1966, en la residencia familiar de Vendevre-du-Poitou, antes de que Foucault se trasladara a Túnez. Es, entre otras posibilidades: un diagnóstico sobre el discurso filosófico dentro del que nos encontraríamos; un análisis arqueológico de la filosofía occidental, de Descartes a Nietzsche, pasando por Kant; una exposición metodológica sobre cómo pensar el pensamiento; la formulación de qué es la filosofía para Foucault.

Aquí Foucault dice que la filosofía es un discurso –esto es, a diferencia de la filosofía analítica, las cosas dichas en una época determinada–, que su tarea actual es el diagnóstico y que la arqueología se propone describir ese discurso. Al hacer eso, escudriña críticamente la representación de la filosofía como saber universal o entidad suprahistórica, como revelación de la verdad, desvelamiento del sentido y redención de la humanidad, como discurso de todos los discursos: descoloca a la filosofía de un supuesto

lugar superior o último en relación con el saber y la resitúa tan solo como un discurso más, en relación con otros y con sus propias condiciones de materialidad. Lo hace atravesando niveles de análisis arqueológico, con sus mutaciones y articulaciones internas que desarmen la quimera filosófica occidental, al menos desde Descartes: para romper con las consideraciones tradicionales sobre la filosofía, la historiza radicalmente.

Los capítulos de la primera parte (“La filosofía y los otros discursos”) están destinados a analizar el surgimiento del discurso filosófico que conocemos y que se stabilizó en el siglo XVII con Descartes, cuando una reorganización discursiva general hizo de la filosofía una figura singular y aislable de otros tipos de discurso a los que estaba anudada (el científico, el ficticio, el cotidiano y el religioso). Describe, así, el discurso filosófico tal como queda conformado tras esa mutación, con sus propias funciones, redes teóricas, tareas y coacciones. Su papel principal es el diagnóstico del presente: un diagnóstico, en tanto su tarea es la de “reconocer, en algunas marcas sensibles, lo que pasa. Detectar el acontecimiento que persiste en los rumores que ya no oímos, porque estamos muy acostumbrados a ellos. Decir lo que se deja ver en lo que se ve todos los días. Sacar a la luz, de súbito, la hora gris en que nos encontramos. Profetizar el instante” (p. 27); diagnóstico del presente en la medida en que, “si se [la] compara con [la] de los exégetas y los terapeutas, sus ancestros y

padrinos, la labor del filósofo parece ahora muy ligera y discreta, delicadamente inútil: el filósofo debe decir tan solo *lo que hay [...] lo que significa ‘hoy’* (pp. 30-31). Ese “ahora del discurso”, o la trádida del “yo-aquí-en este momento” (su situación enunciativa, sus condiciones presentes, su propia realidad) lo abre a una continua reactualización.

La principal modificación interna de ese discurso tiene lugar con Kant, cuya obra –escribe Foucault– constituye “el centro de gravedad de la filosofía occidental entera” tal como se instauró en los siglos XVII y XVIII: implica, tras la destrucción de la metafísica –cuando Dios, el alma y el mundo dejaron de ser objetos (referencias exteriores y estables) para la filosofía y pasaron a ser elementos funcionales dentro de su discurso– la constitución de una nueva ontología a fines del siglo XVIII.

La filosofía concebida como un discurso autónomo tiene, para Foucault, una vida de 300 años, de Descartes a Nietzsche. En el siglo XIX una nueva mutación funda el espacio de su dispersión y conduce a nuestro pensamiento actual. Esa descomposición del discurso filosófico, la pulverización de la filosofía a martillazos, se cifra en el nombre de Nietzsche. La segunda parte (“La filosofía y su historia”) se orienta a historizar ese discurso en su forma poscartesiana, donde la arqueología se distingue de la historia de la filosofía.

Foucault advierte primero que las condiciones de posibilidad de su propio análisis se relacionan con esa

mutación y con la crisis y el vacío filosófico del presente que le corresponde: “El derecho a describir la filosofía como puro y simple objeto que se ofrece a la observación podría fundarse en el hecho histórico de que la filosofía, por lo menos bajo la forma con que la conocemos hasta el día de hoy, está en vías de desaparición [...], de que ya no queda, como fenómeno cultural poco menos que inerte, sino la forma vacía de un discurso inutilizable” (p. 182). Y se propone partir, justamente, de un diagnóstico. Nietzsche es el nombre del pensamiento indiferenciado y anónimo, de la multiplicidad, el pluralismo, la fragmentación: en adelante, la filosofía ya no tiene las características distintivas del discurso singular y asible, funciona en los intersticios, hibridada con otros discursos. Da lugar al filósofo filólogo, historiador, genealogista, “psicólogo” (p. 190).

Desde el momento histórico en que se puede diagnosticar la crisis de la filosofía, en el siglo XIX, se hace posible el enfoque arqueológico. La arqueología es, entonces, la prolongación de la filosofía nietzscheana y se contrapone a la historia de la filosofía entendida como “momento funcional” del discurso filosófico, en sus condiciones de dominio autónomo e independiente, y cuyo papel ha sido el de homogeneizar otros momentos de ese discurso (p. 170). De tal modo, esta clave históricamente situada – asimilable a ciertas formas de la historia intelectual–, no es aquella de la historia de las mentalidades y la historia de las ideas, “hecha de una

continuidad de causas y efectos, [...] determinaciones profundas y [que] va de un origen opaco a la claridad de un horizonte que siempre retrocede”, sino la del “juego de las discontinuidades” que reconoce los intersticios y la heterogeneidad (pp. 172-173).

La última parte (“La filosofía y el archivo”) corresponde a una reflexión metodológica en la que introduce nociones nuevas y elabora otras muy poco usadas en su producción anterior (“archivo”, “archivo-discurso”, “archivo integral”). Es, de algún modo, un primer esbozo del estudio del método que dará lugar a *La arqueología del saber* y, probablemente, la menos precisa en las definiciones (por ejemplo, el archivo-discurso que parecía conducir a Descartes en los primeros capítulos, se disemina en cronologías más amplias en estos últimos).

Con “archivo”, Foucault designa las condiciones de posibilidad que en cada cultura permiten la conservación, el descarte o la prohibición, la selección y la circulación de los discursos. Con “archivo-discurso”, refiere a una realidad de “doble faz”, siempre renovada por la relación de unos discursos con otros y enmarcada en las condiciones que en toda cultura hacen a su

conservación, selección y circulación. Conformado por relaciones complejas entre elementos diversos (actos de habla y formas de discursos, objetos, materiales e instituciones, modos de transcripción y sistemas) define “en una cultura, el presente, el pasado y el futuro, lo verdadero y lo falso, lo útil y lo accesorio” (p. 226).

Claramente, cualquier ambición de totalización de la historia del archivo-discurso es inaccesible. Está hecho de acontecimientos y rupturas, y la disciplina que lo estudia es, justamente, la arqueología.

Finalmente, en la nueva mutación que caracteriza nuestra actualidad, el sistema de archivo se constituye para Foucault como “archivo integral”: una discursividad que es preeminente, ilimitada, anónima y disociada de la subjetividad. “Parece que nuestra cultura –escribe en 1966– emprendió la tarea de conservarlo todo en materia de discurso” (p. 251) y ya no se trata del funcionamiento anterior de la cultura occidental de conservar los discursos, por ejemplo, “para forjarse una memoria”; hoy “todos los discursos tienen derecho al archivo y [...] el archivo [...] solo es el espacio de yuxtaposición de los discursos” (p. 253).

En el verano de 1966, Foucault acababa de publicar *Las palabras y las cosas*. En 1969 aparecería *La arqueología del saber. El discurso filosófico* puede leerse como engranaje entre ambos libros. Esa línea permite encontrar en su producción, paradójicamente, ciertas continuidades antes menos perceptibles, así como discusiones con sus años de formación, diálogos y distancias con los temas que vendrían luego (como el lugar dado al pensamiento griego). Queda por verse qué Foucault es ahora aquel que conocimos, y que ha ingresado él mismo –como le escuché decir a Edgardo Castro– en la dimensión del archivo. Por lo pronto, este Foucault de los sesenta es uno que habla de nuestra actualidad poshumanista y que sigue haciendo del pensamiento una apertura insistente que lo desnaturaliza todo sin ofrecer ninguna respuesta tranquilizadora, antes bien la posibilidad de pensar de otra manera y hacer algo diferente.

Mariana Canavese
Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas / Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Christophe de Voogd,

Dans le miroir de Johan Huizinga. Écrire et penser l'histoire au prisme de la France,

Bruselas, Brepols, 2024, 420 páginas.

“La historia es la forma espiritual a través de la cual una cultura toma conciencia de su propio pasado”. Así definía Johan Huizinga la disciplina histórica en 1929, definición que, si decidísemos traducir en clave presentista, diríamos que allí donde dice “espiritual” deberíamos pensar hoy en “intelectual”, y cuando apela al verbo “tomar conciencia” (o “caer en la cuenta”) podríamos asociarlo fácilmente con los actuales modos de “autopercepción” de una identidad. Sin embargo, una traducción de ese estilo traicionaría los dos planos decimonónicos de historicidad que aún definían su concepción historiográfica: por un lado, el legado diltheyano de las “ciencias del espíritu” –con todo lo que significa en términos de un saber histórico que reniega de la científicidad positivista, pero no de la literatura–, y, por otro, la crisis de la civilización liberal que padecían los historiadores occidentales y cuyo clima de general decadencia no tardó en provocar una suerte de conciencia “europea” más allá de cada identidad nacional. Y tales son, precisamente, los dos ejes principales que, por lo general, ha seguido la recepción de su obra y en cuyo epicentro siempre ha estado *El otoño de la Edad Media*, publicado una década antes de aquel apotegma y, sin dudas, atravesado por ambos exordios.

Sin embargo, tras su muerte en 1945 y pese al reconocimiento que recibió de sus contemporáneos, los estudios sobre su obra han tenido una frecuencia intermitente y no han pasado del mero introito. Más allá de algunos textos dispersos de Jan Romein, Pontien Polman, Werner Kaegi o Lucien Febvre (entre pocos más), de la relativa visibilidad que tendrá su figura gracias a la circulación en inglés de las obras de Pieter Geyl y Karl Weintraub entre los años 1950 y 1960, y de la publicación de las actas de un congreso que tuvo lugar en Groninga en 1972 para celebrar el aniversario de su nacimiento (y del que participaron historiadores de Bélgica, Inglaterra, Francia, Alemania, los Países Bajos y Suiza con conferencias leídas y publicadas en sus respectivas lenguas), lo cierto es que seguía sin aparecer un verdadero estudio biográfico o historiográfico digno de tal nombre. Tres coyunturas fueron necesarias para que tal empresa se produjera. En principio, la publicación de sus obras completas entre 1948 y 1951 (*Verzamelde Werken*), de su correspondencia entre 1989 y 1991 y, posteriormente, el libre acceso de ambas a partir de 2019 en el estupendo sitio *Huizinga Online*, a cargo de la Universidad de Leiden. A este necesario marco material se añade, en segundo lugar, la

profesionalización de la historia de la historiografía a partir de los años 1980 (con la consiguiente pérdida de pudor por parte de la corporación para incorporar las trayectorias individuales de los historiadores como objeto de estudio) y las alzadas posmodernas en favor del lenguaje, el relativismo cultural y la devaluación de la perspectiva internalista de la ciencia, variables harto sensibles a la historiografía cultural de Huizinga. Finalmente, el golpe de gracia lo daría, bajo el amparo del paradigma kuhneano, la emergencia de los neohistoricismos (Stephen Greenblatt, Carlo Ginzburg, Quentin Skinner), con autores que, pese a sus diferencias, confluyan todos en recuperar las voces del pasado reduciendo al mínimo posible cualquier distorsión que impusiera el presente. Así es como llegamos a los años 1990 y al renacimiento de los estudios sobre Huizinga, aunque, por lo pronto, solo aún en lenguas neerlandesa y alemana.

Quien, de algún modo, preparó el terreno para un establecimiento definitivo de la figura de Johan Huizinga en el panteón del canon profesional fue Johan Tollebeek en 1990, con una obra sobre la escritura y la práctica de la historiografía en los Países Bajos desde 1860, que sigue siendo, aún hoy, prácticamente única en su género. De allí en más,

comenzará la andadura reparadora tras una serie de promisorias investigaciones en neerlandés. En 1990, Wessel E. Krul, que intervino en la edición de las *Verzamelde Werken*, publicó un volumen con ocho ensayos biográficos donde asume su historiografía como una estabilidad contemplativa, cual vía de escape ante el aturdimiento de un mundo en pleno cambio. En una época en que la hermenéutica y el narrativismo marcaban el ritmo de varios debates historiográficos (animados, entre otros, por el neerlandés Frank Ankersmit), aparece la tesis doctoral de Mark Kuiper, publicada en 1993, cuyo objetivo es recuperar la idea de “significado” en la obra de Huizinga tras un enlace virtuoso entre la interpretación que fabrican los actores históricos (con hechos y palabras) y la estética historiográfica que busca representarlos. Algunos ecos de estas problemáticas también estarán presentes en la obra de Willem Otterspeer (2006), pero respecto de las relaciones entre ética y estética. En 1996, Léon Hanssen convierte a Huizinga en el paradigma de la crisis de la civilización, a partir de un trabajo que, a diferencia de los restantes, se inscribe en la historia de las ideas. Un año después, Anton van der Lem reconstruirá lo que dio en llamar la “biografía” de una obra que Huizinga publicó en 1941 como “boceto” sobre la civilización holandesa en el siglo XVII. Según Frank van Vree, con las investigaciones de los tres editores de la correspondencia (Krul, Hanssen y Van der Lem) nos

encontramos ante una suerte de trilogía que, gracias a sus diferencias de método, logran cubrir aspectos teóricos, biográficos e intelectuales hasta entonces desatendidos. Lo que hasta aquí tenemos es, entonces, el desarrollo de una corriente historiográfica de estudios sobre Huizinga en neerlandés muy subsidiaria aún del establecimiento de su obra y de las disputas epistemológicas que selló el posmodernismo. Sin embargo, superada esta última moda, el acento “estético” se ha ido diluyendo paulatinamente, algo que la obra de Carla du Pree (2016) puso de manifiesto al releer su derrotero como intelectual público (*publieke intellectueel*).

Por fuera del ámbito nacional, el alemán Christoph Strupp, utilizando las *Verzamelde Werken*, pero también varios textos inéditos y dispersos, consigue abrir en 1999 un nuevo camino de lectura a través de dos aspectos cruciales en Huizinga: el *continuum* de su historia cultural y sus vínculos con la historiografía germana, sobre todo, en relación con figuras como Erich Auerbach, Aby Warburg o Karl Lamprecht, aspecto este último que será ampliamente profundizado por Christian Krumm (2011), pero en dirección opuesta, es decir, a partir de la forma en que la ciencia alemana receptionó la obra, entre otros casos el del historiador filonazi Christoph Steding, que había considerado a Huizinga “enemigo del Reich”. En los últimos años, muchas de las investigaciones de origen neerlandés y alemán en curso suelen publicarse en inglés: ya se trate del dossier

dirigido por Adam Bžoch en la revista *World Literature Studies* (2017) sobre la recepción de Huizinga en Europa central y oriental, la obra colectiva dirigida por Peter Arnade, Martha Howell y Anton van der Lem (2019) que vuelve a leer *El otoño de la Edad Media* a partir de estas nuevas líneas interpretativas, o el trabajo de Thor Rydin publicado por la Amsterdam University Press en 2023, todos buscan romper con la endogamia lingüística y favorecer la difusión científica global, si bien al precio, claro está, de capitular ante la retórica de un inglés estandarizado.

Llegados a este punto, el lector podría preguntarse qué lugar, tras este mapa, ha ocupado la historiografía francesa. Y lo cierto es que su intervención ha sido muy reciente y bastante marginal. De hecho, *Dans le miroir de Johan Huizinga* es el primer trabajo de largo aliento sobre su obra, escrito y pensado en y para el mundo francófono, publicado en Bruselas y producto de una tesis doctoral defendida en 2013 en la Universidad de Leiden bajo el título “Le miroir de la France: Johan Huizinga et les historiens français”. Con ese título, el historiador francés Christophe de Voogd, profesor en el Institut d’études politiques de París (Sciences Po) y antiguo director del Institut français des Pays-Bas, en Amsterdam, acude a una imagen especular utilizada por Huizinga con harta frecuencia: no solo “espejo” (*spiegel*) sino también “reflejo” (*weerspiegeling*) o “reflejarse” (*zich spiegelen*). Asimismo, fue la primera

opción para titular *El otoño de la Edad Media*: “En el espejo de Jan van Eyck” (*In de spiegel van Jan van Eyck*). Pero De Voogd también apela explícitamente al empleo de François Hartog en *El espejo de Heródoto* (1980) para conjugar el doble efecto de representación entre el sujeto herodoteo que observa y el objeto resultante tras la comparación con el mundo escita, percepción que sería análoga a la que Huizinga practica con la historiografía francesa. Con esta referencia, De Voogd asegura la radicación de su obra en aquella tradición, un lugar que ya logró consolidar en 2003 con su *Histoire des Pays-Bas des origines à nos jours*.

Recordemos, además, que *Dans le miroir de Johan Huizinga* cuenta con un solo precedente en esta área lingüística: *L’Odeur du sang et des roses. Relire Johan Huizinga aujourd’hui*, dirigida por Élodie Lecuppre-Desjardin en 2019 (donde De Voogd participaba con un primer avance de su investigación). Pese a la calidad de las contribuciones, esta obra colectiva será publicada por Presses universitaires du Septentrion de la Universidad de Lille, una editorial prestigiosa pero situada por fuera del centralismo parisino y, por ende, reducida en su visibilidad y circulación. Así pues, que las únicas dos obras propiamente científicas en francés sobre Huizinga sean tan cercanas y hayan sido publicadas en Lille (Villeneuve-d’Ascq) y en Bruselas dice mucho sobre los aplazamientos de su recepción en esta lengua.

Precisamente, el primer punto que indagará De Voogd

corresponderá al lugar que Huizinga ocupó en el mundo intelectual francés. De allí las tres “paradojas” que la investigación le ha planteado: la franca asimetría con el mundo alemán (con cuya tradición Huizinga siempre se sintió mucho más identificado), el aire de mutua desconfianza que ha sobrevolado sus relaciones con Marc Bloch y con Lucien Febvre (apenas más estrechas con el segundo que con el primero) y las ambivalencias de su recepción general en Francia que cuenta, a su vez, con tres etapas: un período de profusas traducciones de obras y textos breves (1921-1955), un eclipse de visibilidad hasta 1975, y un tercer período que parte de ese año con la nueva traducción de *El otoño de la Edad Media*. Tres etapas que reproducen los cambios operados en la disciplina histórica por las tres generaciones de *Annales* y que no solo afectaron la fabricación de “objetos, enfoques y problemas”, sino que también administraron la recepción y traducción al francés de ciertas obras según se adecuaran o no a las necesidades epistemológicas de su proyecto historiográfico. En este y otros sentidos, *Dans le miroir de Johan Huizinga* es todo un prodigo de erudición historiográfica que Brepols contribuye a consolidar con una impecable factura editorial que no restringe la extensión de las notas al pie, no escatima en apéndices ni en sistematizaciones bibliográficas. Por su parte, se diría que De Voogd ha recuperado lo mejor de las casi tres décadas con que cuenta la tradición de estudios que acabamos de bosquejar, pero a partir de una auténtica

historia total de Huizinga que incluye y trasciende el marco francés, puesto que también repara, sin apelar al género biográfico, en la intersección de múltiples contextos que afectaron su vida y su obra. A tal efecto, el autor acude a la premisa koselleckiana de la simultaneidad de los diferentes horizontes temporales que cohabitaban en un mismo actor histórico mientras, a su vez, rehúye tanto el anacronismo presentista como el “historicismo reductor”. No cabe duda que De Voogd, en clara continuidad con la tradición francesa, evita afiliarse a una historia intelectual más clásica y, para lograrlo, segmenta la obra en tres partes bien diferenciadas, las articula de forma multiescalar y las dota de un marco teórico propio.

La primera de ellas, deudora de una sociología de las profesiones parcialmente inspirada en la obra de Pierre Bourdieu, pero también en una sociología de los historiadores tal como la practicó Pim den Boer (1987) siguiendo las huellas de Charles-Olivier Carbonell (1976), aborda la situación del contexto universitario neerlandés de fines del siglo XIX y principios del XX, una época donde la profesionalización de la disciplina aún era un proyecto inacabado y donde Huizinga funciona como un estudio de caso. Con ese eje, allí explora tres historias: una historia social donde analiza las variables de su capital cultural desde sus orígenes hasta la consagración definitiva como “el hombre más famoso de Holanda”, una historia de las instituciones universitarias en

cuyo seno emerge un *homo academicus* que debe hacer frente a un *métier* en crisis durante el período de entreguerras y, en fin, una historia política del “patriotismo” de Huizinga como historiador neerlandés, con todo lo que ello moviliza en términos de conciencia nacional, memoria histórica y cooperación internacional. La segunda parte acomete los meandros del mundo intelectual francés. Aquí De Voogd se convierte en historiador de la historiografía, un área en la que no es especialista, pero que maniobra con singular maestría. Tras un capítulo dedicado a los viajes, redes y versiones francesas de sus obras, el autor activa las dos imágenes especulares que Huizinga construyó de Francia a partir de su propia tradición intelectual: por un lado, mediante una interpretación nada complaciente de su historia (la cual, recordemos, siempre ocupó un lugar importante en su obra) a través del análisis de figuras o procesos (Luis XIV, Napoleón, Juana de Arco, la Edad Media, la Revolución francesa o Michelet) y, por otro, subrayando el energético combate que operó Huizinga contra el nacionalismo historiográfico francés, presa de una “galomanía desenfrenada” (sobre todo tras su lectura de Ernest Renan y Charles Seignobos), combate con el cual buscaba preservar la diferencia neerlandesa y promover el ideal europeo. En la tercera parte de la obra, De Voogd reduce la escala e interviene como teórico de la historia, atento a los métodos y técnicas comunes y contrapuestas empleadas por

Huizinga bajo el prisma francés. Tras un estupendo capítulo enteramente consagrado al análisis del “boceto” sobre la civilización neerlandesa del siglo XVII, de 1941, (y parcialmente subsidiario del análisis de Van der Lem que señalamos más arriba), De Voogd elabora un “ensayo de epistemología comparada” entre Huizinga y los fundadores de *Annales* donde reevalúa los principales tópicos asociados: el pragmatismo histórico, las antinomias de la razón histórica, la científicidad de la disciplina, la célebre “historioproblema” y el crucial “malentendido” entre dos conceptos clave que trasuntan ambas historiografías: “mentalidades” y “representaciones”. El último capítulo recupera aquellas nociones forjadas por Huizinga y gracias a las cuales se convirtió en un historiador digno de atención en las últimas décadas: la idea de *aanschouwelijkheid* (que De Voogd traduce como “la evidencia sensible de una imagen”), la distinción entre “forma” (como cambio histórico) y “función” (en tanto permanencia antropológica), la historia como “relato verdadero”, la imbricación entre “ética” y “nostalgia” y una nota final que permite comprender por qué se volvió una figura tan atractiva para el posmodernismo.

Este auténtico tour de force culmina con “diez tesis” sobre *El otoño de la Edad Media* donde de Voogd analiza el uso que Huizinga hizo de las fuentes que tuvo a mano junto con la coherencia retórica y la productividad interpretativa que

arroja la obra, tres variables que toma de la célebre intervención sobre la Shoah de Hayden White, “El entramado histórico y el problema de la verdad” (1992). En los apéndices, se incluyen una cronología biobibliográfica de las relaciones de Huizinga con Francia, la traducción al francés de la advertencia original de 1919 para *El otoño de la Edad Media*, luego eliminada de las sucesivas ediciones pero también de aquellas traducciones (como la francesa y la castellana) que partieron de la edición alemana (1924), la que solo la reprodujo parcialmente. El autor también incorpora la traducción de la austera reseña que Huizinga escribió en 1925 para *Los reyes taumaturgos* de Marc Bloch, así como la que este último redactó para *El otoño de la Edad Media*, ambas de un gran valor documental para la historia de la historiografía. Cabría preguntarse, finalmente, si Johan Huizinga se ha convertido en un “clásico”, interrogante que De Voogd se plantea al principio de su obra e intenta responder hacia el final, un estatuto de perennidad intelectual que siempre parece depender de lo que cada tradición nacional (incluida la propia) haya elegido hacer con una figura y cuánto pueda redituar en aras de legitimar un pasado, real o imaginado. La respuesta, por supuesto, quedará en manos de los futuros lectores.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

Victor Collard,
Pierre Bourdieu. Genèse d'un sociologue,
París, CNRS Éditions, 2024, 447 páginas.

¿Es posible que uno de los autores de ciencias sociales y humanas más citados en los últimos años a nivel mundial sea un “desconocido”? El libro de Collard se propone profundizar sobre el modo en que un “joven filósofo, cuyos orígenes sociales no lo destinaban a un derrotero universitario prestigioso, haya invertido en una disciplina poco valorada como la sociología, y haya devenido una referencia a nivel mundial” (p. 8). El trabajo explora sistemáticamente, a lo largo de siete capítulos, el tránsito formativo de Pierre Bourdieu desde sus primeras instancias escolares hasta su consagración como el sociólogo francés que accedió al Collège de France. Bourdieu, que insistió en la necesidad de atender a cómo las instituciones escolares modelan en gran medida las trayectorias individuales, no había recibido, según Collard, un estudio pormenorizado sobre su propio recorrido por el sistema educativo francés que contribuyera a explicar, a través de este “caso anómalo”, los mecanismos de funcionamiento del campo intelectual en Francia. Si bien la investigación se detiene en Bourdieu, Collard se esfuerza por historizar el rango de posibilidades disponibles para el hijo de una familia de trabajadores de provincia, que aprovechó de un modo singular los horizontes que ofrecieron las experiencias

escolares de la posguerra. Valiéndose de un detallado trabajo en los Fondos Pierre Bourdieu, de acceso abierto desde 2022, Collard, sin embargo, también emplea materiales recolectados en otras instituciones (École Normale Supérieure, Lycée Louis-le-Grand, Collège de France, Maison des Sciences de l’Homme), en fondos de archivos personales de intelectuales que se relacionaron con Bourdieu y en numerosas entrevistas.

El “descubrimiento” de la filosofía por parte de Bourdieu es analizado por Collard a partir de una prospección de la vida escolar inicial, donde el proceso de selectividad operado por el sistema educativo abrió las puertas a quienes carecían de un capital cultural heredado. Resulta especialmente atractiva la sección del libro dedicada a reponer las condiciones del “éxito escolar precoz” de Bourdieu mediante la obtención de las credenciales necesarias para el inicio del ascenso a la vida académica prestigiosa (*Baccalauréat, Terminale*). ¿Cuán paradójico fue ese caso de “movilidad social ascendente” a través de la inversión escolar? Para Collard, las transformaciones en el status social de Bourdieu pueden asociarse a la decisión familiar de apoyar las apuestas educativas en un contexto donde “el reconocimiento” del esfuerzo de los hijos de los

sectores populares franceses les permitió el acceso a las clases preparatorias en París.

La llegada al prestigioso Lycée Louis-le-Grand, su inscripción en el universo intelectual y social de la *khâgne* en París, le permiten a Collard inspeccionar las relaciones establecidas entre Bourdieu y un conjunto de profesores menos reconocidos por su escasa obra publicada que por su dedicación a la docencia, ámbito de sociabilidad en el cual Bourdieu no solo cumplió con el conjunto de textos de estudio obligatorios sino que basó su formación en numerosas “lecturas personales”, aquellas que dilucidan, según Collard, “el uso confiable de las obras”, es decir, una aproximación menos sacralizada a los grandes nombres de la historia de la filosofía en vistas de su ingreso a la École Normale Supérieure (ENS) en 1951.

Acaso fue en esa institución, la más prestigiosa en el ámbito de las humanidades y frecuentada en su mayoría por hijos de las familias de la clase alta francesa, donde Bourdieu se involucró con la filosofía “menos por una vocación” que por una “elección”, en tanto que esa “disciplina reina” se presentaba como la de mayor jerarquía dentro del universo intelectual de posguerra. Las figuras de Louis Althusser, Michel Foucault, Jean Hyppolite, Gaston Bachelard o

Alexandre Koyné le permiten a Collard mostrar cómo el notable interés por la filosofía llevó a numerosos aspirantes, como el caso de Bourdieu, a circular por las aulas de distintas instituciones en una escena intelectual parisina en constante movimiento. La opción de Bourdieu por un tema de historia de la filosofía para obtener su *Diplôme d'études supérieures* (DES), así como su primera investigación universitaria “Leibniz critique de Descartes”, no debería sorprendernos en tanto se inscriben en el universo formativo esperable para su recorrido en vistas a obtener *l'agrégation de philosophie*. El análisis de ese mundo académico ofrece una perspectiva valiosa para comprender cómo se “construía un filósofo francés” en esos años, con trayectorias tensionadas entre la flexibilidad de los cursos disponibles para los estudiantes y las notables exigencias de especialización que la ENS imponía.

El tránsito desde sus años estudiantiles hacia su desempeño como docente e investigador en los años cincuenta es presentado por Collard a partir de las dificultades enfrentadas por el joven Bourdieu para proyectar su carrera académica desde su trabajo en un *lycée* de provincia durante los años de mayor esplendor de Sartre. Lector regular de las principales revistas de la época (*Les Temps Modernes*, *Esprit*, *La Nouvelle Critique*, o *La Pensée*, entre sus preferidas), Bourdieu promovió una serie de acciones para posicionarse en el campo intelectual francés, entre ellas realizar su tesis en filosofía

bajo la dirección de Georges Canguilhem, tesis que tituló “*Les structures temporelles de la vie affective*”. La opción por la dirección de Canguilhem y por dedicarse a la historia y la filosofía de la ciencia, sostiene Collard, permitió a Bourdieu un contrapunto heterodoxo con el existencialismo y la fenomenología, aspecto central para comprender su posición marginal en el campo filosófico francés y su “ruptura disciplinar” de fines de la década.

Resulta especialmente atractiva la sección del libro de Collard dedicada a la “improbable conversión” de Bourdieu a la sociología. El giro decisivo que supuso la experiencia argelina para la carrera académica de Bourdieu comienza con su convocatoria al servicio militar a fines de 1955, a menos de un año del inicio de la guerra. A través de numerosos documentos de archivos institucionales y personales, Collard traza el contorno de una coyuntura fundante de un nuevo estado de posibilidades para ese joven profesor de Filosofía. La aproximación directa de Bourdieu al territorio argelino, su desencuentro con la administración burocrática colonial que conoció por dentro y la cercanía a un conjunto de lecturas críticas de la ocupación francesa permiten a Collard contextualizar la publicación de *Sociologie de l'Algérie*. Incluido en la colección *Que sais je?* de las Presses Universitaires de France en 1958, la historia social de ese libro resulta especialmente importante en tanto repone su recepción en el campo intelectual a través de las

reseñas que le fueron dedicadas, pero también en el análisis que pone en relación el libro de Bourdieu con un conjunto de referencias que van desde la antropología cultural de Ruth Benedict, la sociología comprensiva de Max Weber y, centralmente, la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss.

¿Cuál era la relación entre el joven Bourdieu y la sociología a fines de los años cincuenta? Collard elabora la genealogía de ese vínculo a partir de los cursos que frecuentó en la ENS con Georges Davy y Georges Gurvitch y, centralmente, el curso de Ciencias Etnológicas que validó en el Institut d'ethnologie entre 1951 y 1952, por entonces a cargo del propio Lévi-Strauss y Paul Rivet. De este modo, los cursos sobre “Moral y sociología” dictados por Bourdieu durante su estancia en la Universidad de Argel, sus primeras publicaciones basadas en investigaciones empíricas y la decisiva colaboración con Abdelmalek Sayad resultan aspectos principales para comprender la “conversión” a la sociología. Pero esa transformación no puede comprenderse cabalmente sin el contexto de renovación de las ciencias sociales, cuyo prestigio a nivel internacional se consolidó a comienzos de los años sesenta. El aumento en la cantidad de estudiantes de sociología y etnología, el financiamiento de fundaciones filantrópicas para la realización de trabajo de campo y el interés de las agencias estatales por el “conocimiento de lo social” explican ese nuevo perfil de la disciplina a la que

Bourdieu migró. Lejos de ser una excepción, ese desplazamiento desde la filosofía a las ciencias sociales tuvo una larga historia, indica Collard, remitiendo a los conocidos casos de Émile Durkheim, Lucien Lévy-Bruhl, Marcel Mauss o Lévi-Strauss.

El mayor interés por la sociología en Francia propulsó rápidamente el giro de Bourdieu en su retorno de Argelia. De la mano de Raymond Aron, su inserción en el sistema universitario y científico a lo largo de los años sesenta es una estación más conocida de su trayectoria; sin embargo, Collard se detiene en la reconstrucción del marco de referencias con el que Bourdieu

se vinculó al Centre de sociologie européenne, en cuya sede continuó con sus publicaciones sobre Argelia y desde donde, junto con Jean-Claude Passeron, inició sus investigaciones más reconocidas sobre sociología de la educación. Si bien la relación con su disciplina de formación mutó a lo largo de las siguientes décadas, Collard muestra de manera fehaciente cómo Bourdieu construyó un diálogo estable no solo con las referencias de la historia de la filosofía sino con las discusiones propias de los años sesenta, en síntesis, promoviendo su “cultura filosófica como un capital” como recurso diferencial para

la producción de una sociología reflexiva.

El libro de Collard resulta un notable aporte tanto a los estudios de la sociología de la vida intelectual como a la historia de las ciencias sociales, basado en un imponente relevamiento de diferentes fondos de archivo que permiten iluminar zonas menos exploradas de la trayectoria de una de las figuras más reconocidas del mundo de las ciencias sociales de la segunda mitad siglo xx.

Ezequiel Grisendi
Universidad Nacional
de Córdoba

Alexandre de Vitry,
Le droit de choisir ses frères ? Une histoire de la fraternité,
París, Gallimard, Bibliothèque des idées, 2023, 448 páginas.

“En la tríada de abstracciones que componen lo que Pierre Leroux llamaba “la divisa santa de nuestros padres”, la fraternidad, la pequeñita, es, además, el pariente pobre. La menos empleada, [] la más tardía [] la que tiene unas raíces más someras en el pensamiento de las Luces. Se puede hacer una historia de las ideas de Igualdad o de Libertad en el siglo XVIII, resulta ya menos fácil hacer la de la Fraternidad”. Tal era el diagnóstico que Mona Ozouf ofrecía para la entrada “fraternité” en el *Dictionnaire critique de la Révolution française* que codirigió junto a François Furet en 1988. Y lo cierto es que, al menos para el ámbito de la tradición francesa, no se equivocaba. Una de las pocas referencias con las que Ozouf contó en aquel entonces era *Fraternité et Révolution française, 1789-1799* del historiador y jurista Marcel David, publicado apenas un año antes que el *Dictionnaire*, un trabajo pionero que, básicamente, convertía la fraternidad en un verdadero observatorio para detectar las sensibilidades, las ideologías y la forma que tomó la mentalidad revolucionaria. Solo una década después, Marc Bélissa indagará la tensión entre universalidad y patriotismo de la Revolución en *Fraternité universelle et intérêt national (1713-1795). Les cosmopolitiques du droit des*

gens (1998) a partir de un sofisticado análisis de los discursos revolucionarios y su impacto en el desarrollo jurídico internacional, pero sin que la idea de fraternidad ocupase un lugar central. Fuera de Francia, la idea de fraternidad contó con una atención sostenida, pero circunstancial. En el ámbito español, el filósofo Antoni Domènech publicó en 2004 un ensayo que, en nuestra lengua, tal vez sea uno de los más exhaustivos sobre la cuestión: *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista* (2004), y Ángel Puyol hizo lo propio con *El derecho a la fraternidad* (2017), también en el marco de la filosofía política. Por su parte, la historiografía inglesa disponía de un viejo antecedente tras el artículo de Christopher Hill “The English Revolution and the Brotherhood of Man” (1954), y la academia norteamericana volvió a publicar en 2023, como inevitable pieza de historiografía, un viejo clásico de Wilson Carey McWilliams, *The Idea of Fraternity in America*, cuya primera edición data de 1973. En el marco de esta tradición, cabría sumar la obra de Steven C. Bullock sobre la francmasonería en Estados Unidos, *Revolutionary Brotherhood. Freemasonry and the Transformation of the American Social Order, 1730-1840* (1996), donde ofrece

varias claves para comprender por qué la “fraternidad” (en términos de *fraternity o brotherhood*) nunca logró consolidarse en el canon de los ideales heredados de la tríada revolucionaria.

De regreso al mundo francés, la idea de fraternidad solo comenzará a redimirse con la obra dirigida por Frédéric Brahami y Odile Roynette, *Fraternité. Regards croisés* (2009), a partir de una perspectiva multidisciplinar y ya no solo como subsidiaria de la Revolución, sino tras una búsqueda de sus representaciones desde la Antigüedad clásica, tanto en la literatura como en la filosofía. De algún modo, la historiografía francesa de la fraternidad inicia aquí una nueva etapa, puesto que, a partir de ese momento, los estudios subsiguientes solo compartirán –o bien directamente se apartarán de– la fuerte impronta jurídica que hasta entonces mantuvo la hegemonía en la investigación del término. De hecho, en 2014, Jordi Riba y Patrice Vermeren dirigieron *La Fraternité réveillée* donde se volvían a ajustar cuentas con el término y a dotarlo de mayor historicidad sin que primase ningún cometido teleológico y, en 2022, *Le défi de la fraternité*, bajo la dirección de Marie-Jo Thiel y Marc Feix, reunió las cuarenta intervenciones de un coloquio organizado por la

Asociación Europea de Teología Católica, cuyo objetivo fue recuperar una idea cara al cristianismo desde las comunidades primitivas hasta la actualidad. Cabría agregar, finalmente, el número monográfico de la revista *Inflexions* (2025) dedicado a “La Fraternité”, cuyo primer artículo (escrito por Jean-Pierre Rioux), titulado “Nuestra querida olvidada” (*Notre chère oubliée*), insiste con el acostumbrado lamento que, de Ozouf en adelante, suele anteceder cualquier estudio sobre el concepto.

Sea como fuere y más allá del tono elegíaco –como hemos visto, hoy un tanto innecesario–, es *Le droit de choisir ses frères?* de Alexandre de Vitry la obra que realmente ha conseguido hacer de esa relativa laguna historiográfica un objeto interdisciplinar de larga duración. Sin embargo, larga duración no es sinónimo de exhaustividad ni, desde luego, de universalidad. En cierto modo, el autor logró sintetizar allí algunos de los antecedentes dispersos a partir de la elección de una serie de “momentos”, que comienza con el mundo romano y culmina en el siglo xx. Conviene no olvidar, además, que Vitry es crítico literario (actualmente se desempeña como *maître de conférences* en Literatura francesa de los siglos XX y XXI en Sorbonne Université) y tal es la sensibilidad epistemológica que recorrerá la obra. En este sentido, *Le droit de choisir ses frères?* recupera desde su título la resistencia de Baudelaire al horizonte fraternal de la mera familia para extenderlo a la metonimia de “elegir” a sus hermanos de forma libre,

voluntaria y contradiciendo cualquier imposición del destino. Si bien la obra de Vitry tiene menos de investigación científica que de ensayo erudito (de allí, además, que forme parte de la colección *Bibliothèque des idées*, de Gallimard, y no, por ejemplo, de *Bibliothèque des histoires*), es este género el que le ha permitido cruzar libremente las barricadas disciplinares y elaborar un trabajo más experimental. De hecho, la hibridez de *Le droit de choisir ses frères?* ya es posible encontrarla en esa suerte de ficción prosaica que, sin ser en rigor un ensayo, Vitry publicó en 2014 bajo el título *La conquête de l’Alsace*. Aun así, en *Le droit de choisir ses frères?* también mantiene el tipo de narrativa que ya frecuentó en *L’Invention de Philippe Muray* (2011) y en *Conspirations d’un solitaire. L’individualisme civique de Charles Péguy* (2015), obras de fuerte olfato hermenéutico que recuperan, a su vez, figuras de intelectuales que también han hecho del ensayo su principal género de escritura. Sin embargo, junto con la elección de un objeto relativamente descuidado por la historiografía, lo que convierte esta obra de Alexandre de Vitry en una pieza distintiva es la elección metodológica que ha operado, la cual se bifurca en dos caminos.

Por un lado, el autor opta por una historia conceptual de la fraternidad de corte esencialmente metaforológico a partir, desde luego, de los “paradigmas” trazados por Hans Blumenberg en 1958, método que presenta de manera explícita y formal, sobre todo para la primera parte de la obra

(“*Histoire conceptuelle de la fraternité*”). Allí señala la adecuación metafórica para un concepto que se resiste a la “conceptualidad”, por caso, “a la transparencia racional de un sentido literal o de las ideas puras más abstractas” y, en definitiva, asume “la palabra (*mot*) como imagen”. En este sentido, la “metaforología histórica” de Vitry se quiere oportuna no solo por lo irreductible de la “fraternidad” como metáfora política, religiosa o social, sino también porque paulatinamente se va desvaneciendo la imagen sobre la que se apoya: la hermandad o fraternidad de sangre. En esta primera parte, Vitry propone un extenso recorrido, pero con altos bien definidos: su origen etimológico (muy subsidiario de Émile Benveniste) y su primer emplazamiento en la antigua Roma –donde la rivalidad fraticida entre Rómulo y Remo opera como punto de partida–; el segundo vehículo lexical que desencadena la aparición del cristianismo, sobre todo el de las comunidades primitivas; la evolución “prerrevolucionaria” del término en francés (por la triple vía del protestantismo, la filosofía de la Ilustración y la francmasonería); el momento álgido de una horizontalidad fraternal bajo la Revolución francesa (1789-1795), y aquel otro entre 1830 y 1848 donde el símbolo de la verticalidad imperial se apoderará del término: es esta la “edad de oro” del discurso fraternal, como ya no volverá a repetirse en la práctica política. De allí que, en la segunda parte, Vitry no solo asuma esa desintegración que será recobrada por, o “encontrará

refugio” en la literatura, sino que también cambie ligeramente de método.

Tal es así que en la segunda parte de la obra (“Après la fraternité, la littérature”) Vitry responde a una “historia de las ideas” cual subproducto de la historia literaria (y, en menor medida, filosófica), un tipo de historia que, no obstante, transita toda la obra sin que el autor lo confiese abiertamente. Dos variables, en suma, que en Francia pueden resultar, aún hoy, relativamente novedosas y hasta periféricas, algo particularmente evidente por el lugar que aún ocupa Arthur Lovejoy como horizonte de intelibilidad a la hora de pensar la “historia de las ideas” y no, simplemente, las variables de su “historiografía”. A este respecto, recordemos que Vitry y David Simonetta dirigieron en 2020 una obra colectiva titulada *Histoire et historiens des idées*, donde reunieron las intervenciones de un coloquio celebrado en el Collège de France cuatro años antes bajo el patronazgo de dos cátedras allí alojadas: la de Alain de Libera (*Histoire de la philosophie*

médiévale) y la de Antoine Compagnon (Littérature française moderne et contemporaine), dos soportes que bien podrían definir lo que en Francia se entiende por “historia intelectual” (y a buena distancia de la historia cultural y política de un Jean-François Sirinelli, un Pascal Ory o un Rioux con la cual, en ocasiones, comparte algunas premisas). Más allá de la canonicidad de sus autores, aquí Vitry abordará, en principio, los “dos polos” de la literatura de la fraternidad, Victor Hugo y Baudelaire; luego regresará a uno de sus principales objetos de investigación, Charles Péguy y su defensa de la idea de fraternidad como solidaridad y, finalmente, escapará del contexto francés para encontrar en George Orwell, Albert Cohen o Thomas Mann, entre otros, la clave de los principios que orientan la fraternidad en una época marcada por la guerra fratricida. En conjunto, este gran ensayo opera, construye e imagina su propia narrativa más allá de lo que la realidad pueda deparar con respecto al derrotero de la idea

de fraternidad. Vitry ofrece una suerte de relato épico para el concepto que, a partir de 1848, pierde credibilidad social y debe guarecerse en la literatura, un pasaje que define “de lo conceptual a lo literario, de la actualidad a la inactualidad, de la búsqueda de coherencia a la asunción de contradicciones, de la razón a la sinrazón o a la locura” sin que, no obstante, la aporía de su existencia no contuviese desde su inicio la metáfora de su propia irracionalidad. Frente a los antecedentes que señalamos al principio, la obra deja una impronta valiosa en esa historiografía de la fraternidad. Sin embargo, la idea aún aguarda un especialista que la confronte con otras prácticas más empíricas que permitan trascender lo meramente discursivo y lo meramente francés.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

Dinah Ribard,

Le Menuisier de Nevers. Poésie ouvrière, fait littéraire et classes sociales (XVII^E-XIX^E siècle), París, EHESS-Gallimard-Seuil, Hautes Études, 2023, 416 páginas.

“Ante todo, la poesía obrera no es un género o una variante de la cultura popular cuya historia se podría narrar a lo largo de la gran historia obrera. Es, principalmente, un hecho simbólico, un meteoro que, en la década de 1840, consigue atravesar el cielo de la gran cultura”. Así se expresaba en 1983 el “segundo” Jacques Rancière, es decir, aquel de *La noche de los proletarios* (1981), algo más próximo a las mieles del giro lingüístico y al Stedman Jones de *Lenguajes de clase* que al Thompson de *La formación de la clase obrera*. Y, por cierto, también un tanto diferente de aquel otro Rancière que, con Alain Faure, había compilado *La Parole ouvrière* (1976), una extensa antología comentada, integrada por textos literarios escritos por las clases trabajadoras entre 1831 y 1851. Si esta obra sugería que, como gesto de rebeldía y autoafirmación de clase, los obreros podían adueñarse de una escritura propia de la alta cultura, cinco años después, cuando ese gesto se convierta en una actividad nocturna, Rancière le adjudicará una resistencia inversa: el proletario optará por escindir su producción poética de su producción manual, reinventarse como “poeta-obra” y construir su autonomía individual alejado de la “cultura popular”. Sin embargo, como demuestra la historiadora Dinah Ribard –tras

una década de investigaciones y con una erudición indisputable– en *Le Menuisier de Nevers*.

Poésie ouvrière, fait littéraire et classes sociales (XVII^E-XIX^E siècle), estas “voices desde abajo” del sueño obrero, pero, sobre todo, esta disociación entre creación y trabajo, no son más que una parte de esa historia, una historia que, si bien llegaría a su punto de inflexión en la década de 1840, había comenzado mucho antes, en el siglo XVII y con una figura plebeya y legendaria cuyo nombre terminó sepultado por las historias literarias del siglo XX: Adam Billaut.

Veamos, entonces, en primer lugar, qué tenía aún para decírnos en 1887 el viejo *Diccionario Hispano-American* de Ramón de Montaner y Francesc Simon, o sea, en aquel mismo siglo en que Rancière sitúa la apoteosis de la *parole ouvrière* y en el que Ribard establece el nacimiento de esa voz, pero con una escritura oculta (se copia la cita con su grafía original): “Poeta y artesano francés. Nacido al comenzar el siglo décimoséptimo. Muerto en 19 de mayo de 1662. También se le conoce con el nombre de el *Carpintero de Nevers* y algunos contemporáneos le llamaban *Virgilio con cepillo*. Lo cierto fué que sus extraordinarios y naturales talentos poéticos, nada conformes con lo humilde de su estado, le dieron en su época gran celebridad. El

cardenal de Richelieu le señaló una pensión, le protegió el príncipe de Condé, y hasta Corneille le estimuló con sus elogios. Voltaire le colocó entre los escritores del siglo de Luis XIV. El *Maestro Adam*, como se le llamaba familiarmente por sus amigos, á fuer de hombre de talento superior, aunque no cultivado, puso gran cuidado en no avergonzarse de su profesión, antes por el contrario, hacía siempre gala de ella y algunas de sus composiciones llevan título tomado del oficio á que se dedicaba el autor: tal es por ejemplo la titulada, *Las clavijas del Maestro Adam*, que ha dado asunto á dos escritores contemporáneos para escribir un *vaudeville*”.

Así pues, tal es la imagen del poeta y “carpintero” (*menuisier*) de la ciudad de Nevers (Borgoña-Franco Condado) del siglo XVII quien, doscientos años después, aún podía ser objeto de una rutinaria entrada de diccionario y, por cierto, no solo en lengua francesa como cabría esperar (contamos, entre otros tantos ejemplos, con una entrada análoga de similar extensión en el *Dictionnaire encyclopédique d'histoire, de biographie, de mythologie et de géographie* de Louis Grégoire en 1870), sino también, como se observa, en castellano. Ciertamente, con el *fin de siècle* no solo se detendrá lo que fue un reconocimiento sostenido por parte de los biógrafos e

historiadores de la literatura de Adam Billaut como poeta-obrero, sino también un modo de concebir esa misma literatura como nunca más volvió a pensarse. De allí que Ribard le asigne a su investigación, con toda justicia, ese límite cronológico en el siglo XIX: el habla o la voz (*parole*) “obrera” nace, precisamente, cuando las “letras” proletarias, compuestas por palabras escritas (*mots*) cuyo sinónimo de “literatura”, son finalmente invisibilizadas por el afán taxonómico y en serie del industrialismo. Esta clasificación excluyente tuvo su primer antecedente en el siglo XVII, pero bajo una operación netamente política, en el contexto de las *mazarinades*, los libelos y panfletos que circularon por aquel entonces en contra del centralismo impuesto por el cardenal Mazarino, un tipo de literatura para la cual Christian Jouhaud sentó en 1985 una base perdurable de investigación tras una obra que no tardó en convertirse en uno de los grandes clásicos de la historiografía francesa: *Mazarinades. La Fronde des mots*.

Pero conviene que, previamente, delimitemos el significado de *menuisier*, puesto que no cuenta en castellano con un término simétrico tal como sí sucede con *charpentier* (carpintero) o *ébéniste* (ebanista) y porque, asimismo, arroja más de una pista sobre quién pudo haber sido aquel enigmático Adam Billaut. El célebre *Dictionnaire universel* de Antoine Furetière (1690) ya establecía una diferencia entre aquellos tres términos: mientras el *menuisier* trabajaba la madera de forma artesanal y “delicada”, con

espíritu de orfebrería (como el vidriero o el yesero) para luego convertirla en muebles sofisticados, retablos o fachadas de órganos para las iglesias, el *charpentier* podía elaborar mesas, bancos o taburetes para las casas humildes y el *ébéniste* mobiliario de lujo no solo a partir del ébano, sino de cualquier otra madera seleccionada o exótica. En fin, a diferencia del *charpentier*, el *menuisier* fabricaba, tal su origen etimológico, objetos más pequeños o “menudos” (de hecho, en las láminas de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert su figura aparece sin hacha, pero sí con limas, tenazas, cinceles y cepillos), mientras que aquel, por lo general, se dedicaba al armazón (*charpente*) de las estructuras más grandes y exteriores. En castellano, *menuisier* también se ha traducido como “carpintero de taller” o “de banco” a partir de un oficio que se desdoblaba entre el *menuisier d'assemblage* (ensamblador) y el *menuisier de placage* (ebanista). Todas estas precisiones no son baladíes, sino necesarias para comprender el universo de las artes y oficios del siglo XVII y el lugar que allí ocupaba el tipo de obrero del que nos habla Ribard. Justamente, ante una obra cuyo subtítulo incluye “poesía obrera”, “hecho literario” y, casi como zona de resistencia historiográfica, “clases sociales”, el lector podría preguntarse si estamos ante una historia literaria o una historia social. Pues ninguna de ellas. Si bien Ribard dialoga intensamente con ambas tradiciones, lo que aquí propone es pensar históricamente la literatura y asumir la

segmentación social como operación política: fue la argamasa de “lo literario” la que materializó esa diferencia de clase al dar forma, por primera vez, a un “poeta-obrero” en la esfera pública.

Es por ello que *Le Menuisier de Nevers* no es una “historia literaria” que busque restituir un canon, sino una “historia de lo literario” que intenta explicar cómo ese viejo canon se construye y se va apagando hasta, finalmente, no dejar ningún rastro. Una de las preguntas que se hace Ribard es por qué, pese a una fama tan extendida, las obras de Adam Billaut no volvieron a reeditarse desde 1842, ni fueron objeto, hasta el día de hoy, de ningún serio interés por parte de los especialistas en el siglo XVII. En este sentido, conviene estar atento al uso que la autora hace del concepto “hecho literario” cuya filiación se remonta al “hecho social” durkheimiano, al “fenómeno literario” propuesto por Gustave Lanson a principios del siglo XX y a la historia cultural de lo social de los años 1990, pero que tuvo su acta de nacimiento en el seno del *Groupe de recherches interdisciplinaires sur l'histoire du littéraire* (GRIHL) fundado en 1996 por Christian Jouhaud y Alain Viala en el *Centre de recherches historiques* (EHESS-CNRS), grupo que, actualmente, dirige la propia Ribard. En términos análogos (pero no idénticos) al modo en que Pierre Rosanvallon delimita “lo político”, aquí “lo literario” es una “acción” que circunscribe la textura de la escritura a los usos de un determinado lenguaje en el marco de una tradición cultural por parte de todos aquellos que intervienen

en la producción, difusión y consumo –social y político– de diferentes “literaturas” (y no de “la literatura”), acción que también forja la selectividad que opera un escritor, junto con la recepción y el destino crítico que producen sus lectores⁵. De hecho, ya desde 2003, con su primera obra, *Raconter. Vivre. Penser. Histoires de Philosophes, 1650-1766*, Ribard trataba de esquivar los saberes institucionalizados para rastrear todo lo que la “filosofía” podía ofrecer como literatura durante una época en que las diferencias entre una y otra no eran para nada nítidas.

Por otra parte, si creemos estar ante una historia socio-intelectual, por así decirlo, “desde abajo”, Ribard rápidamente nos advertirá que esta obra “no busca comprender lo que estos hombres han pensado, sino lo que han hecho con palabras así como lo que otros hombres y algunas mujeres hicieron con esas palabras”. Y, en este sentido, es importante volver a subrayar aquí que la historiadora utiliza el término *mots* y no *paroles*,

vale decir que el acento está puesto en la palabra escrita y no en la oralidad o el “habla”, de allí que tampoco estemos ante una historia social de corte estructural ni microhistórico puesto que ninguna podría ofrecerle a Ribard lo que busca: sustraer la poesía de Adam Billaut del simple marco de la “cultura popular” y convertir sus manos en el predicado extensivo de un trabajo, esas supuestas manos de orfebre que Billaut habría utilizado, sin solución de continuidad, para ensamblar maderas delicadas o versos en un poema. “Mis preguntas no se refieren –dice Ribard– a lo que sus poemas (tal como ocurre con otros textos raros y con otros que no son tan buenos) delatan sobre una cultura que ha desaparecido por ser oral, ni a lo que muestran, sin duda mejor, sobre los intercambios entre esta cultura subalterna y la alta cultura de la época”. En suma, no hay aquí ningún Menocchio que aguarde ser descubierto, ninguna voz que necesite ser “recuperada”, sino, en el sentido más lato del término, una historia del trabajo, la de un oficio artesanal, la de una “clase social” que, al producir obras de poesía, desacopla el cepillo del poema. Pero no siempre había sido así. En el siglo XVI (e incluso antes), contábamos con una burguesía urbana que no situaba esta literatura en los márgenes de lo “popular”, sino que fundía y naturalizaba, en el sentido más pitagórico del término, un arte y un oficio, ambos manuales y ambos legítimos. De hecho, antes de que apareciese Billaut en escena, hubo, por ejemplo, carreteros como Auger Gaillard, lapidarios como François

Hamoys, vidrieros como Jacques Sarode o arcabuceros como François Poumerol que también publicaron poesía (y hasta llegaron a “teorizarla” como si tal cosa), pero cuyas obras no suscitaron ningún asombro “social”. Sin embargo, todo cambió en 1644.

Tras la puesta en circulación de un florilegio de poemas titulado *Les Chevilles de M^e Adam* cuyo autor solo se presentaba como *Menuisier de Nevers* sin ningún patronímico, el público reaccionó, por vez primera, de una manera sorprendente: ¿cómo es posible que un carpintero haya escrito poemas de tal calidad? ¿Qué tipo de fuerza lo ha impulsado? ¿Cómo hizo para dominar el arte del verso, el “lenguaje de los dioses”, alguien cuyas competencias son técnicas y, por ende, enteramente terrenales? Tan solo cabía una respuesta: la poesía no podía ser obra del conocimiento, sino de la gracia, de lo extraordinario. Y es aquí donde Ribard nos enfrenta con la fabricación de un “hecho histórico”, un hecho que, producto de una extrañeza muy similar a la que Stephen Greenblatt entiende por “anécdota”, se funda en la separación de dos prácticas: por un lado, la poesía inspirada y, por otro, una suerte de manufactura “literaria”. Sin embargo, la verdad era muy diferente y ya es hora de que la revelemos: Adam Billaut jamás fue un “simple” carpintero.

A lo largo de las siete intensas partes que componen su libro, Ribard nos va relatando una historia que, gracias a su investigación, se expone en profundidad por primera vez: cómo este “poeta

⁵ Sobre los lineamientos de la investigación histórica de “lo literario”, véase Mathieu Hauchecorne y Cécile Rabot, “Penser les écrits comme des actions. Entretien avec Dinah Ribard et Nicolas Schapira”, *Biens Symboliques/Symbolic Goods. Revue de sciences sociales sur les arts, la culture et les idées* (París), nº 3, 2018, así como Judith Caen-Lyon y Christian Jouhaud, “Faire de l’histoire avec la littérature: un parcours”, *Servitudes et grandeurs des disciplines*, París: Gallimard, NRF Essais, 2025. Una de las obras colectivas que mejor definen el perfil del GRHL, tal vez sea *Écriture et action, XVII^e-XIX^e siècle. Une enquête collective* (París, Éditions de l’EHESS, 2016), obra en torno de la cual gira la entrevista a Ribard y Schapira.

obrero” se fue construyendo como una “excepción” a la regla si bien ocultaba, en realidad, su propia confirmación de esa misma regla. A decir verdad, Adam Billaut no era solo una especie de empresario de la carpintería que ocupaba un puesto público como pequeño funcionario en una institución importante de Nevers, la cámara ducal de cuentas, sino que, además, ya había publicado poesía *savante* (por ejemplo, una *Ode à Monseigneur le cardinal duc de Richelieu*) sin que despertase ningún desconcierto. De hecho, el diccionario de Montaner y Simon que citamos más arriba, ya nos advertía que había recibido una pensión del propio Richelieu. Recordemos que tanto *Les Chevilles de M^e Adam* como *Le Vilebrequin de M^e Adam* de 1663 fueron deliberadamente publicados sin su apellido, de tal forma que fuesen las “clavijas”, el “berbiquí” y, en definitiva, su condición de artesano, las que primasen sobre “lo literario”, es decir, sobre las reglas de un arte como la poesía que solo se podía aprender cuando se disponía del ocio necesario para adiestrarse en ellas. De allí que

el *menuisier* enfatizara su ignorancia, su pobreza y hasta la fabricación de zuecos para sus hijos. Tal como señala Ribard, así es como el *Menuisier de Nevers* se convirtió en el tema, en la objetivación principal de la poesía de Adam Billaut, cuya obra saltó a la fama gracias a las 96 páginas de odas que preceden a *Les Chevilles de M^e Adam*, tituladas “*Approbation du Parnasse*” y firmadas por notables poetas como François Maynard, Pierre Corneille o Paul Scarron. Sin embargo, lo que, en realidad, cuenta para Ribard de todas estas operaciones es la confirmación de un orden social que, para ser conservado, necesitó convertir la transgresión de un “carpintero” en poesía virtuosa como “ciencia infusa”. Paradójicamente, hasta el siglo XIX, ha sido Adam Billaut, el menos obrero de los poetas, quien encarnó el modelo de poesía proletaria y no aquellos poetas posteriores que sí representaron su propio oficio con orgullo local. Finalmente, si una obra como la de Ribard, rebosante de poesía, de poetas, de análisis penetrantes sobre la

escritura, no es historia literaria ni social, ¿qué tipo de historia nos ofrece? Una historia sociopolítica de cómo el “trabajo político” (casi diríamos el “obraje” político) ejerce su acción sobre “las pertenencias de clase”. Es más, como señala al final de la obra, no busca comprender “el impacto que la práctica de la poesía ha provocado en la sociología cultural o en las relaciones y clasificaciones de los productores de textos y libros, sino en la experiencia obrera, en la vida política, en la historia de la desigualdad”. Tras cuatrocientas páginas de una brillante investigación histórica que promete renovar nuestra forma de comprender la disciplina, sus métodos y su relación con la literatura, Dinah Ribard tal vez nos haya ofrecido algo más emancipatorio aún: su noble respeto hacia todos aquellos obreros anónimos cuya poesía aún aguarda ser leída.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

Andrés Gattinoni,
El mal moderno. La melancolía en Gran Bretaña. 1660-1750,
Buenos Aires, Miño y Dávila, 2024, 484 páginas.

Este libro es el resultado de una convergencia virtuosa de saberes y destrezas, ejercidos en el campo de los *studia humanitatis*. Se trata de un despliegue de conocimientos y habilidades, por lo menos seculares, si no remontables a lo acometido por los propios antiguos, a cuya perduración y robustez la obra de Andrés Gattinoni contribuye como pocas. Para demostrarlo ahora mismo, me ocuparé de siete puntos:

- 1) el fichero dilatado que acumuló y sistematizó el autor;
- 2) el *corpus* enciclopédico y *aggiornatissimo* de la bibliografía sobre la melancolía en todas sus facetas;
- 3) la cantidad y pertinencia de las fuentes utilizadas, entre las cuales, me atrevo a decir, no ha de faltar una sola referida a ese humor y temple del ánimo entre las producidas en Gran Bretaña, no solo en el período definido desde la cubierta y la portada sino bastante antes, en el Medioevo tardío, en el Renacimiento y en la época barroca, de modo que el título bien podría llevar las fechas 1450-1750 (en este punto, digamos que leer *El mal moderno* puede rejuvenecernos, sobre todo, porque reproduce, después de muchos años, el asombro y el deleite intelectual provocados en nuestros espíritus por la lectura de algún libro colossal de Christopher Hill, *El mundo trastornado, AntiChrist in 17th-century*

England o The English Bible and the Seventeenth-Century Revolution);

4) la fineza del análisis de esa montaña de fuentes, capaz de discriminar y describir cada una de las capas de significados desde la literalidad hasta el simbolismo, desde las emociones a flor de piel hasta los procesos de sublimación sugeridos directamente por los autores estudiados o bien por una hermenéutica legítima, fundada en las palabras y los conceptos ubicados en las temporalidades correspondientes (es decir, los sentidos de las voces del pasado o de los pasados –el siglo xv, el xvi, la Gran Bretaña de la era de sus revoluciones, la de los tiempos de la Restauración, la *Glorious Revolution* y, por fin, la instalación de un régimen parlamentario bajo la hegemonía *whig*–);

5) la pulcritud, la claridad y la elegancia del estilo, tanto argumentativo como narrativo;

6) nuestro aprendizaje de cosas apenas conocidas antes de la edición de esta obra y ahora bien delineadas, *más las cosas nuevas*, insospechadas, que introducen perspectivas o caminos no transitados hasta hoy por la historiografía;

7) la síntesis final que demuestra cómo la melancolía se incorporó a la idiosincrasia británica dentro y fuera del país, al mismo tiempo que mutaron sus contextos, sus articulaciones sociales y sus

contenidos, pues de ser uno de los cuatro humores fundamentales del ser humano terminó por convertirse en una patología, ora de raíz y exteriorización psíquicas, ora de índole moral y finalmente religiosa. Ya al referirnos al pasado de ese sentimiento patético, percibimos a los intelectuales que vivieron en el período enunciado como personas autoconscientes de transitar tiempos modernos, uno de cuyos rasgos emocionales principales, su manifestación psicológica típica, era una forma de la melancolía en constante expansión hacia las regiones más recónditas de la conciencia y de sus acciones cotidianas. Me detendré en un ejemplo de cada uno de estos caracteres, simplemente para justificar mi entusiasmo y demostrar la veracidad, aunque siempre provisoria como en cualquier otro campo científico, vale decir, un fenómeno de expresiones inmateriales pero válido hoy y mañana al inscribirse en el recorrido presente de la disciplina de la historia e imposible de soslayar en el futuro, vigente para la escritura de nuestra disciplina entonces por largo tiempo, no tengo dudas.

1 y 3) El fichero tiene 366 fuentes de época, de más de 250 autores, y 811 libros y artículos producidos por la erudición contemporánea. Es obvio que nuestro autor no pudo haber leído la totalidad de

las producciones de la bibliografía secundaria, pero estoy seguro de que las fuentes han sido recorridas en su totalidad o muy cerca de ello, con una precisión extraordinaria a la hora de traducirlas para entretejerlas en el texto principal. Pero nunca las citas son demasiado largas y apabullantes, sino que su regesto está hecho con especial cuidado hacia la transmisión nítida de las ideas y la concatenación del razonamiento. La sensación, igual que cuanto ocurre con Christopher Hill, es que nuestro hombre ha leído *todo* lo escrito y publicado en el siglo XVII. Entre las fuentes, descuellan Richard Blackmore, Robert Burton, por supuesto, el newtoniano Samuel Clarke, Jeremy Collier, Anne Kinsmill Finch, el pintor William Hogarth, William Lax, Martín Lutero, el platónico Henry More de Cambridge, John Sharp, William Stukeley, Jonathan Swift, Jeremy Taylor, William Temple, Susanna Wesley, Thomas Willis, es decir, teólogos, hombres de letras, médicos y viajeros.

2) El *corpus* bibliográfico abarca las obras de Lawrence Babb, el famoso trío de Klibansky, Saxl y Panofsky, Peter Burke, Angus Goeland, los argentinos Fabián Campagne y Nicolás Kwiatkowski, Anita Guerrini, el ya bien mentado Christopher Hill, Roy Porter, Charles Webster. La mención de estos autores es siempre generosa, pero sin privarse de la confrontación entre ellos o de la crítica propia cuando Gattinoni lo juzga necesario. Algo resulta muy notable: el hecho de que, por cada ítem cuyos desarrollos componen

los capítulos, hay un estado de la cuestión parcial, trátese de temas nodales —melancolía y salvación, las diferencias y articulaciones entre los conceptos de melancolía y *spleen*, el papel de los médicos en las redefiniciones del mal del que tratamos, las diferencias entre melancolía y sufrimiento cristiano, los vínculos entre funcionales y problemáticos de la melancolía y la risa desde la Antigüedad hasta comienzos del siglo XVIII—, trátese de autores que se destacan entre el correr y entremezclarse de los hechos, por ejemplo: el tandem Temple y Collier, el tandem médico Stukeley-Blackmore, Sharp, Blakeway y Samuel Clarke en cuanto concierne a las relaciones complejas, por lo general antagónicas, entre el temple melancólico, los deberes y la moral cristiana. De todos esos personajes, conseguimos saber por qué y cómo sus carreras intelectuales y religiosas se vincularon a las realidades personales de la melancolía.

4) Elijo en este punto un ejemplo notable de la multiplicidad de las perspectivas de análisis, como es la exposición de la concurrencia de filosofía, literatura e imaginación desbordada a la hora de desenvolver los pliegues que aparecen en el tejido de la risa y la melancolía. La historia de Demócrito e Hipócrates en Abdera, reescrita en el siglo XVI por Laurent Joubert, se encadena con los episodios e ideas fundamentales del *Tale of a Tub*, sigue con el diseño de la personalidad espléndida de Tristram Shandy, la semántica de vientos y flatulencias en los textos de Jonathan Swift,

especialmente en *Los viajes de Gulliver*, como signos inconfundibles de la melancolía, para coronarse con los delirios corporales, psíquicos y salvíficos que muestran los casos psicopáticos en que pudieron convertirse las personas melancólicas: seres humanos de barro o de vidrio, personas que se creían animales, individuos que afirmaban haberse comido una serpiente, personas con delirios de grandeza o inferioridad, con delirios de negación del alimento o de la propia vida y, por último, los afectados de melancolía religiosa que ya había descripto Robert Burton.

5) Todo el texto está recorrido por un estilo nítido de frases principales sin aposiciones innecesarias y con una sola subordinada, sea esta introducida por un pronombre relativo o bien por una conjunción, que puede ser adversativa, temporal, espacial, modal..., pero raramente más de una, gracias a lo cual el estilo resulta claro y atractivo. Esta sintaxis domina la totalidad del texto de Gattinoni, si bien, en el caso de los fragmentos traducidos, nuestro autor intenta mantener la sucesión del original y lo hace con una habilidad notable, pues conserva las complejidades de la prosa de época, caracterizada por cierta complicación propia de la literatura barroca. Creo que los mejores ejemplos de todo este entramado lingüístico y gramatical se encuentran en el bello *Glosario crítico* del final, consagrado a definir el vocabulario del saber acerca de la melancolía, los cambios semánticos de cada palabra-concepto y, de tal suerte, describir la deriva de los significados. En este caso, se

advierte la pertinencia de la ubicación de las citas de fuentes y no molesta en absoluto el acto de remitir al nombre del autor, a los títulos originales y a las coordenadas de la edición consultada en las notas abundantes a pie de página. Uno puede leer el contenido de la nota por vasto que sea sin perder el hilo del texto principal.

Sospecho que Gattinoni ha tenido en cuenta el ejemplo insuperado del sistema de exposición y notas utilizado por Pierre Bayle en su famoso *Dictionnaire historique et critique*.

6) Acerca del aprendizaje de fenómenos históricos que, probablemente, muchos de nosotros conocíamos de mentes y de modo impreciso, resulta asombrosa la reunión de tres figuras en el capítulo destinado a la cuestión del “sufrimiento ortodoxo” y de la melancolía religiosa –John Sharp, Robert Blakeway, Samuel Clarke– que se asocian con facetas distintas del fenómeno histórico y conceptual: la cura de los afligidos mediante el sacramento en la Iglesia anglicana, la definición del deber cristiano perfecto que arrincona y dispersa el pesar de los melancólicos y, por último, la concentración de la experiencia cristiana en el

acogimiento y la práctica de una religión centrada en la virtud. En cuanto al conocimiento de *cosas nuevas*, consideremos el despliegue del tema de la risa como curación de la melancolía entre lo que Gattinoni llama, por una parte, el “gabinete de monstruosidades” y desarrolla, por otro lado, en la curiosa y exhaustiva tabla de las píldoras y antídotos contra el mal moderno de los británicos.

7) En el epílogo, Gattinoni es muy astuto a la hora de llamar a la melancolía de los ingleses “un mal intraducible” para terminar su enjundiosa investigación histórica. En primer lugar, en 404 páginas, no tengo dudas de que nuestro autor ha explicado enciclopédicamente qué cosa es aquella inflexión particular del humor clásico, del temple de ánimo, del pecado cristiano y de la enfermedad somática y psíquica que la ciencia del alma o de la mente todavía hoy llama con el nombre de “melancolía”. De manera que ha explotado con creces la que Barbara Cassin señaló como una manera de sortear las dificultades de los intraducibles: la descripción explicativa del campo de una palabra, tal cual nos la proporciona el diccionario. El colofón es, quizás, un intento de reeditar la *subtilitas applicandi*

en procura de demostrar el vínculo entre el estudio del pasado y las angustiantes perplejidades del presente, provocadas por la última pandemia. Así es como el parágrafo del final replantea el objetivo de Hans Blumenberg de dar respuesta a la cuestión de la originalidad histórica y de la legitimidad existencial y colectiva de la modernidad: “El estudio de la historia no puede contener epidemias ni sanar a los enfermos. Su utilidad es más modesta, pero no menos relevante. De sus frecuentes visitas al país extraño del pasado, trae una mirada que desnaturaliza los presupuestos del presente y relativiza sus excepcionalidades. En tiempos en que nuevas epidemias se presentan como el costo de la modernidad, la perspectiva histórica permite pensar críticamente esos diagnósticos. Pues ellos no ponen en juego únicamente teorías y representaciones acerca de la enfermedad o la salud, sino también ideas sobre ‘la legitimidad de los tiempos modernos’” (p. 404).

José Emilio Burucúa
Universidad Nacional
de San Martín

Natalie Zemon Davis,
Ficción en los archivos. Relatos de perdón y sus narradores en la Francia del siglo XVI,
traducción del inglés por Eugenia Gay,
Buenos Aires, Prometeo, 2024, 225 páginas.

La traducción de *Fiction in the Archives. Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth Century France* (Stanford University Press, 1987) se suma tardía pero gratamente a la biblioteca de libros clásicos de la historia cultural en castellano. Como bien notan las autoras del estudio introductorio (Débora D'Antonio, Valeria S. Pita y Cristiana Schettini), la primera edición de la obra había tenido lugar en el contexto de la crisis disciplinar lanzada desde el llamado “giro lingüístico”, desafío que Zemon Davis convirtió en uno de los motores fundamentales de su producción historiográfica. Casi cuarenta años después y a la luz de las penurias que enfrentan la historia, las humanidades y las ciencias sociales (problemas de confianza, valoración e, inseparable de ambos, financiación), esos tiempos de crisis, contiendas u oportunidades epistémicas despiertan menos temores que añoranzas. Pero más allá de esta diferencia contextual, el despliegue de un método inteligente y sistemático para relevar fuentes e historiografía, en un diálogo lúcido con la teoría literaria y la antropología, siguen ofreciendo en esta obra un ejemplo encomiable de análisis histórico que encontrará nuevos lectores y lecturas.

Ficción en los archivos está dedicado al análisis de las cartas de remisión producidas en

Francia durante el siglo XVI, documentos firmados por los reyes franceses en los que concedían perdón a homicidas (los “suplicantes”) que solicitaban la misericordia regia. Para que el pedido prosperara, el crimen debía ser perdonable bajo la ley francesa (fundamentalmente, no debía ser premeditado) y se exigía de los suplicantes un relato sincero del crimen que los secretarios reales ponían por escrito para presentar al monarca. Si el perdón era concedido, debía, luego, ser ratificado ante los tribunales reales, donde los suplicantes volvían a relatar el crimen ante jueces que podían confrontar sus testimonios con las cartas y con otras informaciones y testigos. Este fondo documental ya había sido utilizado (incluso por la propia Zemon Davis) para analizar problemas vinculados con el conflicto social, pero, en el centro mismo de las discusiones que el giro lingüístico había traído a la historia, la autora lo confrontó con nuevas preguntas, relativas esta vez a lo que llamó “ficción”: las estrategias narrativas desplegadas por los acusados para construir sus relatos de remisión. Con este término, Zemon Davis no se refiere a las imposturas que podrían albergar esos testimonios, sino a la acción de dar a los eventos pasados la forma de una historia, de narrativizarlos. Es quizás con

esta definición que el texto revela con más claridad su marca de origen. Zemon Davis justifica su elección en algunas acepciones del verbo latino *ingo* –de donde deriva la palabra– y en los estudios narratológicos contemporáneos de W. J. T. Mitchell, Hayden White, Gérard Genette, Roland Barthes y Paul Ricœur, entre otros. En efecto, *ingo* es un verbo en extremo polisémico sobre el cual la autora realizó una operación de restricción semántica: tomó las acepciones vinculadas con “hacer dando forma” o “moldear”, dejando de lado aquellas ligadas a “inventar, falsificar” o “ fingir y simular”.¹ La operación resulta dudosa en la medida en que el sentido actual del término ficción, ligado a lo fingido, la invención libre o a relatos imaginarios,² ya se había cristalizado en el curso de la modernidad temprana: Sebastián de Covarrubias definía “ficción” como “cosa fingida o compuesta por fábulas, o los argumentos de las comedias, a fingiendo”.³ Ya

¹ Peter Geoffrey William Glare (ed.), *Oxford Latin Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 2da edición, 2012, pp. 770-771.

² Véanse las definiciones de la RAE, el OED y el *Dictionnaire de l'Académie française*.

³ Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana, o española...*, Madrid, Luis Sanchez Impressor del Rey N. S., 1611, f. 400v.

en el mismo contexto de la primera edición de *Ficción en los archivos*, Lawrence Stone (a quien va dedicado el libro) juzgó que el uso de la noción mellaba el valor de la obra.⁴

En nuestros días, la inadecuación del término persiste, y esto al menos por dos razones. Por un lado, debido al creciente refinamiento de las herramientas de análisis relativos a la condición textual de los documentos convertidos en fuentes históricas y de la propia escritura histórica, aspectos en los que Zemon Davis realizó importantes contribuciones. Por otro, a raíz de la superación del contexto polémico en que el libro fue producido: el uso de la noción de ficción pretendía ubicarlo en el marco de discusiones más amplias y situadas de la época, entrelazándose con el propio derrotero de la autora como promotora y asesora del filme *Le Retour de Martin Guerre* (1982) y como autora de una monografía dedicada al caso (1983). Aun cuando la equiparación de cualidades literarias, ficcionales y narrativas es problemática, lo cierto es que no afecta ni la argumentación ni los resultados del programa de investigación planteado por Zemon Davis. En primer lugar, porque su diálogo con los estudios literarios contemporáneos se estructuró a través de preguntas para formular a las fuentes y no por la adopción de modelos

explicativos o determinantes. En segundo término, por el profundo y sistemático relevamiento de fuentes que se despliega a cada paso de la exposición. Finalmente, debido al aprovechamiento pleno de estudios previos que sostienen la argumentación, aportando ejemplos, comparaciones o matices. Estos dos últimos puntos pueden verse fácilmente en las profusas notas al pie, cuya ubicación –acertadísima decisión editorial– facilita su apreciación.

Volviendo al contenido de la obra, el objetivo principal del estudio es reconstruir la capacidad y los estilos narrativos de las personas del siglo XVI a través del estudio de las cartas de remisión y de los vínculos que pueden establecerse entre estas y textos célebres de autores como François Rabelais, Margarita de Navarra, William Shakespeare o Bonaventure des Périers. Con ello, la autora es capaz de ponderar lo que podríamos llamar “capital narrativo”⁵ de la sociedad francesa del siglo XVI, considerando retóricas de lo verosímil, valoraciones de los relatos y variaciones de estilo según divisiones sociales y de género. El primer capítulo del libro se titula “El tiempo de la narración”. Allí se describe el procedimiento de solicitud de una carta de remisión,

señalando las varias instancias que debían sortear relato y suplicante. Todas ellas implicaban una revisión del testimonio del homicidio cometido, donde la verosimilitud de lo narrado era esencial para la obtención del perdón. A continuación, la autora evalúa hasta qué punto las estrategias narrativas halladas en las cartas de remisión deberían atribuirse a los notarios del rey o a los homicidas, salidos de todos los estratos sociales de la sociedad francesa del momento. Esta es una pregunta necesaria para establecer la representatividad de este fondo documental respecto de las estrategias narrativas de los suplicantes, en especial cuando eran campesinos, miembros de la plebe urbana, artesanos o comerciantes. Zemon Davis afirma que se trataba de documentos de autoría colectiva, pero donde la voz de los suplicantes daba forma al testimonio. La consideración de la existencia de distintos escenarios de narración populares (*veillées*, espacios laborales, tabernas e, incluso, el acto de confesión) y la función político-social de los relatos de perdón (en especial en relación con la construcción de la autoridad regia y el establecimiento de la paz social) sostienen la apreciación de esa preponderancia.

Los dos capítulos restantes analizan el despliegue de estrategias narrativas en clave de género, aunque el segundo “Hombres iracundos y defensa propia”, refiere rasgos comunes entre las cartas de remisión de hombres y mujeres. Entre ellos se destaca la profusión de detalles y descripciones vívidas,

⁴ Natalie Zemon Davis, “A life of learning. Charles Homer Haskins Lecture for 1997”, *American Council of Learned Societies*, nº 39, 1997, p. 21; “The Historian and Literary Uses”, *Modern Language Association*, 2003, p. 25.

⁵ Stephen Greenblatt formuló el concepto de “capital mimético” para englobar el “stock de imágenes, junto a los medios para producirlas y hacerlas circular de acuerdo con las fuerzas del mercado predominantes”, en *Marvelous possessions. The wonder of the New World*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, p. 6. El libro está dedicado a nuestra autora y al poeta Robert Pinsky.

como un mecanismo privilegiado para generar un “efecto de lo real” en sus relatos.⁶ En lo concerniente a las narrativas de remisión de hombres, la ira (*chaude colle*, la bilis ardiente) solía tener un lugar central como explicación-justificación del crimen. En algunos casos, las referencias al contexto ritual-festivo o histórico podían agregar otra capa de verosimilitud y coherencia al relato. Por último, se destaca cómo la condición social del suplicante solía estructurar sus relatos en términos de motivación, escenario, arma homicida y víctima, incluso en los casos de adulterio que atravesaban todo el conjunto social. En este capítulo, Zemon Davis se formula una pregunta fundamental para evaluar el valor social de las narrativas de perdón, fueran de hombres o de mujeres: ¿era suficiente o necesaria una buena historia para obtener el perdón real en una sociedad de privilegio como lo era la francesa en el siglo XVI? Así como la autora encontró historias atrapantes, también halló otras que carecían de esos méritos y que resultaron en el perdón real, en particular cuando se trataba de personas cercanas a la corte. Estos últimos eran, no obstante, casos “excepcionales” que darían testimonio, no de lo superfluo de una historia de perdón bien construida, sino de la dinámica de una sociedad del

Antiguo Régimen respecto de la distribución de los favores reales. El análisis del conjunto destaca, por lo demás, la necesidad de un relato verosímil y coherente capaz de pasar con éxito distintas objeciones y que sirviera para sostener el apoyo de la comunidad del suplicante, fuera la corte, su aldea, taller o parroquia. Junto a ello, debía ajustarse al “juego del rey”, es decir, al despliegue público de la autoridad real basada en la respuesta a la súplica.

El último capítulo, “El derramamiento de sangre y la voz de la mujer” se concentra en las cartas de remisión solicitadas por mujeres. Mucho más reducidas en número, más homogéneas en edad y estatus social que sus pares hombres, las suplicantes no podían aprovechar las explicaciones dadas habitualmente por ellos (como la ira o la embriaguez). Debían por tanto apoyarse en la descripción minuciosa de los eventos que llevaron al crimen, construyendo sus narraciones a partir de elementos propios de su rol de género: la familia, el honor sexual y la herencia, en situaciones más cotidianas que festivas y más hogareñas que laborales. El análisis de relatos de asesinatos entre mujeres resulta en especial interesante, ya que atribuye sus escasas cualidades narrativas a la carencia de relatos modelícos que abordaran las peleas físicas entre mujeres como un tema serio y no cómico.

La publicación en castellano de *Ficción en los archivos* puede pensarse como un homenaje a su autora a poco

más de un año de su muerte. Pero sin duda lo es a una historiografía que tomó lo mejor de los desafíos del giro lingüístico, poniéndolos a trabajar en función de un programa plenamente historiográfico. Esto dio como resultado un conocimiento más claro de la distribución de las técnicas narrativas en la sociedad francesa del siglo XVI y la constatación de los vasos comunicantes que unían a la baja y alta cultura en la puesta en escena de la autoridad regia. Además, echó una luz temprana sobre la creciente ansiedad establecida en torno a lo creíble, lo verosímil y su representación en la modernidad temprana, preocupación que atravesaba *faits divers*, relatos de viaje a ultramar, reportes de experimentos, producción de imágenes, obras literarias y pedidos de perdón, entre otros géneros y campos. Por último, su indagación relativa al valor cognitivo y explicativo de la narración, sea en relación con los testimonios del pasado como con la propia escritura de la historia, sigue siendo de fundamental importancia. Por todo ello, tener en nuestras manos *Ficción en los archivos* (además editado en la complejísima coyuntura que atraviesa la Argentina) constituye una fuente de alegría.

María Juliana Gandini
Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales /
CONICET / Universidad
Nacional de Luján

⁶ Roland Barthes, “L’effet de réel”, *Communications*, vol. 11, nº 1, 1968, pp. 84-89.

Gabriel Entin y Jorge Myers (editores),
Itinerarios de un metaconcepto. La comunidad en el siglo XIX latinoamericano,
Madrid, UAM ediciones, AHILA, Colección Estudios de Historia Latinoamericana n° 17,
413 páginas.

En la introducción, los editores nos aclaran que el libro es el resultado de diversos encuentros académicos organizados desde 2019 por el Grupo Conceptos Políticos Fundamentales del proyecto “Iberconceptos III”, dirigido por Javier Fernández Sebastián. Y ese diálogo que entrelaza disciplinas y miradas críticas está presente en la obra gracias a un plan metodológico preciso. Es decir, el libro presenta un trabajo mancomunado que busca iluminar mecanismos culturales y de poder sobre dinámicas comunitarias invisibilizadas por estudios historiográficos y críticos previos.

En todos los capítulos se destacan dos aspectos primordiales: por un lado, la persistencia de un sector de la población en sentar las bases de una comunidad por venir, que actúe como escudo y refugio de unos miembros dispersos o no tenidos en cuenta por un sistema de poder. Por el otro lado, la imbricación entre fundación de comunidades y el uso estratégico de la escritura: sea a través de constituciones, de discursos, de polémicas, de la prensa periódica o de recursos de la edición e impresión. A su vez, los trabajos de esta obra colectiva buscan “desenredar” el solapamiento o juntura semántica del concepto de comunidad con el de otros

términos en uso durante el siglo XIX, como lo fueron los de “Estado”, “república”, “sociedad”, “soberanía”, entre otros. (p. 19).

Los casos que recorre este libro demuestran que las categorías de *ciudad letrada* de Ángel Rama (1984) y de *comunidades imaginadas* a través de un capitalismo impreso de Benedict Anderson (1983) siguen siendo germen de investigación sobre los vínculos entre el poder y los productores de discursos escritos en el siglo XIX latinoamericano.

La introducción presenta una genealogía de carácter filosófico-histórico del término *comunidad* como sustrato inescindible de todo agrupamiento humano que procura su legitimidad (sea política, cultural o jurídica). Entin y Myers destacan el aspecto demandante de la comunidad, que requiere del accionar constante de los seres humanos: “no existe por ella misma, sino a través de las acciones que la instituyen, la conservan y la transforman” (Entin y Myers, p. 10).

Los editores articulan la obra en tres nudos temáticos (“constituciones”, “heterogeneidades”, “ciencias”) y un epílogo. La configuración de cada nudo va de la mano de las etapas del armado y mantenimiento de las comunidades latinoamericanas y no de criterios cronológicos o

progresivos. De esta forma, observamos problemáticas recurrentes de comienzos del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX sobre el sostenimiento de comunidades legítimas, y que pueden resumirse con una frase extraída de la introducción del libro: “el común no es sinónimo de unidad” (p. 18).

El primer nudo temático se centra en la constitución de comunidades políticas. En este apartado, el trabajo de Gabriel Entin reflexiona sobre las dificultades que atravesaron los líderes militares como José de San Martín y Simón Bolívar a la hora de construir soberanías políticas en Sudamérica con miras a terminar el ciclo revolucionario e instaurar tiempos de orden. El autor estipula una diferenciación entre los períodos revolucionario e independentista: para el segundo momento son necesarios representantes capaces de abstraerse del teatro de los sucesos y establecer el llamado a congresos para la construcción de constituciones republicanas.

En sintonía con el aporte de Entin está el de Francisco Ortega, quien analiza el fenómeno de asociacionismo entre los vaivenes de los lenguajes políticos republicanos del federalismo y del centralismo en el espacio de Nueva Granada durante el

período de 1808 a 1816. A través de la categoría de la *gramática de la diferencia social*, observa cómo el lenguaje tradicional del Antiguo Régimen y los forjados por el republicanismo se superponen de forma estratégica en la prensa periódica (de la mano del letrado Antonio Nariño) y en la figura de representantes políticos (Simón Bolívar). Consideramos que por momentos la mirada localista sobre Nueva Granada, o americanista, deja de lado los puentes que se forjaron en los años de 1810 a 1815 entre las ciudades de Londres, Cádiz y diversas ciudades americanas. Esa mirada trasatlántica le permitiría observar que las lecturas que realiza Bolívar sobre Las Casas se encontraban mediadas por escritos de fray Servando Teresa de Mier en Londres, y que iban de la mano de las reflexiones que diversos emigrados americanos gestaron en relación estrecha con la intervención de Gran Bretaña en las negociaciones entre España y los territorios americanos. De hecho, la reivindicación que realiza Bolívar en 1815 y 1819 de la metáfora de una “constitución antigua”, en rechazo al sistema federal, era ya un tema recurrente en varios escritos de la prensa londinense y de publicaciones de dicha ciudad (como fue el caso de la *Historia de la revolución de Nueva España*, que fray Servando Teresa de Mier publica en Londres en 1813).

El trabajo de Jockyman Roithmann sobre Rio Grande do Sul en la década de 1835-1845 analiza las conexiones que se dieron en esa provincia brasileña entre el concepto

polisémico de patria con el metaconcepto de comunidad. En particular, el autor analiza las fisuras entre los intereses brasileños y portugueses. En vínculo entre la lectura particular y la general, este capítulo dialoga con el de Gerardo Caetano, cuya hipótesis de trabajo es que el metaconcepto de comunidad se encuentra como sustrato de las diferentes propuestas y luchas que se dieron en Uruguay a fines del siglo XIX y comienzos del XX entre “ciudadanía” y “pueblo”. Para ello, trabaja con los virajes y discursos políticos del letrado uruguayo Martín C. Martínez para probar que el tránsito democratizador de sus ideas políticas e institucionales lo transforma en un actor-pivote para la formación de una comunidad entrelazada con la soberanía popular.

En relación con las heterogeneidades, eje de la segunda parte del libro, observamos que los autores se concentran en aquellos grupos o tramas silenciados por el discurso oficial estatal. Inés de Torres indaga sobre las formas de comunidad alternativa a la nacional y romántica forjada por la prensa de hombres, propia de una comunidad imaginada como la entiende Benedict Anderson. Para ello, toma el caso de Juana Manso de Noronha para rescatar las redes transnacionales entre mujeres que se daban a través de los mecanismos de la prensa, la educación y la correspondencia en el Río de la Plata y en Brasil. De Torres prioriza las comunidades de interpretación por sobre las comunidades nacionales para rescatar las conexiones de sectores expulsados de la

literatura nacional o del discurso oficial. En diálogo con esta lectura, se encuentra el trabajo de Ori Preuss, quien analiza los vínculos entre americanismo y comunidades de interpretación transnacionales. Este investigador se concentra en los trabajos de Andrés Bello y de Domingo Faustino Sarmiento, sobre todo sus aportes como periodistas, para sostener que es necesario ampliar las fronteras de estudio de la ciudad letrada para que adquiera latitudes continentales o pannacionales. Si bien su trabajo se centra en los años de 1810 a 1850, lo cierto es que los escritos de Bello y de Sarmiento que trabaja son propios del período de independencias y posterior configuración de naciones locales. Durante el período revolucionario (1810-1824) no existía una fricción entre patria local y patria americana. De hecho, los letrados revolucionarios recurrían de forma alternativa a una y otra en sus escritos, sin que existiera una problemática específica entre la pertenencia a una comunidad local y a una americana.

Los trabajos de Jorge Myers, Magdalena Cámpora y Matías González se encuentran imbricados por rescatar estrategias discursivas, retóricas y editoriales (en el caso de Cámpora) usadas por ciertos sectores para hacerse un lugar en el sistema cultural local. Myers analiza el caso de la comunidad de la plebe de artesanos en Nueva Granada luego de la Revolución del 7 de marzo de 1849. Este sector concibe la lucha política como la apropiación y rearticulación

de armas retórico-discursivas del sistema letrado para defender su honor social. Matías González, por su parte y en el mismo período de análisis que Myers, estudia la configuración de un imaginario colectivo del mundo artesanal que sitúa y contextualiza sus derechos y procura la defensa de los trabajadores. Finalmente, destacamos el aporte de Magdalena Cámpora, quien nos brinda una original mirada sobre las estrategias editoriales de Sarmiento a la hora de confeccionar y divulgar en París su obra *Facundo* (1845). Esta investigadora se concentra en la labor periodística de este letrado y en sus vinculaciones con las novedades publicitarias de Europa. Sarmiento en su escrito confecciona tipos sociales sobre una comunidad por venir de la campaña argentina, en pleno diálogo con el éxito de ventas y la fuerza satírica de las fisionomías del librero-editor Gabriel Aubert, de París.

En relación con la tercera parte del libro, los estudios giran en torno a la problemática de las ciencias. Encontramos aquí el capítulo de Clément Thibaud, quien lleva al plano de la historia natural los dilemas sobre la ciudadanía y la comunidad política en el contexto de la Nueva Granada de 1800 a 1820. Es de remarcar el aporte que realiza este investigador a la hora de plantear cómo el concepto de “civilización” debe ser entendido como un fenómeno tanto natural como cultural a través del nuevo dispositivo

hermeneútico que nace en Escocia. Su hipótesis de trabajo es que los conocimientos naturalistas se destinaron a repensar las comunidades republicanas durante y después de las independencias hispanoamericanas.

Los aportes de Edward Blumenthal y de Pilar González Bernaldo se focalizan en las fronteras porosas del discurso jurídico-legal para analizar qué sucede con aquellos grupos que contribuyeron a ampliar y repensar los límites de las comunidades políticas locales. En el caso de Blumenthal, se concentra en las figuras jurídicas del asilo, el destierro y la expulsión para mostrar su incidencia en las comunidades políticas de América del Sur. Para ello, recurre a las fricciones entre las leyes y políticas nacionales de seis países sudamericanos para explorar cómo los mecanismos de regulación de los flujos migratorios políticos influyeron en la forma de imaginar sociabilidades, y considera necesario el estudio de la formación de una comunidad política latinoamericana. González Bernaldo, por su parte, analiza los escritos que Juan Bautista Alberdi produce desde París, en los que este letrado bregaba por la extensión semántica del concepto de nacionalidad al introducir el sentido jurídico y poner en tensión los límites territoriales con los de fluidez marítima. A esta línea de análisis, Bernaldo suma las propuestas de Sarmiento para trabajar la categoría de “nacionalidad

americana” y centrarse en una genealogía olvidada de la comunidad política, que va de la mano de partir del derecho marítimo para entablar el diálogo necesario con el derecho de nacionalidad.

El epílogo del libro lo escribe Quentin Deluermoz, quien construye una perspectiva arqueológica y comparada entre Europa y América Latina durante los siglos XIX al XXI en torno al concepto de comuna y sus vínculos con el de comunidad. Para ello, toma el modelo de la Comuna de París de 1871, que sedimenta varias memorias y proyectos que responden a temporalidades e intereses diferentes y que respaldan las reivindicaciones de legitimidad en el transcurso de los acontecimientos de tensión social.

A modo de conclusión, estamos frente a un libro que abre nuevos caminos críticos y que pone en diálogo diversas disciplinas científicas, como también protocolos de lectura académica. Más allá de ayudarnos a hacer tangible el metaconcepto de comunidad en los discursos y polémicas del siglo XIX latinoamericano, esta obra nos invita al trabajo interdisciplinario para abordar problemáticas comunes (tanto sociales como culturales y políticas) sobre el espacio latinoamericano en su totalidad.

Mariana Rosetti
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Mariana Rosetti,
Letrados de la independencia. Polémicas y discursos formadores,
Buenos Aires, Clacso, 2023, 323 páginas.

Como toda buena producción de historia intelectual, el libro de Mariana Rosetti se posiciona en una perspectiva interdisciplinaria. Como lo expresa en su presentación, a lo largo de sus páginas confluyen la literatura y la historia política y cultural a través de un minucioso análisis de los diversos discursos que integran el corpus de la investigación. En su despliegue nos ofrece un detallado abordaje de las diversas categorías utilizadas en estudios previos sobre la labor letrada en los procesos de las independencias hispanoamericanas, acompañadas de sutiles críticas que le permiten reformularlas en diálogo con los aportes de su trabajo.

El libro es una adaptación de su tesis doctoral, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dirigida por la Dra. Beatriz Colombi. Además, cuenta con un prólogo de Elías Palti y un posfacio de Iván Escamilla. Ambos autores nos ofrecen, en virtud de sus propias investigaciones y producciones, una atractiva lectura de la obra de Rosetti y, sobre todo, de sus aportes y los caminos que deja abiertos para futuras investigaciones.

A lo largo de los cinco capítulos que integran el libro nos encontramos con una descripción de sus objetivos generales y específicos, las categorías de análisis utilizadas,

la identificación del corpus y un valioso estado de la cuestión sobre las problemáticas abordadas; todo ello sin perder de vista la importancia del momento histórico de actuación y redacción de los discursos de Servando Teresa de Mier y José Joaquín Fernández de Lizardi, protagonistas centrales de la investigación.

El primer capítulo de la obra, “El despliegue de la labor letrada”, oficia a modo de presentación de su problemática central, donde confluyen la descripción de los diversos objetivos e hipótesis de trabajo, una revisión de las categorías que la historiografía y la crítica literaria han utilizado para referirse a publicistas, letrados e intelectuales, como así también del clásico trabajo de Ángel Rama sobre la ciudad letrada, que la autora revisa y cuestiona a lo largo de este libro. Asimismo se reconstruye allí el contexto político y cultural de producción del corpus (sermones, correspondencia, periódicos, panfletos) que articula la investigación.

A ello debe sumarse un aspecto destacado, que es uno de sus principales aportes: la identificación y análisis de las continuidades culturales e intelectuales entre las últimas décadas del período tardo colonial y el momento revolucionario, centrado en la situación del territorio de la Nueva España, y acompañando

la labor de Mier y Fernández de Lizardi. Ello permite poner en tensión, y como resultado superar, tanto los análisis centrados en la construcción temprana de un patriotismo criollo como una lógica tradicional de estudiar la labor letrada en el marco de la creación de Estados nacionales. Así, a lo largo de su investigación Rosetti nos invita a cuestionar y abandonar la tradicional lógica teleológica en el abordaje del momento revolucionario novohispánico.

En el segundo capítulo, “El letrado criollo y la tradición guadalupana en la independencia novohispana”, se despliegan las hipótesis y la metodología presentada en el anterior en torno a un tradicional tema de la historiografía novohispana: la tradición guadalupana y el lugar central que en ella ocupa el célebre sermón de Fray Servando, y las propuestas de lectura de dicha tradición que presenta la autora. Para ello Rosetti amplía el corpus de indagación a otras obras de Mier, ya que ello le permitió dar cuenta de la continuidad entre el período tardo colonial y el momento revolucionario al cual nos hemos referido antes. Además, a ello suma un riguroso análisis que interrelaciona la querella guadalupana con la evangelización americana y su vinculación con la construcción del “museo guadalupano”

criollo –con sus fisuras y continuidades– en el marco explicativo del lugar que en su construcción ocuparon los letrados. Asimismo, en este capítulo nos presenta un detallado análisis de los objetivos perseguidos por Mier en su sermón y el impacto que este tuvo a lo largo de las décadas en las que irrumpió la revolución; todo ello a través de una travesía trasatlántica que es identificada, acertadamente, como un viaje intelectual. En la parte final del capítulo, la autora interviene con destreza en las caracterizaciones que Tulio Halperin Donghi (letrado colonial) y Jorge Myers (letrado patriota) exponen sobre los letrados en el pasaje de la colonia a la emancipación, para proponer que estas etiquetas no permiten poner en primer plano las continuidades evidenciadas en el tipo de intervenciones, los géneros y soportes utilizados en sus producciones.

Estos aspectos son retomados en el tercer capítulo, “El letrado criollo y la opinión pública. Entre el patriotismo y el periodismo”, cuando, ya en el contexto revolucionario, los letrados continuaron haciendo uso de la escritura tradicional en su formato de sermones, apologías, cartas y cuentos populares, aunque con mayor incidencia de la prensa, dada la centralidad que esta adquirió en el inicio de las revoluciones. Para ello Rosetti retoma la conocida frase de François-Xavier Guerra referida a la prensa como “gigantesca toma de palabra” (p. 109), que implicó la proliferación de papeles públicos que dialogaron entre sí y generaron importantes debates. Este momento o período de apertura y

politización de la palabra pública ofreció a los letrados criollos la oportunidad de verse y pensarse como publicistas capaces de organizar la multiplicidad de voces que circulaban e invadían los espacios públicos (cafés, calles, mercados). A su vez, muchos letrados criollos reflexionaron sobre el rol que debían cumplir con su patria, viéndose interpelados por la sociedad y por sus pares letrados. Este análisis permite a la autora afirmar que esa apertura y politicización de la labor letrada criolla iba más allá de la fractura temporal propuesta por Ángel Rama, y desplegar su indagación de la construcción del escritor público teniendo en cuenta su labor como publicista y como patriota, dos dimensiones de representación y vehiculización de la voz popular que no necesariamente fueron ejercidas por todos los letrados criollos. Debido a ello, a través de un corpus integrado fundamentalmente por cartas –que evidencia el proceso de politicización de la correspondencia– da cuenta del particular pasaje del hombre de letras ilustrado o letrado colonial al publicista o letrado patriota.

Estas consideraciones y análisis le permiten a Rosetti analizar en el cuarto capítulo, “El letrado criollo y la escritura de la historia de la revolución”, otro de los aspectos destacados de la figura y las diversas modalidades discursivas de Mier, la escritura de su célebre *Historia de la revolución de Nueva España*. Esta problemática, sin duda, fue abordada desde diversas perspectivas por la historiografía, pero en este caso

la autora lo integra a su línea central de trabajo: el análisis de las continuidades –como práctica y como lenguajes– entre el período tardo colonial y el revolucionario. Así, da cuenta del uso que el novohispano dio a la escritura de la historia como constructora de veracidad, y de los textos que utilizó para darle forma a través de un procedimiento retórico discursivo que integra lo que Mier posiciona como verdad histórica y sus vínculos con la información y los debates expuestos en la prensa.

En el último capítulo, “El letrado criollo y la torsión de las tradiciones narrativas europeas”, la autora integra a su estudio uno de los ejes más novedosos en la producción actual de la historia intelectual: el análisis de la labor de los letrados como traductores lingüísticos y culturales. Además, dando coherencia al libro, retoma sus objetivos e hipótesis en torno a la construcción histórica del letrado patriota incorporando a su corpus las traducciones de Mier, el género novela picaresca y las intervenciones didáctico-pedagógicas que caracterizaron la escritura periodística de Lizardi.

El libro cierra con unas breves conclusiones centradas en el impacto del resultado de las investigaciones de la autora en el ámbito historiográfico. Si bien, a lo largo de los capítulos dio cuenta de sus diferencias y acuerdos con varios autores/as, dada la preponderancia de la obra de Rama en la problemática abordada se refiere específicamente a ella. Así, afirma que trabajar los escritos de los letrados,

especialmente de Mier y de Lizardi, como resultado de una búsqueda de reconocimiento e inclusión en el entramado burocrático y letrado del período tardo colonial y el revolucionario es insuficiente. Para la autora en ese momento de transición, como lo demostró a lo largo del libro, se generó un “giro dramático en las capas letradas independentistas, donde las problemáticas de los letrados no se reducen a ser reconocidos, desafiar o integrarse a la burocracia virreinal” (p. 260). En ese recorrido los discursos de estos

letrados, como formadores de nuevos ciudadanos, fueron su vehículo para transformar la crisis de la monarquía en la creación de nuevas comunidades políticas, en las cuales también integraron tradiciones culturales del período colonial, construyendo un “nosotros” criollo.

Se trata de una obra que no solo ofrece una mirada renovada sobre la problemática de los letrados, sino que, al mismo tiempo, pone a disposición de los/las investigadores/as variados recursos, y en la que destaca la

importancia de reflexionar sobre el uso de categorías de análisis, el desafío de la selección y ampliación del corpus y del lugar que en toda investigación debe ocupar la revisión bibliográfica, para dar cuenta de los acuerdos y desacuerdos, sostenidos en una investigación rigurosa de la producción historiográfica y la crítica literaria.

Alejandra Pasino
Universidad de Buenos Aires

Gabriel Entin,

En quête de république. Une histoire de la communauté politique en Amérique hispanique, Rennes, Presses universitaires de Rennes, Des Amériques, 2025, 366 páginas.

A riesgo de volver a consagrarlo como el visionario que todo lo ha descubierto, recordemos esta temprana advertencia que lanzó Túlio Halperin Donghi en 1961: “Acaso en ninguna historia de ideas se entretejan tan tupidamente tradición y originalidad como en la del pensamiento político [...] la originalidad [...] está dada por el modo de utilizar esas ideas, por la estructura que con ellas se erige, por las consecuencias que de ellas se deducen, por las tendencias que expresan en lenguaje pulidamente racional. Todo eso, naturalmente, se pierde cuando de un autor se toman tan solo conceptos aislados de su contexto histórico e ideológico. Y para saber que efectivamente tales conceptos han sido tomados de ese autor no basta entonces con haberlos hallado en él: es necesario demostrar que eran conocidos por quien supuestamente los ha tomado a través de ese antecedente preciso y no de otro. Tanta cautela no ha sido por cierto la característica más notable de los estudiosos en busca de antecedentes españoles para la ideología revolucionaria”. Con este último reproche, Halperin dirigía sus dardos hacia la historiografía católica encarnada por Guillermo Furlong, pero ¿de dónde provino aquella puntual sugerencia sobre el apropiado uso de los conceptos –casi

“performático” diríamos hoy– en recta sintonía con una historia de las ideas y, tras ella, del “pensamiento” político (y no de la “filosofía” ni de la “teoría” política)? ¿Estaría evocando aquel viejo llamado hegeliano a una “historia conceptual”? Difícilmente, salvo por alguna remota vía destilada en 1907 por el Benedetto Croce de *Lo vivo y lo muerto en la filosofía de Hegel*. Por otra parte, recordemos que hacía apenas cuatro años que J. G. A. Pocock había publicado su primera obra (1957) y siete que Reinhart Koselleck se había doctorado (1954). En cualquier caso, el plan metodológico del célebre diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe* solo se publicaría en 1967. Otro impulso para esa reflexión conceptual sería imaginarlo en plena exploración de la obra de Richard Koebner quien, en 1953, había dado a conocer aquel gran artículo titulado “Semantics and historiography” o, tiempo antes, en 1929, su ensayo pionero sobre la historia del término *locatio* tan admirado por Marc Bloch. Por lo demás, descartemos por sus fechas los dos trabajos de Koebner traducidos al inglés y harto difundidos (*Empire e Imperialism*) puesto que datan de 1961 y 1964 respectivamente. Al otro ensayo de Koebner que

Halperin sí pudo haberle echado un vistazo es “The concept of economic imperialism” (1949) que, posteriormente, en 1970, la editorial de la Fundación de Cultura Universitaria de Montevideo, perteneciente a la Universidad de la República, traduciría al castellano (la misma que, en junio de 1969, había invitado al propio Halperin para disertar sobre “Estudios latinoamericanos desde perspectiva norteamericana”).

Pero, en realidad, todos estos alibres no son más que conjetas basadas, como diría Randall Collins, en un principio de interacción ritual propio de un momento historiográfico con altos grados de experimentación. A fin de cuentas, tal vez debamos, simplemente, especular menos y profesar más una merecida fe en aquel sutil criterio que tenía Halperin para detectar rendijas epistemológicas allí donde casi nadie se arriesgaba a verlas, un criterio cuya sagacidad, si bien, como hemos visto, es notoria en aquel pasaje de *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, alcanzará la cima once años después con *Revolución y guerra* (1972) y continuará en plena forma durante largo tiempo, seguirá siendo un producto social. Sea como fuere, en ese fragmento de 1961 Halperin arrojaba, como tantas otras veces, solo una

severa invocación al rigor profesional y no necesariamente una minuta teórica de historia intelectual. No obstante, lo que quizá resulta aún más sugestivo es que, en aquella obra, su perspicacia no se agotaba con esa mirilla conceptual, sino que, a partir de ella, abría un camino inédito para repensar el modo en que la Revolución de Mayo había recreado la legitimidad del nuevo orden político. Tras objetivar su propia experiencia como súbditos de una corona con o contra la cual aquellos hombres tenían que levantar algún tipo de distancia institucional, la audacia de Halperin radicaba en sostener que esa construcción no había que buscarla por fuera de aquella experiencia, sino allí mismo, tanto en el interior de la relación que mantuvieron con la monarquía católica española durante trescientos años como en los modelos ideológicos ya traccionados desde el siglo XVII por el renacimiento del pensamiento escolástico. Para la historiografía argentina de los años 1960 (mayormente socioeconómica o bien como pertinaz *continuum* de la Nueva Escuela Histórica), el diseño de una frontera tan difusa entre “tradición y originalidad”, más propia de una historia de las ideas, solo podía leerse como una extrañeza o, peor aún, como una desinteligencia frente a la gran epopeya nacional. Halperin no solo transformaba a esos “prohombres” de Mayo en unos simples agentes temporales que debían reformular el pacto con el rey, sino que les adjudicaba, como ha señalado Elias Palti, una “torsión conceptual” mediante

la cual secularizaron vagamente una escolástica en aras de gestar una comunidad política “republicana” en absoluto reñida con esa monarquía barroca del pasado: al demostrar una hipótesis tan inusitada (y tan indócil para las efemérides), Halperin virtualmente profanaba casi un siglo de rendidoras apostillas tal como las había forjado esa tradición de la mayor parte de sus colegas.¹

No es de extrañar entonces que, aún en 2009, el propio Palti, al introducir una nueva edición de aquella obra, lamentase (casi en los mismos términos en que lo había hecho Halperin al prologar la reedición de 1985), no tanto la indiferencia hacia aquella premisa tan prosaica –que, después de todo, la obra de José Carlos Chiaramonte (entre 1982 y 1989) y, a escala regional, la de François-Xavier Guerra (1992) contribuirían a revalidar–sino la ausencia de una verdadera continuidad de investigación que expandiera en profundidad aquel largo período que precedió a 1810 allende la Revolución, la crisis de la monarquía borbónica o la cultura “laica y eclesiástica” del Virreinato del Río de la Plata. Aun así, y tal como ha

indicado Marcela Ternavasio, en los últimos años y gracias a la exhumación de la perspectiva “atlántica” (aunque ya presente desde los años 1950 en Jacques Godechot y Robert Palmer, tal como la expusieron en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Moscú para el caso de la Revolución francesa), el reexamen de aquella “implosión” monárquica se vio impulsado por tres nuevas operaciones historiográficas: una periodización más tardía para el impacto del proceso constitucional gaditano en el territorio controlado por Buenos Aires, un método basado en la historia conceptual que permitió precisar el uso y representación de los lenguajes en circulación y el impacto del “giro republicano” como alternativa al liberalismo en la formación de aquella nueva comunidad política.² Con todo, cabe reconocer que buena parte de esos trabajos, pese al notable avance que han significado, continúan mirando hacia adelante bajo la inercia que impone el siglo XIX o, a lo sumo, con un repliegue hacia y hasta el siglo XVIII. En este sentido, el lamento de Elias Palti parecía forzado a seguir vigente.

Sin embargo, todo esto acaba de cambiar. Quien ha cosechado y trascendido, al cabo de más de medio siglo, todas aquellas pistas diseminadas por Halperin (las

¹ No obstante, la reseña de *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* firmada por el filósofo mendocino Dante O. Polimeni en la revista *Cuyo* (vol. I, Primera época, 1965) se mostró particularmente elogiosa. Al culminar, señalaba: “Se trata de un libro denso, apretado de ideas, no siempre expresadas con toda claridad, pero sin duda de un valor que le hace alcanzar categoría de trascendente en el ámbito del estudio del pensamiento argentino y en la búsqueda de sus influjos epocales”.

² Véase Marcela Ternavasio, “Revolución e independencia en el Río de la Plata: agendas historiográficas *in progress*”, *Araucaria*, Año xxiv, nº 49, Sevilla, primer cuatrimestre de 2022.

cuales, como ha señalado Jorge Myers, no siempre fueron reconocidas en su justicia por sus nuevos lectores), esas tres agendas de investigación que mencionaba Ternavasio y se ha remontado, como sugería Palti, al origen de los tiempos para dar con esa inveterada y lenta construcción de una idea de comunidad política republicana tal como decantó en el Río de la Plata a inicios del siglo XIX, es Gabriel Entin, con una monumental obra-rito titulada *En quête de république. Une histoire de la communauté politique en Amérique hispanique*. Tal como fue estructurada por el autor, estamos en presencia de una larga corriente cuyo curso, en su primera parte (“Los lenguajes de lo común”), lo conforman tres afluentes que exploran, en principio, los antecedentes de la categoría “republicanismo” desde Cicerón hasta el siglo XVIII. Contamos allí con un cuantioso torrente de grados, apelativos y cualidades que rodean la historia semántica del concepto “república”, pero entrelazada y guiada por “lo común”, una categoría reticular creada por el autor y que representa una de las grandes contribuciones de la obra. De filiación rousseauiana, “lo común” es todo aquello que integra una *res publica* y que, a su vez, se ramifica en diferentes terminales conceptuales como ley, libertad, patria, ciudadano, legislador, virtud o religión, entre otras. Una vez trazada la pendiente erudita de esta primera historia conceptual, el autor nos adentra por el cauce de otros dos afluentes por donde regresa a la modernidad temprana. Allí se detiene en los

modos en que la monarquía durante el siglo XVI se reinventó como “república cristiana” al tomar formas teológico-políticas y configurar la comunidad como cuerpo. Luego, nos lleva por la reconstrucción de los conflictos que, entre los siglos XVII y XVIII, precipitaron el concepto de ciudadanía, y por las reformas borbónicas que incubarán un tipo de republicanismo cada vez más radical. En el curso medio de la obra (“Mutaciones de la república”), el autor analiza cómo la sedimentación de aquellos “lenguajes de lo común” asociados a la “república” impacta en Buenos Aires y el Río de la Plata tras las reformas borbónicas, las invasiones inglesas y la crisis monárquica a partir de lo que él mismo denomina “dimensión comunal de lo político” bajo los tres contornos que tomará la república (municipal, letrada y guerrera). En un segundo tramo, muestra cómo, bajo esta crisis, la representación “desincorporada” de la república cristiana permite objetivar el descubrimiento de “lo político” e inventa “lo común”. Finalmente, tras descender a la tercera parte (“El momento de la creación”), el autor analiza cómo se construyó una “república” sobre esa planicie durante la Revolución de Mayo a partir de los meandros que la Junta de Gobierno se dispuso a sortear: fabricar un cuerpo político, instalar un ideal educativo y esgrimir un enemigo. En el último capítulo, todo vierte en una nueva legitimidad política que recupera en espejo los sondeos

de la primera y segunda partes y examina la emergencia de los dispositivos que cimentarán esa legitimidad, como la Constitución, las elecciones o la idea de una ciudadanía republicana.

Como se observa, pese a su doble rol de politólogo e historiador, Gabriel Entin ha evitado cualquier atajo que lo lleve a una nueva historia política de la América hispánica o, más puntualmente, ha preferido reinventar el camino que conduce hasta ella. En tal sentido, ha optado por reconstruir, con un notable pulso erudito, la larga duración de los empleos del concepto “república” como aquella “forma política” (y no como mera “forma de gobierno”) que, tras el colapso del imperio español en América y en menos de veinte años, sentó las bases múltiples y ambiguas de un lenguaje “de lo común” no sin antes elevarse hasta las primeras tentativas conceptuales en Occidente. Para trazar esa genealogía, el autor puso al servicio de una impresionante masa documental y bibliográfica al menos dos métodos: por un lado, una historia conceptual de corte koselleckiano y, por otro, una historia intelectual que admite la temporalidad del neohistoricismo de un Pocock o un Skinner, pero en combinación con la tradición histórica francesa de “lo político” en la línea de Claude Lefort y, sobre todo, de Pierre Rosanvallon: una aleación nada sencilla con la que logra, sobre todo, vencer con particular virtuosismo todas las resistencias epistemológicas que podrían socavar los *enjeux* de cada

tradición cuando se las pone a jugar de forma mancomunada. A tal efecto, el autor ha reorganizado las permutes internas entre la detección de significados en diacronía y ha respetado la mutabilidad de los conceptos en su contexto histórico: una doble apuesta tras la cual no deja de resonar aquel equilibrio halperiniano entre “tradición y originalidad”, pero que el autor ha llevado bastante más lejos, en especial, al forjar nuevos conceptos para realidades complejas que no contaban con una nominación lo suficientemente precisa. De allí que Entin tampoco haya querido dar por supuesta ninguna carga semántica prefigurada para explicar la Revolución o la constitución de los Estados independientes a principios del siglo XIX ni, claro está, asumir el concepto “república” como ya dado, sino rastrearlo tras una prolongada relación entre el rey, la religión y la monarquía mucho antes de aquella eclosión revolucionaria. Este tipo de narrativa, que nos permitimos denominar “intriga intelectual”, recuerda la observación de Edmund Wilson sobre Michelet: “regresar al pasado como si fuera presente y contemplar el mundo sin un conocimiento previo definido del aún no creado porvenir”. Pero también remite a la vertiente “literaria” que el autor ha querido darle a la obra en términos de polisemia conceptual y como puesta en abismo: en este sentido, la referencia borgiana de la conclusión no deja de sembrar esa presunción. Por otra parte, si bien Gabriel Entin ya es, desde hace más de

una década, un notable referente en todo lo vinculado con la circulación de ideas y conceptos entre las revoluciones atlánticas y sobre la cual dan cuenta sus diversas publicaciones en libros y revistas nacionales y extranjeros, merece que nos detengamos un momento en su decisión de publicar esta investigación en otra lengua y bajo este título.

El gesto de presentar en francés esta verdadera suma de todas sus exploraciones no solo responde a su larga estadía de investigación en Francia, sino que también es análogo al gesto de Hilda Sabato cuando, en 2018, publicó originalmente en inglés *Repúblicas del Nuevo Mundo: la necesidad de internacionalizar la profunda renovación de los debates historiográficos en América Latina e incorporarlos al conjunto de las discusiones que se realizan en otras áreas culturales cuyas lenguas son distintas del castellano*. Como se sabe, una de las grandes deudas de la historia global y de muchas de sus secuelas atlánticas, conectadas y transnacionales, es la frecuente ausencia de la experiencia latinoamericana en igualdad de análisis (por no mencionar otras áreas igual de relegadas) respecto de las tradiciones europeas y norteamericanas. En este sentido, el esfuerzo del autor por trasladar al francés toda la complejidad conceptual de una nomenclatura esencialmente hispánica permite romper con la endogamia de cualquier historiografía nacional y, a su vez, contribuir a su potencia comparativa con territorios que

cuentan con otra visibilidad epistemológica y académica. De hecho, Entin convierte esta necesidad en una de sus hipótesis: asumir las revoluciones hispánicas de principios del siglo XIX como el cuarto “laboratorio republicano” junto a las revoluciones norteamericana, francesa y haitiana. Una proyección que también tiene mucho de halperiniana: des provincializar el hecho histórico local y trasplantar los resultados de investigación a territorios cuya retórica es diferente de la propia. Por lo demás, recordemos que la vocación internacional de la obra de Entin tampoco se limita a Francia y a la Argentina, sino que también interviene en otras tradiciones intelectuales de la región.

Finalmente, vayamos al título de la obra. *En quête de république* dice más sobre la naturaleza del objeto de lo que realmente aparece: Entin no pretende encontrar “la” o “une” *république*, sino que propone ir *En quête de république*. Por un lado, la ausencia de un artículo definido o indefinido para “república” carga sobre el sustantivo toda su cuota de indefinición, pluralidad e hibridez para su fortuna como concepto, el cual está en permanente construcción semántica a lo largo del tiempo y, por supuesto, de toda la obra. Por otro lado, al evitar el uso, por ejemplo, de un proustiano “À la recherche de” y preferir “*En quête de*”, Entin acentúa, no la búsqueda formal y concluyente en sí misma, sino el propio acto de buscar: *quête* (derivado del latín *questio, indagatio*) apunta a

una acción que remite al arcaísmo francés *querir* que significa buscar alguna cosa con el objetivo, luego, de llevarla consigo. Y tal es, exactamente, lo que el autor se propuso hacer aquí: cuestionar, indagar y buscar las diferentes modalidades conceptuales que atravesaron los conceptos de “república” y

“republicanismo” para llevar consigo ese complejo acopio nada menos que desde la antigua Roma hasta las convulsionadas riberas del Río de la Plata al despuntar el siglo XIX. Sin embargo, ahora, tras haber cumplido con aquella enorme misión de traducción al francés, tan solo resta que la obra regrese a

casa, invierta su marca de alteridad y encuentre un editor en castellano.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

Patricio Fontana,
Vidas americanas. Los usos de la biografía en Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez,
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2024, 352 páginas.

Vidas americanas es el título de un proyecto editorial que Domingo Faustino Sarmiento anunció en uno de los apartados finales de *Recuerdos de provincia* (1850), pero que nunca llegaría a concretar. Su afán era recopilar todas las biografías de personajes chilenos y argentinos que había escrito hasta entonces. En ese proyecto frustrado y en ese pasaje que acaso muchos hemos leído sin detenernos, Fontana encuentra el núcleo en torno al cual elaborar una amplia reflexión sobre los usos del género biográfico en el siglo XIX argentino.

A partir de un recorte temporal preciso que se sitúa en un momento de tensión entre el discurso biográfico y el historiográfico, Fontana propone toda una teoría acerca de la biografía. Desde Thomas Carlyle y su teoría de los grandes hombres (cuya adaptación local Fontana agudamente rastrea a través de la lectura sarmientina de la obra de Hegel mediante la figura hoy marginal pero entonces muy popular del francés Victor Cousin), hasta estudios como los de Pierre Bourdieu y François Dosse que se vinculan con el actual “giro biográfico”, el libro retoma y discute aportes clásicos sobre el tema, desbordando el siglo XIX hacia atrás y hacia adelante. Si bien los autores que conforman el corpus son el propio Sarmiento,

Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, el alcance del libro, según se aclara en la introducción, es efectivamente americano porque muchos de sus biografiados lo eran y porque el objeto de su escritura a menudo giraba en torno a la “patria americana” y las diversas funciones del patriota en ese contexto (militar, político, religioso, poeta, empresario).

Tales funciones, en la perspectiva de Fontana, son posibles porque la biografía es un género “impuro” y, por lo tanto, disponible para esos usos a los que alude el subtítulo, entre los que se destacan el historiográfico y el hagiográfico, pero no se agotan allí. A la vez, la postulación de un “desierto biográfico”, otro hallazgo del libro, es la operación que a Fontana le permite conectar de manera prística la tarea de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez como biógrafos con su adscripción a los ideales y las metas de la Generación del 37: se trataba, en definitiva, de poblar el presunto desierto espacial, simbólico y político no solo con ciudades, libros e instituciones, sino también con vidas ejemplares, modelos a seguir para la nación en ciernes.

La centralidad de la figura de Sarmiento en el armado del libro es evidente no solo por su presencia indirecta en el título, sino también por ser el único

autor al que se consagran dos capítulos, que además son los primeros. Tal decisión se fundamenta tanto en la calidad estética de sus biografías como en su cantidad. Así, en los capítulos 1 y 2, Fontana explora un aspecto particular de la conocida grafomanía de Sarmiento, su compulsión biográfica, que en el capítulo 3 se opone al escueto número de biografías escritas por Alberdi, mucho más selectivo en la elección de sus objetos biográficos. De ese contraste surge una suerte de enigma que Fontana busca descifrar en los primeros capítulos: ¿por qué Sarmiento escribió tantas biografías?

Para dar respuesta a este interrogante, Fontana no solo recurre a una lectura atenta de las autobiografías de Sarmiento y de sus biografías más conocidas (en particular, las de los caudillos José Félix Aldao, Juan Facundo Quiroga y Ángel Vicente Peñaloza), sino que también desempolva otras vidas americanas menos conocidas y algunos textos dispersos en los que Sarmiento reflexiona sobre el género. Su respuesta al enigma es que Sarmiento encuentra en la biografía un género privilegiado para la creación de una literatura americana original, particularmente a través de dos modos de articular la relación entre individuo e historia: el grande hombre (es decir, el

hombre hecho por la historia, como Quiroga) y el *self-made man* (el mito del hombre que se hace a sí mismo, como Sarmiento, que sigue el modelo de Benjamin Franklin). A esta caracterización, podría añadirse que, mientras que la teoría del grande hombre u hombre representativo es plenamente romántica (la idea de que la historia es moldeada por individuos excepcionales que representan el espíritu de un pueblo), el mito del *self-made man* transforma la noción romántica del individuo excepcional en un mito moderno y capitalista. Si el primero mira hacia los grandes monarcas del pasado, el segundo tiende la vista hacia los empresarios del futuro. A lo largo de *Vidas americanas*, esas tensiones, a menudo irresueltas, confieren a las biografías de Sarmiento una valoración estética superior a las biografías mucho más planas de Alberdi y Gutiérrez, e incluso dan lugar a uno de los pasajes más misteriosos del texto, cuando Fontana detecta en la escritura de Sarmiento una suerte de toma de conciencia de las limitaciones del género, en cuanto intento absurdo de dar sentido a esa “mezcla informe” (la expresión es de Sarmiento) que constituye toda vida.

En la misma dirección, las conocidas disputas entre Sarmiento y Alberdi en torno a cómo organizar la nación discurren, en el capítulo 3, como un debate acerca de las características deseables del género biográfico, que Fontana rastrea en las *Cartas quillotanas* (1853) y los *Escritos póstumos* (1897-1900) de Alberdi. Este examen le permite diferenciar a Alberdi de la exuberancia

sarmientina y describirlo, en cambio, como un “biógrafo escrupuloso”, interesado por la creación de un panteón civil de “héroes de la paz”, como por ejemplo el empresario norteamericano William Wheelwright, en oposición a la épica del héroe militar que Sarmiento construye, sobre todo en sus biografías de caudillos. Esa escrupulosidad explica, para Fontana, tanto la escueta producción biográfica de Alberdi (mucho menos dispendioso que Sarmiento a la hora de establecer qué sujetos merecen ser biografiados) como su escaso valor estético (ya que Alberdi se aparta de las reglas del género que exigen calibrar el material histórico con ingredientes novelescos). No obstante, *Vidas americanas* es tanto un libro de crítica y teoría literaria como de historia intelectual, y el interés de la obra biográfica de Alberdi, en este punto, radica en la postulación de un modelo de nación anclado mucho menos en los héroes individuales que en los colectivos, lo que paradójicamente le resta potencial estético a sus biografías en favor de un supuesto potencial político que Alberdi pretendía independiente de la escritura.

En el cuarto capítulo, en tanto, la discusión se vuelca más decididamente hacia el lado de la literatura y los procesos de autonomización del campo literario argentino en el siglo XIX. En estas páginas, Fontana se concentra en la labor de Juan María Gutiérrez como crítico e historiador de la literatura, a partir del estudio de sus numerosas y esmeradas biografías de escritores, entre las que se cuentan autores

canónicos como Esteban Echeverría o José Mármol y otros menos leídos –escritores “oscuros”, según la expresión de Ricardo Rojas–, como José Antonio Miralla. Pero lejos de hacer de la figura de Gutiérrez una suerte de Sainte-Beuve vernáculo, Fontana conjura el fantasma del biografismo mediante la combinación de un ojo crítico atento al detalle con el empleo de algunas herramientas y categorías de la sociología de la literatura. Ejemplo de lo primero es la creación de un término que supone un aporte tan concreto como preciso al análisis literario: lo que Fontana denomina el “biografema del escritor encerrado”, tópico que le sirve, en los casos de Mármol, José Rivera Indarte y Juan Cruz Varela, para describir la emergencia de ficciones autorales que se organizan en torno a imágenes de la cárcel y el encierro. Y prueba de lo segundo es lo que seguramente constituya la operación más relevante y conocida de Gutiérrez como investigador: su trabajo como crítico y albacea de Echeverría, que lo llevó a constituirse en un actor central de una de las mitologías de autor más efectivas y perdurables de la historia literaria argentina.

El estudio de la producción biográfica de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez deviene, en *Vidas americanas*, una vía privilegiada para pensar el modo en que se articularon literatura, política e historia en un momento fundacional de la cultura letrada argentina. Pero también es una indagación sobre las formas de narrar una vida, sus límites, sus potencias y los supuestos ideológicos y

los imaginarios colectivos que las sostienen.

En este sentido, el libro no solo restituye el espesor histórico y literario de un conjunto de textos dispersos que hasta ahora leímos de manera fragmentaria, sino que además ofrece, en esta renovada era de grandes hombres y *self-made men*, de Donald Trump a Javier

Milei y de Elon Musk a Marcos Galperin, un verdadero arsenal de herramientas para pensar la biografía como un dispositivo de lectura del pasado que aún hoy informa nuestros modelos de vidas americanas. Por todo ello, quisiera terminar esta reseña incurriendo en un pequeño exceso biografista: no voy a afirmar que Fontana es un

gran hombre, porque quienes no lo conocen lo juzgarán una hipérbole; lo que sí me animo a decir es que *Vidas americanas* es un gran libro.

Nicolás Suárez
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Inés de Torres,
El Estado y las musas. Políticas culturales en el Uruguay del centenario,
Montevideo, Editorial Planeta, 2024, 375 páginas.

Inés de Torres inicia su libro *El Estado y las musas. Políticas culturales en el Uruguay del centenario* abordando las políticas culturales impulsadas por diferentes Estados en distintos momentos históricos, comenzando con el caso francés durante la Quinta República. La autora examina las iniciativas de André Malraux como ministro de Asuntos Culturales en el gobierno de De Gaulle, y resalta su experiencia previa en el Frente Popular (1936-1938), donde consolidó el modelo de las Casas de la Cultura. Sin duda, fue una propuesta clave para la democratización del acceso a la cultura en Francia, y marcó una separación entre educación y cultura, elementos que hasta entonces habían permanecido unidos.

Luego, la autora analiza el modelo estadounidense durante el New Deal (1933-1938), destacando las políticas implementadas por el presidente Franklin D. Roosevelt para combatir la Gran Depresión. En este contexto, el gobierno promovió proyectos de apoyo estatal que incluyeron a los artistas como beneficiarios. De Torres señala que, además de la crisis económica, los creadores enfrentaban un cambio de paradigma en los consumos culturales masivos: la llegada del cine sonoro dejó sin empleo a los músicos de salas cinematográficas, mientras que

el auge de la radio y los dispositivos domésticos modificó la dinámica del público, alejándolo de los espectáculos en vivo. Ante estos desafíos, el Estado financió iniciativas federales para escritores, teatro, música y artes.

Otro caso de fomento estatal de la cultura que la autora desarrolla es el del período posterior a la Revolución bolchevique, que buscó transformar el modelo zarista de educación y cultura. América Latina también tiene un espacio en este análisis, con ejemplos como el nombramiento de José Vasconcelos en México como secretario de Educación Pública (1920-1924), que impulsó el mecenazgo estatal en el arte dentro del proyecto posrevolución de 1910. Asimismo, la autora menciona a Mario de Andrade, figura clave del modernismo brasileño, quien dirigió el Departamento Municipal de Cultura y Recreación de San Pablo en 1935, y promovió proyectos culturales que fortalecieron la Segunda República y el Estado Novo.

Más allá del rol que Francia ha desempeñado como modelo civilizatorio para los países americanos desde principios del siglo XIX, la autora utiliza el análisis de esas experiencias para tomar decisiones metodológicas que le permiten diferenciar el enfoque habitual

con el que se han estudiado las políticas estatales sobre educación y cultura en el Uruguay, durante las tres primeras décadas del siglo XX. En ese marco, centra su investigación en las políticas culturales impulsadas por el Estado uruguayo en ese período, dejando de lado la educación pública, un tema tradicionalmente central en los estudios sobre la formación de los Estados nacionales, para dedicarse a examinar las diversas artes y sus protagonistas.

Inés de Torres se plantea dos objetivos principales: por un lado, indagar en las políticas de fomento a la cultura artística desarrolladas en el Uruguay del novecientos; y por otro, analizar las representaciones discursivas elaboradas por diversos actores –artistas, políticos e intelectuales–, tanto en el ámbito legislativo como en la esfera pública. El libro se estructura en siete capítulos, y organiza y sistematiza las preguntas en torno a los distintos problemas que aborda.

El primer capítulo se detiene en instituciones aún vigentes: la Biblioteca Nacional, el Archivo General de la Nación, el Museo Histórico Nacional y el Museo Nacional de Artes Visuales. Se exploran aquí aspectos fundamentales de su desarrollo, como la construcción de su autonomía, las disputas políticas, los cambios ministeriales, los proyectos en

pugna, la asignación de recursos y la provisión de la infraestructura necesaria para su crecimiento e identidad.

A partir de allí, el libro plantea preguntas clave sobre el rol del Estado en la promoción cultural: ¿cómo debe incentivarse la producción artística?, ¿qué disciplinas deben ser premiadas?, ¿quiénes deben seleccionar a los beneficiarios de estos incentivos?, y ¿cómo ha evolucionado el sistema de premios estatales a lo largo del proceso de institucionalización? Son las preguntas que guían el capítulo dos y de alguna manera se relacionan con el capítulo cuatro, que se refiere a cómo funcionaba el sistema de mecenazgo o encargo estatal a los artistas y escritores para satisfacer demandas estatales de libros, pinturas y estatuaria o compra de acervos artísticos.

Las mujeres son parte del análisis de la autora, que devela la marginalidad genérica, tanto en la participación de la infraestructura estatal legislativa y ejecutiva, porque aún no habían accedido a la ciudadanía plena, como en la integración de los jurados que premiaban a los artistas o definían cuestiones sobre el futuro en el arte. Las decisiones culturales han estado históricamente en manos de varones: los funcionarios, los beneficiarios de las políticas de incentivo, los encargados de elegir y regular los estímulos artísticos. Sin embargo, algunas mujeres se presentaron a los primeros premios en distintas ramas artísticas: Adda Laguardia en periodismo; Petrona Viera en artes visuales y Luisa Luisi como escritora, cuyo ensayo resultó ganador en una

convocatoria. El interés de De Torres por el género está presente en el tercer capítulo, cuando retoma la noción de Virginia Woolf del “cuarto propio” –una expresión clave del feminismo devenida también una teoría sobre las necesidades materiales de las mujeres para emprender el proceso creativo– y equipara la condición de “exclusión y subalternización” de las mujeres con la de las artes, que también precisan de un amplio espacio propio para lograr su desarrollo creativo.

El capítulo 5 se centra en la educación, no en la denominada educación formal, área en que los Estados modernos aplicaron políticas nacionales inclusivas, sino en la formación de los artistas. En este capítulo, De Torres analiza los distintos modos de acceso a la formación en las prácticas artísticas. Resulta interesante observar, en el proceso de formación, el diferente apoyo estatal dado a la escritura específicamente literaria, en comparación con el otorgado a otras expresiones artísticas como la pintura, la música y la escultura. Para aquellos que aspiraban a ser escritores, el periodismo funcionó como un espacio de formación y legitimación de la actividad, al igual que los cafés y los cenáculos. El Estado desempeñó también un papel en este proceso, aunque de manera indirecta, porque requirió letrados para su desarrollo burocrático. Desde la perspectiva estatal, la formación del artista debía realizarse fuera del país mediante viajes destinados a visitar talleres, museos y centros de enseñanza artística en Europa, y no contemplaba en igual medida a

los escritores. Ante la discrecionalidad en la adjudicación de estos viajes y ciertas irregularidades entre los beneficiarios, en 1907 se sancionó la Ley de Becas, que estableció las disciplinas sujetas a financiamiento estatal. Los escritores nuevamente quedaron excluidos, en parte porque no contaban con círculos ni asociaciones que lucharan junto a ellos para acceder a estos beneficios, y escritores y dramaturgos de renombre realizaron reclamos en sede parlamentaria para obtener estos beneficios. El capítulo también profundiza en aquellas instituciones creadas para la educación artística de la sociedad, que permitieron a aquellos que pretendían dedicar su vida a las bellas artes formarse en escuelas públicas para poder aplicar a las becas del Estado en el futuro.

Los capítulos seis y siete abordan la creación de instituciones, como sucede en el primer capítulo. En este caso, el enfoque recae en el proyecto impulsado por el Ministerio de Instrucción Pública, a través de su ministro Rodríguez Fabregat, para establecer la Casa del Arte. Este espacio se concibió como una iniciativa para fomentar la sensibilidad social, la formación cultural y la salud moral, dentro de un plan de educación superior tutelado por el ministerio.

La Casa del Arte representó un paso más en la institucionalización de la Comedia Nacional, creada en 1947. Su origen se remonta a la Escuela Experimental de Arte Dramático de 1911, dirigida por Jacinta Pezzana, seguida por la Compañía Rioplatense de Comedias de Atilio Supper en

1914, y finalmente el teatro de la Casa del Arte en 1928, bajo la dirección de Ángel Curotto y Carlos Lenzi. Este espacio se convirtió en un punto de referencia para conciertos, homenajes y representaciones teatrales, además de funcionar como un centro de sociabilidad intelectual bajo la dirección del poeta Humberto Zarrilli, que organizaba semanalmente recitales literarios en el café La Taberna, donde poetas e intelectuales se reunían para desarrollar actos performativos de vanguardia.

De estos encuentros surgió la revista vanguardista *ORAL*, una publicación que retomaba la experiencia previa de Alberto Hidalgo con el mismo nombre, llevada adelante desde el café Royal Keller entre 1925 y 1926. A pesar de su impacto cultural, la Casa del Arte tuvo una existencia efímera, principalmente debido a dificultades económicas y organizativas. La multiplicidad de actividades requirió un gran esfuerzo financiero y la implementación de nuevas tecnologías, como la radio, para ampliar el alcance del proyecto. La Comisión Asesora en Radio y Comunicación de la Casa del Arte no logró articular un sistema eficiente de transmisiones radiofónicas que conciliara los distintos objetivos de los órganos intervenientes, lo que se sumó a los desajustes

económicos y a la pérdida de apoyo político.

El diseño de una radio estatal se concretó con la creación del Servicio Nacional de Difusión Radiofónica (SODRE), en 1929, considerado la primera política integral en materia de radiodifusión del Estado uruguayo.

Aunque en la década de 1920 la radio comenzó a integrarse socialmente a nivel global, las políticas estatales sobre su regulación y propiedad de las ondas variaron según los modelos de gestión adoptados. En 1922, Gran Bretaña creó la British Broadcasting Company (BBC), un sistema público basado en cuatro pilares: cobertura nacional, selección de contenidos, control de la programación e independencia económica, estableciendo con ello un posible modelo a seguir.

Dado que la radiofonía es una tecnología de comunicación transnacional, las decisiones tomadas en los países centrales influyeron en la formulación de políticas nacionales. En ese contexto, la creación del SODRE bajo la órbita del Ministerio de Instrucción Pública, representó una propuesta original dentro del marco estatal. Su dirección estuvo a cargo de una comisión de cinco miembros provenientes de distintos ámbitos culturales, con independencia económica asegurada por provisiones impositivas. Casi

simultáneamente se creó la Discoteca Nacional, bajo la dirección de Francisco Curt Lange. El análisis de los vínculos culturales posteriores entre Lange y Mario de Andrade en el ámbito de la música, la radiodifusión y las políticas de gestión pública en Brasil constituye el cierre de la extensa, minuciosa e incisiva investigación de Inés de Torre sobre las políticas culturales implementadas por el Estado uruguayo.

Una valoración adicional sobre este libro, concebido como una intervención coral, destaca la diversidad de fuentes consultadas, las preguntas sugerentes formuladas a actores políticos, sociales y culturales, así como un detallado análisis institucional. Además, el uso de nuevas tecnologías a través de la incorporación de códigos QR incorpora pequeñas cápsulas de archivo que expanden la experiencia lectora. Por otro lado, la inclusión de imágenes (fotografías, caricaturas, óleos y otros recursos visuales) acerca a las y los lectores a los personajes centrales de la investigación y aporta plasticidad a su narrativa cultural.

Ana Lía Rey
Universidad de Buenos Aires

Lucio Piccoli,

Empatía y visión. Entre espacios de urbanismo, fotografía y diseño en Argentina

y Alemania (ca. 1900-1950),

Berlín, wbg Academic, 2024, 310 páginas.

El libro *Empatía y visión* de Lucio Piccoli propone la noción de “entre espacios”, como se indica en el subtítulo, para indagar las redes, cruces, préstamos e intercambios entre dos espacios (Argentina y Alemania) y tres disciplinas (el urbanismo, la fotografía y el diseño). Aunque la idea de “entre espacios” bien podría aplicarse al propio autor, ya que da algunas claves de sus principales aportes. Rosarino de origen, se mudó a Berlín, Alemania, para continuar su carrera académica. Su conocimiento del alemán le permitió incorporar una serie de autores, textos y fuentes que no están disponibles en español. Formado como historiador, realizó la maestría en Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad, de la Universidad Torcuato Di Tella, para luego hacer el doctorado en Alemania, transitando los entre espacios de la historia, la arquitectura, el urbanismo y el diseño. Así, el libro, que se puede descargar gratuitamente de la web oficial de la editorial Herder, resulta un aporte importante al campo de la historia intelectual, más precisamente a la problemática de la circulación internacional de ideas, personas y objetos.

Para desentrañar algunas de las cuestiones que emergen de dichos campos, Lucio Piccoli construyó un objeto de indagación muy particular y

para nada evidente. En efecto, qué pueden tener en común tres disciplinas tan diferentes (en cuanto a su profesionalización, a sus alcances o incumbencias) como la fotografía, el diseño y el urbanismo, y tres personajes tan disímiles entre sí (por origen, trayectoria e impacto) como Werner Hegemann, Grete Stern y Tomás Maldonado. El argumento que construye Piccoli, y que hilvana el libro, es que para entender el particular aporte de cada uno de estos personajes a los procesos de modernización e innovación de sus respectivos campos hay que prestar atención a la *Einfühlungstheorie*, o teoría de la empatía. Producto de los desarrollos de la psicología experimental y de los debates estéticos que se dieron en el mundo germanoparlante a finales del siglo XIX –como parte del giro antropológico del espacio iniciado con la *Critica de la razón pura* de Immanuel Kant–, la teoría postulaba que el goce estético está determinado por la proyección de sentimientos y estados anímicos, que supone un “reconocimiento empático” del sujeto en el objeto. Según la clásica afirmación de Friedrich Theodor Vischer, “lo bello no es una cosa, sino un acto”. Así, para la teoría de la empatía la percepción sensorial del individuo tiene un rol activo y dinámico que implica la construcción proyectual del

mundo observado, así como su animación demiúrgica. Más aún, toda percepción sensorial siempre es una percepción espacial, en cuanto los objetos se encuentran dispuestos en este y solo pueden ser percibidos de forma parcial y fragmentaria. De más está decir que para esta tradición, la visión siempre ha tenido un papel central. Johannes Müller, Wilhelm Worringer, Theodor Lipps y August Schmarsow fueron algunos de los principales referentes de esta corriente. Este último es de cabal importancia para entender buena parte de los debates estéticos y artísticos del siglo XX, sobre todo en relación con el desarrollo de la arquitectura moderna y de las vanguardias artísticas, en tanto fue el que postuló la idea de un “sentimiento espacial” y de que al espacio se lo percibe a través del movimiento. El haber incluido como central esta tradición de pensamiento no es un dato menor en el libro, en tanto la historiografía de la arquitectura –particularmente en habla hispana– no suele considerarla, en buena parte porque los principales trabajos no han sido traducidos al español y apenas si se encuentran algunos disponibles en inglés.

Pero, además, Piccoli sostiene que buena parte de las actitudes, predisposiciones y búsquedas de Hegemann, Stern

y Maldonado pueden entenderse mejor si se las enmarca dentro de la teoría de la empatía. Este dato, que no siempre se ha tenido en cuenta, le permite reconsiderar, y poner en discusión, la contraposición entre arte y ciencia que, tanto para estos personajes cuanto para la historiografía que se construyó en torno a ellos, resultaba central. Como el propio autor sostiene: “la figura de la empatía y la experiencia de la visión contribuyeron, hacia finales del siglo XIX, a la fundación de un nuevo paradigma de la percepción, a través del cual es posible reinterpretar conjuntamente la circulación histórica de ideas modernistas durante el siglo XX. La sintaxis de percepción empática y visual constituye, entonces, el foco de análisis que arrojará luz explicativa sobre tres experiencias específicas dentro de ese proceso histórico global –Hegemann, Stern, Maldonado–, para demostrar cómo cada una de ellas participaba de una manera común de percibir el espacio y las formas”.

Cuatro otras cuestiones merecen resaltarse de este trabajo. En primer lugar, el libro se muestra atento a los planteos más recientes en torno a los problemas de la circulación y recepción de ideas, en el que se ha abandonado la vieja noción de procesos pasivos y unidireccionales por un entendimiento de un fenómeno complejo y multidimensional, en el que la recepción es un proceso activo y la circulación es multidireccional. Así, *Empatía y visión* busca reponer los itinerarios no siempre coincidentes de estos personajes

y algunas de las nociones que sustentaban o fundamentaban su trabajo. Es decir, parte de considerar que en cada caso la teoría de la empatía se articuló de diferentes maneras, según sus propios intereses y las operaciones que intentaba realizar, condicionados por unos contextos específicos que les daban un sentido determinado. De tal forma, se pueden ver continuidades, superposiciones y desplazamientos.

En línea con este planteo, y como segundo punto, Piccoli complejiza la noción de circulación al mostrar que, para entender los intercambios entre Alemania y la Argentina, es imperioso reponer otras coordenadas y otros itinerarios de las figuras analizadas. Eso es particularmente claro para el caso de Hegemann, en el que para poder comprender el tipo de intervenciones que el urbanista alemán hizo en Buenos Aires –y el tipo de recepción a la que dio a lugares necesarios recuperar la experiencia previa que realizó en Estados Unidos. Más aún, y esto es quizás uno de los aspectos más interesantes, el libro presta atención a las formas en que las experiencias porteñas de Maldonado o Hegemann impactaron en los debates y propuestas en Alemania.

En tercer lugar, el trabajo no solo se queda en el plano de análisis de las ideas, sino que también avanza en el tratamiento de objetos heterogéneos, como pueden ser una obra de arte (fotografía), un plano o un diseño. Y con ello repone las técnicas, los procedimientos y los recursos que en cada caso se usaron. De

alguna manera, esto supone abordar la materialidad de cada objeto e imagen. Un tipo de abordaje que no es usual en el campo de la historia intelectual. Por último, al trabajar sobre tres disciplinas diferentes, el libro reconstruye el estado de situación de cada una de ellas. Así, no solo repone los debates, propuestas y emprendimientos que se dieron en torno a cada una de estas disciplinas, sino también (y este es otro de los objetivos del libro), busca precisar los aportes de estos personajes al proceso de modernización de dichos campos, así como las innovaciones que propusieron. En todos los casos, intervinieron en un momento de conformación o consolidación de su respectivo campo.

El libro se organiza en un prólogo escrito por Adrián Gorelik, una introducción y tres capítulos. La parte introductoria es donde Lucio Piccoli explicita su marco teórico-metodológico, donde construye su objeto de indagación al ir indicando de qué modo se van entrelazando Hegemann, Stern y Maldonado con los procesos de modernización y actualización de sus respectivos campos. En este apartado es donde se dejan señaladas las principales cuestiones que hacen a la teoría de la empatía y su desarrollo en el contexto germanoparlante. Punto esencial, que luego va a ser recuperado en sus distintas facetas a lo largo de los capítulos. Luego, los capítulo están dedicado a cada uno de los personajes, de forma secuencial.

El primero trata sobre el proceso de emergencia, consolidación y transformación del urbanismo en la Argentina.

A partir de mirar ese proceso a través de las intervenciones que hizo Hegemann en su visita de 1931, Piccoli problematiza y complejiza las perspectivas ya establecidas sobre el mismo, particularmente en torno a lo que se ha planteado como la dicotomía entre el arte urbano y el urbanismo científico, para dar cuenta de una frontera mucho más porosa y ambigua entre ambos. Para explicar la particular impronta que adquirieron las propuestas del alemán en Buenos Aires, se repone, por lo menos en parte, su experiencia previa en Estados Unidos, señalando que hubo una continuidad en una serie de estrategias y sensibilidades en sus trabajos entre Norteamérica y Suramérica, las que se debían a ciertos elementos de la teoría de la empatía que venían de sus lecturas de Camillo Sitte. El capítulo cierra con enseñanzas que el urbanista pudo recoger en Buenos Aires, y sus intentos de trasladarlos a los debates que se estaban dando en torno a Berlín capital.

El segundo capítulo se adentra en la figura de Stern, sus momentos formativos con algunos docentes de la Bauhaus, su desarrollo profesional entre su estudio de fotografía y los espacios de la vanguardia artística de Berlín, para luego retomar sus actividades en Buenos Aires, donde recayó, junto a su colega

y pareja Horacio Coppola, previo paso por Londres, huyendo del régimen nazi de Alemania. De este recorrido y del voluminoso trabajo fotográfico y publicitario de Stern, Piccoli se centra en las imágenes y fotomontajes urbanos, una de las áreas menos abordadas de la obra de la fotógrafa. En ellas, se buscar indicar que los procesos de extrañamiento y distancia que esos materiales evocan fueron producto de la proyección empática previa y cómo estas cuestiones impactaron en el proceso de modernización de la fotografía en la Argentina. Elegir ese grupo de imágenes, además, le permite mostrar un conjunto de temas relacionados con la forma –la cuadrícula de la grilla, la tensión entre crecimiento vertical y expansión suburbana, los llenos y vacíos en la urbe– que también habían suscitado el interés de Hegemann.

El último capítulo se centra en Tomás Maldonado, su trayectoria en Buenos Aires, sus contactos con Max Bill, su llegada a Ulm, en Alemania, su consagración como director de la Hochschule für Gestaltung (HfG) de Ulm y sus intentos de transformar al diseño en una disciplina científica. A través de Stern, Maldonado entró en contacto con las ideas de la “nueva visión”, que resultaron fundamentales para los diversos emprendimientos que realizó en

Buenos Aires entre los años cuarenta y cincuenta. El capítulo luego avanza en el trabajo de Maldonado en Ulm. Allí se detiene especialmente en dos cuestiones: por un lado, en la “formación particular” (*Grundlehere*), el curso inicial que fue retomado de la experiencia de la Bauhaus (de la que la HfG se presentaba como continuadora), para analizar las diferentes propuestas pedagógicas que los profesores realizaron, lo que le permite identificar continuidades, rupturas, desplazamientos entre los viejos docentes de la Bauhaus convocados a Ulm y las nuevas apuestas de Maldonado, fundadas, en parte, en la misma tradición estética de la “nueva visión” que había emanado de la Bauhaus. Por otra parte, también analiza la apuesta de Maldonado por la metodología como fundamento de un diseño científico –en el marco de su intento de redefinir el *Grundlehere*–, la inclusión de un conjunto de científicos sociales y las tensiones que se generaron en la escuela en esos años. El capítulo cierra en torno a las disputas interpretativas que se dieron sobre el legado de la Bauhaus.

Sebastián Malecki
Universidad Nacional de Córdoba / CONICET

Samuel Moyn,
Liberalism against Itself. Cold War Intellectuals and the Making of Our Times,
New Haven, Yale University Press, 2023, 240 páginas.

El último libro de Samuel Moyn anticipa sus conclusiones en el título. El liberalismo de Guerra Fría fue una “catástrofe” (p. 1), y, de acuerdo al autor, lo sigue siendo, porque incide en las maneras de entender y definir el liberalismo.

Estas afirmaciones revelan las inquietudes que sustentan el trabajo; provienen del presente antes que del pasado. Moyn aplica una versión personal de la máxima “toda historia es historia contemporánea” (p. 18). El estudio del liberalismo de Guerra Fría es relevante, no solo por lo que pueda aportar al conocimiento del contexto histórico en el que surgió, sino para entender la situación actual del liberalismo.

Según Moyn, esa situación es de debilidad y peligro. Donald Trump, por supuesto, es el fenómeno que, en el país del autor, lo expresa con mayor contundencia. Se manifiesta en la aparición de distintas versiones del antiliberalismo (llaméntese populismo, democracias iliberales, autocracias electorales, nuevas derechas), pero tiene una causa profunda en la falta de renovación del liberalismo. Y esto es así porque sigue capturado por su versión de Guerra Fría. En consecuencia, el libro es una investigación sobre el pasado motivada por circunstancias del presente, que contiene además un proyecto intelectual y político: renovar el liberalismo para el siglo XXI.

Si el libro tiene una forma de enhebrar pasado y presente, también tiene una elección espacial. El liberalismo de Guerra Fría de Moyn es angloamericano. Esta definición refiere a una geografía intelectual, más que a una nacionalidad. El libro de Moyn está estructurado en seis capítulos (más introducción y epílogo), cada uno de ellos dedicado a intelectuales que enseñaron e investigaron en universidades británicas y estadounidenses, pero que tenían como rasgo compartido (personal o familiar) la emigración desde Europa central u oriental: Judith Shklar, Isaiah Berlin, Karl Popper, Gertrude Himmelfarb, Hanna Arendt, Lionel Trilling (a ellos pueden sumarse otros, referidos aunque sin capítulo específico, como Jacob Talmon). Otro rasgo común, al que Moyn otorga especial importancia es su relación con el judaísmo, y en particular con el sionismo.

¿Qué es entonces el liberalismo de Guerra Fría, según Moyn? La respuesta más sencilla es conservadurismo. Por ello para el autor fue una catástrofe. Esta trasmutación se refleja en el principal postulado del “Cold War Liberalism”: la libertad debe protegerse más que ampliarse. La libertad no es un principio de transformación de la realidad, sino un atributo a resguardar. ¿Resguardar de qué? Del comunismo, del Estado, de la

democracia, del progresismo. Para el liberalismo de Guerra Fría la libertad no tenía historia y no debía tenerla. Eran la moral o la religión las matrices para definir su significado, sus alcances, sus límites. El psicoanálisis, a través de Trilling, fue una fuente más novedosa para la misma operación: buscar principios inmutables (en este caso psíquicos) y hacer de la libertad un sinónimo del autocontrol a nivel personal, y de responsabilidad en la dimensión pública.

Una fuente importante para este retrato es uno de sus casos de estudio, Judith Shklar. Su libro *After Utopia* (1957) es para Moyn un ensayo pionero y preciso, y por ello una guía y a la vez un símbolo. Shklar fue una crítica del liberalismo de Guerra Fría que, sin embargo, no rompió plenamente con él. La noción de Shklar “liberalismo del miedo” se ajusta, como reconoce el autor, a su concepción de este liberalismo de Guerra Fría.

Por otra parte, Moyn advierte y estudia diferencias y contrapuntos entre los autores elegidos. Por ejemplo, acerca de las consideraciones sobre la Ilustración y el Romanticismo; el liberalismo de Guerra Fría, visto en su conjunto, fue a la vez antiilustrado y antirromántico (el racionalismo y el subjetivismo conducían al totalitarismo por caminos distintos), pero sus exponentes

no necesariamente coincidieron en las críticas que hicieron a uno y otro.

Así, Moyn resalta la singularidad de Isaiah Berlin, pues incluyó al Romanticismo en la historia del liberalismo, aunque se convirtió en el “héroe del liberalismo de Guerra Fría” (p. 41) por su concepción de libertad negativa, opuesta a la noción romántica de agencia creativa. El repudio compartido a Jean Jacques Rousseau, a su vez, coexistió con las discrepancias acerca de si debía ubicárselo en la Ilustración o en el Romanticismo (vale acotar que Moyn afirma que el Romanticismo se convirtió en una categoría de la historia del pensamiento político con el liberalismo de Guerra Fría – hasta entonces era un concepto propio de los estudios artísticos y literarios, p. 42–). De igual manera, el autor señala las diferencias entre el autocontrol de Trilling y la no interferencia de Berlin, o entre esta noción de libertad y la neorromana postulada por Hanna Arendt.

A causa de todo ello, el liberalismo de Guerra Fría se define, fundamentalmente, por aquello a lo que se opuso. Las coincidencias radicaron en los objetos de crítica y repudio, más que en las propuestas teóricas. El liberalismo de Guerra Fría fue eficaz en consagrarse un “anticanon”: la Ilustración, el Romanticismo, la Revolución Francesa, Rousseau, Hegel, todo ello fue expulsado del liberalismo. Como se dijo, Rousseau, o también Hegel, fueron a menudo las bisagras para vincular racionalismo e historicismo, Ilustración y Romanticismo.

De hecho, Moyn afirma que todos estos autores estuvieron más interesados en la crítica a la filosofía continental que en desarrollar la tradición con la que se identificaron, la angloamericana (p. 39). A pesar de la reivindicación de la Revolución norteamericana frente a la francesa, o de la recuperación de autores como Lord Acton, ninguno de ellos, afirma Moyn, escribió por ejemplo sobre John Locke, cuya canonización liberal fue producto también del siglo xx (pp. 63-64).

Otra de las coincidencias fue la identificación con el sionismo. Este rasgo compartido, agrega, refleja una de las mayores imposturas del liberalismo de Guerra Fría. El rechazo a una noción emancipatoria de libertad y a la importancia del Estado para su consolidación tuvo una excepción de relieve en el apoyo a Israel. Esta excepción es aún más notoria porque fue contemporánea al desinterés, cuando no la crítica, a los movimientos de descolonización (pp. 9-10, 132-133).

Un último argumento a resaltar es su distinción del liberalismo de Guerra Fría respecto del neoliberalismo y del neoconservadurismo. Es una distinción reiterada, aunque no completamente explicada o desarrollada, en parte porque, como se dijo, el liberalismo defensivo de Guerra Fría se recorta como una forma de conservadurismo.

En todo caso, es una distinción intelectual, filosófica o teórica, más que política. Por ejemplo, la importancia del mercado para definir la libertad, propia del neoliberalismo, no

tuvo relevancia en el liberalismo de Guerra Fría, al menos en los autores trabajados por Moyn. En otros casos, es una distinción más borrosa, como ocurre con la versión agustiniana del cristianismo, que fundamentó el interés por el liberalismo de Lord Acton en autores como Himmelfarb, y que a su vez cimentó el neoconservadurismo, del que la propia Himmelfarb fue una referente. De igual manera, el libro muestra los vínculos entre liberales de Guerra Fría como Popper y neoliberales como Hayek. De hecho, Moyn lamenta que el liberalismo de Guerra Fría haya terminado convergiendo con el neoliberalismo y el neoconservadurismo. No logró, no pudo o no quiso distinguir y rebatir esas alternativas. El triunfo neoliberal y neoconservador es, para Moyn, consecuencia de la declinación conservadora del propio liberalismo de Guerra Fría (pp. 40-41, 171).

Al comienzo del trabajo, Moyn plantea que toda investigación sobre el liberalismo (en realidad, sobre cualquier fenómeno histórico) debe tomar una decisión metodológica clave, si se basa en una perspectiva conceptual o en una nominalista. Es decir, en una definición predeterminada de qué características definen el fenómeno a estudiar, o en las categorías usadas por los actores (pp. 16-17).

En el libro prevalece una perspectiva conceptualista. El liberalismo de Guerra Fría es una construcción del autor, y cabe recordar, circunscripta al mundo intelectual angloamericano. Nada de ello es objetable, como tampoco lo

es que los casos elegidos no sean los obvios o esperables, como reconoce el propio Moyn (p. 8). Sí cabe preguntarse por qué el liberalismo de Guerra Fría incluye autores que no pueden definirse como liberales, como la ya mencionada Himmelfarb, Hanna Arendt, o la figura que oficia como vector del libro, Judith Shklar. Una consecuencia de ello, como ya se marcó, es que, a pesar de las distinciones entre liberalismo de Guerra Fría, neoliberalismo y neoconservadurismo, las mismas no sean del todo claras.

Hay una segunda dimensión en la que se advierte la perspectiva conceptualista. Y es que Moyn propone su versión del liberalismo. Y esta es todo lo contrario al liberalismo de Guerra Fría. Para Moyn, el liberalismo es historicista, progresista, perfeccionista, emancipatorio, otorga al Estado un papel central en la afirmación y ampliación de libertades, está comprometido con la justicia social y las políticas de bienestar, y a raíz de ello, su genealogía incluye la Revolución francesa, la Ilustración, el Romanticismo, Rousseau, Hegel e incluso Marx. A lo largo del libro, Moyn afirma que la renovación que necesita el liberalismo encuentra referentes y tradiciones más valiosas en el siglo XIX que en el XX. Así, también revindica autores

familiares al liberalismo de Guerra Fría, como Benjamin Constant, John Stuart Mill o Alexis de Tocqueville (claves en la obra de Isaiah Berlin, por ejemplo), pues los concibe ante todo como exponentes del Romanticismo. Vale acotar la ausencia de referencias a Joseph Raz, contemporáneo de varios de los autores estudiados por Moyn, y exponente de un liberalismo perfeccionista.

Se abre, por lo tanto, una pregunta: ¿el liberalismo de Guerra Fría fue una catástrofe para el liberalismo, o para lo que Moyn entiende por liberalismo? Se puede coincidir con el diagnóstico y con las inquietudes de Moyn. También reconocer algo evidente, que el liberalismo fue, es y seguirá siendo objeto de polémica intelectual y política porque tiene múltiples genealogías y versiones posibles. Pero todo ello no implica acordar con la manera en que se acude a la investigación histórica para intervenir en esos debates. Otros trabajos dedicados a temas y autores conectados con los de Moyn, por ejemplo, el de Enzo Traverso sobre el totalitarismo o el más reciente de Quinn Slobodian sobre el neoliberalismo, ofrecen referencias para reflexionar al respecto.¹

¹ Enzo Traverso, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Eudeba, 2001;

De hecho, el libro de Moyn puede ser funcional a aquello que critica. Es decir, concederle al liberalismo de Guerra Fría posiciones y argumentos que no le fueron exclusivos, ni patrimonio de las derechas, del conservadurismo o de los intereses geopolíticos de Estados Unidos. El antitotalitarismo, la crítica a la revolución, y la libertad individual como un valor no negociable, tal como lo formuló por ejemplo Claude Lefort (sin menciones en el libro) muestran que ideas semejantes a las de los autores estudiados por Moyn tuvieron otras modulaciones posibles en ese mismo momento histórico. Ello quiere decir que la relación entre izquierda y liberalismo es también un capítulo importante del liberalismo de Guerra Fría, y que bien podría ser relevante para renovar el liberalismo en el presente.

*Leandro Losada
CONICET / Universidad Nacional de San Martín*

Quinn Slobodian, *Globalists. The End of the Empire and the Birth of Neoliberalism*, Harvard University Press, 2018 (edición en español de Capitan Swing, Madrid, 2021).

Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa,
Las cartas del Boom, editado por Carlos Aguirre, Gerald Martin, Javier Mungía y Augusto Wong Campos,
Barcelona, Alfaguara, 2023, 562 páginas.

El libro editado por los investigadores Carlos Aguirre, Gerald Martin, Javier Mungía y Augusto Wong Campos es, como ellos mismos señalan, un hecho histórico. *Las cartas del Boom* conforma una contribución significativa a la historia tanto literaria como cultural de América Latina. La publicación del intercambio epistolar sostenido entre Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa representa la reposición al detalle de los canales por donde circuló gran parte de la vida literaria e intelectual entre las décadas de 1950 y 1980. Si para Jorge Luis Borges la obra más importante de Gustave Flaubert era su correspondencia, pocos se atreverían a decir lo mismo respecto de las creaciones ficcionales de estos cuatro escritores. Sin embargo, las cartas que contiene el libro son uno de los mejores y fundamentales registros de la cultura de nuestra región.

Este carácter histórico del libro también radica en que hace pública una parte de la correspondencia del *Boom* que hasta hace poco resultaba de difícil consulta. Es cierto que algunos fragmentos ya estaban disponibles y otros están en abierta consulta. No obstante, si, por un lado, es sabida la dificultad que enfrenta cualquier investigador latinoamericano para visitar los archivos

estadounidenses, por otra parte su publicación, al democratizar el acceso, también repone un momento significativo de la memoria cultural.

El objetivo de los editores es claro: reunir por primera vez las cartas de los cuatro principales novelistas del movimiento literario más importante de la historia latinoamericana. No está aquí toda la correspondencia de cada uno que excede su pertenencia a este grupo, pero sí la que sostuvieron entre ellos. Y esos vínculos, tamizados por el intercambio epistolar, nos hablan del éxito alcanzado, de la posición política asumida e incluso de la política literaria ejercida. Es, en definitiva, un mirador privilegiado a través del cual comprender mejor la profunda amistad que tejieron estos escritores, hecha de acuerdos y encuentros, pero también de deseos, peleas y rupturas.

La correspondencia es un aspecto nodal en la historia cultural de Occidente. En un magnífico trabajo el historiador italiano Armando Petrucci advertía que, desde mediados del siglo XIX, los escritores e intelectuales hicieron un culto de este tipo de formato comunicacional. En el siglo XX funcionó como un ámbito para los asuntos autobiográficos a través del cual los intelectuales expresaban sus alegrías, neurosis, miedos, deseos, además de entablar redes y

solidaridades políticas. Tal es el caso de grandes escritores de cartas como lo fueron Thomas Mann, Walter Benjamin, Sigmund Freud o Antonio Gramsci. Las cartas, desde este ángulo, habilitan el análisis de las distintas formas en que se han ido conformando movimientos literarios o culturales, a un nivel microscópico que rara vez permite otro tipo de registro.

En el caso de *Las cartas del Boom*, la correspondencia aborda –una vez más– la vieja cuestión sobre quiénes formaron parte de este fenómeno literario, editorial y cultural. Los editores postulan que si bien el *Boom* incluyó a muchos otros (como el chileno Jorge Donoso o los cubanos Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy), y afirman su carácter colectivo, amplio e inclusivo, también denotan un signo jerárquico: las cartas entre los cuatro permiten identificar que fueron ellos quienes, al construir el *Boom* a través de sus relaciones interpersonales y con otros agentes externos, también delimitaban niveles hacia su interior. En buena medida, la preeminencia lograda por Cortázar, Fuentes, Vargas Llosa y García Márquez radicó en la habilidad que demostraron para convertirse en la élite del movimiento a partir de un impresionante despliegue de contactos epistolares y personales.

Esta política de autoafirmación se observa en varias cartas, por ejemplo en la que Carlos Fuentes le envía a Mario Vargas Llosa en 1964. En ella se habla por primera vez sobre la idea de que, en palabras de Fuentes, el “futuro de la novela está en América Latina”, y acto seguido agrega: “Al leer una detrás de la otra *Rayuela*, *El siglo de las luces*, *El coronel no tiene quien le escriba* y *La ciudad y los perros*, me siento confirmado en este optimismo: creo que no hubo el año pasado otra comunidad cultural que produjera cuatro novelas de ese rango” (p. 81). La marca generacional, que reconoce en los pares un principio de legitimidad literaria, evidencia aquí la ambición y la capacidad de los miembros más conspicuos del *Boom* de promocionar sus creaciones literarias entre ellos mismos. Crear, en otras palabras, una identidad de grupo.

La política cultural que tanto Fuentes como Vargas Llosa, Cortázar y García Márquez llevaron adelante para delimitar espacios de pertenencia, dependió mucho de los contactos establecidos con actores de peso en el diseño de marcadores de consagración. Editores, revistas literarias, agentes, reseñistas, instituciones culturales tanto de América Latina como de Europa y Estados Unidos eran frecuentemente requeridos por sus miembros para aventar sus producciones o trayectorias. En el despliegue de esta política de difusión literaria no todos ocupaban un mismo rol. Quizás sea este uno de los principales aportes del libro. Carlos Fuentes es quien mejor promovió hacia

el exterior del grupo tanto sus propios libros como los del resto. El escritor mexicano emerge en los intercambios como un “estratega”: demuestra poseer sobrados contactos con el mundo editorial y las revistas literarias de México, América Latina, Europa, pero sobre todo de los Estados Unidos; es quien más y mejor se mueve en el mundo de los premios literarios; quien sugiere a los otros, en muchas oportunidades, dónde publicar, con quién contactarse, cómo presentarse y, por último, recibe por parte de los demás solicitudes o consejos sobre estos temas. Vaya como muestra la carta de García Márquez del 30 de octubre de 1965, donde le pide consejo a Fuentes: “Sudamericana me escribió para pedirme los derechos exclusivos de todos mis libros. Estamos haciendo toda clase de maromas para liberar los ya comprometidos, pues quieren echarlos todos simultáneamente en Buenos Aires y México. Ahora bien: las conversaciones con Seix Barral para el próximo estaban ya adelantadas. Pregunto: ¿se perdería mucho si en vez de publicarlo en Seix Barral se lo doy a Sudamericana? Creo que me puedes ilustrar en eso, y te ruego hacerlo” (p. 114). Es sabido que *Cien años de soledad* fue publicada en Buenos Aires por Sudamericana en mayo de 1967, y con ello el *Boom* logró tener un certificado definitivo de evento global, a pesar que Fuentes en una carta siguiente le sugirió publicar en Barral.

En la correspondencia también se evidencian los distintos soportes económicos, a pesar de la camaradería y la amistad profunda, que tenía

cada uno para solventar sus trayectorias y creaciones. Es notable que, si la novela más representativa y exitosa fue *Cien años de soledad*, es justamente su autor quien en las cartas da cuenta de una situación financiera dificultosa al momento de su publicación. Mientras que Cortázar y Vargas Llosa trabajaban por igual en instituciones alejadas del quehacer literario, como la Unesco y Radio Francesa respectivamente, en los casos de Márquez y Fuentes la distancia laboral es significativa en 1967: mientras que Fuentes se da una “gran vida” en Europa, García Márquez está lleno de deudas y angustias financieras, que derivan de su decisión de no aceptar trabajar por “criterios estéticos distintos” con productores de cine que le pedían filmar sus novelas.

Para Fuentes esta cuestión, por el contrario, no fue un problema, como se puede ver en una carta del 30 de julio de 1966, en la cual describe su estancia en Roma, entre cineastas italianos, actrices y buena comida. No interesa aquí, como en las otras citas, determinar si estas cuestiones financieras eran ciertas o no. Resulta de interés notar cómo a través de la correspondencia se dibujan las personalidades literarias, intelectuales y sociales de cada uno en forma de espejo. Es por demás cierto –como uno de los editores de este libro, Augusto Campos Wong, afirmó al estudiar el epistolario de García Márquez– que esa “imagen del escritor pobre” era más la mirada de los otros que la de él mismo. Por lo demás, resulta sugestivo señalar que sus “problemas

económicos” no estaban ligados a la dificultad de “alimentar a su familia”, sino a pasar uno o dos años en Europa para escribir a pleno, tal como lo hacían Fuentes, Cortázar y Vargas Llosa.

El tema de la política –y sobre todo Cuba– es central en las cartas. Ese vínculo literario, cultural y político, hecho de viajes, reconocimiento literario y amistades intelectuales que los llevó a apoyar el proceso cubano en bloque, hacia 1967 empezó a revelar sus fisuras. El primer “ruido” en la relación con la isla se evidencia en la carta que Vargas Llosa le escribió a Fuentes en febrero de ese año. Allí le comentaba la tensión que experimentó en una reunión en Casa de las Américas, cuando Ambrosio Fornet criticó a Carlos Fuentes debido, entre otras cosas, a su participación en *Mundo Nuevo*, revista que dirigía Emir Rodríguez Monegal y que era asociada a la política cultural norteamericana (p. 189). Sin embargo, muy rápidamente, en agosto de 1968, en una carta de Fuentes a Cortázar, todo tomó otro vuelo. En este intercambio se observan tres momentos. El primero, y quizás menos atendido sobre las relaciones entre la Revolución y los escritores, es el caso de Walterio Carbonell. Escritor y comunista, Carbonell lideraba un grupo de intelectuales afrocubanos –entre ellos, el sobrino de Nicolás Guillén, el cineasta Nicolás Guillén Landrían, y la escritora Nancy Morejón– que, con vista a la celebración del Congreso Cultural de La Habana en enero de 1968, intentaban protestar ante la política racial de la revolución. La detención de

Carbonell generó la queja de Fuentes, como se ve en el apoyo que presta a la carta que el escritor español Juan Goytisolo dirigiera a Roberto Fernández Retamar para reclamar por el hecho. Las fuertes críticas que Lisandro Otero, director de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, dirigió al joven escritor Heberto Padilla, en razón de la alabanza que este hiciera de la obra de Guillermo Cabrera Infante *Tres tristes tigres*, originó un segundo momento tenso durante ese mismo año. A ello se agregaron, por último, las declaraciones explosivas de Cabrera Infante desde Londres en contra de la Revolución. Las críticas vertidas por este escritor implicaron por vez primera que uno de los miembros del *Boom* rechazara de plano el proceso cubano. Esto no había pasado antes, y las cartas recrean con detalle toda esa secuencia que impregnó a todos y todo (p. 270).

Entre los miembros más conspicuos, las posiciones contrarias a Cuba ya son nítidas en febrero de 1969. Sin duda, como advierte Carlos Aguirre en un reciente trabajo, el primero que hace notar sus críticas más duras es Vargas Llosa. La carta de Cortázar al peruano en enero de 1969 demuestra esa posición. Este intercambio es el inicio del desencuentro entre los miembros principales: nunca antes había ocurrido que las críticas internas entre los cuatro escritores tuvieran como eje la política y no asuntos literarios. A esas alturas, no solo fue evidente la distancia de Vargas Llosa y Cabrera Infante respecto de Cuba: fue el factor

primordial que catalizó la crisis en el seno mismo de la élite del *Boom*, el inicio del fin de la fraternidad entre los cuatro.

Esta secuencia epistolar que ofrece el libro encuadra con precisión cómo Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes y García Márquez afrontaron el “caso Padilla”, cuando el escritor cubano sufrió la cárcel en 1971 por sus posiciones políticas y literarias contrarias a la Revolución. Los malabares por evitar la ruptura con la isla, encabezados especialmente por Cortázar entre 1967 y 1971, terminaron con Padilla. El libro reafirma la idea de que el “caso Padilla” antes que haber sido el punto de partida del fin del *Boom*, fue en realidad el de llegada. La correspondencia desde 1971 en adelante evidencia que la causa del final de la “hermandad” creada entre Vargas Llosa, Fuentes, García Márquez y Cortázar fue la política y no la literatura. Pero, sobre todo, hace patente la velocidad que experimentó esa ruptura: en una carta de Vargas Llosa del 30 de mayo de 1971, explica su distancia con Cortázar y lamenta que Gabriel García Márquez no haya firmado la carta contra Fidel y mantenga un silencio total. Era el “fin de fiesta”, como afirman los editores de *Las cartas del Boom*. Las declaraciones y solicitadas que el libro ofrece al final lo confirman. Caña, de esta manera, el telón del ciclo literario y cultural latinoamericano de mayor trascendencia mundial del siglo xx.

Martín Ribadero
Universidad Nacional
de San Martín

Eline Van Ommen,

Nicaragua must survive. Sandinista revolutionary diplomacy in the Global Cold War,

Oakland, University of California Press, 2023, 294 páginas.

Las dos décadas que siguieron al fin de la Revolución Sandinista en el año 1990 fueron testigos de cierta mengua en los estudios que la abordaron. El experimento revolucionario había finalizado con una dura derrota electoral que puso a Violeta Barrios de Chamorro como presidenta de Nicaragua y dio lugar a una serie de reformas neoliberales que revirtieron los avances de la Revolución. La decepción respecto de un proceso que había entusiasmado a miles de militantes a nivel global y que llegaba a su fin parecía ser una prueba más de que, en América Latina, la década de los 80 había sido una década perdida.

Sin embargo, a partir del retorno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) al poder en el año 2006, y sobre todo en la última década, nos encontramos con una revitalización del campo de estudios sobre la Revolución Sandinista. Los nuevos trabajos introdujeron perspectivas novedosas, atendiendo así tanto a su desarrollo local como a su impacto transnacional. Es dentro de esta última perspectiva que podemos incluir al libro *Nicaragua must survive*, donde la historiadora neerlandesa Eline Van Ommen se propone realizar un aporte a la historiografía sobre la Revolución Sandinista enfocándose en los vínculos que el FSLN estableció con Europa Occidental.

Los conceptos de “transnacional” –que aquí es usado para dilucidar las estrategias que el FSLN tomó con organizaciones no estatales– y de “diplomacia” –utilizado para el análisis de las relaciones del gobierno sandinista con los Estados y funcionarios europeos– son claves en la construcción de este libro (p. 15). Es a partir de ellos que la autora inscribe su trabajo en dos enfoques ciertamente prolíficos dentro de la historiografía de la Revolución Sandinista. Por un lado, *Nicaragua must survive* forma parte de la abundante literatura sobre los movimientos de solidaridad internacional que surgieron a partir del triunfo del FSLN en el año 1979; pero, por el otro lado, al abordar las relaciones diplomáticas que estableció el gobierno revolucionario, el libro de Van Ommen no solo dialoga con otro de reciente aparición, como *La última revolución*, del mexicano Sánchez Natera¹ –donde el autor examina los vínculos entre el FSLN y los gobiernos de México, Venezuela, Panamá, Costa Rica y Cuba–, sino que se complementa con él al trabajar, en el contexto de la Guerra

Fría, la diplomacia sandinista en otros espacios.

De esta manera, a partir de un corpus de fuentes variado que incluye entrevistas realizadas a militantes y diplomáticos, memorias personales, colecciones privadas, revistas, periódicos y fuentes diplomáticas de los países trabajados, Van Ommen se propone realizar una serie de contribuciones entre las que podemos destacar, en principio, dos. En primer lugar,

Nicaragua must survive busca salirse de una narrativa ciertamente hegemónica que describe la relación del FSLN con el mundo –aquí podemos incluir desde los vínculos con los movimientos de solidaridad como con el resto de los Estados– dentro de una narrativa de “David y Goliat” (p. 6), al rescatar las diversas estrategias que ejecutó para usar el contexto internacional a su favor. Lo que nos lleva a la segunda contribución: Van Ommen realiza un aporte indispensable para comprender la actividad de los actores del tercer mundo en el contexto de la Guerra Fría y, específicamente, para complejizar el rol que tuvo América Latina en su desarrollo. Como describirá a lo largo del libro, los sandinistas, lejos de ser víctimas pasivas de su contexto, llevaron a cabo diversas estrategias para conseguir el financiamiento y la

¹ Gerardo Sánchez Nateras, *La última revolución. La insurrección sandinista y la Guerra Fría interamericana*, México D.F., Secretaría de Relaciones Exteriores, 2022.

colaboración de los países europeos. La hipótesis central del trabajo es, de tal manera, que Europa occidental estaba en el corazón de la diplomacia sandinista porque, en última instancia, eran los países que integraban la Comunidad Europea los que podían, no solo ofrecer ayuda financiera, sino contrarrestar y limitar el accionar de Estados Unidos en Nicaragua. Para esto, el FSLN se valió de la atmósfera reinante en la Guerra Fría, enfatizando en las causalidades internas de la Revolución y negando los posibles vínculos que pudieran existir con la Unión Soviética. Aún más, como muestra la autora, los sandinistas procurarán limitar sus relaciones con el bloque comunista, mostrándose como un movimiento no alineado.

El relato que conforma *Nicaragua must survive* está realizado de forma cronológica: comienza en los momentos previos a la Revolución y acaba en 1990, cuando esta llega a su fin tras la victoria de Barrios de Chamorro en las elecciones de ese año. A lo largo de los seis capítulos que conforman el libro, Van Ommen realizará un minucioso análisis de la política externa del FSLN. El principal valor de la obra quizás sea la forma en la que esta política diplomática es puesta constantemente en tensión con los propios problemas domésticos que enfrentaron los sandinistas en cada paso de su gobierno, y por las variaciones de una política exterior estadounidense que fue desde cierta inconsistencia durante el gobierno de Carter a la agresión directa durante el de Reagan. Todo esto con la Guerra Fría como telón de fondo. Otro

aspecto a destacar del libro está vinculado al análisis de la no siempre armónica relación que mantuvo el FSLN con los activistas de solidaridad europeos que, frecuentemente, sentían que no se les prestaba la atención merecida.

En ese sentido, a través de las páginas de *Nicaragua must survive*, Van Ommen nos ofrecerá un relato que pivotea constantemente entre el escenario doméstico y el internacional, con la diplomacia y la solidaridad como ejes transversales. Así, ya en un primer momento se destacará la importancia de la conformación de una red de militantes transnacionales a la hora de denunciar las violaciones a los derechos humanos llevadas a cabo por Somoza y de mostrar la pluralidad y legitimidad del FSLN como representante del pueblo nicaragüense. Si el miedo a otra Cuba era lo que guiaba las decisiones de los gobiernos y los partidos europeos, los activistas intentarán mostrar otra cara de la guerrilla, más plural que la cubana, en su discurso.

La diplomacia, en ese sentido, será clave tras la Revolución. Como señala Van Ommen en su conclusión, si algo muestra el caso nicaragüense es que en los últimos años de la década del 70 y durante la del 80, la Guerra Fría, lejos de llegar a su fin, aceleró sus lógicas, sobre todo en América Latina (p. 223). En este sentido, el FSLN debió hacer uso de su creatividad diplomática para dejar en claro que la Revolución respondía a razones propias y no a dinámicas de la Guerra Fría. Si antes de la

Revolución los europeos temían la irrupción de otra Cuba en el escenario latinoamericano, tras el triunfo se enfrentarán ahora al constante temor de un acercamiento de Nicaragua al bloque comunista. La estrategia inicial del FSLN en ese sentido fue la de enfocarse en los problemas humanitarios que afrontaba su país, aprovechando la voluntad europea de ofrecer financiamiento bajo la premisa de que, si ellos no lo hacían, lo haría la URSS.

Los albores de la Revolución, no obstante, no estuvieron libres de las tensiones que ofrecía la Guerra Fría, y las voces del exterior que acusaban al FSLN de ser marxista-leninista se hicieron sentir. Los años que siguieron al triunfo de Ronald Reagan no harían más que profundizar esas lógicas y romper cierto consenso existente sobre lo que estaba sucediendo en Nicaragua. Es en ese contexto que el FSLN vuelve a poner el foco, principalmente, en la conformación de una red de solidaridad internacional que tras el triunfo revolucionario había estado desprovista de atención y financiamiento. El accionar de estos grupos a partir de aquí será principalmente defensivo e incluirá estrategias específicas para que la atención no se vaya de Nicaragua a otros países que estaban en crisis y guerra, como El Salvador.

La estrategia diplomática, por otro lado, estaría orientada a contrarrestar los posibles efectos que la victoria de Reagan pudiera tener en Centroamérica. El gran desafío en este momento fue el de evitar que la Revolución cayera en la narrativa de la Guerra

Fría. Para esto, los sandinistas intentaron demostrarle constantemente a la Comunidad Europea que el abordaje de Reagan era erróneo y que era necesario llevar a cabo políticas coordinadas hacia la región.

Van Ommen destacará, en ese sentido, cómo la percepción internacional a partir de la emergencia del ascenso de Reagan tendrá impactos concretos en la política doméstica nicaragüense. Un caso paradigmático de esto es el de las elecciones del 1984 que, según la autora, respondieron a la necesidad del FSLN de mostrarse democrático ante la comunidad internacional. Otro, negativo, tendrá que ver con la reintroducción del estado de emergencia a partir de la falta de respuesta europea al embargo que dictó Estados Unidos tras el pedido de Nicaragua a la URSS de abastecimiento de petróleo. Para Van Ommen, esto pudo haberse debido a cierta desilusión hacia la Comunidad Europea respecto de la falta de soluciones que ofrecía a un gobierno sandinista que se había mostrado predispuesto a realizar concesiones (p. 171).

Las sanciones dictadas por Reagan también tuvieron su

impacto en el activismo de solidaridad europeo, que ahora estaría orientado a paliar los efectos del embargo. Con respecto a la diplomacia, y tras el acercamiento a la URSS, existirá un esfuerzo constante, y poco fructífero, de mostrar a Nicaragua como país no alineado. El resultado fue malo en ambos casos: cierto giro a la derecha en los países europeos derivó en una falta total de confianza en el gobierno sandinista; por el otro lado, los militantes decepcionados por la apoliticidad de la campaña, dejaron de apoyar incondicionalmente al FSLN y llevaron a cabo campañas más personalizadas e independientes con el pueblo nicaragüense.

La declinación de las lógicas de la Guerra Fría dio la estocada final a la Revolución en la arena internacional. Con la decisión de Gorbachov de acercarse a Estados Unidos y dejar de financiar a los países aliados del Caribe, los europeos ya no veían razones para ayudar a un gobierno que siempre les había resultado incómodo. El FSLN, en ese sentido, se vio forzado a realizar más concesiones, siendo el llamado a las elecciones que dieron como ganadora a Barrios de Chamorro la más grande de ellas.

Van Ommen concluye en su último capítulo con algunas reflexiones interesantes respecto de la Guerra Fría. Por un lado, Nicaragua ilustra la existencia de un conflicto que, lejos de ser estrictamente bipolar, se destacó por su multipolaridad y multiplicidad de actores con estrategias independientes de las grandes potencias. Por otro lado, asoman en las últimas páginas algunas reflexiones respecto del declive del movimiento de solidaridad internacional. Los activistas abandonaron la solidaridad organizada priorizando experiencias más personalizadas, que los involucrarán de una forma más directa. Como señala Van Ommen, nos encontramos aquí con el triunfo de una sensibilidad neoliberal en la Europa de los años 80 (p. 179). En un contexto en el que cierto culto a la individualidad comenzaba a ser hegemónico, los proyectos colectivos, revolucionarios y transformadores parecían ya no contar con el mismo encanto que antes.

Gastón Mazzaferro
Universidad Nacional
de San Martín / CONICET

Ezequiel Adamovsky,
La fiesta de los negros. Una historia del antiguo carnaval de Buenos Aires y su legado en la cultura popular,
Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2024, 286 páginas.

¿Cómo se construye un imaginario nacional? ¿Con cuántos hilos se teje la misteriosa trama de una identidad? Si la invención de la patria se funda en el discurso de la “ciudad letrada” y en la solemnidad de sus símbolos y ceremonias oficiales, ¿en qué medida la vivencia y el sentimiento cotidiano de la nacionalidad también son tributarios de relatos y representaciones acuñados en los circuitos periféricos de la cultura popular y de la memoria colectiva?

Durante décadas, preguntas como estas han estado en parte ausentes de las preocupaciones de nuestras ciencias sociales, pese a que resultan ineludibles en la perspectiva de una historia cultural de lo político o, mejor, de una historia cultural a secas. Como investigadora que desde años estudia casi en solitario los itinerarios y la evolución histórica del carnaval montevideano, quizás debería circunscribir ese diagnóstico al Uruguay. Sin embargo, me animo a hacerlo extensivo a la academia argentina y por lo tanto celebro con especial entusiasmo la aparición del libro de Ezequiel Adamovsky *La fiesta de los negros*.

En un ejercicio que confirma la proyección de las fiestas como dispositivo fundamental para la construcción de las naciones y sus identidades, el autor recrea la historia del

carnaval de Buenos Aires y estudia su legado en la cultura popular, buscando en la fiesta claves interpretativas para entender a la sociedad que la protagoniza. El resultado de esa búsqueda es una historia fascinante y compleja, tan ambigua y ambivalente como el propio carnaval.

Entre otras miradas, el relato revela los múltiples usos y significaciones presentes en una celebración polisémica que no admite encasillamientos y, al dar cuenta de sus dualidades, advierte sobre los riesgos que supone circunscribirla a la oposición binaria entre orden y desorden, entre caos y fortalecimiento de la norma. Atento a esa bipolaridad, el texto de Adamovsky pone el foco en la proyección del carnaval como lugar en el que se disputa la hegemonía, explorando los alcances de la fiesta como puesta en escena de espacios de poder en los cuales los sujetos debaten sentidos y negocian diferentes aspiraciones de legitimación. Todo ello en el marco del efímero “mundo del revés” que durante tres días invierte rangos y dignidades y trastoca el ordenamiento jerárquico del mundo mediante la fuerza liberadora del juego y de la risa.

Al indagar en las alternativas de la fiesta y en el perfil que asumió en el Buenos Aires del siglo XIX, el autor descubre con

sorpresa la trascendencia y la convocatoria de una celebración que ocupó un lugar central en la vida de la ciudad pero que, poco a poco, terminó diluyéndose en la memoria de sucesivas generaciones de porteños y porteñas. Fiesta masiva en la cual sus antepasados todos –chicos y grandes, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pobres y ricos, blancos y negros, criollos e inmigrantes– vivieron intensamente las alternativas del ritual carnavalesco y de la infinidad de transgresiones que habilita.

Merced a un pacto tácito de “agresión consentida” –según la definición del autor–, desde los tiempos de la colonia y durante buena parte del siglo XIX, el juego desenfrenado con agua y con proyectiles de mayor o menor contundencia fue promotor de las verdaderas batallas campales desplegadas a lo largo y ancho de toda la ciudad. Con el beneplácito de muchos y la indignación de otros, tales prácticas hicieron las delicias de una sociedad que todavía no estaba sujeta a los rigores del posterior proceso de disciplinamiento social y cultural. Además, para los estratos más bajos de los sectores populares –incluidos negros esclavos y libertos que gozaron de la prerrogativa de empapar a diestra y siniestra a amos y señores–, la permisividad instaurada por el

carnaval también representó una suerte de revancha simbólica –tan fugaz como significativa– que se extendió a los más diversos escenarios de la fiesta: desde los encuentros e inusuales contactos que transgredían momentáneamente los límites de posición social, de clase, de género y de etnia en el recinto cerrado de los bailes de máscaras, hasta las libertades en que se amparaban las mujeres y las clases bajas para escapar a la sujeción de sus roles subalternos en las mil instancias y escarceos callejeros habilitados por el jolgorio y el disfraz.

Por cierto que, pese a las contradicciones derivadas de su afición a algunas de sus alternativas, las clases dominantes siempre recelaron de las amenazas latentes en una fiesta potencialmente peligrosa, siempre pronta a salirse de control. Entre los numerosos reglamentos y normativas tendientes a limitar sus desbordes, se destaca la prohibición que rigió para el carnaval porteño entre 1844 y 1854. Pero si resulta llamativo que la misma fuera impuesta por el gobierno de Juan Manuel de Rosas, proverbialmente asociado a lo popular y a la visibilización de la comunidad afroporteña, es más llamativo todavía que hayan sido las élites liberales las que reimplantaron la celebración luego de la caída del Restaurador. Singular indicio de las ambivalencias que confirman la naturaleza eminentemente ambigua del ritual.

En este sentido, y merced a los “usos políticos de la fiesta”, carnaval y oficialismo no son términos necesariamente

antagónicos. Por el contrario, dada su convocatoria masiva y su potencial escenificación de un festejo ofrecido al pueblo desde el poder, la versión “civilizada” y disciplinada de la celebración puede resultar funcional al orden establecido. Dentro de esa estrategia parece inscribirse el giro operado en 1869 por las élites dirigentes que, en lo que el autor define como una suerte de “toma de la fiesta por asalto”, prohíben el juego con agua y sustituyen su caos desenfrenado y nivelador por ordenados corsos y desfiles al estilo europeo.

El experimento resultó efímero y, hacia fines de siglo, mientras el agua volvía a las calles de la ciudad, las clases altas porteñas tomaron distancia definitiva de una celebración cada vez más ajena a sus pretensiones de refinamiento y exclusivismo. Tal el entorno en el cual, con el telón de fondo de esas transiciones, el texto de Adamovsky ilumina otros escenarios carnavalescos. Desde esa nueva dimensión, pone el foco en “la fiesta de los negros” y analiza, desde una perspectiva de cultura popular, los alcances de la peculiar función nacionalizadora que cumplieron sus comparsas en tiempos fundacionales para la conformación de un imaginario argentino.

Si las prácticas festivas configuran siempre un formidable vehículo de simbolización de las identidades, esa proyección se torna aún más decisiva en el caso de sociedades aluvionales como las nuestras, donde los imaginarios colectivos son el resultado del encuentro, la interacción y la síntesis de una pluralidad de cosmovisiones

diferentes. Atento a ese otro sentido de la celebración, Adamovsky sostiene que el carnaval porteño del siglo XIX “fue mucho más que una fiesta: constituyó una arena central en la que se negociaron diferencias y se tramitaron tensiones, [...] un evento indispensable para la forja de un sentido de pertenencia entre personas que todavía no lo tenían”.

En una ciudad en la que hasta entrado el siglo XX la mitad de la población estuvo conformada por inmigrantes o por hijos de extranjeros, el carnaval se hizo cargo de semejante heterogeneidad demográfica y la gestionó a su manera. Comparsas de italianos ejecutando fragmentos de ópera pero, en otros casos, parodiando a los gallegos; españoles bailando la jota o hablando en cocoliche; criollos profiriendo interjecciones guturales y burlándose de los vascos; comparsas filarmónicas de negros que emulaban la estética y la música europeas junto a otras que apelaban a la fiesta como espacio de legitimación para el candombe; blancos tiznados que imitaban o se burlaban de las danzas y los ritmos afroporteños. Si la caricatura y la sátira también suponen una apertura al sentimiento de la alteridad compartida, aquel universo infinitamente plural y colorido contribuyó a sellar la tácita incorporación del inmigrante al imaginario nacional, mediante un ambivalente mecanismo que recurre al expediente de la parodia y del estereotipo como forma de legitimar al otro y otorgarle carta de ciudadanía.

En esa abigarrada multitud, no faltaron los gauchos émulos de Juan Moreira que el

imaginario popular se encargó de incorporar al panteón cívico, antes incluso de que, previo operativo de neutralización, la élite dirigente lo rescatara de su largo ostracismo. Otro tanto puede decirse de la comunidad afrodescendiente que, a contrapelo del discurso hegemónico que pugnó por imponer la imagen de una Argentina blanca y europea, encontró en el carnaval un formidable escenario para promover el encuentro entre diversas etnias y colores de piel.

Como lo ha señalado Adamovsky en más de una oportunidad, una de las interrogantes que operó como punto partida para abordar sus investigaciones en torno al carnaval tiene que ver, precisamente, con el estudio de las formas en que se tramitaron los cruces y la transgresión de fronteras entre negros y blancos en aquel contexto. ¿Cuáles son los significados que anidan en este juego de blancos que se tiznan el rostro para parecerse a los negros, de negros que se oscurecen más la piel para resaltar su color, de blancos y negros que organizan comparsas mixtas y mezclan melodías e instrumentos europeos con tambores y ritmos africanos? Sin perjuicio de otros aportes igualmente novedosos, buena parte de la originalidad de este libro está en la agudeza con que el autor desentraña la significación

contrahegemónica de tales prácticas y el peso que tuvo su centralidad en la formación de un concepto de nación que desafía representaciones esenciales del discurso oficial, blanqueador y europeizante.

Asimismo, en relación con la simulación de negritud promovida por los blancos tiznados del carnaval porteño – equivalente argentino de los “lubolos” uruguayos–, el aporte de Adamovsky vuelve a ser clave cuando aborda el fenómeno desde la perspectiva de los debates vinculados al *blackface* en los Estados Unidos. Poniendo el énfasis en la interpretación de sentidos irreductibles a una única lectura, el autor advierte de los riesgos inherentes al traslado mecánico de ciertas visiones que omiten la debida contextualización de esos sentidos.

Mientras que el género teatral y musical conocido como *blackface* es un indicio más de la violencia con que la sociedad norteamericana ha tramitado sus heterogeneidades étnicas a lo largo del tiempo, los cruces interraciales propios de la cultura popular y de los carnavales rioplatenses reflejan procesos históricos y realidades bien distintas. Por cierto que eso no alcanza a disimular el racismo latente y manifiesto que afecta a nuestras sociedades. Sin embargo, lejos de configurar señales

discriminatorias, las circularidades e interacciones culturales fraguadas desde abajo parecen ser emblema de los tradicionales lazos de hermandad tejidos por blancos y negros en los conventillos y en los barrios pobres de la gran ciudad.

La prensa conservadora de entonces refleja puntualmente el disgusto de las élites dirigentes ante manifestaciones carnavalescas que desafiaban el modelo de nación blanca y europea que pretendían promover. Por eso arremetieron contra los atisbos de esta otra nación plural y mestiza, y en 1894 dieron a conocer la prohibición policial de las comparsas candomberas en todas sus versiones. Vano intento por borrar la memoria de una “negritud” argentina que, desde el plano de lo simbólico, trasciende etnias y colores de piel y, a lo largo del tiempo, ha definido y sigue definiendo tramos esenciales de un imaginario popular.

De esa otra nación nos habla Ezequiel Adamovsky en este libro removedor y deslumbrante, que no en vano se llama *La fiesta de los negros*.

Milita Alfaro
Cátedra Unesco Carnaval
y Patrimonio de Uruguay /
Universidad de la República

Alejandra Mailhe,

En busca de la alteridad perdida. Indigenismos y mestizajes en Argentina y América Latina entre fines del siglo XIX y la década de 1960,

Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2023, 624 páginas.

En busca de la alteridad perdida es un libro ambicioso (en el mejor sentido del término), complejo –y claro al mismo tiempo–, que remite, centralmente, a una pregunta: el interrogante acerca de lo latinoamericano, entendido como identidad, como *ethos*, como desafío y como problema. Entendido también como una apuesta intelectual y como motor de una dinámica a partir de la cual se construye conocimiento. En este interrogante ocupan lugar central las distintas figuraciones de la identidad, los posicionamientos de diversas subjetividades y la inscripción textual de subjetividades otras, en el marco de una “*sed de communitas*” que define, en palabras de Mailhe, buena parte de los textos analizados.

Las respuestas múltiples que aquí se ensayan solo pueden entenderse en una concepción densa de la temporalidad, que el libro expone desde su Introducción y que va ampliando y complejizando en todo su derrotero. Si sincronía y diacronía son los ejes a partir de los cuales leer los diálogos intelectuales y la percepción del cambio, la temporalidad adquiere aquí formas múltiples, desde los usos del pasado a la potencia de sucesivas imágenes e imaginarios sobre el futuro.

En términos de usos del pasado, se destaca la delicada trama que engarza el presente

de las escrituras que aquí se analizan con “lo colonial”, que aparece desplegado de maneras múltiples: como modelo a continuar o a rechazar; como soporte de nuevas configuraciones identitarias aún en cierres; como argumento de debate en torno a la configuración de Estados-nación, tan disímil en diversas partes del continente. En un sentido complementario, que no es el objetivo de este libro pero al que sin dudas contribuye, esta percepción densa de la temporalidad y de lo colonial funciona también brindando espesor a debates del presente en torno a la noción de colonialidad, por ejemplo, en la medida en que desmenuza con maestría continuidades y desplazamientos.

El libro propone también un recorrido por un universo de conceptos, ideas y formulaciones varias, entendiéndolas a partir de diversas vetas y en torno a personajes rectores: la figura religadora de Ricardo Rojas como uno de los centrales. Por eso se detiene puntualmente en la doble dirección de ideas e influencias, y exhibe estos vericuetos en las propuestas de Ernesto Quesada, Rojas, José Vasconcelos, Manuel Gamio, entre muchos otros. Retomando los postulados de Pierre Bourdieu y matizándolos, insiste en la pregunta acerca de la

desigualdad y los matices en la circulación de conocimiento, pero no elide pensar además las posibilidades del impacto de ciertos imaginarios también en discursos metropolitanos.

Atraviesa los distintos capítulos la pregunta por la recepción y por el tipo de público que se encuentra en configuración, interrogante que pone en el centro la compleja figura del intelectual-mediador en su dimensión paternalista; los límites de ciertas miradas etnocéntricas; las posibilidades de una suerte de relativismo cultural que nunca se completa. En cualquier caso, pensar el público es también pensar la crítica a la modernidad, la experiencia de los sujetos populares (siempre recelados y plausibles de ser controlados, medidos, categorizados), el lugar del letrado frente a estos. La dimensión diacrónica del libro permite ver, en este sentido, los desplazamientos y transformaciones en estas concepciones del otro, atadas a proyectos nacionales que mutan progresivamente a lo largo del siglo XX.

Estas dimensiones de análisis se engarzan en una compleja estructura que hace de la vinculación, la comparación y el contraste el tono de su discurso. La atención a las tensiones entre lo nacional y lo latinoamericano se engarza con una suerte de bajo continuo que recorre todo el texto: la pulsión

letrada de aprehender al otro, para lo cual es preciso describirlo, categorizarlo, definirlo, cristalizarlo. Así, entre la fascinación, el uso y la abyección, esta posible aprehensión del *otro* obliga a volver permanentemente la mirada sobre el *yo*, en una suerte de movimiento especular que redefine el lugar del intelectual en tanto este intenta definir su alteridad.

Ese *otro* es, en los distintos capítulos, un *otro* opaco, que opera en la secrecía y el ocultamiento, como las escenas en que Estanislao Zeballos, Carl Lumholtz, Guido Boggiani, Evaristo Moreno, Henri Girgois, Rojas o Adán Quiroga exploran un saber que les será vedado. Ese *otro* también es aprehendido a partir de la violencia simbólica que Michel de Certeau denominó como “la belleza de lo muerto”,¹ y que exhibe la fascinación frente a un *otro* que ahora aparece como fuera del tiempo y por tanto susceptible de ser incorporado al tiempo de la nación.

La inscripción textual (de textos e imágenes) del *otro* se organiza a partir de las figuras (y metáforas) del archivo y la colección, que atraviesan las actividades y lecturas de todos los intelectuales aquí mencionados, de Zeballos a Gamio, pasando por Moreno, Luis Valcárcel, García u Ortiz, por nombrar unos pocos. El libro identifica archivos diversos: archivos de la alteridad, archivos de lo

abyecto, archivos y colecciones de restos asígnicos (los cadáveres de los principales mapuches o los restos de los muertos por viruela), frente a la magnificencia de los restos insignes sobre los cuales se erige la ficción de la nación.² Colecciones macabras en las que Alejandra Mailhe lee la violencia de la apropiación y de una mirada científica, pero también ilumina otras posibilidades, como el archivo oral que propone Quiroga (más cercano quizás a la idea de repertorio) y que funciona brindándole a su escritura una textualidad oralizante.

En términos de archivo, Mailhe también identifica aquellos que buscan dar cuenta de un origen esencial: indoeuropeo en el caso de López; autóctono (Vasconcelos, Joaquín Torres García); mítico, con las referencias a la Atlántida por ejemplo. Estas búsquedas se entrelazan para configurar un archivo de otros saberes (médico en Girgois o en ese deslumbrante capítulo, que es todo un trabajo de archivo en sí mismo, en que recorre revistas médicas y folletos varios), ocultista (Daniel Granada), religioso o comunitario. Y también alude a los bordes o los silencios del archivo: la minuciosa decisión mediante la cual la mayoría de estos textos eluden las referencias a resistencias o rebeliones, en pos de una configuración identitaria que

domestique al indígena, lo afro (en el caso de Brasil, con las peculiares aproximaciones de Gilberto Freire) o lo mestizo.

Pero este libro también construye, en la escritura misma, un archivo sensible y un archivo afectivo: capítulo a capítulo la escritura esboza una aproximación a colores, olores, sonidos, temores y disputas que configuran a la vez un archivo propio del ensayo latinoamericano y que lo definen más allá de cuestiones genéricas o formales. Creo que este es uno de los grandes aciertos del trabajo: una sensibilidad crítica que opera sobre los textos iluminando incluso aquello que solo habita el detalle.

Esta configuración archivística se engarza con otra dimensión que quiero resaltar y que es la de la operación crítica que el texto produce. ¿Cómo funciona? ¿Cómo está hecho? La estructura de pregunta que abre buena parte de los capítulos opera como invitación al diálogo: lejos de la pregunta retórica, invita realmente al lector a desentrañar los interrogantes que inician la escritura. Esta forma del diálogo se enlaza con la atención a las formas de los textos: la focalización, los modos de mirar y los distintos tipos de mirada que cada autor organiza, los lugares sucesivos y muchas veces divergentes del sujeto de la enunciación (Rojas), la atención a las metáforas (Fernando Ortiz), los símbolos (la cruz en Quiroga), la metonimia, los desplazamientos y su contigüidad (Zevallos), los desvíos (Lumholtz), la comparación y la analogía con el mundo colonial

² Acerca de las nociones de “restos insignes” y “restos asígnicos”, véase Carlos Jáuregui y Valeria Añón, “Introducción: restos transepultos y espejos de la modernidad latinoamericana”, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, vol. 28, 2024.

¹ Michel de Certeau, “La belleza de lo muerto: Nizard”, en M. de Certeau, *La cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

(Vasconcelos, Gamio, García, Quiroga).

Esta atención a las formas permite pensar la dimensión genérica de estos textos y constituye un aporte central a los estudios literarios. Por un lado, porque redefine el *ethos* del ensayo a partir de su diacronía; por otro lado, porque explica con el análisis de cada texto entrelazado con otros la naturaleza del ensayo como género híbrido que se alimenta del diario de campaña, el relato de viaje, la nota de color, las reflexiones de Michel de Montaigne (también referido en el texto), el informe científico, la

fotografía y la pintura, entre tantos otros. Así, el libro también redefine las posibilidades y los límites del género, enfatizando su vínculo con el viaje, en sus variables presentaciones: desde el viaje exótista de Zeballos hasta el viaje reformista de Rojas.

En este sentido, el ensayo es una de las formas en las que el libro ofrece un recorrido intelectual por el origen y desarrollo de discursos disciplinares como la arqueología, la antropología, la arquitectura, la medicina, la filología. Y también es esta forma la que permite leer el matiz, la contradicción, la

ambigüedad en los usos del otro para configurar una idea de nación que cambia contextualmente y diacrónicamente. Así, el texto que la autora ofrece, resultado de una amplia, profusa y delicada investigación, ilumina zonas inexploradas de la configuración de la alteridad y nos invita a pensar, más allá de su periodización, los interrogantes y los debates del presente.

Valeria Añón
Universidad
de Buenos Aires

Carlos Altamirano (coordinador),
Aventuras de la cultura argentina en el siglo xx,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2024, 336 páginas.

El coordinador de este libro, Carlos Altamirano, es un veterano sabio de la tribu. Ha vivido y ha estudiado mucho, ha reflexionado públicamente sobre su trayectoria intelectual, ha enseñado a otros muchos a mirar, a leer, a entender, todo ello sin agobiar a lectores, lectoras y escuchas ni cerrar perspectiva alguna. Su exigente invitación intelectual se concretó hace años en la *Historia de los intelectuales en América Latina* (dos volúmenes, el primero coordinado junto a Jorge Myers), una colección de investigaciones de la que este libro puede considerarse parcialmente un obílico heredero.¹ Ahora ha reunido 23 trabajos de los mejores exponentes de la historiografía y de la crítica de la Argentina contemporánea, agrupados en un título que parece elusivo respecto de cualquier dictamen tajante cuando elige, con sus editores, nombrar la experiencia cultural argentina como una *aventura*. (Antes, con gesto parecido reunió su vida intelectual y política en un libro titulado *Estaciones*).²

Un prólogo breve y sobrio nos introduce en el alcance de

las pretensiones del libro, organizado en secciones que recorren una secuencia temporal escueta –el siglo xx– vertebrada en asuntos de la cultura desde variadas escalas y cortes temáticos. Trayectorias en la metrópoli, inquietudes de la entreguerras, variantes y tensiones de lo nacional, lo internacional y lo popular, palpitaciones de los interiores del país, movidas de los años sesenta y de las resistencias subterráneas de los setenta.

Se trata de un arco amplio de asuntos, que más allá de la solvencia analítica y documental con que son abordados, expresan un fenómeno historiográfico que, si bien lleva unos cuantos años de existencia, la tierra que mueve a su paso tiene aún el aspecto de recién roturada. Entre la historia intelectual y cultural, este libro, sin decirlo demasiado, cumple bien la promesa de Altamirano y de otros tantos investigadores e investigadoras que lo acompañan cuando entiende a la primera como un territorio de confluencias exigentes, de final incierto, entre la historia política (tal vez su hilo conductor) y la de las ideas, entre la crítica literaria de amplio espectro, la sociología de las élites y las trayectorias individuales y colectivas. Ciertamente, entresacamos estos rasgos firmes de una prosa ensayística que no quiere estar a cada rato dando una

señal identitaria de sí misma y que prefiere –sus autores y autoras prefieren– entregarse a la indagación concreta de las cosas, confiando –es una conjeta– en que los lectores harán sus cuentas y balances. Así, historia intelectual será no tanto la que responde a registros y definiciones previas del género, necesarias cada tanto, sino a una práctica y practicantes que tratan de domar un objeto que luce nuevo sobre todo por la forma en que sus piezas se articulan. La historia cultural ocupa zonas cercanas, o mejor linderas; observa a otros actores y vínculos, avanza cuanto puede sobre los problemas de la circulación y la recepción, indaga en los sentidos cambiantes.

En la sección “Metrópoli” (título que bien podríamos imputar a Eduardo Mallea que así encabezó el capítulo II de la *Historia de una pasión argentina* en 1937), se reconstruyen espacios culturales como el Teatro Colón en su fase inaugural, el continuo entre la calle Corrientes y la revista *Nosotros*; se integran luego en el conjunto metropolitano trayectorias intelectuales y políticas como las de Paul Groussac, Alfonsina Storni, o el primer tramo de la de Carlos Ibarguren. Todas las plumas son expertas en su tema, y remiten a obras mayores, precedentes; la de Fernando Devoto muestra una vez más, pese a la brevedad,

¹ Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* (Jorge Meyers, ed.), Buenos Aires, Katz, 2010.

² Carlos Altamirano, *Estaciones*, Buenos Aires, Ampersand, 2019.

una notable capacidad para ir desde el archivo a la biblioteca, desde el texto-documento hasta la reflexividad tendida sobre el mismo oficio que practica. “Entreguerras” es un título perturbador y casi anacrónico, como es sabido. La vitalidad y calidad de la historiografía argentina se vuelve aquí evidente dado el acopio de estudios y monografías especializadas, con un rendimiento que es muy alto sobre todo cuando se pone el foco en los años treinta. Si la expresión no estuviera tan marcada en la Argentina podría decirse, serenamente, que se nos ofrecen aquí textos fuertemente revisionistas, ya sobre los intelectuales católicos, los liberales del Colegio Libre, los cordobeses que animaron una pretendida capitalidad para el proyecto frentepopulista. Hay unas sintonías y sincronías sorprendentes entre los capítulos, una contemporaneidad llena de sugerencias para pensar esta aventura cultural múltiple y a la vez integrada entre la llegada polémica de Jacques Maritain, las conferencias sobre España de Aníbal Ponce, y el estreno de las izquierdas reunidas en “la Docta”. Todo en 1936, valga de ejemplo.

“Inter (nacional) y popular” nos conduce a varias expresiones de la cultura nueva, urbana, masiva, industrial, popular. La historieta, la radio como “desestabilizadora” que cruza textos y reinventa tradiciones narrativas y estéticas, la edad dorada del cine con (casi) todos sus componentes clásicos (la infraestructura, la narrativa específica, el *star system*, el público). Todo se ofrece con una densidad y una masividad

tan convincente que perdemos de vista a la literatura como gran vidriera, una de las piezas clásicas o tradicionales en la identificación de una cultura. Túlio Halperin y antes Real de Azúa escribieron hace mucho sobre “la crisis” de Eduardo Mallea como autor, vinculada entre otras muchas razones a la erosión de su público lector.¹ Lo que fue vivido como un drama de incomprendión o de inadecuación tal vez pueda ser visto ahora, con el foco de luz que proyecta este libro, desde una inversión de papeles a partir de la transformación de los públicos y de la explosión de las ofertas y de los consumos en los ámbitos tradicionales.

En “Luces interiores” los trabajos dan vida a revistas culturales, a la red de grupos, lugares olvidados, no centrales, a géneros expresivos desplegados con vigor lejos de la metrópoli, a distanciamientos respecto del regionalismo tradicional: las historias del chamamé, de La Carpa de poetas y la literatura del noroeste, del sistema cultural completo armado en el Chaco, de la vida cultural en Jujuy articulada con el mundo andino. Lila Caimari nos acerca un hilado prodigioso de la historia cultural rionegrina en General Roca, y hace del sitio y de su gente un lugar privilegiado para comprender un conjunto denso (una “lucha contra un vacío”)

donde parece que nada se pierde y que todo encuentra su explicación.

En las secciones finales, “Los sesenta” y “Desobediencias”, la metrópoli (extendida hasta Rosario y hasta La Plata) vuelve por sus fueros a partir del examen del potentísimo mundo de los libros, los editores y los programas editoriales, los centros de investigación como el Di Tella, los ambientes intelectuales forjados entre emergencias políticas tajantes, en el litoral con Frondizi, Alcalde, los Viñas, Halperin, y en Córdoba con Aricó, Gramsci, el Partido Comunista y sus explosiones. Mucho tiene para ofrecer, todavía, el enfoque que muestra un vector de apoyo en las biografías (las de Arnaldo Orfila Orfila y Boris Spivakow son ejemplares en el trabajo de Dujovne, como la de Susana Lugones en el de Aguilar): en tanto escrutadoras de saberes, relaciones y convicciones, funcionan como una sonda a las profundidades, son un corte vertical que permite dar cuenta de la complejidad de aquella cultura.

Finalmente, la contestación contracultural de los setenta y ochenta es investigada a partir de la movida del rock platense y, más general, en las formas ocultas de la resistencia y la autogestión.

Los textos, cada uno de ellos, se sostienen por sí mismos y remiten a programas de trabajo acreditados en campos de estudio con creciente especificidad y refinamiento. Pero en la lectura corrida del conjunto, por su orden y por cierto acompañamiento entre lo diacrónico y lo sincrónico, esa

¹ Carlos Real de Azúa, “Una carrera literaria: Eduardo Mallea”, *Entregas de la Licorne*, n° 5-6, Montevideo, 1955; Túlio Halperin Donghi, “Las angustias de un observador distante: Eduardo Mallea y la ‘Argentina invisible’”, *Las tormentas del mundo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

lectura se reencuentra con el propósito genuino que da mérito al libro colectivo y que funciona, a la postre, como un excelente estado del arte. Las “aventuras” de la cultura argentina están menos dispersas de lo que el tan hospitalario y flexible título sugiere. Primero porque más allá de cualquier apriorismo conceptual extremo, *historia cultural* será, por un tiempo, lo que estos autores y autoras han escrito sobre estos asuntos (también de otros que por mil razones no están aquí) y que dan forma cada vez más estilizada a un campo específico y poroso de conocimiento. Segundo, porque por más enraizados que estén estos enfoques en tradiciones interpretativas globales (francesas, británicas, estadounidenses; culturalistas, posmodernas, desterritorializadas, etc.) es la Argentina como Estado, “país”, territorio, con sus diversidades en tensión, la unidad mayor de análisis para las cosas y la que reduce la dispersión a marcos nacionalmente inteligibles y hasta comparables, todavía.

El éxito de esta empresa del que *Aventuras...* es una oportuna expresión (de un momento, de unos grupos y redes de producción académica, de unos énfasis y preferencias) tiene además el mérito de abrir la imaginación hacia otras lecturas y caminos de indagación. Por ejemplo, la literatura de ensayo y de ficción ha sido una puerta de entrada tradicional para intentar la comprensión de la cultura; también podrían serlo el

psicoanálisis como práctica tan comúnmente extendida en la Argentina, o el fútbol como gran deporte socializador y nacionalizador de las masas. Retengamos aquí solamente lo primero.

Tal vez con desmesura, Sarmiento “funcionó” por largo tiempo como clave de bóveda para escrutar la historia compleja y completa de la Argentina. Sus talenteadas sobre “los cantares propios del pueblo” (el triste, la vidalita del capítulo 2 de *Facundo*), sus párrafos llenos de calidad literaria sobre el baqueano y el rastreador, sus simplificaciones acerca de cómo “toda civilización se expresa en trajes y cada traje expresa un sistema de ideas entero” fueron siempre, desde que quedaron escritas, una invitación a pensar el conjunto de las claves culturales y políticas de las Argentinas sucesivas. A su turno, Ezequiel Martínez Estrada volvió en 1933 sobre algunos tópicos del determinismo sociológico para examinar las soledades inmensas y la voracidad del desierto ante la novedad de cualquier emprendimiento. Muy poco después, en 1940, Eduardo Mallea escribió su “historia intelectual” (son sus palabras), hecha de lecturas orientadas a poner en la superficie, desde una “fiebre metafísica”, la “mediocridad” de la Argentina visible. Puede prolongarse, ajustarse, enmendarse esta lista de referencias vectoriales clásicas en la interpretación tradicional de la cultura. Menos discutible,

me parece, es el hecho de que este programa de historia cultural e intelectual expresado en *Aventuras...* se aparta relativamente o toma distancia de las “grandes firmas” de la literatura entendidas como sistema de balizas para navegar en aguas inciertas y entre corrientes diversas. La literatura de ficción es también más o menos evitada; o mejor, encuentra alguna nitidez y justificación en ocasión de cruzarse con autores más que con sus textos, y lo hace sobre todo a través de sus mediadores, los editores, los diarios, los radioteatros, las movidas literarias y políticas. Es al fin y al cabo la gran hora de los editores que actuaban como mediadores y productores de “cambio político y apertura moral”.

Este libro coordinado por Altamirano lleva el péndulo del análisis (con sus temas, preguntas, archivos, linajes académicos) hacia zonas nuevas, poco o nada exploradas. Reúne, por ello, saberes y tradiciones diferentes que van desde la historia a la crítica literaria y cultural, que se articulan con fluidez en una narrativa potente y persuasiva. Pronto llegará el momento en el que el péndulo vuelva a tocar, con talante esta vez hermenéutico para la cultura, el extremo de la creación literaria.

José Rilla
Universidad de la República

Ernesto Bohoslavsky y Marina Franco,
Fantasmas rojos. El anticomunismo en la Argentina del siglo xx,
San Martín, UNSAM Edita, 2024, 165 páginas.

Con una importante trayectoria de investigación en historia de las derechas y la conflictividad política, Franco y Bohoslavsky escribieron un libro que es una síntesis y un punto de llegada en el planteo de un problema historiográfico: ¿cómo se expresó el contrapunto comunismo-anticomunismo en la Argentina del siglo xx? y ¿cómo se traspusieron estas ideologías en las praxis políticas? Para dar cuenta de esta problemática, el libro acierta en proponer tres claves de lectura novedosas. En primer lugar, la investigación abarca una periodización de largo plazo (1902-1983), lo que permite ver las variaciones y las diversas instrumentalizaciones del discurso anticomunista, más allá del período de la Guerra Fría. En segundo lugar, es un trabajo que incluye la dimensión transnacional, atento a los contextos e influencias geopolíticas. Y en tercer lugar, busca deliberadamente un diálogo con la historia reciente y la actualidad: se propone como un texto de historia pública que entra en el debate actual ligado a los usos del anticomunismo presentes en el discurso que generó el triunfo electoral de Javier Milei.

Tanto Bohoslavsky como Franco ya han profundizado en otras producciones en las tramas de ideas que sustentaron prácticas represivas, y en las influencias de corrientes ideológicas como la Guerra

Fría y los anticomunismos en la Argentina. Sus aportes metodológicos y conceptuales han sido ampliamente reconocidos por la historiografía.¹ En esta ocasión, les interesa convocar a lectores y lectoras no especializados. Para ello realizan un ejercicio de comprensión de los usos del anticomunismo, y adoptan la estrategia de remontarse a sus orígenes, es decir: un anticomunismo anterior al comunismo soviético. El primer capítulo abarca el período 1902-1932, y toma como punto de partida una medida legal: la Ley de Residencia que, junto con el estado de sitio y las represiones a las huelgas obreras, fue moldeando las prácticas persecutorias generadas por el orden conservador, y ofreció un marco que permitió mantener

las precarias condiciones laborales que acompañaron el crecimiento del modelo agroexportador. Muestran cómo, a esa medida legal de expulsión de extranjeros considerados anarquistas subversivos, le siguió la implementación de Secciones de la policía dedicadas a generar prontuarios. Ya se contaba con elementos técnicos como la fotografía y las huellas dactilares, y en 1905 se encontraban fichadas más de 13.300 personas ligadas a un posible “complot”. Dichos instrumentos legales y de represión se sustentaron en la creencia en una amenaza, proveniente del extranjero, lo que ayudó a construir un creciente sentimiento xenófobo y antisemita, que sirvió a la perfección para reprimir las expresiones de malestar social. Bohoslavsky y Franco reconstruyen momentos de tensión como el asesinato de Ramón Falcón, a la vez que plantean que el problema comenzó a ser: “quiénes y con qué intereses definen la amenaza que justifica medidas de tal gravedad” (p. 27) y de qué modo estas medidas represivas alcanzaron a otros enemigos políticos como el radicalismo.

Con la llegada de las noticias de la Revolución rusa este “sentimiento de amenaza” (p. 33) se profundizó junto a la idea de la existencia de un “maximalismo”. Ante este

¹ Puede mencionarse, entre otros, de Bohoslavsky, *Los mitos conspirativos y la Patagonia en Argentina y Chile durante la primera mitad del siglo xx: orígenes, difusión y supervivencias* [tesis doctoral], Universidad Complutense de Madrid, 2006, e *Historia mínima de las derechas latinoamericanas*, México, ColMex, 2023; de Franco, *Un enemigo para la nación. Orden interno, subversión y guerra (1973-1976)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012, y 1983. *Democracia, transición e incertidumbre*, Editorial UNGS, Los Polvorines, 2023. También publicaron E. Bohoslavsky y M. Franco, “Elementos para una historia de las violencias estatales en la Argentina en el siglo xx”, *Boletín del IHAYA “Dr. E. Ravignani”*, nº 53, 2020.

“avance rojo” que se produce durante el gobierno radical de Yrigoyen, sectores conservadores y del empresariado suman grupos de jóvenes civiles que cuentan con el apoyo de sectores militares, y conforman la Liga Patriótica Argentina; así, la represión adopta un formato como el aplicado en la Patagonia en los años veinte, con Ley Marcial, fusilamientos clandestinos y fosas comunes. El libro plantea una pregunta: “¿creían los empresarios en la existencia de un soviet o era una excusa para insuflar la gravedad al conflicto y legitimar la reacción violenta?” (p. 41).²

El segundo capítulo aborda un período de crecimiento de la presencia del comunismo (1932-1958), en especial en organizaciones sindicales. Frente a esta presencia, el anticomunismo amplió también sus estrategias de espionaje y represión, que abarcaron el mundo cultural y educativo, y generó proyectos de ley y formaciones burocráticas, como la de la Sección Especial, que propiciaron la violación de los derechos humanos. El nuevo orden conservador presidido por Justo buscó conformar un apoyo popular, sustentado en las leyes de Matías Sánchez Sorondo y en el Congreso Eucarístico de 1934. En este

sentido, desde los espacios políticos de derecha surgiría la búsqueda de la integración de la cuestión social. Por ejemplo, así sucedió con el gobierno bonaerense de Manuel Fresco, que acompañó a la ilegalización del Partido Comunista Argentino (PCA) y de cualquier expresión considerada de propaganda del partido. Como lo ha señalado Mercedes López Cantera, en este período la persecución contra el PCA adquirió contornos precisos.³ En esa línea se expresó también el naciente peronismo, que mantuvo un discurso anticomunista aunque permitió el retorno a la legalidad del partido, pero se encargó de disputarle el apoyo de las clases populares.

En las décadas de 1950 y 1960 sucedieron transformaciones sustanciales en las ideas y las prácticas anticomunistas, según puede verse en el tercer capítulo. En primer lugar, porque luego del derrocamiento de Perón en 1955, la corporación militar antiperonista ligaría al peronismo de la llamada “Resistencia” con las posiciones del comunismo. En segundo lugar, porque el acontecimiento Revolución cubana generó una estrategia por parte de Estados Unidos que cambiará las formas de lidiar con una “nueva izquierda” que consideraba al modelo guerrillero cubano como una forma de combate válido. La cuestión de la “vía

armada” para alcanzar la revolución había generado una ruptura profunda en el seno de los partidos marxistas tradicionales (Comunista y Socialista). Asimismo, contribuyó a la aparición de un sector nuevo en el peronismo, que también consideró la estrategia armada como una forma válida de praxis política. Tanto la Doctrina de Seguridad Nacional proveniente de Washington y de la Escuela de las Américas, como el bagaje de la doctrina antiinsurgente francesa, cambiarían el accionar de la represión estatal, primero con el plan Conintes, luego con las transformaciones en la SIDE. Como señalan Franco y Bohoslavsky, el combate a esta “nueva izquierda” amplió el alcance de las sospechas, que se enfocaron en los jóvenes, en las universidades, en los gremios nuevos, y también en los hippies, en las disidencias sexuales, en expresiones culturales y artísticas e incluso, luego del Concilio Vaticano II, alcanzó a sectores de la Iglesia que realizaron una opción por los pobres.

El cuarto y último capítulo del libro tendrá que ver con esta ampliación de la noción de “infiltrado”, de enemigo oculto e interno, que los militares parecían no poder controlar, vistos los sucesos del Cordobazo y otros estallidos ocurridos en diferentes lugares del país. En 1970, con el fusilamiento del general Aramburu se abrió paso una nueva organización armada peronista: Montoneros. Esta organización condensaba el mayor temor de los sectores anticomunistas: la unión entre la populosa adhesión al peronismo, ligado a los

² Bohoslavsky, en otro trabajo sobre episodios de generación de noticias falsas, “pescado podrido”, mostró cómo la acusación de supuestas infiltraciones soviéticas en el ejército daba cuenta de una estrategia que favoreció, por ejemplo, la eliminación de una organización sindical en Santa Cruz hasta 1940. E. Bohoslavsky y J. D. Ablard, “Rumors, Pescado Podrido and Disinformation in Interwar Argentina”, *Journal of Social History*, vol. 55, n° 1.

³ Mercedes López Cantera, *Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en la Argentina (1917-1943)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2023.

trabajadores y su experiencia de bienestar, con una ideología marxista, o socialista revolucionaria. Las fuerzas armadas apostaron por generar las condiciones de un retorno de Perón, que, en su tercer mandato concretó medidas legales antisubversivas adicionales a las ya existentes. La presidenta que lo sucedió luego de su muerte en 1974 completó la lucha contra la llamada “subversión”, con los decretos ligados al Operativo Independencia en 1975. Esta represión legal fue acompañada por otras expresiones ilegales del anticomunismo como la Triple A, que buscaba “depurar” al peronismo de aquellos que, siguiendo “la tendencia revolucionaria”, se habían contagiado del “virus marxista” y por lo tanto eran merecedores de castigos en forma de asesinatos, tormentos o exilios.

Este “otro amenazante” que estaba oculto, clandestino y armado fue el enemigo perfecto para dar inicio a lo que Bohoslavsky y Franco llaman un “anticomunismo de eliminación” y un “consenso exterminador” (1976-1983). La dictadura iniciada el 24 de marzo de 1976 desplegó sus argumentos ligados a “reorganizar” la sociedad, eliminar las formas de rebeldía e indisciplina y volver al orden,

coincidentes con las premisas del anticomunismo. En este sentido, el uso de los métodos de privaciones ilegales de la libertad, torturas y violaciones en centros clandestinos de detención, desapariciones y robo de bebés, se justificaba con esta ideología, que incluía la lucha por un regreso a un orden moral. Se trató de una “batalla por las mentes”, contra los valores ideológicos marxistas; una suerte de disputa por la sensibilidad y por las ideas, que se llevó a cabo también en el campo de la cultura y la intelectualidad, con nuevos proyectos y ofertas estéticas. Claro que, como observan Franco y Bohoslavky, esta batalla cultural acompañó un cambio estructural en la economía y la sociedad argentinas que sigue vigente en la actualidad (p. 133).

La gravedad de los hechos ligados a la última dictadura, la peculiaridad del trauma generado por los treinta mil desaparecidos y las prácticas del terrorismo de Estado, tienden a dejar en un lugar menos iluminado la persistencia ideológica que sostuvo esas prácticas represivas. Este libro es un aporte porque muestra las continuidades del anticomunismo, que como imaginario impulsó la defensa de la nación y de los valores de

la civilización cristiana, y constituyó a los guardianes de ese orden capitalista como defensores ante una “amenaza roja”, de destructores conspirativos. También el modo en que estos adalides del anticomunismo cumplieron una función en la construcción de un orden económico capitalista. La persistencia de esta ideología, reconstruida por Bohoslavsky y Franco, parece aludir a la expresión marxista de 1852: la historia se repite como tragedia y luego como farsa. ¿Era de esperarse, siguiendo el hilo argumentativo del texto, que las reverberaciones podían traspasar incluso el proclamado “fin de la historia” en 1989, y que el siglo XXI reactualizaría el contrapunto comunismo-anticomunismo? Una hipótesis posible frente a este retorno puede vincularse quizás a que la definición sobre qué es y qué fue el comunismo sigue siendo imprecisa, difusa, y por lo tanto útil para ser manipulada con objetivos políticos y económicos muy concretos.

Laura Prado Acosta
Universidad Nacional
Arturo Jaureche / CONICET /
Universidad Nacional
de Quilmes

López Cantera, Mercedes,

Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en Argentina (1917-1943),

Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2023, 328 páginas.

En *Entre la reacción y la contrarrevolución*, Mercedes López Cantera lleva a cabo un estudio exhaustivo sobre el anticomunismo argentino en la primera mitad del siglo xx. La obra se distingue no solo por su rigurosidad metodológica, su minucioso trabajo de archivo y su sostenido diálogo crítico con una historiografía ya consolidada, sino también por su capacidad para responder de forma sistemática y matizada a los grandes interrogantes que plantea el anticomunismo como práctica, discurso e ideología, antes de la irrupción del peronismo y de la formulación de la Doctrina de Seguridad Nacional.

A lo largo del libro, López Cantera reconstruye el modo en que el anticomunismo se articuló en la Argentina entre 1917 y 1943, como respuesta a una multiplicidad de estímulos –locales, regionales y transnacionales– que influyeron en su configuración. En lugar de proponer una narrativa lineal, la autora adopta un enfoque analítico que reconoce la complejidad y la variabilidad del fenómeno. Así, demuestra cómo el anticomunismo se moldeó, en distintos momentos, como reacción ante peligros percibidos –reales o imaginarios–, en función de las coyunturas políticas, sociales e internacionales de cada etapa.

En este marco, una de las preguntas centrales del libro

gira en torno a si el anticomunismo de las primeras décadas del siglo puede considerarse un antecedente directo del que se consolidó en la segunda mitad, especialmente durante la Guerra Fría. La autora sostiene una respuesta afirmativa. Si bien reconoce importantes transformaciones, como la adopción de nuevos lenguajes y dispositivos institucionales, argumenta que muchas de las características esenciales del anticomunismo temprano –su carácter excluyente, la construcción del enemigo interno y su vocación represiva– se mantuvieron vigentes. Esta continuidad, lejos de ser automática, se funda en una cultura política de larga duración, capaz de atravesar transiciones entre gobiernos democráticos y dictaduras sin perder eficacia.

Desde una perspectiva metodológica, la autora trabaja en una doble escala de análisis. Por un lado, atiende de manera precisa al contexto nacional y a sus especificidades: las dinámicas políticas internas, las relaciones entre nacionalismo, catolicismo y Estado, y las formas particulares que adoptó la represión en el país. Por otro lado, incorpora una mirada transnacional que permite articular episodios clave del siglo xx –como la Revolución rusa, la guerra civil española, el ascenso del fascismo europeo y la Segunda Guerra Mundial–

con las apropiaciones y resignificaciones que realizaron actores argentinos, particularmente las derechas nacionalistas y católicas, al traducir un discurso anticomunista global en claves locales dotadas de especificidad. El primer capítulo analiza el período comprendido entre 1917 y 1930, signado por el impacto de la Revolución rusa y por el temor de los sectores conservadores y católicos frente a una creciente conflictividad social. López Cantera muestra cómo las élites promovieron y financiaron iniciativas para enfrentar esa amenaza percibida, y cómo, ya desde entonces, comenzaba a trazarse una distinción entre trabajadores “nacionales” y “foráneos” en el seno de la protesta obrera.

El segundo capítulo constituye un aporte sustantivo a la historia institucional del aparato represivo. A partir del estudio de la Sección Especial de Represión al Comunismo, la autora reconstruye los orígenes de las prácticas estatales de inteligencia y control político. Estas no eran improvisadas, sino que respondían a una sofisticación creciente del discurso anticomunista y estaban legitimadas tanto por actores locales como por un clima ideológico regional compartido. En efecto, desde los años treinta, la Argentina

compartía con otros países del Cono Sur (Brasil, Uruguay, Chile) una sensibilidad anticomunista común, pese a sus diferencias políticas. Este “clima de ideas” sirvió como marco de legitimación para el accionar represivo del Estado argentino, reduciendo el conflicto social en la agenda pública a la figura del comunismo, como también lo evidencia el informe del ministro del Interior Leopoldo Melo, que funcionó como instrumento legal complementario.

El tercer capítulo se concentra en el aporte del nacionalismo y del catolicismo al desarrollo del anticomunismo. López Cantera reconstruye la actuación de organizaciones nacionalistas como la Legión de Mayo, la Legión Cívica Argentina, la Acción Nacionalista Argentina, la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios y la Comisión Popular Argentina contra el Comunismo, así como de publicaciones como *Crisol*, *Clarinada*, *Bandera Argentina* y *Criterio*. A través de este corpus, la autora examina cómo se construyó la figura del “enemigo rojo” a partir de representaciones que apelaban más a valores morales y culturales que a argumentos estrictamente políticos.

El cuarto capítulo explora el proceso de transnacionalización del discurso anticomunista argentino a partir de 1936. En esa coyuntura, tanto factores locales –como la reconfiguración del radicalismo o la oleada de huelgas obreras– como momentos globales –notablemente, la guerra civil española– contribuyeron a reforzar el anticomunismo y

facilitaron su formalización jurídica mediante el proyecto de ley presentado por el senador conservador Matías Sánchez Sorondo. Este proyecto no solo condensaba estigmas y representaciones dominantes, sino que se constituyó en una herramienta jurídica admirada incluso más allá de las fronteras nacionales. Según la autora, su contenido da cuenta del carácter performativo del anticomunismo como tecnología política: no solo nombraba una amenaza, sino que también contribuía a producirla y organizarla.

Aunque el proyecto no fue aprobado, su borrador funcionó como instrumento pionero en la lucha anticomunista global, al tiempo que logró condensar representaciones ya sedimentadas en la sociedad argentina. En este sentido, constituye un hito fundamental para comprender la articulación entre discurso, institucionalidad y acción represiva.

El quinto capítulo analiza cómo el discurso anticomunista promovido por sectores católicos y nacionalistas se rearticuló frente al sindicalismo en expansión, al antifascismo, a la guerra civil española y a la participación soviética en la Segunda Guerra Mundial.

La culminación de este proceso, según muestra la autora, se encuentra en los informes del ministro del Interior Miguel Culaciati, durante la década de 1940. Allí se consolida una inflexión crucial: el anticomunismo ya no se presenta solamente como defensa del “orden social”, sino como salvaguarda de los “valores democráticos”. En este contexto geopolítico

transformado, las derechas argentinas articularon campañas para vincular el comunismo con toda forma de disidencia. A partir de entonces, el comunismo pasó a ocupar un lugar central en el imaginario de las amenazas “antiargentinas”, en nombre de la democracia y la tradición nacional. Esta asociación entre anticomunismo y democracia –que será clave en el liberalismo occidental de posguerra– ya se vislumbra en la Argentina de entreguerras, y le permite a la autora postular una de sus tesis más relevantes: el anticomunismo funcionó como un punto de continuidad ideológica entre regímenes autoritarios y democráticos.

El epílogo retoma los principales ejes de la investigación y propone una hipótesis de largo alcance: entre 1917 y 1943, el anticomunismo argentino se consolidó como una matriz discursiva que articuló tradiciones católicas, nacionalistas y conservadoras en una narrativa común, orientada a construir al comunismo como amenaza interna. Esta construcción no solo legitimó la acción represiva del Estado, sino también diversas estrategias simbólicas y culturales de disciplinamiento social. López Cantera argumenta que el carácter flexible de este discurso permitió así su adaptación al tránsito entre gobiernos democráticos y autoritarios, garantizando su persistencia como tecnología política. En este sentido, uno de los aportes más originales del libro reside en demostrar que esta continuidad no se inaugura con la Guerra Fría, sino que se origina en el propio momento

fundacional del anticomunismo como discurso ordenador del campo político argentino. Su capacidad para insertarse en regímenes de distinto signo revela su funcionalidad en el sostenimiento de un determinado orden, más allá de las formas institucionales que lo encuadraran.

En efecto, el libro plantea que el anticomunismo argentino no fue una reacción meramente coyuntural, sino una tecnología política versátil, con capacidad para reconfigurarse ante distintos escenarios locales, regionales y globales. Así, este discurso resultó eficaz para construir un “otro” político – con atributos xenófobos, antisemitas y antiprogresistas – que sirvió como blanco común para diversos sectores de la derecha, y que fue de hecho institucionalizado por el propio Estado por medio de marcos legales, discursos públicos y dispositivos represivos.

En la parte final de la obra, López Cantera deja abierta una serie de preguntas que invitan a reflexionar sobre la persistencia

del anticomunismo en los años posteriores. Aunque su investigación se detiene en 1943, los hallazgos permiten inferir elementos clave para pensar su reformulación durante el peronismo, su incorporación a la Doctrina de Seguridad Nacional y su consolidación como parte de la cultura política del “mundo libre”. Como señala la autora, resulta especialmente paradójico que el comunismo, que en los años treinta sirvió como aglutinante de frentes antifascistas, fuese luego resignificado como enemigo interno en los años cincuenta, incluso por sectores políticos que anteriormente lo habían reivindicado.

Esta dinámica –que trasciende la acción estatal y se proyecta en prácticas culturales, discursos públicos y representaciones sociales– permite, como plantea la autora, pensar el anticomunismo como parte estructural de la cultura política argentina. La pregunta que queda abierta es hasta qué

punto esta matriz logró sobrevivir incluso más allá de los momentos de mayor intensidad represiva, prolongándose como forma persistente del sentido común político.

En definitiva, *Entre la reacción y la contrarrevolución* constituye una obra de referencia ineludible para quienes investigan la historia política argentina, las derechas, el anticomunismo, los aparatos represivos y las culturas políticas del siglo XX. Su densidad analítica, su solidez empírica y su capacidad para establecer conexiones significativas entre escalas locales y globales convierten a este libro en una contribución decisiva, no solo para comprender el pasado, sino también para interpretar las formas contemporáneas de la intolerancia política.

Valeria Galván
Universidad Nacional de San Martín / CONCICET

Laura Prado Acosta,
Obreros de la cultura. Artistas, intelectuales y partidos comunistas del Cono Sur, en las décadas de 1930 y 1940,
Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2023, 208 páginas.

En 1943, Raúl González Tuñón publica en Chile *Himno de pólvora*, un poemario que dedica en su mayor parte a los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, luego de la invasión alemana a Francia y a la URSS.¹ Allí, incluye el poema “Saludo al partido comunista de Chile”, que, como apunta Laura Prado Acosta, también fue difundido en la prensa partidaria uruguaya:

Hermanos, hermanos,
hermanos, bajo la estrella
del Partido / estás en Chile
y en el mundo como un gran
cuerpo repartido. / Somos
internacionalistas, porque
somos nacionalistas / que
son el hombre y la esperanza
iguales en tierras distintas. /
Y bajo distintas banderas
que al fin no son más que
una sola, / “La
Internacional” es un himno
que sabe todos los idiomas
(p. 198).

El poema está en consonancia con algunas de las hipótesis y de los planteos más relevantes de *Obreros de la cultura*. Ilumina algunas aristas de esa “zona cultural comunista” que Prado Acosta delimita en su investigación; una zona que, a través de múltiples

circulaciones y rutas de agentes, ideas y obras, alcanza una dimensión regional y transnacional y cuyas fronteras, por esta razón, son lábiles y movedizas, en sentido geográfico, pero también ideológico y temporal. González Tuñón, en Chile por esos años, escribe desde las páginas de *El Siglo*, el periódico del comunismo chileno, sobre la guerra que sucede al otro lado del mundo y sobre los acontecimientos de su propio país; de hecho, contemporáneamente, difunde una versión en plaquette de *Primer canto argentino*, que dos años después publicará en una edición de autor en la Argentina. En Chile escribe también estas loas al Partido de ese país, que luego envía para difundir en Uruguay. El recorrido de sus textos arma un itinerario intelectual que va de lo nacional a lo regional y lo internacional, no en escala ascendente sino en circulaciones y proyecciones horizontales y transversales: organiza un mapa que une Argentina, Chile, Uruguay, Stalingrado, París. El comunismo es, como dice el poema, un “gran cuerpo repartido”, un himno que se canta en todos los idiomas, es decir, traza redes de relaciones transnacionales e interregionales; conforma una “zona” que no puede pensarse, como muestra *Obreros de la*

cultura, de manera aislada ni en términos de recepción pasiva o unilateral. Prado Acosta afirma: “Los comunismos partidarios de la región del Cono Sur no aparecen, en esta perspectiva, como desviaciones o copias infieles de un ‘tipo ideal’ de comunismo sino como parte constitutiva de una historia del comunismo en plural” (p. 27). “Somos internacionalistas porque somos nacionalistas”, escribe González Tuñón, lo que desde la perspectiva que abre esta investigación permite revisar ciertas ideas esclerosadas en torno al internacionalismo de los partidos comunistas que, lejos de constituirse en meros receptores pasivos de las directivas soviéticas, atendieron a las demandas que imponían las coyunturas nacionales y regionales, de modo que los procesos locales ya no se explican solo por la determinación de las resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista o los lineamientos soviéticos.

Para indagar esa zona en el Cono Sur es necesaria, entonces, una mirada atenta tanto al horizonte internacional y regional como a los contextos nacionales, con sus propias idiosincrasias, en la medida en que esta “articulación entre lo local y lo extranjero” es un factor constitutivo de cualquier fenómeno cultural, y de la cultura comunista en particular

¹ Raúl González Tuñón, *Himno de pólvora*, Chile, Editorial Nueva América, 1943.

(p. 33). En este sentido, que la visita de David Alfaro Siqueiros a la Argentina en 1933, estudiada con detenimiento en el capítulo 3 del libro, genere tanto revuelo y, en cambio, su estadía anterior en Uruguay haya provocado tan escasas repercusiones se explica a través del impacto de muchos factores: las coyunturas nacionales, las disputas singulares de los agentes y los grupos artísticos locales (es decir, las estrategias y posiciones propias de un determinado estado del campo cultural) y las dinámicas políticas. En un momento en que el comunismo uruguayo lidiaba contra la represión estatal, Siqueiros no pudo tener, a pesar de rol activo como gestora que asumió su compañera Blanca Luz Brum, uruguaya de nacimiento, la recepción esperada. Pero, una vez en Buenos Aires, el revuelo suscitado por la clausura de su muestra en Amigos del Arte y por los conflictos con el gobierno de Justo y la acogida de Botana, quien le encarga el famoso *Ejercicio plástico*, propiciaron que su figura cobrara un importante protagonismo en la prensa – entre otros medios, *Contra* asumió con destacado esfuerzo la defensa de Siqueiros– y otros espacios de sociabilidad cultural del comunismo.

Estas circulaciones regionales y transnacionales que Prado Acosta estudia en las décadas del 30 y del 40 resultan muy productivas también para repensar lo que sucede en los años 50. En tanto la recepción del zhdanovismo –que combustionó, en el caso de la Argentina, con la agenda de problemas que impone el

peronismo–, favoreció un renovado interés del comunismo hacia las literaturas y otras expresiones culturales de las provincias: nuevamente se impone la pregunta por las tramas de circulaciones y las fronteras de la “zona”. Como en las décadas anteriores, este proceso de recepción no es pasivo, sino que posibilita que el comunismo, sin quedar atado a la copia del modelo soviético, proyecte su mirada hacia el interior del país y hacia la región, en la búsqueda por pensar lo distintivo de la cultura nacional.

Además de revelar las lábiles fronteras geográficas de esa zona, *Obreros de la cultura* muestra sus permeabilidades ideológicas y los diferentes grados de compromiso intelectual de los agentes y las materialidades involucrados. Esta zona “condensó”, afirma Prado Acosta, “un modo específico de articulación entre lo intelectual, lo artístico y lo político” a través de editoriales, publicaciones periódicas y agentes intelectuales y artísticos que conformaron “instancias de consagración, premios y castigos” basados en criterios ideológico-políticos y estéticos, pero también personales (las amistades y las rivalidades cobraron un rol relevante) (p. 84). A su vez, lejos de constituirse como un grupo sectario o cerrado, interactuó con los espacios políticos partidarios, pero también con el resto del campo cultural. En este sentido, Prado Acosta destaca la importancia que tuvieron no solo las redes de difusión y prensa partidarias, orgánicas, sino aquellas filopartidarias o cercanas a la órbita del partido sin formar

parte de su estructura. Y, fundamentalmente, se detiene en el análisis de una figura que va a asumir un rol central, articulador, al propiciar diálogos y aperturas con otros espacios culturales: la del “compañero de ruta” –Arlt es una figura de fuerte presencia en la zona, que Prado Acosta estudia con especial atención–, que participó de los espacios de sociabilidad comunista, se comprometió con su firma en diferentes reclamos pero que se mantuvo al margen de la estructura partidaria. De este modo, el prestigio y la visibilidad de los intelectuales comunistas estarían dados por instancias de legitimación internas, pero también externas a esa “zona”. Si bien Prado Acosta señala los cambios que se producen con la posguerra, lo cierto es que sus hipótesis también abren vías nuevas para indagar los años 50. Si tenemos en cuenta, por ejemplo, que el poeta más difundido en esa década en la revista *Cuadernos de Cultura*, el principal órgano de difusión cultural del partido, es el santafesino José Pedroni, cercano a esa “zona” comunista, pero “sin carnet”, se impone la necesidad de volver a examinar las periodizaciones y las dinámicas que propiciaron redes de relaciones que se proyectaron más allá de los límites del Partido.

Además de cuestionar la creencia en la cerrazón sectaria de esa “zona” y examinar las modalidades de los procesos de recepción de las ideas, el libro revisa las periodizaciones más habituales de la historiografía, lo que le permite matizar algunos juicios extendidos sobre la participación de los artistas e intelectuales en los

procesos políticos, y abrir el juego a temporalidades más laxas. En esta dirección, Prado Acosta relativiza la contraposición entre el obrerismo y la participación intelectual del período –de “clase contra clase”–, período al que se caracterizó por su “antiintelectualismo”. Sin desconocer las tensiones entre el enfoque obrerista y las prácticas intelectuales, ni el influjo catalizador que ejerció el cambio de línea partidaria de 1935, al fomentar la integración de sectores políticos e intelectuales más amplios bajo la bandera de la defensa de la cultura contra la barbarie fascista, *Obreros de la cultura* muestra que el tópico del antiguerrero, que adquirió fuerza en el marco de la guerra del Chaco, operó como una “suerte de llave” (p. 47) para el ingreso de los intelectuales al mundo comunista. La autora rastrea, entonces, las diferentes respuestas intelectuales a la pregunta en torno a cómo lidiar, cómo pensar la función intelectual en el marco de la lucha obrera, en un contexto partidario de sospecha al intelectual, al que se consideraba pequeñoburgués. En las décadas del 30 y 40, señala, “la sensibilidad ligada al antifascismo, el antiguerrero, el antiimperialismo y el obrerismo dieron forma a ese acercamiento entre intelectuales, artistas y política partidaria comunista” (p. 32).

Siguiendo estas hipótesis, Prado Acosta realiza un recorte selectivo de “escenarios y episodios significativos e intensos”, que le permiten explorar la relación entre intelectuales y política en el

marco de la cultura comunista del Cono Sur. En esta dirección, una de las cuestiones que sobrevuela todo el libro es el problema de la autonomía de las prácticas que, según afirma en la introducción, necesitan complejizarse en la medida en que la “zona cultural comunista” desafía la distinción clara entre la esfera cultural y la política (p. 25). Para ello, no solo indaga la participación que escritores y artistas, devueltos intelectuales, tuvieron en acciones políticas concretas, y las respuestas que, desde sus prácticas creativas, dieron a la pregunta por esa relación, sino también la experiencia de la cárcel, el tema del último capítulo, como espacio de lucha y de producción intelectual. Algunas de las modalidades que asumió la figura del “obrero de la cultura” son estudiadas por Prado Acosta en el primer capítulo a partir de tres escenarios: el Congreso Antiguerrero de Montevideo, de 1933; los emprendimientos gremiales argentinos, y las asociaciones gremiales intelectuales creadas en Chile.

En el segundo y el tercer capítulos estudia las respuestas que los escritores y artistas plásticos ligados a esa “zona” comunista dieron a la pregunta acerca de la eficacia política de la literatura y del arte, o en otras palabras, cómo dirimieron las tensiones entre la necesidad de cumplir con una misión política, las búsquedas estéticas individuales y las demandas partidarias. En este punto, Prado Acosta muestra que no hubo un modo comunista único de “escribir” o de “pintar”, sino más bien búsquedas creativas –no siempre compatibles, muchas veces en conflicto– en

las que el problema del realismo cobró especial relevancia. La reconstrucción de los debates, las polémicas y las diversas versiones singulares del realismo que, en los textos programáticos, expusieron los escritores y artistas de la “zona” hace posible mostrar que no pueden pensarse como meras adopciones acríticas de los lineamientos del realismo socialista sino, en todo caso, como apropiaciones originales, que exploraron modos posibles de vinculación de las expresiones estéticas singulares con la finalidad política, sin perder de vista las peculiaridades sociales, económicas y políticas del contexto latinoamericano –distante de aquel “nuevo mundo” que se había iniciado en la URSS– y que dieron su propia coloración a las estéticas “comunistas”.

Quisiera cerrar con lo que creo que la publicación de este libro puede aportar en la actualidad, cuando “comunismo” y “soviético” aparecen como una marca del “zurdo”, enemigo público que los discursos oficiales “libertarios” y vastos sectores de la opinión pública vienen construyendo desde hace tiempo. En este contexto, la publicación de *Obreros de la cultura* deviene, aun con una cuota de azar (característica de todo proceso histórico), una intervención intelectual.

A comienzos de este siglo, en las palabras finales con que Claudia Gilman cierra *Entre la pluma y el fusil*, advierte que, tras el “proceso brutal” que va desde los años 60 a los 2000, si algo ha sobrevivido de la autoimagen que los

intelectuales construyen de sí mismos es “el ideal crítico”, una “obstinación” que se conserva “casi indemne”.²

² Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Dichas observaciones mantienen vigencia. Este libro nos orienta en esta dirección, al revelar la importancia que el comunismo –muchas veces deshistorizado, actualmente convertido en un significante vacío para señalar al enemigo de turno– tuvo en la construcción de nuestra cultura,

de nuestras artes, de nuestra literatura, y sin el cual se nos pierde una parte significativa de nuestra historia.

María Fernanda Alle
Universidad Nacional
de Rosario / CONICET

Alejandra Laera,

¿Para qué sirve leer novelas? Narrativas del presente y capitalismo,

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024, 191 páginas.

Ya desde su mismo título, Alejandra Laera parece decidida a interpelar y reconfigurar nuestra forma de leer novelas mientras, a su vez, escribe un estupendo capítulo de lo que podríamos denominar una historia reciente o inmediata de la literatura argentina. Ese gesto sugiere, además, dos acercamientos diferentes a la narrativa argentina de los últimos años. Si, por un lado, es dable sospechar allí un sesgo de utilidad con relación a ciertos modos de lectura, esa misma utilidad se desvía además en aquello que la novela también suele ofrecer, es decir, una suerte de moneda de cambio entre la letra impresa y un lector, ambos situados bajo las garras de un capitalismo neoliberal y punitivo. Pero también se trata de una relación que podría enfocarse como un espejo que deforma las relaciones entre los sujetos ficticios de cada narrativa explorada. Una de las palabras que usa Laera de forma reiterada e innovadora en esta obra es “imaginación”, palabra que, si bien tiene una extensa tradición en tanto creación literaria, aquí logra diseminárla a través de diferentes teorías de la escritura poética, por ejemplo a partir de la *imagination* o *fancy* de William Blake o de Samuel Taylor Coleridge. Cabe preguntarse, entonces, ¿qué proporciona la imaginación en este nuevo contexto donde lo

alegórico se vio desplazado hacia un materialismo simbólico ligado al dinero y a la utilidad fútil y no productiva? En realidad, Laera no solo quiere dar cuenta de aquel proceso de creación poética sino también reflexionar sobre el modo en que se involucran e interactúan diferentes saberes, como la economía o la sociología, con la crítica literaria, para observar de qué manera se entremezclan “opiniones personales y mediáticas, estilos y modos de vida”. Y tal es su objetivo central: ver cómo podrían conectarse de manera crítica la narrativa con el capitalismo por medio de otro tipo de imaginación literaria.

Sin embargo, “imaginar” no se reduce aquí a construir una imagen del mundo, una suerte de *Weltanschauung*, sino también, a componer un orden económico marcado por el desgaste y la degradación. En este sentido, esta “imaginación” también funge como una presencia ineludible de la ideología de los autores examinados dado que, como recurso, nace de un sujeto creador (tal como también lo entendía el Romanticismo) alentado, no por un mero individualismo, sino por una perspectiva plural de lo político que siempre deriva en una problemática social y colectiva. De allí que la “imaginación” se vuelva tanto diálogo como crítica: diálogo con el lector y

crítica hacia el sistema de ideas imperante. A partir de esta perspectiva, Laera se acercará a una vasta serie de novelas contemporáneas argentinas publicadas en los últimos años, en las que el “discurso crítico” deviene “discurso sobre la crisis”, dos términos que comparten un mismo origen genealógico y etimológico. Es por ello que esta obra también podría leerse como una suerte de continuación de *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001* (2014), donde Laera colocaba el eje de la mirada crítica en consonancia con las crisis económicas. Si, como dice Jacques Rancière, la novela moderna devela una escritura cifrada del cuerpo social, en las escrituras narrativas que analiza Laera aparecerá esa misma perspectiva crítica como síntoma de nuestra contemporaneidad. Entonces, ¿cuáles son las nuevas representaciones del dinero y de qué manera su naturaleza simbólica se convierte en objeto de nuevos experimentos narrativos mediante tramas y procedimientos de la nueva novela? Para responder estas preguntas, Laera nos ofrece un virtuoso y copioso acervo de información tanto teórica como práctica y una lectura novedosa: una obra cuya estructura parece funcionar como una especie de acumulación “primitiva” y productiva que, a su vez, se opone y resiste las operaciones

estériles del capitalismo financiero a través de la lentitud de lo antimoderno, tal como resuenan tras los ecos de Bruno Latour en *Nunca fuimos modernos*.

¿Para qué sirve leer novelas? se organiza en tres partes y una suerte de introducción teórico-crítica: “¿Qué hacer con el capitalismo hoy? Sondeos de la imaginación narrativa”, donde Laera expone los lineamientos de toda la obra, las novelas que tratará y el marco teórico de sus argumentos compuesto, entre otros, por la crítica económica de David Harvey, la crítica cultural de Mark Fisher o la ecocrítica de Carolyn Merchant. La primera parte se centra en el valor del dinero como motor de lo que denomina “relatos calendarizados”, donde tiempo y valor económico se entrecruzan con el factor político en las tramas sociales de las narraciones propuestas, tal como ocurre en Ricardo Piglia o en Alan Pauls. Podemos leer: “en Argentina, en los últimos cincuenta años, la carga temporal del dinero es tan poderosa que contribuye, también, a modelar específica y localizadamente la imaginación narrativa, tanto como exige activar las tretas de la imaginación económica para sobrevivir” (pp. 53-54). Esta afirmación se quiere extensiva al análisis del resto de las novelas en tanto que “la carga temporal del dinero” va configurando modos de resistencia y correlatos narrativos que funcionarán como contrapunto crítico de la propia historia del país y de la literatura. Y ello no significa que las novelas sean necesariamente realistas, sino

que se apoyan –y volvemos a esta palabra– en una “imaginación narrativa activista” cuyos dispositivos, tanto formales como temáticos, deberían dar alternativas para encontrar formas de supervivencia, tal como también sucede con la crítica.

La segunda parte, “Trabajo escrito”, se focaliza en las relaciones entre el escritor y el marco laboral bajo un sistema que tiende a precarizar su tarea y su imaginación. Allí donde el capitalismo ve una mercancía, el escritor ve un cuerpo y una forma de resistencia. En ese aspecto, para Laera, la crítica como género literario opera, a partir de esta dicotomía, como una crítica de la economía política de la propia narración. La precariedad atañe tanto a los jóvenes trabajadores (por ejemplo, en *Alta rotación* de Laura Meradi) como en los autores que hacen de la escritura no solo un trabajo para subsistir, sino también un modo de resistencia a la noción misma de mercancía. Y, frente a esta situación, llegamos a la “imaginación del mercado”, la cual no solo se apropiá de todo, incluso de la literatura y del arte, sino que también deforma y resignifica su valor en el ámbito donde se produce y circula. Algo que no deberíamos pasar por alto es el choque y la tensión entre dos imaginaciones que no solo combaten por un sentido, sino también por las formas de circulación de las obras. Los autores se hacen eco de estas apropiaciones y utilizan sus parámetros para poder difundir sus novelas. La tensión, entonces, es aquel extrañamiento que el mercado produce con su propia obra, es

decir, como señala la autora, la “desfiguración”. Es aquí donde queda en evidencia de qué modo el espacio de lo público funciona como correlato de una resistencia tan propia de las nuevas narrativas argentinas.

Por último, la tercera parte nos propone una lectura sobre las representaciones del tiempo y las temporalidades. Frente a esta temática, la tonalidad del ensayo crítico diverge a través de dos términos que proponen nuevas maneras de pensar las narraciones: la aceleración y la desaceleración, conceptos que vinculan progreso, tecnología y capitalismo y cuyo impacto también recae en las nuevas formas de la crítica para una narrativa que intenta apropiarse y subvertir estos sistemas de interacción. En este aspecto, la imaginación ofrecerá una imagen invertida para leer estas novelas, es decir, “comprender mejor el mundo que habitamos” cuando estas funcionan como “activadores de prácticas de vida” (p. 154). Una de las maneras en que Laera efectiviza estas formas de imaginación narrativa es a través de un acercamiento a la ecocrítica, tal como ya lo señalaba Lawrence Buell en el año 1995, a través de una relación cercana entre la literatura y el medioambiente, pero, en este caso, estableciendo una nueva vuelta de tuerca frente a un capitalismo que se ha esforzado, incluso, por apropiarse de nuestra imaginación. Así, lejos de los tiempos narrativos del siglo xix, pero lejos también de los tiempos que maneja Roberto Arlt en sus novelas, por ejemplo, nos encontramos aquí con otro tiempo cronológico,

de tipo capitalista y ligado al progreso y la ganancia, que se va desdibujando en una suerte de “transtemporalidad” donde el desajuste y la lentitud comienzan a tener otro valor. Titulada “Tiempo imaginado”, es en esta tercera parte donde Laera analizará el modo en que el presente se proyecta hacia el pasado o el futuro, no solo desarticulando la noción de cronología y, por lo tanto de progreso, sino también estableciendo a través de esta nueva forma de imaginación nuevas relaciones políticas con las coordenadas de acción de la narración. Recordemos que Laera ya había indagado el

tópico del tiempo en un proyecto de mayor calado, así como también en su primer libro, producto de su tesis doctoral, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres* (2004). Es allí donde aparece por primera vez este tipo de reflexión sobre una temporalidad sin referente, es decir, desligada de una obligación referencial sobre su contexto de producción como prerrequisito de la ficción imaginativa del XIX argentino.

En suma, a partir de la pregunta *¿Para qué sirve leer novelas?*, Laera no solo

proporciona una serie de nuevas preguntas que actualizan los conflictos ideológicos y narrativos entre dinero y producción, capitalismo y narración, imaginación y aceleración, sino que, tras su respuesta, nos interpela como lectores frente al comentario crítico y frente a una acción que se activa bajo un paradigma materialista antes, incluso, de que se torne una simple especulación vacía.

Lucas Margarit
Universidad de Buenos Aires

Otras voces, otros ámbitos

La sección “Otras voces, otros ámbitos” está dedicada a reseñas de libros en lenguas no habladas en las Américas y en Europa Occidental, es decir, en cualquier lengua de uso corriente en África y Asia, fuera del español, el inglés, el francés, el italiano o el alemán. Tiene un doble objetivo: por un lado, familiarizar a lectores/as de América Latina con debates de historia intelectual en árabe, ruso (para Asia central), chino, japonés u otras lenguas de los mundos académicos africanos y asiáticos; por el otro, sugerir libros para la traducción al español. Con este propósito, nuestra idea es contactar a especialistas de área o investigadores/as locales y solicitarles reseñas de libros que hayan tenido un cierto peso en los medios académicos e

intelectuales de cada región. Dado que esos debates tienen sus propias temporalidades, y que los libros más nuevos no son necesariamente los más representativos, se reseñarán libros aparecidos en las últimas dos décadas.

Aunque los desarrollos más recientes en historia intelectual han subrayado la importancia de extender la escala de observación para analizar acontecimientos centrales de la historia moderna y contemporánea, gran parte de esta producción científica no ha logrado estar a la altura de su promesa de des provincialización. Es cierto que esta producción logró desligar sus objetos de estudio de antiguos reflejos eurocéntricos, y que supo deshacerse de una retórica

deductiva en la reconstrucción de los contextos, pero en muchos casos ha quedado prisionera de debates marcados por barreras lingüísticas. Esta sección busca contribuir entonces a reducir esta brecha entre diferentes espacios del debate académico y a acercar la historiografía latinoamericana a los desarrollos del campo en otras regiones del planeta. No se trata de reivindicar el “sur global”, dado que el “norte” forma parte de la ecuación. Se trata simplemente de diseñar un mapa más preciso de la producción científica en el siglo XXI.

La sección es organizada por Pablo A. Blitstein (École des Hautes Études en Sciences Sociales).

Yu Yingshih [Yü Ying-shih] 余英時,
Song Ming lixue yu zhengzhi wenhua 宋明理學與政治文化 [El neoconfucianismo de las dinastías Song y Ming y la cultura política],
Taipei, Yunchen chuban gongsi, 2004.

Con *El neoconfucianismo y la cultura política de las dinastías Song y Ming*, publicado en 2004, el famoso investigador e intelectual Yu Yingshih (Yü Ying-shih) intentó renovar la historia del pensamiento político chino. En el pasado, los debates sobre el pensamiento chino entre los siglos x y xvii, período fundamental para la historia intelectual china, se centraban principalmente en las ideas clave del neoconfucianismo, una renovación radical de la tradición confuciana también conocida como “estudio del Dao” y “estudio del principio”. Yu Yingshih adopta otro enfoque. En lugar de volver a estudiar nociones características como “principio” (*li*), “fuerza material” (*qi*), “mente” (*xin*) y “naturaleza humana” (*xing*), su libro se centra en el pensamiento político y la historia cultural. Yu tiene de estas cuestiones un conocimiento excepcional.

El libro consta de seis capítulos: “Interpretación de ‘cultura política’” (cap. 1), “Estudio del Dao, transmisión del Dao y ‘cultura política’” (cap. 2), “El movimiento de la prosa antigua, el nuevo saber y la formación del ‘estudio del Dao’” (cap. 3), “El ‘antibudismo’ de los practicantes del ‘estudio del Dao’ y las nuevas tendencias en el budismo de la dinastía Song” (cap. 4), “El ‘estudio del

principio’ y la cultura política” (cap. 5) y “Exploración del ‘estudio del principio’ y de la cultura política de la dinastía Ming” (cap. 6). Aunque estos seis capítulos son artículos independientes, en realidad forman un sistema. Se trata de una exposición sistemática de la “cultura política” del neoconfucianismo desde la dinastía Song (960-1279) hasta la dinastía Ming (1368-1644).

El libro de Yu recorre varios temas. El primer capítulo de este libro critica al nuevo confucianismo contemporáneo —un movimiento del siglo xx— por su tendencia a una doble abstracción. La primera abstracción es considerar el neoconfucianismo como la única filosofía de la dinastía Song. La segunda abstracción es creer que el neoconfucianismo solo tiene argumentos sobre el “estado fundamental del Dao” (*daotí*) o sobre nociones como principio, fuerza material, mente y naturaleza humana, y carece de todo vínculo con la política real. El nuevo confucianismo contemporáneo ignora el hecho de que mientras los letRADOS confucianos de la dinastía Song debatían sobre esas nociones, también abogaban por “asumir sus responsabilidades según el Dao” y “promover el Dao del gobierno”. También esperaban eventualmente “conseguir un gobernante que realice el Dao” y así reconstituir un orden

humano razonable. El “Dao” o “camino” hacía referencia a un orden moral y cósmico inspirado en el saber de los sabios antiguos.

En segundo lugar, en los capítulos 2 a 5 de este libro, Yu Yingshih describe el panorama político e ideológico de la dinastía Song (960-1279). Dado que la política de la dinastía Song era tratar a los letRADOS según convenciones rituales y evitarles la pena capital en caso de delitos graves, y dado también que estaban influenciados por el movimiento de prosa antigua desde la dinastía Song del Norte (960-1127), los letRADOS asumieron como su responsabilidad hacerse cargo de “todo lo que existe bajo el Cielo”. Había entonces, por un lado, una política imperial de tolerancia hacia los letRADOS, y, por otro lado, una ambición de “conseguir un gobernante que realice el Dao” y un ideal de “armonía entre el monarca y sus ministros”. Es de este modo que un letrado como Wang Anshi (1021-1086) —ministro de Song del Norte— y un emperador como Shenzong (que reinó entre 1067-1085) de la dinastía Song tuvieron la rara oportunidad de encontrarse y de elaborar juntos la política imperial. Yu Yingshih considera también que los letRADOS confucianos de la dinastía Song hacían del “principio único con sus muchas manifestaciones” (*li*

yi fen shu) el fundamento último del orden humano. Así la *Inscripción occidental* de Zhang Zai (1020-1077), texto central de la tradición neoconfuciana, une el yo con el universo y concibe el Cielo, la Tierra y las cosas como si todas estuvieran relacionadas por lazos de sangre. El monarca se convierte en el hijo mayor y los súbditos en parientes y hermanos.

El libro de Yu Yingshi enfatiza que los neoconfucianos propusieron un conjunto de teorías para limitar y criticar el poder del emperador, con la esperanza de hacer realidad el ideal de un “cogobierno sobre todo lo existente bajo el Cielo” por parte del monarca y de los letados. Por ejemplo, el pensamiento político contenido en el *Comentario del Libro de las Mutaciones* de Cheng Yi (1033-1107) plantea el requisito de que letados y monarcas deben gobernar juntos el imperio, afirmando que los “letados” (*shi*) son “cogobernantes” y que el emperador “gobierna todo lo existente bajo el Cielo junto a sus ministros letados”. Yu Yingshi cree que Cheng Yi anhelaba un “monarca virtual”: un jefe de Estado simbólico que ocupara esa posición por su virtud y que designara en su administración a hombres virtuosos, forjando de ese modo una “nueva relación entre el monarca y el pueblo” con la ayuda de sus virtuosos ministros letados. Yu Yingshi también menciona que Zhu Xi (1130-1200) creía que la “virtud pura” de un monarca radica en “eliminar las intenciones para beneficio personal y establecer un

espíritu público”, y que la función de un “monarca” es “nombrar a una buena persona como primer ministro”. Zhu limitaba el poder del monarca al nombramiento de un primer ministro y a confiar a este último el gobierno del imperio; se oponía a hacer del poder imperial el “gran centro” y restringía de este modo las prerrogativas monárquicas.

En tercer lugar, hay otro argumento importante en los capítulos mencionados anteriormente. Yu Yingshi señala que, aunque los neoconfucianos y Wang Anshi sosténían opiniones políticas diferentes, compartían las mismas ideas y ambiciones. Wang Anshi y los dos hermanos Cheng tenían puntos de vista similares sobre la virtud y sobre el destino y la naturaleza humana. Las profundas reflexiones de Wang sobre las cuestiones del “sabio interior”, la “mente” y el “principio” en los *Ensayos misceláneos de Huainan* son coherentes con las ideas principales del neoconfucianismo de Song del Norte (960-1127), además de inscribirse también ellas en la continuidad del “gran logro” de Mencio (372-289 a. C.). Wang y neoconfucianos han estado en competencia durante mucho tiempo, tanto en el ámbito de las ideas como en el de los concursos de selección del personal administrativo.

En cuarto lugar, el capítulo 6 de este libro analiza específicamente las características de la cultura política de la dinastía Ming (1368-1644). Yu Yingshi señala que por la forma que adopta el poder imperial bajo esa dinastía, con la autorización de los azotes a miembros de la

corte y con los edictos y anuncios oficiales, se hicieron difíciles el “encuentro entre ministro y monarca” y la “obtención de un gobernante que realice el Dao”. Desde el comienzo de la dinastía Ming, varios pensadores representativos abogaron principalmente por una vida de “encontrar para sí mismo” [*zide*, concepto que se refiere a la capacidad de encontrar el Dao por sí mismo] y de “adaptación de sí mismo” (*zishi*), y rara vez presentaron propuestas audaces para reorganizar el orden político. En los primeros años del reinado de Zhengde (1491-1521), cuando Wang Yangming (1472-1529) quiso exponer públicamente sus opiniones políticas para oponerse a la facción en el poder, fue azotado y desterrado. Es en ese momento que logra su famosa “iluminación” en la localidad de Longchang, donde descubre, contra el escolasticismo de otros neoconfucianos, que todos los humanos tienen la capacidad innata de distinguir el bien del mal.

En este largo capítulo, Yu Yingshi propone una nueva interpretación política de las teorías de Wang Yangming sobre la “iluminación repentina” (*dunwu*) y el “saber [moral] innato” (*liangzhi*). En el pasado, la mayoría de los investigadores tendían a creer que la “iluminación repentina” y el “saber innato” de Wang Yangming eran el resultado del desarrollo de su pensamiento filosófico. Sin embargo, Yu Yingshi considera que fueron las duras experiencias de la carrera política de Wang Yangming las que, después de experimentar las “cientos de

muertes y miles de dificultades” de la realidad, lo llevaron a una “iluminación repentina” y a proponer la teoría del “saber innato”. Yu Yingshi repara con agudeza en la interpretación inusual que Wang Yangming hizo de los hexagramas “Dun” y “Gen” del *Libro de las Mutaciones* en su manuscrito fragmentario *Conjeturas sobre los clásicos*, escrito después de su repentina iluminación en Longchang. También puede verse este nuevo desarrollo cuando, en su primer encuentro con Wang Gen (1483-1541), Wang Yangming le aconseja el lema confuciano de “no pensar más allá de lo que es adecuado a su posición”. Eso condujo posteriormente a que Wang Gen propusiera una “teoría de la autopreservación”, en que el amor y respeto de sí mismo fueran el camino principal hacia el amor y el respeto del prójimo. Yu Yingshi supone que

la filosofía de Wang Yangming en la dinastía Ming se orientaba a “despertar al pueblo y realizar el Dao”: es decir, esperaba despertar el “saber innato” de la gente con el objeto de crear un nuevo orden político. Yu Yingshi señala además que el “pueblo” en la frase “despertar al pueblo y realizar el Dao” se diferencia de aquellos “letrados” de la dinastía Song que debían cogobernar el imperio junto al monarca. Para los confucianos de la dinastía Song, los “letrados” solo incluían a los estudiosos y dejaban afuera a campesinos, comerciantes y artesanos. En cambio, el “pueblo” de Wang Yangming incluía campesinos, comerciantes y artesanos, por lo que era un movimiento político de base.

Este libro analiza la cultura política del neoconfucianismo Song y Ming dentro de un detallado contexto histórico. Yu

Yingshi, sin duda, ha leído íntegramente las colecciones de escritos de importantes pensadores y figuras políticas de la dinastía Song, y tiene una comprensión muy precisa y profunda de sus influencias mutuas. El libro está colmado de ideas fundamentales, y la cultura política del neoconfucianismo de las dinastías Song y Ming se resume con los conceptos de “conseguir un gobernante que realice el Dao” y “despertar al pueblo y realizar el Dao”. El hilo conductor es muy claro, y se puede decir que es, hasta el momento, la obra más importante sobre este tema.

Wang Fansen
Academia Sínica

Traducido del chino
por Pablo Blitstein.

منى سالم سعيد جعبوب،
Qiyadat al-mujtama' nahw al-taghyir: al-tajriba al-tarbawiyya li-thawrat Dhufar (1969-1992)
قيادة المجتمع نحو التغيير: التجربة التربوية لثورة ظفار (1969-1992)
[Conducir la sociedad hacia el cambio: la experiencia educativa de la revolución de Dhofar (1969-1992)],
Beyrouth: Markaz dirasat al-wihda al-'arabiya [Centro de estudios de la unidad árabe], primera edición 2010, segunda edición 2023, 368 páginas.

Este primer libro de Mona Ja'bub, historiadora omaní, ha suscitado interés en el mundo árabe por su enfoque de la historia social y cultural de la revolución de Dhofar en Omán. Publicado por un prestigioso editor en ciencias sociales en el mundo araboparlante, las autoridades omaníes inicialmente retiraron el libro de Ja'bub de la Feria Internacional del Libro de Mascate, en Omán, en 2012, pero lo restituyeron al día siguiente como señal de un relajamiento de la censura. El libro se centra en las cuestiones de género y de circulación de ideas, y, a partir de un caso poco conocido fuera del mundo árabe, hace un aporte original al estudio de la recepción global del maoísmo y el marxismo entre las décadas de 1960 y 1970.

Entre 1968 y 1975, la provincia de Dhofar del Sultanato de Omán vivió una revolución marxista-leninista contra el sultán Said y su sucesor Qaboos, que dependían del Imperio británico. En aquella época, Dhofar tenía una economía de subsistencia y sus habitantes vivían en extrema pobreza. En la costa había pescadores, en la llanura había algo de agricultura y sobre todo árboles de incienso, y en las tierras altas había cría de

ganado. Incluso después de que comenzaran las exportaciones de petróleo en 1967, el Estado recaudaba impuestos sin proporcionar servicios a la población: la medicina moderna era desconocida, la única escuela estaba reservada para la corte del sultán y en Dhofar la mayoría de la población y la casi totalidad de las mujeres eran analfabetas. En el sistema tribal dhofarí, la tierra era propiedad de las tribus, no de los individuos, y algunas tribus tenían más prestigio que otras y portaban armas. En lo más bajo de la escala social había personas esclavizadas por las tribus y por el sultán.

Una rebelión armada dhofarí de inspiración panarabista, lanzada en 1965 por dhofarís residentes en Kuwait y apoyada por el Egipto de Nasser, fue desacreditada por la derrota de Egipto y sus aliados en la guerra de junio de 1967 contra Israel. Unos meses más tarde, militantes de Dhofar viajaron a China para formarse en la revolución. Regresaron a casa convencidos por el maoísmo, en un barco cargado de armas y alimentos. Todo esto permitió a los comunistas dhofarís tomar el liderazgo de lo que entonces se llamaba Frente Popular para la Liberación de Omán y el Golfo Árabe (como cambió de nombre varias veces, lo llamaré

simplemente Frente Popular). Este giro hacia la izquierda se vio reforzado por el apoyo inquebrantable dado a la revolución de Dhofar por Yemen del Sur, vecino de Omán que se convirtió, en 1970, en el único país comunista del mundo árabe.

El libro de Ja'bub muestra cuán controvertida fue la aplicación de la teoría marxista al contexto local. Cuando el Frente Popular encargó un informe a un marxista de Bahrein sobre la estructura de clases en Dhofar, el informe concluyó que no había clases en Dhofar, solo tribus. Esta conclusión disgustó a los cuadros del Frente Popular y el informe no fue publicado. Ellos reconocían que en Dhofar no había proletariado ni burguesía, pero afirmaban que las tribus eran en realidad clases.

El Frente Popular prohibió la esclavitud en el territorio liberado. Abolió la propiedad tribal, convirtiendo toda la tierra en propiedad pública. Bajo el liderazgo de militantes feministas en sus filas, hizo de la liberación de la mujer uno de los pilares de su doctrina. Por ello, las mujeres portaban armas en el ejército revolucionario, la alfabetización femenina fue una prioridad y se abolió la poligamia. Pero estas medidas no alcanzaban: como

muestra Ja'bub, también había que luchar en el ámbito de las ideas. Los militantes vieron que la transformación social que buscaban requería no solo decretos impuestos por la fuerza, sino también un sistema educativo capaz de llevar a sus alumnos a adoptar valores y comportamientos contrarios a la tradición. Otros investigadores han analizado los aspectos políticos de la revolución dhofarí, pero la originalidad del libro de Mona Ja'bub es que se centra en la actividad educativa del Frente Popular y especialmente en la escuela y la universidad que estableció en Yemen, cerca de la frontera con Omán. Ja'bub pudo realizar entrevistas con muchos exmilitantes y exalumnos de estas instituciones, lo que le permitió trazar un retrato íntimo de este intento de adaptar la teoría marxista a un contexto muy diferente de la economía industrial que Marx tenía en mente.

La cuestión lingüística y el panarabismo jugaron un rol preponderante en la revolución. En Dhofar, la lengua de la vida cotidiana no era en absoluto el árabe, sino el shehri, un primo lejano del árabe. Sin embargo, la pertenencia de los dhofaríes a la nación árabe era fundamental en la ideología del Frente Popular. El árabe estándar, que sus miembros consideraban la lengua nacional de los árabes, ocupaba así un lugar central en la cultura que los maestros revolucionarios querían inculcar a sus alumnos. En el mundo árabe se utilizan en la vida cotidiana muchos dialectos árabes, algunos de los cuales son entre sí ininteligibles, mientras que el árabe estándar, que pocas personas pueden

hablar, se reserva principalmente para la escritura y el discurso formal. Los estudiantes no solo no entendían el árabe estándar, sino que tampoco entendían ningún dialecto árabe. Al principio, los profesores abordaron esta situación obligando a los estudiantes a hablar siempre en árabe estándar (lo que habría sido considerado extraño en cualquier otro país árabe) y prohibiéndoles hablar shehri incluso fuera de clase, bajo pena de castigo. Si los estudiantes necesitaban una palabra que no conocían en árabe, solo podían usar gestos. Los profesores decían a los estudiantes que esto era parte de su deber hacia su patria árabe. Ja'bub nos muestra que los estudiantes no solo obedecieron esas reglas por miedo: en realidad las internalizaron. Una exalumna recuerda que un día en el comedor de la escuela, mientras hablaba con la cocinera, se le escapó una palabra en shehri y de inmediato se sintió avergonzada. Ella se presentó ante la dirección y solo se sintió aliviada después de disculparse frente a todos los demás estudiantes. Más tarde, un nuevo director derogó la prohibición del shehri e implementó una política de promoción de la cultura dhofarí.

Las escuelas del Frente Popular sufrieron una grave falta de financiación en los primeros años de su existencia. Al principio no había edificios, solo tiendas de campaña. Debido a la falta de libros de texto, los estudiantes copiaban sus lecciones a mano. Durante cuatro años, el único libro

disponible en cantidad suficiente para enseñar a leer y escribir en árabe fue una traducción del *Pequeño Libro Rojo* de Mao Zedong, del que China enviaba grandes cantidades con cada envío de armas. También fue el manual de instrucción política más importante del Frente, junto a textos de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Ho Chi Minh y el Che Guevara. Mao era de lejos la figura más admirada entre la población dhofarí, y mucha gente llevaba insignias de Mao, no solo, según la autora, porque les enviaba armas y comida, sino también porque sus ideas resonaban con sus preocupaciones, porque tenía una concepción bien desarrollada de la lucha anticolonial y porque escribían para un público campesino.

El marxismo enseñado en la escuela pasaba además por un filtro importante: al menos durante los primeros años de la revolución, los dirigentes y profesores del Frente no mencionaban la crítica marxista de la religión, sin duda para evitar conflictos con una población compuesta por musulmanes muy piadosos. Por el contrario, sin proponer una enseñanza religiosa, afirmaban que no había contradicción entre el socialismo y el islam. En este punto la autora está de acuerdo. Para Ja'bub, antes de la revolución la sociedad dhofarí ya se basaba en una especie de comunismo tribal en el que el Estado estaba casi ausente. Ella afirma que los pueblos de la península arábiga ya se sentían cómodos con la idea de la dominación del proletariado, porque esta idea se encuentra en el Corán, y cita el versículo: "Y quisimos

favorecer a los que habían sido subyugados en la tierra, hacerlos dirigentes y convertirlos en los herederos” (28:5). Este ha sido uno de los versículos preferidos de la izquierda islámica desde la década de 1970.

En 1970, Gran Bretaña reemplazó al sultán de Omán por su hijo Qaboos. Sin alejarse del autoritarismo de su padre, Qaboos buscó no solo derrotar militarmente la revolución, sino también ganar el apoyo popular, promoviendo el desarrollo económico, construyendo escuelas públicas, restaurando algunos de los privilegios tribales, proclamando constantemente que el islam era la base de su gobierno y afirmando que el Frente Popular se oponía al islam. Según Ja’bub, aunque esta acusación ha sido falsa durante mucho tiempo, los dirigentes del Frente, sintiéndose respaldados de modo incondicional por la población, acabaron diciendo abiertamente que la religión es el opio del pueblo. Entonces sus soldados se rebelaron contra ellos y esto condujo a una división dentro del Frente. Para Ja’bub, si los revolucionarios hubieran continuado su uso selectivo del pensamiento marxista, adaptándolo a la sociedad local y sus creencias islámicas, podrían haber tenido más éxito que cualquier otro movimiento de izquierda en el mundo árabe.

Después de la derrota militar de la revolución en 1975, ¿qué pasó con el cambio social que esta última había traído consigo? Las respuestas de Ja’bub a esta pregunta se encuentran entre las partes más interesantes del libro. Los revolucionarios fomentaron y celebraron los matrimonios entre personas de las tribus y antiguos esclavos. Los antiguos alumnos recuerdan que se alegraban de estos matrimonios. Durante la revolución, las palabras asociadas con el racismo se volvieron repugnantes para ellos e incluso se prohibieron usar la palabra “negro” para referirse al color de la piel de alguien. Orgullosamente le cuentan a la autora que, en ese momento, como estaban convencidos de que el tribalismo era injusto y reaccionario, espontáneamente dejaron de mencionar el nombre de su tribu cuando escribían su nombre completo. Pero Ja’bub observa que cuando los conoció, la primera pregunta que le hicieron fue: “¿De qué tribu es usted?”, y que su conversación estaba plagada de comentarios sobre la calidad de la tribu de tal o cual persona. La esclavitud todavía está prohibida, pero el desprecio de las tribus hacia los antiguos esclavos ha regresado. De manera similar, las mujeres que fueron educadas por el Frente Popular se encuentran hoy entre las mujeres omaníes

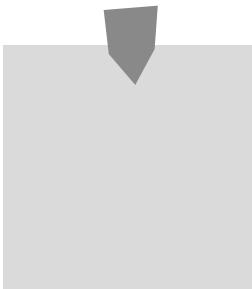
más conservadoras y las más apagadas a los signos externos de la tradición patriarcal. Ciertamente, se han convertido en médicas, profesoras o gerentas de empresa. Pero han repudiado el feminismo que el Frente Popular había defendido y practicado.

Ja’bub concluye que la teoría marxista no puede aplicarse tal cual al orden social tribal que existía en Dhofar antes de la revolución, pero que su éxito se explica por la injusticia social de ese orden y porque muchos de los fundadores y líderes de la revolución pertenecían a categorías sociales no tribales que sufrían esta injusticia. Este libro, que se ha convertido en una referencia importante para la investigación histórica sobre la península arábiga, constituye una contribución interesante a los debates sobre la relevancia de los conceptos marxistas en diferentes contextos sociales. También ofrece una visión fascinante sobre cómo una población puede adherirse sinceramente a los valores revolucionarios de un cuasi-Estado construido por militantes —y cómo puede abandonar estos valores con la llegada de un Estado sucesor.

Benjamin Geer

Traducido del francés
por Pablo Blitstein.

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

Cecilia Lesgart (ed.),
Dictadura. Significados y usos de un concepto político fundamental,
Buenos Aires, CLACSO, 2024,
292 páginas.

En un guiño a la historia conceptual koselleckiana – aunque el libro no asume en su conjunto expresamente su teoría o categorías y se acerca más a la teoría política contemporánea– *Dictadura* se propone bucear en la indeterminación del concepto y sus avatares y su pregunta surge, como en Koselleck, desde el presente.

De este modo, el libro colectivo va armando no tanto una historia del uso del concepto de dictadura sino de su relación con otros conceptos, con los que el de la dictadura se ha ido vinculando, en la teoría de ciertos autores, a lo largo de la historia, o en distintas latitudes. Así aparecen conceptos y tradiciones como golpe de Estado de la mano de Luciano Nossetti; dictadura y república en el análisis de Gabriela Rodríguez Rial; cesarismo y bonapartismo en la pluma de Eduardo Rinesi, o el concepto marxista de dictadura del proletariado en las reflexiones de Esteban Domínguez Di Vincenzo y Lucía Vinuesa. Pero no solo aparecen conceptos sino también autores, y así Cecilia Lesgart y Mariana Berdondini nos introducen a Robert Michels para pensar la concentración y personalización del poder político; Ricardo Laleff Ileff la figura de Ernst Fraenkel y su concepto del Estado dual y su contrapunto con la dictadura de Carl

Schmitt, y las referencias de Gastón Souroujon a la obra de Jacob Talmon y su concepto de democracia totalitaria. También entre conceptos y discusiones teóricas puede ubicarse el sugerente trabajo de Julián Melo y Javier Franzé sobre pluralismo y autoritarismo.

En algunos casos irrumpen los casos históricos y la temporalidad, como en el trabajo de Lorena Soler sobre Paraguay y su larga dictadura; en el de Concepción Delgado Parra acerca de México; en el de Cecilia Lesgart sobre el autoritarismo en el franquismo, en el de Lorena Pontelli sobre las revistas de las organizaciones revolucionarias, o en el trabajo sobre la “infectadura” en el contexto de la pandemia de covid-19 por Sabrina Morán.

En todas estas investigaciones el acento está puesto en iluminar alguna arista de las complejidades teóricas a las que se enfrentan la dictadura y sus parecidos de familia. Para quienes hacen historia de las ideas políticas esta es una obra potente que invita al cruce productivo entre la historia conceptual y la teoría política para darle carnadura teórica e histórica al devenir de un concepto que, con nuevos ropajes, sigue vigente.

Martina Garategaray
UNQ / CONICET / UBA

Elias J. Palti,
Intellectual History and Conceptual Change: Skinner, Pocock, Koselleck, Blumenberg, Foucault, and Rosanvallon, Cambridge, Cambridge University Press, 2024, 283 páginas.

El trabajo recoge versiones ligeramente modificadas de un conjunto de conferencias que Elias J. Palti impartió en la Universidad de Cambridge durante mayo de 2022. El contexto en el que tuvieron lugar fue el de las John Robert Seely Lectures, un prestigioso ciclo bienal organizado por el Centro de Pensamiento Político afiliado a la mencionada universidad, que desde sus inicios ha contado con la participación de destacadas figuras del panorama teórico-social y político contemporáneo, como James Tully, Martha Nussbaum, Seyla Benhabib, Pierre Rosanvallon o Axel Honneth.

La serie de estudios que Palti ofrece en este libro se halla interpelada por el interrogante de la producción del cambio intelectual de larga duración y la posibilidad del desarrollo de un marco teórico propicio para la comprensión de los sistemas de conocimiento del pasado. Atendiendo a la llamada nueva historia intelectual, y centrándose principalmente en las contribuciones convergentes de la Escuela de Cambridge, la corriente alemana de la *Begriffsgeschichte* y la tradición estructuralista francesa que, entre otras cosas, ha posibilitado el desarrollo de una arqueología del saber, el autor persigue tres grandes

propósitos. En primer lugar, reconstruir las teorías animadas por cada una de estas contribuciones, resaltando cómo ellas, al hacer hincapié en registros lingüísticos diferentes –esto es, el pragmático, el semántico y el sintáctico– han conseguido reformular exitosamente los enfoques tradicionales de un campo historiográfico de por sí ya peculiar. El segundo objetivo de la obra consiste en dar cuenta de las inconsistencias constitutivas de este cuerpo diverso de contribuciones. En un tercer y último paso, Palti se propone situar las teorías histórico-conceptuales, estudiadas al interior de una perspectiva histórico-conceptual, lo que es tanto como decir que intenta, en un punto, hacer sitio a una historia intelectual de la así llamada nueva historia intelectual.

Compuesto por diez capítulos, en los que aparecen J. G. A. Pocock, Quentin Skinner, Reinhart Koselleck, Michel Foucault, Hans Blumenberg y Pierre Rosanvallon, el libro de Palti brinda un análisis crítico de una serie de contribuciones teóricas y metodológicas centradas en discursos o lenguajes que en décadas recientes han modelado esa división temática de la historiografía que es la historia intelectual.

Santiago M. Roggerone
UNQ / CONICET

François Hartog,
Départager l'humanité. Humains, humanismes, inhumains, París, Gallimard, Bibliothèque des histoires, 2024, 352 páginas.

A diferencia del verbo francés *partager* que, con relativa facilidad, podríamos traducir como “dividir”, “repartir” o “compartir”, no es nada sencillo encontrar un equivalente para *départager*. Si bien la versión castellana más tosca y usual es “desempatar”, lo cierto es que también podría traducirse como “separar”, “distinguir”, o bien “decidirse en favor de algo o alguien”, siempre con un carácter negativo. Y es en la concurrencia entre ambos verbos donde pivota esta obra de François Hartog a través de una historia conceptual de “humanidad” junto con todos sus posibles términos derivados y asociados desde el *anthrōpos* de los antiguos griegos hasta el antropoceno y el poshumanismo. Así pues, más que “desempatar” entre diferentes tipos de “humanidades”, lo que Hartog propone aquí es historizar, contextualizar y asumir como “tipos ideales” un discurso que gira alrededor de los tres términos presentes en el subtítulo, es decir, la invención de los “humanos”, su objetivación a través de los “humanismos” y los afanes destructivos “inhumanos”. Se trata de figuras históricas que han sufrido un movimiento constante de “unificación” (*partage*) y “separación” dual y desigual (*départage*) a lo largo de las múltiples representaciones conceptuales que nuestra especie elaboró

para referirse a sí misma con relación al tiempo. Esta obra, en realidad, conforma una suerte de díptico con *Chronos. L'Occident aux prises avec le temps* (2020). Allí, Hartog recuperaba los “regímenes cristianos de historicidad” de tres conceptos (*chronos*, *kairos* y *krisis*) que también analiza hasta el presente en un marco de larga duración. En conjunto, ambas obras corresponden a una nueva etapa de su producción que, desde hace más de dos décadas, se insinuó primero con aquella que codirigió con Jacques Revel, *Les usages politiques du passé* (2001) y tuvo luego su apoteosis con el ya clásico *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps* de 2002. Tras haber iniciado su derrotero intelectual en los años 1980 con trabajos casi estrictamente historiográficos sobre Heródoto, Fustel de Coulanges, ediciones críticas de Plutarco y Polibio y la provechosa antología *L'Histoire d'Homère à Augustin* (1999), a partir de nuestro siglo, Hartog comenzó a pensar la disciplina desde un punto de vista más epistemológico, lindero con la filosofía y en un marco de interrogaciones sobre cómo ver y creer en el pasado bajo el desconcierto del mundo contemporáneo, con *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens* (2005) y *Croire en l'histoire* (2013). Tales ejercicios de reflexividad han decantado en la práctica de una historia conceptual que, sin confesarlo, tampoco deja de permutar métodos y técnicas con la historia intelectual.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Elías J. Palti,
Misplaced Ideas? Political-Intellectual History in Latin America,
Oxford, Oxford University Press, 2024, 201 páginas.

Desde una perspectiva histórico-intelectual, este estudio, que en su integridad no constituye una mera traducción al inglés de un libro previo de su autor, publicado en 2014 –se trata, en lo fundamental, de un trabajo diferente–, examina cómo ha sido concebida la identidad latinoamericana a lo largo de distintas épocas y en medio de contextos conceptuales divergentes. En esta obra, en efecto, a Elías J. Palti le interesa desentrañar los fundamentos teóricos sobre los que se han erigido tanto dicha identidad como algunas de sus críticas, enfatizando la historicidad y contingencia a ellos inherentes. Recuperando el tópico de las ideas fuera de lugar, abordado en su momento por Roberto Schwarz, Palti problematiza la cuestión misma de la circulación y recepción de productos culturales provenientes de los centros que, supuestamente, y sin más, acontece en las periferias.

Tras ofrecer un análisis de los orígenes de la historia de las ideas en América Latina como disciplina académica que tiene lugar de la mano de Leopoldo Zea, el libro propone a sus lectores seguir dos grandes direcciones. Una de ellas es desandar un camino que conduce desde la vieja historia de las ideas hacia la filosofía latinoamericana y las críticas que esta recibió por parte de la teoría de la dependencia. La otra dirección barajada supone

transitar un recorrido a través del cual los problemas inherentes al empleo de los esquemas tradicionales de la historia de las ideas, a la hora de interpretar fenómenos y procesos históricos concretos, se hacen manifiestos.

Convencido de que la perspectiva de una historia conceptual es mejor que la derivada del tópico de las ideas fuera de lugar para comprender los debates regionales sobre las categorías principales de los discursos políticos modernos, Palti, en las dos partes de la obra, se esfuerza por desasociar el estudio de la historia intelectual latinoamericana del plano de la mera anomalía local. A lo largo de unas doscientas páginas en las que se hacen presentes no solo Zea y Schwarz sino también autores tan diversos como Arturo Roig, Rodolfo Kusch, Enrique Dussel, Túlio Halperin Donghi o Santiago Castro-Gómez, *Misplaced Ideas?* invita, además, a entender el análisis de dicha historia intelectual latinoamericana como una modalidad efectiva para plantear problemas teóricos cuya relevancia trasciende singularidades, y se conecta con los marcos más generales a través de los cuales actualmente la disciplina historiográfica se desarrolla.

Santiago M. Roggerone
UNQ / CONICET

Martín Pedro González y Juan Manuel Romero (eds.),
La historia intelectual frente al desafío del “giro global”.
Nuevos debates y propuestas,
Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2024.

El llamado “giro global” no solo supuso nuevos desafíos para la historiografía en general sino también para la historia intelectual en particular, giro tras el cual no dejó de verse desafiada en sus potencialidades y límites analíticos, tanto en el plano conceptual como en el metodológico. Tal es lo que se advierte en esta obra colectiva cuyos capítulos fueron traducidos por primera vez al castellano, compilados y prologados por Martín Pedro González y Juan Manuel Romero, tras una selección de autores muy cuidada. Gregory Claeys, por ejemplo, cuestiona las diferentes concepciones de republicanismo y liberalismo mediante el análisis de los orígenes de los derechos de los trabajadores británicos a fines del siglo XVIII, a través de ciertas herramientas que lo ayudan a repensar las relaciones entre lo local y lo global, así como a discutir las ideas radicales de la década de 1790 en el marco del contexto lingüístico inglés. Se incluye también una entrevista a Quentin Skinner, quien revisa una serie de cuestiones clásicas de la historiografía intelectual como las ideas de contexto e intención. Sobre esta línea, Keith Michael Baker, se permite comparar los fenómenos revolucionarios en

Inglaterra (1688) y Francia (1789) a través del análisis semántico del concepto de “revolución” mediante el uso de *Big data* digital en diferentes contextos y temporalidades. Con todo, el “giro global” ha puesto en discusión no solo la historización de “lo” intelectual, sino también la propia espacialidad en un mundo donde la frontera entre lo local y lo global se vuelve difusa mientras el tiempo histórico se acelera. Estas cuestiones son revisadas por David Armitage y Franz Fillafer. Armitage analiza lo que denomina “giro internacional”, un movimiento historiográfico que, a través de la creación de un marco imaginario de relaciones históricas, permite observar las limitaciones explicativas de las historias nacionales. En el mismo sentido, Fillafer explica cómo los procesos históricos globales fueron los que, en realidad, dotaron a la historia global de sus herrajes metodológicos y conceptuales. Finalmente, Richard Whatmore, a quien le debemos una de las principales vulgatas de la historia intelectual, desentraña el estado de la disciplina en la actualidad y nos invita a pensar que, siempre y cuando la historia intelectual sea capaz de nutrirse de las discusiones historiográficas que ella misma suscita, mantendrá sus promesas de enfoque disruptivo en la disciplina.

Nahuel Iñarra
UNGS

Michel Foucault,
Entretiens radiophoniques, 1961-1983, edición de Henri-Paul Fruchaud, prefacio de Henri-Paul Fruchaud y Frédéric Gros,
París, Flammarion-Vrin-Institut national de l'audiovisuel, 2024, 944 páginas.

“Los griegos decían que las palabras (*paroles*) tenían alas. Nosotros sabemos que el lenguaje en absoluto tiene esa eterna y rápida existencia, sino que nace al ras de nuestros gestos, habita en nuestra piel y nuestros huesos a media voz y nunca se libera del todo de aquella caverna sonora que somos”. Tal es lo que sosténía Michel Foucault en enero de 1963 en una emisión radial de *France III National* (que, a partir de ese año, pasará a llamarse *France Culture*) sobre los lenguajes de la locura y los usos de la palabra. Se trata de una de las 63 entrevistas radiofónicas ofrecidas por Foucault entre 1961 y 1983 que reúne este inestimable volumen, producto de un nuevo malabar jurídico tras la célebre negativa del autor a que se publicasen escritos póstumos. Esta compilación (que no reúne las emisiones televisivas y, únicamente, contempla las radiales ofrecidas en territorio francés) puede leerse de múltiples modos: como una introducción a la obra foucaultiana elaborada *par lui-même* tras confrontarla con sus entrevistadores o con los eventuales invitados a participar en cada diálogo (pasan por allí, salvo *Vigilar y castigar*, casi todos los trabajos que publicó en ese período) o como escenario de la meticulosa fabricación de

un perfil intelectual en y ante la esfera pública a lo largo de veinte años; Foucault comparece aquí como comentarista de obras publicadas por otras figuras (como *El miedo en Occidente* de Jean Delumeau), como intelectual que toma firme posición ante el devenir de las ciencias sociales, del estructuralismo o de la “nueva” historia, como interlocutor de sus colegas contemporáneos (entre otros, Louis Althusser, Roger Chartier, Gérard Genette, Georges Gusdorf o Régis Debray) y, en definitiva, como disertante con todas las marcas de oralidad que se distinguen del habitual registro escrito que todos consultamos para interpretar o utilizar su obra. En este último sentido, la obra funciona como el complemento perfecto de *Dits et écrits* (1954-1988) donde se incluye una emisión radial del 4 de abril de 1978 sobre “la ley del pudor” de la cual, en este volumen, se ha prescindido. Las respuestas extensas, algunas calmas y otras más exacerbadas, las explicaciones y sobreexplicaciones detalladas, las frases lacónicas, los silencios y las dudas aparecen una y otra vez a lo largo de estas casi mil páginas de transcripciones. Se trata de una fuente documental de un valor incalculable que, desde luego, se suma como nueva “obra” a las recientes resurrecciones de sus cursos y conferencias ante los cuales y pese a su piadosa última voluntad, los apetitos del científico (y del mercado editorial) son incapaces de resistirse.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Gabriel Nardacchione y Matías Paschkes Ronis (compiladores), *El lado B de la sociología. Un recorrido del pragmatismo en la teoría*, Buenos Aires, Teseo, 2024, 448 páginas.

Desde hace algunos años en la Argentina se viene practicando una forma de quehacer sociológico que no responde a los paradigmas tradicionales de la sociología como el estructuralismo, el funcionalismo o el individualismo metodológico; por el contrario, se monta sobre una crítica a estos. Producto de herramientas teórico-metodológicas que se han puesto a disposición en formación de grado y posgrado en las ciencias sociales, se puede advertir de modo más frecuente el abordaje de “los problemas públicos”, el foco en el modo en que los actores con sus acciones construyen el contexto (que los afecta), en “seguir a los actores y sus objetos”, con un fuerte énfasis en la descripción. Este libro, compilado por Gabriel Nardacchione y Matías Paschkes Ronis, pone de relieve la perspectiva que subyace a estas nuevas aproximaciones: el “giro pragmático”.

La novedad no viene dada tanto por los autores que dan origen a esta perspectiva, porque se trata de referentes del pragmatismo clásico como William James, John Dewey, Charles Pierce, sino por la forma de enseñar y practicar la sociología. En este sentido, los compiladores proponen con este libro trazar una genealogía de la teoría social diferente al canon, pero también dar cuenta de una pedagogía situada y fiel

al pragmatismo. Respecto de lo primero, se describe el modo en que en su propia cátedra (en la carrera de Sociología de la UBA) trabajan los actores y la acción situada con los estudiantes. En cuanto a lo segundo, buscan ofrecer un abordaje sistémico sobre autores que habitan los diseños curriculares de las carreras de Sociología, pero de una manera desarticulada o marginal que no permite organizarlos dentro de una perspectiva.

Para ello, el libro organiza el abordaje en cuatro grandes partes: El pragmatismo clásico; La Escuela de Chicago; El interaccionismo simbólico y la etnometodología; La sociología pragmática francesa. Como se puede advertir, se trata de un recorrido transatlántico entre la sociología norteamericana y la francesa. En los capítulos de cada sección participan investigadoras e investigadores formados y en formación de Argentina y Uruguay, la mayoría docentes de sociología, que abordan a referentes de las diferentes escuelas, como William Thomas, Robert E. Park, Alfred Schütz, Erving Goffman, Howard Becker, Antoine Hennion, entre otros. También se incluyen textos originales de Bruno Latour, Luc Boltanski y W. Thomas, por ejemplo. La última parte del libro aborda uno de los aportes del giro pragmático: el estudio sobre los problemas públicos.

Esta corriente sociológica permite nuevas narraciones de fenómenos contemporáneos, pero también puede ser útil a la historia social, cultural e intelectual.

Dhan Zunino Singh
UNQ / CONICET

AA.VV.,
Servitudes et grandeurs des disciplines,
París, Gallimard, NRF Essais,
2025, 232 páginas.

“NRF Essais no es una colección en el sentido en que comúnmente hoy se entiende esa palabra. No es la ilustración de una sola disciplina y, menos aún, la portavoz de una escuela o de una institución. NRF Essais es el ambicioso envite de ayudar en la defensa y restauración de un género: el ensayo [...] El ensayo es una interrogación en cuyo seno la pregunta, tras los desplazamientos que opera, importa más que la respuesta”. Así presentaba el editor Éric Vigne una de las colecciones más prestigiosas de la editorial Gallimard que, gracias a los buenos oficios de Pascal Quignard, comenzó a dirigir en abril de 1987. Tras suceder a la ya legendaria colección Les Essais, creada en 1931 y cuyo acervo llegó a contar con 229 títulos de investigación en ciencias humanas, sociales y políticas, con Vigne el catálogo no hizo sino aumentar su prestigio, sobre todo, al acudir a los problemas del presente y animar la inclusión de numerosas traducciones de obras extranjeras. Desde entonces, por allí han pasado Jared Diamond, Jürgen Habermas, Jack Goody o George Steiner, entre muchos más. Tras casi cuatro décadas a cargo de NRF Essais y otras colecciones de Gallimard, Vigne, antes de jubilarse, quiso ofrecer un balance sobre la situación del “ensayo”, un género que, sin perder su *élan* literario, tal vez hoy ya no pueda quedar plenamente

escindido del mundo científico ni tampoco de la tracción que los saberes institucionalizados suelen provocar en sus mentores. De allí su convocatoria para pensar cómo operan las “disciplinas” en términos de servidumbre o grandeza. Si bien la obra, en principio, no deja de tener algo de homenaje editorial, lo cierto es que la propuesta fue mucho más allá y, a juzgar por el tono de los capítulos, logró desmarcarse de cualquier afán celebratorio. Allí fueron invitados filósofos, sociólogos, historiadores y teóricos de la literatura (Pierre Birnbaum, Luc Boltanski, Pierre Bourdieu, Johann Chapoutot, Robert Darnton, Pascal Engel, Laurence Fontaine, Axel Honneth, Christian Jouhaud, Judith Lyon-Caen, Thomas Pavel, Philippe Roussin, Jean-Marie Schaeffer y Dominique Schnapper) a fin de que, a partir de sus propios métodos, repensaran el concepto de “disciplina” en un intento por indagar dos lagunas que Vigne ha identificado en la cultura universitaria francesa. Por un lado, la contradicción entre la promoción de investigaciones interdisciplinares en ciencias humanas, sociales y naturales, pero sometidas a un régimen de evaluación que continúa siendo disciplinar. Por el otro, la necesidad de una historia global o regional de las disciplinas en su conjunto que trascienda las descripciones diacrónicas de burocratización y permita recrear sus condiciones de transmisión. Un proyecto en esbozo que resulta muy promisorio.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Chris Wickham,
El asno y la nave. La economía mediterránea de 950 a 1180, traducción del inglés por Tomás Fernández Aúz, Barcelona, Crítica, 2025, 1376 páginas.

“Hay un campo que desespera al investigador por la mediocridad de sus fuentes: el de los intercambios locales [...] Triste oscuridad, puesto que si consiguiéramos disiparla pondríamos en claro el hecho primordial de la historia de estos siglos: la separación del excedente de producción, tan necesario para iniciar una economía de intercambio y de circulación de numerario”. Así precisaba en 1982 Robert Fossier el estado de las investigaciones sobre el comercio mediterráneo entre los siglos X al XII y tal es, casi exactamente, lo que Chris Wickham acaba de disipar con esta nueva obra monumental destinada a convertirse en otro clásico de la historiografía: reconfigurar por completo esa economía comercial de la “Edad Media central” (tal el nombre que suelen asignarle los historiadores ingleses a aquel período), a través de su doble vertiente, la interior y la exterior, la terrestre y la marítima, representadas, en suma, por el asno y la nave. En ese marco, Wickham sostiene que el crecimiento económico de los siglos X al XII solo se explica a partir del intercambio de mercancías a granel (y no de los artículos de lujo que siempre fueron marginales), de las estructuras regionales y locales como necesario punto de partida y de la demanda por parte de las élites y los campesinos.

Cualquier obra publicada por Wickham constituye un suceso, no solo para la historia medieval, sino para la historiografía en general puesto que siempre funciona como un formidable modelo de investigación. Tras los pasos de historiadores como Shelomo Goitein y Jessica Goldberg y un notable uso de la guenizá de Ben Ezra en El Cairo (es decir, aquellas cámaras contiguas a una sinagoga donde los judíos depositaban los objetos sagrados inutilizables –rollos, documentos con errores o mantos de oración– que, al no poder ser destruidos por el hombre, luego de un tiempo, eran enterrados para evitar su profanación) Wickham demuestra que la “revolución comercial” italiana no inauguró aquel crecimiento, sino la formidable red comercial que desarrollaron los mercaderes judíos con el lino. A juzgar por el período tratado, esta obra podría funcionar como la continuidad de *Una historia nueva de la Alta Edad Media, 400-800* (2005); sin embargo, mientras allí la estructura era temática, aquí es regional (Egipto, África del norte y Sicilia, Bizancio, la España islámica y Portugal e Italia central y septentrional). Ante la historia socioeconómica que abreva en ambas obras, el lector podrá integrar los aspectos políticos y culturales tal como el autor los entiende con otro de sus trabajos medulares, *El Legado de Roma. Una Historia de Europa de 400 a 1000* (2009) y, para divisar su concepción global de todo el Medioevo, *Europa en la Edad Media, una nueva interpretación* (2016).

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Agustín Cosovchi y José Luis López-Barajas,
Nueva Historia del comunismo en Europa del Este,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2024,
270 páginas.

Este libro se propone como una historia general mínima del comunismo en Europa del Este, abordando sus principales problemáticas y debates historiográficos. A través de seis capítulos y un epílogo, el trabajo presenta un recorrido desde los orígenes del socialismo en Europa central y oriental hasta la disolución de las experiencias comunistas en el poder, basándose en una considerable bibliografía poco accesible para el lector hispanohablante.

Si bien este trabajo se inscribe en los estudios sobre el comunismo que, especialmente en América Latina, cuestionan las argumentaciones que caracterizaban las prácticas de los actores locales como meros instrumentos de la Unión Soviética, su objeto de análisis se centra en los comunismos que lograron consolidarse en el poder y contempla una región que, si bien comparte procesos y problemas comunes que permiten considerarla una unidad analítica, exhibe diferencias y variantes importantes. Por ello, se sostiene que el socialismo que se estructuró en la región y su trayectoria histórica no constituyeron un campo homogéneo resultante de los dictámenes de Moscú.

La obra establece que el desarrollo del comunismo estuvo marcado por dos componentes esenciales: la cuestión de la modernización y

la preocupación cambiante que esta implicó a lo largo de su historia, así como la problemática de la cuestión nacional, arrastrada desde el siglo XIX en la región. La inquietud por impulsar un socialismo dinámico, sustentable e incluso más democrático representó un campo de experimentación que se abrió con el posestalinismo y que persistió incluso después de los sucesos de Praga.

La imagen gris y rígida con la que frecuentemente se caricaturiza al bloque del Este se cuestiona en este trabajo. Asimismo, se invita a repensar las argumentaciones que centraron su atención en la caída del llamado socialismo real como una pugna entre la sociedad civil y un poder totalitario inmutable. Lejos de presentarse como un sistema irreformable, en varias ocasiones los Estados socialistas demostraron su capacidad de cambio, impulsado por la propia dirigencia en el poder.

Después de más de treinta años de la caída del muro de Berlín, resulta urgente realizar un balance histórico serio sobre la experiencia y la derrota del socialismo en el siglo XX, y este libro contribuye a ello. Esa será la condición primordial para reconsiderar un futuro posible.

Juan M. Martiren
UNSAM / UBA

Juan David Murillo Sandoval,
Conexiones libreras. Una historia transnacional del libro en América Latina 1870-1920,
Villa María y Bogotá, Eduvim y UNIANDES, 2024, 546 páginas.

El libro de Murillo Sandoval explora el vasto universo de la base material de la comunicación entre comunidades letradas de América Latina mediante la restitución de las redes de intercambio de libros en el continente. Desplazando la mirada de las figuras intelectuales más reconocidas, y a las que frecuentemente se dedica más atención, se detiene en el flujo de circulación de bienes impresos promovido por libreros, impresores, tipógrafos y bibliotecarios. Estos agentes fueron claves en la construcción de lazos de solidaridad cultural a escala transnacional, decisivos para el mutuo reconocimiento de las producciones intelectuales latinoamericanas (pp. 19-20).

La geografía del libro que ofrece esta obra de Murillo se concentra en los circuitos forjados entre la Argentina, Colombia y Chile, aunque esto permite observar las conexiones con otras latitudes transcontinentales en las cuales ese capitalismo de edición se configuró a partir del último tercio del siglo XIX. Especial atención merece la reconstrucción de las modalidades que adoptó el comercio librero a escala continental, cuya dinámica no escapó a las variaciones del mercado global, a las conflagraciones políticas nacionales y a la decisiva

expansión de los lectorados en los primeros años del siglo xx.

A lo largo de nueve capítulos, Murillo presenta las transformaciones de la industria tipográfica en América Latina y el surgimiento de las grandes bibliotecas nacionales como ámbitos de saber especializado. Asimismo, se interesa por la consolidación de una red de librerías que permiten analizar las conexiones entre diferentes profesionales del comercio de bienes impresos, de los vínculos entre bibliófilos y de la construcción de catálogos como medio material de conocimiento de la realidad librera. El interesante trabajo de Murillo no pierde de vista la dimensión “diplomática del libro” en contextos de aspiraciones de dominación panamericana, de la consolidación de París como ciudad-faro o de nuevos avances del hispanismo a través del análisis de las intervenciones de editores e intelectuales en la formación de una red de conocimiento librero latinoamericano.

Ezequiel Grisendi
UNC

Paula Bruno y Sven Schuster (directores),
Mapamundis culturales. América Latina y las Exposiciones Universales, 1867-1939, Rosario, Prohistoria, 2023, 308 páginas.

Este libro se inserta en el campo de los “*exhibitions studies*” mostrando la vitalidad que el área ha experimentado en las últimas décadas. En diálogo con las producciones más recientes y renovadoras, Bruno y Schuster realizan una doble propuesta: por un lado, acercarse al estudio de las ferias internacionales desde el mirador latinoamericano y, por el otro, superar las limitaciones que la perspectiva nacional ha mostrado para su abordaje. Para ello, la obra recurre a los enfoques trasnacionales y multidisciplinarios como vías posibles para explorar la complejidad de las Exposiciones Universales. Esa densidad es captada por la noción de “mapamundis culturales” postulada por Bruno, mediante la cual indica que las ferias internacionales “fueron representaciones del mundo generadas en momentos específicos, atendiendo a intereses dominantes, cosmovisiones y alineamientos geopolíticos” a la vez que “eventos en los que había tantas formas de presentar y exhibir el mundo conocido como de poner en jaque esos ordenamientos” (p. 16).

Mapamundis culturales, el libro, trama algunos fragmentos de esa historia tanto como los modos en que esa historia ha sido contada. En efecto, la revisión historiográfica tiene en

la obra un espacio destacado y a ella están dedicadas la introducción (Paula Bruno), el epílogo (Sven Schuster) y el primer capítulo (M. Elizabeth Boone). Por su parte, los restantes ocho capítulos del libro, escritos por Sven Schuster, Sylvia Dümmmer Scheel, Georgina Gluzman, María José Jarrín, Carla Lois, Juan David Murillo Sandoval, Paula Bruno y Alejandra Uslenghi, se centran en el estudio de casos específicos y ponen en juego la apuesta del volumen al examinar momentos de la “era de las exposiciones” desde una perspectiva latinoamericana, trasnacional y multidisciplinaria. Desde allí se analiza, como sintetizó Bruno, “la participación de países, actores, representaciones y discursos sobre la región que circularon en los eventos internacionales” (p. 15) realizados entre 1867 y 1939.

Silvina Cormick
UNQ

Gabriela Cano y Saúl Espino Armendáriz (coordinadores), *Diccionario biográfico de mujeres de El Colegio de México. Las generaciones constructoras*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2024, 398 páginas.

El de los diccionarios es un espacio donde se libra una batalla por la vida y muerte simbólicas de los agentes sociales, por la apropiación del capital simbólico (reconocimiento, prestigio, autoridad, etc.). Compuesto de 123 entradas, el gran mérito de este *Diccionario biográfico de mujeres de El Colegio de México* es haber visibilizado, recuperado y rehabilitado el papel de toda una categoría social, la de las mujeres, en la formación e historia de una institución académica, la de El Colegio de México. Pero con una novedad adicional: el acto de conocimiento (y reconocimiento) y memoria de las mujeres que se propone este diccionario incluye a una categoría específica de mujeres, la de las empleadas administrativas (bibliotecarias, secretarias, etc.), categoría “no esperada” según las normas de un diccionario de una institución académica, que habitualmente reserva las entradas y, por tanto, la visibilidad, a los consagrados de la institución, es decir, a sus académicos. En ese sentido, este diccionario lleva a cabo un movimiento de doble incorporación: incorpora al cuerpo de la institución a las mujeres que con sus prácticas contribuyeron a dar cuerpo al “cuerpo”, pero cuyos nombres no suelen figurar en las

habituales reconstrucciones públicas (hagiografías, memorias institucionales, etc.) del cuerpo: las profesoras e investigadoras, por un lado, y las empleadas y/o el personal de jerarquía técnico-administrativa, por el otro. Así, este nuevo diccionario representa también una apuesta que va un poco a contramano de la tradicional función social de los diccionarios: la de “consagrar” a los ya “consagrados”. Las entradas son de corta extensión, pero, pese a su brevedad, consiguen trazar un perfil de la trayectoria y la producción intelectual de la biografiada a la vez que una ponderación de su importancia para el campo de las ciencias sociales y las humanidades en que esta se inscribe. Cierra el diccionario un anexo estadístico elaborado por los coordinadores del volumen con información sobre la participación de las mujeres, sea en el total de las personas tituladas y graduadas de los programas de posgrado de los diferentes centros del Colegio, sea en los cargos de dirección ocupados, en la dirección y/o codirección de tesis y en la producción de libros publicados por la institución entre 1940 y 2022, información que complementa y permite poner en perspectiva las experiencias de cada una de las mujeres retratadas.

Alejandro Blanco
UNQ / CONICET

Alexandra Pita González, *Renovación. Boletín de ideas, libros y revistas de la América Latina. 1923-1930*, Colima, Universidad de Colima, 2025, 266 páginas.

El libro de Alexandra Pita González, especialista en historia intelectual latinoamericana, vuelve sus pasos sobre su primer tema de investigación: la Unión Latino Americana y el *Boletín Renovación*. Este regreso es, con todo, uno parcial puesto que parte de un nuevo recorte y nuevas preguntas y ofrece a los investigadores novedosos documentos sobre la publicación.

En su trabajo pionero, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* de 2009, ofrecía una reconstrucción de la revista que apenas se asomaba a la sección que ahora se propuso indagar: la sección de libros y revistas mediante la cual *Renovación* buscaba propiciar el intercambio de ideas entre la intelectualidad de América Latina. El interés de la autora por esa zona de la publicación se vincula con sus potencialidades para el estudio de las redes intelectuales. En efecto, su objetivo es “estudiar la posibilidad metodológica del análisis de una red intelectual a través de la circulación de bienes culturales y capitales simbólicos” (p. 17). De ese modo, la propuesta parte de la sección de libros y revistas para acercarse al “universo humano”, a los “bienes culturales” y al “capital simbólico” que lo tramaron a

fin de conocer las redes intelectuales que lo conformaron y la circulación y el intercambio de ideas que la revista propició.

El libro se compone de cinco capítulos, el índice de *Renovación* y tres anexos documentales. Una consideración sobre el estudio de las publicaciones periódicas, sobre su investigación con la revista y sobre los objetivos del libro dan inicio a la obra. Los capítulos se centran en la revista y en su sección sobre libros y revistas. El primero atiende al grupo de intelectuales que fundó la publicación y, luego, la organización Unión Latino Americana, y evalúa la importancia de esa sección para el boletín. Los tres siguientes se detienen en ella para examinar el “universo humano”, los “bienes culturales” y los “capitales simbólicos” que circularon por sus páginas. Finalmente, en el último capítulo, la autora da cuenta de la digitalización del boletín y presenta el índice de la revista y los anexos documentales. Su reflexión final sobre el análisis de las secciones de una publicación y su uso como fuente para el estudio de las redes intelectuales dan cierre al nuevo libro de Pita González.

Silvina Cormick
UNQ

Nicolás Dip (coordinador),
La nueva izquierda en debate. Miradas desde la historia reciente de América Latina, Rosario, Prohistoria, 2024, 175 páginas.

Qué hay de nuevo en la, ya vieja, nueva izquierda, podría ser una pregunta disparadora para el conjunto de artículos que integran este volumen en el que –retomando la senda que los autores y autoras vienen transitando hace ya varios años– se aborda, desde diversas entradas, geografías, latitudes y problemas, qué se entiende por nueva izquierda, la utilidad de la categoría y su derrotero en la región.

Las geografías elegidas son México, Argentina, Chile, Colombia y Uruguay, aunque el trabajo las excede; y si bien la temporalidad se centra en los años sesenta-setenta, a poco andar, también esas décadas se ven desbordadas hacia atrás y hacia adelante en busca de rupturas y continuidades explicativas.

Los actores y los soportes elegidos son también muy sugerentes; Aldo Marchesi sigue las trayectorias de actores intelectuales-políticos como Oscar Waiss, Francisco René Santucho y Vivian Trías que no abrazaron las armas. Vania Markarian recupera las cartas y las redes personales de hombres de la cultura como Benito Milla y Luis Mercier Vega en torno al Congreso por la Libertad de la Cultura, mientras que Eric Zolov hace foco en las prácticas y las subjetividades culturales de los jóvenes en México. También desde la historiografía mexicana Elisa Servín se centra en revistas para recuperar,

desde espacios académicos y universitarios, la trayectoria de un grupo integrado entre otros por Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero. Fernando Herrera Calderón, por su parte, hace foco en el surgimiento de los estudiantes revolucionarios mexicanos como agentes del cambio antes de las luchas armadas, y Sandra Jaramillo Restrepo, tomando, al efímero Partido de la Revolución Socialista en Colombia, repasa la configuración una nueva izquierda intelectual. Rafael Rojas ofrece una mirada sobre Latinoamérica desde la emblemática *New Left Review* llegando hasta los años ochenta y, por último, Vera Carnovale piensa los vínculos entre humanismo, violencia revolucionaria y derechos humanos en organizaciones guerrilleras y de derechos humanos tanto en lo discursivo como en las prácticas.

Todos ellos introducen la contingencia e indeterminación, las visiones superpuestas y conflictivas de las derivas políticas e intelectuales de esos años y van construyendo un mosaico que ofrece pistas muy sugerentes para una historia intelectual, política, cultural y transnacional de la izquierda latinoamericana en la segunda mitad del siglo xx.

Martina Garategaray
CHI / CONICET / UBA

Pilar González Bernaldo de Quirós,
Argentina hasta la muerte. Políticas de nacionalidad y prácticas de naturalización, siglos XIX y XX,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024, 491 páginas.

Una historiadora franco-argentina elige incorporar al comienzo de su nuevo libro un epígrafe de un joven novelista senegalés que habita, como ella, en suelo francés. La coincidencia no parece ociosa. De entrada, las preguntas por la *nacionalidad* desbordan los planos formales más transitados, para seguir una búsqueda, por momentos descomunal, de otros rastros, en apariencia ausentes o poco visibles.

La investigación de Pilar González Bernaldo se propone nada menos que desnaturalizar una categoría jurídica de hondo arraigo, como es la *nacionalidad* (asimilada largamente a la noción de ciudadanía) y abordarla como objeto histórico. Para ello repone una inquietud que parte del presente (el fenómeno extendido de las ciudadanías múltiples y los varios pasaportes) y un diagnóstico insuficiente sobre el pasado (las dos opciones de la migración territorial: ser nacional o extranjero). Ambas observaciones estimulan una apuesta ambiciosa cuya hipótesis general, de explicitada simpleza, contrasta con el despliegue analítico y empírico realizado para identificar y comprender los muy diferentes usos de la *nacionalidad* (reconocida, otorgada, negociada), a lo largo del tiempo y en diversos contextos (locales, regionales, globales).

Una mirada de conjunto a sus ocho capítulos nos adelanta el interés de la autora por conectar el espacio normativo de la *nacionalidad* (los primeros cuatro capítulos) con el universo de las prácticas de naturalización (los cuatro capítulos restantes). La consideración de los debates jurídicos, la formulación y circulación doctrinal junto con las regulaciones nacionales e internacionales de las políticas de *nacionalidad*, dialoga con las prácticas de naturalización, ya sea de extranjeros que deciden naturalizarse, como de ciudadanos nativos que, desde el extranjero, reclaman la protección del Estado.

Desde luego, esta operación de contacto precisa atender a múltiples dimensiones del objeto (normativa, política, social, emocional y de género), asentadas en muy distintos escenarios (una cátedra de Derecho, un juzgado federal, una embajada argentina en Madrid). Supone, también, tratar con diferentes y desiguales actores: sujetos políticos, diplomáticos, juristas, jueces federales, y los mismos extranjeros y nativos. Finalmente, implica asumir un enfoque de larga duración, que se despliega desde la independencia hasta los años 1950.

En suma, se trata de una investigación pionera en varios sentidos, sobre un tema poco problematizado aún por la historiografía argentina y latinoamericana, que ensancha nuestra comprensión de las muy diversas experiencias históricas con la *nacionalidad*.

Mariana Dain
UNC

María Paula Bontempo,
Mujeres en colores. Cosméticos, belleza y consumos femeninos en la primera mitad del siglo XX argentino, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 2024, 112 páginas.

Mujeres en colores estudia el proceso que llevó a la aceptación social del maquillaje en la Argentina como un “procedimiento decente de embellecimiento” (p. 56). Esta transformación se dio entre las décadas de 1920 y 1930, y se anudó con una mayor presencia femenina en la esfera pública, particularmente en el mundo del trabajo.

En los dos primeros apartados del libro Bontempo se enfoca en las revistas femeninas de la época y en las formas en que sus páginas difundieron imágenes en las que el maquillaje se volvió ubicuo. El tercer y el cuarto capítulo se concentran en los productos cosméticos; allí se da cuenta de sus formas de circulación, difusión, venta y producción. A partir de esos elementos la autora reconstruye la evolución de esa industria relacionando valores y representaciones con el desarrollo de un mercado muy pujante.

Bontempo muestra cómo los cosméticos fueron uno de los vehículos con que las mujeres comenzaron a tejer nuevas identidades y a construir su lugar en la esfera pública. El relato permite ver el modo que para la emergente figura de la mujer moderna el maquillaje fue muchas cosas a la vez: un mecanismo de distinción, de afirmación personal, una

estrategia de seducción, pero también una oportunidad laboral y un eje sobre el que se articularon espacios por donde circular.

El libro forma parte de una colección que pretende acercar al público general investigaciones académicas relativas a la historia de las mujeres y a los estudios de género; su análisis se apoya en una cuidada lectura de las revistas femeninas que orientaron la opinión y el gusto sobre la belleza y el cuerpo. La autora logra estructurar en una prosa amena y en un texto breve una original historia de múltiples dimensiones. Cabe destacar que este tema prácticamente no había recibido atención en la historiografía local. Si bien se mencionan algunas tensiones, la que se cuenta es principalmente una historia de progresiva aprobación permeada por una visión reconciliada del papel del maquillaje como vehículo de afirmación femenina. El libro dedica menos espacio a las formas en que los cosméticos disciplinaron a las mujeres y a las resistencias que estos suscitaron. Este sesgo no desmerece para nada un trabajo que ofrece una estimulante muestra de lo que la historia cultural de los objetos puede ofrecer para entender procesos sociales más amplios.

Flavia Fiorucci
CHI / UNQ

José Zanca,
Catolicismo y cultura de izquierda en la Argentina del siglo XX,

Buenos Aires, Siglo XXI, 2024,
264 páginas.

En tiempos en que el balance del papado de Francisco pone en escena la porosidad entre lo que construimos como “religión” o “política”, este nuevo libro de José Zanca resulta especialmente oportuno ya que rastrea, a partir de una perspectiva de larga duración, el hilo que va desde los católicos antifascistas de la década de 1930 hasta los artífices de la “teología del pueblo” de la década de 1970, un hilo clave para comprender el pensamiento del pontífice argentino. La apuesta por la categoría de “izquierda” católica se debe, justamente, a que esta permite para el autor abarcar un arco temporal más amplio que otras como “liberacionismo”, “tercermundismo” o “progresismo cristiano”, por ejemplo, posibilitando así pensar la intelectualidad católica con relación a las grandes mutaciones políticas y culturales del siglo XX. De este modo, Zanca retoma y amplía lo trabajado en *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica, 1936-1959* (2013) y *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966* (2006), dando continuidad a todo un proyecto de historia intelectual del catolicismo. Un abordaje que se realiza, por otro lado, a partir de lo que parece un doble acierto metodológico: en primer lugar, el énfasis, conforme al giro material de la historia intelectual, sobre la circulación impresa de las ideas religiosas y,

en segundo lugar, la atención prestada a la especificidad de las ideas teológicas, la cual configura una relación con su objeto de estudio a la vez productiva y respetuosa de sus dinámicas nativas. Con este fin, el autor hace un uso no normativo del concepto de secularización que le facilita la comprensión de las relaciones Iglesia/Estado, sacro/profano, religioso/laico, por fuera de los mitos a la vez opuestos y complementarios de la “nación católica” y la “nación laica”. En particular, desarrolla la estrategia de pensar a los intelectuales católicos tras la perspectiva de la “secularización interna”, entendida como el surgimiento de un espacio diferenciado de disidencia en relación con la jerarquía, esto es, de una opinión pública católica que se configura como un campo inédito de debate intelectual. De hecho, la hipótesis central que guía el análisis es que el surgimiento de la “izquierda cristiana” está íntimamente vinculado a ese proceso de secularización interna que, al mismo tiempo, se articula con las maneras de entender y valorar procesos más amplios de secularización. Se trate de Augusto Durelli, de los lectores de Teilhard de Chardin, del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo o de los peritos de la Comisión Episcopal de Pastoral, los intelectuales católicos aparecen en estas páginas en sus sucesivos y heterogéneos intentos de articular productivamente las narrativas teológicas del catolicismo con las demandas modernas de transformación política.

Miguel Isola
UCA / CONICET

Sebastián Pereyra, Catalina Smuloviz y Martín Armelino (editores),

Por qué leer a Juan Carlos Torre,

Buenos Aires, Edhasa, 2024,
354 páginas.

El origen del peronismo y el poder de los sindicatos en la Argentina del siglo xx, la lógica política de las reformas económicas de los años noventa, la persistencia de la pasión igualitaria como característica de la sociabilidad argentina. Tales son las líneas fundamentales de la obra de Juan Carlos Torre que la Introducción, a cargo de los compiladores del libro, distingue. Cuestiones fundamentales que el sociólogo aborda con una mirada que no disuelve a los actores en sus condiciones estructurales sino que los sitúa ante sus restricciones y alternativas para comprender sus dilemas y decisiones.

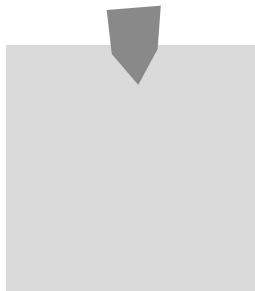
Sigue un artículo que analiza sus escritos dedicados a la clase trabajadora antes del peronismo. Si el contexto de los años treinta creaba condiciones que hacían posible la unificación política de la clase obrera, sería solo la contingencia representada por las urgencias políticas de Perón la que suscitaría “el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados” característico del peronismo. Los siguientes trabajos dan cuenta de las indagaciones del sociólogo acerca de los pasos posteriores de ese poderoso movimiento obrero, lo que conecta con el papel del sindicalismo en los procesos de

reforma económica de los noventa, procesos que, como destacan varios colaboradores del libro, merecieron un profundo análisis por parte de Torre. Otros indagan en su mirada acerca de otros movimientos sociales, como el juvenil y, especialmente, el “piquetero”, que asociaba la potencia del movimiento de desocupados, ausente en otras sociedades, con la larga herencia de organización popular e integración social argentinas. Una herencia hoy puesta en cuestión.

A los estudios que analizan cada una de las tres líneas de investigación señaladas se suman otros que bucean en otras áreas de la actividad intelectual de Torre: los avatares de su inmersión en la gestión estatal, retratados en su *Diario de una temporada en el quinto piso*, su papel en la dirección de la revista *Desarrollo Económico*, los primeros pasos de su carrera intelectual en el mundo de la nueva izquierda de los sesenta. El libro se cierra con un texto inédito en el que Torre destaca tanto el persistente impulso igualitario de la sociabilidad argentina como los conflictos que ese impulso suscitó.

Ricardo Martínez Mazzola
UNSAM / UNQ / CONICET

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 29 / 2025

Arno Joseph Mayer (1926-2023)

“Queridos luxemburgueses...”. Tras la inquietante invasión alemana del 10 de mayo de 1940 a Luxemburgo, el saludo inicial que desde el exilio la duquesa Carlota dirigió a sus compatriotas por la radio de la bbc se convertirá en todo un emblema. Pero en la madrugada de aquel mismo día, mientras el temible espectáculo de la Wehrmacht también avanzaba por Francia y por los Países Bajos —todo un despliegue simultáneo de carros blindados, aviones y lluvia de paracaidistas—, una familia judía, como tantas otras, solo atinó a subir a su Chevrolet de dos puertas y escapar a toda marcha del Gran Ducado. En aras de refugiarse en Francia, Carlota ya lo había hecho el 4 de mayo con el príncipe consorte, sus seis hijos y cinco ministros. Por su parte, la intención de la familia de Franz e Ida Mayer era conducir rápidamente a tierra francesa y también resguardarse allí, pero nada salió como esperaban. Carlota terminó su periplo en Inglaterra junto con su gabinete y envió a su familia a Estados Unidos, pero los Mayer, con las tropas alemanas en pleno ataque, se encontraban en un escenario muy delicado. Al pasar por Verdún, fueron sorprendidos por un primer bombardeo, pero el espanto no los amedrentó: siguieron su camino por Troyes, Avallon, Cannes, Montpellier y Bagnères-de-Bigorre esquivando las rutas que ametrallaba la fuerza aérea alemana. Poco después, tras la definitiva rendición de Francia el 14 de junio, decidieron ir a España a través de la comuna francesa de Hendaya, pero la guardia fronteriza se los impidió. Tras descartar un peligroso cruce por los Pirineos, prefirieron dar marcha atrás y dirigirse hasta Marsella pese a que ya estaba controlada por el régimen de Vichy. Tras casi medio año de peripecias, allí consiguieron billetes para cruce

zar el Mediterráneo, viaje que realizaron durante la noche del 19 al 20 de octubre con rumbo a Orán, en la Argelia francesa. Desembarcaron y, apresuradamente, subieron a bordo del ferrocarril transahariano con dirección a Casablanca, pero al llegar a Oujda, ciudad marroquí fronteriza con Argelia, los obligaron a descender: no tenían los visados marroquíes. Tras una semana en esa ciudad y asistir con cautela a los oficios de Yom Kipur en una sinagoga local, siguieron camino hasta Rabat, donde las autoridades los obligaron a quedarse. Pero había que llegar a Casablanca. Finalmente, lo consiguieron en noviembre: un primo lejano del padre de Franz que vivía en Alabama contactó al congresista demócrata Frank Boykin y así lograron obtener los visados de inmigración norteamericanos. En enero de 1941, solo Franz y su hijo Arno de catorce años arribaron a Nueva York: su hija Ruth aún hubo de convalecer en Marruecos luego de contraer la fiebre tifoidea. Tras una milagrosa recuperación, pocos meses después llegó con su madre a Estados Unidos.

Sin embargo, la familia nunca estuvo completa: cuando prepararon su huida, los padres de Ida se habían negado a salir de Luxemburgo y fueron deportados al campo de Theresienstadt. Berthold no logró sobrevivir, pero su nieto Arno, nunca quiso guardar esta amarga experiencia como simple recuerdo. Mucho más tarde diría: “Mi padre estaba políticamente muy informado. Lo que viví hasta ese 10 de mayo de 1940, todo aquello que había experimentado y no había comprendido, comenzó a cobrar sentido con el trauma de nuestra huida y exilio”. A tal punto fue así que Arno J. Mayer no solo objetivará ese pasado, sino que lo asimilará como parte de su obra. Con ella, terminará dando respuesta a todas y

cada una de las situaciones que deparó aquel exilio y, por lo general, a contracorriente de las lecturas que ofrecerá la historiografía tradicional. A lo largo de su extensa carrera académica y casi recreando cada tramo de su vida, Mayer indagará cuatro grandes problemáticas de forma muy heterodoxa: las causas de la Primera Guerra Mundial en el marco de una nueva diplomacia, la resistencia de una aristocracia europea que durante el siglo xix se negaba a desaparecer y cuyo fin no sucederá hasta 1914, la vorágine de violencia y terror que desataron la Revolución francesa y luego la rusa, y la historicidad de la identidad judía mediante un análisis plenamente historiográfico del Holocausto y una historia crítica de Israel. Con una obra poderosa aunque no demasiado extensa, se convertirá en una referencia ineludible para la historiografía del mundo contemporáneo. Sin embargo, esa consagración solo advendría bastante tarde, tras una larga sucesión de rituales impuesta por una civilización norteamericana de la que siempre fue un crítico implacable.

Cuando en 1941 la familia Mayer logró reunirse en Nueva York, se instaló en el barrio de Washington Heights en el alto Manhattan —llamado sarcásticamente “IV Reich” por la cantidad de refugiados alemanes de origen judío que albergaba—, en unos edificios muy baratos de seis pisos que había construido el gobierno durante la Gran Depresión. Mientras que Franz comenzó a trabajar con otro refugiado en la venta al por mayor de camisas, surgió la necesidad de asegurar la escolaridad de Ruth y de Arno. Si bien ella hablaba un poco de inglés, Arno aún no lo dominaba, pero logró compensarlo con su alemán, su buen francés y un mínimo de italiano y latín. Así, ambos fueron enviados al cine tres veces por semana —para “sensibilizar el oído”— y a la George Washington High School, donde Arno fue inscripto como “Joseph” frente al desconcierto que generó su único nombre en la administración de la escuela. Enardecido,

exigió que lo apodaran “Joe”, pero cuando reparó en que, ante cualquier llamado de atención, eran casi diez “Joe” los estudiantes que se volteaban al unísono en señal de respuesta, pidió regresar a su nombre de siempre. Tras culminar sus estudios secundarios, Arno se decidió a trabajar en el negocio de los minerales para ayudar a su familia y no tardó en convertirse en un experto en fluorita, habitualmente utilizada como catalizador en la producción del acero. Entretanto, asistía por la noche al City College School of Business and Civic Administration de Nueva York (luego conocido como Baruch School of Business) para estudiar Administración de Empresas, hasta que, imprevistamente, en 1944 fue alistado. Se lo trasladó a la base militar de Fort Dix en Nueva Jersey, y luego a Fort Knox en Kentucky, donde lo entrenaron en una compañía de tanques medianos para la guerra blindada. En febrero de 1945 recibió la ciudadanía norteamericana, dado que, sin ella, de acuerdo con la ley de aquel momento, no podría ser enviado como soldado al extranjero. Sin embargo, cuando los oficiales comprobaron que el alemán era su lengua nativa, lo destinaron a Camp Ritchie donde formó parte de los llamados “Ritchie Boys”, un grupo de veintiocho jóvenes húngaros, austriacos, alemanes (y un texano) —casi todos de origen judío con formación universitaria—, para ser entrenados en espionaje e inteligencia de combate. Pero el objetivo, cual siniestra ironía, era enviarlos a Fort Hunt Park. Más conocido por su dirección postal, P.O. Box 1142, y situado a veinte minutos de Washington D. C., aquel lugar se veía por fuera como un club deportivo, mas sus muros y alambres de púa insinuaban otra cosa: en efecto, ya desde 1942, no era sino el campo secreto de una unidad de inteligencia donde se aislaban a todo nazi capturado. Su función era doble: por un lado, obtener información de los generales de la Wehrmacht y las SS sobre el despliegue del Ejército Rojo y, por otro, convertir a sus cién-

tíficos en aliados del gobierno norteamericano para que sus investigaciones no cayeran en manos soviéticas (y, a su vez, ellos mismos en algún gulag). Mayer llegó a Fort Hunt, precisamente, cuando la guerra ya había concluido. Le asignaron un puesto solo reservado a los soldados más jóvenes conocido como *morale officer*: debía velar por la “moral” de todos ellos, evitando a toda costa rebatir cualquier alegato que ofrecieran los prisioneros sobre sus servicios a Hitler. Pero tiempo después, tras un inevitable altercado con algunos de ellos, que habían aludido de forma ambigua a los judíos, fue trasladado a Fort Strong, en Boston. Más tarde confesó: “Tendría que haberles dicho que se fueran al diablo, pero no lo hice. Fui un cobarde. Solo exploté una vez. Podría haberlo hecho muchas veces”. Según recuerda, todos apelaban al argumento que, cuarenta años después, utilizarían los historiadores revisionistas alemanes durante el *Historikerstreit*: el nazismo solo trataba de salvar a Europa del “azote comunista”. Era evidente que, para Mayer, la Guerra Fría (una coyuntura ineludible para comprender su obra) había comenzado mucho antes y en Fort Hunt. En todo caso, nada se supo sobre esta unidad de inteligencia hasta 2006, año en que se desclasificaron los documentos que probaban su existencia.¹

Así pues, tras dos años en el ejército, Mayer obtuvo la baja. Gracias a la política de reinserción para los soldados, conocida como GI Bill of Rights, y pese a no haber culmi-

nado sus estudios en el City College, la Universidad de Yale le permitió inscribirse en el máster de Relaciones Internacionales y, luego, en el doctorado en Ciencias Políticas. Sin embargo, antes de continuar, decidió partir a Israel con el fin de instalarse durante dos meses en el kibutz del movimiento socialista Hashomer Hatzair: fue allí donde conoció a Martin Buber y a Ernst Simon. Sus lazos con la cultura judía fueron, no obstante, muy particulares. Su padre fue un sionista de izquierda muy activo y en 1959 regresó con Ida a Luxemburgo donde fue nombrado cónsul general honorario de Israel. Pero la familia siempre se había reconocido en un “judaísmo reflexivo” tal como Arno lo denominaba: se respetaba el bar mitzvá, celebraban el Séder de Pésaj y Yom Kipur, pero, según confiesa, “nunca encendimos una sola vela en *sabbat*, tampoco asistimos a los servicios religiosos los sábados por la mañana, ni observamos las leyes del *kashrut*. La Biblia judía era literatura: ninguno de nosotros creía que Dios le hubiera revelado a Moisés los diez mandamientos en el monte Sinaí ni que formásemos parte de un pueblo elegido. Nos guiábamos por una moral y una ética seculares, independientes de la Torá y del Talmud”.

Tras su regreso de Israel, retomó el doctorado y en 1953 defendió su tesis bajo la dirección de un historiador emigrado de Alemania, discípulo de Meinecke, Hajo Holborn, fascinado con la intersección entre diplomacia, política e ideas. Así, seis años después, Yale University Press publicará *Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918* (reimpresa en 1964 por Meridian Books, pero con el título del epílogo original, *Wilson vs. Lenin*) donde, al igual que Fritz Fischer, demuestra que la política doméstica suele determinar los conflictos internacionales. Hasta 1917, la diplomacia occidental estuvo dominada por las fuerzas políticas del “orden” asociadas con un tipo de secretismo que no encontraba ninguna razón para informar a la opinión pública

¹ En septiembre de 2008, Arno Mayer fue entrevistado por Brandon Bies y Vincent Santucci en el marco del proyecto “Fort Hunt Oral History: P.O. Box 1142”, del George Washington Memorial Parkway, junto con decenas de testigos. El audio y la desgrabación de la entrevista están disponibles en la página web del National Park Service del Departamento del Interior del gobierno norteamericano. Asimismo, en 2021, Netflix dio a conocer un documental titulado *Camp Confidential: America's Secret Nazis*, dirigido por Mor Loushy y Daniel Sivan en el que se recoge otra entrevista a Arno Mayer y al dramaturgo Peter Weiss.

cuáles eran los objetivos de la guerra. Tras la Revolución bolchevique, las fuerzas del “movimiento” (encarnadas por los sectores más radicales y progresistas de cada expresión nacional) tomaron la delantera e impusieron nuevas reglas: debían imperar los “principios” y no los “intereses”, pero, básicamente, una “nueva” diplomacia pública, regida por la autodeterminación y el arbitraje de las contiendas con la mediación de las organizaciones supranacionales. Los “Catorce Puntos” de Woodrow Wilson y la apertura pública de los tratados secretos durante la conferencia de Brest-Litovsk devinieron, así, los *newcomers* de una nueva concepción de las relaciones internacionales. Pese a la fuerte base empírica, conceptual y comparativa de su tesis (siempre reivindicó el artículo de Marc Bloch sobre historia comparada de 1928), Mayer a menudo suele verse tentado, tanto aquí como en el resto de sus seis obras, a elaborar un fuerte marco teórico que, por momentos, parecería entumecer sus interpretaciones y dejar poco margen para los casos más excepcionales. Es cuando asoma, en realidad, el politólogo que practica la historia, relación que, por lo general —si bien nunca ocurre a la inversa— tiene siempre por objetivo desbaratar preconceptos en ambas direcciones. El contexto académico de Yale también contribuía con lo suyo: desde 1948, la revista *World Politics* se había convertido en un faro para este tipo de enfoque, en particular tras figuras como William Fox o Bernard Brodie.

En todo caso, el esquematismo de *Political Origins* será parcialmente remozado con su obra de 1967, *Politics and Diplomacy of Peacemaking. Containment and Counterrevolution at Versailles, 1918-1919*, y con *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956. An Analytic Framework*, publicada cuatro años después. Más interesado por las resistencias que por los acuerdos, en la primera explora “la dialéctica entre revolución y contrarrevolución a nivel interno y ex-

terno sobre los procesos diplomáticos” a partir de un tipo de historia que dejase atrás las perspectivas nacionales o bilaterales por un enfoque “multilateral, comparativo y transnacional”. Empero, con el “compacto” y criticado *Dynamics of Counterrevolution*, Mayer vuelve a la carga conceptual con una “construcción heurística”, ávido nuevamente por “establecer una tipología de las resistencias”. De allí la novedosa taxonomía que propone: reaccionarios (aquellos que desprecian el presente y añoran un pasado idealizado), conservadores (quienes defienden una estabilidad no necesariamente inmóvil) y contrarrevolucionarios (es decir, los radicales de derecha, adictos a una política de masas que, en definitiva, no es más que antirrevolucionaria y cuya pseudodoctrina “crea la impresión de que buscan cambios fundamentales en el gobierno, la sociedad y la comunidad”).

Con esta obra, Mayer cierra un primer ciclo historiográfico sumamente relevante y polémico que, de aquí en más, se caracterizará por defender los marcos contingentes y, como ha señalado Greg Grandin, un marxismo más congruente con la idea de conflicto y el Marx del *18 Brumario* que con vertientes economistas, frankfurtianas o estructuralistas. Su formidable artículo “The Lower Middle Class as Historical Problem” (1975) tal vez haya sido donde ese antidogmatismo fue más explícito. Mientras tanto, ya había puesto en marcha su carrera como profesor universitario: comenzó su andadura en la Wesleyan University entre 1952 y 1953, luego pasó a la Brandeis University entre 1954 y 1958, partió a la Harvard University donde fue profesor adjunto hasta 1961 y, finalmente, entre ese año y 1993, mantuvo su cargo en la Universidad de Princeton.

Sin embargo, podríamos decir que con *La persistencia del Antiguo Régimen* (1981), Mayer se lanza a un segundo momento historiográfico de gran radicalismo hermenéutico. Más preocupado por responder preguntas y romper con esquemas prefijados que por dete-

nerse en las anomalías de archivo, se presenta con toda franqueza bajo algunas variables controvertidas: como un “ardiente generalizador” que propone una “historia marxista desde arriba” (aunque con la ayuda de Gramsci y Schumpeter), en base “casi exclusivamente a fuentes secundarias”. Allí plantea tres hipótesis: que las dos guerras mundiales estaban “umbilicalmente” unidas cual segunda Guerra de los Treinta Años, que la Gran Guerra fue una movilización de último momento perpetrada por los Antiguos Regímenes europeos (una expresión de su inevitable decadencia) y que, a su vez, estos fueron, a lo largo de todo el siglo xix, completamente preindustriales y preburgueses. En continuidad con su obra de 1971, presenta toda una saga para la aristocracia terrateniente europea que, cual “jinetes del apocalipsis, dispuestos a lanzarse hacia el pasado, no solo con espadas y cargas de caballería, sino también con la artillería y los ferrocarriles del mundo moderno que los acosaba”. Esta interpretación —con la cual demolía las periodizaciones tradicionales— siempre contó con mayores adeptos entre los teóricos sociales y con fuertes resistencias en historiadores de oficio como Geoff Eley, quien llegó a afirmar que Mayer “arrastra un buen caso al universalizarlo”.² De hecho, pese al temple audaz y disruptivo de su interpretación, la emergencia por entonces de los análisis micro, el rol de la agencia y los recelos hacia los relatos de larga duración fueron acorralando la obra en una singladura cada vez más lejana.

Pero Mayer desestimaba las modas. Tras una iconoclasia similar, con *Las Furias. Violencia y terror en las Revoluciones francesa y rusa* (2001), acude nuevamente al estudio comparativo e historicista en aras de —en

consonancia con otros estudios como los de David Andress, Jean-Clément Martin o Timothy Tackett— desideologizar las circunstancias que rodearon al jacobinismo y situarlo en su contexto político concreto. En este sentido, Mayer busca dejar atrás la lectura furetiana y se concentra en la dialéctica revolucionaria y antirrevolucionaria, recuperando la línea de investigación que comenzó con *Dynamics of Counterrevolution*. Y es en las primeras doscientas páginas de *Las Furias* donde despliega con particular maestría un ensayo que oscila entre la historia de las ideas y la historia conceptual.

Existe también un tercer momento historiográfico, coetáneo del segundo, en el que Mayer regresa a su identidad judía para examinarla como historiador y en calidad de “judío no judío” (o de “sionista no sionista”) al estilo del gran Isaac Deutscher, otro historiador marxista y desterrado como él con quien siempre se sintió identificado. Este distanciamiento le permitirá, a fines de los años 1980, convertirse en una voz muy polémica frente a los debates entre “intencionalistas” y “funcionalistas” sobre la memoria del Holocausto, un culto del que siempre sospechó por el modo en que impide su objetivación como hecho histórico. Es por ello que con *Why did the Heavens Not Darken? The “Final Solution” in History* (1988) propondrá un análisis historiográfico donde combinará narración y explicación causal a través de dos hipótesis: por un lado, sostendrá que el antijudaísmo de Hitler provenía de su antibolchevismo y no al revés y, por otro, que el “judeicidio” (concepto de su cosecha) solo se precipitó tras el fracaso de la operación Barbarroja frente a lo cual debería entenderse como un subproducto de la guerra. La obra —un indudable punto de inflexión que, en 2019, Dan Stone recuperó y situó en una dirección historiográfica menos emocional y en confluencia con las interpretaciones de Gerhard L. Weinberg y David Cesarani— le valió a Mayer, en pleno *Historikerkritik*.

² Geoff Eley, “The Persistence of the Old Regime. Europe to the Great War, by Arno J. Mayer” (reseña), *The Journal of Modern History* (Chicago), vol. LIV, n° 1, marzo de 1982, p. 97.

treit, algunos elogios de Pierre Vidal-Naquet o de Nechama Tec, pero durísimas detraccciones de David Goldhagen, de la Liga Antidifamación (la cual en 1993 lo incluyó en la lista de los apologistas de Hitler) y hasta boicots contra su curso en la universidad.³

Podría decirse lo mismo con relación a *El arado y la espada. Del sionismo al Estado de Israel* (2008), su última obra, más orientada al ensayo que a la investigación, donde trazaría la historia del sionismo desde el siglo xix hasta la actualidad: más allá de sus simpatías por los orígenes del movimiento, condenará sin medias tintas a Israel por haberse convertido en un Estado colonial con preten-

siones de pureza racial. En el descargo que aceptó ofrecer a los estudiantes de Princeton que lo acusaron de revisionista, volvió al hecho que lo marcaría para siempre tras su desembarco en Luxemburgo: “Mi punto de vista está influido por el hecho de que soy judío y, aunque no soy religioso, tampoco niego mi judaísmo. Pero también por la muerte de mi abuelo materno en Theresienstadt. Y acepto plenamente mi posición de historiador contemporáneo disidente, más crítico que servidor del poder”.

Arno J. Mayer falleció el 17 de diciembre de 2023 a los 97 años, en una residencia de ancianos de Princeton, New Jersey, acompañado por sus dos hijos.

³ Véase Dan Stone, “The Course of History: Arno J. Mayer, Gerhard L. Weinberg, and David Cesarani on the Holocaust and World War II”, *The Journal of Modern History* (Chicago), vol. xc1, n° 4, diciembre de 2019.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional de General
Sarmiento / CONICET

Beatrix Sarlo

(1942-2024)

Un adiós a Beatrix Sarlo.

Un no adiós a Beatrix Sarlo

¿Cómo se comienza a decir adiós? ¿Se puede decir adiós, o es solo un hasta luego, un hasta pronto, un no adiós? Escribir un obituario es, tal vez, una manera de decir adiós, pero puede ser, también, un homenaje o un relato, mi relato, sobre una vida que ya terminó, pero que continúa. Mi manera de contar esa vida es comenzar desde el final; desde un *no entender* que, además de ser el gran título que Beatrix Sarlo eligió para denominar sus “memorias de una intelectual”, es un buen punto de partida para pensar su trayectoria como docente, crítica literaria y cultural, desde su punto de llegada. *No entender* es el último libro de Sarlo, publicado después de su muerte del 17 de diciembre del año pasado; es, por lo tanto, el libro que marca el final de su obra y que, por eso mismo, permite pensar una obra completa. Una obra que se abre con su primer libro de 1967, *Juan María Gutiérrez, historiador y crítico de nuestra literatura*, y se cierra, con *No entender*, después de su muerte. Es también el libro que, por su carácter autobiográfico, permite reflexionar sobre cómo Sarlo se pensó a sí misma durante los últimos años de su vida.

Siempre imaginé que no fue un libro fácil para Sarlo, por más de un motivo. El más evidente es el que Sarlo lo pensara como su último libro, o al menos eso decía en algunas conversaciones y entrevistas. Tal vez por eso, fue el libro al que más tiempo le dedicó: como se señala en la “nota de edición”, que estuvo a cargo de Ana Galdeano, de Siglo XXI, Sarlo empezó a escribir este libro en 2017 y lo entregó a la editorial en abril de 2024. Son siete años, un tiempo de escritura de un libro razo-

nable para cualquier mortal, pero no para Beatrix Sarlo, ya que esos siete años contrastan, de manera disruptiva, con las fechas de publicación de todos sus libros. La lista de libros es larga, pero necesaria, ya que, si se presta atención a las fechas, es evidente que la vida y la obra de Sarlo transcurrió mientras publicaba, en continuado, un libro tras otro, entre 1980 y 2024. Un libro tras otro, y que los eunucos bufen, dijo Roberto Arlt; un libro tras otro, probablemente hubiera dicho Beatrix Sarlo, porque no se puede vivir sin escribir. En Sarlo —basta leer los prólogos o introducciones de sus libros para comprobarlo—, se escribe para pensar, se escribe para entender. Y por eso Sarlo escribía siempre, en su oficina, de vacaciones, también en un bar; por eso, llevaba consigo una libreta en la que registraba lo que fuere: una escena callejera, una marcha política o lo que pensaba mientras escuchaba un concierto de música o leía una novela. Se escribe para entender, o porque hay algo que no se entiende, o porque hay una confianza en que la experiencia puede pasar a la escritura si se escribe en el momento mismo en que se la está viviendo.

La lista de libros que Sarlo publicó entre 1980 y 2024, cuatro de ellos en colaboración, es desmesurada, como su vida misma: *Conceptos de sociología literaria*, de 1980 (con Carlos Altamirano); *El mundo de Roland Barthes*, de 1981; *Literatura-sociedad*, de 1982 (con Carlos Altamirano); *Ensayos argentinos*, de 1983 (con Carlos Altamirano); *El imperio de los sentimientos*, de 1985; *Una modernidad periférica*, de 1988; *La imaginación técnica*, de 1992; *Borges, un escritor en las orillas*, de 1993; *Escenas de la vida posmoderna*, de 1994; *Instantáneas*, de 1996; *La máquina cultural*, de 1998; *Siete ensayos so-*

bre Walter Benjamin, de 2000; *Tiempo presente* y *La batalla de las ideas*, ambos de 2001; *La pasión y la excepción*, de 2003; *Tiempo pasado*, de 2005; *Escritos sobre literatura argentina*, de 2007; *La ciudad vista*, de 2009; *La audacia y el cálculo*, de 2011; *Signos de Pasión*, de 2012; *Ficciones argentinas: 33 ensayos*, de 2012; *Plan de operaciones*, de 2013; *Viajes*, de 2014; *Zona Saer*, de 2016; *La intimidad pública*, de 2018; *La lengua en disputa*, de 2019 (con Santiago Kalinowski); *Clases de literatura argentina*, de 2022; *Las dos torres*, de 2024.

Son veintiocho libros, publicados cada dos o tres años. A veces, un libro por año. Veintiocho libros sobre literatura y sociedad; sobre diferentes procesos de modernización; sobre literatura argentina; sobre Benjamin, Borges y Saer; sobre la ciudad y la posmodernidad; sobre viajes, la historia reciente y los usos de la memoria; sobre la política y el mundo del espectáculo. En otras palabras, son veintiocho libros sobre la cultura argentina del siglo XX abordada desde las más diversas perspectivas —la crítica literaria y la historia de las ideas; los estudios culturales y la sociología de la literatura—, con gran diversidad de fuentes —la literatura, los diarios y las revistas, el cine, la música, la arquitectura, las artes plásticas, la moda—, y con la narración de la propia experiencia: en la calle, en las marchas políticas, en un subte, en ciudades extranjeras, en un shopping o en las islas Malvinas.

No entender, en cambio, le llevó a Sarlo siete años de escritura. Fue tanto el tiempo que le dedicó, que escuchó la revisión de sus últimas galeras estando ya internada en el sanatorio a finales de 2024. Es un libro póstumo, aunque Sarlo no lo pensó de ese modo —no es la *Autobiografía* de Victoria Ocampo, que fue póstuma porque así lo decidió la misma Victoria Ocampo—, sino que es un libro que termina una obra, que termina porque la vida misma se termina. No hay más vida para continuar escribiendo, y porque no hay

más vida, el libro, y la obra de Sarlo, terminan con un gerundio. Leemos en su último párrafo: “El pasado como mancha: alejarse de él, llegar al punto de no retorno. La muerte. Pero antes hay un deseo que es imposible no cumplir. Entonces, sigo escribiendo”.

“Entonces, sigo escribiendo” es la última oración del libro. Notablemente, Sarlo elige el presente del indicativo y un gerundio, que es la forma verbal de una acción que continúa, una acción en curso, para cerrar ese curso de la escritura y llegar a ese punto de no retorno, que es la muerte, prolongándolo hasta el presente, más allá de la muerte. Es el último libro, pero no, entonces. Porque continuó escribiendo hasta la muerte, como efectivamente lo hizo, aunque fuese en una servilleta de papel.

No obstante, este libro no fue difícil solo porque lo pensara como su último libro. Creo que también lo fue porque Sarlo se impuso el arribo pleno a la primera persona. En numerosas oportunidades Sarlo ya había reiterado, como reitera también en este libro, que “hay que ganarse el derecho a la primera persona [...] ¿Quién soy yo para decir yo?”. Y este libro, un libro de memorias, una autobiografía —que basta leer para descubrir que está muy lejos de serlo—, imponía, por definición, la primera persona. Por eso, Sarlo comienza con una pregunta: “¿Será posible que yo escriba mi propia historia?”, una pregunta que bien podrían ser dos: ¿es posible contar la propia historia?; ¿es posible que sea yo, Beatriz Sarlo, la que la escriba? Y no: no fue posible que Sarlo escribiera su propia historia, sino solo partes de su historia, a veces desordenadas, que, como en un collage o en una pintura vanguardista, la descomponen en fragmentos que describen escenas de infancia y adolescencia, exploran emociones, relatan anécdotas distantes en el recuerdo o expresan epifanías de súbita comprensión o incomprendimiento absoluta. Aun así, con fragmentos y en desorden, Sarlo sabía que el intento de escribir la propia historia implicaba el desafío de la primera per-

sona. Por eso, aclara: “Siempre me resistí a la primera persona autobiográfica, que incluso en mi libro de *Viajes* queda esfumada entre una tercera y una primera, pero del plural, un ellos y un nosotros con los que se entreteje”.

La historia de cómo ganarse esa primera persona es, para Sarlo, larga y sinuosa. En los libros y artículos de los años ochenta y comienzos de los noventa, la primera persona aparece solamente en los prólogos, las notas al pie o las introducciones. En los años noventa, algo cambia cuando Sarlo escribe notas periodísticas para la revista *Página/30*, que son las notas que están en la base de los dos libros que marcan el primer punto de inflexión de su obra: *Escenas de la vida posmoderna*, de 1994, e *Instantáneas*, de 1996. Estos dos libros cierran lo que se podría denominar el gran momento de invención y consolidación de un nuevo modo de leer y pensar la literatura argentina del siglo XX, que es el que conforman sus libros *El imperio de los sentimientos*, *Una modernidad periférica*, *La imaginación técnica y Borges, un escritor en las orillas*. Estos cuatro libros construyen un modo de leer totalmente novedoso en el cruce de la crítica y la investigación literarias, la sociología de la cultura, la historia de los intelectuales, las artes plásticas y la arquitectura. Muestran que pensar la literatura argentina no es solo leer y analizar una novela, un cuento o un poema, sino que es ponerla en diálogo o en tensión con su presente literario y político de enunciación, con los lectores que esos textos imaginan, con los editores que transforman esos textos en libros, con los diarios o revistas en los que circularon o fueron leídos, con las instituciones y ámbitos de pertenencia de quienes los escribieron, con la crítica y la tradición literaria, con la angustia de las influencias y las afinidades electivas.

En cambio, *Escenas de la vida posmoderna* e *Instantáneas* inauguran otro método de trabajo que es el de Beatriz Sarlo como crítica cultural: el que combina, por un lado, sus

lecturas principalmente de Walter Benjamin y Roland Barthes, de quienes aprende a calibrar una mirada microscópica, para mirar de cerca y en detalle, y captar así escenas del presente desde el lugar más próximo posible; por otro, los instrumentos que provienen de la crítica literaria. Este método de trabajo comienza en los años noventa mirando de cerca dos de sus escenarios fundamentales —los medios audiovisuales y la reconfiguración del espacio urbano—, y hace necesaria una primera persona que, en primer lugar, mire las pantallas, juegue los nuevos *videogames*, camine la ciudad, recorra los shoppings o los locales de juegos y que, después, narre esas experiencias. Por eso, dice Sarlo en el prefacio a *Instantáneas*: “fue inevitable que este libro tuviera un acento personal”.

Desde ese momento, Sarlo se va permitiendo, de a poco, el uso de una primera persona que, en *Tiempo presente*, de 2001, y, sobre todo, en las crónicas que escribe para la revista *Viva*, de *Clarín*, entre 2004 y 2007, pasa a ocupar uno de los principales centros de la escena. En esas notas periodísticas que tanto escándalo produjeron en la comunidad académica, Sarlo hace, por lo menos, tres grandes movimientos: el primero y más característico del género crónica es narrar y describir escenas de la vida contemporánea captadas en la inmediatez del puro presente. El segundo es volver sobre algunos de los temas que habían sido centrales en sus investigaciones, como la educación pública, los cambios en los modos de leer, la pobreza urbana, el impacto de la tecnología en las costumbres populares, pero dirigidos, esta vez, a un público ampliado. Y el tercero, que es lo realmente nuevo —que reaparece después tanto en *Viajes*, como en *No entender*— es la narración de sus recuerdos de infancia, el relato de sus viajes, la recuperación de las voces y las lecturas de su niñez y juventud. En un punto, estas notas de *Viva* están en el cruce de Arlt y Borges: del Arlt escritor de las “Aguafuertes

porteñas” Sarlo aprende el salir a la calle a buscar una nota, la velocidad en captar una escena o escuchar un diálogo ajeno y, sobre todo, un tono coloquial que habilita el diálogo directo con sus lectoras y lectores: si las cartas de lectores, cuenta Arlt, desbordaban su escritorio en la redacción del diario *El Mundo* y le daban temas sobre los que escribir, los mails de las lectoras y los lectores de *Viva* irrumpen en la casilla de correo de Sarlo abriéndole un diálogo antes impensado con un público que desconocía. De Borges, increíblemente, Sarlo aprende que el irresponsable juego de un tímido que se animó a escribir sus primeros relatos en el suplemento cultural de un diario sensacionalista como *Critica*, y no en las páginas de *La Nación* o de *Sur*, se juega a la vista de todas y todos, en un diario masivo y no en una revista cultural o académica; que el relato de la propia vida es la carta robada cuya clave no se ve porque, como en “El impostor inverosímil Tom Castro”, su propia luz hizo de máscara. Entre Arlt y Borges, es la primera persona de Beatriz Sarlo la que camina la ciudad, se interna en un locutorio, escucha las conversaciones de la mesa de al lado en un restaurante, asiste como espectadora a una ópera en el Colón o un espectáculo de jazz callejero, comenta el último libro que leyó, observa a quienes viven en la calle o venden estampitas en los subtes. Y es esa primera persona la que también recuerda las vacaciones de infancia en Deán Funes, el impacto de conocer el mar a los 16 años, el primer viaje a París, a Estados Unidos, a la cordillera, a Jujuy, Catamarca, Cochabamba, Colón, Bolivia.

Este avance de la primera persona fue gradual: si se leen sus libros en un continuado, vemos cómo avanza y retrocede; se esconde detrás de otras voces, como sucede en la primera persona de la maestra en el primer capítulo de *La máquina cultural* (1998); pero, sobre todo, avanza: en *La pasión y la excepción* (2003), el punto de partida es el impulso

autobiográfico lo que la lleva a asumir sin prejuicios la primera persona y volver, también sin prejuicios, a su propia vida, como dice en el prólogo: “Hay razones biográficas en el origen de este libro y conviene ponerlas de manifiesto. Formo parte de una generación que fue marcada en lo político por el peronismo y en lo cultural por Borges. Son las marcas de un conflicto que, una vez más, trataré de explicarme”. En *La audacia y el cálculo* (2011), a la primera persona y la mirada microscópica suma, como explícito procedimiento de historiadora cultural del presente, la descripción: “para entender hay que describir: captar un hecho en sus aspectos menos previsibles, sobre todo, descubrir los detalles, el revés de las generalizaciones y de las ideas recibidas”.

Aun así, la incomodidad de la primera persona persiste en su último libro y se traduce en la contradicción que se anuncia en la primera portadilla de *No entender*. Dice Sarlo: “No es un libro de recuerdos. Es un libro de recuerdos. Entre estas dos proposiciones se moverá el texto”. Se podrían agregar proposiciones parecidas: es un relato autobiográfico, no es un libro autobiográfico; es una autobiografía, no es una autobiografía. Lo cierto es que su título dice que son las “memorias de una intelectual”, pero no son las memorias de una intelectual porque, como también aclara en la portadilla, el libro describe, narra y se detiene, arbitrariamente, en personajes o episodios que Sarlo considera fundamentales en la formación de una intelectual. No son, entonces, las memorias de una intelectual, sino las memorias de la formación de una intelectual.

Desde el comienzo, el libro exhibe las decisiones que Sarlo tomó con respecto a lo que quedará afuera: no habrá “ningún sentimentalismo cheap”, ni “efusiones subjetivas”, ni “nostalgia nebulosa”. “Todo es duro y nítido”, aclara. No entrarán ni la política, ni el feminismo, ni la sociedad y la cultura: “Nada de mi vida política ha pasado a este libro [...] No voy a contar esa historia en este libro”; “En

este libro tampoco entra el feminismo”; “Sociedad y cultura. [...] Tampoco hablaré de ello en este libro. Ya se ha insistido bastante en que esa perspectiva, la de sociedad y cultura, es la única que conozco”.

Ni sentimentalismo, ni nostalgia, ni política, ni feminismo, ni sociedad y cultura. Lo que Sarlo no aclara, lo que no dice, lo que esconde, es que estas memorias de una intelectual dejan afuera, además de sus intervenciones políticas, todo aquello que hizo de Sarlo una intelectual: la docencia universitaria, la crítica literaria y el análisis cultural. Nada de esto leemos en *No entender*, un libro dividido en cinco capítulos, cuyo capítulo central, titulado “No entender”, lo parte, literalmente, al medio. Los dos primeros están dedicados a la infancia y adolescencia, a los lazos sociales y afectivos con familiares, compañeras de colegio, maestras. Son, desde el punto de vista genérico, los capítulos más clásicos de una autobiografía. Cuentan, con el estilo “duro y nítido” de Sarlo, la historia de los comienzos de una vida, en escenas que se suceden con descripciones minuciosas y fragmentarias que son abruptamente interrumpidas por el tercer capítulo, “No entender”, que cambia el tono y anuncia el viraje que se produce en los dos últimos.

Para Sarlo, el “no entender” es lo que vale la pena en toda experiencia artística y en todo desafío intelectual; el “no entender” es la experiencia primera que la lleva a proponer la resistencia estética y la opacidad del sentido como punto de partida para todo aprendizaje. Tal vez, precisamente por eso, ese “no entender” deja su marca en el libro, también en términos formales: en los dos últimos capítulos se abandona la narración más o menos cronológica de una vida y se abren paso la dispersión y los saltos temporales que recuperan escenas, historias de amistad y de amor, algunos retratos (el de Tulio Halperin Donghi, el de Susana Zanetti, el de David Viñas, el de Juana Bignozzi) de los años sesenta y algunos de los ochenta, y que subrayan —propongo

como hipótesis— el no entendimiento de toda una vida. O, para decirlo en otras palabras, la imposibilidad de narrar las memorias de una intelectual, que necesita dejar afuera lo que efectivamente entendió.

Porque lo que efectivamente entendió, mejor que nadie, pero no cuenta —porque no puede, o no quiere o elige no contar—, es cómo ser profesora de Literatura Argentina en una universidad pública durante dieciocho años e intervenir, desde el aula, en la formación del denominado “canon Sarlo” de la literatura argentina; cómo fue la experiencia de dirigir una de las principales revistas culturales argentinas, como *Punto de Vista*, entre 1978, años de dictadura, y el 2008, cuando decidió cerrarla en su número 90; qué significó el pasaje de ser docente universitaria e investigadora del Conicet para convertirse, después, en periodista y ganarse la vida escribiendo en diarios y revistas; y principalmente cómo ser, cómo es ser, cómo fue ser, la intelectual más admirada y temida y también odiada de la Argentina durante décadas. Cómo fue ser Beatriz Sarlo; qué significó para Beatriz Sarlo ser quien era.

La promesa no cumplida de un título en el que se prometen las “memorias de una intelectual” puede enojar a quienes leen el libro, como le sucedió a Daniel Link, quien publicó una carta dirigida a una Sarlo ya muerta, en el diario *Perfil* del 7 de marzo de 2025, para reclamarle todo lo que falta. Dice Daniel Link: “esperaba de tu libro muchas más ‘revelaciones’ que las que, en definitiva, terminás entregando”; “No dedicás ni una página a tu experiencia en la Facultad de Filosofía y Letras y muy pocas a tu relación con la literatura argentina”; “De tu pasado seleccionás fragmentos que carecen de la intensidad y el poder de evocación de *Viajes*”. Un Link, triste y enojado, que cierra su carta diciendo: “Te extraño, Beatriz. No sos vos la de este libro”.

Lo que a Daniel Link o a otros lectores puede enojar, y con razón, es, en cambio, lo

que me gusta de este libro, porque el desafío de entender quién fue Beatriz Sarlo queda abierto. Sarlo decidió no darnos la respuesta de quién fue y qué significó ser una de las intelectuales más importantes del siglo XX y también del siglo XXI. Y como la gran docente y directora de tantas investigaciones que fue, nos devuelve, a quienes leemos el libro, la pregunta, y nos impulsa a tratar de entenderlo.

El legado de veintiocho libros, cientos de prólogos, estudios preliminares, artículos periodísticos, entrevistas, intervenciones en radios y programas televisivos, es más que suficiente para empezar a entender qué significa ser una intelectual argentina, que eligió, como reitera varias veces en su libro, quedarse en la Argentina, pudiendo vivir en otro lado. A ese inmenso legado de textos escritos e intervenciones públicas, se suma la intensa cantidad de relatos sobre Beatriz Sarlo. Si algo se le reconoció, de manera unánime, en las redes sociales, en los pasillos de una facultad, en las mesas de café, con admiración o con desdén, es que Sarlo “ponía el cuerpo”. Es quizás la zona menos previsible de la impronta de David Viñas en la imaginación política de Sarlo. Porque Sarlo, como los personajes situados del Viñas novelista, “pone el cuerpo”. Asiste a las manifestaciones públicas, aun cuando su presencia no fuera bienvenida (como sucedió en el acto de Hugo Chávez en Ferro o en el funeral de Néstor Kirchner). Enfrenta a los panelistas de 678 o sube al escenario de la Biblioteca Nacional para despedir a Viñas, ante la mirada desconfiada de muchos integrantes de Carta Abierta, que sesionaba en la biblioteca. Si Sarlo nos enseñó a analizar los modos en que los mecanismos del mundo del espectáculo pasaron a la política, nos dio también las herramientas para estudiar su propia presencia en la televisión y analizar cómo esos mismos mecanismos del mundo del espectáculo pasaron a su intervención intelectual, no por escrito, sino poniendo el cuerpo. Por ejemplo, a comienzos de los años noventa, en

una entrevista televisiva, Jorge Lanata le reclamaba a Sarlo que fuese más sencilla en sus explicaciones, y Sarlo le respondía que no se podía simplificar lo que era complejo; sin embargo, conocemos sus gestos de diva ofendida y sacándose el micrófono cuando se retira en vivo del histórico programa televisivo *Los siete locos*, de 1997, cuando confronta con Viñas; la vimos explicándole la obra de Juan José Saer a Alejandro Fantino y escuchamos el slogan reiterado en *ringtones* e inscripciones de remeras que decían: “Conmigo no, Barone”. Si no entender —dice Sarlo— “puede producir con fortuna el reconocimiento de lo que falta para entender [y] abre un paisaje nuevo porque obliga a mirar en otras direcciones”, hay un mundo de preguntas, temas y escenas que podemos investigar si queremos entender qué significa ser una intelectual en la Argentina. O quién fue Beatriz Sarlo.

No entender invita, entonces, a leer o releer la obra de Sarlo desde otra perspectiva. Leer o releer, por ejemplo, su estudio sobre el cuerpo de Eva Perón y la construcción de la imagen pública de ese cuerpo en relación con el mundo del espectáculo, de *La pasión y la excepción*, en diálogo con la mirada fascinada de la niña que no solo miraba sus fotografías y sus collares y sus atuendos similares a los de una modelo o una actriz, que no solo recibe los regalos de Navidad de la Fundación Eva Perón cuando estaba internada en un sanatorio a los ocho años, sino que participa de una competencia nacional de escritos sobre Eva Perón a los once años y gana una mención en ese concurso. Leer, o releer, sus lecturas sobre *Don Segundo Sombra* y la utopía rural de Ricardo Güiraldes a partir de su propia experiencia en los campos de Deán Funes, cuando montaba a caballo, aprendía a cavar mate o acompañaba a su padre al almacén de ramos generales del pueblo. O a entender, de otro modo, la obstinada recurrencia de muchos de sus temas de investigación: la escuela pública en relación con esa madre

y esas tías maestras y directoras de escuela; el peronismo en la tensión familiar de un padre furiosamente antiperonista y su tío militante de FORJA; los malentendidos culturales en el cruce de clases entre una niña proveniente de un hogar con bibliotecas, pero con poco dinero, y sus compañeras de familias aristocráticas.

Y, sobre todo, a comprender el objetivo de convertirse en una intelectual, “una palabra, leída al pasar en el diario *El Mundo*”, que le dio, a esa niña, el nombre de lo que deseaba ser, aunque ignoraba qué debía hacerse para recorrer ese camino abierto por palabras cuyo significado era el primer enigma: “Nadie pudo aclararme qué era un intelectual; abundaron falsos o aproximativos sinónimos, entre los que prevaleció el de escritor; pero la diferencia en el uso de una palabra y otra era tan evidente como inexplicable. Al elegir ser, en el futuro, una intelectual, enunciaba un deseo, pero no sabía definirlo. Esa palabra, sin embargo, terminó por trazar mi ruta sobre un

mapa: tenía que ser culta y saber escribir para llegar a intelectual. Alcanzaría esa condición por mis esfuerzos, no simplemente por mis cualidades. Cuando comprobé que Sartre era bastante feo, y no pude decidir si Simone de Beauvoir lo era, me tranquilicé sobre el aspecto de los intelectuales, que al parecer no planteaba problemas”.

De más está decir que la “escuchimizada”, “la que se hacía la moderna”, la insoportable a quien “había que bajarle el copete”, la que no entendía nada, no tuvo los problemas que tal vez imaginaba para convertirse en una de las grandes intelectuales argentinas. De más está decir que, si no fue posible que Beatriz Sarlo escribiera su propia historia, podemos escribirla, porque esa historia está en el futuro. Y no entender es su primer desafío.

Sylvia Saíta

Universidad de Buenos Aires / CONICET
Ciudad de Buenos Aires, 16 de junio
de 2025

Valentin-Yves Mudimbe

(1941-2025)

Otra África es posible

They oblige me to clarify immediately my position about representatives of African gnosis. Who is speaking about it? Who has the right and the credentials to produce it, describe it, comment upon it, or at least present opinions about it? No one takes offense if an anthropologist is questioned. But strangely enough, Africanists-and among them anthropologists-have decided to separate the “real” African from the westernized African and to rely strictly upon the first.

Valentin-Yves Mudimbe.¹

El lunes 22 de abril, a sus 83 años, murió Valentin-Yves Mudimbe. Definirlo tan solo como filósofo y escritor congoleño (radicado en los Estados Unidos) no alcanzaría para dar cuenta de su papel como intelectual y pensador crítico. Mudimbe ha sido pionero en brindar herramientas teórico-conceptuales e incluso epistemológicas para cuestionar y cambiar el rumbo de los Estudios Africanos a nivel global. Sus aportes han marcado un antes y un después en las formas de estudiar, imaginar y definir al continente africano. Este breve obituario se propone conmemorarlo, al revisar su trayectoria ante el público latinoamericano.

Mudimbe nació en 1941 en lo que entonces era el Congo Belga, hoy República Democrática del Congo (RDC). Como la mayoría de los niños del mundo colonial africano, ob-

tuvo su educación primaria y secundaria en el ámbito religioso, en su caso en particular estudiando en un monasterio benedictino. Su paso por tales instituciones marcó su formación y abordaje intelectual, brindándole conocimientos teológicos que lo acompañaron en el transcurso de su carrera profesional. Estudió economía, filosofía y literatura en la Universidad de Lovanium, Kinshasa (RDC).

En 1962 ingresó en la Universidad de Leuven, Bélgica y allí obtuvo su doctorado en Filosofía y Letras en 1970. Ese mismo año retornó a su tierra natal y comenzó a trabajar en la Universidad Nacional de Zaire. Para ese entonces, el reciente país independiente se encontraba bajo el régimen dictatorial de Mobutu Sese Seko, que abogaba por el renacer de la cultura y de la identidad tradicional locales como una herramienta de control social. Ante las persecuciones político-ideológicas y la violencia extendida, Mudimbe optó por el exilio en los Estados Unidos en 1979. Allí vivió el resto de su vida.

En 1988 se publicaba *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge*. Libro fundante de los estudios poscoloniales africanos, sus repercusiones resonaron a nivel internacional tanto en Estados Unidos como en Europa y en África y siguen aún vigentes en la actualidad. Así como Edward Said había marcado un punto de quiebre en los estudios de Oriente, a partir de la publicación de su famoso libro *Orientalism* (1978), Mudimbe lo hizo con *The Invention of Africa* para los estudios de África. Parte del panteón intelectual de los estudios poscoloniales, Mudimbe redobló la apuesta iniciada por Frantz Fanon en *Piel negra, máscaras blancas* (1952), quien ya para la década de 1950 expone las continuidades coloniales en las subje-

¹ *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge*, Indiana, Indiana University Press, 1988, p. 10.

tividades, formas de pensar, sentir y comportarse de los/as africanos/as. Mudimbe recuperó los desarrollos teóricos preexistentes para consolidar una teoría poscolonial para África. En este sentido, *The Invention of Africa* invita a la reflexión teórica, conceptual e incluso metodológica en torno a la definición de África como objeto de estudio científico y como área de expertise. Desde su perspectiva, el imaginario de África, construido desde las esferas dominantes y hegemónicas de saber, se basó en la idea de incompletitud y/o vacío. África ha sido (y es) pensada como un espacio en falta. Para dar cuenta de ello, analiza de forma erudita las conformaciones de “la biblioteca colonial”, instrumento fundamental en la construcción del imaginario occidental sobre África y su población, examinando los vínculos con el arte, las producciones discursivas y el desarrollo de las disciplinas científicas. La creación de África no solo implicó una construcción imaginaria de los seres humanos primitivos a ser colonizados, sino que trascendió a las formas de producir conocimiento científico y al protagonismo y legitimidad que los propios africanos y africanas tienen en tal proceso.

Mudimbe explicitó tal construcción histórica, discursiva y simbólica del continente; y como consecuencia, puso en relieve la existencia y pervivencia de formas dominantes occidentales de producir conocimiento. ¿Es posible producir conocimiento por fuera del sistema de ideas heredado del mundo colonial? ¿Quiénes tienen derecho a ello? La pregunta sigue vigente en la actualidad y trasciende los estudios africanos.

The Idea of Africa (1994) y *Tales of Faith: Religion as Political Performance in Central Africa* (1997) dieron continuidad a sus reflexiones previas. El autor propuso alternativas para descolonizar la producción de conocimiento y al mismo tiempo impulsó la creación y consolidación de definiciones conceptuales propias del continente africano. El

desafío de construir sistemas de ideas africanos alternativos se encuentra en lograr un equilibrio entre desarmar sistemas dominantes heredados-perpetuados y promover instancias creativas que no impliquen el aislamiento continental ni la noción de excepcionalidad.

En estos dos libros el autor profundiza su definición del concepto de “biblioteca colonial”, un conjunto de representaciones escritas, visuales y discursivas que crearon una idea de África en base a la otredad, lo diferente. Mudimbe reflexiona en torno a la conformación de un sistema de ideas que generaliza reglas conceptuales, paradigmas históricos, para así descalificar al otro no-occidental y justificar su necesidad de transformación. En este sentido, a partir del análisis de un gran cúmulo de eventos y documentos históricos, el autor logra demostrar cómo la dominación colonial no solo implicó la ocupación territorial y la explotación de la mano de obra africana sino también (y por sobre todo) la dominación de las mentes y las subjetividades.

Además de sus producciones académicas, Mudimbe ha escrito otros géneros literarios en diálogo con las ideas presentadas anteriormente. Algunos de sus textos más conocidos son *Entre les eaux. Dieu, un prêtre, la révolution* (1973), *Le Bel Immonde* (1976) y *Shaba Deux : les carnets de mère Marie Gertrude* (2000). Sus novelas dan cuenta de los legados coloniales y las dificultades que ello conlleva en las subjetividades de los protagonistas, las complejidades de lidiar con identidades rígidas heredadas del mundo colonial, las experiencias de pertenencia y desplazamientos, entre otros.

Los legados de sus aportes intelectuales pueden verse reflejados en las obras de Achille Mbembe u Oyeronke Oyewumi, quienes continúan en la actualidad deconstruyendo los entrelazados coloniales que persisten en las formas de pensar, definir y estudiar África. Al mismo tiempo, sus contribuciones dieron lugar a posteriores cuestionamientos de otras

definiciones continentales, como es el caso de América Latina.²

Mudimbe es él mismo evidencia de que múltiples Áfricas son posibles. El joven estudiante de monasterio, el adulto moderno en las universidades europeas que retorna a su tierra de origen en pos de su desarrollo. El intelectual exiliado en los Estados Unidos cuyo vínculo con África sigue vigente. En su propia biografía podemos ver cómo el mundo ancestral convive con las experiencias coloniales y con diversas formas de modernidad —muchas veces entendidas como opuestas—. Mudimbe también es evidencia de que es posible estudiar al continente desde perspectivas no occidentalizantes ni eurocéntricas. Su vida y sus producciones son muestra de que África y los africanos y africanas producen conocimientos originales tan modernos y civilizados como los occidentales, pero estableciendo sus propios términos para el sig-

nificado de ambas nociones, sin por ello negar sus raíces. Su vida y su obra se entrelazaron como experiencias en las que otra África fue, es y será posible.

Laura Efron

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / University of Free State (Sudáfrica)

Publicaciones mencionadas de Valentine-Yves Mudimbe

Entre les eaux. Dieu, un prêtre, la révolution, París, Présence Africaine, 1973.

Le Bel Immonde, París, Présence Africaine, 1976.

The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge, Indiana, Indiana University Press, 1988.

The Idea of Africa, Indiana, Indiana University Press, 1994.

Tales of Faith: Religion as Political Performance in Central Africa, Nueva Jersey, Athlone Press, 1997.

Shaba Deux: les carnets de mère Marie Gertrude, París, Présence Africaine, 2000.

² Véase, por ejemplo, Enrique Dussel, *1492: el encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la Modernidad*, Madrid, Nueva Utopía, 1992.

Sobre la revista

Prismas. Revista de Historia Intelectual es un anuario que se publica ininterrumpidamente desde 1997, actualmente en formato papel y digital, incorporando la publicación continua de artículos aprobados.

La revista busca contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual, entendida en sentido amplio. Asimismo, da cuenta en sus diferentes secciones de debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de esta, y de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición *on-line* es de frecuencia semestral (cada volumen impreso se desdobra en dos números *on-line*).

Convocatoria para la publicación de artículos

Prismas convoca a investigadores para que envíen trabajos de investigación originales en idioma español dentro del campo de la historia intelectual y cultural, para su publicación en la sección “Artículos” de los próximos números.

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación consta de los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Consejo de Dirección de *Prismas* en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados *ad hoc* por el Consejo de Dirección. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores el resultado.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo resúmenes, notas al pie y bibliografía).
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, su dirección de correo electrónico y su número ORCID (si lo tuviera).
- Para ver las normas de estilo y enviar manuscritos de artículos dirigirse a:
<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/about/submissions>

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 12.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

Envío de manuscritos

La revista Prismas recibe propuestas en: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>
Contacto: prismas@unq.edu.ar

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ:
<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/index>

La revista está indexada/incluida en: Scopus, Erih Plus, Scielo, Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas, Latindex catálogo 2.0, Redalyc, Hispanic American Periodical Index (HAPI), Dialnet, Directorio de Revistas con Acceso Abierto (DOAJ) y Matriz de Información para el Análisis de Revistas (MIAR).